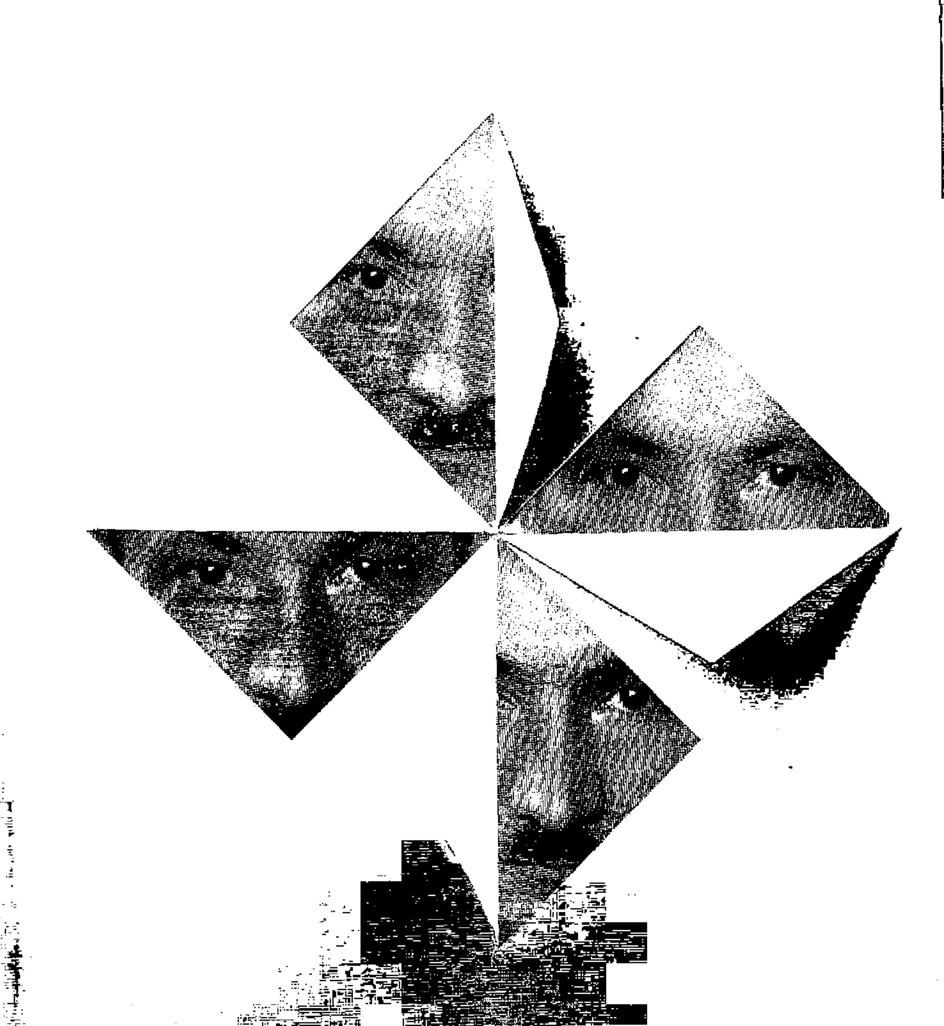
Hugo Ott

Martin Heidegger

Alianza Universidad



Hugo Ott

Martin Heidegger
En camino hacia su biografía

Versión española de
Helena Cortés Gabaudan

Alianza
Editorial

Título original:
Martin Heidegger. Unterwegs zu seiner Biographie

ganz1912

Calle Milán, 38; 28043 Madrid; telef. 300 00 45
ISBN: 84-206-2731-3
Depósito legal: M. 35.026-1992
Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.
Impreso en Lavel. Los Llanos, nave 6. Humanes (Madrid)
Printed in Spain

INDICE

LA ACTUACION DE HEIDEGGER DESPUES DEL RECTORADO

HEIDEGGER CONFRONTADO AL EXAMEN DE UNA NUEVA EPOCA

INTRODUCCION

Hace mucho tiempo que me aconsejan reunir en un libro, o mejor dicho, integrar dentro de una presentación global más ambiciosa, mis estudios sobre Martin Heidegger, que fueron publicados en su día en revistas poco conocidas «de provincias». Este deseo se tornó imperioso tras la aparición de la obra de Victor Farias *Heidegger et le nazisme* (1987), que también contribuyó a que mis propios artículos encontraran un eco internacional bajo las formas más variadas, siendo la última de ellas el artículo, muy exhaustivo y riguroso, de Thomas Sheehan, «Heidegger and the Nazis», publicado en *The New York Review of Books* [1].

Lo cierto es que desde que hace cinco años empecé a interesarme por la época de rectorado de Heidegger me he ido introduciendo cada vez más en esta temática [2]. El punto de partida fue la reedición en el año 1983 del discurso del rectorado sobre «La autoafirmación de la universidad alemana», así como la primera publicación de *El rectorado 1933/34. Hechos y reflexiones*, que puede considerarse como el último escrito de justificación del fi-

[1] 15 de junio de 1988, pp. 38-47.

[2] Me estoy refiriendo a mis tres artículos, sobre el mismo tema, de 1983, 1984a y 1984b.

lósofo [3], que debía de ser publicado «cuando llegara el momento» por su hijo Hermann. Fue su contribución al cincuenta aniversario de la subida al poder de Hitler. Es verdad que para quienes leyeron la entrevista de la revista *Spiegel* titulada «Sólo ya un dios puede salvarnos» [4] este escrito no les aportaba nada nuevo. Pero con todo, la intención expresa de no mencionar en este texto (¡póstumamente!) más que «hechos» absolutamente indiscutibles podía invitar al historiador a efectuar una «contralectura», es decir, a volver a repasar y comprobar los datos con ayuda de las fuentes disponibles. Fue como arrojar una piedra en un estanque de aguas tranquilas. Hasta parecía que se había olvidado la enconada polémica que había estallado en 1953 a raíz del minucioso comentario del entonces doctorando Jürgen Habermas a la obra de Heidegger *Introducción a la metafísica*, comentario que fue publicado en el diario *Frankfurter Allgemeine Zeitung (FAZ)* y que trataba sobre todo de la estimación filosófica de Heidegger del nacionalsocialismo. La polémica, plasmada en los diarios *FAZ* y *Die Zeit*, alcanzó su momento culminante cuando Heidegger mandó una carta al respecto al diario *Die Zeit*. La básica documentación de Guido Schneeberger *Nachlese zu Heidegger. Dokumente zu seinem Leben und Denken* (Berna, 1962) quedó dormida en los anaqueles de las bibliotecas: el autor estaba considerado como un marginal.

Pues bien, decíamos que la piedra arrojada en 1983 provocó olas en el estanque. Las olas crecieron con la obra de Heinrich Wiegand Petzet *Auf einen Stern zugehen. Begegnungen und Gespräche mit Martin Heidegger 1929-1976* [5] [Acercarse a una estrella. Encuentros y conversaciones con Martin Heidegger 1929-1976], que salió al mercado precisamente en 1983, año del aniversario, y consistía en un retrato biográfico de Heidegger nacido del trato íntimo y constate con el filósofo durante varias décadas. De nuevo, se trataba de una obra importante para el historiador, puesto que Petzet incluye en su obra varias reflexiones, autorizadas por Heidegger, sobre su compromiso político y sobre su actitud después de 1945. Además, dentro de esta obra, se integra de maneras diversas el informe justificativo «Hechos

[3] Martin Heidegger, 1983.

[4] Esta entrevista se realizó en 1966, después de un trato explícito de no publicarla hasta después de la muerte de Heidegger. Por eso, no se publicó hasta el 31 de mayo de 1976.

[5] Petzet, 1983.

y reflexiones», que de este modo cobra mayor fuerza. El estudio de la etapa política de Heidegger mostró que no se podían tomar las afirmaciones contenidas en «Hechos y reflexiones» sin más ni más y que la imagen que ahí se quiere esbozar se modifica constantemente hasta el punto de transformarse precisamente en su contrario.

Pronto me percaté de lo siguiente: quien quiera aproximarse a Heidegger con espíritu crítico y se atreva incluso a corregir ciertos datos alterando la imagen preestablecida será automáticamente situado en el campo enemigo. Para colmo, tuve la osadía de comunicar los resultados a los que había llegado en mi investigación en dos conferencias públicas que sostuve en 1984 en la Universidad de Friburgo [6]: esto ya rozaba el sacrilegio. Según me explicó más tarde un célebre norteamericano especialista en Heidegger, Friburgo, la ciudad donde enseñó y trabajó Heidegger, había sido «profanada», se había convertido desde entonces en *an unholy place*; aunque ésta no era su estimación personal del asunto, me transmitía la versión exportada a los Estados Unidos. Todas mis objeciones al respecto fueron inútiles. Ya me habían puesto la marca de fuego, un sanbenito del que difícilmente me podría desprender. No dejaron de darme benévolos consejos como que me olvidara del tema, aunque sólo fuera por bien de la paz interna de la universidad. Y además, ¿con qué derecho me erigía yo en juez, yo que ni siquiera tenía una orientación filosófica? También salió a relucir el argumento de lo fácil que es juzgar cosas pasadas y por supuesto se me acusó de una buena dosis de hostilidad. Y creo que se me seguirá acusando durante mucho tiempo.

Si a pesar de todo no abandoné mis investigaciones, e incluso incluí en ellas el período de niñez y juventud [7] de Heidegger, fue sobre todo porque cuanto más avanzaba en mis pesquisas más se ampliaban mis fuentes. Y esto a pesar de las restricciones consabidas: bloqueo del legado de Heidegger conservado en en el *Deutsches Literaturarchiv* de Marbach por tiempo indefinido, bloqueo del legado de Bultmann (la correspondencia entre Rudolf Bultmann y Martin Hei-

---

[6] Además de una comunicación sobre la etapa de rectorado de Heidegger de 1933/34, una conferencia sobre el período posterior a 1945, que fue publicada bajo el título «Martin Heidegger y la Universidad de Friburgo después de 1945» (Ott, 1985).

[7] Véase Ott, 1984c y 1986.

degger) en la biblioteca universitaria de Tubinga, etc. [8]. A pesar de estas dificultades encontré un número más que suficiente de testimonios que justificaban plenamente la elaboración de un libro sobre Heidegger, aunque tuviese un carácter provisional. Una beca de estudios de la fundación *Volkswagenwerk* (1986) me permitió consagrarme plenamente a la búsqueda de nuevas fuentes, así como a su análisis. Entre ellas destaca la correspondencia entre Jaspers y Heidegger, extraída del legado del primero (en el *Deutsches Literaturarchiv* de Marbach), que pude consultar gracias a Hans Saner. Esta importantísima correspondencia está a punto de ser publicada.

Las actas y documentos de numerosos archivos (*Bundesarchiv* de Coblenza, *Generallandesarchiv* de Karlsruhe, *Hauptstaatsarchiv* de Stuttgart, *Staatsarchiv* de Friburgo, *Erzbischöfliches Archiv* de Friburgo, *Stadtarchiv* de Friburgo y en menor medida el *Universitätsarchiv* de Friburgo, por citar sólo los más importantes) y bibliotecas (sobre todo la biblioteca de la Universidad de Marburgo), me proporcionaron nuevas informaciones. Así ocurrió, por ejemplo, con el legado de Dietrich Mahnke, en Marburgo, que me fue señalado por mi colega de Friburgo, Eduard Sangmeister. Fue de él de quien obtuve el permiso para estudiar la correspondencia entre Husserl y Mahnke. Pero mis pesquisas no siempre me condujeron a descubrimientos agradables. Por poner un ejemplo, en el año 1984 me topé en el *Staatsarchiv* de Friburgo con el «caso» Hermann Staudinger y me enteré, no sin sorpresa, de que en el año 1933, durante su período de rectorado, Heidegger denunció e incluso quiso destituir, por considerarlo políticamente sospechoso, a un afamado científico de su universidad (Staudinger obtuvo algo más tarde, en 1953, el Premio Nobel de química). Fue por entonces cuando empezó a obsesionarme la cuestión de la personalidad y mentalidad de Heidegger, porque no daba con la clave que pudiera hacerme comprender semejante proceder. Por este motivo, el análisis de la personalidad y psicología de Heidegger es uno de los asuntos principales de mi obra, para el que me he apoyado sobre todo en documentos extraídos de legados privados.

Heidegger mantuvo relaciones con personas que fueron importantes para él especialmente en su juventud, pero a las que sin em-

[8] Antje Bultmann Lemke, «Der unveröffentlichte Nachlaß von Rudolf Bultmann», en: Bernd Jaspert (editor), *Rudolf Bultmanns Werk und Wirkung*, Darmstadt 1984, pp. 194-207, aquí 203.

bargo no menciona en sus breves apuntes autobiográficos: me refiero, por ejemplo, a Engelbert Krebs, con quien en 1912 mantenía una relación casi de amistad, hasta el punto de que fue Krebs quien unió religiosamente en 1917 a la pareja Heidegger/Petri. También es verdad que esta amistad fue debilitándose gradualmente y con el tiempo se estableció una gran distancia entre ellos. Dentro de este primer círculo de amigos destaca también Ernst Laslowski, quien a partir de 1911 fue el amigo más íntimo de Heidegger, el que le acompañó y apoyó en el difícil período de su vida que medió entre su abandono de los estudios de teología y el comienzo de su carrera científica. El legado de Krebs (que antes se guardaba en el *Dogmatisches Seminar* de la Universidad de Friburgo y ahora en la biblioteca de la Universidad de esta misma ciudad), ha sido una importante fuente para mis pesquisas. Lo mismo puedo decir de las cartas de Laslowski a su amigo (1911-1917), que pude consultar en la biblioteca del *Deutsches Caritasverband* de Friburgo gracias al señor Dr. Wollasch. Los diarios de Josef Sauer, catedrático de Arqueología Cristiana y Patrología de la Universidad de Friburgo han sido también de vital importancia en mi investigación, no sólo por las importantes informaciones que procuran sobre el período de rectorado de Heidegger, sino por los datos que aportan sobre su juventud. Efectivamente, Heidegger publicó algunos de sus primeros trabajos científicos en la revista *Literarische Rundschau* (editorial Herder) que dirigía Sauer. Así fue como a partir de 1911 comenzó un frecuente trato entre Sauer y Heidegger: las cartas a Sauer del joven estudiante, al que esperaba una decisiva carrera científica, dibujan ya un primer esbozo de lo que iba a ser su primera filosofía. Cuando más tarde, en la primavera de 1933, Heidegger aspiró a la plaza de rector y Sauer criticó esta decisión, lo hizo basándose en los derechos que le daba una vieja amistad. Este profundo conocimiento de la persona es el que presta al diario de Sauer una especial lucidez y profundidad de análisis. Desde estas páginas doy las gracias al sobrino del profesor Sauer, el canónigo Dr. Sauer, por facilitarme el estudio de dicha fuente.

Las últimas personas que he citado fueron sobre todo compañeros de andadura del Martin Heidegger «católico». Se inscriben dentro del contexto de la posición inferior que tenían los católicos dentro de la investigación y las ciencias de la Alemania guillermina. Se precisaban grandes esfuerzos para salir de esa posición inferior. Poco antes de la Navidad de 1923, el teólogo de Marburgo Rudolf Bult-

mann, escribía a su amigo Hans von Soden, catedrático de Exégesis del Nuevo Testamento en Breslau, diciéndole que su seminario (sobre la ética de san Pablo) había sido especialmente interesante en aquella ocasión «gracias a la participación de un nuevo filósofo, Heidegger, alumno de Husserl. A pesar de su procedencia católica es completamente protestante.» Bultmann añade que Heidegger no sólo conoce al dedillo la escolástica, sino también el pensamiento de Lutero [9]. Creo que el camino recorrido por Heidegger desde su fase católica hasta que pasa por ser completamente «protestante» es de extrema importancia y por eso la misión de nuestro primer gran capítulo ha sido seguir dicho camino hasta sus últimas ramificaciones. La sobresaliente figura de Edmund Husserl, con quien Heidegger mantuvo una fértil relación oscilante entre la admiración y la amistad pero también el amor y el odio, juega el papel principal de este apartado. Debo mis conocimientos a este respecto a la generosidad del catedrático Dr. S. IJsseling, director del Archivo-Husserl de la Universidad Católica de Lovaina. Las primeras investigaciones sobre los años decisivos entre 1917 y el nombramiento de Heidegger en Marburgo se encuentran en las obras de los especialistas americanos, Thomas Sheehan [10] y Theodore Kisiel [11].

A pesar de la importancia que tiene la época marburguesa de Heidegger, no le he prestado mucha atención. Para mí, esos años que van de 1923 a mediados de 1928 no pasan de ser un episodio en la vida de Heidegger que, sabedor de que podría retornar a Friburgo como sucesor de Husserl, se limitaba a soportar Marburgo con disgusto fortaleciéndose con sus escapadas a la «cabaña» de Todtnauberg. *Ser y Tiempo* fue escrito en el valle de Todtnauberg y allí está también fechada la célebre dedicatoria al maestro Husserl.

Así pues, yo no cejaba en mi empeño de buscar criterios que me ayudaran a descifrar a Heidegger desde su interior. Pero seguir estos senderos es lo más parecido a caminar sobre el filo de una montaña:

[9] Cit. por Bultmann Lemke, *op. cit.* [nota 8], p. 202.

[10] *Heidegger, The Man and the Thinker,* Precedent, 1981.

[11] Sobre todo: «The Missing Link in the Early Heidegger», en Joseph Kockelmans (ed.), *Hermeneutic Phenomenology: Lectures and Essays,* Washington, D.C. 1988, pp. 1-40; «War der frühe Heidegger tatsächlich ein "christlicher Theologe"»? [¿Era realmente el joven Heidegger un "teólogo cristiano"?], en Gehtmann-Siefertl, Meist 1988. Le estoy muy agradecido a mi colega Kisiel que me permitió acceder muy pronto a estos manuscritos y me proporcionó preciosas informaciones.

¿Dónde hay que situar los límites? ¿Dónde empieza el ámbito de la intimidad? Así, por ejemplo, no he incluido en mi análisis la relación de Heidegger con la estudiante de filosofía de Marburgo Hannah Arendt, pero esto no quiere decir que no tenga importancia en la biografía de Heidegger. Cuando dispongamos de las fuentes esenciales al respecto habrá que analizar a fondo esa cuestión [12]. Pero por ahora me encuentro en este punto con la dificultad insuperable de la falta de fuentes. Por el contrario, me ha parecido indispensable analizar la evolución de la pareja Martin Heidegger y Elfride Petri, su unión y los problemas para contraer matrimonio entre personas de diferentes confesiones religiosas, porque pienso que de ahí se derivan importantes datos que iluminan el proceso biográfico. Me pareció importante dejar muy claros algunos puntos: que, según creo, Heidegger nunca se libró del todo de la fe aprendida en su infancia y que debido a este motivo siempre vivió internamente desgarrado, o también, en el terreno personal, la importancia de la personalidad del que más tarde sería arzobispo de Friburgo, Dr. Conrad Gröber, que fue quien introdujo a Heidegger en el camino del pensar y volvió a encontrarse con él en todos los hitos decisivos de su vida, o la de Edmund Husserl. Le debo preciosas indicaciones al catedrático Dr. Karl Schuhmann (de la Universidad de Utrech) con quien he mantenido un intercambio científico permanente y me ha proporcionado el manuscrito de la versión corregida y aumentada de su *Crónica de Husserl* [13].

El estudio biográfico introductorio ha sido estructurado siguiendo un principio del propio Heidegger según el cual hacia la mitad de su vida (1935) tuvo que habérselas con dos asuntos concretos: el problema de la fe y su fracaso político. Con todo, no hay que olvidar el carácter procesual de su andadura y por eso me he esforzado por subrayar y explicar los aspectos más generales de la vida de Heidegger siempre que procedían del ámbito más íntimo y profundo de su ser.

Y así, en el primer hito de mi camino hacia una biografía de Heidegger he intentado aclarar de la mano de la relación particularmente intensa entre Heidegger y el historiador Rudolf Stadelmann

[12] Véase Elisabeth Young-Bruehl, *Hannah Arendt. For Love of the World*, New Haven/Londres, 1982 (trad. alemana en Fischer, Fráncfort del Meno, 1986).

[13] *Husserl-Chronik. Denk-und Lebensweg Edmund Husserls*, La Haya, 1977.

(que, por cierto, ha sido dejada en la sombra hasta ahora) la indisoluble vinculación entre los años 1933 y 1945: el estallido revolucionario de 1933, el acontecimiento histórico desde el punto de vista del pensar del ser por parte de Heidegger, no cae en el olvido para siempre, sino que sigue siendo una tarea que los alemanes han de resolver y ha sido rescatada en el lenguaje de Hölderlin. Estos testimonios fundamentales del autor iluminan la disposición mental del filósofo de manera muy específica.

La pretensión de esta obra, de caminar en dirección hacia una biografía de Heidegger, puede sonar ambiciosa y desprovista de toda modestia, sobre todo desde el momento en que no se contempla el componente histórico-filosófico. Por eso, ella misma da marcha atrás cuando se percata de la extremada duración y dificultad de esta existencia. Siempre se ha mantenido que lo que había que estudiar era el decir de Heidegger y que su vida no revestía ningún interés, que sólo su obra era importante. Sus escasos testimonios biográficos han sido publicados varias veces y se consideran el único hilo conductor del que nadie debería apartarse. Este es, por ejemplo, el nivel en el que se mantiene el discípulo de Heidegger, Walter Biemel, *Martin Heidegger in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten* (Reinbek, 1973). También Winfried Franzen se atiene a esta directriz [14] en su introducción a la filosofía de Heidegger (que por cierto constituye un importante instrumento bibliográfico).

Los testimonios de sus compañeros de ruta son numerosos: seguramente los más importantes son los de Karl Jaspers [15] y Hans-Georg Gadamer [16]. Ambos conocieron a Heidegger al principio de la década de los veinte y permanecieron vinculados a él, aunque de diferentes maneras. También son importantes los recuerdos reunidos por Günter Neske —uno de los editores de Martin Heidegger— en el volumen titulado *Erinnerung an Martin Heidegger* [17]. Hasta cierto punto también Otto Pöggeler puede ser considerado uno de sus compañeros de ruta: empezó a observar muy pronto al filósofo, cuando éste ya empezaba a envejecer, y publicó en 1963 su obra

[14] *Martin Heidegger*, Stuttgart, 1976.

[15] *Philosophische Autobiographie*, edición aumentada, Múnich, 1977. *Notizen zu Martin Heidegger*, ed. por Hans Saner, Múnich/Zúrich, 1978.

[16] *Philosophische Lehrjahre*, 1977.

[17] Neske, 1977.

Denkweg Martin Heideggers [El camino del pensar de Martin Heidegger] [18] que es la directriz básica para todo aquel que no esté especialmente instruido en filosofía. Sin embargo, todos estos testimonios no pueden superar la obra de Karl Löwith, *Mein Leben in Deutschland vor und nach 1933 [Mi vida en Alemania antes y después de 1933]*, redactada en 1940 y publicada en 1986, en la que el autor relata todas las vivencias hechas con o a través de Martin Heidegger.

El lector de la presente obra se extrañará de lo poco que menciono a Victor Farias. Tengo buenos motivos para ello. No es que ignore su obra —conozco la versión traducida al francés del español y el alemán—; al contrario: mi comentario publicado en el diario *Neue Zürcher Zeitung* [19], ha llegado incluso al ámbito de las lenguas románicas a través de una traducción francesa [20]. Lo que ocurre es que mi obra, que se basa en un número bastante considerable de estudios expuestos a la consideración de los especialistas desde 1983, esto es, que está sostenida por una documentación que ha descubierto numerosas tierras desconocidas hasta ahora, es precisamente lo opuesto a la de Farias. Por eso he estimado que debía seguir mi propio camino, sobre todo teniendo en cuenta que la edición alemana de *Heidegger et le nazisme* va a ser, en particular desde el punto de vista cuantitativo, muy diferente a la edición francesa que yo conozco.

En Francia, en donde el pensamiento de Heidegger echó desde 1945 profundas raíces de un tono muy específico —el alcance del profundo pensamiento del filósofo ha eclipsado casi por completo su perfil político— el libro de Victor Farias ha producido un efecto similar al de un terremoto y ha dado lugar a un debate, sobre todo periodístico, que ya es imposible ignorar. Uno de los más importantes transmisores del pensamiento de Heidegger al mundo francés, me refiero a Jean Beaufret, que habitó Lyon hasta su muerte en 1982 y al que éste dirigió en 1946/1967 su «Carta sobre el Humanismo», ha caído ahora en el descrédito en calidad de interlocutor de Heidegger desde que el historiador Robert Faurisson (Universidad de Lyon II), el infame propagandista de la «mentira de Auschwitz», publicara sus

---

[18] En 1983 se publicó una segunda edición, aumentada con un largo epílogo.

[19] 28/29 noviembre de 1987, nº 277, bajo el título «Wege und Abwege. Zu Victor Farias' kritischer Heidegger-Studie».

[20] En: *Le Débat*, nº 49, marzo-abril 1988, 185-191, con el título: «Le Débat du Débat: Chemins et fourvoiements».

cartas. La revista *Annales d'Histoire Révisionniste* (nº 3, 1987) publicó las cartas que Beaufret dirigió a Faurisson el año 1978 transmitiéndole su apoyo y ánimo para continuar por su camino. Según Faurisson ese camino es el mismo de Beaufret, aunque éste no se lo dijera por escrito, sino sólo oralmente, por miedo a sublevar al público. Parece que ya no se puede dudar de la autenticidad de estas cartas y en consecuencia Faurisson pudo publicar su artículo en cabeza del número de primavera (nº 4, 1988) de la citada revista bajo el lema: «A la mémoire de Martin Heidegger et de Jean Beaufret, qui m'ont précédé en révisionnisme». Desde luego, esta apropiación de la persona de Heidegger como supuesto precursor de la «mentira de Auschwitz» es completamente arbitraria por parte de Faurisson y no tiene justificación alguna. Pero, no obstante, las cartas de Beaufret han enturbiado la luz que iluminaba el contexto de la recepción de Heidegger en Francia.

En noviembre de 1984 hice un primer balance de mis hallazgos en una contribución al diario *Neue Zürcher Zeitung* titulada «El filósofo bajo la luz de la ambigüedad política. Martin Heidegger y el Nacionalsocialismo» [21]. En aquel momento extraía las siguientes conclusiones: «Los esfuerzos de Heidegger por restarle importancia a su época de rectorado y por hacerla casi olvidar para, en contrapartida, hacer aparecer al máximo una actitud de "resistencia", deben ser considerados un fracaso. Tales esfuerzos no están a la altura de la grandeza de su pensamiento filosófico.» Todavía hoy, después de estudios más profundos sobre el tema, no encuentro nada que reprochar a esta apreciación.

Mi lista de agradecimientos debería ser muy larga, pues muchos son los que me han acompañado críticamente y me han ayudado en mi tarea. Sin embargo sólo podré citar a unos pocos. A principios del año 1966 pude permanecer durante algunas semanas como huésped en la abadía de Beuron, donde redacté la primera versión del manuscrito. Algunas de mis charlas con los monjes del convento me resultaron muy útiles. Adalbert Hepp, el lector de la editorial Campus, que venía animándome desde hace tiempo para escribir este libro, fue un interlocutor tolerante y cooperativo. Los colaboradores de mi cátedra universitaria, que de lo contrario se dedican a sobrios proyectos de historia económica, me ayudaron intensamente en la corrección del

[21] 3/4 de noviembre de 1984, nº 257.

trabajo. Mi asistente, el señor Uwe Kühl, se encargó de gran parte del trabajo de coordinación. Tengo que darle gracias muy especiales a mi secretaria, la señora Inge Wissner, sin cuya preciosa ayuda esta obra no habría aparecido en el plazo previsto.

HUGO OTT

Merzhausen de Friburgo, final de verano de 1988.

HITOS EN EL CAMINO HACIA UNA BIOGRAFIA

Primer hito:

«LA VOZ DEL POETA DESDE SU TORRE»

«¡Qué curioso!» Justo una hora antes de que llegara su carta había estado reflexionando sobre la «autoconciencia histórica» y eso le había hecho pensar mucho en el remitente de la misiva: así escribía Martin Heidegger a Rudolf Stadelmann, catedrático de Historia Moderna y decano comisario de la Facultad de Filosofía de la Universidad Eberhard-Karls de Tubinga. Este mensaje enviado desde la ciudad de Hölderlin, y que el pensador recibía en días difíciles mezclados de temor y de esperanza contenía un ofrecimiento de Stadelmann para albergar en Tubinga al filósofo, que en aquellos momentos pasaba por una difícil situación existencial. En efecto, dos cátedras acababan de quedar libres en dicha ciudad, una de ellas la de Filosofía Sistemática, que Theodor Haering había tenido que abandonar por motivos políticos. Por otra parte, la vida de Martin Heidegger corría peligro permaneciendo en un Friburgo que había sufrido un terrible ataque aéreo el 27 de noviembre de 1944: el rumor de este riesgo se había extendido con rapidez.

Para Heidegger, esta sobria carta era algo más que un solícito ofrecimiento del que tal vez fuera su más fiel partidario durante la época del rectorado de 1933-1934. Rudolf Stadelmann, discípulo del historiador Gerhard Ritter, era por aquel entonces *Privatdozent*[1] en

[1] Optamos por no traducir este término ya que no tiene un equivalente exacto

Friburgo y se interesaba por la filosofía de la historia. Verdaderamente, aquellas líneas llegadas de Tubinga fueron recibidas por el filósofo «como la voz del poeta desde su torre, a orillas del patrio río». Y Heidegger contesta al fiel amigo diciéndole que el último medio año lo ha pasado «en la tierra natal y, en parte, en una exaltante proximidad a la casa de mis antepasados paternos, en la región del valle superior del Danubio, por debajo del castillo de Wildenstein» y que allí su pensar se ha elevado muy por encima de una mera interpretación de Hölderlin —como la del poema «Ister» (el Danubio) de 1942— convirtiéndose en «un diálogo con el poeta»: «su vital quietud es el elemento de mi pensar.» Así, poco a poco esta carta se va transformando en una lección académica. No necesito señalar que estas pocas frases están repletas de citas de Hölderlin y Rilke. Quizás, mientras Heidegger redactaba estas líneas estaba pensando en aquella observación escrita al margen de su lección «Ister» de 1942 (y que no ha sido consignada en el volumen editado) [2]:

> «Tal vez Hölderlin, el poeta, deba convertirse en el destino que determine la andadura de un pensador cuyo abuelo, según indica el acta de nacimiento, nació aproximadamente en la misma fecha en que se escribía el himno «Ister» y el poema «Andenken», *in ovili*, esto es, en los establos de una granja situada en el valle superior del Danubio, cerca de las orillas del río, bajo las rocas. La historia oculta de la leyenda no conoce el azar. Todo es providencia [3].»

En el verano de 1945, esto es, en los meses de la catástrofe política, Heidegger estaba más inmerso que nunca en esa ideología hölderliniana mitificadora de su propia persona y gustaba de augurar sombríos presagios con ademán solemne. Por eso, Stadelmann podía calibrar muy bien lo que su ofrecimiento iba a significar para Heidegger: ¡Tubinga! Un sueño de juventud podía encontrar finalmente sa-

---

en el mundo universitario español. Por *Privatdozent* se entiende a un profesor de universidad ya habilitado —y en este sentido equiparable por su título a un catedrático— pero que no es titular de una plaza fija, sino simplemente contratado temporalmente según las necesidades y sin una remuneración ordinaria (esto es, sólo remunerado con cantidades prácticamente simbólicas según el número de clases impartidas). *(N. del T.)*

[2] El volumen 53 de la edición de las Obras Completas [Gesamtausgabe]: *Hölderlins Hymne «Der Ister»*, ed. por Walter Biemel, 1984.

[3] Citado según Pöggeler, 1988, p. 41.

tisfacción si tenía ocasión de desarrollar su «auténtico pensamiento, bajo su forma más adecuada, en la propia patria, en el elemento de Hegel, Schelling y, sobre todo, Hölderlin.» Verdaderamente, así escribía Heidegger a Stadelmann en una carta posterior, Tubinga tenía «una atmósfera capaz de seducirle». Además, estaba convencido de que «el espíritu occidental redespertará en nuestra patria suaba». Sobre todo, desde el momento en que también Romano Guardini vendría pronto a Tubinga. ¡Qué constelación! A pesar de que Heidegger no había tenido ninguna relación con el filósofo de la religión, Guardini, durante muchos años —sobre todo durante el período del Tercer Reich—, ahora había llegado el momento de acordarse de él. Y ni corto ni perezoso, el 6 de agosto de 1945 Heidegger escribe a Romano Guardini animándole a acudir a Friburgo, donde se acaba de restablecer la cátedra de Filosofía Cristiana anulada por los nazis.

En aquellos tiempos las cartas tardaban mucho en llegar a su destino. Pero Guardini aún tardó más en contestar: no lo hizo hasta el 14 de enero de 1946, en el momento en que se estaba decidiendo el destino de Heidegger: «¡Cómo me gustaría charlar con Vd. sobre esto y aquello! ¡Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que nos vimos! Todavía recuerdo con toda exactitud mi visita a Zähringen y su precioso despacho». Además, Guardini le deseaba lo mejor para el año ya comenzado, «que seguramente decidirá sobre nuestro ser y no-ser» [4]. Romano Guardini quería volver a vivir en una gran ciudad donde su actividad intelectual pudiera encontrar un eco y, naturalmente, pensaba en Múnich. Pero, mientras esperaba que se le volvieran a abrir las puertas de la metrópoli bávara, tuvo que contentarse con Tubinga. Con Tubinga, ciudad respetada por la guerra, donde las ruinas no eran tan evidentes como en otras ciudades alemanas y donde se podía uno permitir dar clases magistrales sobre estética ante los ojos de niños hambrientos.

Pero volvamos a la correspondencia con Stadelmann. Heidegger explica que su futuro en Friburgo aún no está decidido y que ya nada le retiene allí. Le imputan —«no los aliados, sino los nuestros»— cargos de su época del rectorado, a pesar de que «fue algo bien diferente a una adhesión al partido y a su doctrina.» Por el contrario, continúa Heidegger, desde su dimisión en 1934 le han puesto cada vez más trabas, le han perseguido y a duras penas se ha librado

[4] Legado de Romano Guardini, Bayerische Staatsbibliothek de Múnich.

«de cosas peores». Aquí ya se inicia el tono que caracterizará en el futuro la composición apologética de Heidegger; además, la densidad e intimidad de esta carta —a la que seguirán otras en los meses posteriores— gozan de la extraordinaria fuerza expresiva de aquello que sólo se dice entre amigos [5].

Pero lo que el filósofo comunicaba en una carta enviada a Tubinga el 20 de julio de 1945 (otro día de conmemoración nacional), se enmarcaba dentro de un contexto más amplio. Reflexionaba «sobre la autoconciencia histórica, su esencia y sus capacidades» pensando vívidamente en Stadelmann. Esto precisa una explicación. En efecto, el *Privatdozent* Stadelmann había inaugurado en el semestre de invierno de 1933-34 de la Universidad de Friburgo, siendo rector Heidegger, una serie de lecciones públicas o conferencias sobre las *Tareas de la vida intelectual en el Estado nacionalsocialista* y ello precisamente el día 9 de noviembre, aniversario de la marcha a la *Feldherrnhalle* de Múnich, escogiendo como tema concreto del día «la autoconciencia histórica de la nación» [6]. En este texto, Stadelmann entona el solemne canto de la revolución nacionalsocialista y rinde honores a un culto a la germanidad increíblemente ingenuo, todo ello ricamente adobado con citas del *Mein Kampf* de Hitler. Además, anuncia con voz profética la aparición de un pensamiento histórico de tipo mítico, pues «no es en la historia, sino en el mito donde se reconoce el genio de la nación», demostrando en todo punto ser un atento discípulo de Heidegger, incluso por lo que respecta a la formulación lingüística. Pues bien, recordando y citando aquella conferencia del 9 de noviembre de 1933, Heidegger medita ahora sobre la autoconciencia histórica como si no hubiera ocurrido nada durante los doce años transcurridos. Reflexiona sobre su «esencia y capacidades». Verdaderamente, ¡qué cita, la de esta carta del 20 de julio de 1945! El propio rector Martin Heidegger cerró la mentada serie de conferencias del semestre de invierno de 1933-1934 —el

[5] Esta carta, así como las citas posteriores del legado de Rudolf Stadelmann, proceden del Bundesarchiv de Coblenza R.183. Sobre Rudolf Stadelmann, que murió a la edad de 47 años en 1949, véase *Rudolf Stadelmann zum Gedächtnis*, discurso conmemorativo de Eduard Spranger, Tubinga 1950, y la necrológica, muy personal, de Hermann Heimpel en *Historische Zeitschrift* 172, 1951, pp. 285-307.

[6] Publicado en 1934 en el cuadernillo 47 de la serie *Philosophie und Geschichte*, en J. C. B. Mohr, Tubinga. Una versión reelaborada, de donde se han eliminado ciertas exageraciones, se encuentra en Stadelmann 1942, pp. 5-31.

día 22 de febrero de 1934— con el tema titulado «La necesidad de la ciencia» [7].

Se podría olvidar esta carta si no contuviera algunas conclusiones que llaman la atención y dejan estupefacto al lector: «Ahora todos piensan en la decadencia, pero nosotros, alemanes, no podemos declinar, porque aún no nos hemos levantado y todavía tenemos que atravesar la noche.» A su alrededor sólo hay caos, ruinas, una indescriptible miseria, destierro, culpa, en verdad, la decadencia más absoluta, si es que esta palabra tiene todavía un significado y un sentido. Y, sin embargo, surgen estas frases, nacidas de las entrañas de su pensamiento, crecidas sobre un suelo que sólo los elegidos pueden pisar, dirigidas a un amigo que siempre ha comprendido a Heidegger. ¿Compartía Stadelmann —también en estos momentos— esa increíble pérdida del sentido de la realidad de Heidegger, de aquél al que había contemplado como un guía y había seguido con la fidelidad del más leal de los partidarios? Este diálogo epistolar trae a la memoria el recuerdo del espíritu teñido de fraternidad viril que reinaba en los campamentos en el otoño de 1933, por ejemplo, en el famoso campamento científico de Todtnauberg, que se encontraba en el círculo de visión de la «cabaña» de Heidegger. En efecto, éste lo mencionará más tarde en su escrito de autodefensa, publicado póstumamente en 1983, aunque de manera parcial e incompleta y por supuesto sin mencionar a Stadelmann, a pesar de que ya veremos hasta qué punto este campo de trabajo científico jugó un importante papel tanto en la relación entre estos dos hombres como en su peculiar comprensión de la revolución. No cabe duda de que muchas cosas están en lenguaje cifrado.

La voz del poeta desde su torre se había convertido en un manto protector que lo escondía y disfrazaba. Lo que Heidegger no mencionaba a su benefactor de Tubinga era cómo había llegado al valle superior del Danubio. Heidegger abandonó el destruido Friburgo en diciembre de 1944, retirándose a su pueblo, Meßkirch. En marzo de 1945 se presentó ante el equipo directivo de la Facultad de Filosofía

[7] No ha sido publicado hasta ahora. Hasta donde yo conozco el plan de publicaciones de la "Gesamtausgabe" *(Obras Completas)*, desgraciadamente no está previsto publicar este texto, presumiblemente porque en él Heidegger aludía a las conferencias precedentes (entre ellas, por ejemplo, la conferencia —muy floja— pronunciada el 7 del 12 del 33 por Erik Wolf: «Verdadero derecho en el Estado nacionalsocialista», *Freiburger Universitätsreden*, Cuaderno 13, Friburgo de Brisgovia, 1934).

de Friburgo, que se encontraba en el valle superior del Danubio, a donde había huido a la vista de los avances del frente occidental, refugiándose en el Wildenstein y los pueblos de los alrededores, muy cerca de la abadía benedictina de Beuron. Era en este paisaje en donde Heidegger, huésped de una pareja de príncipes de Sajonia-Meiningen, esperaba la llegada de las tropas francesas. La contemplación del «Ister», cuyos meandros excavan su lecho en las rocas calcáreas de la meseta del "Alb" suabo [8], desemboca en un diálogo con Hölderlin. El idilio del valle superior del Danubio, lugar donde se respira la seguridad mientras en casi toda Alemania los jinetes del Apocalipsis van sembrando la ruina, será tema de las meditaciones de Heidegger durante mucho tiempo después de su regreso a Friburgo. Vive en medio de un auditorio de lo más variopinto, reunido por los azares del destino (la pareja de príncipes de Sajonia-Meiningen, los colegas de la facultad, algunos estudiantes y el servicio), en la casa forestal de Hausen, cerca de Beuron. Aludiendo a una frase de Hölderlin dice así: «Entre nosotros todo se concentra sobre lo espiritual, nos hemos vuelto pobres a fin de volvernos ricos.» [9] Por cierto, que ésta habría de ser su última lección en calidad de catedrático titular de filosofía.

En la posterior correspondencia entre Heidegger y Stadelmann (que hay que contemplar desde el trasfondo del proceso de destitución de Heidegger que se estaba perfilando en Friburgo), el filósofo llega a nuevas formulaciones fundamentales en torno a la cuestión de la recepción de su filosofía en el mundo intelectual francés y la posición de su pensamiento dentro de la actualidad alemana.

Según Heidegger, se daba una situación paradójica. En Francia, sobre todo en París, y en el gobierno militar de Baden-Baden, se le consideraba un «filósofo de moda» frente a sus «compatriotas», de mentalidad estrecha y antiliberal. Y se le invitaba a escribir numerosas contribuciones para importantes revistas francesas.

Con orgullo contenido, Heidegger cuenta a su amigo de Tubinga que los franceses saben muy bien que su tarea filosófica «determina y estimula el pensamiento [en Francia] y sobre todo la actitud de los jóvenes en lo relativo a las cosas del espíritu». Hace poco, ha sido invitado por la *Revue Fontaine* a enviar escritos aún no traducidos, tra-

[8] El Jura suabo. *(N. del T.)*
[9] Véase Ott, 1985.

bajos sin publicar y lecciones inéditas. En efecto, a finales de septiembre de 1945, el joven lugarteniente Edgar Morin, por entonces bastante próximo al Partido Comunista Francés, había llevado personalmente a Heidegger una carta del editor de la *Revue Fontaine*, el señor Max-Pol Fouchet, previa autorización expresa del jefe del servicio de Prensa e Información de Baden-Baden, el general Arnaud [10]. En efecto, se le reclamaba a Heidegger que adoptara una postura respecto a la presente situación política o la filosofía en Francia.

«No me atreveré a ejercer semejante influencia de pensamiento en Francia mientras no se me ofrezca la posibilidad de que mi trabajo sea accesible a los alemanes.» (Carta de 30 de noviembre de 1945). Mientras tanto, sus compatriotas ya no quieren saber nada de él. El clima de la Universidad de Friburgo se ha vuelto glacial. Su propia facultad se mantiene a cubierto, mientras que, por el contrario, «en los círculos de la Facultad de Teología y del arzobispado» se empieza a reaccionar y a comprender «que detrás de ese supuesto "nihilismo" se esconde algo muy diferente y que hasta el Maestro Eckhart había hablado en su día de la nada de la divinidad». Precisamente, en estos círculos se encontraban algunos de los compañeros de su juventud católica, que ya conoceremos más a fondo, como el arzobispo Dr. Conrad Gröber, su paisano de Meßkirch y constante benefactor, su «paternal amigo», que le había mostrado el camino del pensar y le había proporcionado el «bastón y la vara» para recorrerlo. Ahora, cuando tantos le abandonaban, cuando le robaban su cátedra, y después de muchas vueltas y recodos, el camino de Heidegger volvía a conducirlo ante el dintel de sus orígenes católicos: otra vez volvía a llamar a esa puerta, aunque ciertamente sin introducirse en el seno católico, sin regresar arrepentido a su mansión.

En medio de ese complejo aislamiento sólo le quedaba la posibilidad de una reacción desafiante. Pretende que puede esperar, pero la cuestión es saber si «los *jóvenes* y la actual *situación espiritual de los alemanes*» puede permitirse esperar (30 de noviembre de 1945). Cuando en los días anteriores a la Navidad de 1945 la precariedad

[10] Los documentos correspondientes, que obran en mi poder, proceden del legado de Clemens Bauer. Edgar Morin se dio a conocer en 1946 a través de su obra *L'an zero de l'Allemagne*. Más tarde abandonó el partido comunista. En la actualidad es director de investigaciones del Centre National de la Recherche Scientifique de París.

material de Heidegger empieza a mostrar su peor cara, decide agarrarse a su última tabla de salvación; se acuerda de su antigua amistad con Karl Jaspers y le pide un informe favorable a este colega, con el que había perdido todo contacto desde hacía años. Jaspers había vuelto a reintegrarse con todos los honores en su antigua cátedra de Heidelberg e incluso ejercía la función de *Praeceptor Germaniae.* Pero el certificado de Jaspers (de 22 de diciembre de 1945), calificando al antiguo amigo y competidor, es destructivo: Heidegger no es apto para educar a la juventud universitaria porque su modo de pensar es esencialmente dictatorial, opuesto a la libertad y la comunicación, y por ende, sus efectos podrían resultar catastróficos en la actual enseñanza [11]. Expulsado de la enseñanza, el 23 de enero de 1946 Heidegger pone punto final a su correspondencia con el amigo de Tubinga, Stadelmann, con las siguientes palabras: «Tengo la sensación de que aún harán falta otros cien años de oscuridad antes de que se presienta todo lo que nos aguarda en la poesía de Hölderlin», y concluye con un verso de *Mnemosyne* de Hölderlin:

'... largo es
el tiempo, pero acontece
lo verdadero'.

[11] El original de este certificado obra en mi poder.

Segundo hito:
EL ADVIENTO PERMANENTE

En realidad la (superficial) argumentación de Heidegger en su propia defensa, tan a menudo aireada por la prensa, adquirió sus primeros perfiles en mayo de 1945, sólo pocos días después de la rendición sin lucha de Friburgo a las tropas francesas. Como ya hemos indicado, en estos difíciles momentos de cambio el profesor no se encontraba en la ciudad universitaria, sino en el valle superior del Danubio, es decir, en el lugar donde se hundían y podían ver las raíces fundamentales de su existencia. Sin embargo, la paz casi idílica de las fuentes del Danubio se vió interrumpida por la noticia de que la casa de Friburgo, *Am Rötebuck*, iba a ser confiscada en calidad de casa del partido, ya que, para el comandante francés, Heidegger era un *nazi typique*.

La señora Elfride Heidegger intentó apartar este peligro en nombre de su marido, insistiendo en que el filósofo no había estado tan implicado en las actividades del Tercer Reich como para merecer esas medidas y que cuando volviera de su actual lugar de trabajo el propio Heidegger se explicaría detalladamente.

Eso es lo que, efectivamente, hizo en julio de 1945, pero en estos momentos ya estaba en el punto de mira de la *épuration* y en consecuencia fue invitado a explicarse ante el denominado comité de depuración de la Universidad de Friburgo, instaurado por los franceses en el marco de la autonomía universitaria. Heidegger se vio obligado

a defenderse por varios flancos. En los meses siguientes, fue formulando uno a uno todos los elementos que obraban en su descargo que, más tarde, en noviembre de 1945, refundió en una toma de posición que recogía todos los argumentos y en la que ya se encontraba la substancia y la estructura de todas las declaraciones posteriores, tanto de la entrevista titulada «Sólo ya un dios puede salvarnos», concedida a la revista *Spiegel* en 1966 y, por deseo expreso, no publicada hasta después de su muerte en 1976, como del informe autojustificativo de la época de rectorado, subtitulado *Tatsachen und Gedanken [Hechos y reflexiones],* también publicado póstumamente en 1983. De este modo, el pensador Martin Heidegger se torna particularmente presente de modo póstumo.

Todo esto no sólo ocurría en la escena nacional, sino que, por el contrario, el teatro de estos hechos era y es todavía toda la escena internacional. Hay una amplia red de grupos heideggerianos, últimamente organizados en «Sociedades Heidegger». Tales sociedades salen de su letargo cuando se trata de responder a algún ataque. Por eso, los que ya conocen la trama, no se extrañan de ver que *Hechos y reflexiones* se difunde con gran rapidez, gracias a las traducciones, en territorio francófono y anglófono, y que este texto se considera como la última palabra dirigida por el filósofo a todos los que ven de otra manera su implicación política y la juzgan con dureza.

Sin embargo, está fuera de dudas que la tendencia a restar importancia al pasado político del filósofo habría fracasado hace mucho tiempo si se hubieran tomado en cuenta los resultados de las investigaciones. Yo mismo, enfrascado personalmente en estas investigaciones y motivado precisamente, como ya he explicado, por el texto de 1983, pude darme cuenta de que la recepción de los conocimientos metódicamente garantizados sobre el tema era extremadamente lenta y pasaba previamente por un espeso filtro, de manera que determinados aspectos importantes quedaban completamente fuera y no se daban a conocer [1]. La línea de argumentación de Heidegger en *Hechos y reflexiones* es insostenible, tanto desde el punto de vista cronológico y factual, como desde el punto de vista de su fundamentación. Por poner un ejemplo, Heidegger no accedió al rectorado de manera más

[1] Esto es especialmente válido en el caso de Francia; mejor dicho: los debates que se han levantado en este país desde la publicación de la obra de Victor Farias, *Heidegger et le nazisme*, en 1987, merecerían un estudio especial.

o menos casual y casi haciendo un sacrificio por la Universidad de Friburgo (a fin de evitar cosas peores), tal como pretende. Por el contrario, debía ocupar esa posición dirigente siguiendo un plan detallado de un pequeño cuadro de profesores nacionalsocialistas de la Universidad de Friburgo que lo consideraban en esos momentos su mejor hombre de confianza ante el ministerio de Karlsruhe y las distintas instancias de Berlín. También la fecha de su inscripción en el NSDAP [Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes] había sido fijada siguiendo determinados criterios tácticos.

Heidegger estaba vinculado desde hacía mucho tiempo al movimiento nacionalsocialista, en particular a través de los grupos de estudiantes del *Nationalsozialistischer Deutscher Studentenbund* (NSDStB) [Asociación nacionalsocialista de estudiantes alemanes]. Por ejemplo, conocía al jefe de la asociación de estudiantes llamada *Deutsche Studentenschaft* (esta organización había pasado al control de los estudiantes nacionalsocialistas mucho antes de 1933), Gerhard Krüger, así como al jefe de la región VI del NSDStB (suroeste alemán), Dr. Stäbel, de Karlsruhe.

Con fina intuición, el poeta residente en Badenweiler, René Schickele («*citoyen francais* y poeta alemán» según sus propias palabras), anota en su diario, el día 2 de agosto de 1932, el giro interior dado por Heidegger: «En los círculos universitarios de Friburgo se cuenta que Heidegger ya sólo se relaciona con nacionalsocialistas (no puedo creerlo, tendré que preguntarlo en cuanto tenga ocasión) [2].» Pero, ¿en qué medida estaba relacionada esa proximidad al partido con su propio pensamiento? Esta es la pregunta fundamental que no ha cesado nunca de plantearse.

Para el *pensador* Heidegger el adviento de 1932, la época cristiana de la esperanza en la venida del Señor, seculariza la espera de un cambio: «¿Conseguirán las décadas venideras crearle un suelo y un espacio a la filosofía, vendrán hombres que lleven consigo un lejano mandato?». Esto le escribía Heidegger a Karl Jaspers, en Heidelberg, el 8 de diciembre de 1932 [3]. Pero ¿quiénes pueden ser esos hombres «que llevan consigo un lejano mandato»? ¿Y qué puede significar ese oscuro «mandato»? Jaspers no fue capaz de identificarlo. Y ¿cómo hubiera podido, él, más bien prosaico, a quien esta dimensión medi-

[2] René Schickele, *Werke in drei Bänden*, Colonia/Berlín, 1959, p. 1040.

[3] Legado de Karl Jaspers del Deutsches Literaturarchiv de Marbach del Neckar.

tativa y casi mágica de Heidegger permanecía oculta? Sin embargo, el *Discurso del rectorado* de 27 de mayo de 1933 sitúa ese «lejano mandato» en una posición central (lo menciona tres veces) y lo vincula con el inicio del surgimiento de la filosofía griega [4].

El principio *es* todavía. No se encuentra *detrás de nosotros*, como lo que ya ha sido hace tiempo, sino delante de nosotros. En su calidad de lo más grande que existe, el principio se adelanta a todo lo venidero y por lo tanto también se anticipa a nosotros mismos. El principio ha irrumpido en nuestro futuro, se encuentra allí como ese lejano mandato por encima de nosotros de volver a recuperar su grandeza.

En este preciso instante, en el momento del estallido revolucionario del nuevo Reich, a Heidegger no le cabía ninguna duda sobre quiénes eran esos hombres «que llevan consigo un lejano mandato». Es por eso por lo que él, el pensador del comienzo, de ese «ser que hay que investigar desde los orígenes», no podía equivocarse, y esto es de capital importancia, porque tal vez fuera él el único que comprendió reflexivamente la «interna verdad y grandeza» del movimiento (en 1935: *Introducción a la metafísica*) que sin embargo (ya) no se abría para aquellos que se autodenominaban nacionalsocialistas. Todos los lamentos y razones, todas las acusaciones que cayeron sobre él después de 1945, y que él estimaba superficiales, eran «indiferentes», «un revuelo estéril» «ni siquiera insignificante», tal como califica Heidegger destructivamente todas estas críticas, contestando a ellas de una vez por todas, en el escrito publicado en 1983.

Pero estas acusaciones no podían ser tan superficiales; por el contrario, la categoría del adviento, un motivo permanente de su obra, era central en Heidegger. Esto es lo que pretende el filósofo en los pocos testimonios públicos que tenemos de él de después de 1945, como por ejemplo, la carta dirigida al diario *Die Zeit* en el verano de 1953: el que haya aprendido la artesanía del pensar —«ésos que escuchan en medio de ésos que oyen» [5]— tiene que haberle

---

[4] El *Discurso del rectorado* apareció en el cuaderno nº 11 de los Freiburger Universitätsreden en 1933 y al mismo tiempo en la editorial G. W. Korn, en Breslau. Allí fue reeditado en 1934. En 1983 volvió a ser reeditado, con ligeros retoques, por Hermann Heidegger, junto con el informe justificativo de Martin Heidegger, en Vittorio Klostermann (Heidegger, 1983).

[5] *Die Zeit* nº 39, 24 de agosto de 1953.

comprendido a través de sus lecciones; otro ejemplo es un esbozo de carta al diario *Süddeutsche Zeitung* de 24 de junio de 1950 (que nunca se llegó a enviar) en el que pretendía acallar los reproches masivos que le llegaban del consejo municipal de Múnich y del *Landtag* de Baviera.

Seguramente Heidegger también contaba entre esta serie de testimonios su interpretación de 1940-1941 del himno de Hölderlin «Como cuando en día de fiesta...», cuyos versos centrales sondea en profundidad: «¡Pero ya llega el día! Lo esperé y lo vi venir/ Y sea mi palabra eso que ví, lo sagrado.» A diferencia del *Discurso del rectorado* de 1933, aquí se concibe lo sagrado como aquello cuya venida pone las bases para otro principio de otra historia. Lo sagrado decide inicialmente sobre los hombres y sobre los dioses y por lo tanto ese adviento, ese advenimiento, es para Heidegger historia, auténtica historia. Pero ocurre que la historia es moneda rara, es el *kairos* que «decide inicialmente en cada ocasión sobre la esencia de la verdad.» Ahora bien, la verdad es el desvelamiento del ser. Heidegger vuelve una y otra vez a interpretar a Hölderlin a partir del año 1936 y esa historia futura seguirá siendo siempre un adviento, algo no acaecido. En 1940-1941 cierra así su lección: «Esta palabra nunca escuchada está guardada en la lengua occidental de los alemanes [6].»

Con su característica maestría del lenguaje, Heidegger formula frases mucho más impactantes aún en una carta a Karl Jaspers de 8 de abril de 1950; este amigo de los tiempos pasados, que vivía y enseñaba desde 1948 en Basilea, se esforzaba desde hacía un año por tender un puente hacia Friburgo en un gesto de solidaridad con el profesor destituido:

> A pesar de todo, mi querido Jaspers, a pesar de la muerte y las lágrimas, a pesar del dolor y las crueldades, a pesar de la miseria y los tormentos, a pesar del desarraigo y el destierro, en este *desterramiento [Heimatlosigkeit]* no es nada lo que sucede; en él *se esconde un adviento,* cuyos signos más lejanos tal vez podamos percibir y apresar en un soplo ligero a fin de conservarlo para un futuro que ninguna construcción histórica podrá descifrar, y aún menos la actual, que todo lo piensa técnicamente.

[6] *Hölderlins Hymne: Wie wenn am Feiertage,* Fráncfort del Meno 1941 (Ed. Vittorio Klostermann).

1932, 1939-1940, 1950 son años de una innegable continuidad para todo el que sea capaz de pensar con Heidegger. Para Jaspers, esas frases eran la expresión de una filosofía llena de intuición y de poesía. El esperado adviento pareció hacerse realidad a finales de 1932, cuando las universidades alemanas preparaban el semestre de verano de 1933 y Heidegger, que entretanto se había convertido en el hombre de confianza del pequeño cuadro de profesores universitarios nacionalsocialistas de la Universidad de Friburgo ante el gobierno y el partido, tanto de Karlsruhe como de Berlín, perseguía informaciones sobre el trato que habrían de recibir las universidades en medio del general cambio estructural de coordinación. El 18 de marzo de 1933, Heidegger abandona Heidelberg antes de lo previsto, interrumpiendo bruscamente la que habría de ser su última visita larga a Jaspers. «Hay que conectar con ella», dice a propósito de la rápida evolución de la realidad nacionalsocialista, según consigna Jaspers en su autobiografía. El amigo se sorprende, pero no sigue inquiriendo. Sin embargo, resulta poco verosímil que semejante tema fuera objeto de tabú en esta estancia en Heidelberg. De lo contrario, no podrían comprenderse las primeras frases de la carta de Heidegger a Jaspers de 3 de abril de 1933 en la que le da las gracias por su estancia en Heidelberg y pinta el siguiente cuadro: «Seguía albergando la esperanza de obtener alguna noticia concreta sobre los planes de remodelación de las universidades. Baeumler guarda silencio; su breve carta me ha dado la impresión de que está enojado. Tampoco he podido sacarle nada a Krieck de Fráncfort. Karlsruhe no da señales de vida.» Esto indica que ambos amigos tuvieron que discutir con bastante detalle sobre este asunto, así como sobre el papel que se le iba a conceder en el futuro a la filosofía: «Por oscuras y cuestionables que parezcan muchas cosas, cada vez siento en mayor medida que estamos introduciéndonos en una nueva realidad y que se ha terminado una época. Todo depende ahora de si sabemos prepararle a la filosofía un adecuado campo de acción y contribuimos a su tarea.»

Aquel adviento del año 1932 trajo hombres que llevaban consigo un «lejano mandato»: el *Führer* y sus secuaces. Es ahora cuando los nombres de Alfred Baeumler y Ernst Krieck se citan junto con el de Martin Heidegger. Baeumler «guarda silencio» enojado. Krieck tampoco abre la boca. Tendremos ocasión sobrada de volver a toparnos con estos nombres.

Tercer hito:

DIALOGO SIN COMUNICACION

La imagen del niño soñador parecía sugerirle muchas cosas a Heidegger; Jaspers trata de describirle con esta imagen a su viejo amigo, en una carta de la primavera de 1950, el que a su entender está siendo su comportamiento en lo relativo a «los fenómenos nacionalsocialistas». «Como un niño soñador que no sabe lo que hace, ni lo ciega y despreocupadamente que se introduce en una empresa que aparece a sus ojos con distintos colores de los que en realidad tiene y que muy pronto despierta desconcertado ante un montón de ruinas y se deja llevar más adelante» (20 de marzo de 1950) [1]. Jaspers entendía que esta caracterización era adecuada, toda vez que Heidegger le había hecho por fin una especie de confesión de culpabilidad: si no había vuelto desde 1933 a casa de Jaspers —así escribe Heidegger a Jaspers el 7 de marzo de 1950— en la cercana y sin embargo tan lejana Basilea, no era porque viviera allí una judía, sino simplemente «porque siento vergüenza». Desde entonces, no sólo había evitado la casa de Jaspers, sino incluso la ciudad de Heidelberg, y no pensaba regresar a ella antes de haber tenido «un encuentro amistoso, aunque doloroso» con Jaspers.

Pero los caminos de ambos filósofos no debían volver a cruzarse, ni en Friburgo, ni en Heidelberg, ni en Basilea, ni en ningún otro lu-

[1] Legado de Karl Jaspers, Deutsches Literaturarchiv, Marbach del Neckar.

gar: ni tan siquiera en el andén de la estación de Friburgo a donde Heidegger quería acudir con ocasión del fugaz paso de Jaspers por esa estación dentro de un tren Rin abajo, dirección a Heidelberg, a donde iba a dar los cursos del semestre de verano de 1950. Heidegger ruega a Jaspers que le comunique la hora del paso del tren por Friburgo para que al menos «pueda estrecharle la mano» al viajero, pues supone que Jaspers no querrá detenerse allí. Jaspers ni siquiera le comunica el horario del tren, se escuda en un largo silencio y dos años más tarde declara bruscamente, de manera unilateral y tajante, que el diálogo filosófico, es decir, todo auténtico diálogo entre ambos, ha concluido. El, el reputado filósofo a quien todo el mundo iba a ver a Basilea y que parecía estar a salvo de cualquier bache en su vida o en su pensamiento, él, que no tenía que cargar con ninguna culpa política y por lo mismo no tenía que redimirla, él, Jaspers, no estaba en la picota.

¿Qué es lo que quedó de aquella amistad? Las convencionales cartas de felicitación por los cumpleaños, sobre todo con ocasión de los decenios. En 1950, los dos grandes no habían conseguido establecer una comunicación que fuera permanente y estuviera libre de dificultades importantes. El abismo entre ellos era demasiado grande, por mucho que antaño se figuraran que podían representar la filosofía alemana, en una especie de duumvirato, bajo la forma de «una comunidad de lucha poco frecuente e independiente», tal como Heidegger exigía cada vez con mayor urgencia a Jaspers desde 1922 diciéndole que se tomara en serio «la filosofía y sus posibilidades como investigación principal» y que pusiera en obra «la crítica a la actual ontología desde sus raíces en la filosofía griega y sobre todo en Aristóteles» (Heidegger a Jaspers el 27 de junio de 1922). Pero, ahora, demasiadas cosas separaban a aquellos que desde 1920 no habían hecho sino aproximarse cada vez más: el alemán meridional, más joven y ágil, pero en última instancia más cerrado, y el oldenburgués, de más edad, más estable, pero pesado y frío, y finalmente alcanzado, adelantado, dejado atrás en la carrera por un Heidegger pujante que alcanzó fama mundial con *Ser y Tiempo*. Fue Heidegger quien tuvo ocasión de entrar en debate con Ernst Cassirer en Davos en 1929, quien en 1930 fue nombrado para la cátedra de Berlín —a la que aspiraba Jaspers (que le felicitó diciendo que era «el mayor honor que podía alcanzarle a un filósofo universitario»)—, y quien incluso pudo permitirse rechazar tal nombramiento. Por aquel enton-

ces, Jaspers albergaba la esperanza de que Heidegger optara por la Universidad de Heidelberg, para que se pudiera decidir si ambos estaban capacitados para «filosofar comunicativamente, aunque fuera en la más radical de las discusiones» o si iban a seguir caminando por las antiguas vías (Jaspers a Heidegger el 24 de mayo de 1930), una convivencia intelectual que a pesar de estas palabras ambos evitaron. Finalmente, todo quedó reducido al intercambio de cartas de compromiso.

Habían pasado demasiadas cosas desde 1933 como para que Heidegger pudiera recuperar una buena imagen ante los ojos de Jaspers sólo con mencionar la palabra «vergüenza». Hubieran hecho falta explicaciones mucho más profundas para clarificar y resolver la situación creada entre ambos amigos. Pero las palabras redentoras y liberadoras no fueron pronunciadas. En lugar de ello, Heidegger tejió un entramado de disculpas y excusas con las que también pretendía defenderse ante el amigo, pero que en este caso cayeron en el vacío. Jaspers creía que con el envío de su obra sobre la «cuestión de la culpabilidad» iba a iniciarse un diálogo esclarecedor con Heidegger: «Me acuerdo muchas veces de la palabra empleada por usted: "vergüenza". Creo que tal vez mi antiguo texto pueda interesarle, que Vd. podría comprender cuál es el motor que verdaderamente lo impulsa. Por eso se lo envío.» (25 de marzo de 1950.)

La respuesta de Heidegger fue una mezquina autodefensa construida sobre afirmaciones de hechos que, tomadas en sí mismas, ya eran parcialmente inadecuadas pero que, dentro de un contexto global, no tenían ningún valor, eran un mero castillo de cartas. Otorgándole un trato meramente superficial a la «cuestión de la culpabilidad» de Jaspers, Heidegger relativiza el asunto de la siguiente manera: «La culpabilidad del individuo permanece, y permanece tanto más cuanto más solo se halla. Pero el mal no ha terminado todavía. Acaba de entrar en su auténtico estadio mundial.» El mal era para él Stalin y la Rusia bolchevique. Stalin estaba ganando cada día una batalla sin haber declarado la guerra. No todo el mundo era capaz de darse cuenta de eso, pero el desafío no sólo iba dirigido a los clarividentes (como por ejemplo el filósofo Heidegger, «ahora directamente afectado», como antaño «los judíos y los políticos de izquierdas, por ser los más directamente amenazados»: «Para nosotros no existe escapatoria. Y cada palabra y cada escrito son en sí un contraataque, por mucho que todo esto no se juegue en la esfera de lo "polí-

tico", una esfera que, por su parte, hace tiempo que está superada por otros modos de ser y lleva la existencia de una sombra.» (Carta de 8 de abril de 1950.)

Heidegger no tenía por qué nombrar especialmente a Hitler (al que por cierto no nombra ni una sola vez a lo largo de toda su correspondencia de posguerra con Jaspers) ni al nacionalsocialismo, puesto que todo eso no había sido en realidad más que un preludio, puesto que el mal no hacía más que comenzar su auténtico estadio mundial. El también se había sentido amenazado en los años 1937 y 1938 (el peor momento de su existencia) y por eso mismo se había vuelto más lúcido e incluso pesimista, ya que intentaba alcanzar una comprensión de la historia a la vista de la guerra que se preparaba e iba a llevarse a sus hijos. «Después vinieron las persecuciones de judíos; todo se precipitó hacia el abismo. Nunca creímos en una "victoria" y, si hubiera llegado, hubiéramos sido los primeros en caer.» Sorprendentes frases, cuya credibilidad queda en suspenso.

El hecho de haber participado al principio en esa evolución, de haber colaborado directa o indirectamente como un niño soñador que no se da cuenta de lo que hace, de haber caído durante unos pocos meses en esa especie de embriaguez de poder, le producía una sensación de vergüenza que había ido en aumento cada año «a medida que el mal se hacía patente». Pero al presentar su dimisión como rector en febrero de 1934 se había atrevido a manifestar una señal de protesta «que nadie ha osado manifestar en nuestras universidades», por mucho que este paso individual no pudiera tener ya ningún efecto frente a la organización total de la opinión pública. (Nos volvemos a encontrar con una delimitación irritantemente exacta del alcance de su compromiso político: desde aquí hasta aquí.) Por eso, aún le había resultado más doloroso todo lo que había emprendido contra él desde 1945-1946 (y en realidad hasta el momento en que escribía esta carta), un público que no tenía oídos para escuchar lo que decía, porque son muy pocos los que saben escuchar.

Este comportamiento, esta actitud, se habían convertido por aquellos años en una especie de segunda naturaleza en Heidegger; uno de los testimonios al respecto nos lo proporciona el esbozo de una Carta del lector al diario *Süddeutsche Zeitung* de Múnich del verano de 1950, en la que trata de defender su postura frente a los ataques del consejo municipal de dicha ciudad. Por aquel entonces,

Heidegger había sido invitado [2] a dar una conferencia en la Academia de Bellas Artes y ésta había sido su primera aparición pública después de 1945. Una vez más, minimiza su compromiso político, su error político —también cometido por altos dignatarios espirituales y seglares— consistente en «haber visto en Hitler y su movimiento las fuerzas constructivas para nuestro pueblo y haberlo reconocido públicamente»; también vuelve a subrayar su actitud de resistencia interna después de su dimisión como rector: «Desde entonces, es decir, durante los últimos diez años de actividad docente en la universidad, y hasta el otoño de 1944, he mantenido un debate intelectual y ejercido una crítica cada vez más dura contra las bases antiespirituales de la "concepción nacionalsocialista del mundo".» Y una vez más, también aparece aquí la pincelada anticomunista: «Donde se han cometido crímenes hay que expiarlos. Pero ¿cuánto tiempo se seguirá difamando públicamente a aquellos que se han equivocado políticamente durante un período más o menos largo y esto en un Estado cuya Constitución probaría que todo el mundo puede ser miembro y militante del partido comunista? De este modo, una extraña ceguera empuja a la interna desmoralización y disolución de las últimas fuerzas substanciales de nuestro pueblo.» Aquí tenemos a un Heidegger hasta cierto punto precursor del decreto antirradical.

Esta era la línea de defensa adoptada por Heidegger en 1945, después de la catástrofe política y nacional, después de su propia caída profunda en el abismo insondable y ésta fue la línea que intentó reforzar incansablemente. En el escrito de justificación para el rectorado de la Universidad de Friburgo, de 4 de noviembre de 1945, ya describe como conclusión un concepto estilizado de resistencia:

> No me atribuyo ningún mérito particular por la resistencia que he opuesto durante los últimos once años. Pero cuando se afirma, de manera demasiado grosera, que durante la época de mi rectorado numerosos estudiantes fueron inducidos al "nacionalsocialismo", entonces la justicia exige que por lo menos también se reconozca que entre los años 1934 y 1944 eduqué a miles de oyentes, por medio de mis lecciones, para meditar sobre los fundamentos metafísicos de nuestra era y que les abrí los ojos al mundo del espíritu y su gran tradición en la historia de Occidente.

[2] Véase más detalles en Petzet, 1983, pp. 74 ss.

Pero en ese año 1950 del que partimos, cuando comienza a esbozarse la estabilización política y económica en las zonas de ocupación occidentales agrupadas en una República Federal de Alemania, también tiene lugar la revisión del duro veredicto pronunciado por las autoridades militares francesas contra Heidegger —su destitución como profesor con prohibición de toda actividad docente— aunque, desde luego, no en el sentido deseado por el filósofo, que sólo admite la reintegración completa dentro de sus actividades docentes como única forma válida de rehabilitación y como única salida a su aislamiento. ¿Qué le quedaba? El puesto de guardián del pensamiento con la tarea de aguantar firmemente contra «el dogmatismo de cualquier tipo», aunque sin ninguna esperanza de tener efecto. Desde su soledad, único «lugar en donde los que piensan y poetizan están al lado del ser» en la medida de la capacidad humana, Heidegger ya había mandado en junio de 1949 un saludo a Jaspers (que era profesor en Basilea), cuando se enteró de que éste había intentado establecer un contacto epistolar sin que su primera carta llegara directamente a Friburgo. Efectivamente, Jaspers, para quien Heidegger «se había convertido en un enemigo intelectual [3] debido a su actuación pública como nacionalsocialista», conservaba sin embargo, en recuerdo de los años veinte, una disposición interna de apertura al diálogo con Heidegger, al menos hasta el principio de la década de los cincuenta. Pero no contaba con su propia hostilidad espiritual ni con la negativa de Heidegger.

Esbozaremos brevemente lo que Jaspers se limita a anotar en su autobiografía filosófica reservándolo para una posterior publicación; nos referimos a su destructivo informe de 22 de diciembre de 1945 sobre el caso Heidegger, que volveremos a analizar más tarde con mayor profundidad.

Había esperado poder guardar silencio, excepto con los amigos más íntimos, y ésa era la intención que tenía desde 1933 cuando después de mi terrible desilusión decidí callar por fidelidad a algunos buenos recuerdos. Me resultó bastante fácil, porque en nuestra última conversación de 1933 Heidegger también guardó silencio sobre mis preguntas más embarazosas o se limitó a contestar de forma vaga e imprecisa, sobre todo por lo que respecta a la cuestión judía, y porque interrumpió las visitas que venía haciéndome

[3] Jaspers, 1977, p. 102.

regularmente desde hacía diez años, de modo que no volvimos a vernos. Es verdad que siguió enviándome sus publicaciones hasta hace poco, aunque en 1937-1938 no acusó recibo de mis propios envíos. Ahora esperaba poder callar definitivamente.

Esto es lo que escribía Karl Jaspers el 22 del 12 de 1945 al biólogo friburgués Oehlkers, como él casado con una judía y miembro del comité de depuración de la Universidad de Friburgo, en un informe redactado por ruego de Heidegger y de la propia comisión [4]. Por aquel entonces Jaspers no sabía hasta qué punto Heidegger había ajustado cuentas con su filosofía en su curso sobre Nietzsche, casi bajo la forma de una sentencia, saliéndose muy por encima de un estudio objetivo de la interpretación de Nietzsche: «Como en el fondo Jaspers ya no se toma en serio el conocimiento filosófico, tampoco existe ya ninguna auténtica pregunta. La filosofía se ve convertida en una psicología moralizadora de la existencia humana» [5].

Jaspers, que después del desastre se había centrado muy particularmente en la cuestión de la culpabilidad, emitió un duro veredicto: se debían exigir responsabilidades a Heidegger (cuyo rango filosófico caracterizaba de manera interesante) puesto que era uno de los pocos profesores universitarios que habían ayudado a «ensillar al nacionalsocialismo». En su opinión, Heidegger no debía seguir ejerciendo ninguna actividad docente durante algunos años, aunque podía proseguir su trabajo científico «con ayuda de una pensión nominal». Según Jaspers, se podía contemplar la posibilidad de una ulterior revisión de la medida, si Heidegger cambiaba y la situación académica y política se consolidaba. En estos momentos, sin embargo, «hay que llevar con la mayor responsabilidad la educación de los jóvenes» y por eso no se podía pensar en establecer inmediatamente una total libertad de docencia.

El modo de pensar de Heidegger, que a mi juicio es esencialmente dictatorial, opuesto a la libertad y la comunicación, acarrearía hoy desastrosas consecuencias en la actividad docente, porque me parece que el modo de pensar es más importante que el contenido de los juicios políticos, cuya agresividad puede cambiar fácilmente de rumbo. Mientras no dé muestras de un auténtico renacer, también visible en su obra, pienso que no se debe

[4] Texto completo en pp. 315 ss.
[5] *Nietzsche: Der Wille zur Macht als Kunst*, Obras Completas, vol. 43, pp. 26 ss.

situar a semejante profesor ante una juventud que actualmente apenas tiene capacidad de reacción interna. Primeramente la juventud tendrá que adquirir un pensamiento autónomo.

Heidegger conocía el informe de Jaspers del 22 de diciembre de 1945, que contribuyó seriamente a agravar las sanciones que se le impusieron, si no globalmente, al menos en una gran medida. Jaspers no consintió fácilmente en escribir tal informe, pero como el propio Heidegger lo había propuesto al comité de depuración en calidad de posible informante, no quiso dejar de dar su opinión personal a este órgano universitario. Y a Jaspers, el filósofo de la comunicación, se le hacía muy cuesta arriba el silencio que se había instaurado entre ambos desde hacía años como un abismo. Por eso, antes de mudarse de Heidelberg a Basilea, escribió una carta (el 1 de marzo de 1948) que nunca fue enviada, como otras muchas cartas de Jaspers, pero que constituía la base de su carta del 6 de febrero de 1949 que, como ya hemos indicado, no llegó a manos de Heidegger en un primer momento. Sea como sea, se trataba de un sincero esfuerzo del mayor de ambos filósofos, actualmente en el cénit de su fama, por alargar su mano, en un gesto conciliador, al antiguo amigo ahora desbancado, aunque, todo hay que decirlo, no sin condiciones: «La oscuridad deberá seguir siendo un presupuesto entre nosotros si antes no ocurre nada extraordinario, pero eso no impide que tanto en la filosofía como en la vida privada pueda pasar alguna palabra del uno al otro.» (6 de febrero de 1949.)

Lo extraordinario no llegó a producirse nunca, como ya indicamos. Tras una larga correspondencia, a Heidegger sólo se le ocurrió la palabra «vergüenza» y además aplicada únicamente a la historia de sus propios padecimientos. Por otra parte, las formulaciones de Heidegger del 8 de abril de 1950 denuncian la absoluta imposibilidad de llegar a establecer un mínimo de principios que sirvan como presupuesto para un diálogo con sentido. Recordando todo esto, el 24 de julio de 1952, es decir, más de dos años después de la carta central de Heidegger del 8 de abril de 1950 (central en lo referente a la cuestión de la culpabilidad), Jaspers contesta defraudado, porque su corresponsal esquiva el asunto y no deja que se le interrogue. Evocando el lejano e imborrable pasado, en el que sí había ocurrido algo entre ellos, en el contexto del diálogo filosófico de los años veinte, somete las formulaciones de Heidegger a una acerba crítica que, en

última instancia, muestra claramente lo irreconciliable de ambos puntos de vista y el abismo insuperable abierto entre ellos. Según Jaspers, Heidegger no contesta a un punto esencial que sin embargo es inesquivable, el de la culpabilidad, y tampoco sigue desarrollando el término «vergüenza». «Lo que ambos entendemos por filosofía, lo que pretendemos o a quién nos dirigimos con ella, en qué medida está vinculada con la vida, todo esto es, presumiblemente, extraordinariamente diferente en nosotros desde el principio.» Para aclarar esto, sería necesaria una intensa discusión que presupusiera el conocimiento de los trabajos filosóficos de ambos. Jaspers está aludiendo a un punto débil de sus relaciones: la insuficiente lectura de las mutuas publicaciones, un déficit permanente desde la década de los veinte.

Abandonando el plano personal, Jaspers retoma la frase de Heidegger que dice que «el mal no ha concluido» y no hace más que entrar en un estadio mundial, personificado en la figura de Stalin. Jaspers se dice aterrorizado y lleno de cólera por esta frase.

Se agolpan en mi mente preguntas imperiosas: ¿acaso esta visión de las cosas puede potenciar nuestro fracaso con su imprecisión? ¿Acaso la apariencia de grandeza de semejantes visiones no nos escamotea lo que es posible hacer? ¿Cómo explica Vd. que haya dejado imprimir en algún lugar un juicio positivo sobre el marxismo sin añadir de inmediato y con total claridad que Vd. reconoce el poder del mal? ¿Y acaso no debemos apresar ese poder para cada uno de nosotros dondequiera que se nos presente y también para el que habla, precisamente porque habla clara y concretamente? ¿Acaso este poder del mal en Alemania no es también eso que no ha dejado de crecer y que, efectivamente, prepara Stalin, es decir, el enmascaramiento y olvido del pasado?

La filosofía intuitiva y poética de Heidegger, tal como expresa esta carta, provoca la visión de un monstruo y es tal vez «la preparación de la victoria del totalitarismo, por la sencilla razón de que se separa de la realidad» de la misma manera que, antes de 1933, esta misma filosofía había preparado la aceptación de Hitler. «¿Acaso puede desaparecer alguna vez el elemento político, que Vd. considera sobrepasado? ¿Y acaso no es esto lo que hay que reconocer?» Jaspers no sabía qué hacer con ese concepto místico de «desterramiento» en el que se oculta una espera, un adviento:

Cuando leí esto mi horror se acrecentó. Hasta donde alcanza mi pensamiento esto es pura ensoñación, como tantas otras ensoñaciones que, cada

una en su momento, se han burlado de nosotros a lo largo de este medio siglo. ¿Pretende actuar Vd. como un profeta que muestra lo suprasensible gracias a una oculta ciencia o como un filósofo que aleja de la realidad, que con sus ficciones no deja atrapar lo posible? A personas así hay que inquirirles cuáles son sus poderes y sus credenciales...

Así pues, Martin Heidegger pasa por ser un seductor, aunque sólo sea porque aleja de «la realidad». Una y otra vez vuelve el reproche de que con su lenguaje seductor abandona el rigor de la conceptualidad y actúa como un mago.

Pero Karl Jaspers había entendido fundamentalmente mal a Heidegger si esperaba de él una confesión de culpabilidad. También es por eso por lo que su informe de diciembre de 1945, tan destructivo para la carrera de Heidegger, tenía que caer necesariamente en el vacío, no podía provocar ninguna reacción en el afectado. ¿«Poderes y credenciales»? Semejantes preguntas no iban con el filósofo de *Ser y Tiempo,* porque culpabilidad, responsabilidad, expiación, se encontraban a su entender en un sistema de categorías muy diferente al tradicional. En último extremo, podría integrarse a Heidegger en la categoría ética de la obediencia al ser, si es que se puede hablar de ética en su caso. En la *Carta sobre el humanismo* (1946) [6] las fronteras ya son muy claras: quien, como Heidegger, intente penetrar con el pensamiento en la verdad del ser, es decir, en el claro *[Lichtung]* del ser, habrá encontrado el refugio para la presencia del dios, donde no acecha ningún cuidado por los «preceptos de la vida activa» y, viceversa: a este pensador no le afecta lo que atañe a las acciones de los hombres (técnicos), es decir, no se siente interpelado, no es alguien que se sienta invadido por un sentimiento de culpa si se saca a relucir el concepto tradicional de culpabilidad. Se podría suponer que Karl Jaspers conocía demasiado poco a Heidegger, pues de lo contrario habría dejado de insistir mucho antes. ¿O es que lo conocía demasiado bien? ¿Sabía tal vez que detrás del heraldo de la verdad del ser es posible percibir al hombre realmente existente, Heidegger, cuyo lenguaje poético-filosófico tapa con sus oscuras resonancias más cosas de las que descubre?

[6] En Alemania la primera edición *(Über den Humanismus),* de 1949, apareció en la editorial Vittorio Klostermann (Fráncfort del Meno).

En todo caso, Heidegger no dio nunca una respuesta directa —¿y cómo habría sonado dicha respuesta en el lenguaje de su pensamiento?—, sino que guardó silencio, pero con ocasión del setenta cumpleaños de Jaspers, envió una carta de felicitación (el 19 de febrero de 1953) en la que sellaba su legado, apareciendo en actitud modesta junto al gran público científico:

Y, además, sepa Vd. que habrá alguien que procurará seguir sus huellas buscando al tiempo su propio camino. Recordará los años comunes y algunos sucesos dolorosos y aceptará un destino que consistió en distintos ensayos del pensar que, en un mundo sin paz y tambaleante, se esfuerzan por revelar algo esencial con sus preguntas. Esas preguntas no pueden de ningún modo perder su camino, porque conciernen a sí mismas y sólo intentan saber si en medio de toda la diversidad de caminos del pensar permanece una vecindad que caracterice a esa proximidad en la que todos están cercanos de modo fundamentalmente irreconocible e impenetrable, es decir, en la que están solos a partir del mismo asunto y de la misma tarea. Acepte este saludo de un caminante. Encierra el deseo de que Vd. conserve la fuerza y la confianza necesarias para ayudar a los demás hombres a llegar a la claridad de lo esencial por medio de su actuación y de su obra.

Como ya es sabido, Heidegger mantuvo una riquísima y enorme correspondencia, cultivó el diálogo escrito con numerosas personas, aunque desde luego con distinta duración y distinta intensidad en cada caso. Desde esta perspectiva, se podría relativizar su correspondencia con Jaspers si no fuera porque se inició muy pronto, en 1920, después de que ambos se conocieran en Friburgo en el círculo de Edmund Husserl; también tiene mucha importancia por el hecho de que cuando Heidegger fue llamado a Marburgo en 1923, en sus viajes entre Friburgo/Todtnauberg (donde tenía su cabaña) y Marburgo, paraba siempre que podía en Heidelberg y a menudo se quedaba unos cuantos días en casa de la familia Jaspers, tal como lo cuenta Karl Jaspers en su autobiografía filosófica y como se puede comprobar leyendo la correspondencia entre ambos gigantes de la filosofía: Heidegger se alimentaba de estos diálogos filosóficos con Jaspers. La intensidad de las cartas tiene difícil parangón y reina en ellas una calurosa confianza que alcanza la esfera de lo privado. Esta es la razón por la que se ha destilado gota a gota la problemática plasmada en esta fuente epistolar y por la que la fuerza inmediata de los enunciados de las cartas resulta esclarecedora y de gran utilidad: se trata de

un material ejemplar. Queda por saber si hay otras cartas cuyo contenido tenga tanto peso, por ejemplo las cartas con las que en 1935, en medio de un gran aislamiento y soledad después de un largo silencio de más de dos años, Heidegger intenta reanudar el contacto epistolar con Jaspers tomando precauciones que denotan su inseguridad e incertidumbre:

> Sobre mi escritorio tengo una carpeta con el rótulo "Jaspers". De vez en cuando va a parar allí una nota; también alberga cartas comenzadas, fragmentos de ideas a propósito de mi primer intento de comprender el tercer volumen de *Filosofía*. Pero nada serio. Además, guardo allí sus conferencias, en las que adivino al precursor de la "Lógica". Le doy sinceramente las gracias por su saludo, que me ha alegrado muy de veras, pues la soledad es casi absoluta. Alguien me ha contado que trabaja Ud. en un libro sobre Nietzsche y me permito alegrarme viendo lo fuerte que sigue siendo la corriente que le arrastra hacia la gran obra. En mi caso, sólo se trata de un esforzado tanteo; hace pocos meses que he vuelto a conectar con el trabajo que dejé interrumpido en el curso de invierno del 32/33 (el semestre de vacaciones); pero se trata de un inconsistente balbuceo, y por lo demás yo también tengo dos espinas clavadas: la controversia con la fe de los orígenes y el fracaso del rectorado, es decir tengo suficientes cosas de esas que habría que superar verdaderamente. (1 de julio de 1935.)

Por encima del aislamiento, esta fórmula paulina de las dos espinas (segunda Carta a los Corintios 12, 7), esto es, «la controversia con la fe de los orígenes y el fracaso del rectorado» (¡por este orden!), tal vez cause sorpresa y hasta estupor. Aceptemos que en esos momentos y en ese contexto Heidegger señalara a su amigo de antaño su fracaso en el rectorado —aunque ignoramos cómo debe y puede ser entendida esta expresión—, pero ¿a qué viene «la controversia con la fe de los orígenes»? Y sin embargo, a lo que parece, había que superar ambas cosas. ¿Pero llegó Heidegger a superarlas alguna vez?

La fe de los orígenes era la fe católica.

«LA CONTROVERSIA CON LA FE DE LOS ORIGENES»

EL CAMINO DE HEIDEGGER DE MEßKIRCH A FRIBURGO

Es en tierra católica donde está enclavado el lugar de nacimiento de Heidegger, la antigua ciudad de Baden, Meßkirch; es un paisaje sobrio y rudo con un pasado histórico rico y variado donde, en otros tiempos, se amontonaban pequeños dominios feudales que se pisaban los unos a los otros.

En primera línea tenemos a los antiguos señores de Zimmern, cuya huella se ha conservado a través de la arquitectura y el arte de Meßkirch, sobre todo gracias al castillo y la famosa iglesia parroquial de estilo gótico tardío (terminada en 1526) consagrada a San Martín. El «Maestro de Meßkirch» había creado para este templo once retablos de los que sólo se conserva el retablo del altar mayor, *La adoración de los Reyes Magos*, única pieza ornamental originaria. En 1627, en medio de la guerra de los Treinta Años, los príncipes de Fürstenberg se hicieron con el señorío y la ciudad de Meßkirch. Bajo su patronazgo, la iglesia de San Martín sufrió en 1770-1776 una remodelación barroquizante. Los retablos del «Maestro de Meßkirch» fueron trasladados a la residencia de la casa de Fürstenberg, sita en Donaueschingen, donde aún pueden ser admirados.

Un poco más allá nos encontramos con las tierras vecinas de Hohenzollern, también católicas, y dependientes, en lo eclesiástico, del arzobispado de Friburgo, así como con la región, pelada y estéril, de las altas mesetas de Meßkirch y la zona de los lagos, que toca con

ella por el oeste y conforma un paisaje fértil y de clima benigno. En el centro de esta región (la del lago de Constanza) se encuentra precisamente la antigua ciudad episcopal de Constanza. Después de nacer el gran ducado de Baden, por gracia de Napoleón, Constanza perdió su papel central, entre otras cosas debido al traslado de la sede episcopal a Friburgo, pero sin embargo no dejó de ser el centro cultural de toda esta región. En efecto, ofrecía a los muchachos católicos más dotados de la zona la posibilidad de una enseñanza secundaria superior, gracias al seminario arzobispal, cuya reapertura sólo fue posible a principios de la década de los ochenta del pasado siglo cuando se aplacó la *Kulturkampf* que había sido particularmente enconada en el gran ducado de Baden.

Dentro del distrito de Meßkirch tuvo extremada importancia el convento de Beuron, desde que en 1863 se instalaran en él los benedictinos y, gracias a la fundación de la princesa viuda Katharina von Hohenzollern-Sigmaringen, llenaran de nuevo de vida monacal las instalaciones conventuales que antaño fueran ocupadas por una fundación coral de augustinos y que desde su secularización habían sido abandonadas y estaban próximas a la ruina. Allí crearon un centro intelectual, tanto religioso como, sobre todo, artístico, del que partieron numerosos impulsos y hacia el que se orientaron muchas personas. También a Martin Heidegger le resultaban familiares desde su primera juventud el convento de Beuron y los hijos de san Benedicto, y siempre regresó a este lugar. Se sentía vinculado a Beuron, que estaba consagrado a san Martín, de diversas maneras: allí siempre era bien recibido como huésped y daba conferencias a cambio de la hospitalidad, como por ejemplo la primera lectura de *Sobre la esencia de la verdad* en 1930 o *Augustinus: Quid est tempus? Confessiones lib. XI,* en el mismo año, o en 1949, momento en el que pronunció su conferencia para un pequeño círculo cerrado de monjes de Beuron, lugar donde no se sentía considerado como un proscrito.

Meßkirch, Constanza, Beuron, Friburgo: lugares familiares a Martin Heidegger, que fueron su casa toda la vida, de los que nunca pudo despedirse, la «provincia», como él decía, ¡pero qué provincia!

Es una tierra católica, pero abierta a todas las corrientes del espíritu. Aquí, en esta región situada al este del lago de Constanza, el catolicismo ilustrado, con su específica espiritualidad y liturgia, que fue conocido e implantado en las primeras décadas del siglo XIX gracias al vicario episcopal de Constanza, el barón Ignaz von Wessenberg,

fue a caer sobre suelo fértil, aunque como es lógico, sólo entre las capas sociales más cultivadas y acomodadas. En el transcurso del siglo XIX se había ido constituyendo lentamente una diferenciación social en el plano religioso que sólo tomó cuerpo cuando se desarrolló el catolicismo tradicional en el último tercio del siglo. El origen del catolicismo tradicional tiene su base en el decidido rechazo de las proposiciones dogmáticas del Primer Concilio Vaticano, en 1870, en lo tocante a la primacía e infalibilidad del Papa. En la región sureña del gran ducado de Baden tanto Constanza como la ciudad administrativa de Meßkirch se convirtieron en importantes centros de educación católica tradicional, y esto trajo consigo, junto con una división confesional, una división en dos grupos políticos. El grupo liberal, minoritario, pero pudiente, y el grupo católico, mayoritario, pero más pobre, dieron lugar en Meßkirch en los años posteriores a 1870 a una sociedad dividida en dos clases, escisión que se reflejaba también en el plano eclesiástico-religioso [1].

Apoyados por la política gubernamental de Baden, de corte liberal, que durante la *Kulturkampf* se mostró particularmente favorable al movimiento católico tradicional e intentó impulsarlo en la medida de lo posible, los católicos tradicionales de Meßkirch obtuvieron el derecho de compartir el usufructo de la iglesia católica de San Martín. Como las autoridades católicas de Friburgo no podían aceptar esta solución por puro principio, finalmente los católicos optaron por abandonar la que había sido la iglesia de sus ancestros. En 1875 se compró otra iglesia para salir del paso: se adquirió una especie de granero o almacén de fruta propiedad del señorío de Fürstenberg, por hallarse cerca del castillo y no muy lejos de la iglesia de la ciudad, y con ayuda de los monjes artistas de Beuron se arregló su interior y se adaptó a las necesidades de una iglesia. Era en este lugar donde el padre de Heidegger actuaba como sacristán, aunque lógicamente ya no vivía en la antigua sacristía, que había ido a parar también a manos de los católicos tradicionales. En esta improvisada iglesia decorada por los monjes de Beuron es donde fue bautizado Martin Heidegger el año 1889. En un ala de la iglesia se acomodó un taller para Friedrich Heidegger, que también era tonelero, lugar muy frecuentado por el pequeño Martin, que iba allí «armado con las debidas advertencias maternas y arrastrando detrás de mí mi carrito

[1] Véase Ott, 1984c.

azul», como diría más tarde. Es el pequeño entorno que pintará Heidegger en pocas líneas en su ensayo *El camino del campo (Der Feldweg)* en 1949 [2].

Cuando finalmente la discrepancia cuantitativa entre los católicos y los católicos tradicionales se hizo demasiado evidente, en una proporción aproximada de 3 a 1, y cuando el clima de *Kulturkampf* volvió a apaciguarse, los renovados esfuerzos de la comunidad católica de San Martín de Meßkirch obtuvieron éxito ante el gobierno de Baden: en 1895 se les devolvió la iglesia parroquial de estilo gótico tardío junto con todos los bienes y tierras de la iglesia (incluida la casa del sacristán, sita en la Kirchplatz, a la que se mudó la familia Heidegger). El 1 de diciembre de 1895 —el primer domingo de adviento— tuvo lugar la solemne recuperación de los lugares y se celebró la primera misa después de un exilio de varios años; fue un acontecimiento memorable para los católicos de Meßkirch y también para el pequeño Martin, de seis años de edad, que veía las profundas modificaciones que sufría su entorno familiar. Por su hermano Fritz sabemos que el sacristán de los católicos tradicionales entregó las llaves al pequeño Martin ya que le molestaba tener que entregárselas personalmente a su sucesor. No cabe duda de que uno de los acontecimientos más marcados de la infancia del filósofo fue la experiencia del catolicismo tradicional, que reinó en Meßkirch durante algunas décadas y que había llevado a una fuerte diferenciación social e incluso a una incipiente discriminación. Pero nos hemos adelantado un poco a los acontecimientos y por el momento vamos a limitarnos a exponer los datos biográficos de la familia Heidegger.

Martin Heidegger vino al mundo en Meßkirch un jueves 26 de septiembre de 1889; la casa donde nació consistía en un pequeño edificio sobre el *Graben* que fue derruido en los años noventa del siglo pasado. Martin fue el primogénito de los esposos Friedrich y Johanna Heidegger. Friedrich Heidegger, nacido en Meßkirch el 7 de agosto de 1851, tonelero y sacristán de la parroquia católica desde 1887, había contraído matrimonio con Johanna Kempf el 9 de abril de 1887 (cuando tenía 37 años), la cual era originaria de Göggingen, un pueblo a unos pocos kilómetros al este de Meßkirch. La dotación del cargo de sacristán era en su tiempo de 500 marcos anuales, una

[2] Vittorio Klostermann, Fráncfort del Meno (la primera edición no se puede adquirir).

suma muy redonda teniendo en cuenta que se le permitía ejercer una actividad paralela. En contrapartida, el sacristán tenía que realizar también otros pequeños servicios, de modo que su empleo tenía todas las características de una profesión a tiempo completo [3].

Johanna Kempf, nacida el 21 de marzo de 1858, procedía de una granja que había pertenecido a su familia desde hacia siglos. Sus padres eran el campesino Anton Kempf, nacido el 7 de julio de 1811 en Göggingen y fallecido en el mismo lugar el 3 de julio de 1863, y Justina Jäger, nacida el 23 de septiembre de 1818 en Göggingen (bautizada el 26 de septiembre, fiesta de santa Justina) y fallecida en el mismo lugar el 17 de abril de 1885. Martin Heidegger no tuvo ocasión de conocer a ninguno de sus abuelos, pues también los abuelos paternos fallecieron antes de su nacimiento: Martin Heidegger, zapatero de Meßkirch, nacido el 11 de noviembre (día de san Martín) de 1803 en Leibertingen (a medio camino entre Beuron y Meßkirch) y fallecido en Meßkirch el 8 de noviembre de 1881, y Walburga Rieger, nacida en 1815 en Gutenstein (distrito de Meßkirch) y fallecida el 5 de abril de 1855 en Meßkirch, a temprana edad, cuando su hijo Friedrich tenía apenas cuatro años. Los abuelos del filósofo por parte paterna fueron los primeros en establecerse en Meßkirch, pero eran originarios de pueblos muy próximos. En ambas líneas se mantuvo siempre la pertenencia a la confesión católico romana y el propio Heidegger siempre se declaró también miembro de ella [4].

La familia materna llevaba el sello de su permanencia ininterrumpida durante varios siglos en la granja Lochbauern de Göggingen. Un antepasado de la madre de Heidegger, Jakob Kempf, obtuvo en 1662 la aparcería de esta granja, feudo del convento cisterciense de Wald, cerca de Pfullendorf. Durante varias generaciones, la granja se mantuvo en manos de la misma familia; se trataba de un terreno bastante considerable que comprendía ochenta yugadas de tierra de cultivo y otras pocas yugadas de pastos y bosque. El abuelo de Heidegger, Anton Kempf, pudo aprovechar la liberación de las tierras, que tuvo lugar en 1838-1939, para comprar la granja por una suma de 3.800 gul-

[3] Las actas al respecto se encuentran en el archivo del arzobispado de Friburgo bajo el rótulo «Parroquia de Meßkirch, sacristía».

[4] Estos datos fueron consignados por Martin Heidegger en 1933 en el certificado de raza aria exigido para los funcionarios. Hauptstaatsarchiv de Stuttgart, Kultusministerium Baden-Württemberg EA III/1.

das. Una vez convertido en campesino independiente, con propiedades libres, se casó en 1839 con Justina Jäger, que procedía del clan familiar de los posaderos de Göggingen. De este matrimonio nacieron nueve hijos, entre ellos la madre de Heidegger, Johanna.

El joven Martin Heidegger iba a menudo a casa de sus parientes, en Göggingen, en donde se encontraba con un primo de edad parecida, Gustav Kempf, que más tarde fue sacerdote católico y profesor y con quien Martin hizo parte de sus estudios, como veremos más tarde [5]. En la primera infancia los lugares de juego preferidos de Martin eran la granja, con sus múltiples rincones, y la escuela vecina con sus jardines. En aquel medio los niños disfrutaban de una «vida despreocupada», como escribía Martin Heidegger en 1972 tras la muerte de su primo Gustav Kempf, «sin adivinar las guerras mundiales que se avecinaban», en la segunda de las cuales cayeron los herederos de la granja de la familia Kempf. Heidegger resume los aspectos consoladores de tanto dolor y tanto duelo en la frase: «¡Qué dulce es habitar entre las cosas familiares de nuestros antepasados y experimentar en su memoria las palabras y obras de los ancestros!», frase que atribuye erróneamente al padre de la Iglesia Hegesipp. La carta muestra lo estrechamente ligados que están los recuerdos del viejo filósofo con una parte esencial de sus orígenes y su tierra natal.

Martin Heidegger creció en Meßkirch con dos hermanos: su hermana Marie y su hermano Fritz. Sus padres no eran ni ricos ni muy pobres, eran un ejemplo de la pequeña burguesía, como escribe el hermano del filósofo, Fritz Heidegger, el «único hermano» como lo llama Martin, describiendo en una carta inolvidable la buena atmósfera que reinaba en la casa paterna. «Desde el punto de vista material nuestros padres no eran ni ricos ni muy pobres; su grado de acomodo era el de la pequeña burguesía; en casa no reinaba ni la miseria ni la abundancia; la palabra de la época, "ahorrar", se escribía con mayúsculas: el dinero limpio, tan escaso como las perlas verdaderas, era para mucha gente "el corazón de todas las cosas".» Y Fritz Heidegger nombra con todas las letras los conflictos sociales de su época [6].

[5] Debemos a Gustav Kempf una historia del pueblo de Göggingen.

[6] «Una carta de cumpleaños del hermano», en: *Martin Heidegger zum 80. Geburtstag von seiner Heimatstadt Meßkirch,* Fráncfort del Meno 1969, pp. 58 ss.

Casualmente existe un estudio de la época sobre la situación económica de los artesanos de Meßkirch «con especial consideración de los herreros, cocheros y guarnicioneros»; fue llevado a cabo en 1896 por la «Asociación para la política social» que emprendió «investigaciones sobre la situación de los artesanos en Alemania con especial consideración del problema de su competitividad frente a la gran industria». De entre las 130 industrias artesanas contabilizadas en Meßkirch, 83 eran de artesanos con un nivel impositivo que rondaba entre los 500 y los 2.000 marcos y por lo tanto se encontraban en el plano más bajo del nivel social. Con el trasfondo de los conflictos políticos y religiosos ya descritos, la economía también se resentía en el terreno del dinero y del crédito. En el pueblo había una caja «roja» (liberal) y otra «negra» (católica). «La primera», así lo describe el informante, «era la que disponía de más líquido y la segunda la que tenía mayor número de miembros».

La familia Heidegger también se encontraba dentro de este estado social y económico; su fortuna se evaluada en 1903 en un montante de 2.000 marcos de capital de base y 960 marcos de ingresos sujetos a impuestos: con esta suma una familia de cinco miembros podía mantenerse, pero no podía prescindir del dinero necesario para mandar a los hijos más dotados a estudiar a escuelas que no se encontraran en la misma localidad o no se pudieran alcanzar cómodamente cada día. En lo tocante a la enseñanza, Meßkirch disponía de una escuela primaria que ocasionalmente también impartía el primer ciclo de secundaria, pero sólo en el caso de que las materias específicas de secundaria, sobre todo el latín, también fuesen reconocidas en otros lugares. Dado el reparto regional de los institutos de humanidades del gran ducado de Baden (y para un niño católico especialmente dotado, pero de orígenes humildes, éste era el único tipo de institución que se podía contemplar, puesto que su destino era seguir la carrera eclesiástica), la práctica habitual era preparar a los niños para las clases de *Quarta* y de *Untertertia* (que corresponden a los actuales séptimo y octavo curso alemanes) y después arrojarlos, por así decir, a las profundas aguas del instituto, en donde debían aprender a nadar. También Martin Heidegger se benefició de esta organización, que nos permite conocer cómo era posible que un niño de orígenes humildes, pero muy dotado, pudiera adentrarse en el camino del pensar. Esto se explica por la fuerza de organización social que tenía en aquellos tiempos la Iglesia católica.

En otoño de 1903, Martin Heidegger, un despierto muchacho dotado de mucho talento e incluso con aptitudes deportivas, que acababa de cumplir 14 años, entraba en la *Untertertia* del instituto humanístico de Constanza después de haber superado el octavo curso de la escuela de Meßkirch; en Constanza vivía en régimen interno en el seminario del arzobispado, también llamado «Internado San Conrado». Este salto sin problemas al curso inmediatamente superior del instituto sólo había sido posible gracias a la activa ayuda del que en aquel momento era párroco de Meßkirch, Camillo Brandhuber. Este hombre había descubierto el talento de Heidegger y lo había hecho crecer con sus cuidados, en la medida de lo posible. Con sus clases de latín, Brandhuber tendió el puente necesario para pasar a Constanza.

Este sacerdote, nacido en 1860 en Sigmaringen, es decir, en el señorío de Hohenzollern, ejercía sus funciones en Meßkirch desde 1898; tenía una personalidad pintoresca, era un hombre del pueblo, un orador popular excepcional que llevaba el cuño de los sacerdotes centristas de la época. Más tarde hizo carrera en su tierra natal de Hohenzollern: párroco de Hechingen a partir de 1906, en 1908 pasó a ser diputado del *Landtag* prusiano por Hohenzollern, hasta 1918; después de la revolución de noviembre de 1918 fue diputado del *Kommunallandtag* de Hohenzollern y al mismo tiempo su presidente hasta 1922. En sus escasos esbozos biográficos, Martin Heidegger no menciona para nada a este sacerdote, a pesar de lo mucho que objetivamente le debía.

Una vez en Constanza, el joven estudiante de instituto se encontró con que el rector de esta institución arzobispal era un paisano suyo, el señor Dr. Conrad Gröber, nacido en Meßkirch en 1872, titulado por el Collegium Germanicum de Roma, predestinado para las más altas dignidades eclesiásticas. No es pues de extrañar que el «germánico» Gröber gozara de un gran prestigio en su pueblo natal [7]. Como conocía perfectamente la situación de la familia de Heidegger, ya que además de ser su paisano procedía de un medio social comparable, había contribuido, junto con el párroco Brandhuber, al salto del joven Heidegger desde la escuela de Meßkirch al instituto de

[7] Acerca de Gröber, véase mis contribuciones biográficas en *Badische Biographien*, vol. 1, Stuttgart 1982, pp. 144-148, y en *Zeitgeschichte in Lebensbildern*, vol. 6, Maguncia 1984, pp. 65-75.

Constanza, con la idea de hacer de él un sacerdote. Este tipo de ayuda, subrayémoslo una vez más, era bastante frecuente en aquellos tiempos. De lo contrario, ¿cómo hubieran podido los jóvenes especialmente dotados del medio rural acceder a una escuela superior, dado que por lo general procedían de las capas más humildes de la sociedad?

En 1903, Gröber estaba empeñado en la redacción de una historia del instituto de Constanza, que en 1904 debía celebrar su trescientos aniversario. Como se puede suponer, en su obra sólo describía una parte de la época gloriosa de esa institución de enseñanza, concretamente el período de 1604 a 1773, cuando era colegio e instituto de los jesuitas. Con la disolución de la Compañía de Jesús en 1773 se terminó la época gloriosa de Constanza, así como de Friburgo o Mannheim, por citar sólo unas pocas ciudades del sur de Alemania y después ya nunca se volvió a reanudar la interrumpida tradición jesuítica, ya que los presupuestos y sobre todo la base material necesaria habían sido destruidos de modo demasiado radical. Con todo, en los ensayos biográficos sobre Heidegger no deja de leerse que el filósofo asistió a las clases del instituto de los jesuitas de Constanza y que después se trasladó al instituto de los jesuitas de Friburgo. Desde 1773, el instituto de Constanza era libre y después pasó a manos de la propia ciudad, como ocurrió también en Friburgo, en donde más tarde Heidegger terminaría las tres clases superiores del instituto.

A partir de 1903, Conrad Gröber se convirtió en la persona de referencia tal vez más importante para Heidegger en más de un aspecto, como sabemos por numerosos testimonios del propio filósofo. Lo primero que había que arreglar eran los problemas materiales, el asunto del montante necesario para sufragar la estancia en el seminario arzobispal, en el internado San Conrado. Contemplando la situación financiera de la familia, el rector Gröber suplicó a las autoridades eclesiásticas del arzobispado de Friburgo, desde donde se administraba el internado San Conrado, que exoneraran a Martin Heidegger de los costes, pero no obtuvo lo que quería, de modo que se fijó la aportación anual de Heidegger en un montante de 100 marcos. Gracias a los desvelos del párroco de Meßkirch, Brandhuber, Martin obtuvo ya desde el primer año de su estancia en el instituto de Constanza una beca anual de 100 marcos costeada por una fundación local de Meßkirch, que contrarrestaba parcialmente el desem-

bolso que tenía que hacer su padre, quien sólo tenía que aportar ya una suma de 50 marcos en total. Algo más tarde, la denominada beca de Weiß se elevó a trescientos marcos, suma que pudo sufragar todos los gastos de pensión de Heidegger, liberando a sus padres de todo desembolso.

Para un adolescente que conoce perfectamente la precariedad financiera de su familia, pero que también sabe la disposición con que se realiza el sacrificio, alimentando la esperanza de que el futuro sacerdote, el alma consagrada a Dios, sepa compensar todo más tarde, resulta una carga saberse a merced de una ayuda material y una liberación no tener que aceptar ningún sacrificio. Se puede imaginar fácilmente que éstas eran las categorías en las que pensaba Heidegger, aunque no tengamos pruebas de ello. Sólo disponemos de un testimonio del año 1945 (el año de crisis en la vida de Heidegger en que todo parecía a punto de caer en el abismo) que nos confirma lo dicho: cuando en el verano de 1945 y debido a su papel político en el nacionalsocialismo Heidegger esperaba, entre otras cosas, que le confiscaran su casa y sus bienes (sobre todo la biblioteca) escribió una carta muy conmovedora al que en aquel entonces era alcalde comisario de la ciudad de Friburgo: «Yo procedo de una familia pobre y humilde, he llevado a cabo mis estudios y he pasado mis años de *Privatdozent* a base de grandes sacrificios y renuncia, y nuestra casa ha conservado siempre un estilo de vida sencillo; por eso no preciso ninguna lección sobre lo que significa pensar y actuar socialmente» [8].

El filósofo, que mantuvo toda su vida una tónica de sencillez, siempre reconoció e hizo valer sus orígenes sociales humildes y se sintió deudor de ellos. Heidegger recibió el cuño de un estilo de vida modesto a través de la casa paterna y del internado San Conrado de Constanza. El natural de Meßkirch y rector de la institución, Conrad Gröber, dirigía a sus alumnos con mano firme, interesándose siempre benévolamente por su paisano de Meßkirch, Heidegger, al que impulsaba siempre que podía, sobre todo en el campo del espíritu. Esta estrecha relación personal siguió viva después de que Gröber abandonara el internado en 1905 para hacerse cargo de una parroquia de Constanza. El antiguo rector siguió interesándose siempre por el desarrollo de Heidegger, incluso cuando

[8] Véase Ott, 1985.

éste se trasladó a Friburgo para continuar sus estudios una vez superado su último curso [la *Untersekunda*] en el instituto de Constanza, en 1906.

Meßkirch constituía el punto de encuentro donde Gröber y Heidegger volvían a encontrarse siempre. «Le debo una influencia intelectual decisiva al antiguo rector del seminario menor, hoy párroco en Constanza, Dr. Conrad Gröber», escribía Heidegger en 1915 en el currículum que presentó a la Facultad de Filosofía de Friburgo para su proceso de habilitación como profesor numerario. También sabemos por Heidegger hasta qué punto Gröber contribuyó a encaminarlo por el sendero del pensar:

> En el año 1907 un paternal amigo de mi pueblo, el que sería más tarde arzobispo de Friburgo, Dr. Conrad Gröber, me entregó la tesis de Franz Brentano *Sobre el múltiple significado de lo ente en Aristóteles* (1862). Las numerosas citas del griego, a menudo muy largas, me hicieron las veces de esa edición de las obras de Aristóteles que aún no tenía, pero que un año más tarde pude sacar prestada de la biblioteca del internado. La pregunta por la simplicidad de lo múltiple en el ser, que entonces sólo se movía vacilante e impotente en medio de la oscuridad, *siguió siendo*, después de muchas transformaciones, extravíos y desconciertos, el incansable impulso que dos décadas más tarde dio pie al tratado *Ser y Tiempo*.

Así lo formuló el filósofo en su breve autopresentación con ocasión de la recepción en la «Academia de las Ciencias de Heidelberg» [9]. La mencionada tesis de Franz Brentano constituyó para él, desde 1907, el puntal sobre el que se apoyó en sus primeros intentos de penetrar en la filosofía, tal como él mismo dice en otro lugar [10].

Los tres años de Constanza resultaron muy fructíferos para el desarrollo del espíritu de Heidegger, que tuvo la suerte de poder contar con profesores brillantes en el instituto y un extraordinario paisaje al pie del lago. El poema de juventud *Crepúsculo sobre la isla de Reichenau* (publicado por primera vez en 1916) es un signo evidente de los recuerdos de este paisaje del lago de Constanza. Otro estímulo

[9] Informes de las sesiones de la Academia de las Ciencias de Heidelberg 1957-1958, pp. 20 ss.

[10] Palabras de Martin Heidegger con ocasión del 80 cumpleaños del editor Hermann Niemeyer, en *Hermann Niemeyer zum 80. Geburtstag am 16. April 1963*, Tubinga (edición privada), p. 28.

importante fueron los alumnos que llegaban al internado de lejanas regiones, como, por ejemplo, Max Josef Metzger, dos años mayor que él y al que Heidegger nunca menciona pero que destacó por sus actividades literarias dentro de las clases superiores y organizó conferencias en el internado. Más tarde, una vez ordenado sacerdote católico, Metzger habría de seguir un camino marcado por una fuerte voluntad: se convirtió en el precursor del movimiento ecuménico , fue un luchador en favor de la paz y un patriota convencido, que por amor de Alemania, compareció ante el tribunal Freisler y fue ejecutado en Brandenburgo (Havel)-Görden el 17 de abril de 1944 [11].

Además del rector Gröber, también había un sacerdote prefecto, en funciones desde 1905, que se ocupaba de las clases inferiores. Se trataba del antiguo rector del internado, Matthäus Lang, a quien Heidegger escribió una misiva muy cariñosa en 1928 (el 30 de mayo desde Marburgo) agradeciéndole su felicitación por su nombramiento en Friburgo en la antigua cátedra de Edmund Husserl. Desde este mismo año 1928, el filósofo ya formula la conexión entre su pensamiento y la tierra natal, destacando la importancia del seminario menor de Constanza:

> Pienso con agrado y agradecimiento en los inicios de mis estudios en el internado San Conrado y cada vez me doy mejor cuenta de lo estrechamente unidos que están mis ensayos con la tierra natal. Todavía recuerdo muy bien la confianza que tenía en Vd. cuando se convirtió en nuestro nuevo prefecto; esa confianza no se ha borrado y fue la que alegró mi estancia en el internado. Durante todo este tiempo nunca he dejado de interesarme por Vd., por su trabajo y la vida en el internado. Ahora tal vez tenga ocasión de hacerle una visita y volver a contemplar el entorno en el que me inicié como pequeño alumno de tercer curso. Desde aquel momento hasta *Ser y Tiempo*, parece como si mediara un camino largo y difícil. Y sin embargo todo se convierte en bien poca cosa, si comparo lo que he alcanzado con lo que debería haber hecho. Tal vez la filosofía muestre con más penetración y constancia que ninguna otra cosa que el hombre nunca deja de ser un principiante. Después de todo, filosofar no significa otra cosa que ser un principiante. Pero cuando, en medio de nuestra pequeñez, guardamos la interna fidelidad hacia nosotros mismos e intentamos actuar a partir de ella, lo poco que hagamos tiene que ser necesariamente bueno.

[11] Véase mi estudio: «Dr. Max Josef Metzger», *Freiburger Diözesan-Archiv*, n° 106, 1986, pp. 187 ss.

Y cerraba así su carta: «Su antiguo alumno Martin Heidegger.» [12] Heidegger, filósofo de fama mundial, utiliza todavía la palabra con que se designaba a los internos del seminario arzobispal: «*Zögling*» [«alumno» que corresponde al latín *alumnus*]. Dentro de esta palabra se encierra todo el sistema de la educación católica, y Heidegger es consciente de ello cuando la usa en 1928 en tono algo juguetón. Si éste fuera el único testimonio escrito de Heidegger que poseyéramos, tendríamos que suponer que para el autor de *Ser y Tiempo* sus raíces católicas fueron algo inalienable y por lo mismo imprescindible y que, por lo tanto, el internado San Conrado de Constanza tiene que estar estrechamente ligado a la obra principal del filósofo, obra que entretanto le había llevado a la celebridad mundial. El educador Matthäus Lang, al que Heidegger se reconocía ligado humanamente, era un decidido defensor de una Iglesia rígida. «Para Lang, la meta educativa a la que había que aspirar era despertar en los jóvenes confiados a su cargo el sentido de la fidelidad a la Iglesia, es decir el amor a la Iglesia... La autoridad de la Iglesia era para Lang una norma básica. No había discusión posible respecto a lo que ella dictara. Sus preceptos siempre prevalecían.» Así es como se caracterizaba al sacerdote Matthäus Lang, fallecido en 1948, en una necrológica [13].

En curioso contraste con estas palabras —no tan llamativas para el que conoce el tema a fondo— nos encontramos con lo que Heidegger, recién mudado a Friburgo para ocupar la cátedra de Filosofía escribe a Karl Jaspers, en Heidelberg: Según esta carta, desde que Jaspers se marchó en 1923, la universidad (de Friburgo, en 1928) se «ha vuelto increíblemente más "negra" que antes», sea lo que sea lo que esto quiere decir exactamente. Y en el primer informe de Heidegger sobre sus experiencias docentes en Friburgo (de 10 de noviembre de 1928) se habla de espías que ocupan un puesto en el auditorio. Según su «más íntima convicción» el «puesto avanzado» que él ocupa es un puesto «*perdido*»; «los católicos han hecho "desafortunados" progresos y todos los puestos son ocupados por jóvenes *Pri-*

[12] Tengo que agradecer el conocimiento de esta carta, cuyo original se guarda en el internado San Conrado de Constanza, al director de estudios Lothar Samson (Constanza).

[13] «Necrologium Friburgense 1946-1950», *Freiburger Diözesan-Archiv*, nº 71, 1951, pp. 221 ss.

vatdozenten católicos». La Facultad de Filosofía de Friburgo ha empeorado «substancialmente». La única novedad es que *«ya no me "escondo"* en mi tarea filosófica».

¿Quiere esto decir que resultaba muy cómodo criticar el catolicismo ante un interlocutor que estaba encantado de oír las críticas? Desde luego, sabemos que la herida antaño inflingida al *Privatdozenten* católico Heidegger todavía sangraba, pero nos hemos adelantado a los acontecimientos.

El traslado de Heidegger desde Constanza (una vez acabado su último curso de primaria en el seminario, el décimo), a Friburgo, en donde, desde el otoño de 1906 asistió a las clases del instituto Bertold a la vez que vivía en régimen interno en el seminario arzobispal San Jorge de Friburgo, resulta llamativo, porque lo más normal era que hubiera concluido sus estudios en Constanza, ya que estaba más próximo de Meßkirch, su entorno familiar. Las suposiciones según las cuales el joven Heidegger fue presa de una crisis espiritual y por eso pareció conveniente trasladarlo de lugar no tienen fundamento alguno. Heidegger se sintió vinculado toda su vida a sus compañeros de Constanza, a pesar de no haber compartido con ellos los años de estudios superiores. Incluso cuando ya tenía una edad avanzada seguía yendo a los encuentros de antiguos alumnos de Constanza, como puede leerse en un escrito del archivero de Constanza, Helmut Maurer [14]. Más bien hay que creer que fue la situación material y económica de los padres de Heidegger la que motivó este traslado a Friburgo. Veamos por qué.

En el siglo XVI, un famoso natural de Meßkirch, Christoph Eliner, se matriculó (en 1538) en la Universidad de Friburgo adquiriendo el título de doctor en teología, siendo durante muchos años decano de la Facultad de Teología y, después de 1567, también rector durante unos cuantos semestres. Diez días antes de su fallecimiento, acaecido el 15 de enero de 1575 (Eliner fue enterrado en la capilla universitaria de la catedral de Friburgo), presintiendo su muerte cercana, Eliner redactó un largo testamento por el que creaba una fundación para dos estudiantes por un montante de 2.700 guldas invertidas en letras que producían anualmente un interés de 130 guldas, es decir un cinco por ciento del total. La meta de los becarios

[14] «Martin Heidegger als Mitschüler», en Ernst Ziegler (editor), *Kunst und Kultur um den Bodensee*, Sigmaringen 1986, pp. 343-360.

debía ser alcanzar el grado de doctor en teología. El montante de la beca se fijaba en razón del progreso en los estudios. Esta beca aguantó contra viento y marea sobreviviendo a las épocas y, como es lógico, se fue adaptando al desarrollo económico y social de los tiempos, de modo que en el momento que nos interesa se regía por las siguientes normas: ahora, como antaño, para obtener la beca prevalecía el grado de proximidad con el fundador (primero el parentesco, luego ser nativo de Meßkirch y finalmente ser, como mínimo, nativo del condado de Zimmern); la meta de los estudios seguía siendo la teología católica; la beca podía otorgarse también a alumnos de las clases superiores del instituto que hubieran pasado con éxito el nivel de *Untersekunda*; había que presentar las solicitudes ante el ayuntamiento de Meßkirch. Esto quiere decir que la beca era independiente de la universidad, a pesar de que la Facultad de Teología de Friburgo tenía un cierto derecho de decisión en ella. El montante, a principios de este siglo, era de 400 marcos. Pero esta beca estaba indisolublemente ligada a la ciudad de Friburgo, en donde obligatoriamente había que realizar los estudios superiores de instituto y los estudios universitarios.

Esto es lo que explica el traslado de Heidegger a Friburgo en 1906, que tuvo que abandonar Constanza para poder gozar de esta beca y continuar sus estudios libre de preocupaciones materiales, en un nuevo entorno escolar y en la nueva atmósfera del seminario de Friburgo. Ya sabemos, después de haber leído los testimonios personales citados, lo fructíferos que fueron los años de instituto en Friburgo: en 1907 Heidegger lleva a cabo en el seminario la primera lectura de la tesis de Franz Brentano (1838-1917), filósofo vienés fundador de una «psicología descriptiva o fenomenología descriptiva» (1888), y maestro de Edmund Husserl; además, estudios intensivos de Aristóteles, sin olvidar la ampliación de horizontes que tuvo que suponer para el joven estudiante la ciudad universitaria de Friburgo. Las clases que se impartían en el instituto Bertold, originariamente un centro que pertenecía a los jesuitas, hasta que en 1773 pasó a manos de la ciudad, tenían un alto nivel y resultaban estimulantes, según cuenta el propio Heidegger en su currículum de 1915. El joven estudiante de instituto, que se preparaba para superar las pruebas de bachillerato, se había convertido desde hacía tiempo en una persona independiente, con sus propias ideas, que llevaba a cabo un trabajo propio y no sólo se limitaba a seguir el plan de estudios

de la escuela. La meta de sus estudios, después de un bachillerato superado con enorme brillantez (en el verano de 1909), seguía siendo el estudio de la teología católica, es decir, el camino hacia el sacerdocio.

En un principio, Heidegger no quería introducirse en el sacerdocio por el camino más directo, es decir, llegando a la ordenación a través de una carrera en Friburgo en calidad de alumno del seminario diocesano del arzobispado. Esto puede comprobarse claramente estudiando el certificado que le dio a Heidegger (como al resto de los candidatos a la teología) el rector del internado de Friburgo, el profesor Leonhard Schanzenbach (el profesor de religión y hebreo) a su salida de aquella institución. Dice así:

Martin Heidegger, nacido en Meßkirch el 26 de septiembre del 89, hijo del sacristán del lugar, pasó del instituto y seminario de Constanza a la clase de segundo curso *[Obersekunda]* de nuestro instituto, porque la obtención de una beca Eliner le obligó a cambiar de centro. Tanto sus disposiciones como su aplicación y su actitud moral son buenas. Cuando entró aquí, su carácter ya presentaba cierta madurez y también era independiente en sus estudios, a veces dedicándole demasiado tiempo a la literatura alemana, en la que demostraba tener muchos conocimientos y lecturas, a costa de otras asignaturas. Seguro de su vocación teológica, y apto para la vida en el seno de una orden, seguramente solicitará su admisión en la Compañía de Jesús. (10 de septiembre de 1909.)

Las previsiones del rector Schanzenbach resultaron ser ciertas: el 30 de septiembre de 1909 Heidegger ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús en Tisis junto a Feldkirch (Vorarlberg), donde fue admitido por el provincial de la orden P. Thill, ya que por aquel entonces no existía todavía ninguna organización jesuita en territorio alemán. Sin embargo, el 13 de octubre de 1909 el candidato fue expulsado sin aducir ningún motivo, tal como puede leerse en el libro de entradas del noviciado de Tisis, que hoy se guarda en el noviciado de los jesuitas de Nuremberg. Al verdadero noviciado y la pronunciación de votos precedía un tiempo de «candidatura» de 14 días durante los cuales el candidato aún no tomaba el hábito y sólo participaba en una medida limitada en la vida de la comunidad. Heidegger abandonó el noviciado exactamente cuando expiraban las dos semanas de candidatura. Según un rumor bien acreditado, que se cuenta en el noviciado de los jesuitas, en el transcurso de una subida al *Älple,* próximo a Feldkirch, Heidegger se quejó de dolores de cora-

zón y fue debido a su débil constitución física por lo que fue expulsado. Esta explicación resulta muy plausible, como veremos más adelante [15]. Según esto, la salida del noviciado no fue por decisión del propio Heidegger, sino de los jesuitas. Una constitución física intachable y la correspondiente capacidad para soportar penalidades era uno de los presupuestos básicos de la orden y también de los sacerdotes ordinarios. El aspirante Heidegger había recibido una primera advertencia: insuficiente constitución física.

A la vista de lo sucedido, Heidegger solicitó su admisión en el seminario teológico de Friburgo, cuyo patrón era san Carlos Borromeo, motivo por el que recibía el nombre de Collegium Borromaeum. Su solicitud fue aceptada y el semestre de invierno de 1909 comenzó a estudiar teología católica en la Universidad de Friburgo, pero sin descuidar tampoco la filosofía, que además formaba parte de su plan de estudios, según testimonios del propio interesado. Así, desde el primer semestre, se encuentran sobre su pupitre del colegio Borromeo los dos volúmenes de las *Investigaciones lógicas* de Edmund Husserl, que toma prestados de la biblioteca universitaria y cuyo plazo de préstamo puede prolongar sin problemas debido a la poca demanda de que era objeto la obra. De entre sus profesores de teología le impresiona sobre todo el de dogmática, Carl Braig, que era partidario de la teología sistemática y determinó en gran medida el camino filosófico de Heidegger, si hemos de creer a los propios testimonios del filósofo. En efecto, cuando estudiaba el último curso de secundaria, Heidegger ya se había topado con la obra de Carl Braig *Del Ser. Tratado de ontología,* publicada en 1896, en cuya parte documental se citaban «largos pasajes de Aristóteles, Tomás de Aquino y Suárez, además de la etimología de las palabras para explicar los conceptos fundamentales de la ontología»: ya sabemos que éstas habrían de ser precisamente las herramientas de trabajo de Heidegger.

Heidegger reconoce su deuda de gratitud con su profesor Carl Braig en diferentes lugares de sus escasos apuntes autobiográficos. Braig, «el último representante de la tradición de la escuela especulativa de Tubinga que a través de un debate con Hegel y Schelling había prestado rango y dignidad a la teología católica», resultaba particularmente impresionante por el estilo penetrante de su

[15] Véase Haeffner 1981, p. 361: le debo a mi colega Haeffner las informaciones al respecto (por carta).

pensamiento. «Gracias a él pude escuchar por vez primera en el transcurso de algunos paseos, a los que me permitía acompañarle, la importancia que Schelling y Hegel tenían para la teología especulativa a diferencia del sistema pedagógico de la escolástica. Así fue como la tensión entre la ontología y la teología especulativa, en tanto que estructura de la metafísica, entraron dentro del ámbito de mi búsqueda», observa Heidegger en su ensayo en honor del editor Hermann Niemeyer, en donde indica cuál fue su camino hacia la fenomenología.

Estas escasas indicaciones tal vez nos sirvan para imaginar el horizonte intelectual que se abrió ante los ojos del joven estudiante de teología. Sin embargo, en el curriculum de 1915, que más tarde examinaremos, el aspirante a la habilitación como profesor ordinario, Martin Heidegger, subraya aspectos muy diferentes. No habla para nada de Braig y sin embargo se detiene en las obras de Hermann Schell, del terreno apologético, que, según él, dieron respuesta a sus preguntas. Continúa diciendo que se dedicó al estudio autodidacta de los tratados de escolástica buscando por este método la adquisición de una cierta práctica formal, pero que no encontró lo que buscaba. Tomás de Aquino, san Buenaventura y más tarde las *Investigaciones lógicas* de Husserl, fueron decisivas para su evolución en el terreno científico.

Algo más tarde, el filósofo redujo la relación entre su pensamiento y la teología católica (los trabajos científicos sobre este tema son legión), a la escueta fórmula: «Sin este origen teológico nunca habría descubierto el camino del pensar. Pero el origen es siempre el futuro» [16].

Sabemos muy poco de cómo era la vida cotidiana durante los estudios de teología. Los alumnos estaban sometidos a una disciplina muy severa, el horario se regía por la misa, la oración, las clases, el tiempo de estudio, las revisiones de estudios y las horas de descanso y diversión, de todo lo cual ya tenían práctica los que procedían de los seminarios menores. Salvo en un caso, no tengo ningún dato que me permita saber si Heidegger entabló relaciones de amistad con los compañeros de su curso. Hasta donde yo sé sólo estrechó lazos con

[16] «Aus einem Gespräch zur Sprache. Zwischen einem Japaner und einem Fragenden», en Martin Heidegger, *Unterwegs zur Sprache*, Pfullingen 1959, aquí p. 96.

Friedrich Helm, una persona muy culta, aunque tímida, que más tarde habría de ser capellán y secretario privado de los arzobispos de Friburgo, Thomas Nörber (†1921) y Carl Fritz (†1931).

LOS PRIMEROS TRABAJOS DEL ESTUDIANTE DE TEOLOGIA

El desarrollo intelectual del estudiante de teología Heidegger puede medirse y juzgarse con bastante exactitud a través de sus primeras publicaciones. Pero ocurre un hecho peculiar en relación con estas primeras publicaciones: si examinamos las numerosas bibliografías de las obras de Heidegger nos encontramos con una lista minuciosa de sus trabajos a partir de 1912, es decir, de la época de sus estudios de teología. El célebre volumen número 13 de las Obras Completas, *Aus der Erfahrung des Denkens* (1983), sólo contiene escasas obras entre 1910 y 1911: el pequeño artículo sobre la inauguración del monumento a Abraham-a-Sancta-Clara en Kreenheinstetten en agosto de 1910, y tres poemas, «Sterbende Pracht», «Ölbergstunden», «Wir wollen warten», todo lo cual fue publicado en la revista ultraconservadora, católica integrista, *Allgemeine Rundschau,* del editor muniqués Armin Kausen [1], lo cual demuestra que se trata de una selección canónica autorizada por el propio Heidegger hacia el final de su vida. Pero ¿por qué no se ha recogido el resto de los trabajos de la época teológica? ¿Acaso han escapado a la observación de los celosos investigadores de la época de juventud de Heidegger por haber sido editados en lugares poco conocidos y a veces incluso bajo seudónimo o por ser textos cifrados, pero en todo caso no apócrifos? ¿O es

[1] Véase *Armin Kausen. Ein Buch des Andenkens an seine Persönlichkeit, sein Leben und sein Wirken,* Múnich, 1928.

que cayeron bajo el veredicto de condena del anciano Heidegger? Sea como sea, lo cierto es que esos trabajos merecen ser rescatados, deben serlo, porque gracias a ellos se obtiene una imagen muy exacta de lo que fue el estudiante de teología Heidegger.

Estos textos se encuentran reunidos en su mayor parte en la revista *Der Akademiker*, de la Sociedad Católica de Académicos Alemanes, un órgano que apareció por vez primera en 1908 como lazo de unión entre las distintas corporaciones católicas: el «heraldo de nuestros nobles ideales cristianos en todos los ámbitos de la vida estudiantil», como dice su programa [2]. La iniciativa de fundación de la revista surgió en el círculo de la *Allgemeine Rundschau*. Junto al componente religioso y científico, también se contemplaba el ámbito de lo social y caritativo. El joven autor Heidegger se encuentra, de esta manera, dentro del grupo de Romano A. Guardini y Oswald von Nell (-Breuning), estudiante de matemáticas y pionero de la doctrina social católica. Pero en aquellos años de grandes controversias en el seno del catolicismo, a propósito del modernismo alemán, la revista siguió estrictamente la línea del papa Pío X, defendiendo con absoluta determinación la autoridad de la Iglesia incluso en el ámbito de la teología científica y las humanidades [3].

Dentro del periodismo católico de la época también tuvo un papel importante el texto de Friedrich Wilhelm Foerster *Autoridad y Libertad* (1910), en el que se defiende la filosofía de la autoridad de la Iglesia frente a una filosofía del individualismo ético-eclesiástico. Teniendo en cuenta este horizonte, tal vez cobre interés la crítica sobre dicha obra publicada por el estudiante de teología Heidegger en el número de mayo de 1910 de la revista: los lectores ya conocían el tema, puesto que ya se había publicado previamente la introducción de la obra de Foerster. El crítico Heidegger no se aparta ni un ápice de la línea oficial en contra de un «autonomismo sin límites». Toda la base filosófica del texto habla en favor del «inestimable valor de la obra». Heidegger, a la sazón estudiante de 21 años, vive en el interior de su Iglesia: «Y si la Iglesia quiere permanecer fiel a su eterno tesoro de verdad, deberá enfrentarse con toda razón a las influencias subversivas del modernismo, que no es consciente de la total contra-

[2] Martin Heidegger publicó aquí hasta 1912.

[3] Acerca del problema del modernismo alemán, véase por ejemplo Oskar Köhler, *Bewußtseinsstörungen im Katholizismus*, Fráncfort del Meno, 1972.

dicción existente entre su moderno concepto de la vida y la antigua sabiduría de la tradición cristiana». Aún más, para este aplicado estudiante de teología, Foerster no es lo suficientemente crítico con el modernismo. Y sin embargo: «Al que nunca se haya equivocado de camino ni se haya dejado cegar por el falso esplendor del espíritu moderno, al que quiera aventurarse en la vida a la luz esplendorosa de la verdad, abandonando su propio ser de modo verdadero, profundo y meditado, este libro le promete grandes alegrías, volverá a despertar en su conciencia con asombrosa claridad la sublime felicidad que se esconde en la posesión de la verdad». Leyendo esta obra, continúa Heidegger, se le «ocurre una frase del gran Görres que recuerda con agrado: cava más hondo y te toparás con suelo católico».

Volvemos a encontrarnos con las raíces católicas de Heidegger, que acabamos de ver en esta crítica, en otros importantes artículos como el ensayo *«Per mortem ad vitam (Reflexiones sobre la obra de Jørgensen 'Mentira de la vida y Verdad de la vida')»* —en el número de marzo de 1910— que consiste en un estudio sobre el escritor, lírico y ensayista danés, Johannes Jørgensen (1866-1956), quien en 1896 se convirtió del darwinismo y el naturalismo al catolicismo y en 1913 fue nombrado profesor de estética en la universidad católica de Lovaina. Las fases de conversión del danés, para Heidegger un «moderno san Agustín», provocan una fuerte fascinación sobre el estudiante y le llevan a meditar sobre la personalidad, la autorrealización, las normas éticas, las ataduras y la libertad sin trabas. ¿Qué es lo que impresiona al joven Heidegger y qué máximas deben guiar la vida de los hombres?

En nuestros días se habla mucho de «personalidad» y los filósofos encuentran nuevos valores. Además de juicios críticos, morales o estéticos, también emplean el «juicio de la personalidad», sobre todo en literatura. La persona del artista pasa a un primer plano. Por eso se oye hablar tanto de hombres «interesantes» como O. Wilde, el dandy, P. Verlaine, el «borracho genial», M. Gorky, el gran vagabundo, o el superhombre Nietzsche: hombres verdaderamente interesantes. Y cuando uno de ellos, alcanzado por la gracia, se da cuenta de la gran mentira de su vida bohemia y destruye los altares de los falsos dioses convirtiéndose en un cristiano, se llama a esto «insípido, repugnante». Johannes Jørgensen ha dado este paso. Su conversión no estuvo motivada por un deseo de sensacionalismo, sino por una profunda y amarga gravedad.

Con esta campanada es con lo que Heidegger abre su ensayo, que en definitiva, es un ajuste de cuentas con una «filosofía errónea y mentirosa» a la que se opone «la búsqueda y construcción sin descanso, el último paso hacia la verdad». Desenmascara la decadencia del individualismo como falsa norma de vida y pone una marca de fuego sobre la «psicología del librepensador», caracterizándola de enfermedad mortal. El teólogo Heidegger escribe con gran solemnidad: «y si quieres vivir en el espíritu, si quieres ganar la salvación de tu alma, entonces muere, mata todo lo bajo que hay en ti, actúa con la gracia sobrenatural y resucitarás. Así reposa ahora el filósofo poeta a la sombra de la cruz confortado por la esperanza y fortalecido por su voluntad: es un moderno san Agustín». Jørgensen siente como el joven Heidegger, puesto que descubre «las grandes e indestructibles relaciones con el pasado», convive con los místicos de la Edad Media y su «pacífico corazón de poeta» arde de amor por san Francisco, el «pobrecillo de Asís».

Y en la primavera de 1911 (número de marzo) Heidegger enumera una serie de consejos «para la orientación filosófica de los estudiantes universitarios». Para él, la filosofía es una *philosophia perennis,* «en verdad, un espejo del Eterno», mientras que la moda de las visiones del mundo subjetivas es algo desechable. Heidegger defiende con su mejor labia la objetividad de la lógica estricta, de los «límites eternos e inamovibles de los principios lógicos». Por supuesto, el pensamiento lógico estricto precisa un cierto fondo de «fuerza ética», del «arte de apresarse y expresarse a sí mismo». Para el estudiante católico, una formación apologética sólida y la apropiación de una imagen del mundo auténtica y verdadera son premisas imprescindibles. Pero en la actualidad es la «vida» la que corta a su medida la imagen del mundo en lugar de ser a la inversa.

Y pese al actual mariposeo aquí y allá y a que la sutileza en asuntos filosóficos se ha convertido casi en un deporte, pese a la arrogancia y la autocomplacencia, emerge inconscientemente la exigencia de encontrar respuestas cerradas y concluyentes a las preguntas últimas sobre el ser, que a veces centellean con fuerza y otras yacen sin resolver en el alma torturada desprovista de meta y de vía.

Como ayuda para los estudiantes interesados en asuntos filosóficos Heidegger enumera una serie de trabajos que proceden sin ex-

cepción del campo católico, especialmente una obrita del jesuita Friedrich Klimke sobre los *Principales problemas de la concepción del mundo* (1910), que según Heidegger puede servir para «orientarse en medio de los tortuosos senderos de las «modernas concepciones del mundo» de distinto signo, para separar el trigo de la paja y sacarle partido. El estudiante de teología con tendencias filosóficas Martin Heidegger, se sabe a cubierto bajo la carpa de la filosofía católica, sobre todo en lo tocante a la teoría del conocimiento, la «ciencia fundamental» por antonomasia, a cuyo respecto recomienda la lectura de la obra de Josef Geyser *Fundamentos de la lógica y la teoría del conocimiento. Una investigación de las formas y principios del verdadero conocimiento* (1909). Heidegger mantiene este mismo tono en una breve crítica sobre el opúsculo del jesuita Otto Zimmermann, *La necesidad de Dios* (1910), que fue publicada en la *Akademische Bonifatius-Korrespondenz* el 15 de mayo de 1911. Se trataba de un escrito apologético en el que se presentaba bajo un nuevo aspecto la cuestión de la demostración de Dios, adaptándola a concepciones modernas. El crítico Heidegger aprueba el método, aunque con reservas: «Tal vez sea prudente extender nuestro sistema, según el aspecto destacado por Zimmermann, debido a los modernos ataques contra las demostraciones tradicionales de Dios. La presente obra puede constituir para algunas personas cultivadas de nuestros días, que buscan la verdad con sinceridad, una potente salvaguardia de su fe en Dios». La «*Korrespondenz*» era el órgano del Akademischer Bonifatiusverein, asociación que integraba estudiantes católicos, libres o agrupados en corporaciones, y laicos o teológos, unidos por un mismo empeño de defender los intereses católicos desde el punto de vista filosófico, científico y político-social.

En este espejo literario puede verse un reflejo aproximado de lo que era el estudiante de teología Heidegger.

LA INTERRUPCION FORZOSA DE LOS ESTUDIOS DE TEOLOGIA Y EL INICIO DE LA CARRERA ACADEMICA COMO FILOSOFO

Cuando Heidegger comenzó el segundo curso de teología (los semestres tercero y cuarto) en el semestre de invierno de 1910-1911, su sobrino por parte de madre, Gustav Kempf, compañero de juegos de su primera juventud, también empezó a estudiar teología. Con anterioridad, ya habían coincidido en el instituto de Constanza y en el internado San Conrado, donde habían pasado algunos años juntos. Pero el semestre de invierno de 1910-1911, es decir, el tercer semestre de teología de Heidegger, trajo consigo graves complicaciones de salud. El joven estudiante había trabajado hasta el agotamiento físico; junto a los estudios teológicos, que ya requerían un esfuerzo considerable, también se había sumido en el estudio de los sistemas filosóficos y había realizado considerables avances en la gran tradición de textos griegos y medievales, aprendiendo la lengua del pensar. Esta intensidad de trabajo arruinó las fuerzas físicas del frágil teólogo. Antes de que concluyera el semestre de invierno, a mediados de febrero, Heidegger tuvo que interrumpir su carrera porque el examen médico volvía a diagnosticar trastornos cardiacos de origen nervioso y «naturaleza asmática» que seguramente no habían dejado de molestar al joven estudiante desde el otoño de 1909, cuando ingresó como candidato en el noviciado de jesuitas de Tisis junto a Feldkirch. Heidegger tuvo que luchar toda su vida contra este menoscabo de su salud. El informe del director del seminario, Dr. Bilz, es lacónico:

«Martin Heidegger (segundo curso) tuvo que interrumpir sus trabajos a mediados de febrero debido a la reaparición de sus trastornos nerviosos de origen cardiaco. Recibió nuestro permiso para regresar a su casa. Le hemos encarecido que haga reposo absoluto hasta que se haya restablecido por completo» [1]. El médico de cabecera del seminario, el doctor Heinrich Gassert, había sugerido el 16 de febrero de 1911 que se mandara a Heidegger a su casa a fin de que gozara allí de «un reposo absoluto» de varias semanas de duración. Sin embargo, Heidegger prolongó las vacaciones al semestre de verano de 1911 y pasó todo este tiempo en su pueblo, Meßkirch. Finalmente, y por consejo de sus superiores, renunció a la carrera de teología: «Mis antiguos padecimientos cardiacos, que nacieron como consecuencia de haber practicado deporte en exceso, volvieron a irrumpir con tal intensidad que se puso muy seriamente en duda mi capacidad para entrar al servicio de la Iglesia», escribe en su curriculum de 1915.

Esta pausa forzosa de su convalescencia, unida a la inseguridad profesional y a las preocupaciones financieras, que finalmente determinaron un cambio de carrera, se cuentan entre los episodios más duros de la biografía de Heidegger. En su calidad de estudiante de teología había seguido gozando hasta este momento de la beca Eliner, lo que significaba un salto sin problemas desde los estudios secundarios superiores a la universidad. Pero esta beca quedaba automáticamente suprimida desde el momento en que Heidegger ya no estudiaba teología (en aquella época estudiar teología católica estaba inseparablemente ligado a ordenarse «sacerdote católico»).

Esta interrupción, al principio provisional, pero que pronto desembocó en el abandono definitivo y total de la carrera teológica, en contra de los deseos de Heidegger, y por lo tanto en la imposibilidad de ordenarse sacerdote, ejerció una influencia inconmensurable sobre el futuro curso de la vida de Heidegger.

Las determinantes decisiones internas que Heidegger tuvo que tomar en los meses posteriores pueden reconstruirse gracias a las cartas del que era su amigo íntimo desde febrero de 1911: el joven estudiante de historia Ernst Laslowski, originario de Kreuzburg en la Alta Silesia, que trabajaba en Friburgo bajo las órdenes de Hein-

[1] *Erzbischöfliches Ordinariatsarchiv* de Friburgo B 2-32/174. Informe de 2 de abril de 1911.

rich Finke, el profesor titular de historia (cátedra católica) [2]. Esta correspondencia, que se extiende hasta el año 1917, es una importante fuente de datos, sobre todo desde el momento en que Heidegger también empezó a contar con la protección de Heinrich Finke [3].

Pero volvamos a la primavera del año 1911 y pongámonos en la situación casi desesperada de Heidegger, tal como él se la describe a su amigo Laslowski pidiéndole consejo: la situación es ciertamente grave, pero no desesperada (carta de Laslowski del 20 de abril de 1911). Se discuten tres diferentes vías propuestas por Heidegger: a) el estudio de las matemáticas, que Heidegger comenzó efectivamente en el semestre de invierno de 1911-1912 con la intención de pasar el examen de estado; b) el estudio de una carrera científica en el campo de la filosofía, para lo que había que resolver la cuestión financiera, particularmente imperiosa en este caso. Después de obtener el título de doctor se podía contar con una beca de habilitación de la asociación Albertus-Magnus o la Sociedad Görres para el desarrollo de la ciencia. En caso de que Heidegger se decidiera por esta segunda vía, Laslowski aconsejaba que se pusiera en contacto con el filósofo católico Clemens Baeumker, profesor en Estrasburgo, para tratar de convertirse en discípulo suyo; como Baeumker era el presidente de la sección filosófica de la Sociedad Görres sería el más capacitado para intervenir en su favor para la concesión de la beca [4]; c) como última variante, Heidegger proponía continuar sus estudios teológicos. En este caso no había que preocuparse por el aspecto financiero y encontraría pronto un trabajo con suficiente tiempo libre para preparar su habilitación. Dadas las circunstancias, Laslowski se pronunciaba decididamente en favor de la prosecución de los estudios de teología. Su amigo debía orientarse hacia la apologética y entrar en contacto en Friburgo con el profesor de dogmática Carl Braig y el profesor de

[2] Véase Odilo Engels, «Heinrich Finke (1855-1938)», en: *Badische Biographien*, N.F. vol.2, Stuttgart 1987, pp. 87-89.

[3] Véase infra pp. 77 ss.

[4] Baeumker (1853-1924), desde 1903 profesor en Estrasburgo, era uno de los más famosos representantes de la Neoescolástica y, junto con Georg von Hertling, de quien fue sucesor en Múnich a partir de 1912, era uno de los promotores del nuevo empuje de un catolicismo con mayor compromiso científico y político; ejercía su influencia particularmente a través de la Sociedad Görres, que había sido fundada en 1876 en el contexto de la *Kulturkampf*. También fue profesor de Martin Grabmann, con quien el joven Heidegger intercambió experiencias científicas.

apologética Heinrich Straubinger; a continuación, debía doctorarse en Friburgo como capellán municipal y «madurar» en una parroquia rural. El profesor de apologética Hermann Schell [5] —al que Heidegger menciona en el currículum de 1915 destinado a su preparación para la habilitación— era, para Laslowski, el modelo que debía imitar y le aconsejaba que se releyera su autobiografía.

Todas estas reflexiones argumentativas se encuentran en el marco del modelo tradicional de comportamiento: así es como solían transcurrir las carreras científicas en los círculos teológicos católicos; casi todos los candidatos procedían de medios humildes y padecían un fuerte sentimiento de inferioridad respecto a los compañeros que procedían de clases más altas, incluso nobles. En las cartas de ambos amigos siempre acaban saliendo a relucir los problemas vinculados con la procedencia «humilde»: «hijos de artesanos, de campesinos y, en el mejor de los casos, de maestros». Lo que más tarde se tematiza sociológicamente como déficit de la educación católica, aquí se contempla *ad personam*. «Si tu padre pudiera financiar los cuatro o cinco, o tres o cuatro semestres que necesitas para doctorarte y preparar tu habilitación ya se encontraría un remedio.» El tonelero y sacristán Friedrich Heidegger de Meßkirch no podía permitirse ese desembolso y la crisis existencial en la que había caído el hijo a consecuencia de sus malas condiciones físicas conllevaba la interrupción de la carrera teológica y la consiguiente privación de la ayuda económica de la beca. La «pequeñez» de la que había surgido Heidegger para elevarse hasta el «secreto de la grandeza» formaba un contraste, una dialéctica que aparece más tarde en sus obras, por ejemplo, en la interpretación de los poemas de Hölderlin («Germania», «El Rin»): «Lo pequeño también tiene su consistencia, es la sorda obstinación de lo cotidianamente idéntico, que sólo permanece porque se cierra, y tiene que cerrarse, a todo cambio». Sólo aquel que quiere comprender y «se encuentra bajo el dominio de la historia» sabe que hay algo más grande por encima de él. «El secreto de la grandeza es que tiene y puede tener por encima de sí algo más grande. Lo pequeño no lo consigue, a pesar de que en realidad tiene la más directa y más có-

[5] Véase Klaus Ganzer, «*Die Theologische Fakultät der Universität Würzburg im theologischen und kirchenpolitischen Spannungsfeld der zweiten Hälfte des 19. Jahrhunderts*», en *Vierhundert Jahre Universität Würzburg. Eine Festschrift*, Neustadt del Aisch 1982, pp. 317-373, esp. 361 ss.

moda, la mayor separación respecto a lo grande. Pero lo pequeño sólo se quiere a sí mismo, es decir, sólo quiere precisamente ser pequeño, y su secreto no es un secreto, sino un truco, la astucia solapada para hacer aparecer sospechoso todo lo que no es como él y volverlo igual a él empequeñeciéndolo [6].» No se veía otra solución. Una sombría preocupación le robaba la paz a Heidegger.

En el verano de 1911 (la época de la convalescencia en Meßkirch y de los planes para acudir a una casa de reposo en Wörishofen) maduró la solución al problema: había que olvidarse definitivamente de continuar la carrera teológica; Heidegger se decidió desde el semestre de invierno de 1911-1912 por el estudio de las matemáticas en Friburgo, con la intención de presentarse al examen de estado en dicha materia.

El breve poema «Horas del monte de los olivos» *[Oelbergstunden]* surgió durante la grave crisis anímica de la primavera de 1911 (y fue publicado el 8 de abril de 1911 en la *Allgemeine Rundschau*, el sábado anterior a la Semana Santa) pero hasta donde yo sé nunca ha sido interpretado en relación con la difícil situación vital en la que se hallaba Heidegger, si es que ha sido objeto de alguna interpretación:

Horas del monte de los olivos

Horas del monte de los olivos de mi vida:
a la sombría luz
de tristes vacilaciones
a menudo me habéis contemplado.

Nunca clamé llorando en vano.
Mi joven ser,
hastiado de lamentos,
sólo se confió al angel de la «Gracia».

Junto a estas estrofas citaremos a continuación un poema hasta ahora desconocido, a pesar de haber sido publicado (bajo la abreviatura «gg») en el número de julio de 1911 de *Der Akademiker*; se titula

[6] Martin Heidegger, *Hölderlins Hymnen: «Germanien» und «Der Rhein»*, Obras Completas vol. 39, Fráncfort del Meno 1980, pp. 145 ss.

«Por tranquilos senderos» y revela muy bien cuál era el estado de ánimo de Heidegger durante el período de interrupción de sus estudios:

Por tranquilos senderos

Cuando flotan luces de noche de verano
en el páramo, en las copas de los abedules,
cuando los resplandores grises y pálidos de la luna
cuelgan en lo alto como joyas,
el alma se ensancha,
mueren los lamentos,
me alcanzan pensamientos
que vienen de lejos, de días
de dulce felicidad.
Pero el aroma especiado de las rosas de fuego
me ha atrapado hace tiempo en su tela de araña
sepulcro del amor...

Friburgo de Brisgovia -gg-

Tenemos otro ejemplo: un poema de Heidegger de ese mismo verano (legado privado):

Noche de julio.
Cantos de eternidad
de nuevo me cantas.
Raptas mi alma y la conduces
a la lejana paz de los bosques.
Me sumes en infinitudes
cercanas a Dios.
Noche de julio,
maga,
artista
que apaga la nostalgia del hogar.
Que hoy temprano murió
en los campos el sol,

que se ha hundido con el crepúsculo
lo que hoy adquirí durante el día,
que hastiado del canto
el pinzón ha enmudecido,
y enfurruñado y frío
el viento nocturno brama,
que los tilos espían
el canto fúnebre,
que las hojas susurran
como si de tí me despidiera.
Una acerba pregunta me estremece:
Dicha, ¿llamas a tu novia
«lamento»?

En todos estos ensayos líricos se hace patente la oscuridad de una sensibilidad depresiva y no es de extrañar, dada la dificultad de la situación. Por otro lado, Heidegger dio determinados pasos para entrar en contacto con el filósofo católico Clemens Baeumker, entre los que hay que destacar la preparación de su primer pequeño artículo para el anuario de filosofía *Philosophisches Jahrbuch* (aparecido en 1912), que los entendidos en el período de juventud de Heidegger interpretan siempre como su primer trabajo filosófico.

También trabó contacto con el teólogo friburgués Josef Sauer, por aquel entonces catedrático de Historia del Arte y Arqueología Cristiana de la Universidad de Friburgo y, sobre todo, editor de la *Literarische Rundschau für das Katholische Deutschland*, publicada en ediciones Herder. Josef Sauer se convirtió en uno de los principales benefactores del joven Heidegger, al que impulsó con cautela al darse cuenta de su extraordinario talento. Fijémonos en la conjunción de factores que aquí se producía, conduciendo desde el temprano encuentro entre ambas personalidades hasta el papel clave que habría de jugar en 1933 Josef Sauer para que la sucesión del puesto de rector, ocupado por él hasta el 15 de abril de 1933, recayese en Heidegger.

En el otoño de 1911, cuando Heidegger regresó a Friburgo, ofreció al editor de la *Literarische Rundschau* un trabajo de considerable importancia: las *«Nuevas investigaciones sobre lógica»*. Sauer las publicó en tres partes al año siguiente: estos estudios también

despertaron, y despiertan todavía, la atención de los historiadores de la filosofía de todo el mundo [7]. Por eso, tal vez no parezca fuera de lugar ofrecer una documentación más detallada sobre cómo Heidegger, al final de su primer semestre de estudios de matemáticas y ciencias de la naturaleza, explicaba al teólogo Sauer el fundamento de sus investigaciones y al mismo tiempo esbozaba sus propios principios filosóficos. En una carta del 17 de marzo de 1912 (que era también una carta de felicitación por el vecino santo de Josef Sauer, pues en efecto la festividad de san José, el 19 de marzo, está muy arraigada popularmente), se expresa la íntima vinculación del joven Heidegger con su protector intelectual, al tiempo que se presenta su concepción científica [8].

Muy estimado y respetado señor profesor:

Permítame, estimado profesor, que le felicite de todo corazón por el día de su santo, ya muy próximo.

Pido a Dios que le otorgue fuerzas y gracia durante mucho tiempo todavía, para que siga activo en sus investigaciones científicas y pueda colaborar sin reservas en el único sentido correcto, en la evolución cultural y religiosa de nuestra Iglesia.

De este modo, su constante esfuerzo se realizará también en el sentido de su santo patrón al que adoramos como particular santo protector de nuestra Iglesia católica.

También siento la necesidad, mi querido profesor, de darle las gracias de todo corazón por la amable benevolencia con que siempre me ha ayudado con sus consejos y actos.

Si me puedo permitir hablarle de mis ensayos, le diré que mi trabajo está casi acabado. En realidad, no es más que un esbozo, que tiene por misión crear el punto de apoyo que pueda servir como base para una investigación extremadamente ramificada de la lógica matemática. Si no queremos que todo esto se convierta en una estéril crítica y una exhibición escolástica

[7] Por ejemplo, desde la perspectiva de la teología católica a través de Karl Lehmann, «Metaphysik, traszendentalphilosophie und Phänomenologie in den ersten Schriften Martin Heideggers (1912-1916)», *Philosophisches Jahrbuch der Görres-Gesellschaft* 71, 1963/64, pp. 331-357. En el campo marxista, Wolf-Dieter v. Gudopp. *Der junge Heidegger. Realität und Wahrheit in der Vorgeschichte von «Sein und Zeit»*, Berlín/Fráncfort del Meno, 1983.

[8] Legado de Josef Sauer en manos del canónigo Dr. Josef Sauer de Friburgo, a quien agradezco la posibilidad de consultarlo.

de las contradicciones ocultas, el problema del tiempo y del espacio deberá aproximarse a una solución, aunque sea provisional, con ayuda de la orientación que proporciona la física matemática. Ahora bien, este trabajo se vuelve dificultoso por el hecho de que, en la actualidad, toda la física se ha descalabrado por causa de la teoría de la relatividad. Por otra parte, la lógica intenta fundirse últimamente con la teoría general del objeto. Y eso vuelve a facilitar esencialmente la investigación. En resumen: el ámbito que se quiere investigar se encuentra a su vez sometido a transformaciones, de manera que resulta temprano hablar de una toma de posición, aparte de que todavía no me siento capaz de dar ese paso...

En estas frases se ha diseñado un programa de investigación de enorme densidad y sorprendente modernidad que no se vale de las fórmulas de moda sino que reposa sobre una base muy sólida que el joven Heidegger no pudo seguir desarrollando en aquellos momentos, porque las circunstancias reinantes le obligaron a ocuparse de un tema de la literatura escolástica, como veremos. Este ensayo especulativo, animado de tan grandes pretensiones, sólo tuvo como fruto la lección de prueba del 27 de julio de 1915, titulada «El concepto del tiempo en la ciencia histórica» [9].

Si llegados a este punto y nos detenemos a hacer balance, tenemos que también en 1911 seguía siendo válido lo que había dicho el rector Schanzenbach dos años antes en el certificado de estudios de Heidegger, a saber, que éste estaba seguro de su vocación teológica. No nos pronunciaremos sobre si la interrupción y abandono de la carrera teológica provocó algún tipo de trauma en el estudiante Heidegger. Tal vez determinadas frases de Heidegger —incluso anteriores a 1933— marcadas por un profundo anticlericalismo y algunas otras manifestaciones posteriores del mismo tipo, tengan su raíz y explicación en los sucesos del año 1911. No debemos perder de vista esta posible explicación ni olvidar que, durante una buena parte de su vida, Heidegger vivió internamente desgarrado, tal vez sumido en un dilema relacionado con la fe de sus orígenes, lo que adquirirá una relevancia central en su filosofía.

Así pues, en el semestre de invierno de 1911-1912, Heidegger se matriculó en la Facultad de Ciencias de la Naturaleza y Matemáticas,

[9] Martin Heidegger, *Frühe Schriften*, Obras Completas vol. 1, Fráncfort del Meno, 1978, pp. 412-433.

en los semestres posteriores asistió a clases de matemáticas, física y química y realizó los correspondientes trabajos en estas asignaturas, pero, sin embargo, no alcanzó en estas materias una titulación a la que seguramente nunca había aspirado seriamente. Paralelamente, asistía a las clases y seminarios de Arthur Schneider, catedrático de Filosofía Cristiana (II) y Heinrich Rickert, catedrático de Filosofía (I). El interés de Heidegger se centraba muy particularmente en la filosofía, y sobre todo en las corrientes filosóficas modernas, aunque sin renegar nunca de sus convicciones básicas: la filosofía aristotélica y la filosofía escolástica. Su ambición era conectar la filosofía griega y medieval con la lógica moderna. Así nació el tema de tesis *La doctrina del juicio en el psicologismo,* trabajo dirigido por Arthur Schneider. También escribió desde esta perspectiva su posterior trabajo de habilitación.

A partir del semestre de verano de 1912, Heidegger obtuvo una beca de la Universidad de Friburgo de 400 marcos, lo que resolvía sus apuros materiales más imperiosos. Porque, desde luego, Heidegger se veía muy ahogado por los problemas materiales, sobre todo en 1912, año en el que su amigo Laslowski no cesa de esforzarse por encontrar prestamistas privados que se interesen por él. Evidentemente, la beca que Heidegger empezó a percibir desde el semestre de verano de 1912 no era en absoluto suficiente y un puesto de preceptor tampoco pudo sacarle de apuros. Laslowski fue a llamar a la puerta de diversas personas acomodadas, pero en vano, hasta que consiguió convencer a un anciano miembro de su asociación católica de estudiantes, Unitas, de Breslau, para que realizase un préstamo (esto ocurrió en el transcurso de 1912 a 1913). Una y otra vez, cartas consoladoras, una y otra vez palabras de ánimo diciéndole a Heidegger que él era la gran esperanza filosófica de los católicos alemanes.

Los trabajos que Heidegger acababa de publicar en la *Literarische Rundschau* hicieron sensación incluso en círculos romanos, porque Laslowski se encontraba en Roma desde 1912 por razón de sus estudios. Cuando el 20 de enero de 1913 Laslowski puede escribir a su amigo que el préstamo está en camino, vuelve a expresar con la pasión habitual cuál es la carrera que él ve para Heidegger: «¡Querido! tengo la sensación de que así te convertirás en uno de esos grandes que las universidades se disputan entre sí. No puede ser de otro modo.» Claro, que el catolicismo no se adecúa en absoluto «al moderno sistema filosófico». Según él, Heidegger tendrá que decir al

respecto en un plazo de veinte años, «a ser posible desde lo alto de una cátedra berlinesa, algo que hará época (te ruego que en el *buen* sentido)». Advierte a Heidegger contra una nueva publicación en el *Philosophisches Jahrbuch* de la Sociedad Görres, porque ahora mucha gente observa sus reacciones. No debería dejarse clasificar por los maestros en el oficio dentro de una determinada categoría, concretamente la católica. «En mi opinión, sería bueno que durante algún tiempo te rodearas de una misteriosa oscuridad y provocaras la curiosidad de "la gente". Después, las cosas te serán más fáciles.» Y a continuación, prosigue Laslowski, se repetirá el juego de siempre: la cátedra católica de filosofía, las vacantes, las futuras oportunidades. Tal vez, dice, el puesto provisional de Heidegger se halle en Múnich. «Pues pienso que debes comenzar como católico. Pero la verdad es que este es un asunto endiabladamente complicado.» Depende mucho del primer libro, de la tesis.

Durante su citada estancia en Roma, en octubre de 1912, Ernst Laslowski había conocido al *Privatdozent* de Friburgo, Dr. Engelbert Krebs, sacerdote de la archidiócesis de Friburgo, miembro de la Facultad de Teología; Krebs había vivido durante largo tiempo en el Campo Santo Teutónico, por motivos de estudios, y había ejercido allí como capellán. El profesor se convirtió en un erudito guía de Roma para el joven estudiante de historia Laslowski. Laslowski le habló maravillas de su amigo Heidegger, asegurándole que éste le iría a visitar pronto en Friburgo. De paso, se enteró por boca de Krebs de que «para preparar la habilitación es obligatorio dirigirse a un determinado catedrático, no se puede obtener a solas. Así que tendrás que conseguir los favores de Geyser o cualquier otro». (Carta de 25 de octubre de 1912 desde Roma [10].)

Heidegger siguió este consejo y aunque su director de tesis era el profesor de Friburgo Arthur Schneider, entró en contacto a principios del año 1913 con Josef Geyser, de Münster, tratando de tantear sus posibilidades de futuro. Pero Geyser no prestó demasiada ayuda: Heidegger debía «pasar el examen de estado de las materias filosóficas» y después tal vez familiarizarse con el trabajo de edición de textos escolásticos. Naturalmente, Heidegger hizo caso omiso de este consejo, pero, sea como sea, lo cierto es que en el espacio de pocos meses se había estado carteando con dos de los filósofos católicos

[10] A este respecto, así como para lo que sigue, véase Ott, 1986.

más importantes del momento, a saber: Clemens Baeumker y Josef Geyser, que algunos años más tarde competiría con él por la cátedra de Filosofía Católica de Friburgo.

El 26 de julio de 1913, Heidegger realizó los exámenes de doctorado en la Facultad de Filosofía y obtuvo la calificación *summa cum laude* [11]. Su director de tesis, Arthur Schneider, no podía prestar demasiada atención a su prometedor doctorando, ya que había aceptado un nombramiento en la Universidad del Reich en Estrasburgo. Para el joven doctor en filosofía se abrían horizontes científicos completamente nuevos: por un lado, ahora podía prescindir de la opinión del director de su tesis, Schneider, con quien tenía poco en común en el terreno filosófico (claro que por motivos puramente formales no podía escapar a la dirección de este profesor católico) y, por otro, permanecía abierta la cuestión de si se nombraría pronto un sucesor en Friburgo y, dado el caso, cuál. ¿Por qué no el propio Heidegger?

Así las cosas, Heidegger hubiera podido encontrarse en el vacío si no hubiera mediado la ayuda del consejero y catedrático Heinrich Finke (que ocupaba la cátedra de Historia, sólo concedida a profesores católicos), hombre fuerte de la Facultad de Filosofía, y del ya citado *Privatdozent* de dogmática de la Facultad de Teología de Friburgo, Engelbert Krebs, ocho años mayor que Heidegger. Pocas semanas antes de doctorarse, Heidegger había hecho a Krebs la visita preparada por Laslowski en Roma. A partir de julio de 1913 se desarrolló una relación francamente amistosa, que, desde luego, también estuvo llena de tensiones. El encuentro con Krebs fue para Heidegger extremadamente importante y provechoso, a pesar de que, tal vez precisamente por ello, no ha quedado ningún testimonio de esta relación en los apuntes autobiográficos del mismo. Esta estrecha relación se extendía también a la esfera de lo privado.

Krebs llevaba un diario preciso y rico en detalles que nos ha permitido reconstruir con bastante exactitud lo ocurrido entre los años 1913 y 1917. En los datos consignados en el diario se refleja la evolución científica de Heidegger y también la competencia entre ambos amigos por obtener la cátedra vacante de Filosofía Cristiana que antes ocupaba Schneider. En efecto, también Krebs tenía fundadas esperanzas en ser nombrado para esa cátedra, puesto que desde el se-

[11] Estos datos proceden de las actas relativas a las becas del Ordinariatsarchiv del arzobispado de Friburgo.

mestre de invierno de 1913-1914 era el profesor interino de la misma, gracias a una normativa bastante inhabitual, ya que normalmente las interinidades se suplían con profesores de la propia materia. Efectivamente, se puede decir sin temor a faltar a la verdad, que ambos candidatos se habían situado en la línea de partida y estaban con los músculos tensos esperando el disparo que debía señalar el inicio de la carrera. El teólogo Krebs disponía teóricamente de algunos metros de ventaja, puesto que ya era profesor titular. Por otro lado, su condición de sacerdote podía constituir un hándicap, tanto mayor por cuanto Krebs había pronunciado el juramento antimodernista exigido a los profesores católicos eclesiásticos, juramento que la inmensa mayoría de los profesores de la Facultad de Filosofía consideraban impropio de la independencia de un científico. La descripción de los hechos que exponemos a continuación se basa en los datos del diario de Krebs, como indican las citas correspondientes, así como en la correspondencia entre Laslowski y Heidegger, que no dejaremos de mencionar.

Para comenzar, fijémonos en la figura de Heinrich Finke. Se trataba de un investigador de reputación internacional especializado en los concilios medievales y extraordinario conocedor de la historia de España, influyente miembro de la Facultad de Filosofía de Friburgo y enérgico defensor y promotor de la nueva ciencia católica. Nadie discutía que el déficit de la Iglesia católica en este aspecto de la formación era muy grande y debía ser superado. Por eso, Finke quiso aprovechar el gran talento filosófico de Heidegger e influyó de manera decisiva en la vida de éste.

Es verdad que el director de tesis de Heidegger, Schneider, había aconsejado vivamente al nuevo doctor, antes de trasladarse a Estrasburgo, que se diera prisa en habilitarse y ante todo, puesto que era sistemático, que se dedicara a la filosofía medieval. Incluso llegó a poner en marcha la obtención de una sustanciosa beca de habilitación para Heidegger, pero lo cierto es que fue el historiador Finke quien de hecho protegió e impulsó al joven talento científico tomándolo bajo sus alas y proyectando grandes planes para el genial talento de Meßkirch a la vez que procuraba que la cátedra mencionada permaneciese vacante el mayor tiempo posible. El titular de filosofía del momento, Heinrich Rickert, desempeñó un papel muy marginal en la carrera científica de Heidegger ¡incluso desde el punto de vista filosófico! y más bien se limitó a dejarle campo de acción a Finke. Este

empezó a presionar a Heidegger en noviembre de 1913 para que escribiera un trabajo sobre historia de la filosofía, aunque lo que su protegido quería en aquel momento era investigar «sobre la esencia lógica del concepto de número» de acuerdo con los estudios matemáticos y científicos que había realizado, como ya sabemos.

En el semestre de 1913, mientras preparaba su doctorado, Heidegger ya había seguido un curso de Finke de cuatro horas titulado «La época del Renacimiento». Sin embargo, es casi seguro que había habido anteriores contactos entre ambos, puesto que Heidegger era amigo de Laslowski, de Breslau, discípulo de Finke. Pero en todo caso no debieron ser muy intensos puesto que, por ejemplo, en el otoño de 1912, Heidegger pide a Laslowski que intervenga ante Finke para conseguir una ayuda económica: «No quiero escribir a Finke. Lo conozco demasiado bien. No serviría de nada. Primero tendrá que salir publicado el artículo en la *Literarische Rundschau*». Pero, mientras tanto, Finke había incluido ya el talento de Heidegger dentro de su filantrópico programa de promoción.

Para empezar, Finke pensaba en procurar una seguridad material sólida a su protegido. A este fin, Heidegger debía pasar el examen de estado que habilitaba para dar clases en enseñanza media y a partir de esta base dirigir todos sus esfuerzos a la carrera científica; sin embargo, Finke tampoco se negó a respaldar la opción de la beca. Como ya se ha señalado más arriba, el director de tesis de Heidegger, Arthur Schneider, había puesto en marcha el proceso de solicitud de la beca a través del obispo auxiliar de Friburgo y decano del cabildo catedralicio, Justus Knecht. Se trataba de una beca financiada por una fundación administrada por el capítulo metropolitano de la archidiócesis de Friburgo. En calidad de decano del cabildo, Knecht era la persona clave en lo relativo a la beca y por suerte sentía gran simpatía por Heidegger y estaba dispuesto a ayudarle en lo posible.

Nos detendremos un momento en el asunto de la beca, pues nos permite comprender importantes aspectos de la personalidad de Heidegger. La beca solicitada por Heidegger al capítulo de Friburgo, después de las formalidades mencionadas, procedía de la fundación de los hermanos Constantino y Olga von Schaezler, creada en 1901-1902, y titulada «Fundación Constantin y Olga von Schaezler en honor de santo Tomás de Aquino»; estaba dotada con 200.000 marcos, lo que suponía un importante capital al que hoy se podría aplicar un factor de multiplicación del doce. La concesión de la beca estaba in-

disolublemente ligada a la estricta obediencia a las normas de la doctrina filosófica y teológica de Tomás de Aquino. Esta rigurosa orientación neoescolástica se explica por las convicciones religiosas de los hermanos von Schaezler, que procedían de la célebre familia de banqueros e industriales de Augsburgo, von Schaezler, familia que en los años cincuenta del pasado siglo se había convertido a la fe católica despertando una enorme expectación en Augsburgo y la zona suaba de Baviera, y que, como ocurre frecuentemente entre los conversos, a partir de entonces había observado las normas de la nueva fe con especial intensidad y rigor [12]. En su primera solicitud de 20 de agosto de 1913 Heidegger escribía lo siguiente:

El que firma esta carta y es su seguro servidor se permite solicitar humildemente al honorable capítulo catedralicio de Friburgo de Brisgovia la concesión de una beca de la fundación Schaezler. El humilde firmante tiene la intención de dedicarse al estudio de la filosofía cristiana en el marco de una carrera universitaria. Dado que éste que firma vive en condiciones muy modestas quedaría muy sinceramente agradecido al capítulo catedralicio si le quisieran conceder graciosamente una beca de la mencionada fundación para el tiempo de preparación de su trabajo de habilitación.

El obispo auxiliar Justus Knecht destacó con énfasis en su escrito de aceptación cuál era la voluntad de los fundadores y la intención de la beca: «Le concedemos para el año académico 1913-1914 una beca de 1.000 marcos de la fundación Schaezler, con la confianza de que Vd. permanecerá fiel al espíritu de la filosofía tomista». Heidegger gozó de esta beca durante tres años y siempre subrayó su intención de ser fiel a la confianza que se había depositado en él permaneciendo «al servicio de la filosofía cristiana escolástica y de la concepción católica del mundo», o, como dice en su tercera solicitud, de 13 de diciembre de 1915:

El humilde firmante cree poder mostrarse siempre agradecido al muy honorable capítulo catedralicio arzobispal por la preciosa confianza en él

[12] Véase mi estudio «Constantin von Schaezler (1827-1880) y Olga von Leonrod geb. von Schaezler (1828-1901). Ein Beitrag zum Spannungsverhältnis der Konfessionen im 19. Jahrhundert», en *Historia oeconomica et socialis. Festschrift für Wolfgang Zorn zum 65. Geburtstag*, Stuttgart 1987 (VSWG, supl. 84), pp. 308-315.

depositada, encaminando su trabajo científico hacia la difusión del tesoro de pensamientos encerrado en la escolástica en bien del combate intelectual del porvenir por conseguir el ideal de vida católico.

Cuando Heidegger escribía esto, ya era *Privatdozent* de filosofía, pero también se ocupaba de asuntos militares —en el frente de su tierra natal— en el marco del puesto de control del servicio de correos de Friburgo. La primera guerra mundial hacía furor desde hacía un año.

En primer lugar, acompañaremos a Heidegger en el camino hacia su habilitación, apoyándonos en las notas de Krebs. «Una cabeza lúcida, modesta, pero provista de seguridad»: así se expresa Krebs después de las impresiones recibidas en el transcurso de la primera visita que le hizo Heidegger en el verano de 1913. Heidegger explicó a su anfitrión que sus estudios de lógica habían sido impulsados, sobre todo, por los trabajos de Husserl. Krebs, que todavía no conocía muy bien el método fenomenológico, se mostró tan impresionado por esta conversación que vio de inmediato en Heidegger al futuro titular de la cátedra de Filosofía Cristiana de la Universidad de Friburgo. «Lástima que no estuviera ya preparado hace dos años. Ahora nos haría mucha falta.» Esa lúcida cabeza albergaba grandes ambiciones, sobre todo desde que Heinrich Finke le favorecía sin disimulo para la cátedra vacante, antes incluso de que se hubiera determinado el tema del trabajo de habilitación. A este respecto, una de las anotaciones de Krebs en su diario, el día 14 de noviembre de 1913, resulta muy reveladora: «Esta tarde vino (Heidegger) a verme entre 5 y 6 y me contó que Finke le empuja a habilitarse con un trabajo sobre historia de la filosofía y que ha hablado con él de una manera que no deja lugar a dudas de que, a la vista de la cátedra vacante, Heidegger tiene que apresurarse en poder estar pronto disponible para ser *Privatdozent*. Así pues, puede que en mi actual situación como interino provisional de la plaza, mi tarea deba consistir en mantener libre este puesto para Heidegger, compañero de estudios de mi hermano Hans.»

Ya hemos indicado que Krebs había sido nombrado interino de dicha plaza vacante por la Facultad de Filosofía en el semestre de invierno de 1913-1914, ya iniciado. La preparación de sus clases (Krebs daba un curso de cuatro horas sobre lógica y noética) le causaba no

pocos quebraderos de cabeza, que pudo superar gracias a la ayuda de Heidegger que comentaba con Krebs las lecciones de su curso; además de esto, el joven candidato a la habilitación arrastraba cada vez más al dogmático Krebs en la dirección filosófica de la fenomenología de Husserl, mientras Krebs, gran conocedor de la filosofía escolástica, hacía por su parte partícipe a Heidegger de su sabiduría en este terreno. Krebs conversaba a menudo con Heidegger «para adquirir mayor claridad sobre ciertos problemas. Le expongo lo que quiero explicar en clase y lo comentamos juntos. Me resulta de mayor utilidad de lo que tal vez él mismo sospecha». Se trataba de un auténtico intercambio intelectual, tanto más cuanto mayor era la amistad que iba creciendo entre ellos. En efecto, Krebs animaba también a su amigo Heidegger para que se enfrascara en el análisis de un tratado de lógica del Maestro Dietrich de Freiberg, desde la perspectiva de su posición en la historia de la filosofía, terreno sobre el que el propio Krebs había investigado intensamente.

Entretanto, y gracias al enérgico impulso de Finke, Heidegger se había sumido en el tema *Duns Scoto,* no de muy buena gana, puesto que hubiera preferido trabajar sobre la lógica del concepto de número. En esta temática Heidegger se sentía «como en casa, porque domina perfectamente toda la alta matemática (cálculo infinitesimal e integral, órdenes de grupos) y otras cosas similares», como consignaba Krebs en noviembre de 1913 en su diario.

En su trabajo de habilitación, al que se dedicaba plenamente desde la primavera de 1914, Heidegger analizaba «la doctrina de las categorías y el significado de Duns Scoto» desde la perspectiva de un proyecto consistente en interpretar el pensamiento escolástico desde el punto de vista fenomenológico, dejándose guiar por Husserl. Pero también se encontraban en el trabajo las necesarias referencias al pensamiento filosófico de Rickert quien, después de todo, había sido designado como especialista responsable del proceso de habilitación, aunque dejó que fuera Krebs quien formulara por él el informe principal: «Cuando (Heidegger) entregó (el trabajo), lo leí de arriba abajo por deseo de Rickert y escribí un informe por el que se aceptaba el trabajo. Pero mientras lo leía había hecho sentarse a Heidegger a mi lado para poder discutir con él paso a paso todas las aporías que iban surgiendo.» Esta atmósfera tan íntima puede resultar chocante, pero se explica perfectamente habida cuenta de la estrecha amistad que ya los ligaba. A lo largo de numerosos paseos, habían tenido oca-

sión de discutir sobre todo lo humano y lo divino, por decirlo de alguna manera, y también sobre la tensión difícilmente soportable en la que habían caído los teólogos católicos, a consecuencia del debate sobre «el modernismo», durante el pontificado de Pío X, situación conflictiva que pesaba mucho a Krebs. Hacia finales de 1912, Krebs había prestado el juramento antimodernista exigido a los teólogos católicos y lo reconocía sin ambages cuando le preguntaban por ello. El teólogo había concebido la siguiente fórmula: «Considero el juramento antimodernista como un inmerecido voto de desconfianza por parte de Pío X, que sólo significa un refuerzo formal de la obediencia que ya se debía al dogma.» Pero, por otra parte, también consideraba que se trataba de una cuestión de conciencia que no tenía nada que ver con la dotación de las cátedras.

También sabemos esto a través de una carta escrita en el verano de 1914 por Heidegger a su amigo Krebs, justamente en el momento en que se comenzaba a perfilar una nueva radicalización de la doctrina papal en lo tocante a la teología y filosofía católicas y por la que se restringía la enseñanza de las mismas al seguimiento absolutamente riguroso de la *Summa Theologica* de santo Tomás. Aunque teóricamente esto sólo afectaba al territorio italiano y las islas mediterráneas de los alrededores, los efectos llegaron más lejos. Asimismo, aunque esta medida sólo afectaba a los teólogos católicos, Heidegger, que no era teólogo, pero estaba integrado dentro del sistema de una ciencia de orientación católica, también se sintió amenazado por las restricciones papales en lo tocante a la enseñanza y luchó contra las ataduras extrafilosóficas que le querían imponer como católico. En la citada carta a Krebs del 19 de julio de 1914, además de informarle de los progresos en su trabajo de habilitación, se burla del *Motu proprio* (texto sobre la enseñanza) de Pío X, recién aparecido, en el que se pueden entrever ya las restricciones recién enumeradas. Esta carta, ricamente adobada de alusiones de distinto tipo, es un buen testimonio de la estrecha relación que unía a ambos universitarios.

Muy estimado y honorable doctor:

Muchísimas gracias por su tarjeta. Como en el seminario me molestan mucho, he tenido que retirarme. La pasada semana, mi trabajo volvió a quedar interrumpido. El miércoles voy a ir a ver a Rickert para que me dé su

opinión. Tendré que sacrificar mis vacaciones, porque la última parte de la fenomenología de Husserl me está dando mucho trabajo y no quiero que se pueda decir que no he entendido bien el asunto, como les ha ocurrido últimamente a Cohn y Messer. Espero poder enviar mi artículo sobre esta cuestión a finales de mes. En mis horas de ocio echo mano de su cuaderno de curso; por cierto, creo que debería saber el curso qué está dando Vd. en la actualidad para que ambos cursos no queden completamente desprovistos de su mutua relación. ¿Sabe Vd. si también formamos parte de las islas de los alrededores? ¡Ya sólo faltaba el *motu proprio* sobre filosofía! Tal vez en su calidad de «académico» podría Vd. proponer un procedimiento mejor: extirparle el cerebro a todos los que tienen la ocurrencia de poseer un pensamiento independiente y sustituirlo por ensalada italiana.

Para paliar las necesidades filosóficas se podrían instalar máquinas expendedoras en las estaciones (que sean gratuitas para las personas sin recursos). Tengo dispensa para el tiempo que duren mis estudios. ¿Tendría la bondad de añadir mi nombre en la lista?

En lo sucesivo se va a ir transformando Vd. en un *homo phaenomopius* y va a demostrar la metafísica del movimiento *ad oculos*. Tal vez tengamos pronto ocasión de dar un paseo para debatir el curso sobre lógica. Con mi más agradecido respeto, le saluda muy cordialmente

Su M. Heidegger.

Estas frases aluden a cosas más profundas de lo que podría parecer. Se trataba de un nuevo paso de Heidegger en la búsqueda de su identidad personal. En el *motu proprio* papal de 1914 se declaraba a santo Tomás de Aquino, doctor *angelicus*, única autoridad doctrinal de la Iglesia católica. Pero Heidegger, desde el punto de vista material, estaba estrechamente vinculado con santo Tomás y el tomismo a través de la beca Schaezler en honor de Tomás de Aquino, y su deber era «permanecer fiel al espíritu de la filosofía tomista». No resulta difícil imaginar el conflicto interno en el que el joven Heidegger tenía que hallarse: completamente dependiente de la ayuda material de la Iglesia católica, como ya lo había estado durante los estudios medios y superiores por ser hijo de gente sencilla, seguramente también era consciente del buen comportamiento que se esperaba de él.

Sin querer recurrir a argumentos psicológicos profundos, lo cierto es que la huella traumática que experimentó el joven Heideg-

ger, también en los años posteriores a 1913, se puede diagnosticar fácilmente a través de afirmaciones posteriores. Tendremos ocasión sobrada de comprobarlo. Podemos integrar en este contexto un pasaje muy característico de la lección sobre Parménides, sostenida en 1942-1943, que ilustra y explica el choque y los roces de Heidegger con el elemento católico. El ámbito esencial de la ἀλήθεια, que para Heidegger era el concepto central y más esencial, y el lugar de su pensamiento, estaba «oculto por las gigantescas fortificaciones de la esencia de la verdad, que está determinada en más de un sentido por el elemento romano». Para Heidegger, el imperio eclesiástico, bajo la figura del *sacerdotium* (el poder y autoridad papales supremos), era el sucesor del imperio estatal romano y así lo formula: «Lo "imperial" adopta la figura de lo curial de la curia del papa romano. Su poderío se basa también en el mandato. El carácter de mandato yace en la esencia del dogma de la Iglesia. Por eso, éste cuenta del mismo modo con lo "verdadero" de los "ortodoxos" que con lo "falso" de los "heréticos" y "descreídos". La Inquisición española es una forma del imperio curial romano.» En mi opinión, las primeras vías de experiencia de Heidegger, forjadas precisamente a través de este tipo de controversias, son precisamente el trasfondo y la base de su pensamiento central.

Su trabajo de habilitación no sufrió ningún retraso por culpa del estallido de la primera guerra mundial, porque, aunque Heidegger fue llamado a filas el 10 de octubre de 1914, pocos días más tarde le dejaron marchar debido a sus padecimientos cardiacos, así que de momento pasó a ser reservista y no fue objeto de ninguna molestia militar. Tuvo la suerte de poder continuar su trabajo en paz y de escapar a los mortales peligros del frente. Aunque el 18 de agosto de 1915, habiendo obtenido ya la habilitación, lo volvieron a llamar, después de cuatro semanas cumplidas en el hospital militar de Mülheim (Baden) (del 13 de septiembre al 16 de octubre de 1915) fue destinado por neurastenia y enfermedad cardiaca a un puesto de control de correos de Friburgo (servicio de censura postal) dentro del marco de la *Landsturm* [Grupos regionales de asalto]. Fue una orden de la comandancia del batallón. Este período de censura postal —un servicio al que fueron a parar gentes de lo más diverso, desde comerciantes friburgueses, hasta las mujeres que tenían que cumplir con su parte de servicio o los hombres declarados inútiles para el frente— permanece en una oscuridad total en lo tocante al inventa-

rio de las posibilidades de información. Desde luego, se abría todo el correo sospechoso, no sólo las cartas que venían del frente, sino sobre todo el correo destinado a países neutrales. En Friburgo existe un rumor recurrente según el cual el censor Martin Heidegger tuvo acceso a importantes informaciones y muy especialmente a la correspondencia de sus colegas.

Pero antes de introducirnos en la carrera militar de Heidegger y la problemática ligada a la personalidad del mismo, volvamos a dirigir nuestra mirada al proceso de habilitación; en este contexto, queremos reproducir íntegramente el currículum escrito por el puño y letra de Heidegger, porque en él se resume mucho de lo dicho hasta ahora y, sobre todo, se expresa con gran claridad la posición filosófica del candidato a la habilitación. Se trata de un testimonio directo y casi contemporáneo que no ha sido deformado ni interpretado desde una posición ulterior [13]. Además, puede servir para aclarar muchas cosas sobre la andadura escolar y universitaria seguida por Heidegger.

Curriculum: Yo, Martin Heidegger, nacido el 26 de septiembre de 1889 en Meßkirch (Baden), hijo del sacristán y tonelero Friedrich Heidegger y de su esposa Johanna, nacida Kempf, asistí hasta 1903 a la escuela elemental de Meßkirch. A partir de 1900, recibí clases privadas de latín de manera que en 1903 pude ingresar en el curso de *Untertertia* del instituto de Constanza. Debo una especial influencia intelectual al que en aquel momento era rector del seminario menor, el actual párroco de Constanza Dr. Conrad Gröber. Después de superar el curso de *Untersekunda* (el verano de 1906) acudí, hasta la obtención de mi título de bachiller (en el verano de 1909), al instituto Berthold de Friburgo de Brisgovia. Cuando en el curso de *Obersekunda* las clases de matemáticas pasaron de la mera solución de problemas a la teoría, mi preferencia por esta disciplina se convirtió en un auténtico interés que ahora se extendía también a la física. A esto habría que sumar los impulsos procedentes de las clases de religión, que me empujaron a una detallada lectura de la teoría de la evolución biológica. En el último curso *(Oberprima)* fueron sobre todo las clases dedicadas a Platón, impartidas por el catedrático de instituto, Widder, fallecido hace pocos años, las que me introdujeron de manera más consciente, aunque todavía sin rigor teórico, en los problemas filosóficos. Una vez superado el instituto, me matriculé en el semestre de invierno de 1909 en la Universidad de Friburgo, donde perma-

13 Publiqué por primera vez el currículum en Ott, 1984c.

necí ininterrumpidamente hasta 1913. Al principio estudié teología, porque los cursos de filosofía que se ofrecían en aquel momento no me satisfacían demasiado, de modo que decidí estudiar por mi cuenta la doctrina escolástica. Esto me proporcionó una especie de adiestramiento lógico formal, pero desde el punto de vista filosófico no me aportó lo que yo buscaba y que encontré, en el ámbito apologético, en las obras de Hermann Schell. Junto a la pequeña *Summa* de Tomás de Aquino y algunas obras aisladas de san Buenaventura, fueron las investigaciones lógicas de Edmund Husserl las que actuaron de manera decisiva en mi desarrollo científico. Una obra anterior de este mismo autor, la *Filosofía de la aritmética*, me hizo contemplar las matemáticas bajo una nueva luz. La permanente dedicación a problemas filosóficos, en paralelo con las obligaciones de la que, en realidad, constituía mi carrera, trajeron consigo después de tres semestres un exceso de trabajo que degeneró en un grave agotamiento físico. Mis antiguos padecimientos cardiacos, que nacieron como consecuencia de haber practicado deporte en exceso, volvieron a irrumpir con tal intensidad que se puso muy seriamente en duda mi capacidad para entrar al servicio de la Iglesia. Por este motivo, el semestre de invierno de 1911 a 1912 me matriculé en la Facultad de Matemáticas y de Ciencias Naturales. Mi interés por la filosofía no sólo no menguó por causa de los estudios matemáticos, sino que, por el contrario, como ya no tenía que atenerme a los cursos de filosofía prescritos por la facultad, pude asistir a más clases de filosofía y sobre todo a las prácticas de seminario del consejero Rickert. En la nueva facultad aprendí, en primer lugar, a reconocer los problemas filosóficos como tales y adquirí conocimientos sobre la esencia de la lógica, que hoy sigue pareciéndome la disciplina filosófica más interesante. Al mismo tiempo, aprendí a comprender correctamente la filosofía moderna desde Kant, que en la bibliografía escolástica no se tiene suficientemente en cuenta. Mis convicciones filosóficas fundamentales siguieron siendo las de la filosofía aristotélica escolástica. Con el tiempo me di cuenta de que el tesoro de pensamientos que en ella se alberga permite y exige una explotación y utilización más fructífera. Por eso, en mi tesis sobre «la doctrina del juicio en el psicologismo» intenté encontrar un fundamento para posteriores investigaciones en relación con el problema central de la lógica y la teoría del conocimiento orientándome paralelamente según la lógica moderna y los juicios fundamentales de la filosofía aristotélico-escolástica. Gracias a este trabajo, fui admitido por la Facultad de Filosofía de la Universidad de Friburgo para presentarme a las pruebas de doctorado, que superé el 26 de julio de 1913. El estudio de Fichte y Hegel, el profundo análisis de la obra de Rickert, *«Límites de la formación de conceptos en las ciencias de la naturaleza»*, y las investigaciones sobre Dilthey, sin olvidar las lecciones y prácticas de seminario del señor consejero Finke, tuvieron como consecuencia que mi

aversión por la historia, alimentada por mi predilección por las matemáticas, se derrumbó por completo. Me di cuenta de que la filosofía no puede orientarse unilateralmente ni según las matemáticas y las ciencias de la naturaleza ni según la historia, pero que esta última, en su calidad de historia del espíritu, puede enriquecer incomparablemente más a los filósofos. Este incipiente, pero creciente interés histórico, me facilitó el estudio de la filosofía medieval, absolutamente necesario para un profundo conocimiento de la escolástica. Para mí, tal estudio consistía no tanto en una descripción de las relaciones históricas entre los diferentes pensadores cuanto, principalmente, en una comprensión explicativa del contenido teórico de su filosofía con los medios de la filosofía moderna. Así nació mi investigación sobre la doctrina de las categorías y el significado de Duns Scoto, que hizo madurar en mí el plan de una presentación global de la lógica y la psicología medievales a la luz de la fenomenología moderna, contemplando también la posición histórica de los distintos pensadores medievales. Si se me concediera la gracia de entrar al servicio de la investigación y la enseñanza científicas, dedicaría toda mi vida a la realización de dichos planes.

El proceso de habilitación concluyó con la lección de prueba pronunciada el 27 de julio de 1915, que Heidegger tituló *El concepto de tiempo en la ciencia histórica*. Como lema escogió una frase del Maestro Eckhart: «El tiempo es aquello que se transforma y diversifica, la eternidad se mantiene simple». En el sermón número 32 del Maestro Eckhart *«Consideravit semitas domus suae et panem otiosa non comedit»*, podemos leer exactamente: «Un viejo maestro dice que el alma está hecha por la mitad entre una y dos cosas. La "una" es la eternidad, que siempre se mantiene sola y es simple. La "dos" es el tiempo, que se transforma y diversifica. [14]»

Heidegger, hijo de gente humilde, había alcanzado la gran meta de su vida: era profesor universitario, habilitado para una carrera científica que pareció abrirse de inmediato. Sin embargo, a su amigo Laslowski le comunicó a guisa de «lema para profesores univesitarios o aquellos que quieran serlo» una cita de una carta de Erwin Rohde a Friedrich Nietzsche: «Ningún pantano es más apto a convertir el pez más arrojado en una rana bien hueca,

[14] *Meister Eckharts Predigten*, volumen 2, ed. y trad. de Josef Quint, Stuttgart, 1971, pp. 132 ss.

gorda y saludable como la suprema presunción académica.» (3 de enero de 1869.)

Militarmente afecto a un puesto de censura postal en Friburgo, en el semestre de invierno de 1915-1916, Heidegger inicia un curso de dos horas titulado «Líneas básicas de la filosofía antigua y escolástica» y comunica a su amigo Laslowski que está teniendo mucho éxito, pero está preocupado por la impresión y financiación de su trabajo de habilitación, a la vez que sigue esperando la decisión sobre la dotación de la famosa cátedra vacante de Filosofía Cristiana. Ya nada se oponía a la dotación, puesto que Rickert tenía la intención de trasladarse a Heidelberg, como sucesor de Windelband, en el semestre de verano de 1916. En Friburgo, era un secreto a voces que Rickert había querido mantener sin dotación el mayor tiempo posible la cátedra vacante paralela a la suya, para que se llenaran sus propias clases. Esta postura de Rickert favorecía indirectamente a Heinrich Finke quien, al menos según las suposiciones de los enterados, quería mantener el puesto libre para Heidegger.

Pero desde hacía tiempo se venían sumando las discrepancias, incluso entre Krebs y Heidegger, a pesar de su amistosa relación. El teólogo, que desde el semestre de invierno de 1913-1914 impartía interinamente los cursos de la cátedra vacante y había sido encargado por Rickert de escribir el informe para la habilitación de Heidegger, hacía todo lo posible para obtener una decisión en lo relativo a la vacante. Quería saber si tenía todavía alguna oportunidad a pesar de la próxima habilitación de Heidegger. Con esta intención, Krebs intervino ante el director encargado de estos temas en el ministerio de Karlsruhe (el 12 de marzo de 1915) expresando sus intenciones con mucha claridad, a pesar de hacerlo de manera extraoficial y privada: no tenía intención de seguir de interino el semestre de invierno de 1915-1916 y no pensaba prestarse más a esa práctica de tapar eternamente agujeros en condiciones inaceptables. También dio a entender que en la Facultad de Filosofía la mayoría estaba a favor de su nombramiento, a pesar de ser teólogo. «Así pues, ya nada impide que se dote esa cátedra de manera regular, aparte de que con Geyser (de Münster), Ettlinger (de Múnich) y Dyroff (de Bonn) hay candidatos más que suficientes para confeccionar una lista.» Finalmente, acabó quedando claro que el auténtico adversario del teólogo Krebs era el consejero Finke. En Friburgo pronto se tuvo noticia de las gestiones de Krebs en Karlsruhe y también Heidegger se enteró, pues Krebs

había mandado copias de su carta a varias personas de Friburgo. Como no citaba para nada el nombre de Heidegger —próximo a la habilitación— entre los potenciales candidatos a la plaza, éste interpretó la intervención de Krebs como un ataque personal. Informó inmediatamente de ello a Laslowski diciéndole que con el tiempo se va empezando a ver con ojos duros y fríos a todo tipo de personas. Para él, Rickert había llevado un doble juego desde un planteamiento que le había parecido astuto, y Finke se había situado en una posición particularmente mala puesto que tal vez iba a fracasar su principio de no admitir a «ningún teólogo en la Facultad de Filosofía». El amigo de Breslau le consoló como pudo: «Con Finke y Rickert hay que permanecer frío y conservar la calma. Incluso si nombraran a Krebs, siempre seguirías teniendo allí una plaza de profesor o, si no allí, en cualquier otro lugar. Claro que Friburgo hubiera sido lo ideal, porque las perspectivas son mejores.» Le asegura que incluso si nombran a Krebs tampoco sería una cosa tan mala. Por el contrario «beneficiaría a tu ciencia». (Carta de 15 de mayo de 1915.)

¡Qué cartas tan consoladoras, las del amigo Laslowski de Breslau! Siempre apoyó a Heidegger, sin desmayar, y participaba intensamente en su trabajo, incluso en las cosas pequeñas. Por ejemplo, hacía poco había conseguido que se imprimiera «un poemilla» de Heidegger en la revista *Heliand*, «bajo seudónimo». Y efectivamente el número de marzo de 1915 de *Heliand* («Revista mensual para el cuidado de la vida religiosa de los católicos cultivados») contiene bajo el sencillo seudónimo de «Martin Heide» el siguiente poema de tres estrofas:

Consuelo

El sol luce
nada más que un instante,
y pronto tiene que morir.

Llora el amor...
Las llanuras de la vida
son un campo de ruinas.

¡Como Dios quiera!
En pos de un eterno rastro
se van en busca de ángeles.

No sabemos qué sentimientos o estados de ánimo pretendía expresar aquí Heidegger, pero sí sabemos que desde diciembre de 1913 estaba «secretamente» prometido con una estrasburguesa procedente de la familia de un aduanero de pequeña graduación (secretario administrativo) afecto al gobierno de la región del Reich de Alsacia-Lorena. El compromiso con «Margaret», que estuvo manifiestamente lleno de tensiones y problemas, se rompió en noviembre de 1915. Con anterioridad, la novia de Heidegger había padecido una grave enfermedad pulmonar que le había obligado a trasladarse a una clínica de Davos. En su carta consoladora del 21 de noviembre de 1915, Laslowski hace alusión al poema de Heidegger publicado en primavera y dice que su amigo Martin tuvo que hacer esa renuncia por amor a su trabajo. «He visto cómo crecías día a día, cómo te elevabas muy por encima de la esfera en la que sólo pueden medrar el "amor" y la "dicha". Ya sabía desde hace tiempo que si quieres acercarte un poco a tu meta tendrás que seguir caminos —digo bien, "tendrás"— en los que el "amor" sólo puede morirse de frío.»

Precisamente en estos días anteriores a la Navidad de 1915 se decidió el destino de la filosofía en la Universidad de Friburgo y Heidegger siguió con vivo interés estos acontecimientos, lo que no es de extrañar ya que también su destino estaba en juego. Con objeto de no multiplicar las vacantes, se aceleraron las formalidades para cubrir la plaza dejada libre por Rickert, el último representante de la filosofía idealista en Friburgo. Para el semestre de verano de 1916 la cátedra I de filosofía debía tener un titular. La facultad, bajo la dirección de su decano Finke, situó en el primer puesto de la lista al gran fenomenólogo Edmund Husserl, profesor en Gotinga, viendo en él a «la suprema fuerza científica y pedagógica» [15].

A la inquieta pregunta de Laslowski, que había leído algo sobre las intenciones de Husserl de trasladarse a Friburgo —«¿Cómo será personalmente? Por lo general, los austriacos son extraordinariamente amables y accesibles»—, Heidegger pudo contestar tranquilizadoramente que: «le falta la necesaria amplitud de miras», describiendo agudamente la diferencia fundamental entre su propia personalidad científica y la de Husserl (enero de 1916).

[15] Véase Ott, 1988c.

Pero la correspondencia de ambos amigos está atravesada por la preocupación por el futuro de Heidegger (6 de diciembre de 1915): mientras tanto, el competidor Krebs había quedado fuera de juego ya que seguramente iba a obtener una cátedra de Dogmática en su propia Facultad de Teología. Ahora se trataba de impedir que entrase «cualquier tipejo». «Porque después, estará firmemente aposentado en su calidad de titular y será tan inamovible como una roca.» Laslowski ruega a Heidegger, como otras muchas veces, que no emita juicios públicos sobre la escolástica: «Por eso te pido que seas *prudente todavía* en lo que respecta a tus juicios sobre la escolástica. No te daría un consejo tan paternal si no me hubieras dicho tú mismo, en tu penúltima carta, que esos señores aguzan las orejas cuando lo haces. Y sabes muy bien que precisamente en los círculos teológicos la susceptibilidad es casi hipertrófica y lo mismo digo del "sentido de la responsabilidad", cuando se trata de intrigar contra un "tipo poco seguro". Tus críticas no dejarán de llegar siempre demasiado temprano a los círculos en cuestión.» Como ejemplo de su advertencia, Laslowski menciona a Franz Xaver Kraus, al que solía traer a menudo a colación [16]. Si consideramos a propósito de esta problemática «escolástica» las frases de Heidegger, anteriormente citadas, de su escrito al capítulo catedralicio de 13 de diciembre de 1915 (es decir, de la misma época) donde dice que pondrá toda su vida científica al servicio de la «difusión del tesoro de pensamientos encerrado en la escolástica en bien del combate intelectual del porvenir por conseguir el ideal de vida cristiano-católico», su oportunismo saltará a la vista claramente.

Y es esta actitud oportunista de Heidegger, que no pudo pasarle desapercibida a su protector Finke, la que responde a la pregunta de por qué el consejero dejó de favorecer al joven Heidegger cuando llegó el «encuentro» decisivo, la hora de la verdad. Como no se conserva el legado de Finke estamos reducidos a meras suposiciones en lo tocante a la continuación del asunto y los criterios de decisión adoptados. Muy posiblemente las cosas se complicaron cuando en el semestre de verano de 1916 Husserl comenzó a trabajar en Friburgo como sucesor de Rickert; ya sabemos que el joven Heidegger cono-

[16] Acerca de Kraus (1840-1901) y sus dificultades con la pedagogía eclesiástica, véase el resumen de Hubert Schiel en el *Lexikon für Theologie und Kirche*, segunda ed., Friburgo de Brisgovia, 1961, vol. 6, columna 596.

cía la obra de Husserl y la había estudiado a fondo, aunque hasta este momento nunca había trabado contacto personal con él. Sea como sea, en el semestre de verano de 1916 se acumularon las sesiones de la comisión. Se citó el nombre de Heidegger, pero al lado de otros y no en primer lugar, y finalmente, a finales de junio de 1916, la Facultad de Filosofía se inclinó por el profesor titular de Münster, Josef Geyser, nacido en 1869, es decir veinte años mayor que Heidegger. En efecto, a éste le perjudicaba su juventud, su escasa experiencia docente y su, como es natural, todavía escasa producción científica. En las sesiones de la comisión se determinó expresamente que el futuro titular tendría la obligación de enseñar «la filosofía con especial consideración de la historia de la filosofía medieval», un perfil de plaza decididamente negativo que excluía de entrada a un filósofo especulativo que representara la problemática moderna y que por lo tanto constituía una barrera para el potencial candidato Heidegger. Parece evidente que tras esta definición de la plaza se escondían los intereses coaligados de Husserl, que no podía desear la elección de un competidor que le hiciera sombra, y de Finke, que abandonaba a su antiguo favorito por falta de fiabilidad «escolástica».

La prudente maniobra de aproximación de Heidegger hacia el nuevo titular de la facultad, Edmund Husserl (Heidegger le había propuesto en mayo de 1916 la lectura de su trabajo de habilitación, que aún no estaba impreso) no tuvo resultado. El desinterés del gran fenomenólogo por el *Privatdozent*, aún desconocido, era patente. Es dudoso que en aquella época Husserl prestara la debida atención a los trabajos de Heidegger. La dirección de los debates de la comisión correspondía más bien a su colega Finke.

Pero en todo caso, una vez hecho el trabajo, cuando los dados ya habían sido arrojados en contra de Heidegger, Husserl se mostró dispuesto a recibir a su colega Heidegger. En su carta de 21 de julio de 1916 le dice que no ha podido examinar todavía su trabajo, que sus ideas están en ese momento algo confusas, de manera que no cree poder decirle nada útil y, además, que está muy ocupado. Como se ve Husserl, no parecía muy impresionado por la obra de Heidegger y sólo mostraba el mínimo de cortesía imprescindible.

La decisión tomada por la comisión de nombramientos el 23 de junio de 1916 significaba para Heidegger una catástrofe en toda regla; la comisión sólo fue capaz de establecer una lista «de candidato único», dando razones que expresaban claramente la aversión contra

Heidegger: «La dotación de la segunda catedra titular de filosofía presenta en la actualidad particulares dificultades si es que se quieren cumplir las exigencias mínimas y proponer personalidades cuya capacidad científica en el terreno de la investigación y la docencia esté fuera de toda duda. La falta de personalidades de este tipo en el ámbito laico, el único que aquí se considera, es tan grande que, tras madura reflexión, la facultad sólo ha podido recomendar a un único candidato.» ¿A dónde habían ido a parar los llamamientos entusiastas de Heinrich Finke? Se habían volatilizado.

En Friburgo no había cabida para el espíritu independiente de Heidegger. Y ¿cómo la iba a haber si en el futuro «constituiría un importante enriquecimiento de los estudios filosóficos de nuestra universidad si pudiera convertirse en un caldo de cultivo para trabajos histórico-filosóficos sobre la época de la escolástica, que aún ha sido poco estudiada»? Este era precisamente el terreno que odiaba Heidegger, a quien horrorizaba este tipo de trabajo filosófico.

No contenta con eso, la comisión propinó otra estocada al *Privatdozent* al no proponerle siquiera para una plaza de encargado de curso *[Extraordinariat]*. En caso de que el titular de Münster, Geyser, rechazara el nombramiento de Friburgo «y ante la citada escasez de fuerzas competentes, la facultad ni siquiera podría proponer a un encargado de curso». Sólo se contaba con Heidegger para «cubrir provisionalmente esta docencia de filosofía con un *Privatdozent*», en cuyo caso no había por qué recurrir a nadie de fuera anteponiéndolo al «prometedor profesor de la casa, Martin Heidegger» que de este modo obtendría una docencia provisional. Pero la comisión relativizaba al máximo este posible nombramiento provisional de Heidegger diciendo que «en opinión de la comisión, sólo se tendrá en cuenta al *Privatdozent* Heidegger en caso de que, por muchos esfuerzos que se hagan, resulte imposible convencer a Geyser para que acepte su nombramiento en Friburgo». Y la camarilla de miembros de la Sociedad Görres ya se había encargado de que el catedrático de Münster emprendiera viaje hacia el sur. En efecto, para Geyser, Friburgo sólo era una estación intermedia que debía conducirle a su auténtica meta, Múnich, a donde llegó en 1924. La facultad prefirió apostar por una persona acreditada, con un puesto sólido dentro de la tradición de la filosofía cristiana para hacer las veces de «paladín crítico de una filosofía de orientación realista con base aristotélica», a pesar de que Husserl no tenía una opinión muy brillante de Geyser y de

que lo había llamado en presencia de Finke «compilador insignificante». Pero, después de todo, ya se sabe que en el ámbito universitario es fenómeno corriente que los titulares de renombre no puedan tolerar ningún competidor y hagan cualquier cosa por ocupar el terreno.

En todo caso, no cabe duda de que Heidegger debió sentirse herido hasta la médula ante los nuevos acontecimientos puesto que, confiando en Finke, había alimentado legítimas esperanzas de convertirse en titular a pesar de su juventud y de poderse olvidar de los problemas materiales que le habían acompañado durante toda su vida y que aún habrían de acompañarle en el futuro. Pero no conocía bien al consejero Finke y su sentido táctico cuando se trataba de actuar en asuntos de política de nombramientos según el principio *do, ut des* (te doy para que me des).

La carta de Heidegger a Finke cuando la balanza se inclinó en su contra al final de los debates de la comisión debió de ser bien amarga. No se ha conservado, pero puede imaginarse a partir de la carta de respuesta de Finke de 23 de junio de 1916, es decir, del día de la sesión de cierre. «Una controversia con el corazón en la mano»: Heidegger opinaba que Husserl estaba contra él y no le apreciaba en su justo valor. Finke replicaba que olvidara esa sospecha pues Husserl le apreciaba como correspondía; además, consolaba al frustrado *Privatdozent* argumentando que aún era muy joven y tenía todo el futuro por delante. No debía desanimarse aunque no hubiera alcanzado todo de inmediato. Ya vendría todo con la edad y, si no, que se fijara en Geyser, que tenía veinte años más que él. Después de todo, también se había barajado el nombre de Heidegger y eso probaba que se le tenía en cuenta. Y Finke le conminaba: «¡Trabajar, trabajar!»

Algo más tarde (el 8 de abril de 1917), Finke aseguraba a su protegido que depositaba grandes esperanzas en él: «un destacado filósofo especulativo teísta» era, según él, más necesario que todos los filósofos cristiano-católicos ocupados en asuntos históricos, y por lo tanto le indicaba a Heidegger el camino de la filosofía de la religión, en el que podía abrirle nuevas vías al catolicismo. Desde luego, se trataba de un triste consuelo para el joven profesor herido. Para Heidegger, todo el asunto había sido un complot tramado por Krebs, que había indispuesto a Finke contra él. Una vez más, intentó consolarse con Laslowski, que conocía bien las intrigas de Friburgo y le con-

testó en estos consoladores términos: «Lo que ocurre es que Finke y los suyos se sienten ligados a Krebs» (carta desde Silesia de 17 de septiembre de 1916) «y no le quieren herir. Tienen miedo de ti. No se trata más que de motivos personales, porque estas personas no *pueden* juzgar ya objetivamente el propio asunto. Lo veo con toda claridad. ¿Que si debes extraer consecuencias y dejarles el terreno libre a esos señores? Yo sentiría demasiado orgullo como para hacerles ese favor.» Por aquel entonces Heidegger albergaba la esperanza de obtener una cátedra en Tubinga. Su amigo le sugería que le mostrara a sus adversarios de Friburgo «una mezcla de desprecio y compasión», «¡Qué espíritus tan mezquinos, intrigantes, padres de familia, naturalezas subalternas! ¡Cielos! "¡Catedráticos de ayer!"» La carta es un revoltijo de encontradas emociones; hasta sale a relucir la esposa del consejero y, en definitiva, todos los factores de animosidad provocados por las frustradas esperanzas.

En este verano de 1916, mientras Heidegger seguía trabajando «militarmente» en el servicio de control del correo de Friburgo, se produjo el encuentro con Elfride Petri, estudiante de economía política en la Universidad de Friburgo, con quien Heidegger contrajo matrimonio en marzo de 1917. Como sabemos por el poema publicado en 1916 «Crepúsculo sobre la isla de Reichenau» (reimpresión en el volumen 13 de las Obras Completas), Heidegger pasó algunos días en esta isla del lago de Constanza con Elfride Petri y su amiga Gertrud Mondorf. También Ernst Laslowski, que estaba en Friburgo el semestre de verano de 1916, tuvo ocasión de conocer a ambas amigas. Se abría una nueva dimensión humana con un nuevo equilibrio, porque la novia de Heidegger procedía de la familia de un alto oficial prusiano y pertenecía a la confesión evangélica luterana. La diferencia de confesiones religiosas es un elemento que debe tenerse muy en cuenta a la hora de explicar el alejamiento de Heidegger de los círculos católicos. Parece evidente que dicho alejamiento, que tuvo su raíz en esta experiencia personal y se alimentó de sus peleas con los representantes científicos del ambiente católico, se inició en el año 1916. En todo caso, las frases posteriores de Heidegger —muy numerosas— de contenido anticlerical pueden entenderse a partir de estas tempranas experiencias. Entre ellas cabe señalar la carta del rector Heidegger, de febrero de 1934, al *Reichsführer* de la corporación de estudiantes alemanes (Deutsche Studentenschaft), Stäbel (a propósito de la eliminación de un decreto de suspensión de una asociación

católica de estudiantes dictado por el jefe local de los estudiantes) en la que se expresa en estos términos:

> No podemos tolerar este triunfo manifiesto del catolicismo, sobre todo aquí [en Friburgo]. Representaría para nuestro trabajo un perjuicio *peor de todo lo que cabe imaginar*. Conozco desde hace años la situación y las fuerzas reinantes al dedillo... *Todavía no* se sabe lo que es la táctica católica. Y algún día habrá que pagarlo muy caro [17].

Estas desmesuradas invectivas, envueltas en lenguaje filosófico, sólo pueden comprenderse a partir de los sucesos ya relatados.

En el verano de 1916 el *Privatdozent* Heidegger había recibido una herida psíquica cuyos efectos traumáticos durarían toda la vida; fue el golpe decisivo. Hagamos memoria: expulsado por los jesuitas (por insuficiente estabilidad física), expulsado por la archidiócesis de Friburgo por el mismo motivo y ahora ¡este trato por parte de los círculos católicos! Se anunciaba el primer «giro» *[Kehre]* de Heidegger, aunque éste no era un giro de su pensamiento: se trataba del alejamiento respecto al catolicismo, el sistema católico o como quiera llamarse a este estado de cosas.

Martin Heidegger se vio obligado a buscar otra orientación; formalmente, seguía siendo el protegido de Finke, sobre todo dado que Geyser, al que tendría que haber estado subordinado en el plano profesional, no se mudó a Friburgo hasta el semestre de verano de 1917. A este respecto hay que destacar que no existe ningún dato que permita afirmar que Geyser y Heidegger tuvieran algún contacto durante toda la estancia del primero en Friburgo. Al principio, Heidegger ocupó interinamente la cátedra, en el semestre de invierno de 1916-1917, debido a que su amigo Krebs había obtenido mientras tanto una plaza de encargado de curso en la Facultad de Teología y ya no estaba interesado en continuar con esa interinidad que había asumido durante tres años. Según el diario de Krebs, Heidegger dio clases sobre «los principios de la lógica» y aunque consiguió atraer a un público numeroso de las facultades laicas tuvo poco éxito entre los teólogos, «porque emplea una terminología y un modo de expresión demasiado complicados para los principiantes».

[17] Schneeberger, 1962, nº 176.

Heidegger encontró su nueva orientación en Husserl quien, tal como le había dado a entender Finke en el semestre de verano de 1916, ahora lo apreciaba debidamente. Claro que no se desarrolló una relación demasiado estrecha entre ambos filósofos desde el principio; en 1916 ya se había establecido un contacto epistolar bastante intenso que en 1917 volvió a decaer para fortalecerse nuevamente en 1918, cuando Heidegger se interesó más por Husserl.

La medida del nivel de intimidad alcanzado en su relación nos la dan las cartas de octubre de 1917 entre Husserl y su colega de Marburgo Paul Natorp, que tienen como trasfondo la dotación de la plaza de encargado de curso de filosofía en Marburgo, plaza que había quedado vacante después de que Georg Misch marchara a Gotinga y que en el futuro debía tener un perfil más orientado hacia la filosofía medieval. Heidegger era uno de los posibles candidatos («en el primer lugar con mucha diferencia») y por eso Natorp quería tomar informes por medio de su amigo Husserl, quien después de año y medio de ejercer en Friburgo debía haber sondeado el talento filosófico de Heidegger [18]. Según él, los trabajos de Heidegger merecían «atención» y prometían «algo grande» «por la amplitud y libertad con que se plantean los problemas». Pero ¿qué podía decirle de la «docencia»?, y, ¿estaba del todo seguro de que no era confesional? También le pedía su opinión personal sobre el nivel científico que a su juicio tenía el joven filósofo friburgués. Este era el catálogo de preguntas de Natorp.

Husserl no respondió de un modo muy preciso, aunque sí muy extenso: por el momento Heidegger tiene que cumplir con su servicio militar en el puesto de control del correo y por eso él, Husserl, no ha tenido mucha ocasión de conocerlo (¡durante un año y medio de estancia en Friburgo!) de manera lo suficientemente profunda como para poder forjarse un «juicio fiable» sobre su «personalidad y carácter». Pero en todo caso, no puede referirle nada desfavorable. Ahora bien, lo que Natorp le había preguntado en primera línea era si la vinculación de Heidegger con el catolicismo era tan fuerte como

[18] Debemos la posibilidad de haber contemplado esta correspondencia, que se conserva en el Archivo Husserl de la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica), al espíritu investigador de algunos norteamericanos que han rastreado con especial intensidad el camino de Heidegger hacia *Ser y Tiempo* (véase Sheehan, 1981, y Kisiel, 1988).

para ser tenida en cuenta. Y, en efecto, resultaba difícilmente concebible que pudiera contratarse a un profesor católico de filosofía en el Marburgo de las antiguas disputas religiosas entre Lutero, Zwinglio y Melanchton (1529), en la ciudad que había abierto la primera universidad protestante.

El informe de Husserl a este respecto fue que, desde luego, Heidegger estaba «vinculado confesionalmente» ya que «por así decir», está bajo la protección de nuestro colega Finke, nuestro «historiador católico». Este había sido el motivo por el que se había considerado la candidatura de Heidegger el pasado año en la comisión de nombramiento para la cátedra de Filosofía Medieval. Su nombre había sido citado junto a otros y Finke lo había descrito como «un candidato adecuado desde el punto de vista confesional». Sin embargo, hace unos meses se había casado con una protestante que «hasta donde yo sé no se ha convertido por ahora». Por lo demás, Husserl encontraba al protegido de Finke demasiado joven «para nuestro puesto» y también «demasiado inmaduro» todavía para una plaza de profesor encargado. Su libro sobre Duns Scoto es «una obra de principiante» aunque deja traslucir su «agilidad mental y un talento notable». «Se trata, desde luego, de un inicio prometedor para un historiador de la filosofía medieval.» Claro que todavía no disponía de mucha experiencia docente por haber sido asignado al «servicio postal del ejército». En lo tocante al éxito de sus clases había oído «opiniones muy favorables» pero a veces también «muy desfavorables», lo que para él se explicaba porque Heidegger «intenta avanzar en la sistemática» y por este motivo había dado cursos «sistemáticos en lugar de históricos». Según Husserl, Heidegger todavía luchaba por alcanzar «un lugar seguro en los principios y los métodos». Se había aproximado a la fenomenología con gran esfuerzo a partir de un proyecto interno y había abandonado desde hacía mucho tiempo la dirección de Rickert. «Según creo, lo hace de manera seria y profunda». Esto era todo lo que podía decirle.

A partir de esta descripción de Husserl se torna patente que el fenomenólogo conocía al joven filósofo católico de modo muy superficial, más bien a través de rumores que por medio de la propia lectura de sus trabajos, los primeros de los cuales se habían ocupado en profundidad de las *Investigaciones lógicas* de Husserl. Las relaciones personales también se reducían a un formalismo superficial. Husserl había archivado a Heidegger en el cajón de la «filosofía católica»

bajo el rótulo «protegido de Heinrich Finke» (con todas las implicaciones que esto tenía) y todo esto le parecía «poco científico».

La frase de Husserl según la cual Finke había descrito a Heidegger en los debates de la comisión como «candidato adecuado desde el punto de vista confesional» era, así dicha, aislada de todo contexto, una frase destructiva. No, verdaderamente en otoño de 1917 Husserl no se inclinaba todavía por su colega Heidegger. Por eso, sólo le dieron el puesto número tres en la lista de Marburgo y lo mismo volvió a ocurrir en 1920 hasta que, finalmente, en 1922 (en un contexto muy diferente), Heidegger consiguió por fin lo que anhelaba. En octubre de 1917 Natorp decía todavía que «debido a su juventud y su limitado campo de trabajo» Heidegger había sido situado solamente en el lugar número tres de la lista, pero que se depositaban muchas esperanzas en él.

La detallada caracterización de Husserl esconde datos interesantes sobre la cuestión que nos ocupa: lo que se debate es la confesionalidad de Heidegger, el católico, el antiguo aspirante a la Compañía de Jesús, estudiante de teología católica, *Privatdozent* de filosofía cristiana (católica) —por mucho que la *venia legendi* sólo prescribiera la docencia de filosofía—, cuyo origen puramente católico no dejaba lugar a dudas, siendo su padre sacristán en Meßkirch. Para empezar, señalemos nuevamente que Heidegger se aproximaba claramente a Husserl, por mucho que éste le siguiera considerando como el protegido de Finke. Heidegger tendía manifiestamente a la fenomenología de Husserl, y Husserl, por su parte, se había enterado de que Heidegger se había casado con una protestante que hasta la fecha no se había convertido a la religión católica.

A principios de 1917 la novia de Heidegger había comunicado al amigo de Silesia, Laslowski, que se anunciaba la posibilidad de un próximo matrimonio, lo que había sumido a esta persona neurasténica en la mayor inquietud: «Queridísimo Martin, ojalá pudiera estar a tu lado en estos momentos. No sé por qué pero no puedo alegrarme del todo por lo que me ha escrito la señorita Petri. ¡Ojalá me equivoque! Pero te ruego que tengas cuidado. Espera al menos hasta que volvamos a vernos. De verdad te digo que estoy muy preocupado por ti, precisamente en lo que respecta a un asunto tan importante. Supongo que me comprendes y que comprendes mi ruego de que no te precipites en tomar una decisión.» (Carta de 28 de enero de 1917). Estas frases tan confusas revelan la complicada disposición

anímica del amigo, que no quería entregar su amigo Martin a una mujer, sobre todo dada la dificultad añadida de la diferencia de confesiones.

Pero la decisión ya estaba tomada. No hace falta especificar las dificultades que la diferencia de confesiones provocó en la familia de Heidegger; para sus padres, gentes sencillas, para quienes la idea de un matrimonio mixto era sumamente extraña y el paso que iba a dar su hijo era casi inconcebible. Pero, después de todo, la futura nuera había mostrado intenciones de conversión y además procedía de una familia muy distinguida. El 21 de marzo de 1917, a las diez de la mañana, la pareja constituida por el «doctor Martin Heidegger, profesor en la universidad y afecto al servicio del *Landsturm*» y «Thea Elfride Petri, estudiante de ciencias políticas de la Universidad de Friburgo» eran unidos en matrimonio cristiano en la capilla de la universidad por el «catedrático y doctor Engelbert Krebs en representación del párroco militar, monseñor Wächter». Krebs no fue informado por Heidegger de su compromiso matrimonial hasta marzo de 1917, al tiempo que recibía el aviso de la próxima visita de la señorita Petri. Fue una sencilla boda de guerra, celebrada sin pompa de ningún tipo, en medio de la máxima discreción. La novia de Heidegger procedía de una familia de confesión luterana y en aquel entonces jugaba con la idea de convertirse al catolicismo, cosa que le fue desaconsejada por Krebs, quien le recomendó que no se precipitara y esperara hasta después de la boda, pues un paso de ese calibre convenía ser meditado muy a fondo.

El suegro de Heidegger era en su tiempo coronel z. D. (a disposición). Uno de los testigos era el estudiante de filosofía Heinrich Ochsner, originario de Kenzingen (Baden), antiguo estudiante de teología, dos años más joven que Heidegger y, como sabemos a través de algunos testimonios fragmentarios —que entretanto han sido publicados [19]—, amigo y competente interlocutor científico del filósofo, según un rumor bastante fiable, una especie de *spiritus rector* y estímulo de Heidegger. La administración del sacramento del matrimonio el 21 de marzo de 1917 sucedió bajo las condiciones específicas de una boda en tiempo de guerra, ya que se catalogaba al novio en primera línea como afecto al *Landsturm* y el sacerdote católico encargado del acto, el cura de división monseñor Johannes Wächter, sa-

[19] Ochwadt/Tecklenborg, 1981.

cerdote en el priorato de Berlín y desde 1907 sacerdote castrense de la región de Friburgo, había delegado sus poderes en el sacerdote amigo de Heidegger. Por este motivo, tampoco eran precisos los acostumbrados bandos. Y así, el matrimonio religioso permaneció, *de facto,* secreto [20].

La capilla universitaria de la catedral de Nuestra Señora de Friburgo era un lugar lleno de sugerencias: en otros tiempos había sido el lugar de enterramiento de los profesores de la universidad, a pesar de que ahora ya no evocaba gran cosa en las conciencias. La época en que la Universidad de Friburgo tenía un carácter expresa y exclusivamente católico había cesado en torno a 1840, y en 1917 para encontrar profesores católicos fuera de la Facultad de Teología había que buscarlos con lupa. ¿Sabía Heidegger que en este nicho de estilo gótico tardío, inscrito dentro de la corona de capillas que rodea al magnífico altar mayor de Hans Baldung Grien, también reposaba su compatriota de Meßkirch, Christoph Eliner, antaño catedrático de Teología y rector de la Universidad de Friburgo, fallecido en 1575 y fundador de la beca que había gozado durante más de cinco años el estudiante de Meßkirch, Martin Heidegger? Una tablilla de madera con una pintura que representa la resurrección evoca todavía el recuerdo de Eliner. Está colgada frente al altar de la capilla de la universidad. El altar ante el que se arrodillaron los esposos, muy probablemente obra de Holbein el Joven, es un tríptico cuya parte central representa la adoración de los reyes y pastores y cuyos laterales muestran a los cuatro grandes doctores occidentales de la Iglesia: san Ambrosio, san Jerónimo, también patrón de la Universidad de Friburgo, san Agustín y Gregorio I. Esta capilla está recubierta por una cúpula reticulada, con ocho partes finamente labradas, coronada por una clave de bóveda policromada: un medallón con las armas de Austria, la villa de Friburgo y la universidad. El hálito de la historia sopla en este lugar, aunque sólo pueden percibirlo los que la conocen.

Una boda de guerra presentaba además otra peculiaridad: no había que consignarla en el libro de registro matrimonial de la parroquia correspondiente, en este caso la catedral de Friburgo. Los sacerdotes militares llevaban un registro civil independiente y el archivo de datos se efectuaba de manera nada ceremoniosa. «Matrimonio de

[20] Estos datos proceden del diario de Engelbert Krebs.

guerra, sin órgano ni vestido de novia, sin corona ni velo, sin coches ni caballos, sin banquete ni invitados, únicamente con la bendición escrita de los padres de ambos, que no estaban presentes»: así describe Krebs la boda en su diario, remedando un poco el estilo del formulario del registro matrimonial. Desgraciadamente, no conservamos el texto de la bendición nupcial de Krebs. *«Quod Deus benedicat!»*, así concluye Krebs la anotación del día.

A pesar del carácter impuesto a la boda por los eclesiásticos militares, seguía siendo válida la prescripción de la Iglesia católica según la cual en los matrimonios mixtos los hijos estaban obligados a recibir una educación y un bautismo católicos. Las relaciones entre Heidegger y Krebs se debilitaron de forma muy notable después de la boda, hasta casi desaparecer: nada extraño, en el caso de una joven pareja que se instala y empieza a construir su nuevo hogar. Por otra parte, Heidegger se estaba introduciendo por otra vía, otro tipo de pensamiento religioso y teológico, que pronto empezó a perfilarse con mayor nitidez. A través de las cartas de Heinrich Ochsner, sabemos que en el verano de 1917 Heidegger estuvo estudiando a Schleiermacher (sobre todo el segundo discurso de sus *Discursos sobre la Religión*) y por lo tanto también se había enfrascado en el problema de la religiosidad en este filósofo. «Para elevar la moral, y a modo de delicado agradecimiento por nuestra amistad, Heidegger propuso una exposición del problema de la religiosidad en Schleiermacher.» (2 de agosto de 1917.) Pocos días después, Ochsner escribe que la conferencia de Heidegger le ha dejado impresionado toda una semana.

Ahora, como antes, afecto al servicio de control postal y con la obligación, como *Privatdozent*, de impartir cursos no remunerados, Heidegger tuvo que superar el fracaso de las esperanzas puestas en el nombramiento de Marburgo, una decepción más después de la amarga experiencia de 1916. En el semestre de verano de 1917 Joseph Geyser se había hecho cargo finalmente de la cátedra de Filosofía Cristiana y de este modo Heidegger se había quedado sin esa interinidad remunerada. Heidegger no anudó relaciones de amistad con Geyser, contentándose con la protección de Finke. Como es lógico, lo que más le importaba a partir de ahora era aproximarse a Husserl. Desde 1916, no hacía más que intentar atraer la atención del esquivo fenomenólogo. Por ejemplo, Heidegger se presentó sin avisar en casa de Husserl poco antes de las navidades de 1916, pero

sin éxito: el maestro se hallaba dando su habitual paseo de una hora por la cercana montaña de Loretto. ¡Qué idilio! En aquel tiempo, solía acompañar al profesor en sus paseos la nueva doctora en filosofía Edith Stein, quien desde octubre de 1916 había alcanzado el puesto de asistente privada del profesor y vivía en una pequeña pensión no lejos de la casa del mismo. Pero Heidegger podía repetir su visita: «tal vez indicándome la hora de la misma con anterioridad», siempre que las ocupaciones de su servicio (el control postal) se lo permitieran. «Si yo puedo estimularle en sus estudios, y así lo desea, desde luego no dejaré de hacerlo.» (Carta del 10 de diciembre de 1916.) Una respuesta seca y poco comprometida.

No era fácil encontrar el camino hacia Husserl. A pesar de estar familiarizado desde hacía años con su fenomenología, Heidegger encontraba tremendas dificultades para establecer una relación personal. Después del mencionado cuestionario de Marburgo sobre el joven filósofo, Husserl tampoco intentó aproximarse a Heidegger, aunque accedió a su ruego de fijar una entrevista para octubre de 1917. De nuevo, un mero formalismo: «le ayudaré gustosamente en sus estudios si ello me es posible». (24 de septiembre de 1917.)

Después, se rompió el hielo: el invierno de 1917-1918 ambos filósofos se aproximan tanto humanamente que finalmente se torna posible un diálogo filosófico sobre una base personal. En este camino hacia Husserl Heidegger fue acompañado por su amigo Heinrich Ochsner, quien el semestre de invierno de 1917-1918 había asistido al seminario sobre lógica de Husserl y había sentido «la proximidad de lo divino». Encontró que el contenido del seminario era admirable, «la vivencia básica de toda filosofía según la cual sólo comprendemos el mundo y el Yo a través del espíritu absoluto de Dios» (carta del 20 de octubre de 1917) [21].

Indudablemente, Husserl era la personalidad filósofica predominante de la época y ambos amigos se volcaron decididamente en él. El filósofo cristiano Joseph Geyser fue marginado y ya no representaba ningún papel. Según cuenta Ochsner en una carta de 6 de diciembre de 1917, del discurso inaugural de Geyser más valía no hablar. A través de los informes que, con ayuda de una excelente memoria, elaboró más tarde Ochsner para su amigo Bernhard

[21] Ochwadt/Tecklenborg, 1981, pp. 93 ss.

Welte [22], se ve claramente cómo fue desarrollando Heidegger su proyecto fenomenológico gracias a un fructífero diálogo con Husserl. Heidegger había comprendido desde el principio que «el proyecto de Husserl, a pesar de su importancia, no puede constituir ninguna *prima philosophia*, porque el "objeto" de Husserl es un objeto muy derivado, en tanto que objeto abstracto del saber teórico de la ciencia», mientras que el objeto objetivado que se constituye en las formas concretas de la existencia es «mucho más originario y anterior». Husserl había esquivado la cuestión del acceso a sus fenómenos porque para él la realidad científica de los objetos era algo que se daba por sobreentendido y ya no había por qué cuestionar. Por eso, Heidegger pasa desde el principio más allá de Husserl, radicaliza su proyecto, porque para él la cuestión de la determinación histórica de la realidad de los objetos y el acceso a ellos se había convertido en una cuestión esencial.

El 17 de enero de 1918 el filósofo Heidegger, afecto al servicio del *Landsturm*, fue acuartelado, aunque por poco tiempo, porque una vez más se presentaron problemas de salud. La salud de Heidegger parece «padecer mucho en el nuevo servicio», indica Ochsner el 24 de enero de 1918; «todavía albergo la secreta esperanza de que se anule el traslado debido a su salud. Para mí sería una pérdida inestimable que lo mandaran al frente». Claro que las cosas no habían llegado tan lejos, a pesar de que la comandancia suprema alemana hubiera decidido levantar la cabeza y mobilizar todas sus fuerzas para posibilitar la gran ofensiva del frente oeste. Pero, después de todo, mandaron a Heidegger a realizar instrucción militar a la guarnición de Heuberg y su campo de ejercicios militares de la frontera, es decir, lo mandaron a su tierra.

A finales de 1917 Husserl lamentaba no poder seguir viendo a Heidegger y tener agradables charlas filosóficas con él, pero su marcha a la Selva Negra —«deseo ardientemente un período de tranquila contemplación»— para ingresar en el servicio militar excluían toda posibilidad de encuentro. El patriótico Husserl contestó con bondad paternal (el 28 de marzo de 1918) al alegre saludo que le mandaba a Friburgo, desde el campo de ejercicios militares de Heuberg, el soldado Heidegger de la cuarta compañía del batallón de re-

[22] Debo estas informaciones al diario de Bernhard Welte (1957), que he tenido ocasión de consultar.

serva 113, unidad a la que había sido destinado el 28 de febrero de 1918: así pues, no había que temer que el soldado Heidegger no soportara las fatigas físicas. Y era bueno, opinaba Husserl, que Heidegger tuviera que dejar a un lado la filosofía por un tiempo. Más tarde —«ojalá la guerra no dure ya mucho después de la magnífica victoria del frente oeste»— «volverá a centrarse en esos difíciles problemas con mayor fuerza aún». El mismo, Husserl, haría todo lo posible para volver a situarlo *in medias res* del diálogo filosófico. Como de costumbre Husserl emplea el término συμφιλοσοφεῖν que significa filosofar en común, congenialmente.

La correspondencia entre ambos intelectuales se mantuvo a lo largo de la primavera, el verano y el otoño de 1918; Heidegger había regresado a Friburgo en abril y permaneció allí hasta que el 8 de julio de 1918 fue destinado a la estación meteorológica 414 del frente, una unidad de Wurtemberg, sita en Berlín-Charlottenburg, donde debía formarse en meteorología. Heidegger escribe desde Berlín a su protector Husserl contándole las impresiones que le merece la vida intelectual de la universidad berlinesa. Encontramos el reflejo de esta carta en la respuesta de Husserl del 10 de septiembre de 1918, un largo monólogo en el que ensalza con entusiasmo el frescor juvenil de Heidegger, la pureza de su juventud, aún no deformada, «los claros ojos del alma, el corazón claro, la voluntad de vivir en dirección a la claridad», su sincero lenguaje; Husserl da las gracias al amigo por el regalo de sus cartas: «¡Oh, su juventud! ¡Cómo se alegra y regocija mi corazón de que me deje participar en ella a través de sus cartas!» Una paternal solicitud y el agradecimiento son el tono que caracteriza a esta carta.

Cuando Husserl redactaba esta carta, Heidegger se encontraba en el terreno de operaciones del primer ejército del frente oeste, en tanto que miembro de la estación meteorológica 414. Esta unidad dependía del servicio meteorológico del tercer ejército y se encontraba en las Ardenas, cerca de Sedan. Su tarea principal en la batalla del Marne (en Champaña), iniciada el 15 de julio de 1918, fue cubrir el ala izquierda del primer ejército, que debía avanzar hacia Reims. La misión de los servicios meteorológicos era proporcionar pronósticos del tiempo que sirvieran para emplear los gases tóxicos en el momento más adecuado. Un decreto del ministerio de la guerra de 25 de agosto de 1918 regulaba con todo detalle la tarea de los servicios meteorológicos.

Heidegger permaneció dos meses en el frente, hasta finales de octubre. El 5 de noviembre de 1918, pocos días antes de la revolución de noviembre, fue ascendido a cabo y el 16 de noviembre fue relevado por la sección 10 de reserva de la aviación y devuelto a su casa, a Friburgo, en donde la revolución de noviembre transcurría sin demasiados incidentes y los consejos de trabajadores y soldados no tuvieron ningún papel importante.

LA RUPTURA CON EL «*SISTEMA* DEL CATOLICISMO»

En la época precedente, bajo el influjo de Husserl, y sin dejar de tenerlo presente, Heidegger había comenzado a dar un giro, sea por las razones que sea, que iba a desembocar en una decisión de graves consecuencias, tal vez nunca superadas: el abandono de la fe de sus orígenes, por imprecisa que parezca esta afirmación en un principio. Citaremos primeramente la carta de ruptura de Heidegger a su amigo el sacerdote Krebs (de 9 de enero de 1919), que fue publicada hace algunos años en un lugar bastante recóndito [1], reservándonos para más tarde la interpretación correspondiente:

Muy estimado señor profesor:

Los últimos dos años, en los que me he esforzado por aclarar desde la base mi postura filosófica, dejando a un lado toda tarea científica particular, me han llevado a unos resultados que, dado que estoy ligado por un

[1] Casper, 1980. Casper transcribió mal un importante pasaje. En lugar de «Mi esposa que ha sido la primera en informarle» dice «Mi esposa que ha sido la primera en visitarle». (Esta nota pertenece a la primera edición del libro en donde la frase debatida rezaba: «Mi mujer, que fue la primera en informarle». En realidad, en la segunda edición de esta obra, Ott corrige nuevamente esta frase; en lugar de «la primera en informarle» se trata de «le informó adecuadamente», por una confusión entre las palabras alemanas *«erst»* y *«recht»*. *N. del T.*)

vínculo ajeno a la filosofía, no podría enseñar libremente ni con la suficiente convicción.

El estudio de la teoría del conocimiento, llegando hasta la teoría del conocimiento histórico, ha hecho que, ahora, el *sistema* del catolicismo me resulte problemático e inaceptable, aunque no así el cristianismo ni la metafísica, entendiendo ésta última en una nueva acepción.

Creo haber sentido de modo muy profundo (tal vez más que sus portavoces oficiales) los valores que encierra el medioevo católico, que aún están muy lejos de haber sido explotados a fondo; mis investigaciones religiosas de tipo fenomenológico, que entrarán a fondo en la Edad Media, no deben iniciar un debate, sino dar testimonio de que el cambio en mis posturas fundamentales no me ha conducido a sustituir el juicio noble y objetivo y la estima del mundo católico por una polémica de apóstata, amarga y estéril.

Así las cosas, también en el futuro procuraré permanecer en contacto con intelectuales católicos capaces de atacar a fondo los problemas y de comprender otro género de convicciones.

Por eso consideraría particularmente estimable, y quiero darle mis más sinceras gracias por ello, no perder su preciosa amistad. Mi esposa, que le informó adecuadamente de este giro, y yo mismo, querríamos conservar nuestra gran confianza en Vd. Es difícil vivir como filósofo: la íntima sinceridad consigo mismo y con aquellos a los que se quiere enseñar exige un sacrificio, una renuncia y una lucha que siempre permanecerán ajenos al obrero de las ciencias.

Creo poseer una interna vocación por la filosofía y al cumplirla en la investigación y la docencia, creo llevar a cabo aquello de lo que son capaces mis fuerzas, justificando mi existencia y mi actuación ante Dios. Le queda agradecido de todo corazón, Martin Heidegger.

Mi esposa le manda cordiales saludos.

Muchas cosas recuerdan afirmaciones anteriores, por ejemplo la explotación de la filosofía de la Edad Media (en las cartas al capítulo catedralicio de Friburgo de 1913-1915), la delimitación de los verdaderos filósofos frente a los obreros de las ciencias, por ejemplo, los editores de textos escolásticos, que son trabajadores del campo de la historia de la filosofía, una actividad que le había sido sugerida a Heidegger con anterioridad. Pero lo determinante es que Heidegger ya no puede permanecer dentro de la Iglesia católica, dentro del *sistema* del catolicismo, que él considera un vínculo ajeno a la filosofía, aunque sí puede mantenerse en el seno del cristianismo, es decir, en la estela de la tradición del Nuevo Testamento y tal vez de la patrís-

tica, aunque no da más detalles al respecto. También es importante la referencia a su futuro trabajo como fenomenólogo de la religión, que lleva la marca inconfundible de Husserl. En conjunto, y sin necesidad de caer en conjeturas, se trata de una declaración, formulada en términos amistosos, de ruptura con la Iglesia católica, con la Iglesia visible de Jesucristo, tal como se la define en el derecho canónico romano. En efecto, Heidegger, que tenía una formación teológica, sabía muy bien que la eclesiología católica había instaurado como institución una Iglesia visible con jerarquía y doctrina, con competencia dogmática e infalibilidad papal y que, por lo tanto, una existencia individual cristiana al margen de esta comunidad, tal vez de tipo teísta, significaba la ruptura con la comunidad. Por eso, Heidegger añade las palabras «polémica de apóstata, amarga y estéril», pues quiere dejar bien claro que no pertenece a esa clase, aunque es consciente de ser un apóstata, es decir, un renegado, por mucho que no desmienta sus orígenes y quiera emitir un juicio «noble y objetivo», conservando su «estima por el mundo católico».

La carta está escrita por alguien que se encuentra al otro lado del campo católico y que ya sólo mantendrá un diálogo con personas de ese campo lúcidas y dispuestas al compromiso. Al final de la carta, Heidegger hace un gran ademán de autojustificación ante Dios, como Martin Lutero, un ademán un poco exagerado.

Krebs no recibió esta carta, a principios de 1919, como si le hubiera caído un rayo del cielo, sino más bien al contrario; ya estaba al tanto, porque, como dice Heidegger en su carta, su mujer le había informado del cambio brevemente. La carta oficial de ruptura de Heidegger, un importante documento de su vida, puede ser leída y entendida en un contexto más profundo. El dato de que su mujer ha «informado» a Krebs se explica de la siguiente manera: Elfride Heidegger fue a ver al catedrático de Dogmática el 23 de diciembre de 1918, un día antes de la Nochebuena (y, por cierto, con un tiempo horrible) para comunicarle que ella y su marido, que esperaban su primer hijo, no iban a poder cumplir con las obligaciones contraídas en el momento del matrimonio católico de bautizar y educar católicamente a sus hijos. Recordemos el escepticismo con que Krebs rechazó las inclinaciones de conversión al catolicismo de Elfride Heidegger en la primavera de 1917. Un paso de tal calibre, le había dicho entonces, debía ser bien meditado y nunca apresurado. Engelbert Krebs tenía la costumbre de consignar algunos de los datos más

importantes de su diario en forma de diálogo, o mejor dicho, en estilo directo, como ya sabemos por citas anteriores; así pues, el diario reproduce con exactitud el diálogo sostenido entre ambos, cuando Krebs aún se hallaba bajo el efecto de las impresiones recién recibidas:

Mi marido ha perdido su fe en la Iglesia y yo no la he encontrado. En el momento de nuestra boda, su fe ya estaba quebrantada por las dudas. Pero fuí yo misma quien insistí en celebrar una boda católica, con la esperanza de hallar la fe con su ayuda. Hemos leído juntos muchas cosas, hemos hablado, meditado y orado, y el resultado es que ahora los dos pensamos más bien al estilo protestante, es decir, creemos sin ataduras dogmáticas en un Dios personal al que rezamos en el espíritu de Cristo, pero fuera de toda ortodoxia católica o protestante. En tales condiciones, consideraríamos poco honesto bautizar a nuestro hijo católicamente. Pero he considerado que era mi obligación decirle esto antes de tomar una decisión.

El diario de Krebs revela que saber que «mi amigo y su joven esposa» abandonaban la Iglesia constituyó una decepción amarguísima; algo más adelante anota: «Esta ruptura va a traerle a Heidegger muchos disgustos, puesto que se ha formado para ser un filósofo católico. Al abandonar el pensamiento católico está emprendiendo el mismo camino de evolución interna que vi emprender a Bühler. Y sólo Dios sabe la parte de responsabilidad que tengo en ello. Fui demasiado ingenuo y confiado cuando me presté a casarlo.» Traslucen en estas frases las dificultades que planteó esa boda católica celebrada por Krebs en representación del sacerdote castrense correspondiente; parece manifiesto que, como poco, se trató de una infracción a las normas. Al nombre del apóstata Karl Bühler, Krebs sumaba los de K. Marbe, A. Messer, Horten y Verweyen, antaño filósofos católicos.

Hubo que esperar al otoño de 1919, concretamente al 15 de septiembre, para que tuviera lugar un diálogo profundo entre Heidegger y Krebs, en un encuentro celebrado en Meßkirch, patria del filósofo. El catedrático de Dogmática Krebs iba a Beuron pasando por Meßkirch, en donde quería visitar a un capellán amigo de su juventud. Heidegger, por su parte, estaba descansando en casa de sus padres. «Después de comer, hacia las tres, salimos de paseo con el colega Heidegger... en dirección a Heudorf.» El capellán se marchó pronto

«y entonces tuve ocasión de mantener una charla teológica de varias horas de duración con el antiguo amigo, ahora apartado de la fe; él mismo la inició.» La dura caminata a través del paisaje revestido de ropajes otoñales de las mesetas de Heuberg condujo a ambos filósofos hasta el alto que se encuentra detrás de Leibertingen, donde se despidieron el uno del otro. «Me alejé presuroso de allí, bajando campo a través, sin tomar ningún sendero, y a las seis ya estaba en Beuron.»

Por el contrario, Heidegger tuvo un papel muy pasivo cuando, algo más tarde, el 16 de enero de 1920, Krebs les recibió a él y a Husserl en su casa para pasar una velada de animado debate, y eso a pesar de los buenos oficios de la excelente bodega de Krebs. La charla trató de «la filosofía y la teología. Heidegger estuvo casi mudo, y Husserl tanto más locuaz.» Husserl, que reconoció «haber sido él mismo bastante irreligioso por ser puramente científico», escuchó a Krebs con gran respeto «cuando le hablé de los elevados valores espirituales, las alegrías, las profundas riquezas que emanan de la fe católica». También se sacó a colación el problema de las ataduras que pesaban sobre la docencia de la ciencia teológica, una ocasión de oro para Krebs de exponerle al fenomenólogo la doctrina vaticana de la fe. Husserl se puso muy meditabundo y dijo: «Es muy matizada, muy finamente matizada y consecuente». Naturalmente, pronto volvió a asaltarle la preocupación de que «el trabajo científico perdería su libertad si tuviera que temer la censura de una comisión de letrados». Para Heidegger, esta argumentación se contaba entre los casos ya resueltos y por eso se pasó toda la velada callado y ensimismado. ¿Tal vez se dio por aludido cuando Husserl dijo irónicamente a Krebs: «Vd. está sentado a una rica mesa en su palacio y nosotros somos como pobres mendigos que claman ante su puerta»? En todo caso, Krebs aprobó la comparación «de todo corazón».

Una vez más, hubo ocasión de volver a reunir al antiguo grupo cuando Ernst Laslowski, el amigo de Krebs y de Heidegger, pasó el examen de doctorado —con Finke— el verano de 1920, con ocasión de lo cual se reunieron todos en casa de Krebs.

Pero los vínculos amistosos entre Krebs y Heidegger volvieron a desatarse rápidamente y se convirtieron en una absoluta falta de contacto; apenas si se tomaron todavía juntos un trago antes de que Heidegger marchara en 1923 a Marburgo, en donde había obtenido por fin una cátedra. La relación se desvanecía como los granos de un re-

loj de arena. Krebs continuó observando con mirada atenta y corazón herido el camino ascendente de Heidegger, pero ya sólo mantuvo con él un trato relacionado con su cargo oficial, por ejemplo en el semestre de verano de 1933, cuando Heidegger era rector y Krebs decano de la Facultad de Teología. Desgraciadamente, sólo conservamos el diario de Krebs hasta la fecha del 31 de diciembre de 1932, de manera que, precisamente, no tenemos constancia de ningún dato relativo al compromiso político de Heidegger, ningún eco del observador preciso e incorruptible que era Krebs, de cuya amistad Heidegger se apresuró a borrar hasta la última huella. Después de 1933, el teólogo Krebs, honrado y recto, cayó en desgracia ante los nazis; en 1936 fue cesado y jubilado anticipadamente, ante lo cual se retiró a la soledad y murió en 1950 lleno de melancolía a pesar de haber sido rehabilitado al término de la segunda guerra mundial.

Algunos años después de que se apagara la antigua amistad, Engelbert Krebs volvió a ocuparse de Heidegger con ocasión de un encuentro con Edith Stein, que fue a visitar al teólogo por un asunto particular. Krebs consigna largamente en su diario este encuentro y establece una interesante, perspicaz y casi profética comparación entre Heidegger y Edith Stein.

El viernes, 11 de abril de 1930, vino a visitarme Edith Stein, de Espira, la discípula más importante de Husserl y colaboradora del Anuario fenomenológico. Cuando estuvo en Gotinga, esta judía de Silesia fue oyente de Husserl y le siguió cuando vino a Friburgo. Amiga de la señora Conrad-Martius, la segunda colaboradora más importante de Husserl, pronto compartió su vocación católica. Unos estudios muy profundos y la oración la impulsaron a la conversión a principios de los años veinte. Se convirtió en la casa, o por lo menos en la parroquia, de la señora Conrad-Martius y ésta fue su madrina de bautizo a pesar de no ser todavía católica ella misma. Hoy, la señora Conrad-Martius sigue sin ser católica, mientras Edith Stein se introduce cada vez más profundamente en la cámara de tesoros de nuestra fe y en estos momentos trabaja en una edición alemana de las *Quaestiones de Veritate* de santo Tomás. Con ocasión del setenta cuampleaños de Husserl, el año pasado, vino a visitarle y después se marchó con Heidegger y un pequeño número de antiguos alumnos de Husserl a casa de Heidegger. Lo encontró muy cambiado, lleno de planes de trabajo.

¡Qué destinos tan encontrados! Edith Stein alcanzó muy pronto un gran renombre en el reino de la filosofía. Pero se hizo pequeña, y humilde...y católica y se sumió en un trabajo discreto en el convento de dominicos de Es-

pira. Heidegger inició su andadura como filósofo católico, pero perdió la fe, rompió con la Iglesia y se volvió famoso convirtiéndose en el centro alrededor del cual gira todo el gremio filosófico.

A Dietrich von Hildenbrand, de Múnich, le sucedió lo mismo que a Edith Stein. *Benedico te Pater, quia haec magnis et potentibus abscondisti, parvulis autem manifestasti. Sic Pater placuit tibi!* [2]

Pero no abandonemos todavía este período central de la vida de Heidegger, el gran momento de giro en sus concepciones del mundo, pues merece la pena ser estudiado, a pesar de que tal vez nunca se pueda llegar hasta el fondo; antes de concluir, añadiremos algunas ideas más sobre esta transformación, que lejos de ser sólo confesional, afectó a toda su visión del mundo.

En su tesis doctoral y su trabajo de habilitación, Heidegger todavía buscaba una renovación de los principios teóricos científicos de la teología. En el trabajo de habilitación sobre Duns Scoto comparaba «la actitud» del hombre moderno, «cuya vida transcurre horizontalmente» y que está siempre expuesto al peligro de «una creciente inseguridad y una total desorientación», con la actitud del hombre medieval, ligado a la trascendencia. Consideraba que una filosofía que renunciara a esa orientación metafísica o teológica, era insostenible. El reconocimiento de la metafísica y la teología englobaba también la defensa de determinadas normas éticas. «A la larga, la filosofía no puede prescindir de su auténtica óptica, la metafísica. En relación con la teoría de la verdad, esto significa que la tarea es una suprema interpretación teológico-metafísica de la conciencia. En ésta se encierran desde el inicio los auténticos valores, en la medida en que es acción viva, llena de sentido y creadora de sentido, algo que no se comprende en absoluto cuando se la neutraliza dentro del concepto de una ciega positividad biológica.» Estas frases se corresponden punto por punto con las cartas que Heidegger enviaba al capítulo de Friburgo en 1913-1915 en el contexto de su beca ligada a santo Tomás. Heidegger no tenía motivos para emplear una táctica astuta; simplemente estaba profundamente convencido de lo que decía y penetrado por un pensamiento que se expresaba en categorías de la metafísica tradicional.

[2] Para más detalles, Ott 1987a. La frase latina que cierra esta anotación del diario significa: «Bendito seas Padre, porque has escondido esto a los grandes y poderosos y se lo has revelado a los pequeños. Esa ha sido tu voluntad, Padre.»

En el espacio de pocos años, la postura de Heidegger con respecto a la tradición cristiano-católica se había transformado de manera básica, había cambiado desde la raíz, como puede deducirse de su carta de ruptura enviada a Krebs el 9 de enero de 1919. «El estudio de la teoría del conocimiento, llegando hasta la teoría del conocimiento histórico»; el distanciamiento de Heidegger respecto a la filosofía cristiana se inició como un alejamiento respecto al catolicismo, consistió en un gran giro confesional en el camino de su pensamiento, al término del cual ya no se plantearon conscientemente cuestiones éticas y teológicas. En esta época, en que estaba acabando la guerra mundial y se producían graves cambios políticos, Heidegger comenzaba a recorrer el camino en dirección a su transformación, su «giro». Pero ¿qué explicación tenemos para la progresiva disolución de la tradición filosófica y teológica, a la que en 1915 todavía quería estar ligado de por vida en bien del «combate intelectual del porvenir por conseguir el ideal de vida católica»?

Tenemos que considerar el papel que desempeñó el protestantismo en los inicios de la evolución de Heidegger, aunque sólo sea de manera aproximada y relativa. Algunos pensadores protestantes, entre los que hay que destacar a Friedrich Schleiermacher, introdujeron al filósofo por otras vías, lo llevaron a otros puntos de vista y, sobre todo, le aproximaron a la teología de Martín Lutero. Resulta particularmente característica su relación con el pensamiento de Schleiermacher, ya mencionada. El segundo discurso de Schleiermacher sobre la religión, sobre el que Heidegger meditó en el verano de 1917, se vuelve contra el sistematismo del pensamiento teológico y moral. Según Schleiermacher, la esencia de la religión no es ni pensar ni actuar, sino una pura contemplación del universo, la comunicación del sentimiento de lo infinito. Establece un estricto distingo entre religión y filosofía, considerando a la metafísica y la filosofía como las corruptoras de la religión. El hombre no debería servirse de la religión como de un instrumento, pues gracias a ella dispone de una posibilidad de intuición que no está ligada a él por accidente, sino que forma parte de su naturaleza: «La moral parte de la conciencia de la libertad, cuyo reino quiere extender hasta el infinito para que todo le quede sometido; la religión sólo respira donde la propia libertad se ha vuelto a convertir en naturaleza, donde más allá del juego de sus fuerzas particulares y su personalidad, aprehende al hombre y lo contempla desde el punto de vista desde el que él debe

de ser lo que es, quiera o no quiera». (*Schleiermachers Werke*, vol. 4, reimpr. 1968, p. 241.)

El giro que aquí se anuncia con toda claridad, llevando desde la comprensión de la religión al ámbito de lo existencial, determinó durante algún tiempo el interés de Heidegger por Lutero, hasta los primeros años de Marburgo. Pero dejaremos en este punto los intentos de interpretación, puesto que existen especialistas en el tema y esta no es la tarea de un historiador, cuya atención debe dirigirse, por ejemplo, a las fuentes sincrónicas, es decir, a las fuentes de la misma época, que conviene que estudie paralelamente a su tema.

En medio de todas estas reflexiones, no debemos olvidar la activa personalidad de Husserl, cuyo papel político en el ámbito de la ciencia fue bastante relevante. Husserl daba por sobreentendido que la auténtica filosofía no podía tener ningún presupuesto, no podía estar atada a ninguna premisa. Hasta la propia idea de una ciencia «católica» le parecía absurda. A su entender, él había sido —en su obra— completamente neutro respecto a lo religioso, como un matemático. Personalmente creía en Dios, pero nunca había dejado que este elemento religioso se deslizara en su filosofía: así resume Heinrich Ochsner la experiencia central de Husserl para su amigo Bernhard Welte.

Con la celeridad del rayo, este aspecto de la mentalidad de Husserl se ilumina en el momento de las violentas controversias surgidas en 1924 en el seno de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Friburgo cuando se pretendía volver a dotar la cátedra de Filosofía (cristiana) tras la partida de Josef Geyser (a Múnich). En aquel momento Husserl defendió con uñas y dientes la aconfesionalidad de esta cátedra, lo que naturalmente obligó a salir al primer plano al historiador Heinrich Finke, el antiguo protector de Heidegger. La frase de Husserl según la cual se había protegido «mucho a la Internacional Católica durante la guerra», pero que ya era hora de acabar con eso, provocó la explosión de Finke: «¡Pensar que tenemos que oír esto de boca de un judío austriaco! En mi vida he sido antisemita, pero hoy me resulta difícil no sentirme así». Pero Finke no tenía detrás a ningún *lobby* en esta empresa. Sólo uno de entre todos los miembros de la facultad deploró que Husserl hubiera caído tan bajo y hubiera vuelto a emplear términos dignos de la *Kulturkampf* (diario de Josef Sauer, día 24 de enero de 1914). En 1924, a Edmund Husserl le habría encantado poder traer a esa cátedra a su protegido Hei-

degger, el antiguo aspirante católico y ahora filósofo emancipado, que acababa de ser nombrado en Marburgo. Elfride Heidegger se enteró a través de Malvine Husserl (ambas esposas de los dos filósofos eran buenas amigas, al menos en aquel momento) de que en la facultad había habido un indescriptible «follón y oscuras intrigas». Sólo se lo podía contar oralmente. «Hubiera sido una suerte poder cambiar a Geyser por su marido.» (19 de febrero de 1924.) Pero nos hemos adelantado un poco a los acontecimientos.

El 7 de enero de 1919, es decir, dos días antes de la carta de ruptura de Heidegger a Krebs, Husserl presentó ante el ministerio de Karlsruhe una solicitud para que nombraran a Heidegger asistente del seminario I de filosofía con un sueldo anual fijo. En su solicitud, Husserl exponía que dependía totalmente de Heidegger para iniciar a los principiantes en la fenomenología filosófica. A su vez, éste necesitaba una ayuda material. Además, existía el peligro de que dada su precaria situación material, Heidegger abandonara la universidad por un puesto mejor remunerado, con lo que la universidad perdería esta fuerza científica tan prometedora. En este contexto, y para darle mayor peso a su petición, Husserl mencionaba el dato de que Heidegger había sido incluído en la lista de Marburgo de 1917.

En aquellos tiempos —no debemos olvidar este factor—, no existían todavía puestos remunerados de asistente o docente antes de acceder a la titularidad. Unicamente las facultades de medicina habían creado algunos puestos de este tipo en interés de la atención a los enfermos y las prácticas médicas necesarias para la especialización. Así pues, la solicitud de Husserl caía en tierras vírgenes. Sin embargo, la petición fue atendida en la medida en que Heidegger obtuvo un puesto remunerado de encargado de curso. Pero Husserl no se conformó con tan poco, sino que siguió en contacto con el director de universidades del ministerio de Karlsruhe, a quien informó detalladamente en marzo de 1919 de la precaria situación material de Heidegger, aún más precaria desde que, debido a un revés de la fortuna, Heidegger y su esposa tuvieron que prescindir hasta el final de la guerra de la ayuda financiera que recibían hasta entonces de los suegros del filósofo. «No necesito asegurarle una vez más que se trata de ayudar a una preciosa potencia científica que justifica inusuales esperanzas», así escribía Husserl el 22 de abril de 1919. Y en otoño de ese mismo año, el 13 de septiembre de 1919, volvía a insistir, destacando el hecho de que se trataba de alguien que «había ascendido

a partir de una situación muy humilde» y que era el momento adecuado para poner en práctica «la bella máxima establecida por el gobierno popular, según la cual hay que dar "vía libre a los capaces"». Un año más tarde, la petición de Husserl para nombrar a Heidegger asistente suyo con sueldo tuvo éxito, con la especificación de que el puesto era nominal y sólo para Heidegger. De esta manera, aunque Husserl no obtuvo una plaza regular de asistente adscrita a su cátedra, por lo menos Heidegger empezó a cobrar lo mínimo para asegurar su existencia hasta que fue nombrado en Marburgo en 1922 y aceptó el puesto en 1923.

Así, en 1918-1919, también había tenido lugar un giro o transformación en el aspecto institucional, es decir, Heidegger, que en realidad estaba adscrito al área de Filosofía Cristiana (Seminario de Filosofía II), cambió de disciplina también en este aspecto externo y se convirtió en colaborador de Husserl, tal vez incluso en discípulo suyo, aunque esta cuestión es muy discutible.

¿Existe entonces alguna relación entre la declaración de principios de la carta de Heidegger a Krebs y la ayuda material de Husserl? Es algo imposible de saber. Sólo una cosa es segura: Husserl, de confesión luterana, no veía con malos ojos la conversión de su discípulo católico a la confesión evangélica, aunque no le empujara directamente a hacerlo. Prueba tangible de ello es una carta de Husserl, publicada cientos de veces, dirigida al historiador de las religiones de Marburgo, Rudolf Otto y datada el 5 de marzo de 1919, es decir, justo antes del período que nos interesa aquí [3].

La principal finalidad de esta carta de marzo de 1919 era recomendar a Heinrich Ochsner (que ya sabemos tuvo un papel importante en la vida de Heidegger), persona profundamente religiosa pero que no acababa de terminar su carrera, para un puesto de colaborador junto al historiador de las religiones Rudolf Otto de Marburgo [4]. En su carta, Husserl se sale del tema y se introduce en declaraciones más fundamentales sobre el asunto de la confesiona-

[3] Ochwadt/Tecklenborg, 1981, pp. 157 ss.

[4] Acerca de Rudolf Otto (1869-1937) la mejor información resumida se halla en G. Wünsch: *Die Religion in Geschichte und Gegenwart*, vol. 4, Tubinga 1960, Sp. 1749 ss. Husserl conocía bien el libro de Otto, *Das Heilige. Über das Irrationale in der Idee des Göttlichen und sein Verhältnis zum Rationalen*, publicado en 1917. Discutió intensamente con Heidegger sobre dicha obra. Véase bibliografía en Rudolf Otto, *Aufsätze zur Ethik*, ed. por Jakob Stewart Boozer, Múnich 1981.

lidad, que también en este caso, en Marburgo, desempeñaba un papel fundamental.

El enlace entre Husserl y el profesor Otto de Marburgo era el vicario evangélico Wilhelm Peter Max Katz (1886-1962), en aquel tiempo sacerdote «del Pastorado» (pastor de la diáspora) en Riegel de Kaiserstuhl, es decir, sacerdote encargado de los fieles evangélicos que vivían en esa zona católica extremadamente cerrada. También el pueblo natal de Heinrich Ochsner, Kenzingen de Brisgovia, entraba dentro de la región abarcada por el «pastorado». Es evidente que el vicario Peter Katz se había comprometido en la planeada conversión de Ochsner. Por cierto que Katz, que no era ario, emigró a Inglaterra en 1939, donde se doctoró convirtiéndose en uno de los mejores investigadores de la Biblia Septuaginta [5].

Si decimos todo esto es para inscribir en el contexto adecuado el siguiente pasaje de la carta de Husserl a Rudolf Otto: «El señor Oxner fue en origen, como su amigo de más edad, Dr. Heidegger, alumno de filosofía de Rickert. No sin fuertes resistencias internas, ambos se fueron abriendo poco a poco a mis estímulos y trabaron un contacto personal más íntimo conmigo. En ambos se estaban consumando al mismo tiempo transformaciones radicales en sus convicciones religiosas. Ambos son personas con una sincera orientación religiosa: en el caso de Heidegger pesa más el interés filosófico-teológico, mientras que en Oxner predomina el religioso». Y un poco más adelante, Husserl dice así:

> Supongo que el señor vicario Katz le habrá comunicado que he participado de muy buena gana en la acción de ayuda a Oxner. Pero no se debe mencionar mi nombre en este asunto. No debo poner en peligro mi pacífica actividad en Friburgo. Sin duda, mi acción filosófica tiene un efecto extraordinariamente revolucionario: los evangélicos se vuelven católicos y los católicos evangélicos. Y sin embargo yo no intento convertir a nadie ni al catolicismo ni al evangelismo. Lo único que pretendo es educar a los jóvenes en un pensamiento radicalmente honesto, en un pensamiento que se guarde muy mucho de disimular o violar las intuiciones originarias, y necesariamente determinantes del sentido de todo pensamiento racional, por medio de construcciones verbales y fuegos de artificio conceptuales. No me gustaría pasar en la muy católica Friburgo por ser un corruptor de la juventud,

[5] Véase Joseph Ziegler, «In memoriam Dr. Peter Katz (Cambridge)», *Theologische Literaturzeitung*, 1962, nº 10, pp. 793 ss.

un proselitista, un enemigo de la Iglesia católica. No soy esto. No he ejercido ni la más mínima influencia sobre el tránsito de Heidegger y Oxner al protestantismo, aunque es cierto que sólo puede caerme bien en mi calidad de «protestante no dogmático» y cristiano libre (si es que se puede llamar así a alguien que designa con ese término una meta ideal de la aspiración religiosa y lo entiende para sí en el sentido de una infinita tarea). Por otra parte, me gusta influir sobre todos los hombres auténticos, ya sean católicos, evangélicos o judíos.

Así pues, para Husserl el cambio de confesión de Heidegger y Ochsner era una realidad y por consiguiente Heidegger pasaba por ser un cristiano evangélico en el círculo de Husserl. Sin embargo, el propio Heidegger siempre se incluyó dentro de la Iglesia católica, a pesar de las normativas del derecho canónico. Si la interpretamos en su contexto, la carta a Otto lo dice todo. A lo que hay que aspirar es a la libertad de un cristiano y no a una vinculación extrafilosófica con el sistema del catolicismo dogmático.

Pero lo cierto es que Edmund Husserl no era tan objetivo como parece aquí. Cuando en 1921 le comunicaron la inminente conversión de su antigua discípula y fiel colaboradora Edith Stein, reaccionó con mucha rigidez (y acritud): «Lo que me escribe a propósito de la señorita Stein me ha turbado mucho; a mí no me ha escrito. Desgraciadamente se está produciendo un gran movimiento de conversión, lo cual es señal de la íntima miseria que reina en las almas.» (Carta al polaco Roman Ingarden del 25 de noviembre de 1921.)

Sea como sea, lo cierto es que, para una carrera científica, no era nada perjudicial deshacerse de estas ataduras y librarse del estigma de ser un filósofo católico. No era más que un lastre superfluo que podía entorpecer los altos vuelos que ya se anunciaban, que podía dejar apresado al filósofo en las decrépitas categorías del pensamiento católico o escolástico. Un largo y complicado proceso de evolución parecía haber llegado a buen puerto. Además, el recién «liberado» Heidegger podía establecer ahora un nuevo círculo de amistades. En este sentido, fue muy importante y casi providencial la amistad con Wilhelm Szilasi. Llegados a este punto no podemos continuar sin ofrecer previamente una descripción, aunque sea somera, de la personalidad de Szilasi [6].

[6] Véase más detalles sobre Szilasi en Ott, 1988d.

Szilasi, que era casi de la misma edad que Heidegger (nació el 19 de enero de 1889 en Budapest), había sufrido un destino de emigrante, con trasfondo político, en el que se mezclaban los tonos brillantes y multicolores con los momentos sombríos y oscuros y a veces con episodios todavía sin aclarar. El hijo del lingüista judío Moritz Szilasi (1845-1905), estudió de 1906 a 1910 filología clásica y filosofía en la Universidad de Budapest y se doctoró con un trabajo sobre los diálogos platónicos bajo la dirección de Alexander Bernát (tesis reelaborada y publicada en 1910). En aquel momento Szilasi ya se encontraba bajo la influencia de Georg von Lukács, cuatro años mayor que él. También mantenía una relación similar con el poeta y crítico literario Mihály Babits. A continuación, realizó estudios filosóficos más especializados en París y Berlín (en 1910-1911), bajo la influencia de Emil Lask. Fue Lask quien más tarde llamó la atención del joven húngaro sobre Martin Heidegger. A partir de 1911, Szilasi obtuvo una sustitución en un instituto de Budapest, pero lo decisivo fue su matrimonio con una hija de casa acomodada (su suegro era el industrial Herman Rosenberg) que le permitió sentar las bases para llevar una vida independiente al resguardo de todas las contrariedades políticas.

Wilhelm Szilasi era uno de los miembros del legendario grupo dominical creado por Lukács en Budapest el verano de 1915, a imitación del círculo creado por Max Weber en Heidelberg, donde había trabajado el propio Lukács. Los dirigentes del grupo eran Karl Mannheim, Charles de Tolnay y Arnold Hauser. Szilasi sólo tenía un papel marginal, pero sin embargo lo suficientemente importante como para obtener una cátedra titular en la Universidad de Budapest —según cuenta él mismo— en la primavera de 1919, cuando Georg von Lukács era comisario de educación del pueblo bajo la «dictadura de los consejos» de Béla Kun, aunque seguramente se trataba de una de aquellas cátedras creadas con ocasión de la reestructuración de los planes de estudios (que asimilaba la enseñanza secundaria a la universitaria). Sea como sea, tras el fracaso de la «dictadura de los consejos», Szilasi no pudo permanecer en Hungría y en el otoño de 1919 se mudó a Friburgo, donde tuvo ocasión de trabar una relación más profunda con Husserl y de seguir cursos de filosofía y materias científicas (sobre todo química), aunque sin titularse en ninguna disciplina.

La amistad con Heidegger nació, lógicamente, en el círculo de Husserl. Cuando en el verano de 1922 Szilasi se trasladó a Feldafing, a orillas del lago de Starnberg, su casa se convirtió en lugar de encuentro para los amigos filósofos: Martin Heidegger, Karl Löwith y Edmund Husserl, junto a muchos otros, pudieron disfrutar de la hospitalidad brindada por Szilasi en ese encantador paraje en los alrededores de Múnich, en un lugar de paso hacia Austria. En lo que sigue, volveremos a encontrarnos a menudo con distintos episodios de esta relación llena de tensiones entre Heidegger y Szilasi.

Por ahora volvamos al gran giro confesional de Heidegger. Un estigma no puede borrarse nunca. Siempre vuelve a transparentarse y obliga a la persona marcada a entrar en explicaciones y conflictos, por mucho que siempre le parezca haber superado ya con éxito esa tarea. Karl Löwith ha destacado muy agudamente este rasgo existencial fundamental de la persona Heidegger: «Jesuita por su educación, se volvió protestante por reacción, dogmático escolástico por su formación, pragmático existencial por su experiencia, teólogo por tradición y ateo como investigador; un renegado de su tradición envuelto en ropajes de historiador» [7].

La herida siempre vuelve a abrirse. La espina clavada en la carne escuece con virulencia. De lo contrario, ¿cómo podría entenderse esa frase de la carta de enero de 1935 cuando Heidegger, después de despertar y volver a tomar poco a poco contacto con la tierra tras sus vuelos político-filosóficos reconoce la controversia con la fe de los orígenes? Algunas afirmaciones de Heidegger sobre la Iglesia católica, el sentido o la falta de sentido o legitimidad de las cátedras de filosofía con orientación cristiana, pueden parecer muy polémicas y mordaces, casi resentidas, pero no son más que una forma de maquillar y disfrazar los tejidos enfermos. Detrás de esas declaraciones escuecen dolorosamente las heridas recibidas y los vendajes del pensamiento existencial apenas pueden calmar ese dolor. La cuestión de los orígenes católicos, de la fe de los orígenes, no quedó cerrada, sino muy abierta. En determinados contextos, más adecuados, se apaciguará, pero no hay que olvidar la dura frase de Heidegger del año 1935: «la fe de los orígenes» es una espina clavada en su carne.

La segunda espina, que debía procurarle no pocos quebraderos de cabeza a Heidegger en 1935, era «el fracaso del rectorado». Este

[7] Löwith, 1986, p. 45.

tema no dejará ya nunca de resonar, será un *leitmotiv* que volvió a desgranar oscuros acordes —después de 1945— entre los que se deslizaron también algunas disonancias. Este *leitmotiv* ha seguido sonando hasta nuestros días y su partitura es difícil de descifrar. Pero antes de intentarlo, arrojemos una breve mirada sobre los años que Heidegger pasó en Marburgo.

EL INTERLUDIO DE MARBURGO (1923-1928)

A principios del año 1922, el *Privatdozent* Heidegger volvió a tener la oportunidad de obtener una cátedra de Filosofía en Marburgo, después de que sus anteriores intentos de 1917 y 1920 fracasaran, como ya hemos visto [1]. Paul Natorp, la cabeza dirigente de la escuela (filosófica) de Marburgo, se encontraba a las puertas de la jubilación y buscaba un posible sucesor, también en Friburgo: se encontraba muy «inclinado» a pensar seriamente en Heidegger. La única pega es que, hasta ese momento, Heidegger no había producido nada como «fenomenólogo»; «y tampoco puedo dejar de pensar si no se dedica más bien a retomar y reelaborar muy inteligentemente las influencias recibidas de fuera para luego devolverlas, desde luego bajo una forma muy útil, en lugar de producir a partir de sí mismo»: así escribía Natorp certeramente a su colega Husserl el 29 de enero de 1922 [2]. Pero éste, el amigo paternal de Heidegger, defendió de la manera más calurosa y comprometida a su discípulo como ya había hecho hasta ahora, destacando la originalidad de su pensamiento, su

[1] Los datos que expondremos a continuación se basan en gran medida en Kisiel, 1988a, y también tienen una gran deuda con las comunicaciones de Karl Schuhmann (Utrecht), que me envió el inventario de la *Husserl-Chronik* con extractos del manuscrito de las cartas de Husserl.

[2] Según información de Karl Schuhmann.

éxito docente tanto con los principiantes como con los alumnos ya avanzados, y haciendo especial hincapié en el proyecto sobre fenomenología de la religión: para él, Heidegger, el antiguo «católico», no podía consagrarse a *su* tema principal en Friburgo, como era comprensible, ya que trataba de *Lutero*. Por eso, probablemente sería de gran importancia para el desarrollo de Heidegger que pudiera trasladarse a Marburgo. Allí podría crear un importante vínculo entre la filosofía y la teología protestante. Heidegger conocía a la perfección todas las formas de la teología protestante y las apreciaba sinceramente en todo su valor. Y además, este era el último argumento de Husserl, el nombramiento de Heidegger en Marburgo sólo podía repercutir en beneficio de esa universidad [3].

La línea de argumentación de Husserl ya nos resulta familiar. Se trata del protestante Heidegger que procede del catolicismo. Así es como se le clasificaba por norma general. Pero al principio, Natorp no tuvo más remedio que defraudar a su colega Husserl, porque se había elegido como sucesor de su puesto al profesor encargado de curso de Marburgo, Nicolai Hartmann. ¡Pero entonces había que dotar el puesto de Hartmann! Un pequeño consuelo, pero aún no se había decidido nada, sobre todo porque la lista de publicaciones de Heidegger era más bien escasa. A mediados del año 1922, la Universidad de Gotinga también anunció su interés por el *Privatdozent* de Friburgo: la antigua cátedra de Husserl estaba vacante. Una vez más, Husserl se puso a cantar las alabanzas de su discípulo que estaba a punto de terminar un importante trabajo sobre Aristóteles que iba a ser publicado en el Anuario de Husserl el año siguiente. Este manuscrito sobre Aristóteles —que nunca ha sido encontrado— sigue siendo uno de los caballos de batalla de los investigadores de la historia de la filosofía. Naturalmente, a nosotros no nos importa demasiado, pero en todo caso, Heidegger trabajaba febrilmente en su Aristóteles, sobre todo desde que en septiembre de 1922 los marburgueses se habían mostrado interesados en nombrarlo para un puesto de encargado de curso. Hasta mandaron emisarios en misión de exploración al meridional Friburgo, el más destacado de los cuales fue el futuro discípulo de Heidegger, Hans-Georg Gadamer.

El 22 de septiembre de 1922, Paul Natorp informó a Husserl de que en Marburgo se iba a volver a «considerar muy especialmente la

[3] Kisiel 1988a, p. 7.

candidatura de Heidegger», no sólo debido a la enorme estima que le profesaba Husserl, «sino también debido a lo que habían contado sobre su reciente evolución algunos antiguos marburgueses que habían ido a escucharle a Friburgo». Pero de nuevo concluía insistiendo sobre el dato de «la escasez de publicaciones que tiene hasta ahora» [4].

El 22 de noviembre de 1922, Heidegger, que mientras tanto iniciaba su amistad con Karl Jaspers, escribía lo siguiente a este último: cuando se había enterado por Husserl de que Natorp pedía una orientación concreta sobre los trabajos que tenía planeados, se había sentado tres semanas a su escritorio, había hecho una compilación de sus propios escritos, a la que había añadido una breve introducción, a continuación había dictado todo lo compilado («sesenta páginas») y, finalmente, había mandado un ejemplar a Gotinga y Marburgo a través de Husserl. Después nos enteramos de que, aunque en Gotinga aprecian su trabajo, no puede hacerse muchas ilusiones allí. La reacción de Marburgo es más impresionante, porque según le ha escrito Natorp, se encuentra «en un lugar extraordinario» de la lista. Sin embargo, Heidegger se siente pesimista y opina que se tratará del célebre «segundo puesto» de la lista y que Richard Kröner «el de más edad» —«y sobre todo el que más papel ha emborronado»— será el que se lleve la plaza. En cuanto a él, se sentiría ofendido si lo clasificaran en segundo lugar y «de una manera o de otra» lo único que quiere es tener paz. En efecto, «estos tira y afloja, esperanzas a medias, halagos falsos y demás me ponen en un estado horroroso» [5].

Heidegger iba a recibir una sorpresa positiva. Hacia finales de octubre de 1922 Natorp ya le había escrito a Husserl que él y Nicolai Hartmann «hemos leído el trabajo de Heidegger con sumo interés y hemos encontrado en él precisamente lo que cabía esperar después de lo que Vd. nos había comunicado anteriormente. Destacan una originalidad, profundidad y rigor nada corrientes... Espero que consigamos ponerlo en la lista y en un puesto tal que tengan que tomarlo a la fuerza en consideración» [6].

[4] Según información de Karl Schuhmann.

[5] Legado de Karl Jaspers, Deutsches Literaturarchiv de Marbach. También válido para los siguientes fragmentos de cartas, que ya no citaremos.

[6] Según información de Karl Schuhmann.

En diciembre de 1922 la Facultad de Filosofía de la Universidad de Marburgo cerró su lista dándole a Heidegger el puesto número 1. El 18 de junio de 1923, obtuvo el nombramiento «para una plaza de encargado de curso con la situación y los derechos de un profesor titular», como él mismo escribió a Jaspers el 19 de junio, a quien también comunicó pocas semanas más tarde cómo había sido el trasfondo de la historia del nombramiento: Richard Kroner, su principal competidor había obtenido solamente el puesto número 3 de la lista, pero se había lamentado por doquier y hasta había viajado a Berlín (al ministerio) y se había ido a proponer en persona a Marburgo diciendo que, si le nombraban, hasta asistiría a los cursos de Hartmann. «Cosa que desde luego yo no pienso hacer», le decía Heidegger a Jaspers, «pero con mi mera presencia le voy a hacer padecer; me seguirá aquí un grupo de *choque* de 16 personas, además de los inevitables acompañantes de siempre, algunos de los cuales son serios y trabajadores». Unas palabras que suenan muy militares y hasta parecen encerrar una especie de logística. De hecho, la misma carta contiene explicaciones detalladas de Heidegger sobre la futura filosofía que quería crear con Jaspers en una comunidad de lucha. La verdad es que ambos habían pensado en Heidelberg como campo de acción. Por eso, continuaba Heidegger, ahora tendría que sostenerlo una comunidad invisible a fin de poder actuar en Marburgo en donde, por cierto, la biblioteca no era demasiado buena.

A Heidegger nunca le gustó Marburgo, nunca se sintió bien en ese «nido de niebla» y estaba siempre de mal humor por culpa de «ese aire pequeñoburgués que me vuelve a rodear aquí»; aparte de su trabajo, no había nada que le retuviera en Marburgo. Las cartas a Jaspers de la época de Marburgo no pueden ser más claras. Su verdadero hogar, su patria, era la cabaña de Todtnauberg, a la que siempre estaba deseando ir y a donde, de hecho, iba en cuanto se terminaban los cursos en Marburgo. Se le alegraba el alma pensando en «el aire recio de las montañas; esta brisa blandengue y debilucha que sopla aquí abajo a la larga acaba con uno». El trabajo de la madera «y después, otra vez, la escritura». Le habría gustado pasar el invierno en la cabaña, quedarse allá arriba con su trabajo. «No echo nada de menos la compañía de mis colegas. Los campesinos son mucho más agradables y hasta interesantes.» *Ser y Tiempo* fue escrito en la cabaña, allí, donde la vida se muestra «al alma, pura, sencilla y grande» (Cartas del 23.9.1925, 24.4. y 4.10.1926).

Sin embargo, Heidegger encontró en Marburgo a un inmejorable interlocutor: Rudolf Bultmann, exegeta y teólogo sistemático, en cuyo seminario sobre san Pablo, del semestre de invierno de 1923-1924, ya había tomado parte. Los pronósticos de Husserl según los cuales Heidegger haría de mediador entre la filosofía y la teología se confirmaban. También se comportó conforme a su reputación de protestante procedente del catolicismo. Ante Bultmann pasaba por ser *el* conocedor de Lutero por excelencia, según leemos en carta de éste a su amigo Hans von Soden, del 23 de diciembre de 1923, donde expresa la fuerte impresión que le ha producido Heidegger en sus primeros encuentros. Según Bultmann, Heidegger no sólo conocía la escolástica y Lutero, sino también la moderna teología de, por ejemplo, Friedrich Gogarten y Karl Barth [7]. En una carta a Jaspers del 13 de junio de 1924, Heidegger describe la atmósfera de Marburgo cuando se cumple su segundo semestre de estancia allí: «Fuera se está espléndidamente, en la universidad no pasa nada, no hay estímulo alguno. El único ser humano es el teólogo Bultmann, con quien me reuno cada semana». Si hay que creer a Hermann Mörchen, Heidegger dijo en una ocasión que los años de Marburgo habían sido los más felices de su vida [8]. Tal vez en una mirada retrospectiva sus recuerdos se le aparecieran agradablemente deformados en comparación con épocas posteriores. Pero la verdad es que Heidegger se encontraba aislado en su terreno, a pesar del éxito que tenía incluso entre los estudiantes. Había encontrado un terreno sólido y seguro, pero en el que no era «posible una docencia equilibrada para un mismo nivel de exigencias», como se quejaba ante Jaspers en mayo de 1925: la filosofía que impartía su colega Jaensch resultaba elemental hasta para alumnos de la escuela primaria. Y encima se iba a marchar Nicolai Hartmann. En esta situación, hasta habría sido preferible aceptar la oferta que le había llegado de Japón y que le había sido comunicada oficialmente en la primavera de 1924: se trataba de una actividad científica de tres años de duración en un instituto «para el estudio de la cultura europea», con especial orientación a las ciencias humanas, fundado por la nobleza y las altas finanzas japonesas. Las horas de do-

[7] Véase Bultmann Lemke, Antje, «*Der unveröffentlichte Nachlaß von Rudolf Bultmann*», en Jaspert, Bernd (editor) *Rudolf Bultmanns Werk und Wirkung*, Darmstadt, 1984, p. 202.

[8] Mörchen, 1984, p. 234.

cencia eran pocas, se colaboraba con una revista trimestral y todo ello con un sueldo fabuloso (17.000 marcos al año, una suma increíble para un catedrático alemán de la época). Lo mejor que se podía hacer era aceptar y ahorrar el dinero para construirse una casa, opinaba Heidegger, que en junio de 1924 quería convencer a Jaspers para que aceptara esa misma invitación. Desde luego, antes tenía que publicar su Aristóteles. Pero no cabe duda de que su horizonte se ampliaría, que tendría la posibilidad de trabajar sin ninguna perturbación y hasta estaba prevista la posibilidad de dar clases en la Universidad de Tokyo. Pero no estaba seguro de que fuera necesario ni aconsejable emprender una excursión semejante.

En todo caso, en 1925, cuando se pusieron en marcha las intrigas universitarias internas para la sucesión de Hartmann y Heidegger pretendía obtener finalmente una titularidad mejor pagada, esto es, cuando las luchas de intereses en Marburgo y el ministerio de Berlín estaban en pleno furor, es muy posible que Heidegger contemplara la suculenta oferta que le había venido de Japón comparándola con aquella mezquindad y estrechez de mente provincianas. Una vez más, los profesores de Marburgo (en este caso Ernst Jaensch) se dirigieron a Husserl para que emitiera un juicio comparativo entre sus discípulos Heidegger y Dietrich Mahnke. En su respuesta del 30 de junio de 1925, Husserl expresó su gran estima por Dietrich Mahnke, al que creía perfectamente capacitado para un puesto de encargado de curso (es decir, para suceder a Heidegger en su actual puesto) y añadió que no dudaba de que la facultad siempre se sentiría satisfecha de poder contar con «este hombre y erudito excelente», pero que sus consejos no serían del todo sinceros si no dijera decididamente que:

> el colega Heidegger merece, en mi opinión, una absoluta prioridad para la plaza de titular con sueldo fijo. Y no digo esto en comparación con Mahnke, sino en comparación con cualquier candidato que pueda presentarse en estos momentos. Entre las nuevas generaciones, todavía no he encontrado nunca una personalidad filosófica de tan profunda originalidad ni he visto una entrega a la filosofía que esté tan por encima de cualquier interés profano. La particularidad de su docencia, que cautiva todo el ser de sus oyentes recurriendo únicamente a la seriedad de su espíritu filosófico, debe ser ya bien conocida en Marburgo. A mi entender, Heidegger es sin duda alguna el más importante de los filósofos del futuro. Si no se lo impide algún desafortunado azar o la irracionalidad del destino, Heidegger está predestinado para ser un filósofo de gran altura, un guía que pasará por encima de

la confusión y la debilidad de nuestra época. Sus próximas publicaciones mostrarán cuántas cosas originales tiene que decirnos y se viene guardando desde hace años porque no quería comunicarlas hasta que no hubieran madurado plenamente y tuvieran una fuerza de convicción definitiva [9].

Volvemos a toparnos con el Husserl que, íntima y profundamente convencido de la altura del joven pensador desde 1918, muestra una reverencia cargada de un *pathos* casi excesivo.

La facultad tampoco le fue a la zaga a las alabanzas de Husserl en su propuesta de nombramiento del 5 de agosto de 1925: Heidegger se había mostrado en todo momento como un investigador y profesor «de primer rango». Ciertamente, su libro sobre Aristóteles aún no había sido publicado, pero el manuscrito estaba concluido desde hacía tiempo «bajo una forma constantemente reelaborada para su próxima publicación» (esta obra nunca fue editada). Después, la propuesta alude a la segunda gran obra en vías de aparición, que en estos momentos llevaba el título *«Tiempo y Ser»* y «que nos muestra a otro Heidegger, al pensador autónomo creando en solitario. Esta obra ofrece nada menos que una nueva interpretación de las preguntas supremas de la ontología, es decir, presenta una síntesis (por primera vez libre de todo subjetivismo) de la investigación de tipo fenomenológico y explota el gran tesoro de la tradición de la metafísica clásica, medieval y moderna». En comparación con los antiguos representantes del método fenomenológico —así continuaba el escrito de propuesta—, que se habían contentado más bien con preparar el terreno, Heidegger avanzaba con decisión en dirección a los problemas filosóficos fundamentales. En el actual paisaje filosófico no había nada comparable a este pensamiento, nada igualaba su rango. Heidegger era el digno sucesor de la cátedra que llevaba el sello del trabajo de Natorp [10]. Los marburgueses añadían que deseaban vincular a Heidegger a su universidad, tal vez porque tenían presente que la cátedra de Husserl en Friburgo pronto iba a quedar vacante.

Pero el ministerio de Berlín opuso dificultades, devolvió la lista y, aunque se había incluido en el sumario las pruebas de imprenta de *Ser y Tiempo* pasaron más de dos años (hasta octubre de 1927) antes

[9] Hessisches Staatsarchiv de Marburgo, serie 307 d (1966/10). En su mayor parte publicado por Kisiel 1988a, con algunos errores de transcripción.

[10] *Ibid.* En Kisiel este fragmento central de la propuesta de nombramiento está publicado en traducción inglesa.

de que Heidegger fuera nombrado profesor titular con sueldo fijo, a la vez que se le daba el puesto de encargado de curso a Mahnke. En la correspondencia con Jaspers, Heidegger siempre describe lo que ocurre entre los bastidores de esa táctica de postergamiento: opina que el que más intriga contra él es el especialista en religiones, Otto; en cuanto a Jaensch, lleva su propio juego: por lo visto, «sólo alguien mediocre y no peligroso» debe venir a Marburgo. Y cuando a principios de diciembre de 1926 la lista fue rechazada y devuelta por Berlín una segunda vez, Heidegger se desahoga en una carta a Husserl quien a su vez le consuela contándole sus propias experiencias desagradables de la época de Gotinga. Después de todo, le dice, la facultad de Marburgo está con él y sobre todo tiene:

... la gran suerte de estar a punto de imprimir la obra gracias a la cual se ha convertido Vd. en lo que es y con la que, como Vd. sabe muy bien, podrá realizarse por primera vez como filósofo. A partir de ahí, Vd. se elevará a nuevas creaciones. Nadie tiene más fe en Vd. que yo, nadie está más convencido de que finalmente Vd. no guardará ningún resentimiento y no se dejará confudir ni distraer por nada que no sea la pura realización de lo que le ha sido confiado, de lo que es innato a su persona [11].

Debemos grabar estas frases en nuestra memoria para recordarlas cuando tengamos que opinar más tarde sobre la distancia creciente que se establecerá entre Heidegger y Husserl.

Ser y Tiempo apareció la primavera de 1927. El gran éxito anunciado por Husserl se cumplió. El nombramiento como titular de Marburgo, en octubre de 1927, se puede entender como un intento de recuperar lo perdido, pero pocas semanas más tarde, bajo la dirección de Husserl, se ponía todo en marcha para nombrar a Heidegger titular de la propia facultad de Friburgo. La simiente largo tiempo enterrada había llegado a sazón y estaba madura para la siega y el almacenamiento en el granero. Antes incluso de aceptar el nombramiento en Friburgo, Heidegger ya se había comprado una parcela en las zonas altas de Friburgo-Zähringen y los albañiles estuvieron trabajando sin parar el verano de 1928 para que pudiera ocupar la casa en el invierno de 1928. El regreso al suelo natal se había consumado.

[11] Según información de Karl Schuhmann. Véase también Schuhmann, 1978.

El estilo de los cursos de Heidegger estaba teñido de «la frialdad de sus razonamientos sutiles», escribe un oyente de Marburgo en una *Autobiografía filosófica*: «Sin embargo, durante dos veces fui testigo del estallido de fuertes emociones que recorrían también las partes aparentemente frías de sus lecciones: fue con ocasión del discurso conmemorativo por la muerte de Scheler y de su discurso de despedida de Marburgo. En estas ocasiones, sus pensamientos se cargaron de sentimientos tan fuertes que se le saltaron las lágrimas y su voz se quebró» [12].

[12] Arnold von Buggenhagen, *Philosophische Autobiographie*, Meisenheim am Glan 1975, p. 134. Max Scheler murió en mayo de 1928.

«EL FRACASO DEL RECTORADO»

«EL NACIONALSOCIALISMO, EL CAMINO TRAZADO PARA ALEMANIA»

Karl Löwith, el discípulo de Heidegger de la época de Marburgo (a quien Heidegger había habilitado cuando vivía allí), viéndose condenado a errar de un lugar a otro por ser judío, se refugió en 1934 en Italia, en donde pudo trabajar gracias a una beca Rockefeller. Estando allí, el día 2 de abril de 1936 se encontró a su profesor Martin Heidegger, que aquel día acababa de pronunciar en el Istituto Italiano di Studi Germanici la célebre conferencia *Hölderlin y la esencia de la poesía* [1]. Al día siguiente, Löwith escribía una postal a Karl Jaspers contándole con su característica letra menuda sus impresiones inmediatas: la conferencia le había parecido muy artística y bellamente elaborada, pero «lo que, naturalmente, me resulta difícil de comprender es qué tiene que ver la esencia de la poesía con la cruz gamada. Pero, para él, parece que la respuesta es la siguiente: "Todo aquel que se decide por algo es o será culpable". Además, cerró su conferencia con la estrofa número siete de *Pan y Vino*: "Y ¿qué hacer mientras tanto y qué decir? No lo sé. ¿Y para qué poetas (filósofos) en tiempos de penuria?" [2].» «Bajo el influjo de estos versos de Hölderlin, Löwith escogió en 1953 como

[1] El título de la tarjeta de invitación, firmada por el presidente G. Gentile y el director G. Gabetti, decía: «*Hölderlin e l'essenza della poesia*».

[2] Legado de Karl Jaspers, Deutsches Literaturarchiv de Marbach.

título para su obra sobre el filósofo: *Heidegger: Pensador en tiempos de penuria.*

Löwith captó muy bien esa parte de ambigüedad, ese elemento contradictorio y hasta ahora sin resolver que subyace a la personalidad de Heidegger. ¿Cómo conciliar al hombre con su obra? ¿Puede separarse al pensador Martin Heidegger del hombre Heidegger políticamente activo? Y si la respuesta es sí, ¿en qué grado y de qué manera? ¡Qué inconcebible ambivalencia se encierra en la personalidad de Heidegger!

Löwith pregunta retóricamente qué tiene que ver la cruz gamada que Heidegger lucía de manera ostensible en su ojal (en la Italia fascista) con la poesía de Hölderlin; la respuesta es que no existe ningún punto en común entre la poesía de Hölderlin y el símbolo del nacionalsocialismo: realmente «es difícil de comprender».

Löwith contó más tarde con todo detalle su encuentro en Roma con la familia Heidegger en la primavera de 1936: Heidegger y él eran buenos conocidos, habían sido amigos durante mucho tiempo, desde 1919, antes de que tuvieran ocasión de tratarse como alumno y profesor. Tenían muchos puntos de contacto: las vacaciones conjuntas en la casa de Szilasi junto al lago de Starnberg, por ejemplo. Además, Löwith se había quedado muchas veces al cuidado de los hijos pequeños de Heidegger. Pero ahora, sus diferencias políticas salían a la luz en toda su intensidad: la señora Heidegger saludó al judío Löwith «con una reserva tan cortés como fría». Y lo más llamativo es que Heidegger no se quitó ni un segundo la cruz gamada: «por lo que se ve, no se le vino a las mientes que la cruz gamada no venía a cuento cuando se trataba de pasar el día conmigo.» Durante la conversación, Löwith dejó bien claro cuál era la posición de cada cual: para él, la toma de partido de Heidegger en favor del nacionalsocialismo ya subyacía en la esencia de su filosofía.

> Heidegger me dio la razón sin reservas y me indicó que su concepto de la «historicidad» era la base de su «compromiso» político. Tampoco dejó ninguna duda respecto a su fe en Hitler, quien según él, sólo se había equivocado en dos cosas: había infravalorado la fuerza vital de las iglesias cristianas y los impedimentos para lograr la anexión de Austria. Seguía estando tan convencido como siempre de que el nacionalsocialismo era el camino trazado para Alemania; sólo que habría que «resistir» durante bastante tiempo todavía [3].

[3] Löwith, 1986, p. 57.

Karl Löwith escribió estas frases en 1940, cuando el recuerdo aún estaba fresco y se había agudizado a través de experiencias dolorosas y su corazón estaba embargado de dolor por el fatal compromiso contraído por su profesor. Su preciso diagnóstico era pues que la filosofía de Heidegger guardaba una estrecha vinculación con el nacionalsocialismo. El propio Heidegger aceptó el diagnóstico y hasta lo reforzó vinculándolo con una especie de filosofía de la historia que, ciertamente, aparece una y otra vez en sus escritos.

Heidegger sostuvo una segunda conferencia en Roma el 2 de abril de 1936 —titulada *Europa y la filosofía alemana* (y no publicada por ahora)—, en el marco del Kaiser-Wilhelm-Institut, Bibliotheca Hertziana, conferencia a la que no fue invitado Löwith porque en aquel lugar los judíos eran considerados indeseables.

Publicó su conferencia sobre Hölderlin en el cuaderno de diciembre de 1936 de la revista *Das innere Reich*, un órgano esotérico que pretendía realzar el valor de la Alemania invisible escondida en la espiritualidad alemana y que adoptaba una sutil postura de sumisión ante el *Führer* Adolf Hitler, el hombre elegido por la providencia, capaz de obrar milagros, en quien obraba «el conocimiento de los eternos tesoros del alma alemana que una benévola potencia suprema le había regalado» (de la introducción al primer año de la revista). Quienes escribían en esta revista no eran en absoluto las personas empujadas a una emigración interna, sino que solían ser esas «figuras» que provocaban la sonrisa, cuando no la burla y el desprecio, de los nacionalsocialistas de raigambre, que se limitaban a tolerarlos como quien tolera a un bufón. Y así, el artículo de Heidegger sobre Hölderlin, publicado en la revista *Wille und Macht* [Voluntad y Poder], «el órgano rector de la juventud nacionalsocialista», dirigido por el jefe de la *Reichsjugend* [Juventudes del Reich], Baldur von Schirach, sufrió un airado desaire preparado por un tal Dr. Willi Fr. Könitzer, quien, como le escribió Martin Heidegger a su lector editorial, se había estado jactando en Marburgo el verano de 1933 de ser socialdemócrata y ahora resultaba ser el hombre clave del *Völkischer Beobachter*. Heidegger se había enterado a través de un antiguo jefe de las SA, que sabía perfectamente todo lo que pasaba en Marburgo [4].

[4] Véase *Klassiker in finsteren Zeiten 1933-1945*. Catálogo de la exposición del Deutsches Literaturarchiv, en el museo nacional de Schiller en Marbach del Neckar,

Sea como sea, lo cierto es que hacía mucho tiempo que Heidegger había reconocido su fracaso en lo tocante a la política; le había hablado del «fracaso del rectorado» a Jaspers: él tenía que entenderlo, él sabía con qué finalidad había bajado a la arena política en 1933. Pero su número no había sido premiado en la rifa, el espectáculo se había terminado y el público se había guardado sus aplausos para otro. Y sin embargo —a Heidegger no le cabía ninguna duda de esto— sólo a él le había sido otorgada la visión casi mística de la esencia del nacionalsocialismo, de «la interna verdad y grandeza» del movimiento, y nunca pudo deshacerse de esta iluminación, nunca jamás en toda su vida.

Pero, por ahora, internémonos en el camino que conduce al año 1933, fecha que iba a marcar para siempre el destino de Heidegger. Si hemos de creer a René Schickele, el escritor de doble cultura nacido en las tierras fronterizas del alto Rin, que en agosto de 1932 anotaba que en los círculos universitarios de Friburgo se contaba que «ya sólo se ve a Heidegger con nacionalsocialistas» (Schickele quería comprobar este dato, porque le parecía increíble), entonces habría que admitir que Heidegger se relacionaba desde esta temprana fecha con personas que se reconocían nacionalsocialistas, por no hablar de la proximidad en lo tocante al pensamiento [5]. Se podría establecer un paralelismo entre esta observación y lo que Martin Heidegger declaraba de manera encubierta y sibilina en 1930, después de rechazar su nombramiento en Berlín, en algunas de sus cartas, por ejemplo las dirigidas a su colega de Kiel, Julius Stenzel, gran especialista en filosofía antigua: sentía muy claramente una voz interior que le decía que en los próximos años debía reservar sus fuerzas para cosas más esenciales (17 de agosto de 1930) [6].

Como es natural, cuando el 1 de mayo, día del trabajo alemán, Heidegger se inscribió en el NSDAP dando gran evidencia de ello, el diario nazi *Der Alemanne* dio muestras de júbilo, estimando que este paso oficial dado por Heidegger sólo era la consumación de una postura interna y de una convicción que guardaba dentro de sí desde hacía tiempo: según ellos, en los últimos tiempos ningún nazi había

ed. por Bernhard Zeller, vol. 1, Stuttgart 1983, pp. 344-365 («Diálogo entre la poesía y el pensamiento. Hölderlin en Martin Heidegger y Max Kommerell»), aquí pp. 351 ss.

[5] *Tagebücher*, en *Werke in drei Bänden*, Colonia/Berlín 1959, p. 1040.

[6] Debo el conocimiento de ésta y otras cartas a Karl Schuhmann (Utrech).

llamado en vano a la puerta de Heidegger y éste había apoyado el movimiento desde el interior. Sea como sea, la verdad es que es difícil aclarar la espesa niebla que envuelve a este período, o al menos parece difícil en principio. Desde luego, disponemos del seco informe redactado, a partir de un resumen de las declaraciones de Heidegger, por el comité de depuración nombrado en 1945 por el gobierno militar francés en la Universidad de Friburgo, que dice así:

> El filósofo y catedrático Martin Heidegger vivía antes de los profundos cambios de 1933 en un mundo espiritual completamente apolítico, aunque mantenía amistosos contactos (también a través de sus hijos) con el movimiento de juventud de la época y con ciertos portavoces literarios de la juventud alemana, como Ernst Jünger, que anunciaban el final de la era capitalista-burguesa y el advenimiento de un nuevo socialismo alemán. El filósofo esperaba de la revolución nacionalsocialista una renovación espiritual de la vida alemana sobre una base popular y, al mismo tiempo, como otros muchos intelectuales alemanes, una conciliación de los antagonismos sociales y la redención de la cultura occidental frente al peligro del comunismo. No tenía una representación muy clara de los sucesos políticos del ámbito parlamentario que precedieron a la subida al poder del nacionalsocialismo, pero creía en la misión histórica de Hitler consistente en llevar a cabo ese giro histórico que él mismo intuía.

Se trata de un resumen destilado a partir de una serie de declaraciones del filósofo, que nos ofrece un espejo en el que muchos intelectuales, sobre todo muchos profesores de la universidad, podrían reconocer su propia imagen o al menos el perfil general [7]. Es la imagen de una persona inofensiva y con una total ingenuidad política, aunque, eso sí, con un fuerte toque antidemócrata, en definitiva, la imagen de una persona apolítica, que sólo vive en la esfera intelectual y simpatiza con las cabezas intelectuales de la revolución conservadora (Ernst Jünger, por ejemplo), pero por lo demás sin mayor vinculación de tipo organizativo o institucional.

Desde luego, el botánico Friedrich Oehlkers, miembro del comité de depuración, estaba absolutamente convencido de que Heidegger no era un nazi en el sentido habitual de la palabra. En una carta a su amigo Karl Jaspers, del 15 de diciembre de 1945, en la que le pide un informe sobre Heidegger, Oehlkers estudia el problema

[7] Véase Ott, 1985.

desde distintos aspectos: ve flotar sobre Heidegger el halo de una tragedia, ya que había sido una persona «completamente apolítica» y «el nacionalsocialismo que él se había cortado a su medida» no tenía nada en común con la realidad. En tanto que rector, había actuado «a partir de este espacio cerrado», le había provocado «a la universidad tremendos perjuicios hasta que, de pronto, se dio cuenta de las ruinas que yacían a su alrededor». Sólo ahora empezaba a comprender de dónde habían salido esas ruinas. Nos encontramos ante la imagen de un filósofo políticamente ingenuo que no supo lo que hacía, es decir, ante un hombre inofensivo que se dejó envolver sin querer en las peores maquinaciones. Y Oehlkers describe, por añadidura, a un Heidegger que se encuentra comprometido oscuramente por el activismo nazi de la señora Heidegger; según él, la señora Heidegger casi llegó a hacerse odiosa en su región (Friburgo-Zähringen) y en el otoño de 1944 «maltrató brutalmente a las mujeres de Zähringen cuando hubo que cavar las trincheras» y no dudó en «enviar a cavar a las enfermas y embarazadas.» Pero, continuaba Oehlkers, su comportamiento no era competencia del comité [8].

Con todo, más adelante encontraremos datos que enturbian un tanto esta imagen de pretendida ingenuidad. Heidegger anudó voluntariamente contactos con círculos estudiantiles, para ser más exactos con los cuadros nazis de los grupos estudiantiles de Friburgo y de Berlín; en otras palabras, Martin Heidegger ya estaba al corriente de lo que se les venía encima cuando la gran marea de negras aguas anegó Alemania. En realidad, esta convulsión era imprescindible en el marco de su pensamiento de la historicidad.

Pues bien, esto fue precisamente lo que más enérgicamente negó Heidegger desde sus primeras declaraciones ante el comité de depuración en julio de 1945, pasando posteriormente por sus distintas tomas de posición, resúmenes y las distintas reelaboraciones y diferentes redacciones del informe de justificación publicado por primera vez en 1983 con el título *Hechos y reflexiones* (acompañado, de manera inteligente, por una nueva edición del discurso del rectorado del 27 de mayo de 1933 titulado «La autoafirmación de la universidad alemana»). En el contexto del debate que tuvo lugar en 1947-1948 entre Heidegger y Marcuse (alumno de Heidegger en

[8] Legado de Karl Jaspers.

Friburgo de 1928 a 1932) y del que nos ocuparemos más tarde, Heidegger formula su posición y actitud de 1933 de la siguiente manera:

> Respecto a 1933: yo esperaba del nacionalsocialismo una renovación espiritual de la vida entera, una conciliación de los antagonismos sociales y la salvación de la existencia occidental ante el peligro del comunismo. Estos pensamientos fueron expresados en mi discurso del rectorado (¿se lo ha leído entero?), en una conferencia sobre «La esencia de la ciencia» y en dos comunicaciones a los profesores y alumnos de esta universidad. A esto hay que sumar una proclama electoral de unas 25 a 30 líneas publicada en la revista de los estudiantes de Friburgo. Algunas frases de estos textos hoy me parecen un desvarío. Esto es todo [9].

De esta meticulosa enumeración que casi puede hacerse con los cinco dedos de una mano, sólo nos queda un conglomerado insignificante: «esto es todo». Pero claro, se ha callado lo esencial, y lo esencial ni siquiera está en la pregunta.

Efectivamente, Heidegger, rector de la Universidad de Friburgo del 22 de abril de 1933 hasta su dimisión el 23 de abril de 1934 o, lo que es lo mismo, hasta la aceptación de su dimisión en el ministerio de cultura de Baden el 27 de abril de 1934, ha sido siempre objeto de debate a raíz de este dichoso año de rectorado, pero hay que decir que también él contribuyó a que el asunto no cayera en el olvido, tanto a través de su famosa entrevista del *Spiegel* del año 1966 (que por deseo suyo no se publicó hasta finales de mayo de 1976, justo después de su muerte), como del informe de justificación titulado *Hechos y reflexiones* y publicado póstumamente en 1983, un texto que fue traducido urgentemente al inglés y al francés a fin de que se difundiera a escala mundial esta visión autorizada y se transmitiera una imagen cerrada de este episodio de la vida, en el que el filósofo, abandonando su distancia respecto a los asuntos públicos, quiso irrumpir de manera directa en el curso de los acontecimientos, o lo que es más, creyó deber cumplir la misión del ser.

Pero ¿a qué viene esta manía cargante de volver una y otra vez sobre un tema que muchos creen ya ha sido tratado hasta el aburrimiento en los últimos años y exprimido hasta la última gota? ¿Es que no se han delimitado claramente los frentes desde hace tiempo, desde aquellos lejanos días posteriores a la catástrofe de 1945,

[9] Legado de Herbert Marcuse, Universitätsbibliothek de Fráncfort del Meno.

cuando el filósofo de *Ser y Tiempo* se vio obligado a rendir cuentas? Y ¿acaso todo aquel que hoy, una vez que se ha hecho público el testamento del filósofo y ha sido dicha la última palabra, se atreve a levantar dudas no se ve inmediatamente encasillado dentro del frente hostil a Heidegger? ¿Acaso no es válida la siguiente sentencia de *Hechos y reflexiones*?

> Para aquéllos y sólo aquéllos que se complacen en fijarse solamente en los que, a su juicio, fueron los fallos de mi rectorado, detallaré lo siguiente. En sí mismo resulta tan indiferente como el estéril hurgar en los pasados intentos y medidas que, dentro de la planetaria voluntad de poder, son tan insignificantes que ni siquiera merecen el nombre de minucias.

Y ¿acaso esta sentencia no es un veredicto para aquel que, armado de la debida actitud crítica, recorre los caminos hollados por otro en tiempos difíciles? Y no por otro cualquiera, sino por un guía espiritual cuya palabra había de ser oída, y de hecho lo fue, y que se puso tempranamente en camino con ademán precursor simbolizando un llamamiento, un estímulo, un modelo.

COMO FUE NOMBRADO RECTOR HEIDEGGER

No es por un vano prurito de enmendarle la plana al filósofo y temporal rector de la Universidad de Friburgo por lo que encontramos necesario seguir estos caminos armados con todo el equipo del historiador que, acostumbrado a la búsqueda de huellas, encuentra rastros que fueron borrados conscientemente, de manera que el camino que parecía avanzar en línea recta revela en realidad la existencia de tortuosos senderos, no tan bien ocultos como se creía, que conducen al vacío o al abismo. *Sine ira et studio,* sin pasión, pero con el debido compromiso. El historiador tiene que comprobar muchos datos antes de encontrar una base firme sobre la que levantar sin peligro su edificio, antes de disponer de una estructura ordenada. Antes de decidir, tendrá que sopesar una y otra vez en la balanza las declaraciones del interesado y tendrá que compararlas con los datos extraídos de las fuentes que tiene a su disposición. Por eso, cedámosle en primer lugar la palabra a Heidegger, leyendo las primeras frases de su informe justificativo, *Hechos y reflexiones*:

En abril de 1933 fui elegido rector unánimemente por el pleno de la universidad. Mi predecesor, von Möllendorf, había tenido que deponer su cargo por orden del ministro tras un breve período de ejercicio. El propio von Möllendorf, con quien tuve ocasión de hablar por lo menudo de la sucesión, deseaba que me hiciera cargo yo del rectorado. Asimismo, el anterior

rector, Sauer, intentó convencerme de que aceptara el cargo en bien de la universidad. La propia mañana del día de la elección yo dudaba y deseaba retirar mi candidatura. No tenía relación alguna con las instancias dirigentes del partido y el gobierno; ni era miembro del partido ni tenía ningún tipo de actividad política. Por eso, parecía incierto que se me escuchara, allí donde se concentraba el poder político, acerca de lo que yo consideraba una tarea necesaria. Pero también era dudoso en qué medida la universidad iba a ser capaz de encontrar y configurar de manera más originaria su auténtica esencia y ésta era una misión que yo ya había expuesto públicamente en mi discurso inaugural del verano de 1929.

Se trata de una descripción bien construida y clara en la que se vinculan las internas motivaciones y los auténticos sucesos acaecidos al filósofo. Sin querer ni poder detenernos en los detalles (algo válido tanto para éste como para otros muchos puntos) tenemos que constatar, no obstante, que las cosas no sucedieron exactamente de la manera descrita: ni el catedrático de Anatomía Möllendorf, rector por pocos días, tuvo que dimitir de su cargo por orden del ministro, sino que se retiró voluntariamente porque, en su calidad de demócrata y republicano convencido, no quería colaborar con las medidas igualatorias que iban a recaer sobre la universidad, particularmente contra los profesores judíos, ni fueron los colegas de Heidegger quienes le presionaron para que aceptara el cargo.

Los motivos eran más profundos; en la carta a Karl Jaspers del 3 de abril de 1933, Heidegger ya dice así: «Seguía albergando la esperanza de obtener alguna noticia concreta sobre los planes de remodelación de las universidades.» Baeumler guardaba silencio, seguía contando Heidegger, y su breve carta le había dado la impresión de que estaba enojado. Tampoco había podido sacarle nada a Krieck de Fráncfort. En cuanto a Karlsruhe, no daba señales de vida. El 6 de abril iba a tener lugar una reunión del equipo de trabajo de la Facultad de Filosofía; el delegado por Friburgo sería Schadewaldt. En Friburgo no se sabía aún quién iría en representación de Heidelberg. Heidegger esperaba que tal vez se pudiera saber algo con esta ocasión, sobre todo a través de los representantes de Berlín. Un equipo de trabajo fundado y dirigido por Krieck, en Fráncfort, también parecía detenido. El rector de Friburgo (el prelado Sauer), con quien había podido hablar, se había mostrado horrorizado ante la incapacidad de la conferencia alemana de rectores. En estas pocas frases,

Heidegger trazaba un cuadro muy completo y demostraba que aguardaba con impaciencia las novedades que debían producirse y a las que deseaba contribuir. Y así es como hay que entender las últimas frases de la carta: «Por oscuras y cuestionables que parezcan muchas cosas, cada vez siento en mayor medida que estamos introduciéndonos en una nueva realidad y que se ha terminado una época. Todo depende de si sabremos prepararle a la filosofía un adecuado campo de acción y contribuimos a su tarea.»

Con los nombres de Alfred Baeumler y Ernst Krieck se está citando a figuras clave con las que Heidegger colaboró muy estrechamente en un primer momento, por lo menos en la primera fase de la «revolución nacional», pero con las que muy pronto, aunque de manera diferente, iba a entrar en tensiones cada vez más fuertes, que llegaron a la hostilidad declarada en el caso de Krieck. Sin embargo, a principios del semestre de verano de 1933 esto aún no era previsible; cada uno de ellos, Heidegger, Baeumler y Krieck, quería desempeñar su propio papel, pero también querían alcanzar juntos determinadas metas en el marco del nacionalsocialismo. Así las cosas, cuando vemos que Heidegger silencia este intenso trabajo en colaboración de los primeros tiempos y nos presenta un cuadro embellecido para la galería de la historia, se impone la prudencia. Estos eran los nobles competidores que arañaban impacientemente la línea de salida con la esperanza de salir en primera posición y llegar en cabeza a la meta. Desde luego, sabían que la pista no era fácil ni corta y que la competición se iba a convertir en una larga carrera de obstáculos llena de baches y trampas, pero, con todo, en el momento de la salida, la moral era muy elevada.

Fue precisamente el joven friburgués Graecist Wolfgang Schadewaldt quien, en dos ocasiones, fue a hablar con el que aún era rector de Friburgo, Sauer, cuyo mandato debía terminar a mediados de abril, para pedirle de una manera y en una fecha absolutamente inusuales que, debido a la particular coyuntura política, fuera Heidegger quien asumiera su sucesión en lugar de von Möllendorf, quien desde diciembre de 1932 había sido designado ya como futuro rector. La petición sorprendió sobremanera a Sauer, que no podía explicarse a qué venía semejante pretensión y que tampoco consideraba muy apto a Heidegger para asumir en aquellos momentos esta importante función debido a su falta de experiencia en la administración autónoma de la universidad [1].

[1] Véase a este respecto Ott, 1983, 1984a, 1984b. Todos estos datos se han esta-

La primera visita de Schadewaldt, que tuvo lugar en una fecha muy inhabitual para un teólogo católico, un Viernes Santo (14 de abril), víspera del traspaso del cargo de rector, transcurrió como sigue:

> Luego vino Schadewaldt y se quedó hasta la una y media. Me habló del asunto de la «unificación» *[Gleichschaltung]* de nuestra universidad y me preguntó si no se podía elegir rector a Heidegger. Yo contesté que no lo encontraba en absoluto adecuado para un cargo de tipo más bien administrativo y burocrático que además es hoy mucho más difícil que antes... Insistí en que Möllendorf seguía ahí y era el más indicado para ello.

Esta anotación del diario de Sauer puede ser clave para descubrir quién introdujo a Heidegger por la vía del rectorado, pero precisa una breve interpretación. Schadewaldt, persona completamente adepta al nuevo gobierno, catedrático titular de Filología Clásica junto a su colega (judío) de más edad, Eduard Fraenkel, quien ahora estaba «disponible» en virtud de la reciente legislación de Baden, era manifiestamente una de las fuerzas que intrigaban para sustituir al rector von Möllendorf, candidato insostenible desde la perspectiva nazi, por Heidegger, y para imponer la «unificación» dentro de los equipos de autogestión de la universidad, es decir, para retirar a todos los miembros no arios del consejo universitario e, igualmente, sustituir a todos los decanos no arios.

Naturalmente, el rector Sauer, teólogo y persona honorable, antiguo miembro de una asociación de estudiantes, no tenía ni idea de que en aquellos momentos se estaba empezando a configurar ya dentro de la asociación Alberto-Ludoviciana un cuadro de profesores nazis o al menos muy simpatizantes del nazismo. En los primeros días de abril, el nuevo delegado nazi de universidades del Ministerio del Interior de Karlsruhe, el consejero ministerial Eugen Fehrle, más tarde catedrático de Etnología en la Universidad de Heidelberg, visitó Friburgo y se entrevistó, además de con los representantes oficiales de la universidad, es decir, el rector Josef Sauer y el rector electo Wilhelm von Möllendorf, con un pequeño grupo de profesores nazis a quienes instruyó de cuál era la línea política que se debía seguir. El

blecido gracias al cuidado y exacto diario de Sauer, que ha constituido la fuente principal para mi primera aproximación a la época de rectorado de Heidegger.

informe de uno de estos profesores alude a estas negociaciones del 9 de abril de 1933, en los siguientes términos:

Respecto a la ejecución de nuestro primer punto, tratado en nuestra última reunión y que concernía a la agrupación de los profesores universitarios nacionalsocialistas, hemos observado que el señor profesor Heidegger ya ha emprendido negociaciones con el ministerio prusiano de cultura. Merece toda nuestra confianza, de tal manera que rogamos que por ahora se le considere nuestro punto de apoyo dentro de la Universidad de Friburgo. El señor colega Heidegger no es miembro del partido y tampoco considera práctico afiliarse en estos momentos, a fin de tener las manos más libres en su trato con el resto de los colegas cuya postura aún no está clara o es hostil. Sin embargo, se muestra dispuesto a afiliarse cuando lo considere útil por otros motivos. Les agradecería muy particularmente que entraran en contacto directo con el colega Heidegger, que ya dispone de plena orientación sobre los puntos que nos interesan. Próximamente estará a su plena disposición, si exceptuamos el día 25, en que tendrá lugar una reunión en Fráncfort en la que sería muy oportuno que actuara ya como portavoz de nuestra universidad.

Un poco más adelante, el escrito expone otras medidas tácticas; también se debate la cuestión del rectorado de von Möllendorf, considerado un «demócrata señalado» [2]. Como vemos, Heidegger no alcanzó el rectorado por casualidad ni porque los honorables Sauer y von Möllendorf echaran esa carga sobre sus espaldas. Por el contrario, su elección fue algo amañado en el interior de la universidad, pues aunque ésta representara sus obras de cara al público siguiendo escrupulosamente el guión, entre bastidores estaba dirigida *de facto* por el pequeño cuadro nazi. El nuevo rector von Möllendorf convocó para el 18 de abril, primer martes después de pascua, la primera sesión del consejo. Aquel día amaneció bajo los malos auspicios de un artículo publicado en la tirada matinal del diario nazi *Der Alemanne*:

El profesor Von Möllendorf ha sido elegido rector de la universidad. A partir de ahora, y desde su posición dirigente, deberá trabajar en la reconstrucción cultural de Alemania. Ni que decir tiene que dicha reconstrucción sólo podrá tener éxito si todas las instancias responsables se entregan a su

[2] Hauptstaatsarchiv de Stuttgart, Ministerio de Cultura E A III/1 Univ. de Friburgo, Heidegger, Martin.

tarea con un rigor sin reservas y la mayor energía posible. Por el contrario, el trabajo no tendrá sentido si algunas personas llenas de reservas y de ideas liberales, que evidentemente están fuera de lugar en estos momentos, se oponen a la «unificación» o incluso actúan contra ella. Existe el peligro de que el profesor von Möllendorf emprenda un trabajo obstaculizador de este tipo, al menos en los asuntos relativos al personal. Porque, si en su calidad de rector de la Universidad de Friburgo, defiende a un alcalde que, indudablemente, tenía contactos poco intensos con la universidad y cuyo cese temporal no es en absoluto competencia del señor rector, ¿qué no hará cuando tenga que tomar decisiones que sean de su competencia? En nuestra opinión, la actividad pública de una persona con semejantes ideas es incompatible con la revolución nacional. Tampoco nos podemos imaginar cómo puede forjarse una esfera de confianza entre el señor profesor von Möllendorf y la gran mayoría de los estudiantes, que son de tendencia nacionalsocialista. Pero incluso suponiendo que ciertas contradicciones pudieran llegar a superarse por medio de un trabajo objetivo, de todos modos, su oposición frente a la orientación de las instancias dirigentes de Baden y en definitiva del Reich, conduciría a incompatibilidades que deben ser evitadas en interés de una evolución pacífica. Además, se produciría un inútil derroche de energía y trabajo para solventar las tensiones producidas. El sentido de la «unificación» es que las personas con una misma orientación suman sus fuerzas en un trabajo unánime de colaboración y se concentren sobre *la* meta. No debe volver a existir una división de fuerzas. Nadie que desee colaborar debe ser excluido pero, por eso mismo, hay que procurar que las resistencias innecesarias y superfluas no sean un estorbo y un obstáculo. Le sugerimos al señor profesor von Möllendorf que aproveche esta sugerencia y no obstaculice la reestructuración de las universidades.

Esto no era un suceso aislado, sino una acción planeada siguiendo la puesta en escena mencionada. Este ataque del órgano nazi, el *Alemanne,* tuvo gran repercusión. Los acontecimientos se precipitaron de tal manera que el 20 de abril (¡día del cumpleaños de Hitler!) von Möllendorf tuvo que apresurarse en convocar una sesión extraordinaria del consejo en la que el consejo y el rector decidieron dar su dimisión y convocar para el día siguiente una reunión plenaria «con objeto de elegir nuevo rector y nuevo consejo». Ya no había nada que se opusiera a la «unificación» de la Universidad de Friburgo.

Como se puede ver, von Möllendorf había ganado en pocas horas una opinión sobre su sucesor. Lo que no sabía es que todo estaba sucediendo conforme a lo establecido en un guión y que la elección del futuro rector Heidegger estaba planeada hacía tiempo.

Y así fue como, el 21 de abril de 1933, Heidegger fue elegido rector casi por unanimidad, si bien es cierto que faltaban algunos profesores de la universidad con derecho a voto. Algunos pasajes del acta de la sesión de elección no pueden ocultar que hubo una gran conmoción entre los profesores friburgueses por ser la primera vez que se excluía a miembros del consejo, que antes tenían derecho a voto, por motivos puramente raciales; los excluidos fueron exactamente 13 de 93. La nueva situación respondía a una legislación recién instaurada por el jefe del distrito y comisario del «Reich» de Baden, Robert Wagner, que gozaba de plenos poderes de decreto. En un principio se destituyó a todos los profesores no arios de las universidades de Baden y se les obligó a abandonar todos sus cargos académicos, por ejemplo el de decano o miembro del consejo. Aunque dentro de la universidad se mostraba mucha inquietud y enojo y en privado se daban muestras de simpatía a los afectados por esta medida, los gremios universitarios fueron «depurados» según lo ordenado y la dirección de las universidades, los institutos científicos y las clínicas «cumplieron a la perfección» el decreto antijudío de Baden. Esto muestra hasta qué punto estaba arraigada la confianza en el Estado, lo poco que se cuestionaba la legitimidad de semejantes decretos, que pasaban por encima de los derechos más elementales del hombre y le abrían las puertas a la falta de humanidad. Esta capacidad de adaptación, esta facilidad para cambiar de opinión y ponerse a favor del Estado dirigente estaba muy extendida, era general. El nuevo derecho se basaba en la ley de autorización de plenos poderes, es decir, seguía las disposiciones aún vigentes de la constitución de Weimar.

A pesar de todo, el acta de la sesión de Friburgo del 21 de abril de 1933 da cuenta de que el decano de la Facultad de Teología, Engelbert Krebs, como sabemos antiguo amigo de Heidegger, había emitido una declaración en la que expresaba su simpatía a los compañeros destituidos: era un gesto muy noble, pero puramente interno. Dado el nuevo estado de cosas, la Universidad de Friburgo ya no estaba en situación de mostrarse públicamente solidaria con los colegas judíos destituidos. Se arriaron las velas y se fondeó el navío en una tranquila bahía donde debía pasar el invierno a la espera de que amainara la tormenta en el exterior. Pero el nuevo rector Heidegger quiso poner de nuevo a flote el navío universitario y dirigirlo velozmente hacia alta mar a la cabeza de la armada. El diario nazi de Fri-

burgo, *Der Alemanne*, se mostró jubiloso ante la elección de Heidegger: había sido llevada a cabo en el contexto de la «unificación» general y los profesores de Friburgo habían proclamado su voluntad de «colaborar activamente en la obra de la revolución nacional y social»; por otra parte, los estudiantes habían jurado «fidelidad y cooperación» al nuevo rector en su calidad de «nuevo *führer* de la universidad». «La universidad», así concluía el informe, «cuya organización y trabajo educativo con los jóvenes universitarios debe estar de acuerdo con los pensamientos rectores del Estado, ve allanarse de esta manera el camino hacia la reconstrucción en la dirección única.»

¿Con qué programa se introdujo el *führer*-rector Heidegger en esta nueva etapa de su vida, inmersa dentro del gran movimiento nacional, iluminada de lleno por las candilejas de una opinión pública que no estaba sólo restringida a la Universidad de Friburgo? Para saberlo, habría que analizar a fondo el discurso del rectorado del 27 de mayo de 1933 —cosa que ya ha sido hecha con gran aplicación por la investigación competente— enmarcando el discurso dentro del pensamiento general de Heidegger hasta esa fecha, destacando los elementos relacionados con una filosofía del Estado y buscando la filosofía política de Heidegger [3]. Esta no es exactamente nuestra tarea. El filósofo, en tanto que rector, reclamaba para sí la dirección espiritual de la Universidad de Friburgo y al mismo tiempo definía cuál era la esencia de toda la universidad alemana, que sólo alcanzaría «claridad, rango y poder», «si ante todo, y en todo momento, los guías [*führer*, guías, jefes] son a su vez guiados [*geführte*]: guiados por la inexorabilidad de esa misión espiritual que obliga al destino del pueblo alemán a aceptar el cuño de su historia». El arraigo de esos guías y de sus seguidores dentro de dicha esencia sólo podía alcanzarse a través de la autoafirmación de la universidad alemana, entendida como voluntad de su propia esencia. «La voluntad de la esencia de la universidad alemana», esto es lo que leemos, «es voluntad de ciencia en tanto que voluntad de aceptar la misión espiritual e histórica del pueblo alemán». Y esto quería decir que los filósofos, los guardianes del ser, esto es, los guías espirituales del pueblo, el cuerpo docente de la universidad, debían adelantarse verdaderamente «a los puestos más avanzados, donde la constante incertidumbre del mundo representa más peligro», porque sólo el mundo espiritual ga-

[3] El más autorizado en la materia es como siempre Schwan, 1965.

rantizaría al pueblo su grandeza. Ahora bien, este mundo espiritual de un pueblo era el poder que más profundamente conservaba las fuerzas procedentes de su raza y de su tierra en tanto que potencia que lograba la más íntima excitación y la máxima conmoción de su existencia. Basándose en estos principios, formulados en el lenguaje peculiar de su filosofía, el lenguaje del ser, Heidegger desarrolló su programa por lo menudo, un programa (ya debatido muchas veces) que se desvaneció en el vacío.

LA PARTICULAR ASPIRACION A LA DUREZA Y EL RIGOR

El contexto marcial del *Discurso del rectorado*

El discurso del rectorado de Heidegger, «un discurso de lucha, una llamada del pensamiento, una forma imperativa de autosituarse en el tiempo», como lo describe en 1933 R. Harder en la revista de filología clásica *(Gnomon)*, captando agudamente lo esencial, también contenía instrucciones de actuación muy concretas: el concepto de la libertad de los estudiantes alemanes se reconducía ahora a su verdad, a partir de la cual se debían desarrollar en el futuro «las vinculaciones y los servicios de los estudiantes alemanes». El rector Heidegger designaba tres vinculaciones: el servicio del trabajo, el servicio de las armas y el servicio del saber. No es necesario señalar que en la base de estas afirmaciones se daba por supuesto el concepto de «verdad» de Heidegger: «la segunda vinculación es con el honor y el destino de la nación en medio de otros pueblos. Exige la disposición, asegurada en el saber y el poder y sancionada por la disciplina, de entregarse hasta el límite. Esta vinculación abarcará y atravesará en el futuro a todo el cuerpo estudiantil como servicio de las armas». Ciertamente, el «servicio de las armas» no era una noción desconocida en las universidades alemanas de la época; el rearme del pueblo alemán había sido un mandato imperioso después de la humillación del tratado de Versalles y los jóvenes habían tenido buena parte en él. En efecto, aparte de la conocida «Stahlhelm» [Cascos de acero], habían surgido otras muchas asociaciones para el entrenamiento mili-

tar que recibían un fuerte apoyo por parte de las agrupaciones estudiantiles armadas. El «servicio a las armas» era un lema nacional que en 1933 se había convertido en divisa del partido nazi.

No cabe duda de que, para Heidegger, el modelo de lo que debía de ser el nuevo hombre alemán se condensaba en la figura marcial de Hermann Göring, capitán de aviación en la primera guerra mundial, último comandante del escuadrón de caza Richthofen, condecorado con la orden al mérito, importante figura dentro de la jefatura del movimiento hitleriano, desde el verano de 1932 presidente del Reichstag y desde el 30 de enero de 1933 ministro del Reich y ministro comisario del interior en Prusia, es decir, ministro de la policía. De lo contrario, ¿cómo explicar que dos días antes de las decisivas elecciones al Reichstag del 5 de marzo de 1933, habiendo sido invitado a casa de su buen amigo el historiador del arte Hans Jantzen, trajese como presente para la familia la obra de Martin Harry Sommerfeldt, *Hermann Göring. Ein Lebensbild* [Hermann Göring. Semblanza biográfica]? Heidegger dedicó a sus anfitriones un ejemplar de la tercera edición de la obra, aparecida en febrero (Berlín, 1933) [1]. «A la querida familia Jantzen en recuerdo del 3 de marzo de 1933, en Fráncfort del Meno. Martin Heidegger» [2].

En esta obra se relatan en tono de himno periodístico las hazañas y proezas heroicas de Göring, pero sobre todo su combate al lado de Hitler, de quien él era su «más fiel paladín». Allí se puede leer una apasionada definición del nacionalsocialismo y de sus metas. El astuto Sommerfeldt, que fue nombrado [3] por Göring portavoz de prensa a principios de febrero de 1933 (para el ministerio prusiano del interior), había sabido actualizar sus elogios: el cuadro incluye la imagen de Göring limpiando «los establos de Augias» a la manera de un nuevo «Hércules». «Sí, el año va a ser caliente, porque Hermann Göring no se ha olvidado de nada». Alemania sabría dentro de poco

[1] Sommerfeldt, por petición de Göring, había publicado a finales de 1932 un esbozo titulado *Göring, was fällt Ihnen ein!* La tercera edición, muy actualizada, apareció bajo el nuevo título y alcanzó muy pronto una tirada de 350.000 ejemplares.

[2] Véase Marten 1988, p. 90. Marten omite el nombre de la familia, pero tengo la certeza absoluta de que se trataba de la familia del historiador del arte Hans Jantzen, a quien Heidegger había conocido muy bien en su época de Friburgo estrechando una buena amistad.

[3] Véase M. H. Sommerfeldt, *Ich war dabei. Die Verschwörung der Dämonen 1933-1939*, Darmstadt, 1949, p. 22.

tiempo «que el ministro Göring no ha aceptado la cartera de interior para "ejercer" "justicia", sino para hacer política. Una política absolutamente nacional, claramente gemano-prusiana». ¡Desde luego, no mentía! Las semanas que precedieron a las elecciones al *Reichstag* transcurrieron bajo el horrible signo de la política mencionada. A la vista de todo el mundo, incendio del edificio del *Reichstag* con las consiguientes medidas de emergencia, caza de brujas contra los adversarios políticos y movilización de las calles. «Göring utilizará este poder sin contemplaciones, sin turbarse, hasta que el éxito le dé la razón: ante el pueblo alemán, ante Europa, ante el mundo, ante la Historia», así escribía Sommerfeldt hacia el final de su obra y es un pasaje que no puede pasar desapercibido porque está escrito en negrilla. Y es una chapuza de este calibre lo que Heidegger traía de regalo a sus anfitriones. ¿Tal vez no se la había leído, como el *Mein Kampf* de Hitler? Tenemos que suponer lo contrario, porque el *Hermann Göring* de Sommerfeldt se convirtió en una fuente importante tanto del discurso del rectorado de Heidegger, como de sus llamamientos del otoño de 1933 o de sus escritos justificativos de 1945, y ello hasta en los pequeños matices del lenguaje. ¡Qué bajo había caído! Y ¿cómo conciliar esto con el Heidegger que años más tarde escribiría un artículo sobre el «logos» basado en el fragmento B 50 de Heráclito, para la revista de Jantzen (en 1951, con ocasión de su 70 cumpleaños)?

Pero de las frases heroicas se pasó a los hechos. Se pasó al adiestramiento en las acciones prácticas: las formaciones estudiantiles de las SA de la Universidad de Friburgo, así como otros grupos de la más diversa e inabarcable procedencia, practicaron desde el semestre de verano de 1933 un ejercitamiento paramilitar bajo la dirección del profesor encargado de curso de Filosofía y Pedagogía, Dr. Georg Stieler. Stieler había sido antiguamente oficial de carrera, había abandonado el ejército con la graduación de capitán de corbeta al finalizar la guerra y ahora era un miembro muy activo del grupo «*Stahlhelm*». Este filósofo de estatura descomunal (medía 2,02 m), se ejercitaba con las compañías informales de estudiantes en los barrizales de una ladrillería situada al pie de Schönberg, junto a Friburgo; a falta de armas de verdad los estudiantes utilizaban armamento de madera. Al principio, estas actividades debían mantenerse en secreto. Se convocaba a los miembros a través de órdenes e instrucciones orales. Naturalmente, todo había sido discutido y acordado previa-

mente con las instancias correspondientes del ejército del *Reich*. Un testigo ocular —que en aquellos tiempos era todavía profesor de Medicina y participó en la guerra mundial, donde fue herido de mucha gravedad—, me contó que un día, movido por la curiosidad, había estado observando esos juegos bélicos que parecían algo infantiles. En ese momento llegó el coche rectoral, del que se apeó Heidegger, y el profesor Stieler, en su calidad de «comandante», se cuadró ante el gran filósofo de pequeña estatura y le dio el «parte» del día en toda regla, como si el rector fuera el comandante de su grupo militar. Para el testigo, la escena había sido tan conmovedora como ridícula, debido a la enorme desproporción de estatura entre ambos hombres.

Semejantes adiestramientos debían parecerle a Heidegger la confirmación de sus declaraciones del discurso del rectorado: los estudiantes estaban en «marcha» a la búsqueda de sus jefes y guías. Y para que dichas declaraciones no se borraran de sus mentes el rector hizo imprimir en la parte trasera del programa de la ceremonia rectoral la canción de Horst Wessel, un texto paralelo al suyo, que había que cantar con ritmo de marcha militar al final del discurso del jefe de la asociación de estudiantes de Friburgo. Y, efectivamente, los profesores de la universidad cantaron esta obra de arte de la literatura, el himno del movimiento, remarcando lentamente cada sílaba:

> ¡Arriba las banderas, cerrad filas!
> La SA marcha con paso firme y animoso,
> los camaradas muertos por el Frente Rojo y la reacción
> marchan en espíritu dentro de nuestras filas.

Esta primera estrofa se retomaba después de cantar la segunda («Abridle paso a los pardos batallones...») y la tercera («Por última vez suena la llamada...»), es decir, funcionaba de nuevo como cuarta estrofa e iba acompañada de la siguiente indicación teatral: «Mientras se cante la cuarta estrofa se levantará la mano derecha para saludar a los muertos», naturalmente sólo a los muertos del «movimiento», los «camaradas muertos por el Frente Rojo y la reacción».

La ceremonia rectoral se organizó en medio de gran expectación. El 23 de mayo de 1933, el rector Heidegger emitió un comunicado, el nº 5.193, en el que explicaba cuál debía ser el desarrollo externo de la ceremonia, de la que se desconocían las costumbres por ser completamente nueva. El saludo con la mano en alto y la actitud

adoptada durante el grito «Sieg-Heil» tendrían un papel destacado en la ceremonia; los profesores de la universidad discutieron apasionadamente la cuestión de si el hecho de alzar la mano mientras se entonaba la canción de Horst Wessel constituía una señal de vinculación con el NSDAP o no.

Para eliminar estas dudas, Heidegger recurrió al día siguiente al comunicado gubernamental de Karlsruhe (comunicado nº 5.288) que decía que alzar la mano mientras se cantaba el himno alemán y la canción de Horst Wessel (primera y cuarta estrofas), o durante el «grito de homenaje "Sieg-Heil"», no equivalía a una demostración de estar afiliado al NSDAP. Por el contrario, «alzar la mano derecha» se había convertido ya en el saludo nacional de los alemanes y por lo tanto sólo declaraba la pertenencia al Estado actual y la interna vinculación con la nueva Alemania. A la vista de la escasa disposición física del público de profesores, que no se podía permitir grandes alardes, el rector dispuso la siguiente medida: «Por acuerdo con el jefe de la asociación de estudiantes he limitado el alzamiento de mano a la cuarta estrofa de la canción de Horst-Wessel.»

No podemos dejar de destacar el ambiente en el que se integra y, por así decir, hunde sus raíces el discurso del rectorado de Heidegger. Josef Sauer, que ocupó el cargo de vicerrector junto a Heidegger, describe su impresión: el cuadro externo había cambiado, se veían muchos uniformes hitlerianos, muchos rostros apergaminados que ocupaban los lugares reservados a los invitados de honor, muchos funcionarios del partido a los que tenían que ceder el paso hasta las esposas de mayor edad de los colegas de la universidad. En su calidad de responsable, Sauer había intentado evitar semejante estado de cosas, pero Heidegger había adoptado una actitud incomprensible.

Durante la comida consiguiente —sigue relatando Sauer—, en la que también tomaron parte los rectores de Karlsruhe y Heidelberg, Heidegger comenzó hablando en tono formalista y frío. El, Sauer, había intentado distender la atmósfera por medio de algunos comentarios humorísticos. A continuación, Heidegger había estado más amable y había mencionado su antigua relación con él y la protección que él le había brindado [4]. En su informe, Heidegger menciona expresamente este suceso y cuenta que el ministerio le dio a

[4] Diario de Sauer, anotación del 28 de mayo de 1933.

entender que la conversación durante la citada comida y su interpelación directa a Sauer había estado fuera de lugar [5].

Durante aquel tiempo, las actitudes marciales del rector Heidegger despertaron las burlas socarronas de los ambientes universitarios de Friburgo. Dentro del cuerpo docente había numerosos combatientes del frente, con altas condecoraciones, que estaban bien informados del triste pasado militar de Heidegger; por ejemplo, el economista Walter Eucken, uno de los adversarios más enconados de Heidegger en el interior de la universidad que, en su calidad de oficial del frente, sólo podía tomarse a risa los modos marciales de Heidegger.

Sin embargo, Martin Heidegger, figura ni marcial ni heroica era, por ejemplo, gran admirador de Ernst Jünger, en gran medida por causa de la medalla al mérito que éste había obtenido gracias a su valentía. A través de la identificación con estas figuras modélicas de la primera guerra mundial, Heidegger intentaba compensar la ausencia de una gran vivencia en el frente. Ya sabemos en qué consistió el servicio militar de Heidegger: desde luego, en nada de qué enorgullecerse. El filósofo Max Müller, gran conocedor de Heidegger y supuesto discípulo suyo, opina que la total ausencia de heroismo propia del destino personal de Heidegger contribuyó a la «sublimación mítica [en el pensamiento del filósofo] de su vivencia en el frente» [6]. Por ello, no es de extrañar que Heidegger no contestara los cuestionarios de la administración a ese respecto o incluso presentara un informe fuertemente deformado sobre su servicio militar; por ejemplo, aunque en 1927-1928 el secretario de la Universidad de Marburgo le pidió hasta cinco veces los datos relativos a su servicio militar, con el fin de intentar conseguirle una pensión, nunca obtuvo respuesta.

En el *Deutsches Führerlexikon* de 1934-1935, Heidegger se definía como soldado voluntario que, por motivos de salud, había sido licenciado al poco tiempo de alistarse. En realidad, Heidegger, que no hizo el servicio militar habitual por haber sido inicialmente estudiante de teología, sólo fue alistado regularmente tras el estallido de la guerra y registrado como *Landsturmmann* (sin servicio militar), es

[5] Heidegger 1983, p. 31.

[6] Martin/Schramm 1986, p. 28. Véase nota 10, p. 61, donde se cuenta el episodio siguiente.

decir, como miembro de las llamadas «fuerzas regionales de asalto». Su actividad militar en el servicio de censura del correo de Friburgo siempre fue valorada como una especie de servicio militar ininterrumpido (y la verdad es que era fácil confundir los términos); pero Heidegger no estuvo acuartelado casi nunca y disponía por lo tanto de gran libertad de movimientos. No obstante, Heidegger afirmaba haberse encontrado en Verdun hacia el final de la guerra precisamente para participar en alguna medida del halo de gloria que rodeó a esa batalla: nos encontramos ante una nueva deformación de lo que en realidad sólo fue un puesto nada espectacular en el servicio de metereología de las Ardenas.

Pero las cosas no se quedaron en los programas de entrenamiento del profesor Stieler. Con espíritu de soldado, Heidegger ordenó a su colega Stieler que confeccionara una legislación de honor para el cuerpo de profesores, aún no creado y, efectivamente, fue elaborada según el modelo del cuerpo de oficiales del ejército y Heidegger la aprobó y presentó a la aprobación del gobierno de Karlsruhe y Berlín. Con esa legislación, Heidegger pretendía restablecer el sentido del honor que los anteriores políticos le habían arrebatado al pueblo, de tal modo que, según él, reinaba «en todas partes una lucha salvaje por la existencia que no toma en consideración al resto de las personas de la misma clase»; también pretendía despertar la necesidad de «purificación y renovación», un sentimiento que tenía que partir del propio cuerpo docente:

> Nosotros, los profesores, queremos elevarnos a nosotros mismos y volver a nuestro propio ser. Queremos limpiar nuestro cuerpo de elementos inferiores y prevenir las futuras campañas de degeneración. Queremos educarnos mutuamente protegiendo nuestro sentido del honor y evitar la recaida en el estado anterior. Y finalmente queremos, y esto es lo principal, alimentar y desarrollar cada vez más nosotros mismos ese espíritu de verdadera camaradería y auténtico socialismo que no ve en el colega a un competidor en la lucha por la existencia...

Sentirse camaradas, compañeros de un mismo estamento y un mismo pueblo, ese era el logro del «cuerpo de oficiales en sus mejores tiempos». «Queremos apropiarnos del pensamiento de Fichte según el cual somos una unidad crecida de manera desorganizada en la que ningún miembro considera el destino de otro miembro ajeno a

él.» La invocación de semejantes motivaciones sublimes para introducir una legislación de honor refleja claramente el grado de confusión propio de la ideología nacionalsocialista: el restablecimiento del honor (entendido como honor del oficial) se equiparaba a la autopurificación de los elementos inferiores o degenerados del cuerpo [7].

Desde mayo de 1933, los deportes al aire libre se contaban entre las materias obligatorias del programa del semestre, muy a pesar de la mayoría de los profesores, que difícilmente podían sentir entusiasmo por esa forma de «entrenamiento militar de la juventud universitaria» que, por otra parte, también iba en detrimento del programa habitual de enseñanza que se resentía manifiestamente de la importancia de las nuevas disciplinas. Por su parte, Heidegger apoyaba decididamente estos entrenamientos y deportes marciales. Por ejemplo, en su discurso tristemente célebre de 30 de junio de 1933, dirigido a los profesores, se refirió al caso de los estudiantes de Heidelberg en los siguientes términos: «¿Qué significa eso de la "pérdida de tiempo" cuando se trata de combatir por el Estado? Trabajar por el Estado no puede ser causa de peligro, sino sólo la indiferencia o resistencia contra él [8].»

Dentro de este contexto, también hay que incluir la rápida preparación de un campo de deportes que hubo que construir fuera de Friburgo y los alrededores inmediatos por ser zona desmilitarizada. Su emplazamiento se situó sobre el Baar, cerca de Löffingen (a unos 50 kilómetros al este de la ciudad universitaria). En los meses de agosto y octubre se entrenó allí a grupos de trescientos estudiantes en períodos de tres semanas cada uno; los monitores eran miembros del ejército del Reich, las SA y las SS. Pero esta nueva corporación estudiantil politizada, este tipo de estudiantes SA formados en campamentos, no correspondían en absoluto al estudiante evocado por Heidegger en estilo heroico:

> El estudiantado alemán está en marcha. Y *lo que* busca son unos guías por medio de los cuales quiere elevar a verdad fundada y consciente su propio destino y de este modo llevarlo a la claridad de la palabra y de la obra que designa y crea. *(Discurso del rectorado.)*

[7] Archivo de la universidad de Friburgo, V/1. *Generalia/Vereine.*

[8] «La Universidad en el nuevo Reich», *Der Heidelberger Student*, suplemento de Ruperto Carola de 13 de julio de 1933 (aquí citado según Mußgnung, 1985, p. 491).

Heidegger había perdido desde hacía mucho tiempo el contacto con la realidad, suponiendo que lo tuviera alguna vez. Permanentemente se veía confrontado con ella, optando al principio por reprimirla, porque lo que no debe ser no puede ser. Pondremos un ejemplo: algunas facciones de la corporación estudiantil de Friburgo o por lo menos de su núcleo, los llamados estudiantes SA, que nada más llegar el verano habían sido llevados para hacer prácticas al campamento de deportes rápidamente instalado cerca de Löffingen, sobre el Baar, participaron en una de las acciones que se habían vuelto habituales en aquellos tiempos consistente en matar a tiros «por asalto» a un político centrista de aquel lugar, que había caído en desgracia ante los nazis, recurriendo a la escenificación de un supuesto motín popular que servía para darle «fundamento legal» al arresto y la muerte. El papel de pueblo amotinado lo representaron los estudiantes SA de Friburgo. Un catedrático de Derecho Privado de Friburgo, hombre de ideas muy nacionalistas y combatiente del frente, se enteró de este suceso y escribió al rector Heidegger a principios de septiembre preguntándole si le parecía que semejante conducta era compatible con el honor nacional deseado por Hitler. El rector, lleno de indignación, respondió de la siguiente manera al reputado miembro de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Científicas:

> He tomado nota de sus declaraciones sobre lo ocurrido en Löffingen. Parece que Vd. no sabe nada concreto sobre el dudoso comportamiento del ciudadano de Löffingen que aparentemente ocasionó la revuelta. Sus acusaciones se basan en el relato de un señor que desconozco. Dada la situación, me resulta imposible emitir un juicio unívoco sobre los sucesos. Por importante que sea plantearse dudas de este tipo, desearía que en el futuro también me llegaran propuestas más positivas que contribuyeran a la «realización del Tercer Reich».

¡Pero dónde quedaba lo positivo, estimado colega! ¡Porque el Tercer Reich aguardaba impaciente su realización! En un futuro no muy lejano el rector Heidegger iba a tener ocasión de comprobar que ya no era él quien llevaba las riendas de la universidad, sino los estudiantes SA, jerárquicamente organizados, y las instancias del partido. Pero, por ahora, Heidegger seguía meciéndose en brazos de la ilusión «¿como un niño soñador que no sabe lo que hace?» o se abandonaba a su «embriaguez de poder». Ambas imágenes, que ya

hemos visto antes, son inadecuadas. Heidegger sabía muy bien lo que quería y tenía buenas razones para ser optimista y pensar que alcanzaría su meta, puesto que se había aliado a personas influyentes y a las instancias dirigentes, sobre todo de Berlín.

Pero existe un elemento de compensación, que se encuentra dentro del lenguaje de Heidegger (todavía no se ha investigado sobre su uso de las palabras «lucha», «luchador» y sus campos semánticos [9]). Desde luego, se puede afirmar sin riesgo a equivocarse que pocos filósofos habrán utilizado estas palabras con tanta frecuencia y diversidad como él. Y cuando vemos con Heidegger que la esencia del lenguaje, a la que todavía no nos permite acceder, es que el lenguaje «es la casa de la verdad del ser» (*«Carta sobre el humanismo»*), ya no podemos dudar de que sus palabras tienen un peso innegable. El discurso del rectorado proporciona por sí solo suficiente material: la lucha ocupa un lugar central, sobre todo si se tiene en cuenta el ambiente político de esta época en la que floreció la palabra «lucha». Heidegger se defendió enérgicamente contra esta interpretación tan simplista y tal vez malévola del término y quería que fuera entendido en el sentido de Heráclito. Pero sea como sea, Heidegger se prestaba a ser malinterpretado y lo fue miles de veces por culpa de la ambigüedad de su discurso [10].

No podemos menos de quedarnos pensativos cuando leemos lo que Heidegger escribía a su alumno Karl Ulmer, que se encontraba en el frente este, hacia el final de la campaña de Rusia: la única existencia digna de un alemán se encontraba en aquellos momentos en el frente [11]. «El frente» seguía siendo para Heidegger el puesto más avanzado del peligro. Basta analizar, por ejemplo, el vocabulario de corte militar del discurso del rectorado: peligro, emergencia, extrema necesidad, fuerza, poder, disciplina, selección, compromiso hasta el

[9] Dolf Sternberger (1984) escribió el primer artículo al respecto.

[10] Winfried Franzen, que estudia a Heidegger desde hace mucho tiempo desde el punto de vista histórico-filosófico, pero también en una biografía, presentó en 1988 un estudio titulado *La añoranza de dureza y rigor*. Apoyándose en el análisis de la lección dada por Heidegger en 1929/30 *Los conceptos fundamentales de la metafísica*, ofrece argumentos que vuelven muy plausible la tesis de que la añoranza de dureza y rigor allí expresadas pudieran predisponer a Heidegger al compromiso con el nazismo. En todo caso, según Franzen, el análisis de la lengua y el contenido presenta una gran proximidad con la visión nazi del mundo.

[11] Rudoph Berlinger, alocución mortuoria para Karl Ulmer el 29 de mayo de 1981 (edición privada).

final, extrema claridad. Cuando Heidegger define la «existencia en el frente» como la única digna de un alemán, no hace sino seguir el espíritu de su discurso del rectorado, en donde expone la «resolución de la corporación estudiantil alemana de enfrentarse al destino alemán en el momento de necesidad más extrema». Semejante juicio de valor (Heidegger se aplicaba en emplear estos juicios pese a los vehementes intentos de sus seguidores por sacarlo de esa filosofía de valores), se encuentra en relación con su análisis esquemático de la historia contemporánea, según el cual, Europa, y en su centro «nuestro pueblo», el «pueblo metafísico», se encontraban «presos en una tenaza, entre Rusia, por un lado, y América, por otro». Ambas potencias eran «desde un punto de vista metafísico» una misma cosa, «el mismo vértigo desconsolador de una técnica desatada y de la organización desarraigada del hombre normal» [12].

Alemania sufría el mayor atenazamiento por encontrarse «en el centro». Más tarde, después de Stalin, todavía envía esa carta a su alumno Karl Ulmer, a pesar de que el destino de los alemanes, de ese pueblo metafísico, ya estaba decidido: Alemania estaba condenada al declive, cargada de crímenes ordenados por el *Führer,* ese mismo *Führer* del que decía que «sólo él es la realidad alemana presente y futura y su ley» [13]. Heidegger nunca se retractó de esta frase.

Sin embargo, al filósofo le faltaba la disposición necesaria para soportar en su propia carne esa digna existencia en el frente. Entre los actos de fuerza meramente verbales y la acción real mediaba un mundo. Heinrich Wiegand Petzet divulgó, con autorización de Heidegger, una leyenda que cuenta que el filósofo fue obligatoriamente alistado en la milicia popular en noviembre de 1944 «seguramente con la esperanza de desembarazarse definitivamente de él, una perfidia que sin embargo falló su objetivo» [14]. Pero ¿cómo se desarrolló realmente este suceso, que aquí parece tan oscuro?

[12] *Introducción a la metafísica* (edición de 1953), pp. 28 s. Ultimamente estas sentencias han recibido nuevos impulsos por parte de la ecología que habla de la «tenaza de los misiles», por ejemplo, Hanspeter Padrutt, *Der epochale Winter. Zeitgemässe Betrachtungen,* Zúrich 1984, pp. 199 ss. Heidegger como el mejor testigo político de la constelación mundial de misiles de la actualidad. Semejantes autores se olvidan de que los primeros misiles destructivos (V 1 y V 2) fueron construidos y utilizados por los alemanes durante la segunda guerra mundial.

[13] Proclama en el *Freiburger Studentenzeitung,* véase Schneeberger, 1962, nº 114.

[14] Petzet, 1983, p. 52.

Martin Heidegger partió de Friburgo el 23 de noviembre de 1944 dentro de un contingente de la milicia popular que se dirigía a Breisach del Rin. La unidad no llegó demasiado lejos, porque tanto Neu-Breisach como Estrasburgo ya habían sido tomadas por las tropas francesas, de tal modo que ya no se podían llevar a cabo operaciones militares en la orilla alemana del Rin. Si Heidegger pudo librarse de otro enrolamiento militar, fue en parte gracias al masivo contingente de fuerzas de «la Asociación de profesores del Reich», que era del partido. El 23 de noviembre de 1944, el profesor Dr. Eugen Fischer, anatomista y eugenista de renombre internacional, antiguo director del Kaiser-Wilhelm-Institut de Berlín y ahora nuevamente afincado en su Friburgo natal, también miembro de la directiva de la Asociación de profesores del Reich *[Reichsdozentenbund]*, bajo las órdenes de Gustav Adolf Scheel, telegrafió precisamente a Scheel, que también era jefe del distrito de Salzburgo, en los siguientes términos: «Jefe distrito de Salzburgo, reconociendo sin reservas milicia popular e imperativos del momento, apoya ruego facultad para eximir servicio de las armas miembro de la milicia popular Heidegger, pensador extraordinario e insustituible para la nación y el partido. Eugen Fischer». Este texto en estilo telegráfico, que sólo se puede descifrar gracias a una carta posterior de Fischer, tiene gran interés: tanto Fischer como la Facultad de Filosofía entienden que en el momento presente «toda fuerza de combate y toda voluntad de lucha y, por lo tanto, la milicia popular, deben pasar por encima de todo.» La universidad ya ha entregado muchos «camaradas» a las fuerzas de la milicia popular para defender el frente del Rin, continúa la carta. Sin embargo, Fischer considera correcto «que se haga una excepción en casos muy extraordinarios. Y Heidegger lo merece; aun en el caso de que no estuviéramos de acuerdo con algunas de sus afirmaciones, su obra merece reconocimiento.» La facultad no defiende intereses propios, sino que defiende a «un guía espiritual y un pensador fuera de lo común. La verdad es que no tenemos muchos filósofos de esta talla, y que, encima, sean de ideas nacionalsocialistas, muchos menos.» Fischer, que era amigo del filósofo desde hacía muchos años y había participado junto al rector Heidegger en aquella ominosa manifestación de Leipzig del 11 de noviembre de 1933 (Fischer era rector de la Universidad de Berlín), pedía que se otorgase al filósofo Heidegger el mismo trato que a los grandes inventores, físicos y químicos, que habían

sido eximidos del servicio de las armas «porque eran de más utilidad en otros lugares» [15].

Mientras tanto, el asunto Heidegger se había resuelto satisfactoriamente, de modo que el director de distrito de Salzburgo ya no tuvo necesidad de intervenir. No cabe duda de que habría intercedido por Heidegger, como se lo comunicó más tarde a Fischer. Después de la destrucción de Friburgo (el 27 de noviembre de 1944), Heidegger se retiró para esconder sus manuscritos a una distancia segura del frente del Rin, que otros tendrían que defender. En la solicitud de permiso dirigida desde Meßkirch al rector de Friburgo (el 16 de diciembre de 1944), explicaba que la nueva situación en el Rin le obligaba a esconder sus manuscritos definitivamente para «evitar los peligros más evidentes en la medida de lo posible.» Según él, una de las características esenciales del trabajo filosófico es que «está estrechamente ligado a la persona del que realiza el trabajo». Pero, «la verdad es que mis trabajos no le pertenecen a mi persona, sino que están al servicio del porvenir alemán y a él le pertenecen. Por eso es conveniente ponerlos en seguridad con el mayor de los cuidados.» Pero ¿qué iba a ser del porvenir alemán ahora que el pueblo tenía que levantarse —«un pueblo se levanta, una tempestad se desata»—, ahora que por orden del *Führer* del 18 de octubre de 1944 todos los hombres en estado de llevar las armas y de una edad entre los 16 y los 60 años tenían que nutrir a la milicia popular alemana, que debía defender «el suelo patrio con todas las armas y medios»?

¿Recordaba Martin Heidegger las frases finales de su discurso del rectorado del 27 de mayo de 1933?: «Pero sólo podremos comprender plenamente la belleza y grandeza de esta puesta en marcha cuando grabemos en nuestro interior esa profunda y gran reflexión que le permitió decir a la vieja sabiduría griega: "Todo lo grande se encuentra en medio de la tempestad..."» (Platón, *Politeia* 497d, 9). Esta traducción e interpretación de la frase de Platón es muy particular [16] y ha sido causa de debate hasta nuestros días. Cuando declinaba el año 1944, en aquel adviento, ya habían callado los discursos sobre la puesta en marcha. Sólo quedaba el ser, superado en un le-

[15] Véase más detalles en Ott 1988b, pp. 73 ss.

[16] En efecto, la palabra «tempestad» —en alemán *Sturm*— era una de las favoritas de los nazis, que acuñaron términos como *Landsturm* [Grupos regionales de asalto], *Volkssturm* [Milicia popular], etc. *(N. del T.)*

jano futuro, pero aún se ponía en duda la decadencia acaecida: «Todos piensan ahora en el declive, pero nosotros alemanes no podemos declinar porque aún no nos hemos levantado y tenemos que atravesar la noche todavía», escribía Heidegger el 20 de julio de 1945 a Rudolf Stadelmann de Tubinga, como ya tuvimos ocasión de leer más arriba.

Martin Heidegger se había retirado del «frente», prefiriendo la seguridad de su patria, Meßkirch, el idilio del valle superior del Danubio, el diálogo con Friedrich Hölderlin. Recurriendo a un certificado médico (fechado el 8 de febrero de 1945), declaraba la necesidad de mantenerse alejado de su lugar de trabajo durante un período inicial de tres meses: «Dadas las actuales condiciones esto sólo es posible, en la medida deseable, fuera de Friburgo»; el Ministerio de Cultura de Baden, que después de la caída de Estrasburgo se había establecido en el pueblo natal de la poetisa Anette von Droste-Hülshoff, Meersburg, junto al lago de Constanza, aceptó su petición el 16 de marzo de 1945 y ésta fue una de las últimas decisiones administrativas del ministerio, antes de que las unidades acorazadas francesas entraran en la zona suroeste, encontrando poca resistencia.

Cuando, el 21 de abril, las tropas francesas llegaron al pueblo de Hausen, Heidegger permaneció escondido durante algunos días en el propio «castillo de Hausen», colgado sobre el valle del Danubio, junto con los demás ocupantes del lugar: una pareja de guardas forestales y su familia, la princesa Margot de Sajonia-Meiningen y el príncipe de Sajonia-Meiningen, que había sido anteriormente *Sonderführer*, es decir, había formado parte del séquito que seguía al ejército e incluso había llevado uniforme, aunque sus funciones eran administrativas y no se le consideraba combatiente. Se trataba de sobrevivir.

La red que extendió el gobierno militar francés sobre la región del Danubio tenía agujeros muy amplios. Los controles no eran muy rigurosos. A Heidegger no le sucedió nada malo. Ni rastro de declive. En realidad no se había disparado ni un tiro. Sólo se había lanzado una granada antitanque contra la parte baja del castillo de Wildestein a modo de broma y entrenamiento. Eso fue todo. El caos tenía lugar en otra parte. Pero los dos hijos de Heidegger se encontraban en el frente este. Hacía mucho tiempo que no se tenía noticia de ellos. La incertidumbre pesaba dolorosamente sobre los padres y las jóvenes esposas de los dos muchachos. El renombre internacional de que go-

zaba Heidegger hizo que la gente se interesara por la suerte de esta familia.

El filósofo de las religiones Enrico Castelli cuenta cómo se rompió la aparente costra de dureza y rigor de Martin Heidegger al recibir una de estas muestras de humanidad [17]. En el verano de 1946, Castelli realizó un viaje a través de la zona de ocupación francesa visitando, entre otros lugares, Tubinga, que había permanecido intacta, y Friburgo, duramente tocada. El 9 de junio de 1946 continuó viaje en compañía de un amigo en dirección a Todtnauberg, donde quería visitar a Heidegger en su cabaña. Una vez allí le transmitió una oferta del filósofo francés de las religiones Jacques Maritain, embajador ante la Santa Sede (1945-1948), para intentar obtener noticias de los hijos de Heidegger por medio de la intervención francesa y vaticana. Es inútil, «gracias», fue la respuesta de la señora Heidegger, quien, en opinión de Castelli, encontraba que solicitar la ayuda de un extraño era rebajarse. Por otra parte, la señora Heidegger también se negó a dar unas informaciones que poseía sobre los campos de concentración. Heidegger guardó silencio. Pero cuando salió para acompañar a sus visitantes en el largo trecho que separaba la cabaña de una estación de montaña de donde salía un pequeño tren de paseo, les dijo «casi a media voz» que a él le gustaría que intervinieran. Entonces escribió sobre el tocón humedecido de un árbol caído los datos necesarios y unas palabras de agradecimiento. Heidegger estaba visiblemente emocionado.

Pero nos hemos adelantado y tenemos que volver al discurso del rectorado del 27 de mayo de 1933. No cabe duda de que de todos los discursos rectorales sostenidos en aquellos días de mayo de 1933 en todo el *Reich* alemán, éste es el único que sobresale por la fuerza de su proyecto, por el poder subyugante de su pensamiento; es un discurso que muy pocas personas comprendieron cuando lo escucharon, porque lleva la marca de la habitual dificultad de la filosofía y el lenguaje de Heidegger. Es un discurso que seguramente no podía menos de ser mal entendido y mal interpretado puesto que había sido escrito desde el trasfondo de ese metalenguaje; como escribía Heidegger más tarde, habían sido palabras echadas al viento, claro que no al viento que hincha las velas de los barcos empujándolos a grandes travesías, sino al viento que todo se lo lleva y sopla en vano.

[17] Enrico Castelli, *Il tempo invertebrato*, Padua 1969, p. 51, nota 4.

Ya no se podía sacar a flote el barco, o ¿es que se habían colocado mal las velas y el viento favorable no se ponía de acuerdo con las jarcias? ¿Tal vez el filósofo que celebraba al *Führer* Adolfo Hitler, no precisamente en este discurso (de manera expresa), pero sí en numerosas proclamas, no había leído el programa de éste, no había asimilado su voluntad ni su pensamiento políticos? En 1945, Heidegger declaró literalmente ante un miembro del comité de depuración, cuando le preguntaron si había leído la obra de Hitler *Mein Kampf*, que sólo la había leído parcialmente «porque le repugnaba su contenido». En ese mismo año, Heidegger también declaró que a mediados de junio de 1933 ya se había dado cuenta de que la evolución política no seguía la dirección prevista por él, seguramente la dirección que insinuaba en una carta a Karl Jaspers poco antes de las navidades de 1932: «¿Conseguirán las décadas venideras crearle un suelo y un espacio a la filosofía, vendrán hombres que lleven consigo un lejano mandato?» Esta esperanza secularizada en la llegada de un adviento, de un mesías, debía encontrar respuesta en la llegada del *Führer*.

Pero ¿acaso esta esperanza de redención pseudorreligiosa no escondía un monstruoso híbrido? ¿Acaso el pensamiento de Heidegger, en su simplicidad radical, es decir, elemental, no era después de todo un sucedáneo de la concepción cristiana del mundo que él había echado por la borda? ¿No debía haber «de manera esencialmente necesaria en la problemática *filosófica* de la existencia», tal como se enseñaba en *Ser y Tiempo*, «una oposición ilimitada frente a todo el cristianismo», como escribía Heidegger en 1928 a Julius Stenzel, uno de los críticos de su obra? [18] ¡Libre de ética! Unicamente empeñada en establecer la concepción del ser del Dasein como un «ser en el mundo». ¿Estaba más próximo el claro del ser desde que había llegado el *Führer*? No cabe duda de que para Martin Heidegger sí. No buscaba una antropología ni una «ética determinada», lo único que quería era satisfacer la misión del ser, preparar «un posible suelo para una rigurosa interpretación del ser según todas sus posibles derivaciones y regiones», como formulaba en 1928.

[18] Carta de 14 de abril de 1928. Debo al señor profesor Karl Schuhmann (de la Universidad de Utrecht) la posibilidad de haber leído las cartas de Heidegger a Julius Stenzel.

¿Acaso para él —que con el martillo de su pensamiento y la esencialidad de su cuestionamiento había quebrado la capa más frágil de la roca y había llegado a la dura piedra primitiva—, el secreto artesano, el *Führer* Adolf Hitler, era un nuevo martillo que se le había regalado para encontrar el camino que conducía a los filones del ser? Estoy utilizando una metáfora que fue usada por Heidegger, aunque en otro contexto, en una carta a Stenzel de finales de 1929.

¿Son las reflexiones aquí planteadas un puro juego o incluso algo erróneo? Hasta donde yo sé ninguna persona perteneciente al gremio filosófico ha comparado suficientemente las frases que el *führer*-rector Heidegger dirigió a los estudiantes de Friburgo a principios del semestre de invierno de 1933-1934 con la fuerza mundialmente reconocida de su pensamiento:

Que nunca deje de crecer vuestro valor para sacrificaros en aras de la salvación de la esencia y de la elevación de la fuerza más íntima de nuestro pueblo dentro de su Estado. Que las reglas de vuestro ser no sean dogmas ni «ideas». El propio *Führer*, y sólo él, *es* la realidad alemana presente y futura y su ley. Aprended a saber cada vez con mayor profundidad: a partir de ahora cada cosa exige decisión y cada acto responsabilidad. Heil Hitler!

Quien consiga traspasar el metalenguaje podrá ver fácilmente, si no está deslumbrado o es ciego, que el rector, en su calidad de filósofo, ha integrado en su discurso sus concepciones fundamentales sobre «la esencia de la verdad»; las «reglas de vuestro ser» no deben ser «dogmas», es decir dogmas eclesiásticos y teológicos, ni tampoco «ideas» en el sentido que entiende Heidegger de sumisión a la doctrina platónica de las ideas y al conjunto de la tradición filosófica y teológica occidental. Si los estudiantes insistieran en seguir esas construcciones aparentes, perderían la esencia del «desvelamiento». O lo que es más, «el propio *Führer* y sólo él es la realidad alemana presente y futura y su ley.» Ese verbo «es», destacado en cursiva por Martin Heidegger, encierra dentro de sí el enunciado del ser. Haciendo gala de una extraordinaria capacidad de condensación y concentración, el filósofo le ha dado a su pensamiento una formulación válida en su calidad de rector (no como cualquier *führer*-rector de la universidad fronteriza de Friburgo, sino como *führer* de la ciencia alemana, que sólo puede ser la filosofía, o más concretamente la filosofía de Heidegger). Se trata de la entrada del ser dentro del claro, den-

tro de la ἀλήθεια, dentro de la verdad. Ante la extrema situación de emergencia que se le venía encima a Adolf Hitler, el filósofo se cuestionaba por vez primera el ser y no ya lo ente; quien se cuestionaba no hacía sino seguir los pasos de Heráclito, el oscuro, pero también el luminoso, puesto que alumbra la esencia inicial de la verdad con su escondido comienzo.

Ha habido y hay todavía intentos de relativizar el alcance de esta frase. Las «doctrinas», son el programa del partido nazi; las «ideas», la concepción nazi del mundo. Como prueba se aduce que Heidegger concluye su discurso del rectorado con una cita de Platón: τά... μεγάλα πάντα ἐπισφαλῆ, que él traduce por: «Todo lo grande se encuentra en medio de la tempestad». Pero Heidegger sabía griego y por lo tanto también sabía que en realidad lo que Platón quiso decir es: «Todo lo grande es perecedero.» Aquí se pone de manifiesto la sutil ambivalencia de Heidegger. En realidad —así argumentan algunos—, el filósofo había pretendido servirse de Hitler en contra del partido, cosa que terminó por «levantar» al partido contra él, mientras el propio Hitler no se había enterado de nada. Estos son, por ejemplo, los argumentos de Walter Bröcker, catedrático de Filosofía en Kiel y antiguo asistente de Heidegger [19]. Pero es evidente que estos argumentos no pasan de un nivel muy superficial que no ahonda en los estratos más profundos. Los «dogmas» e «ideas» son algo que necesariamente tenemos que vincular con todo el peso de la tradición de la concepción occidental del mundo, un peso que ahora, ¡por fin!, podemos echar por la borda, ahora y en el futuro, porque «el propio *Führer*, y sólo él, es la realidad alemana presente y futura y su ley.» Y por lo que respecta a la cita de Platón, Heidegger ha transformado a su manera el significado de la palabra *hinfällig* [perecedero] con el fin de poderla integrar dentro del lenguaje de «combate» del *Discurso del rectorado* y usar la frase a modo de golpe de platillo final.

En los últimos tiempos, Otto Pöggeler ha interpretado esta frase como un reflejo de la convicción política concreta de Heidegger: «De lo que se trata no es de dogmas ni de ideas y, por lo tanto, tampoco del programa del partido nazi ni de las teorías racistas, sino que se trata de que el canciller de una coalición nacional se alza por encima de su partido y sólo entonces se convierte en el jefe *[führer]*

[19] Carta del lector publicada en el diario *F.A.Z.*, 14 de abril de 1984.

de la puesta en marcha» [20]. Pero ¿no es ésta una exégesis artificial (casi desviada)? No se toma en cuenta para nada la integración de esas palabras de combate dentro de la atmósfera de fines de 1933. ¿Una consideración sobre la coalición nacional a la vista de la plena toma de poderes del canciller del *Reich*? El alumno de Heidegger, Herbert Marcuse, comprendió muy bien, en tanto que contemporáneo suyo, que el verdadero contexto en el que había que integrar esta frase era el de la filosofía. En su artículo *La lucha contra el liberalismo en la concepción totalitaria del Estado,* de 1934, analiza las dos proclamas de noviembre de Heidegger y compara esta frase con una cita de Hegel: «Hegel creía todavía que "lo que hay de verdadero, grande y divino en la vida, es gracias a la idea... Todo lo que sostiene a la vida humana, lo que tiene valor y validez, es de naturaleza espiritual y este reino del espíritu sólo existe gracias a la conciencia de la verdad y el derecho, gracias a la concepción de las ideas".» (Discurso de Hegel a sus oyentes con ocasión de la apertura de curso de 1818 en Berlín). Para Marcuse no cabía duda alguna de que Heidegger, en tanto que exponente del existencialismo filosófico, había politizado su propia filosofía y vinculado al hombre «con el *Führer* y su movimiento de seguidores incondicionales», como había dicho Heidegger a los estudiantes de Friburgo el 10 de noviembre de 1933. Esto sólo se podía interpretar como una «autohumillación [del existencialismo] única en la historia del espíritu» [21].

Durante la época del Tercer Reich Heidegger nunca retiró estas palabras, ni tampoco el resto. Porque, ¿quién podría negar el poder visionario de tales frases? ¿Acaso alguna vez se pretendió retirar alguna de las profecías del oráculo de Delfos? ¿Acaso se puede equivocar un dios que vive en el lugar del ser y le envía al pueblo el destino de su esencia? Pero si un pueblo quiere escapar a su destino se convierte en un errabundo que camina en la noche rodeado de tinieblas. Y ¿cómo atribuirle culpabilidad al pensador que ha conseguido llegar cerca del lugar donde se encuentra el ser? ¿Quién podrá exigir una respuesta de él, una responsabilidad? ¡Si no es más que el medio del que se ha servido el pensamiento!

Karl Jaspers no comprendió el pensamiento de Heidegger en absoluto, porque no cejó nunca en el empeño de que su antiguo amigo

[20] Pöggeler, 1988, pp. 31 ss.
[21] *Zeitschrift für Sozialforschung* 3, 1934, pp. 193-194.

filósofo reconociera sus culpas, como hiciera antaño san Agustín, y de que se convirtiera como un nuevo Saulo. El, y otros que se comportaron como él, no comprendieron la esencia de la verdad, pensada en 1931 y redactada por primera vez en Beuron, aquel lugar al que Heidegger se había sentido y se siguió sintiendo siempre tan próximo, y finalmente impresa en 1942. No la comprendieron porque, como los habitantes de la caverna de Platón, estaban deslumbrados y entregados a la mera apariencia. No supieron entender que la dimensión de lo sagrado sólo se abriría en el claro, en la abierta apertura del ser. ¿Acaso los gritos de *Heil* no eran una manera de llamar a lo sagrado *[Heilige]*, de llamar a la salvación *[Heilen]*? *Heil Hitler!* No, no es que Heidegger tuviese la desfachatez de escribir en 1947 en la *Carta sobre el humanismo*: «Tal vez lo distintivo de esta era se encuentre en el carácter cerrado de la dimensión de la salvación *[Heilen]*. Tal vez sea éste el único mal *[Unheil]*.» Esto no era una desfachatez, sino simplemente su derecho. ¡Y decía esto después de todo el mal que había sobrevenido a los hombres en nombre del *Führer*-salvador!

Y ¿qué decir si se pregunta por la necesaria unidad entre la existencia y el pensamiento de Heidegger, por el acuerdo entre su persona y su obra, entre su vida y su pensamiento? Entonces damos con la escisión —hasta cierto punto un sofisma— entre un Heidegger existencial y un Heidegger existencialista, entre uno que analiza la existencia como tal, y por lo mismo habla existencialmente, y otro que, analizando lo existencial, vive existencialistamente por medio de la decisión. Pero ¿dónde queda entonces el Heidegger existencialista y la escala de valores respecto a la que se dice responsable? ¿O es que hay una vía de escape fuera de esta responsabilidad? ¿Y no resulta esto un poco sospechoso? Seguramente nunca tendremos respuesta satisfactoria a esta serie de interrogantes, porque los frentes están demasiado encasillados en sus respectivas posturas y los detentadores de lo sagrado y de lo profano están separados con demasiada radicalidad.

Contamos con algunos datos, como por ejemplo la narración del curioso episodio del reencuentro mitad serio y mitad alegre entre Martin Heidegger y Rudolf Bultmann después de 1945, cuando ya sus caminos se habían separado. La reproducimos a continuación, tal como la cuenta Fischer-Barnicol:

Los dos amigos no volvieron a verse hasta después de la guerra. Un día

Bultmann recibió una llamada telefónica: «Soy Martin». Le cayó tan de sorpresa que preguntó: «Vd. perdone, pero ¿de qué Martin se trata?» Entonces Heidegger adujo como motivo de su visita que «deseaba pedirle disculpas». Alegre reencuentro. Entre los dos amigos renace espontáneamente la antigua confianza, la dicha del mutuo acuerdo. Es un día de alegre y animado intercambio de pensamientos, como antaño. A pesar de las pocas cosas que había en aquella época de miseria, comieron y brindaron. Todo estaba olvidado. Si alguna vez hubo algún motivo por el que el filósofo se vinculó al nacionalsocialismo, se había disuelto en una decepción. Ya no había nada que los separara. Y cuando en el momento de la despedida Bultmann le recordó lo que le había dicho por teléfono, añadió: «Ahora tendrás que escribir tus "retractationes", como san Agustín..., aunque sólo sea por amor a la verdad de tu pensamiento.» El rostro de Heidegger se convirtió en una máscara de piedra: se marchó sin decir una palabra... Seguramente eso tenía que tener alguna explicación psicológica. (En Neske 1977, pp. 95 ss.)

¡De eso nada! La explicación reside en su peculiar concepto de la verdad. Si se entiende el concepto de verdad de Heidegger a partir de su comprensión de la esencia, no hay nada que objetar. Pero si tomamos la verdad en su sentido habitual, esto es (como dice Heidegger), como mera *rectitudo,* rectitud, corrección, no estamos entendiendo a Heidegger. Por eso, en un plano profundo a Heidegger le tenían que resbalar todos los reproches que se le venían haciendo desde los días del comité de depuración de Friburgo. Y en efecto, no se conmovió. Cuando se intentó justificar (y lo hizo incluso póstumamente, como ya hemos visto) empleó —incluso en la argumentación— una especie de entrepuente, un nivel intermedio a caballo entre lo existencial y lo existencialista. Pero regresemos de nuevo al lugar de los hechos para enterarnos de los sucesos históricos e intentar establecer relaciones.

En las semanas que precedieron al discurso del rectorado, el rector Heidegger ya fijó nuevas normas. Por ejemplo, omitió convocar al consejo para resolver problemas muy importantes relativos a la «unificación». Para él, la universidad ya estaba unificada, o, lo que es lo mismo, sometida al principio denominado *Führerprinzip,* por el cual sólo se podía mostrar obediencia al *führer*-rector eliminando toda democracia corporativa, pues ésta se consideraba una estructura superada y caduca que ya no era capaz de soportar el nuevo edificio. Por eso, el filósofo aguantó imperturbable las hostilidades que se le vinieron encima, sobre todo por parte de la Facultad de Medicina y la Fa-

cultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Friburgo, las cuales, según su punto de vista, se movían desde hacía décadas por los caminos trillados de la política de facultades y no querían aceptar que su concepto de ciencia había sido quemado por la llama ardiente de la filosofía, la auténtica ciencia. El economista Walter Eucken (hijo del filósofo y premio Nobel, Rudolf Eucken), y Wilhelm von Möllendorf, fueron ya desde aquellos días de 1933 los más claros exponentes de la oposición contra el rector Heidegger. Por ejemplo, Eucken fue a presentar sus quejas al vicerrector Sauer, el cual hizo la siguiente anotación en su diario: «Heidegger le da la impresión de querer actuar según el sistema del *Führerprinzip*. Parece que se considera el filósofo y guía espiritual nato del nuevo movimiento, el único gran pensador desde los tiempos de Heráclito.» Lo cierto es que Eucken había dado en el clavo al caracterizar de este modo a Heidegger y sus aspiraciones políticas e intelectuales. Pero, para el rector, estas personas no eran más que los sempiternos hombres del pasado, procedentes de un mundo ya superado en el que reinaba la falta de rigor y autenticidad. Podemos deducir qué es lo que el rector Heidegger verdaderamente deseaba y puso en evidencia al afiliarse al partido nazi poniendo en escena toda una representación dramática, a través de su carta del 9 de mayo de 1933 al delegado de universidades del ministerio de cultura de Karlsruhe:

> Le doy sinceramente las gracias por su felicitación ante mi afiliación al partido. Ahora debemos poner todo en obra para conquistar para el nuevo espíritu político-nacional el mundo de los letrados e intelectuales. No será una batalla fácil. *Sieg Heil*. Martin Heidegger.

Es el lenguaje del combate: compromiso, conquista, batalla, *Sieg Heil*... Podemos olvidarnos tranquilamente de lo que cuenta el propio Heidegger sobre sus supuestas motivaciones para entrar en el partido; en realidad, actuó exactamente según la táctica prevista, que consistía en no afiliarse hasta que los colegas «cuya postura es todavía poco clara y hasta hostil» ya no constituyeran un obstáculo. La elección de rector estaba consumada. El primero de mayo, día de fiesta nacional, era una fecha muy adecuada para llevar a cabo aquella pública demostración de adhesión al movimiento. Sabemos la importancia que tenía para el rector recién electo este nuevo día de fiesta nacional, el día nacional del trabajo, gracias a una circular de

27 de abril de 1933 en la que pide a todos los profesores que participen en la manifestación «como lo ordena el momento presente. La construcción de un nuevo mundo espiritual para el pueblo alemán se convertirá en la tarea más importante de la universidad alemana. Constituye un trabajo nacional del más alto rango y significado» [22].

Este tipo de conducta y de declaraciones está en relación con otras similares y aún más manifiestas. Por ejemplo, dentro de esta línea de pensamiento se integra a la perfección el telegrama mandado por Heidegger al antiguo *Reichskommissar,* ahora recién nombrado *Reichsstatthalter,* Robert Wagner, los primeros días de mayo de 1933:

> Lleno de alegría por su nombramiento como *Reichsstatthalter,* el rector de la Universidad de Friburgo de Brisgovia saluda al *Führer* del distrito fronterizo de su tierra natal con un *Sieg Heil* de combate. Firmado: Heidegger.

Pero, a pesar de todo lo expuesto, algunos replicarán todavía: ¿Quién que estuviera en semejante puesto en aquella época confusa no profirió semejantes palabras? Hasta los más altos dignatarios eclesiásticos, como diría Heidegger lleno de enojo en 1950 en el esbozo de Carta del lector, ya mencionado, al diario *Süddeutsche Zeitung,* aludiendo sobre todo a su compatriota de Meßkirch y constante protector, el arzobispo Gröber. ¡Es cierto! Y no queremos dejar de recordar que no pretendemos arrastrar a un hombre de ciencia ante el tribunal de la posteridad, sino única y exclusivamente explicar y aclarar su forma de defensa y tematizar el problema de la responsabilidad en el caso de un filósofo universalmente reconocido cuya apología también ha tenido alcance universal. Y aquí se puede hacer valer el principio escolástico que dice *contra factum non valet argumentum,* es decir, contra los hechos no valen los (meros) argumentos.

Este telegrama al *Reichsstatthalter* Wagner, estaba dirigido al que era responsable del decreto antijudío de Baden por cuya causa fueron destituidos varios profesores de la Universidad de Friburgo, entre ellos varios profesores jubilados, a los que en realidad ya no hacía ninguna falta destituir. Entre los profesores jubilados no arios se encontraba el predecesor y maestro de Heidegger —no queremos ahora entrar en valoraciones sobre esta peculiar relación entre discí-

[22] Archivo de la Universidad de Friburgo II/2-63. Circular del rector a todos los directores de departamento.

pulo y maestro—, Edmund Husserl, hombre de ideas muy patrióticas cuyos dos hijos fueron voluntarios del batallón de estudiantes de Langemarck: uno de ellos, el lugarteniente Wolfgang, halló una muerte heroica en 1916 y el otro, el oficial Gerhart, regresó del frente con graves heridas e importantes condecoraciones, para ser posteriormente cesado de su cargo de profesor en Kiel el año 1933 y más tarde definitivamente destituido tras la ley del Reich, tristemente célebre, sobre el restablecimiento del funcionariado profesional.

EDMUND HUSSERL Y MARTIN HEIDEGGER

Perfil humano y político

Considero que este es el momento apropiado para hablar con más detenimiento de la relación entre Husserl y Heidegger, porque, si no me equivoco, es un asunto que interesa a muchas personas, sobre todo porque las diferentes apreciaciones, rumores, suposiciones, etc, se mueven en un terreno poco filosófico. El año 1933 es como un espejo en el que se reflejan tanto los años anteriores como los posteriores. Comenzaremos este apartado con un escrito de Heidegger, del otoño de 1945, dirigido al presidente del comité de depuración, en el que explica su comportamiento con Husserl:

El rumor que cuenta que mientras era rector prohibí a Husserl la entrada en la universidad y la biblioteca es una calumnia particularmente indigna. Nunca he dejado de ver a Husserl como mi maestro con ojos agradecidos y respetuosos. Es verdad que, con el tiempo, mis trabajos filosóficos se fueron apartando bastante de su posición, de tal manera que el propio Husserl me atacó públicamente en su gran discurso del palacio de los deportes de Berlín en 1931 [1]. Así, mucho tiempo antes de 1933, ya había empezado a disminuir nuestra amistad. Cuando en 1933 se promulgó el primer decreto contra los judíos, que nos horrorizó en grado máximo tanto a mí como a

[1] Karl Schuhmann ha demostrado (en 1978) minuciosamente que tanto el lugar de Berlín aquí citado como el supuesto ataque a Heidegger eran meros malentendidos.

otras personas con inclinaciones nacionalsocialistas, mi esposa le mandó a la señora Husserl un ramo de flores con una carta en la que le expresaba, también en mi nombre, nuestro inmutable respeto y agradecimiento y, al mismo tiempo, nuestra condena del riguroso proceder contra los judíos. Cuando iba a aparecer una nueva edición de *Ser y Tiempo*' el editor me escribió diciéndome que sólo la publicaría sin la dedicatoria a Husserl. Me mostré de acuerdo con este recorte bajo la condición de que la auténtica dedicatoria, incluida en el texto de la página 38, quedase como estaba; así se hizo. Cuando Husserl murió yo estaba en cama, y cuando me recuperé de mi enfermedad, no escribí a la señora Husserl, lo que sin duda fue una grave omisión, pero el motivo de mi silencio fue una dolorosa vergüenza por lo que había ocurrido con los judíos mientras tanto —rebasando con mucho la primera ley— y ante lo que hubo que permanecer impotentes.

Resulta interesante el uso que hace Heidegger de la lengua: «hubo que» permanecer impotentes. Pero revela su falsedad si «se integra» en este contexto [de nuevo una fórmula impersonal] el telegrama anteriormente mencionado, dirigido a principios de mayo de 1933 a Wagner, jefe de distrito y *Reichskommissar/Reichsstatthalter*y único responsable del decreto antijudío de Baden.

En la entrevista del *Spiegel* de 1966 Martin Heidegger volvió a referirse en varios momentos a este asunto aportando más detalles. En pocas frases, realiza una pintura general de un largo período de tiempo sobre el que refiere tanto cosas importantes como superficiales. Por lo que respecta a lo superficial, el rumor acerca de una supuesta prohibición de acceso a la universidad y a la biblioteca es efectivamente falso, es «una calumnia particularmente indigna», como decía Heidegger en 1945. Sin embargo esta versión ha sido sostenida machaconamente una y otra vez desde entonces, hasta convertirse casi en un tópico. Por ejemplo, Golo Mann, historiador y periodista, la sostiene en sus memorias *[Erinnerungen und Gedanken]* cuando cuenta cómo se produjo la ruptura entre él y su director de tesis, el filósofo Karl Jaspers. Golo Mann, deseoso de evitar la ruptura que se acercaba, envió un ramo de flores a Jaspers con el ruego de aceptar su visita, pero obtuvo una brusca reacción por parte del filósofo: «No deseaba mi visita; y mis flores le recordaban a aquellas enviadas por Martin Heidegger a su maestro Edmund Husserl el mismo día en que, en su calidad de rector de la Universidad de Friburgo, le

había prohibido el uso de la biblioteca.» Golo Mann se hace sensible a la comparación: «Tuve que considerar esta ofensa como el final de nuestra relación de más de treinta años.» [2]

Una y otra vez, se vuelve a encontrar la historia de esa supuesta prohibición de entrada en la universidad y la biblioteca en relación con el rector Martin Heidegger y ello incluso en publicaciones científicas especializadas. Golo Mann tampoco duda de ella, sino que por el contrario se indigna por una comparación que considera infamante. Pues bien, ¿qué ocurrió exactamente con la prohibición de la biblioteca y el ramo de flores?

Antes de nada, queremos confirmar que, efectivamente, Martin Heidegger nunca decretó una prohibición de entrada en el recinto de la biblioteca universitaria o de la biblioteca del departamento, ni en tanto que rector ni en calidad de director de departamento. Este reproche tantas veces repetido es insostenible [3].

El asunto del ramo de flores y de cierta carta es algo más complejo. Disponemos de dos conductos de información: por un lado, un conducto inmediato, contemporáneo, el de la mujer de Husserl, Malvine, quien en una carta del 2 de mayo de 1933 habla de este suceso [4]; por otro, dos testimonios de Martin Heidegger; en primer lugar, el relato bastante próximo a los acontecimientos de Alfred (Frédéric) de Towarnicki *Visite a Martin Heidegger,* solicitado por el propio Heidegger, que se publicó en la revista de Sartre *Les Temps Modernes* (1945-1946) y se enmarca dentro de los primeros esfuerzos de justificación de Heidegger después de 1945, y, en segundo lugar, la entrevista de *Spiegel* del 23 de septiembre de 1966, publicada póstumamente el 31 de mayo de 1976.

Malvine Husserl explica en una carta privada del 2 de mayo de 1933 que ha recibido una carta de Elfride Heidegger «que nos ha enojado mucho. Dice que siente la necesidad, también en su nombre [el de Heidegger] de decirnos (en estas semanas tan difíciles) que hoy como ayer siguen pensando en todo llenos de una inmutable gratitud, etc.» En el escrito de Towarnicki también se encuentra una tra-

[2] Golo Mann, *Erinnerungen und Gedanken,* Fráncfort del Meno 1986, p. 324.

[3] La última repetición del error la he encontrado en la obra de Leopoldine Weizmann, «Heidegger était-il-nazi?», *Etudes,* mayo de 1988, pp. 637 ss.: «Heidegger interdit alors a Husserl l'accès à l'université parce qu'il était juif.»

[4] Este conducto informativo se encuentra en la *Husserl-Chronik* de Schuhmann (1977).

ducción (parcial) de esta carta de Elfride Heidegger (extraída de la copia conservada por la familia Heidegger, ya que la carta original fue quemada en 1940 en el puerto de Amberes, junto con gran número de escritos de Husserl).

La carta de los Heidegger tuvo que ser reexpedida y le llegó finalmente a Husserl el 1 de mayo de 1933 (un lunes), en Orselina de Locarno, a donde se había marchado el matrimonio el sábado 29 de abril de 1933. La carta, que debía acompañar al ramo de flores —el dato del ramo de flores enviado por los Heidegger *(d'une manière officielle),* aparece por primera vez en el libro de Towarnicki, quien fecha el envío el 23 de abril—, seguramente llegó al número 40 de la calle Loretto de Friburgo el día de la partida y probablemente fue escrita la víspera, es decir, el 28 de abril (en la entrevista del *Spiegel* se habla del mes de mayo). Así pues, las flores que acompañaban a la carta debían estar bien mustias cuando los Husserl regresaron de Orselina a mediados de mayo. En todo caso, no mencionan las flores.

Vamos a reconstruir, a partir de los documentos citados, el estilo y algunos pasajes literales de la carta de Elfride Heidegger: empezaba diciendo que aunque su marido hubiera seguido otros caminos en filosofía, nunca podría olvidar lo que debía a su maestro Husserl. Ella misma, Elfride Heidegger, tampoco olvidaría nunca la bondad y amistad que la señora Husserl les había dispensado en los difíciles años de la postguerra (de la primera guerra mundial). Había sufrido en los últimos años al no poder expresar su reconocimiento por culpa de los malentendidos forjados por terceras personas entre las dos familias. Ha leído llena de espanto que su hijo, Gerhart Husserl, ha sido cesado, pero espera que se tratará de una medida pasajera, propia de la confusión general reinante, ordenada por algún pequeño subordinado y comparable a los abusos ocurridos durante las semanas revolucionarias del año 1918. Después de todo, la familia Husserl ha demostrado su capacidad de compromiso con el pueblo alemán durante la primera guerra mundial. Este era el tono de la carta.

Quien conoce la calurosa amistad que había habido entre ambas familias, que empezó a crecer a partir de 1918 hasta adquirir el tono de una gran familiaridad, sobre todo entre ambas mujeres, tiene que sorprenderse del estilo ceremonioso y hasta afectado de esta carta, que además no menciona un hecho tan importante como el cese del propio Edmund Husserl, y sin embargo se extiende sobre las medidas tomadas en Kiel contra el profesor de Derecho e hijo de Husserl,

Gerhart, minimizando la importancia de la medida calificándola simplemente de abuso de algún pequeño subordinado: «la vieja historia», como comentó Malvine Husserl en relación con este pasaje.

La inicial amistad entre ambas familias no dejó de enfriarse desde el momento en que Heidegger fue nombrado en Friburgo (en 1928) gracias a la vehemente ayuda de Husserl. A partir de 1930 ya casi no existía ninguna relación entre los dos matrimonios. Este dato ha sido más que probado por varios documentos que se han ido publicando entretanto.

Pero ¿por qué escribir ahora esta carta llegando al punto de mencionar el patriotismo de la familia Husserl, que, Dios lo sabe, había derramado suficiente sangre durante la primera guerra? Se lo explicaré: en Baden, estado modelo hasta en esto, se promulgó el 6 de abril de 1933 —víspera de la entrada en vigor de la odiosa ley del Reich sobre el restablecimiento del funcionariado profesional (dirigida sobre todo contra los funcionarios judíos)—, un decreto especial del que era entonces *Reichskommissar* y jefe de distrito, Robert Wagner, según el cual (nadie sabe con qué base legal) todos los funcionarios del Estado de ascendencia «no aria», y fueran de la confesión que fueran, habían de ser destituidos inmediatamente, incluidos ¡colmo del absurdo! los que ya estuvieran jubilados. En la Universidad de Friburgo este decreto afectaba a los profesores jubilados Edmund Husserl y Otto Lenel (un famoso profesor de Derecho romano). Al mismo tiempo se decretó que las asambleas autonómicas y los servicios de las universidades de Baden habían de ser «limpiados de judíos», lo que equivalía a destituir a los decanos o miembros del consejo que fueran judíos.

Al principio, en la Universidad de Friburgo reinó gran confusión pues no se sabía hasta dónde debía alcanzar el rigor de este decreto que algunos opinaban no había que tomar en serio. Pero el ministerio de cultura exigió su cumplimiento y así, el 14 de abril de 1933, se le comunicó su «cese» a Edmund Husserl, lo que suscitó vivo interés, también fuera de Alemania. Pocas semanas más tarde, Husserl escribió que el cese había sido la peor ofensa que había recibido en toda su vida.

«Pienso que yo no era el peor de los alemanes (al estilo y en el sentido antiguo) y mi casa era un hogar con auténtico espíritu

patriótico como han demostrado todos mis hijos, bien en su actividad voluntaria durante toda la duración de la guerra en el frente de batalla, bien (Elli) en el hospital.»

Fueron precisamente este tipo de acciones absolutamente inadmisibles las que, entre otras, empujaron al rector electo von Möllendorff a deponer su cargo pocos días después de la elección, el año académico 1933-1934. En tanto que rector, Heidegger también tendría que vérselas con este tipo de decretos una vez elegido. El 28 de abril de 1933 se anuló el decreto de 6 de abril del *Reichskommissar*, porque había sido superado ya por la ley del Reich mencionada, es más, incurría en contradicción con ella. El rector Heidegger ya estaba informado de esto el 28 de abril, mientras que los afectados, es decir, también Husserl, no lo supieron hasta más tarde: en efecto, Husserl no se encontró con la anulación del decreto hasta su vuelta de Orselina a mediados de mayo.

Pero el 28 de abril, el día que se escribió la célebre carta en casa de Heidegger, Martin Heidegger sabía, además, que el 1 de mayo, «día nacional del trabajo», iba a ingresar en el NSDAP de manera espectacular. El día y la hora de la afiliación al partido habían sido fijadas desde principios de abril por el mencionado cuadro de profesores nacionalsocialistas, del que Heidegger era el hombre de confianza, esperando recibir el acuerdo del ministerio de Karlsruhe.

Este era el auténtico trasfondo que explica el ramo de flores y la carta de Elfride Heidegger. Sabemos lo profundamente dolidos que se sintieron los Husserl a través de una carta de Edmund Husserl a su discípulo Dietrich Mahnke, fechada el 4 de mayo de 1933 desde Orselina: los sucesos de los últimos meses y semanas habían herido las «raíces más profundas» de su ser, decía Husserl. Heidegger era el discípulo que más hondamente le había decepcionado desde el momento en que «rompió las relaciones conmigo (poco después de su nombramiento)» y eso a pesar de haber depositado su confianza en él durante años. «El broche de oro de esta supuesta filosófica comunión de espíritus fue su afiliación al partido nacionalsocialista (de manera completamente teatral) el día 1 de mayo.»

Quien conozca la narración que hace Heidegger en la entrevista del *Spiegel* del distanciamiento entre él y Husserl, puede matizar mejor la cuestión. Lo único sorprendente de toda esta historia es que Malvine Husserl se dignara responder. La atribución de culpa de Heidegger al matrimonio Husserl (la ruptura de relaciones habría es-

tado motivada por la carta de respuesta de la señora Husserl) sólo tiene en cuenta los hechos superficiales y formales. Pero ¿cómo se forjó la leyenda de la supuesta prohibición de acceso a las bibliotecas? No lo sé. En todo caso, Karl Jaspers sabía perfectamente que Martin Heidegger no era culpable de ese cargo. Cuando en el verano de 1946 Hannah Arendt envió a Jaspers su versión inglesa del artículo «What is Existenz Philosophy?», Jaspers corrigió la afirmación, allí reflejada, según la cual Heidegger había prohibido a su «maestro y amigo» Husserl la entrada en la facultad por «ser judío»: «La observación sobre Heidegger no es exacta en lo tocante a los puros hechos. Supongo que, por lo que respecta a Husserl, se trata de la carta que en aquellos momentos todo rector tuvo que escribir a las personas excluidas por el régimen.» (Carta del 9 de junio de 1946.)

Posiblemente, Jaspers leyó más tarde el artículo de Alfred de Torwanicki, porque, que yo sepa, la historia del ramo de flores sólo aparece allí y en la entrevista del *Spiegel*. ¿Tal vez Jaspers entremezcló más tarde diversas informaciones? Creo que las «historias» pueden convertirse en elementos de la realidad y que tal vez reflejan la verdad en un sentido más profundo.

El ramo de flores enviado por la señora Heidegger a la señora Husserl fue el único gesto de este género, por parte del filósofo, en medio de todas las contrariedades que tuvo que soportar Edmund Husserl a raíz del decreto antijudío de Baden de abril de 1933 y de la derogación de dicho decreto el 28 de abril de 1933. Los motivos pueden interpretarse de diferentes maneras pero lo cierto es que la familia Heidegger quiso mostrar un poco de solidaridad con los Husserl, en recuerdo de unas relaciones que habían durado más de quince años, pasando por alto las rupturas y dificultades surgidas entre ellos. Por el contrario, la explicación dada por Heidegger a la eliminación de la dedicatoria de la quinta edición de *Ser y Tiempo* en 1941 no se sostiene. Heidegger no tenía por qué aceptar esta enmienda y además en la cuarta edición de la obra, publicada en 1935, todavía figuraba la dedicatoria:

A Edmund Husserl,
en testimonio de mi admiración y amistad.
Todtnauberg en la Selva Negra de Baden, el 8 de abril de 1926.

Edmund Husserl había cumplido 67 años el 8 de abril de 1926. Cuando apareció la cuarta edición, la odiosa ley sobre los ciudadanos

del Reich, dictada en Nuremberg el 13 de diciembre de 1935, aún no había afectado al fenomenólogo Husserl. A finales del año 1935 la ley fue aplicada y Husserl dejó de ser «persona universitaria»; en términos de eufemismos jurídicos se decía que se le retiraba su autorización docente al profesor «liberado de las obligaciones laborales». La Universidad de Friburgo, como era su obligación, transmitió el decreto sin acompañarlo de ninguna carta ni de ningún gesto de simpatía o condolencia, lo que, por otra parte, no habría encajado en el clima político del momento. La universidad dejó de nombrar a Husserl en el índice anual de cursos a partir del semestre de verano de 1936. Asimismo, la venerable sociedad Alberto-Ludoviciana se vio liberada en abril de 1938 de la obligación de conmemorar la muerte de Edmund Husserl [5].

Heidegger se sumó a estas medidas destinadas a borrar la memoria de Husserl o, por lo menos, se sometió a las prescripciones. Era un signo elocuente o cuanto menos tuvo ese efecto, por mucho que Heidegger se esforzara siempre por subrayar el hecho de que la auténtica justificación de la antigua dedicatoria del libro no había sido eliminada, sino que podía seguir leyéndose en la página 38 de *Ser y Tiempo*: «Si la presente investigación avanza algunos pasos en dirección a la comprensión de las "cosas mismas", el autor lo debe particularmente a E. Husserl, que le ha familiarizado durante sus años de aprendizaje en Friburgo con los más diversos ámbitos de la investigación fenomenológica brindándole una solícita dirección personal y permitiéndole el acceso totalmente libre a sus trabajos inéditos.» Heidegger repitió incluso textualmente todo este pasaje en la entrevista del *Spiegel*.

Pero el silencio absoluto de Heidegger durante la larga enfermedad de Husserl, y con ocasión de su muerte y entierro es lo suficientemente nefasto y no tiene disculpa. En contrapartida, Edith Stein se interesó por la última fase de Husserl con conmovedora abnegación desde su convento de Colonia.

Con esto hemos llegado a los puntos esenciales: ya hemos descrito más arriba con todo detalle cómo transcurrió el proceso de aproximación de Heidegger a Husserl, sobre todo el año 1917, subrayando el gran interés que se tomó Husserl por resolver los problemas materiales de Heidegger (como un padre), las esperanzas que te-

---

[5] Ott, 1988c.

nía depositadas en él y los esfuerzos que realizó para conseguir su nombramiento en Marburgo. Sabemos a través de numerosos testimonios que Husserl veía en Heidegger a su discípulo por antonomasia, al único que podía continuar su filosofía llevándola a cotas más altas. Incluyó en su Anuario de Fenomenología (*Jahrbuch für Phänomenologie und phänomenologische Forschung*) la obra principal de Heidegger, *Ser y Tiempo* (editada en 1927 en el volumen VIII del anuario y también en edición independiente), y nunca puso en duda que su sucesor en Friburgo debía ser Heidegger. En 1928 sólo hubo una lista de nombres para la sucesión en donde aparecía el nombre de Heidegger *primo et unico loco.* Fue el propio Husserl, a punto de jubilarse, quien concibió y redactó el informe para la facultad, lo que se puede considerar un proceder absolutamente inhabitual. Y el 21 de enero de 1928, inmediatamente después de la sesión de la comisión en la que se decidió la sucesión, escribió triunfante a Heidegger, en Marburgo: «¡Querido amigo! Determinación de la comisión: *unico loco.* Ni que decir tiene que hay que guardar silencio absoluto.» Y un poco más tarde Edmund Husserl comunicaba a su discípulo que su informe provisional había sido aceptado en el ministerio. Todo había ido bien y para Heidegger el final había sido «altamente satisfactorio.» Estos datos bastan para comprobar la abnegación y el profundo interés con que Husserl se volcó para obtener un nombramiento exclusivo de Heidegger en Friburgo.

Cierto que Husserl recibió varias advertencias contra Heidegger: «Según parece, la fenomenología de Heidegger es completamente diferente a la mía. Según esto, sus lecciones en la universidad, así como su libro, no son desarrollos de mis trabajos científicos, sino, por el contrario, ataques abiertos o disimulados que intentan desacreditarlos en su esencia. Cuando le conté amistosamente a Heidegger lo que me habían dicho se echó a reír y me dijo "¡Tonterías!"», así escribe Husserl el día de Reyes de 1931 a Alexander Pfänder, extrayendo un amargo balance de un largo período de trabajo en colaboración que se había iniciado lleno de esperanzas y había llegado a ser una amistad científica entremezclada incluso de sentimientos paternales. Para Husserl, Heidegger representaba prácticamente toda una parte de su vida. El joven filósofo se había entregado por completo a él, como discípulo y futuro colaborador suyo, situándose en los elementos más esenciales del método y la problemática de su fenomenología constitutiva. «La impresión constantemente acrecentada de su extraordina-

rio talento y su absoluta entrega a la filosofía, aunados a la impresionante fuerza de pensamiento de este joven, me hicieron estimar exageradamente su importancia futura para una fenomenología científica en el sentido de la mía.» Para Husserl la única explicación de su fe infantil en Heidegger era su «ceguera». Por eso había sido Heidegger el único candidato para el puesto de Friburgo. Pero, ¡qué decepción tan grande después del nombramiento de Heidegger en 1928! «Tras ocupar su plaza nuestra relación duró unos dos meses y después se terminó pacíficamente. Sencillamente esquivó del modo más simple toda posibilidad de intercambio científico, como si fuera para él algo manifiestamente innecesario, indeseable y hasta incómodo.» Lo veo una vez cada dos o tres meses, con mucha menos frecuencia que al resto de mis colegas», continúa Husserl, subrayando que en los últimos tiempos sólo se ha leído a fondo *Ser y Tiempo* y los últimos trabajos de Heidegger:

> He llegado a la triste conclusión de que, filosóficamente, no tengo nada en común con esa profundidad de espíritu, esa genial falta de cientificismo de Heidegger, y de que la crítica abierta o disimulada de Heidegger reposa sobre un malentendido muy grosero: en realidad, Heidegger está empeñado en la construcción de una filosofía sistemática del tipo de las que he querido hacer imposibles para siempre dedicando a ello toda mi vida. Hace tiempo que se han dado cuenta de esto otras muchas personas menos yo. No he dejado de decirle a Heidegger la conclusión a la que he llegado. No estoy emitiendo ningún juicio sobre su personalidad, pues ésta se ha vuelto completamente incomprensible para mí. Durante cerca de una década fue mi mejor amigo pero, naturalmente, eso se acabó. La falta de comprensión acaba con la amistad: este giro en la apreciación científica y la relación personal ha sido una de las heridas más grandes que he recibido en toda mi vida [6].

Conflicto generacional, problemas entre discípulo y maestro, conflicto entre distintas escuelas, etc: ciertamente nada nuevo en la historia de la ciencia. Simplemente la profunda decepción, la herida de un maestro. Lo que sí resulta más problemático es el aspecto humano de la cuestión. Este aspecto no puede explicar en absoluto el comportamiento posterior de Heidegger, después de 1933, cuando ya no tenía

[6] *Pfänder-Studien*, ed. por Herbert Spiegelberg y Eberhard Avé-Lallemant, La Haya, 1982, pp. 342 ss.

ningún motivo especial para mantener relaciones abiertas con el judío Husserl, ahora políticamente proscrito. El anciano fenomenólogo estaba muy lejos de imaginar que su «discípulo» Heidegger acostumbraba desde hacía años a hablar y escribir con mordaz ironía sobre su maestro, su método y su filosofía «científica», dentro de su círculo de íntimos. Si alguna vez ve la luz la correspondencia de Heidegger, los testimonios al respecto serán legión. Ofrecemos aquí algunas muestras extraídas de una carta de Heidegger a Jaspers del 14 de julio de 1923, en la que le da las gracias por sus felicitaciones a raíz de su nombramiento en Marburgo:

> Hay que eliminar mucha idolatría, descubrir la terrible y penosa obra de los diferentes brujos de la filosofía actual, y eso mientras estén en vida, para que no se crean que con ellos ha aparecido el Reino de Dios. Seguramente ya sabe que Husserl ha recibido una propuesta de nombramiento de Berlín; se comporta peor que un *Privatdozent* que confunde la titularidad con la gloria eterna. Lo que ocurre es muy oscuro, en principio se ve uno como *Praeceptor Germanie.* Husserl está completamente fuera de onda, si es que estuvo «dentro» alguna vez, cosa que en los últimos tiempos cada vez pongo más en duda; oscila aquí y allá y dice unas trivialidades que dan pena. Vive de su misión como «fundador de la fenomenología». Nadie sabe lo que es eso —pero cualquiera que pase aquí un semestre se entera de lo que se cuece—; empieza a darse cuenta de que la gente ya no le sigue y opina, naturalmente, que es demasiado difícil, que nadie puede entender unas «matemáticas de lo ético» (¡la última novedad!) aunque haya hecho más progresos que Heidegger, de quien ahora dice que como tenía que dar sus propios cursos, no podía asistir a los míos, pero que de lo contrario habría avanzado más. Y *esto es* lo que quiere salvar el mundo en Berlín. Semejante atmósfera acaba con uno aunque intente permanecer fuera.

Este tipo de cuadros descuidadamente esbozados se encuentran muy a menudo en las cartas a Jaspers. Heidegger escribía estas misivas en la fase en que dedicaba todo su empeño en ganar la amistad de Karl Jaspers: en la misma carta dice que «nuestra amistad debe alcanzar ahora una concreción», «debe convertirse en una comunidad de lucha» —«la certeza creciente de una comunidad de lucha segura de sí misma en cualquiera de sus dos lados» (Carta del 19 de noviembre de 1922)—, a partir de la cual sería posible llevar a cabo una completa remodelación de la filosofía en las universidades. «Y cuanto más orgánica, concreta y discretamente se consuma el cam-

bio, tanto más firme y seguro será.» (14 de julio de 1923) En su gradual camino ascendente, el escalón «Husserl» ya había cumplido su función y podía dejarse atrás para pasar al siguiente. El siguiente era el escalón «Jaspers». Pero ¿cómo describe Jaspers su amistad con Heidegger en sus memorias? «Parecía uno de esos amigos que te traicionan cuando están ausentes pero que, en determinados momentos, que como tales no tenían continuación, estaba inolvidablemente próximo», dice Jaspers con la mirada profesional del psiquiatra. Y continúa:

Sólo una amistad en la que no hay puertas cerradas ni reservas secretas, en la que reina la confianza en relación con las cosas simples de lo verdadero y lo falso, en la que la fidelidad dirige las palabras, los actos y los pensamientos, alcanza una solidaridad que no se derrumba ante las contrariedades de la vida pública. Ninguno de los dos puede reprocharle al otro que no haya surgido una amistad de este tipo entre nosotros. La consecuencia es la vaguedad y ambigüedad de lo posible [7].

Husserl tampoco habría podido imaginar que *Ser y Tiempo,* cuyas pruebas de imprenta tuvo en sus manos en el otoño de 1926, estaba escrito «contra» él, según la intención de Heidegger: «Si el tratado está "escrito" contra alguien, entonces contra Husserl, que se dio cuenta de inmediato, pero se atuvo desde el principio a su parte positiva.» (Carta a Jaspers del 26 de diciembre de 1926). Sea como sea, se trata de la emancipación de un discípulo genial que escapa del círculo de un maestro excesivamente poderoso, buscando la libertad en las amplitudes inconmensurables del pensar. Volvemos a encontrarnos en el ámbito de lo existencial, en el mundo de las relaciones humanas, donde las cosas se complican extraordinariamente por el destacado compromiso político adquirido por el rector Heidegger. Y ahora, volvemos a nuestras reflexiones sobre la situación de la primavera de 1933.

Uno de los pocos que siguió fiel al judío Edmund Husserl en las actuales cirscunstancias fue el filósofo Dietrich Mahnke, de Marburgo, que había sido el mejor colega de Heidegger en esa ciudad. Mahnke prestó al anciano matrimonio Husserl una ayuda y un respaldo moral considerables durante las difíciles semanas de abril y

[7] Jaspers, 1977, pp. 97 y 103.

mayo de 1933, cuando se trató de buscarle a Gerhart Husserl, que acababa de ser cesado en Kiel, un puesto en alguna otra universidad prusiana. En efecto, la Universidad Christian-Albrecht de Kiel iba a ser transformada en modelo de universidad de élite del «movimiento». Los profesores no arios o políticamente sospechosos ya no tenían cabida allí. Sabemos por las memorias de Gerhard Leibholz que cuando «todo se vino abajo en las universidades alemanas» la Universidad de Gotinga se defendió con pies y manos contra un posible «desplazamiento» de Gerhart Husserl a esta ciudad [8]. No es de extrañar que los Husserl sintieran un emocionado agradecimiento por las escasas muestras de fidelidad y amistad que recibieron: «Antes que nada, déjeme decirle que estamos los dos muy conmovidos por la cariñosa comprensión que ha manifestado ante nuestra situación. Lo único que puede alentarnos en estos momentos es la lealtad de hombres valiosos que proclaman abiertamente su apoyo a aquellos que están profundamente dolidos», así se expresa Malvine Husserl en una carta a Dietrich Mahnke, del 18 de mayo de 1933, que concluye así: «A los problemas que tenemos en general, se suman experiencias personales muy dolorosas. Nuestro común amigo (o más bien enemigo) H. ha sido una de las peores. Habría muchas cosas que decir, pero mejor verbalmente.»
Algún tiempo antes, en la larga carta ya citada del 4 de mayo de 1933 (y después de la carta a Alexander Pfänder del día de Reyes de 1931), Edmund Husserl vuelve a hacer un balance muy amargo y profundo de su filosofía y la evolución de sus discípulos: «Pero con otros he tenido que pasar por experiencias personales muy desagradables: la última y la que más me ha afectado ha sido mi experiencia con Heidegger, y digo, la que más me ha afectado, porque deposité toda mi confianza (de un modo que ahora ni yo mismo comprendo muy bien) no sólo en su talento, sino también en su carácter.» Después se produjo la adhesión pública —«completamente teatral»— al partido.

Primero ya se había producido la ruptura conmigo, provocada por él (muy poco después de su nombramiento), y en los últimos años se sumó a esto su antisemitismo, cada vez más manifiesto, incluso contra un grupo de entusiastas discípulos judíos y dentro de la facultad. Era difícil pasar por en-

[8] *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 22 de octubre de 1984.

cima de esto. Y además también había que pasar por el modo en que Heidegger y el resto de la filosofía de la «existencia» (en gran medida nacida como caricatura de los pensamientos expuestos en mis escritos, lecciones o explicaciones personales) convertían el sentido fundamental, radical y científico de todo mi trabajo en su contrario, desvalorizándolo —aunque a base de muchas alabanzas— como algo completamente superado, como algo que resulta superfluo seguir estudiando hoy día... Pero lo que han traído los últimos meses y semanas ha herido las raíces más profundas de mi ser.

Y el patriota Husserl, cuya familia había vertido su sangre en la primera guerra mundial, y que no necesitaba participar simbólicamente en la fiestas patrióticas de Langemarck, pues bastaba su trágico duelo por el hijo caído, escribía proféticamente: «Sólo el futuro podrá juzgar lo que fue la realidad alemana en 1933 y quiénes fueron los verdaderos alemanes: si los alemanes con prejuicios raciales más o menos materialistas y míticos o los alemanes con un espíritu puro, heredado de los grandes alemanes, y dignamente perpetuado.» Husserl estaba solo y prácticamente excluido de la comunidad, fuera de «la querida comunidad de la nación»: ésta fue para él una dura época de crueles pruebas. «Se puede decir que he huido provisionalmente de Alemania.» Aquí, en el Tessin, podía «volver a ser considerado alemán» y no necesariamente un «intelectual judío».

A la vista de estas frases, se debilitan considerablemente los esfuerzos de Heidegger por justificar su comportamiento con el que fue su predecesor en la cátedra I de Filosofía. Sus disculpas sólo eran un balbuceo impotente, un recuento escrupuloso que intentaba reunir penosamente las ruinas abandonadas en el camino. Y el ridículo número de miembros de la facultad que asistieron a la ceremonia fúnebre de Edmund Husserl, en abril de 1938, demuestra las pocas personas que se atrevían a rendirle un último homenaje a una persona proscrita en época de Hitler.

En comparación, fijémonos en la abnegación con que Edith Stein, cuyo nombre de carmelita era sor Theresia Benedicta a Cruce, se interesó por el víacrucis de Edmund Husserl, su venerado maestro, lo que se explica por su convicción monástica y vital. Ella, la judía, sabía en qué atmósfera tenía que recorrer un profesor judío la última etapa de su vida en 1937-1938. Dicha etapa habría sido aún más dura si no hubiera mediado otra discípula de Husserl, Adelgundis Jaegerschmid, benedictina del convento de Santa Lioba, en Fri-

burgo-Günterstal, que también se convirtió en compañera espiritual de Husserl y en un apoyo para la señora Malvine Husserl. Edith Stein escribió estas palabras a la hermana Adelgundis desde su clausura de Colonia el día 15 de mayo de 1938: «No sé nada sobre el entierro. La nota no decía nada al respecto. ¿Qué actitud habrá adoptado la universidad? ¿Y Heidegger?» Sus sombríos presentimientos no la engañaban. Edith Stein y Adelgundis Jaegerschmid eran amigas desde la época de la carrera con su común profesor Husserl (a finales de la primera guerra europea) y siguieron siéndolo siempre.

COMO RECTOR ENTRE ESCILA Y CARIBDIS

El antisemitismo de Heidegger, tematizado por Husserl, habría ido en aumento en los últimos años, si hemos de creer al segundo, hasta el punto de dirigirse contra sus propios discípulos judíos y miembros de la facultad. Nos movemos en un terreno de controversias y arenas movedizas. Para empezar, quiero aclarar que la cuestión del eventual antisemitismo de Heidegger no me parece tan estúpida como puede leerse en algunos lugares [1] ni impide en absoluto preguntarse por el lugar que ocupa la política en el pensamiento de Heidegger. Pienso que la cuestión no es de ningún modo secundaria; basta ver las catastróficas consecuencias del antisemitismo nacionalsocialista. Y además, la persona que creyó ver en Hitler la figura del *Führer* enviado por el ser no podía dejar de asimilar de algún modo el tremendo antisemitismo de ese hombre.

Sin embargo, una cosa es segura: suponiendo que Heidegger fuera antisemita, no partía de las bases de la primaria ideología biológica y racial expuesta en el *Mein Kampf* de Hitler, la concepción del mundo de Rosenberg o las divagaciones de Streicher. Heidegger era demasiado cultivado para eso. De lo contrario ¿cómo habría podido mantener durante tanto tiempo su peculiar relación con la judía Hannah Arendt en contra de todos los convencionalismos burgue-

[1] Por ej. en Willms 1977, pp. 16 ss.

ses? ¿Por qué habría ido a Gotinga a buscar al judío Werner Brock, a quien deseaba tener como asistente porque apreciaba su calidad? Es cierto que como rector no pudo conservar a su asistente, pero sí pudo abrirle camino en Inglaterra. Un análisis del problema a partir de las diversas fuentes nos ofrece una imagen heterogénea. Por un lado, la afirmación de Husserl debe tormarse en serio puesto que disponía de informaciones internas y fue testigo ocular de los hechos, y lo mismo puede decirse de las enérgicas declaraciones de la señora Edith-Eucken-Erdsiek, tanto verbales como escritas, que también fue testigo del antisemitismo de Heidegger y su familia; pero, por otro lado, como ya veremos, en su calidad de rector Heidegger intervino en favor de colegas judíos amenazados (aunque por motivos científicos y extrapolíticos). Lo que se cuenta en el prólogo a *Hechos y reflexiones* de que Heidegger prohibió colgar el cartel antijudío en la universidad es poco preciso. No sabemos de qué tipo de cartel se trataba. Seguramente Heidegger se refería al cartel enviado el 12 de abril por la dirección de la corporación de estudiantes alemanes en relación con los preparativos iniciados desde principios de abril para una acción «contra el espíritu antialemán». Se trataba de un cartel blanco de 47'5 por 70 cm. sobre el que se podían leer en grandes tipos góticos de color rojo vivo las doce tesis de la corporación estudiantil alemana, bajo un título que rezaba: «Contra el espíritu antialemán». La tesis número 7 era por ejemplo: «Consideraremos al judío como extranjero pues queremos tomarnos en serio el carácter de nuestro pueblo. Por eso exigimos que la censura obligue a que las obras judías aparezcan en lengua hebrea. Si aparecen en alemán deberán consignarse como traducciones. Se procederá enérgicamente contra el uso indebido de la escritura alemana. La escritura alemana es sólo para los alemanes. El espíritu antialemán será eliminado de las bibliotecas públicas. [2]»

También tendremos que dejar en el aire la supuesta importancia de esta prohibición —que tal vez sólo fue motivada por motivos estéticos—, mientras las actas del rectorado, que se encuentran en el archivo de la Universidad de Friburgo, no sean clasificadas convenientemente y sigan siendo inaccesibles en virtud de la protección de

[2] Véase al respecto la obra de Hans-Wolfgang Strätz «Die studentische Aktion wider den undeutschen Geist im Frühjahr 1933», *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte* 16, 1968, pp. 347-372.

datos personales. También habría que poner en claro la verdad de la acusación del comité de depuración, en 1945, según la cual Heidegger encubrió a los saqueadores de la casa de reunión de los judíos (es decir, de los estudiantes judíos) o, dentro del mismo contexto, la acusación de haber permitido que se colgara un cartel que empujaba a la delación.

Heidegger pone en relación la prohibición de colgar el cartel antijudío —emitida el segundo día de su mandato— con la aparición de los primeros conflictos entre él, como rector, y la dirección del estudiantado nazi, conflictos que fueron transmitidos hasta la cúpula de Berlín y desembocaron en un tanteo de fuerzas. Estas afirmaciones parecen poco comprensibles a la vista de los estrechos contactos de Heidegger con la dirección de la corporación estudiantil alemana, que era radicalmente antisemita y antimarxista, y cuyo jefe, Gerhard Krüger, conocido y hasta amigo de Heidegger, había preparado en silencio la campaña «contra el espíritu antialemán». Esta campaña concluyó con la quema de libros llevada a cabo en todo el territorio del Reich la noche del 10 de mayo de 1933. También la ciudad de Friburgo brilló aquella noche con el fuego de los libros incinerados en la plaza de la biblioteca de la universidad, sin que el rector Heidegger impidiera o pudiera impedir tal acción. El filósofo italiano Ernesto Grassi (del que volveremos a hablar más tarde), que en aquel momento residía en Friburgo y pertenecía al círculo de Heidegger, además de ser íntimo amigo de Wilhelm Szilasi, escribió lo siguiente en memoria de Szilasi: «Y de pronto, la irrupción de la destructiva década de los treinta: el rectorado de Heidegger, su discurso inaugural; bajo su mandato como rector, la quema de libros judíos y marxistas, claro testimonio de la "descomposición" de la ciencia. Vimos brillar el fuego ante la biblioteca de la universidad.» (Cit. Grassi, 1970). He hablado con testigos de la época que me han confirmado este extremo. La única dificultad fue que la noche del 10 de mayo de 1933 se presentó lluviosa y por lo tanto impropia de un auto de fe. Frente a esto, nos encontramos con la tajante afirmación de Heidegger, ya publicada en la entrevista del *Spiegel*, según la cual prohibió la planeada quema de libros.

En todo caso, pocas semanas más tarde envió unos pocos ejemplares de su discurso del rectorado a la dirección de la corporación estudiantil alemana para que fueran repartidos, según indicaba el escrito de Heidegger, entre Gerhard Krüger, Georg Plötner, director

del servicio de ciencias políticas, Andreas Feickert, quien en 1934 se convirtió en *Reichsführer* de la corporación estudiantil alemana, y Hanskarl Leistritz, director del servicio informativo científico universitario y del servicio central de inteligencia y propaganda. Heidegger tenía que saber forzosamente que Leistritz había pronunciado las sentencias de fuego durante la vergonzosa quema de libros de la plaza de la ópera de Berlín. Tenía que saberlo porque apareció en todos los periódicos.

En realidad sólo conozco un suceso que permita afirmar objetivamente que, cuanto menos, Heidegger estaba dispuesto a difamar a un adversario político haciendo uso del lenguaje propio del nacionalsocialismo, es decir, aprovechando la retórica antisemita. Alrededor de 1934-1935 Jaspers obtuvo, por mediación de la viuda de Max Weber, la copia de un informe sobre Eduard Baumgarten redactado por Heidegger y presentado el 16 de diciembre de 1933 a la asociación de profesores nacionalsocialistas de Gotinga. Veamos cuál es la historia de este informe. En 1931 Heidegger había conseguido deshacerse de Baumgarten, que había solicitado un puesto de asistente junto al filósofo, en favor del filósofo judío Werner Brock y había hecho trasladar la titulación de habilitación que tenía Brock en Gotinga a la Universidad de Friburgo. El citado informe sirvió para obstaculizar durante algún tiempo la carrera científica de Baumgarten. Según la copia tomada por Baumgarten del dosier de la asociación de profesores nacionalsocialistas de Gotinga, Heidegger habría aducido para deshacerse de él cosas como la siguiente:

> Mientras estuvo aquí [es decir, en Friburgo], Baumgarten lo fue todo menos nacionalsocialista. Tanto por afinidad como por su actitud intelectual procedía de un círculo de intelectuales demócratas y liberales de Heildelberg en torno a Max Weber. Después de fracasar conmigo, entró en estrecho contacto con el judío Fraenkel, antes profesor en Gotinga y ahora expulsado de aquí. Encontró empleo en Gotinga gracias a él... Naturalmente, aún no se puede emitir un juicio definitivo sobre él. Todavía puede evolucionar. Pero, en todo caso, habría que esperar todavía un plazo prudencial antes de admitirlo en alguna organización del partido nacionalsocialista [3].

[3] Esta versión procede de las actas de Jaspers sobre Heidegger del 22 de diciembre de 1945 sobre las que hablaremos más tarde. Hans-Joachim Dahms (1987, p. 182) presenta otra versión, algo diferente, a partir de las actas de Baumgarten (Archivo de la Universidad de Gotinga): «Dr. Baumgarten procede por afinidad y por su actitud

El aquí citado Eduard Fraenkel fue hasta el semestre de verano de 1933 profesor titular de Filología Clásica en la Universidad de Friburgo. La historia de la complicada transmisión del documento citado lo ha hecho y lo hace pasar todavía por falso, sobre todo a los ojos de la prensa especializada, que considera que se trata de un texto expresamente compuesto para desacreditar al filósofo Heidegger, una muestra típica del «odio y la impotencia contra el gran pensador que buscan desesperadamente documentos en su contra» [4].

Jaspers se sintió profundamente dolido cuando leyó en 1934-1935 la copia del documento: en efecto, esta información le abrió definitivamente los ojos sobre Heidegger, cuyas actividades políticas siempre le habían parecido motivadas, hasta la fecha, por su mera ingenuidad. Y le expresó a Heidegger sus reproches en su primera carta del año 1949:

> No sólo su tácita ruptura desde 1933, sino sobre todo su informe sobre Baumgarten, cuya copia pude ver en 1934. Aquel instante fue una de las experiencias más determinantes de mi vida. Mi doloroso sentimiento personal era inseparable de la importancia objetiva del suceso.

Seguramente para evitar que se alzara una barrera definitiva entre él y Heidegger, Jaspers renunció a pedirle explicaciones al filósofo relativas a las fórmulas «el judío Fraenkel» y «el círculo de intelectuales en torno a Max Weber», al que él mismo pertenecía. Como en su informe del año 1945 Jaspers trató a fondo el asunto Baumgarten, Heidegger conocía el informe de Jaspers y el caso fue debatido abiertamente en el comité de depuración, creemos que no se puede dudar de su autenticidad. Si se hubiera tratado de una imitación o falsificación de algún tipo, Heidegger no habría dejado de señalarlo. Así pues, tenemos que atenernos al hecho probado de que el rector

intelectual de un círculo de intelectuales liberales y demócratas en torno a Max Weber. Durante su estancia aquí lo fue todo menos nacionalsocialista... Después de fracasar conmigo, Baumgarten mantuvo contactos muy frecuentes con el judío Fraenkel, que antes ejercía en Gotinga y ahora ha sido expulsado de aquí. Supongo que Baumgarten consiguió su empleo en Gotinga a través de él, pues esto explicaría las relaciones que tiene allí ahora. Considero que, por el momento, su admisión dentro de las SA es tan inviable como su admisión en el cuerpo docente.»

[4] Así se expresa Jürgen Busche en el diario *FAZ* el 30.4.1983 («Der Standpunkt Martin Heideggers»). Véase a este respecto la Carta del lector dirigida a este periódico por Wilhelm Schoeppe: «Heidegger und Baumgarten» (*FAZ* 28.5.1983).

introdujo en su informe para la asociación de profesores nacionalsocialistas el argumento de la «judeofilia» de Baumgarten, es decir, que también él pagó su tributo al antisemitismo. No sabemos cuántos informes de color político escribió Heidegger para las instancias del partido en los años posteriores. En todo caso, volveremos a tener ocasión de examinar la práctica del informe político en el caso de los profesores católicos de filosofía Max Müller y Gustav Siewerth.

Repetimos que siempre se ha debatido y se sigue debatiendo si Heidegger adoptó una postura antisemita o no. Hace algún tiempo (el 2 de enero de 1984) pude leer en el suplemento literario del diario *FAZ*, bajo la rúbrica, «Hechos», que Heidegger había mandado un ejemplar dedicado de su discurso del rectorado a su colega filósofo de Kiel, Richard Kroner, a pesar de que éste era judío. «¿Qué fue lo que empujó a Heidegger, cuyas decisiones siempre eran muy meditadas, a enviar su discurso político al judío Richard Kroner?», se pregunta el autor del artículo haciendo también cábalas sobre cuál pudo ser la reacción de Kroner, una persona tan «particularmente concernida». «¿Se sintió desconcertado, indignado, turbado? ¿Creyó que era una provocación?» Y el comentarista del diario *FAZ* resume todo el problema en la siguiente pregunta: «Si Kroner no era para Heidegger un judío en el sentido de Hitler, ¿qué era entonces lo que tenían en común y qué explica la dedicatoria del discurso?»: Richard Kroner, que tuvo que marcharse de Kiel porque iba a transformarse en universidad de élite de los nazis y como Gerhart Husserl iba a ser desplazado a Fráncfort, fue en 1923 el candidato competidor para el puesto de encargado de curso que obtuvo Heidegger en Marburgo, pero en aquel entonces sólo quedó en el tercer lugar de la lista. Tal vez pueda ayudarnos a comprender estas preguntas lo que Heidegger escribió a Jaspers en julio de 1923, después de haber aceptado el nombramiento en Marburgo, a propósito de su desafortunado rival, Richard Kroner:

> Nunca me había topado con nadie tan quejumbroso. Ahora se hace consolar como si fuera una vieja; el único favor que le podrían hacer sería arrebatarle hoy mismo su *venia legendi*.

¡Qué don profético! El encuentro personal de Heidegger con su discípulo Herbert Marcuse, en 1947, y la correspondencia resultante, también pueden servirnos de mucha ayuda para comprender la per-

sonalidad del filósofo. En su carta del 28 de agosto de 1947, en la que trata de la problemática de la unidad entre pensamiento y existencia en la persona Heidegger, Marcuse se extiende particularmente sobre los terribles padecimientos sufridos por el pueblo judío. Un filósofo puede equivocarse en cuestiones políticas y cuando se dé cuenta expondrá abiertamente su error. «Pero no puede equivocarse sobre un régimen que ha asesinado a millones de judíos únicamente por el hecho de ser judíos, que ha convertido el terror en norma y ha transformado todo lo que está ligado al concepto de espíritu, libertad y verdad en su más sangrienta contrapartida.» Marcuse avisaba a Heidegger de que le iba a mandar un paquete para paliar sus necesidades. Mientras hacía el paquete, sus amigos habían estado presentes y le habían reprochado «que prestara ayuda a un hombre que se ha identificado con un régimen que ha mandado a la cámara de gas a millones de mis correligionarios».

Heidegger recibió el paquete, pero repartió todo su contenido entre una serie de antiguos alumnos «que ni pertenecieron al partido ni tuvieron relación alguna con él.» Si le decía esto, era para que sus amigos se quedaran tranquilos, le comunicaba Heidegger a Marcuse en su carta de respuesta del 20 de enero de 1948. Respecto a los reproches que le hacía Marcuse por el genocidio, reproches que reconocía eran completamente justificados, Heidegger sólo podía «añadir que si donde se dice "judíos" se dijera "alemanes del Este" se podría objetar lo mismo respecto a alguno de los aliados, con la única diferencia de que, mientras lo que está ocurriendo desde 1945 es sabido en todo el mundo, el sangriento terror de los nazis fue efectivamente mantenido en secreto y ocultado al pueblo alemán.» Con estas frases, Heidegger se anticipaba a la famosa «controversia entre los historiadores» de 1986.

Pero esforzémonos por regresar de nuevo a la descripción cronológica de la época del rectorado. Durante las primeras semanas y hasta días de su nuevo cargo, el rector Heidegger ya desplegó una actividad poco usual. El 24 de abril, es decir, inmediatamente después de su toma de posesión como rector, se puso en contacto con la dirección de la corporación estudiantil alemana, de ideología nazi, para proponerles unas jornadas formativas para los dirigentes políticos de la corporación. Las actas que tenemos permiten colegir que ambas partes se conocían bien, esto es, que tuvo que existir una larga vinculación entre Heidegger y los funcionarios de la corporación de estu-

diantes alemanes, regida aproximadamente desde 1930 por la NSDStB (Asociación de estudiantes nazis). Los berlineses se interesaron por la propuesta y Plötner, al que manifiestamente Heidegger conocía muy bien, organizó en breve espacio de tiempo unas primeras jornadas de ámbito nacional para los directivos estudiantiles los días 10 y 11 de junio de 1933. El resultado más importante de este primer cursillo para los cuadros políticos de la corporación estudiantil fue el proyecto de un «campamento científico» del que Heidegger se erigió en responsable y que quería llevar a cabo en octubre de 1933 en Todtnauberg. Al mismo tiempo, el pequeño grupo de conferenciantes reunido en aquellas jornadas de junio declaró y pactó una total comunidad de ideas políticas: junto a Martin Heidegger, los profesores invitados eran Alfred Baeumler y Ernst Krieck. Ambos nombres, ya lo hemos visto, se mencionaban en la carta de Heidegger a Jaspers del mes de abril. Así nació entre estos tres hombres un acuerdo, motivado por la igualdad de opiniones políticas, que duró durante algún tiempo hasta que la inicial comunidad de lucha desembocó en el odio y la rivalidad; pero esto sólo ocurrió a finales de 1933 o ya iniciado 1934.

Nos limitaremos a señalar de pasada que Heidegger y Baeumler se conocían desde hacía bastante tiempo por motivos de su común trabajo filosófico, sobre todo las investigaciones sobre Nietzsche. Baeumler, que en su calidad de miembro del Kampfbund für deutsche Kultur [Asociación de lucha por la cultura alemana], estaba vinculado con Alfred Rosenberg antes de la subida al poder y había sido nombrado por éste director del departamento de ciencia, se había responsabilizado en el semestre de verano de 1933 de la cátedra de «Pedagogía Política» de la Universidad de Berlín, una de las primeras cátedras «políticas» instituidas por el Tercer Reich. La Oficina Rosenberg propició la progresión ascendente de la carrera de Baeumler, pero al mismo tiempo hizo degenerar su nivel filosófico hasta quedar reducido al papel de mero bufón de Rosenberg. Por ejemplo, en octubre de 1942, Baeumler celebraba lleno de júbilo, a través de las páginas del *Völkischer Beobachter*, la enorme tirada del *Mito del siglo XX*, que había alcanzado el millón. También fue la primera lección de Baeumler en su cátedra de Berlín, el 10 de mayo de 1933, la que dio la señal para la gigantesca quema de libros en la capital del

Reich. El propio Baeumler marchaba en cabeza de la primera división de la procesión de antorchas y fue el que arrojó la primera de ellas sobre la enorme pila de libros.

Entre Heidegger y Ernst Krieck (persona que había sabido ascender desde su puesto de maestro de escuela, viejo combatiente encarnizado a quien ahora se otorgaba la recompensa merecida), debió existir más bien un acuerdo respecto a la política universitaria. En efecto, Krieck fue nombrado rector de Fráncfort en 1933. Desde luego, el trabajo científico de Krieck, natural de Baden, no tenía absolutamente nada en común con el de Heidegger.

Para alcanzar los distintos objetivos de tipo político, científico y, en definitiva, histórico, había que trabajar sobre varios terrenos de lo más variopinto y luchar por conquistarlos. La propia universidad sólo era, para Heidegger, la base de partida y ocasionalmente su refugio, al menos al principio. Ya antes de su solemne toma de posesión como rector, Heidegger fue disponiendo los hitos necesarios a sus fines. Y entre el pequeño grupo de iniciados de Friburgo cundió no poca inquietud y hasta indignación cuando se filtró la noticia de que el 20 de mayo de 1933 Heidegger había telegrafiado a Adolf Hitler en los siguientes términos:

> Solicito respetuosamente el aplazamiento de la planeada recepción de la presidencia de la asociación de universidades alemanas hasta el momento en que la directiva de la asociación de universidades haya consumado la «unificación», particularmente necesaria en este caso.

De esta manera, el rector había pasado inequívocamente al plano nacional, que seguramente consideraba su auténtico campo de acción, algo que, por cierto, Heidegger no menciona en su informe justificativo de 1983. La asociación de universidades, digámoslo en pocas palabras, era en aquel momento —a diferencia de la estructura establecida después de 1945—, la reunión corporativa de todas las universidades alemanas y se ocupaba particularmente de las cuestiones de tipo político y profesional de los profesores de enseñanza superior, constituyendo prácticamente un órgano de la Conferencia alemana de rectores. Según el plan de Heidegger, esta estructura dual, que recordaba un sistema parlamentario, debía transformarse en una conferencia de rectores homogénea y estructurada según el *Führerprinzip*.

El alboroto producido en Friburgo por el mensaje de Heidegger al *Führer* se debía sobre todo al término «unificación», que en aquel principio de verano de 1933 significaba de manera clara y evidente la orientación de todas las instituciones y ámbitos de la vida según el principio de un Estado y una sociedad completamente subordinadas a su *Führer*, es decir, según las nuevas estructuras de poder del Estado unitario nacionalsocialista. En 1945, una de las acusaciones más graves a las que tuvo que responder el filósofo fue precisamente este telegrama, y eso es lo que hizo en noviembre de 1945 mediante una carta al presidente del comité de depuración, que representa una buena prueba del estilo apologético de Heidegger. Rezaba así:

Si el telegrama habla de «unificación» es en el mismo sentido en que yo también entendía el término «nacionalsocialismo». Mi intención nunca fue abandonar la universidad en manos de la doctrina del partido, sino por el contrario, intentar introducir una transformación espiritual en el seno del nacionalsocialismo y refiriéndome a él. Afirmar que el nacionalsocialismo y el partido no tenían ningún objetivo intelectual relacionado con la universidad y el concepto de ciencia es contradecir los hechos. Su objetivo estaba más que determinado y se basaba en Nietzsche, según cuya doctrina, la «verdad» no tiene fundamento y contenido objetivo propios, sino que es un mero instrumento de la voluntad de poder, es decir, una mera «idea», una representación subjetiva. Y lo grotesco era y sigue siendo que este concepto «político» de ciencia, en principio, concuerda con la «idea» e «ideología» del marxismo y el comunismo. Y mi discurso del rectorado, sostenido el 23 de mayo, tres días después de mandar el telegrama [Heidegger confunde el 23 con el 27 de mayo], está manifiesta y expresamente imbuido de un espíritu contrario a esta postura.

Quien compare el telegrama del 20 de mayo de 1933, el discurso del rectorado del 27 de mayo de 1933 y los demás llamamientos y proclamas públicas (sobre todo del otoño de 1933), con la interpretación dada en 1945, podrá darse cuenta fácilmente de que Heidegger emprende un tipo de interpretación que sólo es comprensible *a posteriori*. Al principio sólo se habla de «unificación»: este concepto, y la realidad ligada a él, estaban muy claros desde marzo de 1933, cuando diariamente y en todas partes se echaban abajo estructuras políticas y sociales y se ponían otras nuevas en su lugar. Heidegger transfiere con mucha elegancia este concepto a la noción de nacionalsocialismo, que él había comprendido de manera muy personal, al

modo de una especie de nacionalsocialismo privado —tal como se le señaló muy particularmente (lo sabemos por declaraciones de Heidegger)—, un nacionalsocialismo muy peculiar que no se basaba en la concepción nacionalsocialista del mundo. Tras las concepciones de 1945, se esconde, junto a otros elementos, la secreta controversia con Alfred Baeumler y su particular interpretación de Nietzsche que, en cierto modo, adoptó el carácter de tesis oficial del partido, dado que Baeumler era el director del departamento de «ciencia, del delegado del *Führer,* para la supervisión de la formación y educación espiritual del NSDAP» —así de pedestremente se definían las funciones en un estado totalitario— y por lo tanto ocupaba una de las posiciones político-científicas más influyentes de la nación. Pero esta controversia con el filósofo Baeumler tuvo lugar mucho más tarde, concretamente cuando las metas utópicas de Heidegger se revelaron inalcanzables y él volvió a ser arrojado a la existencia de mero titular de filosofía de la Universidad de Friburgo.

Para comprender completamente la versión de Heidegger de 1945, tendríamos que integrar en nuestro análisis las lecciones sobre Nietzsche del semestre de invierno de 1936-1937 *(Nietzsche: La voluntad de poder como arte),* publicadas íntegramente en 1985, y explicar con más detención la controversia con la interpretación de Nietzsche llevada a cabo por Baeumler y Jaspers, cosas que no son posibles aquí. Si lo hiciéramos, llegaríamos sencillamente a la conclusión de que, en 1945, Heidegger echa mano tanto del intérprete «político» de Nietzsche, Baeumler, mentor de Alfred Rosenberg, como de su intérprete «apolítico» Jaspers, su antiguo amigo filósofo, y que los mezcla a ambos creando una amalgama basada en cosas contradictorias y opuestas. Pero, ¿acaso no es éste un método filosófico? Concluiríamos que, precisamente en aquellas frases de 1945, Heidegger vertió la esencia de su filosofía del ser, como cuando debatía con Baeumler sus tesis en 1936-1937 y éste no tomó en consideración la interpretación de Heráclito llevada a cabo por Heidegger. Pero todo esto nos llevaría muy lejos y se saldría de nuestro terreno.

Sea como sea, y de esto es de lo que se trata aquí, en la época de su rectorado Heidegger no pensaba nada de esto, sino que estaba plenamente inmerso en su cooperación con Baeumler y Krieck y quería aprovechar la Conferencia de rectores, que debía tener lugar en Berlín el 8 de junio de 1933, para acabar con la asociación de universidades, que entretanto se había «unificado». Pero en lugar de

ello, una gran mayoría de rectores apoyó a la asociación de universidades y Heidegger sólo pudo contar con un puñado muy reducido de compañeros de lucha: Krieck, el germanista Friedrich Neumann y el rector y científico de Kiel, Wolf, que se sumaron al rector de Gotinga. Como ya hemos indicado varias veces, Kiel debía convertirse en una especie de universidad nazi piloto. El cuarteto mencionado abandonó la Conferencia de rectores entre protestas, después de haber sido derrotados, sin que su actitud produjera demasiada impresión. Las siguientes semanas, durante las cuales —como ya vimos—, Heidegger mantuvo junto con Baeumler estrechos contactos con la dirección de la corporación estudiantil alemana, hubo una intensa correspondencia entre el rector de Friburgo y el de Gotinga, de lo que se deduce que este círculo interno, el grupo de los cuatro, constituía una especie de liga de conjurados que intentaba invertir las relaciones de fuerza reinantes en la Conferencia de rectores e introducir sus propias ideas sobre política de universidades, inspiradas en el espíritu nacionalsocialista.

Un encuentro a finales del semestre de verano dio ocasión a intercambiar experiencias y concebir una estrategia. Cabe destacar que, a juzgar por las apariencias, en el verano de 1933 Heidegger y Krieck colaboraban todavía del modo más íntimo. En efecto, cuando Heidegger recibió un nuevo nombramiento para la Universidad de Berlín a principios de septiembre de 1933 («este nombramiento estaría ligado a una misión política particular», informó Heidegger al Ministerio de Cultura), aprovechó el viaje a la capital del Reich para celebrar una reunión, que se venía aplazando desde hacía tiempo, con el grupo de los cuatro: «Partiré temprano el miércoles [6 de septiembre de 1933] a Homburg v.d. Höhe para una reunión especial con mis tres amigos rectores de Kiel, Gotinga y Fráncfort», dice en la carta citada. Conclusión: el contacto seguía existiendo y , ahora, con la «particular misión política» de Berlín se abría un horizonte completamente nuevo y más amplio, del que nos ocuparemos debidamente.

Para empezar, queremos señalar que, además de arreglar sus asuntos administrativos, Heidegger también tuvo tiempo de dar algunas conferencias en Heidelberg y Kiel (fines de junio/ principios de julio) que le valieron la fama de ser un representante particularmente radical del movimiento. Estas actividades formaban parte de su objetivo: convertirse en uno de los guías [*führer*] espirituales del movimiento, en lo tocante a política científica, y tal vez hasta convertirse

en el *führer* supremo. Lo cierto es que el rector de Friburgo participó activamente en la remodelación de la constitución de las universidades de Baden, seguramente en estrecha colaboración con Krieck, que, en su calidad de natural de Baden, aspiraba a una cátedra en Heidelberg y, aunque sólo fuera por eso, estaba interesado en hacer las cosas escrupulosamente bien.

El 21 de agosto de 1933 entró en vigor en Baden una nueva constitución provisional para las universidades por la cual, a partir del 1 de octubre de 1933, el rector era nombrado *führer* de la universidad por el ministro de cultura, sin que la universidad tuviera la mínima posibilidad de intervención ni tuviera, tan siquiera, derecho de propuesta. No se contemplaba la limitación temporal del cargo. El estado de Baden, de nuevo fiel a su fama de «estado modelo», se había adelantado a todos, quería imponer su ejemplo. El propio rector nombró a los decanos *führer* de las respectivas facultades y empezó a diseñar abiertamente la nueva universidad según el *Führerprinzip*. El resto de estados del Reich alemán, sobre todo Prusia, Baviera y Sajonia, permanecieron de momento a la expectativa. «Esta es la obra de Heidegger. *Finis universitatum* —fin de las universidades—, anota en su diario el prelado Josef Sauer, vicerrector nominal de la Universidad de Friburgo bajo el mandato de Heidegger, el día 22 de agosto de 1933: «Y es ese loco de Heidegger el que nos ha hecho esto, ése a quien hemos elegido rector para que nos trajera a la universidad la nueva espiritualidad. ¡Qué ironía! De momento no podemos hacer otra cosa que confiar en que el resto de las universidades alemanas, sobre todo las prusianas, no nos sigan en este paso hacia el abismo por mucho que les conminen a ello; de ese modo, esta rareza de Baden será pronto eliminada del mapa», cosa en la que el prelado se equivocaba de medio a medio.

No podemos saber hasta dónde llegó la cooperación de Heidegger puesto que no podemos acceder al dosier correspondiente. Pero, en cualquier caso, Heidegger se vio imposibilitado de objetar nada cuando el comité de depuración estimó en el otoño de 1945 que «había colaborado activamente en la transformación de la constitución de la universidad en favor del nuevo *Führerprinzip*». En el informe justificativo publicado en 1983, Heidegger explica que si propuso la nueva constitución fue con intención de elegir a los decanos, de tal manera que se pudiera salvar «la esencia de las facultades y la unidad de la universidad». Como era de esperar, el propio Heidegger

fue elegido primer *führer*-rector de la Universidad de Friburgo con efectos del 1 de octubre de 1933; seguramente, tanto el ministerio como el propio interesado, esperaban y deseaban que pudiera ocupar su puesto muchos años. La nueva constitución de la universidad, de la que Heidegger compartía plena responsabilidad, se basaba en su propio pensamiento y acción. Y el preámbulo de Karlsruhe respira este espíritu y habla su lenguaje: la renovación total de las universidades alemanas sólo puede alcanzarse si la reforma universitaria afecta de modo homogéneo y global a todo el Reich, esto es, si el rector se hace cargo de todos los poderes que actualmente están en manos del consejo de universidad, si los decanos sólo dependen de la confianza que le merezcan y el espíritu del rector penetra toda la universidad. Con el nombramiento de Heidegger debía comenzar una nueva era, se podrían abandonar las viejas formas petrificadas y obsoletas de la antigua universidad.

También el interlocutor filosófico de Heidegger, Karl Jaspers, valoraba positivamente esta reforma de la constitución universitaria, considerándola un principio aristocrático. Después de largos años de experiencia universitaria, decía Jaspers, la nueva constitución sólo podía parecerle bien. «La pena por ponerle un punto final visible y drástico a una gran época de la universidad, que sabemos acabó hace tiempo, es sólo un doloroso sentimiento de piedad que yo también comparto». Así escribía Jaspers a Heidegger el 23 de agosto de 1933, dándole las gracias por el envío del discurso del rectorado, que acababa de ser publicado en la editorial Korn de Breslau (una editorial que, por cierto, se había especializado en literatura nacionalsocialista: por ejemplo, los trabajos de Moeller van den Bruck). Jaspers aplaudía este discurso inaugural del 27 de mayo:

> La gran fuerza de su proyecto, arraigado en la Grecia clásica, me ha vuelto a conmover con la fuerza de una verdad tan nueva como evidente. De esta manera coincide Vd. con Nietzsche, con la diferencia de que podemos esperar que Vd. llegue a realizar algún día lo que dice en su interpretación filosófica. Así, su discurso tiene una substancia creíble.

Jaspers alaba el estilo y la concreción del discurso, que, en su opinión, descuella muy por encima del resto de los discursos rectorales de aquel semestre de verano.

«Mi confianza en su filosofía», continúa Jaspers, «que ha vuelto a fortalecerse desde nuestras últimas conversaciones, no disminuye en nada por ciertas características de este discurso, propias del momento actual, y por algunas afirmaciones que me parecen forzadas o huecas. En conjunto, estoy satisfecho de que haya alguien que pueda hablar así, tocando los verdaderos límites y orígenes».

Heidegger comparado con Nietzsche, pero con un nuevo Nietzsche que realiza su filosofía. ¡Qué frases! Heidegger ya no contestó a esta carta y no volvió a reanudar su contacto con Jaspers hasta dos años después con aquella carta, ya citada, escrita desde la soledad y el aislamiento. En cuanto a la opinión que le merecía la interpretación que hace Jaspers de Nietzsche, la conocemos a través del curso sobre Nietzsche de 1936-1937, sobre todo, en lo tocante a las partes que tratan el tema del eterno retorno:

[Jaspers] «se da cuenta de que aquí se esconde un pensamiento fundamental de Nietzsche. Pero no lleva este pensamiento al ámbito de la cuestión fundamental de la filosofía occidental, a pesar de sus discursos sobre el ser, y por lo tanto tampoco lo integra dentro del contexto adecuado en relación con la teoría de la voluntad de poder. El motivo de esta actitud, que a primera vista no resulta muy transparente, es que, para Jaspers, por decirlo con toda crudeza, cualquier filosofía es imposible. En realidad no es más que una "ilusión" destinada a la explicación ética de la personalidad humana. Pero a los conceptos filosóficos les falta alguna o incluso la auténtica fuerza de verdad del saber esencial. Como, en el fondo, Jaspers ya no se toma en serio el saber filosófico, tampoco existe ya ningún auténtico planteamiento. La filosofía se convierte en una psicología moralizadora de la existencia humana. Es una actitud que, a pesar de todos sus esfuerzos, nunca podrá penetrar en la filosofía de Nietzsche con la actitud de un sincero cuestionamiento, a la manera de una controversia. (*Obras Completas*, vol. 43, 1985, p. 26.)

¡Y pensar que una amistad semejante desembocó en este triste balance! ¡Qué diálogo entre filósofos! Aunque también es verdad que Jaspers ya había sido depuesto de su cargo por haberse casado con una judía.

Mientras se preparaba la nueva constitución universitaria de Baden, continuaban en Berlín las negociaciones sobre el nombramiento de Heidegger; fuerzas poderosas de la Universidad de Friburgo presionaban al ministerio de Karlsruhe para retener a Heidegger: «Roga-

mos al ministerio que haga todo lo posible para no privar a esta universidad de semejante personalidad científica y semejante *führer*». La partida de Heidegger podía acarrear consigo lamentables perturbaciones en la evolución emprendida. Después de todo, continuaba este texto, Heidegger se había consagrado con todas sus fuerzas y toda su persona a las tareas de su cargo y había adquirido experiencia, anudado relaciones y ganado la confianza de muchos. Este escrito iba firmado por representantes de las cinco facultades, lo que demuestra que el rectorado de Heidegger fue valorado muy positivamente, al menos por un círculo de importantes profesores de la universidad. Los firmantes señalaban que se sabían «de acuerdo con gran número de miembros de nuestra universidad». (Finales de septiembre de 1933.)

En aquellas fechas, Heidegger ya había terminado sus negociaciones sobre el asunto del nombramiento: se quedaba en Friburgo, en provincias. *«¿Por qué permanecemos en provincias?»*: la conferencia radiofónica pronunciada a raíz de esta determinación explica los motivos, aporta los criterios de la decisión adoptada y bosqueja su estado de ánimo. Berlín: en 1930, el primer nombramiento a la capital ya había proporcionado a Heidegger la ocasión de meditar sobre si parecía razonable gastar «las pobres fuerzas de un individuo aislado» en un «monstruo desnaturalizado» como la Universidad de Berlín. «La gran ciudad sólo ofrece excitación y estímulo: apariencia de vigilancia. Hasta la mejor voluntad se ahoga en esa sensación y representación, el opuesto de toda filosofía.» (Carta a Julius Stenzel de 17 de agosto de 1930). Tres años más tarde, la aversión de Heidegger no ha variado; su texto *«¿Por qué permanecemos en provincias?»* traslada este sentimiento a un plano poético.

Pero ¿dónde quedaba la misión política particular ligada al nombramiento? ¿Y en qué consistía? Sólo podemos hacer suposiciones, porque no se puede acceder al dosier correspondiente, si es que existe todavía: es el sino de la Alemania dividida. Seguramente, se trataba de algún tipo de cooperación con el profesor «político» Alfred Baeumler, pero ahora a un nuevo nivel de política nacional. Esto se deduce del desarrollo de los acontecimientos durante las jornadas de formación de Berlín de junio de 1933: existe un informe de Baeumler sobre Heidegger, del 22 de septiembre de 1933, cuyo desconocido destinatario era seguramente alguna instancia extrauniversitaria, porque Heidegger había recibido el nombramiento hacía

tiempo. En este informe se resalta la importancia científica de Heidegger en un tono más bien informativo. Baeumler califica a Heidegger de «la más importante manifestación filosófica desde Dilthey». El ha revolucionado los planteamientos de la investigación filosófica tanto desde la perspectiva sistemática como desde la histórica. El pensamiento filosófico de la actualidad, continúa Baeumler, ha entrado con *Ser y Tiempo* en una nueva etapa. Ninguna investigación filosófica puede pasar ya por alto esta obra, bien sea para alabarla o para criticarla. Por lo demás, y no sólo en Alemania, es difícil calibrar todavía el alcance de la influencia de Heidegger desde un punto de vista sistemático. «Heidegger encuentra siempre los planteamientos decisivos, y muy especialmente en la filosofía griega.» «Si bien a veces se comporta de modo arbitrario en sus planteamientos históricos, lo hace con el derecho que le otorga el genio filosófico.» Así pues, el informe de Baeumler despierta la impresión de haber sido escrito para alguna instancia del partido que se ocupaba del asunto de la titularidad berlinesa en razón de su especial objetivo político.

El propio Heidegger adoptó un tipo de formulación bastante sibilina y poco comprometida cuando, a principios de octubre, comunicó al cuerpo de profesores de la Universidad de Friburgo que rehusaba el nombramiento de Berlín; su escrito concluía así:

> No iré a Berlín, sino que intentaré convertir en el seno de nuestra universidad las posibilidades abiertas por los estatutos provisionales de Baden, en una realidad verdadera y probada, para preparar la construcción homogénea de los futuros estatutos del conjunto de la universidad alemana. Por deseo de las instancias gubernamentales de Berlín seguiré manteniendo en el futuro un estrecho contacto con los trabajos que allí se realizan.

Esto significa que, en su calidad de primer *führer*-rector de la universidad alemana y creador de los nuevos estatutos universitarios de la Universidad de Baden, Heidegger se había convertido en un experto a nivel nacional. El escrito de Heidegger al ministerio de Karlsruhe de 30 de septiembre de 1933, en que da las gracias por su nombramiento como rector, tampoco nos aporta ninguna información suplementaria:

> Pero también me he puesto a disposición del Ministerio prusiano de Cultura, por deseo expreso suyo, para celebrar consejos o para el caso de

que haya que poner en marcha de manera global y determinante el plan de universidad nacionalsocialista.

Pero ¿en qué medida ofrecían garantías estos acuerdos a la vista de los constantes cambios? ¿No era, tal vez, un programa cargado de esperanzas exaltadas que desde hacía tiempo ya no correspondía con la realidad? Y ¿es que Heidegger no sabía ya que las instancias gubernamentales berlinesas, los grupos fieles al partido, etc, lo utilizaban por motivos tácticos, como estandarte, pero habían previsto para los puestos directivos a personas acreditadas y experimentadas, antiguos militantes que se adecuaban a la cruda ideología del partido? ¿Es que Heidegger no había visto los últimos días de septiembre lo brutal que se había vuelto la dirección de la corporación de estudiantes alemanes que al principio aún había mostrado algún resquicio de idealismo? ¡Las luchas por el poder y la guerra de trincheras hacían furor en muchos niveles del sistema policrático de partido único!

Pero si es cierto que Heidegger ya se dio cuenta en el semestre de verano de 1933 de que la evolución política no transcurría en la dirección esperada por él (según la versión presentada en 1945 ante el comité de depuración), entonces las declaraciones públicas o internas del *führer*-rector, del otoño de 1945, son aún más incomprensibles. Ya conocemos alguna de estas declaraciones: el llamamiento a los estudiantes de Friburgo del 3 de noviembre de 1933, y una semana más tarde, en el periódico de los estudiantes, el llamamiento para las elecciones al denominado *Reichstag*, del 12 de noviembre. Pero estas formulaciones no son nada en comparación de la proclama que lanzó Heidegger al mundo en su calidad de destacado miembro de una manifestación celebrada en Leipzig el 11 de noviembre. En las elecciones del 12 de noviembre se iba a votar un plebiscito sobre la política de Hitler: se trataba de elegir una lista unitaria para el *Reichstag*, vinculada con la aprobación popular para la retirada de Alemania de la Sociedad de Naciones. La proclama del rector de Friburgo fue un conglomerado de política interna y externa basada en los elementos más importantes de su discurso del rectorado, es decir, de su filosofía, y en la política práctica de Hitler. Seguramente se trató del error público más grave del filósofo, aquel con el que comprometió a su filosofía. Pero ¿se trataba realmente de un error?

No conozco en toda la obra de Heidegger ningún pasaje, ni siquiera de sus cartas y documentos, en el que retire aunque sólo sea una palabra de esta proclama y otras declaraciones semejantes. Heidegger nunca desmintió sus palabras porque, dentro de la comprensión de su pensamiento, no estaba expuesto al error; este peligro sólo incumbía a los que no le escuchaban a él, el profeta del ser. En realidad, deberíamos citar íntegramente el discurso de Leipzig, a fin de poder entender perfectamente el contexto, pero nos conformaremos con algunas frases destacadas:

Nos hemos liberado de la idolatría a un pensamiento sin base ni autoridad. Asistimos al final de la filosofía que le sirve. Estamos seguros de que retornan un rigor lúcido y la seguridad del cuestionamiento simple e implacable acerca de la esencia del ser. El valor originario de crecer o aniquilarse en el debate con lo ente, es el más íntimo móvil del cuestionamiento de una ciencia popular... y por eso proclamamos, nosotros, a quienes se deberá confiar en el futuro la salvaguarda de la voluntad de saber de nuestro pueblo, que la revolución nacionalsocialista no es sólo la adquisición de un poder que ya existía previamente dentro del Estado por parte de un partido que ha crecido lo suficiente para ello, sino que esta revolución conlleva *la transformación total de nuestra existencia alemana*. A partir de ahora, cada cosa exige determinación y cada acto responsabilidad. Estamos seguros de que cuando la voluntad de ser responsable de uno mismo se convierta en la ley de la convivencia entre los pueblos, cada pueblo podrá y tendrá que ser para el resto de los pueblos un maestro que enseñe la riqueza y la fuerza de todas las grandes hazañas y grandes obras del ser humano. La elección que se presenta ahora al pueblo alemán es ya, *como mero acontecimiento* e independientemente del resultado, la demostración más patente de la nueva realidad alemana del Estado nacionalsocialista... Ha sido el *Führer* quien ha despertado plenamente esta voluntad en todo el pueblo y quien la ha fundido en *una única* decisión. Nadie puede permanecer ausente el día que se proclame esta voluntad. *Heil Hitler!* (Schneeberger 1962, documento nº 132)

Como puede observarse, predomina el lenguaje pseudorreligioso; a la persona iniciada, estas frases le suenan familiares, le recuerdan las fórmulas de abjuración y acto de fe del bautismo de las comunidades cristianas primitivas. La filosofía anterior a Heidegger era idolatría: «Nos hemos liberado.» Pero ahora, una vez que el Estado nacionalsocialista ha puesto manos a la obra, de acuerdo con «la exigencia originaria de todo ser para salvar y conservar su propia esencia», se pueden invocar los dogmas de fe de la verdadera filoso-

fía y se puede proclamar la nueva profesión de fe: «Y por eso proclamamos» —los que saben— que «la revolución nacionalsocialista conlleva la transformación total de nuestra existencia alemana.» A finales del otoño de 1933, Heidegger no podía haberse resignado todavía, ni muchísimo menos. Tampoco se resignó cuando, en noviembre de 1933, se hicieron públicas las nuevas estructuras directivas de la conferencia de rectores, en las que no se había incluido a Heidegger.

Pero todo esto no encerraba ningún compromiso. Heidegger sólo podía demostrar su valía dentro de su universidad, y después de ser nombrado *führer*-rector quiso convertir «las posibilidades dadas en una realidad verdadera y probada». *Hic Rhodos, hic salta!* Pero era un terreno pedregoso, difícil de labrar y con malas perspectivas de cara a la recolección. El alto vuelo de los discursos de Heidegger, de sus proclamas y declaraciones, contrastaba extraordinariamente con el trabajo realizado con el sudor de la frente sobre la tierra reseca.

Antes de interesarnos por los escasos y más bien pobres esfuerzos de Heidegger por llevar a cabo una reforma de la universidad, según las ordenanzas de remodelación del nacionalsocialismo, queremos mencionar algunos datos sobre los esfuerzos personales de Heidegger en relación con la oprobiosa ley del Reich de restablecimiento del funcionariado, promulgada el 7 de abril de 1933. Ya hemos tenido ocasión de mencionarla en anteriores ocasiones en relación con el decreto antijudío de Baden de abril de 1933. Esta ley se había dictado particularmente contra los funcionarios judíos y todos los funcionarios políticamente indeseables que, entre otras cosas, no garantizaban una actitud nacionalista. Como es lógico, todo rector de cualquier universidad alemana tenía que encargarse del cumplimiento de esta ley, en colaboración con el correspondiente ministerio de cultura de su Estado. La ley, a la que se sumaban un gran número de subordenanzas, era extraordinariamente complicada y ofrecía cierto margen de interpretación en lo tocante a los plazos y las excepciones contempladas. La aplicación de esta ley trajo consigo el gran éxodo del espíritu alemán y acarreó irreparables pérdidas en todas las disciplinas científicas, sobre todo en el campo de las ciencias de la naturaleza y la medicina.

Los que con más dureza sintieron el peso de esta ley fueron los profesores no titulares o asistentes judíos porque, debido a su corta edad, por lo general no pudieron acogerse a las medidas de excepción contempladas por la ley (por ejemplo, podía conservar su plaza

el que hubiera sido nombrado funcionario antes del 1 de agosto de 1914, o el que hubiera sido soldado en el frente). Uno tras otro, todos fueron privados de la *venia legendi.* También el asistente de Heidegger, el *Privatdozent,* Dr. Werner Brock , como ya dijimos. Y lo mismo le ocurrió a un joven colaborador científico de la Facultad de Medicina, el *Privatdozent* Dr. Hans Krebs, futuro Sir Hans Krebs, premio Nobel de medicina de 1953 por el descubrimiento del ciclo del ácido cítrico: fue en su departamento de la facultad de Friburgo donde realizó los trabajos que sirvieron como base para el descubrimiento que le valió el Premio Nobel. (véase su artículo, objetivo y humilde: «Cómo fui expulsado de Alemania», *Medizinhistorisches Journal,* vol. 15, 1980, pp. 357-377.)

La carta de Heidegger de 12 de julio de 1933 al Ministerio de Cultura, muestra lo difícil y controvertida que era la situación para el rector que, en esta carta, intervenía en favor de dos catedráticos de renombre mundial que se habían visto amenazados por la nueva ley (ambos cumplían los requisitos para ser amparados por las medidas de excepción). Se trataba de Eduard Fraenkel, profesor titular de filología clásica (del que ya hemos hablado anteriormente) y de Georg von Hevesy, catedrático de Química Física (premio Nobel en 1943); Heidegger resaltaba que «era plenamente consciente de la necesidad de aplicar la ley de restablecimiento del funcionariado», pero que pensaba que esto podía repercutir en perjuicio del mantenimiento y fortalecimiento de la consideración de la universidad y la ciencia alemanas ante la comunidad internacional. Y si se destituyera a ambos catedráticos judíos, cuyo extraordinario renombre científico estaba fuera de dudas, no podía dejar de haber una respuesta desfavorable, sobre todo en «los círculos intelectuales y políticos de mayor peso del extranjero».

Con Hevesy, Heidegger tenía en mano varios triunfos: este científico internacionalmente famoso, premiado varias veces, había conseguido muchos medios económicos a través de la Rockefeller-Foundation y los había invertido en la compra de nuevos aparatos para el nuevo departamento de química física. Estos fondos y, en general, toda la industria química, sufriría un tremendo menoscabo con su destitución, desde el momento en que Hevesy era prácticamente insustituible en el terreno de la investigación aplicada y la formación de químicos. Además, la familia Von Hevesy pertenecía a los círculos políticos dirigentes de Hungría. Un hermano, Paul von Hevesy, ha-

bía sido en su tiempo delegado en Madrid. Y Heidegger añadía que «un cese definitivo supondría un golpe del que el renombre de la ciencia alemana y precisamente también de nuestra universidad fronteriza no podría volverse a recuperar en los próximos tiempos.» Por otra parte, ambos eran miembros de distinguidas familias judías nobles con un carácter modélico; él podía garantizar que su conducta era intachable, «en la medida en que un juicio humano basta a este fin».

El ministerio destituyó a Fraenkel y conservó, probablemente por razones de utilidad y teniendo en cuenta la repercusión de su cese en el extranjero, al químico von Hevesy, quien después de un año se marchó voluntariamente a Copenhague y el 1 de octubre de 1934 fue cesado en el Estado de Baden por petición propia. En estos casos, Heidegger también tuvo que aceptar las decisiones del ministerio, pues su campo de acción era extremadamente pequeño.

¿Debía haber protestado o incluso dimitido en señal de protesta? Pero ¿son estos los criterios adecuados para juzgar a un rector que estaba convencido y era «plenamente consciente de la necesidad de aplicar la ley»? En el informe justificativo de 1983, *Hechos y reflexiones*, Martin Heidegger caracterizaba su situación personal del siguiente modo:

> Lo único fructífero, pero únicamente en un sentido negativo, fue que en el transcurso de la «acción de depuración», que muchas veces amenazó con exceder sus objetivos y sus límites, pude evitar ciertas injusticias y perjuicios para la universidad y mis colegas. Pero, luego continúa: «El trabajo meramente preventivo no se manifestaba en los resultados, ni tampoco era necesario que los colegas se enteraran de ello. Muchos colegas meritorios y de renombre, de las facultades de Derecho, Medicina y Ciencias, se asombrarían si supieran el destino que les aguardaba».

Heidegger alude en estas frases al parágrafo 4 de la ley. Son frases que sugieren algo oscuro, amenazador, escondido, oculto bajo el velo del misterio. Naturalmente, en las actas no se encuentra nada al respecto. Habría que preguntarse si todo figura en las actas, pero yo opino que seguramente no había ninguna oculta amenaza o casi ninguna. Las autoridades, al menos durante la primera fase del Tercer Reich, se comportaron por lo general dentro de la legalidad, por muy inhumanas que fueran las leyes.

Por ejemplo, dentro del distrito universitario de Friburgo sólo se conoce un caso —del período de rectorado de Heidegger— en que un profesor titular fuera cesado en virtud del parágrafo 4 de la citada ley. Se trataba del teólogo de la moral y científico de la caridad, Franz Keller, quien debido a su actitud pacifista, anterior a 1933, no ofrecía garantías de plena adhesión al Estado nacionalsocialista. En este caso, el ministerio de Karlsruhe actuó por voluntad propia, al menos formalmente, y puso en marcha el procedimiento de destitución. Ya se sabe que en aquellas semanas de profundos cambios políticos las denuncias anónimas estaban al orden del día. El vicerrector Sauer anotó en su diario, el día 2 de junio de 1933, que había observado en el rectorado que se había presentado una demanda contra el profesor de dogmática Engelbert Krebs; además, también se había elevado una grave acusación contra el economista Adolf Lampe (del que tendremos ocasión de volver a hablar), por haber calificado de absurdo al programa económico de los nazis durante la campaña electoral anterior a la elección de Hindenburg en 1932. Igualmente, Sauer también se había fijado en que se había «acusado gravemente» al profesor de teología moral Keller por sus ideas antinacionales y pacifistas.

EL CASO HERMANN STAUDINGER O LA OPERACION STERNHEIM

Un ejemplo de trabajo en colaboración con el cuadro de profesores nacionalsocialistas

Seguramente, en la vida de todo científico hay instantes en los que se queda desconcertado; éste es, por ejemplo, el caso del historiador cuando se topa con fuentes documentales que le resultan chocantes y que, en un principio, considera, y debe considerar, inauténticas. En la época en que buscaba documentos de archivo respecto al caso Heidegger, me sorprendió y, al mismo tiempo me dolió, encontrar entre las actas del Ministerio de Cultura de Baden un documento que implicaba al rector Heidegger, sin dejar lugar a dudas, en un asunto de denuncia política. Durante días permanecí perplejo, incapaz de determinar si debía dejar esos documentos *in situ*, es decir, no utilizarlos, o si debía publicarlos después de haberlos analizado y estructurado. ¡Que se las entienda con este caso el historiador que venga detrás! ¡Que cargue él con la fama de sabueso escudriñador de vidas ajenas! El oficio del artesano científico —pues esto es el historiador a los ojos del filósofo (o mejor dicho: a los ojos de ciertos filósofos)—, no es siempre fácil. Mi hallazgo se complicó porque no daba con ninguna explicación para la denuncia; hoy, esta explicación me sigue pareciendo imposible, a no ser que se recurra a interpretaciones psicológicas profundas.

El 11 de octubre de 1933 se redactó la siguiente nota en el Ministerio de Cultura de Karlsruhe: «El señor delegado de universidades ha ordenado con ocasión de su estancia en Friburgo, el 29 de

septiembre de 1933, y gracias a las informaciones proporcionadas por el rector de la universidad, el profesor Dr. Heidegger, que dicho rector emprenda las pesquisas pertinentes para comprobar si se dan los presupuestos contemplados por el parágrafo 4 de la ley de restablecimiento del funcionariado en el caso del profesor Dr. Staudinger.» Así se expresaba, en secos términos jurídicos, una situación de alta importancia desde un punto de vista psicológico e histórico.

De la densa y exhaustiva documentación sobre el caso se desprende que durante su etapa como rector, concretamente el día 29 de septiembre de 1933, y mientras el delegado de universidades de Baden, el profesor Fehrle, se encontraba en Friburgo (para arreglar el asunto del nombramiento de Heidegger como *führer*-rector a efectos del 1 de octubre), Heidegger había proporcionado informaciones a Fehrle sobre diferentes cargos políticos contra Hermann Staudinger, quien ya era por aquel entonces un químico eminente; el material informativo se refería a sucesos de la época de la primera guerra mundial y los primeros años de posguerra. Una vez informado, Fehrle puso inmediatamente una denuncia contra Staudinger, en la comisaría de policía de Friburgo, el día 30 de septiembre de 1933, es decir, justo «dentro de los plazos legales», ya que las denuncias por motivos políticos debían hacerse antes de que finalizara ese día. «Así pues, el proceso está en marcha», dice el dosier. A continuación, el servicio secreto de Policía del Estado (la Gestapo), de Karlsruhe, se hizo cargo de las pesquisas y comunicó al ministerio el 4 de octubre de 1933 que «para evitar confusiones, me permito señalar que en Friburgo utilizamos el pseudónimo "Sternheim" pasa designar al profesor Staudinger.» El rector de Friburgo, continuaba explicando el escrito, no había podido proporcionar a la Gestapo ningún dato útil y basaba sus «informes» únicamente en rumores, ¿pero circulaban realmente esos rumores?

En todo caso, la «operación Sternheim» se llevó adelante con toda discreción y eficacia. La Gestapo encontró lo que buscaba, no sólo en los servicios de distrito de Karlsruhe (Staudinger había trabajado hasta 1912 en la escuela superior técnica de Karlsruhe, al principio como asistente, después como *Privatdozent* y finalmente como catedrático extranumerario), sino sobre todo en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Berlín. En el transcurso de

los meses siguientes se reunieron hasta tres legajos de documentos, compuestos por informes procedentes del consulado general alemán en Zúrich y de la embajada alemana en Berna.

La Gestapo de Karlsruhe se empleó a fondo para solucionar el asunto por la vía rápida haciendo presión sobre el Ministerio de Asuntos Exteriores, que, a su vez, presionaba a la delegación alemana en Berna. El embajador alemán en Berna, el barón von Weizsäcker, más tarde secretario de Estado con el ministro de asuntos exteriores del Reich, von Ribbentrop, envió los documentos solicitados, por valija diplomática, en las navidades de 1933 [1]. Pero ¿qué había detrás de todo esto?

El químico Staudinger, que trabajaba en la universidad técnica federal de Zúrich como *Privatdozent*, había solicitado en 1917 la nacionalidad suiza, aunque sin intención de perder la nacionalidad alemana. Contemplado desde el exterior, se trataba de un asunto puramente formal. Sin embargo, el consulado general de Alemania en Zúrich había respondido negativamente a la petición de Staudinger considerando que éste, que había sido declarado no apto para el servicio militar en 1904, debía ser examinado nuevamente por el consulado general en Zúrich, en 1915, con intención de detectar una posible aptitud militar; Staudinger se había mostrado muy descontento, ya que había adoptado una postura pacifista. Como resultado del examen médico militar, Staudinger pasó a la reserva. En este contexto, los responsables militares alemanes hicieron algunos comentarios en la embajada de Berna relacionados con algunos datos obtenidos por el servicio de información según los cuales Hermann Staudinger era, supuestamente, consejero e informante del enemigo para la producción de productos químicos con fines militares, sobre todo colorantes. Para evitar un llamamiento a filas, puesto que ahora era reservista, Staudinger intentó naturalizarse suizo, aunque sin perder la nacionalidad alemana. La petición no fue atendida ya que Staudinger no presentaba las suficientes garantías de patrotismo. Había dado públicas muestras de antimilitarismo y rehusaba prestarle apoyo a la patria en la guerra. Además, en Zúrich se sabía muy bien «que no estaba dispuesto ni a acudir a filas, si era requerido, ni a poner su trabajo al servicio de la patria si se

[1] Archivo político del Ministerio de Asuntos Exteriores R III/218/3a. Un poco más adelante nos ocuparemos de otros materiales de este mismo archivo.

diera el caso»: así rezaban los argumentos manejados en 1918 para denegarle la nacionalidad.

Estas sospechas y acusaciones siguieron persiguiendo a Staudinger incluso después de la guerra. Lo que más se le reprochaba era no haber ocultado nunca su oposición absoluta a la corriente nacionalista que hacía furor en Alemania y haber declarado abiertamente más de una vez que no apoyaría nunca a su patria ni con las armas ni con su trabajo: esto es lo que decía el informe del cónsul general de Alemania enviado a Berlín en mayo de 1919, cuando Staudinger volvió a solicitar la doble nacionalidad, esta vez con éxito. Ciertamente, para concedérsela hubo que retirar algunas de las acusaciones anteriores, pero lo que nada podía cambiar ya era el hecho de que «el profesor Staudinger ha adoptado durante la guerra una actitud muy propicia a perjudicar la imagen de la causa alemana en el extranjero, teniendo en cuenta su posición de profesor universitario.» Incluso teniendo en cuenta la transformación política que había tenido lugar mientras tanto en Alemania, convenía atenerse a esa apreciación. Esto es lo que se decía en 1919. La Gestapo también destacó que a través de las actas diplomáticas se había podido saber que en 1917 Staudinger había apoyado al profesor Dr. Nicolai, un pacifista que se había negado a jurar bandera durante la guerra, y que incluso había colaborado con él en asuntos literarios. En realidad, para comprender la gran cantidad de matices que se ocultaban tras la postura política de Staudinger habría que remontarse muy atrás: él y su mujer estaban vinculados a un círculo pacifista de orientación religiosa agrupado en torno al pastor protestante Ragaz, quien, a consecuencia de sus actividades, perdió su puesto. Pero nos limitaremos a los datos expuestos [2].

La Gestapo había reunido suficiente material, de manera que el 25 de enero de 1934 el servicio central de Karlsruhe pudo comunicar al ministerio lo siguiente: «Adjunto los documentos enviados por el ministerio de asuntos exteriores junto con las actas relativas al asunto de la nacionalidad. Supongo que el contenido de las actas diplomáticas bastará para la ejecución del proceso».

[2] Véase Markus Mattmüller, *Leonhard Ragaz und der religiöse Sozialismus*, vol. I, Basilea 1957, vol. II, Zúrich 1968. Las referencias a Hermann y Dora Staudinger se encuentran en el volumen II.

El 6 de febrero de 1934, después de enviarle los documentos sobre el caso, se exigió al rector Martin Heidegger que indicara cuál era su opinión lo más rápidamente posible: «puesto que la aplicación del parágrafo 4 de la ley debe suceder antes del 31 de marzo de 1934, por lo que le ruego resuelva el asunto urgentemente.» El rector de Friburgo se apresuró y procuró su informe el 10 de febrero a la vez que devolvía los expedientes sobre el caso: se trataba de un informe destructivo, pero a la vez muy revelador, que ostentaba el membrete del rectorado de la Universidad de Friburgo, aunque, naturalmente, sin número de registro y plagado de errores tipográficos, como si hubiera sido escrito por una mano inexperta. Tras un análisis minucioso del abundante material, Martin Heidegger enumeraba en cuatro puntos una lista de acusaciones y reproches contra Hermann Staudinger y declaraba que:

Del estudio del dosier reunido sobre el profesor Staudinger con objeto de saber si se le puede aplicar el parágrafo 4 de la ley de restablecimiento del funcionariado, se desprende lo siguiente: 1) Todos los informes del consulado general de Alemania en Zúrich, de la época de la guerra, y sobre todo el escrito del secretario de la delegación consular, Von Simon, de 15.10.1917, hablan de la procuración de procedimientos alemanes de fabricación de productos químicos para el extranjero (enemigo). 2) En enero de 1917, es decir, en el momento de mayor peligro para la patria, St. solicitó la ciudadanía suiza sin mediar una necesidad de tipo profesional u otras. El consulado general de Alemania impidió que se concediera la demanda. 3) El 9.1.1919, es decir, inmediatamente después de la derrota alemana, St. renovó su solicitud de permiso de ciudadanía en Suiza, según sus palabras «teniendo en cuenta la nueva situación política, tanto interna como externa, de Alemania». La ciudadanía fue concedida el 23.1.20, sin esperar el permiso por parte alemana. St. pretendió haber obtenido la autorización del servicio de distrito de Baden, el 15.1.1919, y no estar ya en posesión del documento. Este documento está grapado en el dosier número 1 del caso. No contiene ni rastro de la supuesta autorización. Los informes del consulado general de Alemania en Zúrich, del 12 de enero de 1918 y del 1 de mayo de 1919, contienen declaraciones muy agravantes. Según dichos documentos, Staudinger «nunca ocultó que era completamente opuesto a la corriente nacionalista alemana y declaró repetidas veces que nunca apoyaría a su patria ni con las armas ni con su trabajo». El embajador Adolf Müller, que después se hizo marxista, califica significativamente a Staudinger de idealista. Otro hecho no menos agravante es que en 1917 Staudinger redactó una solicitud, desde Zúrich, en favor del pacifista médico Nicolai, que se había negado a jurar bandera.

El veredicto final de Heidegger, una tremenda sentencia, habla por sí mismo:

Estos hechos exigen por sí mismos la aplicación del parágrafo 4 de la ley de restablecimiento del funcionariado. Dado que, desde que se hizo público el nombramiento de Staudinger en Friburgo, en 1925-1926, estos hechos son muy conocidos en el medio alemán y desde entonces no han dejado de serlo, también la reputación de la Universidad de Friburgo exige que se tomen medidas, sobre todo porque ahora Staudinger declara ser amigo al 110% del pronunciamiento nacional. Creo que lo más conveniente sería la destitución, en lugar de la jubilación anticipada. *Heil Hitler!*

Naturalmente, ahora tendremos que sopesar, uno por uno, los diferentes puntos de la acusación. Para empezar, la acusación de traición por haber revelado secretos de fabricación no fue mantenida, finalmente, ni por los propios nazis. ¡Sin embargo, Heidegger lo considera un hecho probado! ¡Y por ese motivo, la reputación de la Universidad de Friburgo exigía la destitución de este químico de renombre internacional, miembro de numerosas sociedades científicas alemanas y extranjeras, futuro premio Nobel! Pero Heidegger se basaba en lo siguiente: previamente al nombramiento de Staudinger en el año 1925, se había comentado públicamente, después de la primera guerra, su actitud pacifista durante la misma y su controvertido debate con Fritz Haber, el descubridor de la síntesis del amoniaco, a propósito de la utilización de gas tóxico por parte de Alemania; en resumidas cuentas: se había puesto en entredicho la actitud de Staudinger respecto a su patria. Interpelado por la propia universidad, Staudinger expuso su postura respecto a la Alemania del momento, aportó los documentos correspondientes y consiguió acabar con las sospechas de algunos profesores de ideología nacionalsocialista de la Facultad de Matemáticas y Ciencias Naturales de la Universidad de Friburgo [3].

Hasta donde podemos probarlo, la antigua actitud política de Staudinger quedó olvidada en los medios universitarios de Friburgo. El profesor realizaba su trabajo científico y dirigía con éxito el laboratorio de química. Pero, existían ciertos problemas que vamos a co-

[3] Véase Claus Priesner, «Hermann Staudinger und die makromolekulare Chemie in Freiburg. Dokumente zur Hochschulpolitik 1925-1955», en: *Chemie in unserer Zeit*, año 21, 1987, pp. 151-160.

mentar ahora mismo. De acuerdo con la opinión del rector de Friburgo, el Ministro de Cultura expuso la siguiente solicitud ante el ministerio de Estado el 22 de febrero de 1934: «El ministerio de Estado quiere proponer al *Reichsstatthalter*, que destituya al profesor Dr. Hermann Staudinger de su cargo de funcionario de Baden a partir del día de apertura de este proceso.» Según este documento, durante el interrogatorio al que fue sometido, Staudinger no fue capaz de aducir ningún argumento en contra de las acusaciones de comportamiento antialemán durante la guerra. «Ante estos hechos, no se puede contemplar al profesor Staudinger como educador de los jóvenes universitarios alemanes; considero que se dan los presupuestos necesarios para su cese en las funciones universitarias, de acuerdo con el parágrafo 4 de la ley...», opinaba en conclusión el Ministro de Cultura, adjuntando las actas del interrogatorio para añadir al sumario.

Efectivamente, con anterioridad a esta solicitud se había procedido a un interrogatorio al que el profesor de química fue convocado telefónicamente por el Ministerio de Cultura el 17 de febrero de 1934. El interrogatorio se convirtió en una humillación para este hombre, que adoptó una actitud muy moderada; el Estado totalitario ya mostraba sus garras y dejaba ver su auténtico rostro. Hermann Staudinger, que nunca supo que debía su «caso» a la iniciativa de Heidegger, se vio confrontado a graves acusaciones y, como no estaba preparado, fue hábilmente relegado a una posición defensiva. Tuvo que luchar, por decirlo de algún modo, con la espalda contra la pared; además, tampoco podía negar de manera convincente los reproches que se le hacían.

Por ejemplo, se le acusó de haber publicado en 1917 en el periódico *Friedenswarte* un artículo que concluía diciendo: «Una futura guerra podría acarrear una destrucción insospechada y, en esta situación, la cuestión de una paz verdaderamente duradera se aparece ante toda la humanidad como una tarea que debe ser resuelta hoy, y no más tarde, si los pueblos civilizados no quieren caer bajo la amenaza de la aniquilación. Una paz que se redujera a una especie de alto al fuego sería lo peor que le podría ocurrir a Europa.» Todo esto, y muchas más cosas, se le reprochaban ahora a Staudinger. El químico adujo en su defensa, el año 1934, que no era pacifista en el sentido estrictamente religioso de los cuáqueros o los objetores de conciencia, sino pacifista «en razón de mi concepción sobre el significado de la técnica en la guerra.» Además, subrayaba que hacía

tiempo que había abandonado sus anteriores ideas políticas. Desde el principio de su actividad en Friburgo ya no se le podía acusar de «falta de patriotismo». Por el contrario, había «celebrado con alegría la irrupción de la revolución nacional». Además, ahora podía «desarrollar en el Estado nacionalsocialista unas posibilidades de actividad extraordinariamente amplias». La industria tampoco le reprochaba ya su pasado.

A continuación, Staudinger intentó inclinar la balanza a su favor aduciendo todos los conocimientos especializados que podía aportar a la nueva Alemania, que aspiraba a la autarquía económica. El 25 de febrero de 1934 publicó en el diario de Düsseldorf, *Völkischen Zeitung*, un largo artículo sobre el tema, «La importancia de la química para el pueblo alemán», y envió personalmente (a principios de marzo de 1934) una tirada especial del mismo al Ministro de Cultura como muestra de buena voluntad. También intervino en favor de Staudinger el alcalde nacionalsocialista Dr. Kerber, que se había enterado por algún conducto del inminente cese del químico. Y hasta el propio rector Heidegger intervino en el asunto el 5 de marzo con un nuevo escrito (también encabezado con el membrete «Rectorado académico de la Universidad de Friburgo», y de nuevo sin número de registro, de manera que no existe copia alguna en la Universidad de Friburgo). Heidegger se remitía a las normativas contempladas en el caso del profesor de teología moral Keller, que en lugar de haber sido destituido, sólo había sido jubilado anticipadamente.

> Después de maduras reflexiones, me parece aconsejable buscar también en el caso St. una solución de ese tipo, sobre todo teniendo en cuenta la posición que ocupa el interesado en el extranjero dentro de su disciplina. No necesito señalar que, desde luego, no se puede cambiar nada *en el propio asunto*. De lo único que se trata es de evitar, en la medida de lo posible, una determinación que pueda perjudicar a la política exterior.

Esto es lo que opinaba el rector Heidegger, utilizando un argumento que ya había manejado en julio de 1933 en favor de los profesores von Hevesy y Fraenkel. Así pues, lo único que pedía finalmente en el caso Staudinger era la reducción del «castigo».

El Ministerio de Cultura dictó una sentencia salomónica, no exenta de ciertos rasgos grotescos. Se retiró la demanda ante el ministerio del Estado, se volvió a convocar a Staudinger telefónica-

mente y se le sometió a una humillación; tuvo que solicitar él mismo su destitución formal y esa solicitud fue incluida durante seis meses en acta. Como las acusaciones se basaban en hechos que se remontaban muy atrás, la solicitud de destitución sólo se «verificaría efectivamente si volvieran a surgir nuevas sospechas.» Dichas sospechas no aparecieron, porque el químico implicado, sometido a permanente vigilancia, optó por adaptarse a las circunstancias y sobre todo supo demostrar que era imprescindible para la futura política autárquica, de modo que, según lo acordado, Staudinger pudo retirar su demanda en octubre de 1934. El caso estaba cerrado y Staudinger había salido bastante bien parado. Pero no todo el mundo tuvo tanta suerte como él, como veremos más adelante.

¿Qué nos enseña la «operación Sternheim», en relación con nuestro planteamiento? ¿Cuáles eran los motivos profundos de Heidegger para denunciar de manera tan fea a un miembro tan famoso de su universidad y para pedir la destitución del colega después de examinar las actas de la Gestapo? ¿Acaso el componente nacionalista del que Heidegger estaba penetrado le hacía suponer que verdaderamente el pasado político de Staudinger no ofrecía ninguna garantía para el presente y el futuro? Confieso que no tengo respuesta. Lo único que sé es que este suceso, que duró seis meses desde el momento de la denuncia hasta su conclusión, nos proporciona una visión muy negativa de la estructura psicológica de Heidegger y sus convicciones profundas. Precisamente, en las semanas en las que Heidegger siempre pretendió haber roto tajantemente con el nacionalsocialismo, se dedicaba en realidad a este oscuro juego detrás de bastidores en estrecha combinación con los informes e interrogatorios de la Gestapo, poniendo la vida de un científico intachable al borde de la ruina. El único gesto de clemencia que se permitó el rector fue pedir una sentencia más benigna: en lugar de la destitución sin sueldo, la jubilación. Y si se mostró benigno fue sólo por consideración con las opiniones de los países extranjeros, en donde presumiblemente el «trato» que se pensaba dar a Staudinger originariamente podía provocar indignación. Pero, evidentemente «no se puede cambiar nada en el propio asunto». Una frase tan ambigua como trasparente al mismo tiempo.

Pero tenemos que ahondar mucho más, porque el caso «Staudinger» demuestra que Heidegger había planeado todo escrupulosamente desde hacía tiempo y no había dejado nada al azar. Y además

es un «caso» que se integra dentro de un contexto interesante. Tras las primeras publicaciones de mis hallazgos, se ha dicho en numerosas ocasiones que no se había podido demostrar con plena seguridad que el rector de Friburgo pusiera en marcha esta operación y que seguramente si intervino fue por orden del ministerio de Karlsruhe. Incluso cuando el dosier que pude examinar en 1984 demostró la veracidad de los datos, algunas voces permanecieron escépticas. En los últimos tiempos se han podido establecer los hechos con toda exactitud: las pesquisas realizadas en el archivo político del Ministerio de Exteriores sacaron a la luz que el rector Heidegger ya había hecho buscar en Zúrich en julio de 1933 a un hombre de confianza: el *Privatdozent* de física, Dr. Alfons Bühl. El 28 de julio de 1933, un colaborador del consulado general de Alemania expuso lo siguiente:

> El *Privatdozent* Dr. Bühl me comunicó que el rector de la Universidad de Friburgo le había encomendado reunir material sobre el profesor Staudinger, quien en estos momentos es profesor en la Universidad de Friburgo, ya que circulan por allí diferentes rumores sobre su negativa a portar armas, etc. Con la autorización del señor cónsul general he propuesto al señor Bühl que haga saber al rector de Friburgo que en el servicio de distrito de Baden, en Karlsruhe, hay material sobre el señor Staudinger del año 1919.

Esto nos permite obtener una visión del grupo de profesores nazis de Friburgo. El profesor Dr. Bühl [4], nacido en 1900, se doctoró en Heidelberg en 1925 bajo la dirección del premio Nobel, Philipp Lenard, el fundador de la física arioalemana, y se habilitó como profesor en 1929, en Friburgo, con Gustav Mie; a partir del otoño de 1931 y hasta octubre de 1933 ocupó un puesto de asistente en el departamento de física de la universidad técnica federal de Zúrich, es decir, en la universidad en la que había trabajado antes Hermann Staudinger. Bühl mantenía su residencia principal en Friburgo. Se contaba dentro del grupo interno de profesores de universidad nacionalsocialistas, es decir, formaba parte del pequeño cuadro que algunos meses antes había alzado a Heidegger al puesto de rector. Ahora, gracias a su conocimiento de los entresijos de la Universidad de Zúrich, podía ocuparse de las pesquisas sobre el pasado del químico Hermann Staudinger.

[4] Acerca de Bühl véase en general la obra de Alan D. Beyerchen, *Wissenschaftler unter Hitler. Physiker im Dritten Reich*, Colonia, 1980, *passim*.

El profesor Bühl era de fiar, de todo fiar, en sentido nacionalista; después de la primera guerra mundial, en la que participó durante los últimos meses del conflicto, se alistó como voluntario en Berlín; en diciembre de 1918 participó, en el seno del «Escuadrón de Hierro» en los combates contra la agrupación Espartaco y continuó dentro de esa unidad hasta mayo de 1920, realizando paralelamente sus estudios de física. A partir de 1921 trabajó junto a Lenard, en Heidelberg, y en 1922 tomó parte en las luchas en el Ruhr. Si bien no destacó precisamente en el terreno científico, en contrapartida dio pruebas más que suficientes de compartir la concepción del mundo adecuada al momento. Este profesor Bühl, a quien Heidegger encomendó la misión, era uno de esos pocos científicos que buscaban el camino «alemán» dentro de un tipo de pensamiento «propio de la raza» que aún se veía sensiblemente entorpecido por el gran número de personas que permanecían prisioneras del pensamiento «judío»: era un discípulo de Philipp Lenard y un agitador. Por eso, no es de extrañar que Lenard se cuidara desde Heidelberg de que el militante Bühl ocupara interinamente la cátedra de Física de la Universidad Técnica de Karlsruhe, que había quedado vacante debido a una destitución por motivos políticos, y de que incluso acabara obteniendo la titularidad en contra de la voluntad de la universidad.

En efecto, también en Karlsruhe se había destituido a un científico apelando, con éxito, al parágrafo 4 de la oprobiosa ley citada: en septiembre de 1933 se emprendió un procedimiento de destitución contra Wolfgang Gaede, un físico de gran reputación sin el cual nunca se hubiera concebido la física del alto vacío. Se le denunció por haber dicho —según el diario nazi *Der Führer*— que sin los judíos Alemania se iría a pique. «Ya es hora de que desaparezca semejante profesor de la universidad.»

En 1934 el procedimiento había concluido. Se trata de un caso paralelo al de Hermann Staudinger. El profesor Dr. Bühl ofrece la posibilidad de vincular ambos asuntos y tal vez hasta la de aventurar una hipótesis: el titular de Karlsruhe fue denunciado para que Bühl, un físico más joven, alemán y ario, ocupase la plaza. ¿Tal vez el caso Hermann Staudinger encerraba una motivación similar?

Heidegger no padeció una amenaza parecida hasta doce años más tarde, en el marco de un procedimiento público conducido por el gremio académico. En aquel momento, se le exigieron responsabilidades. Si se hubiera conocido el caso Staudinger, la llamada «opera-

ción Sternheim», Heidegger no habría tenido la menor posibilidad de rehabilitación, porque, en efecto, semejante fallo humano, en el marco de su síndrome de orgullo ideológico-político, lo hubiera marcado a fuego para siempre.

En una de las muchas versiones de su defensa, concretamente la del 15 de diciembre de 1945, Heidegger envió a su colega Constantin von Dietze, presidente del comité político de depuración, un comunicado que puso punto final al asunto de la denuncia, aunque desde luego de manera sibilina y sólo comprensible a los iniciados. Según expone allí Heidegger, a partir de 1935, no dejó de advertir que las ciencias se estaban entregando cada vez más a la técnica y en el verano de 1938 hasta sostuvo una conferencia sobre el tema titulada «La fundamentación de la moderna concepción del mundo sobre la metafísica». Se publicó un artículo malévolo al respecto en el órgano del partido nazi, *Der Alemanne*.

A continuación del reportaje publicado en el suplemento del diario sobre «la interesante conferencia de la velada», se insertó estratégicamente una nota en la que se informaba de que en aquellos momentos la sociedad de química estaba reunida en consejo permanente en Friburgo y que la universidad participaba en esos trabajos para el plan cuatrienal. La conferencia del «profesor Heidegger, que sólo debe su fama al hecho de que nadie es capaz de comprenderlo, y que enseña la nada (es decir, el nihilismo)», se veía rebajada en comparación con el trabajo «vital» que realizaba la ciencia especializada.

Heidegger no recordaba el contenido exacto de dicho artículo, pero tenía razón en cuanto al espíritu que lo animaba. Efectivamente, *Der Alemanne*, que antaño fuera el órgano de difusión de Heidegger, atacaba duramente al filósofo y a su filosofía y, siguiendo el espíritu del momento, sólo se ocupaba del plan cuatrienal. Y de pronto, he aquí que se solicitaba y apreciaba más al químico Staudinger que al pensador Heidegger, a quien se hacía pasar por esa afrenta, desde luego de ámbito meramente local. Un hábil maquetado del diario situaba inmediatamente por debajo del irrespetuoso artículo sobre la conferencia de Heidegger, el siguiente texto:

Plan cuatrienal y química

El 15 de junio, a las 12.15 horas, y en el marco de la semana universitaria, tendrá lugar la apertura de los nuevos locales del departamento de quí-

mica en el número 21 de la Albertstraße. A este acto acudirán el rector de la Universidad de Friburgo, el presidente de la cámara de industria y comercio y otras personalidades interesadas en la investigación química. A continuación, el profesor Dr. H. Staudinger sostendrá una conferencia sobre «El plan cuatrienal y la química».

Sólo Heidegger podía apreciar la ironía escondida en estas frases. Y como la apreciaba en toda su mordacidad se soliviantó hasta el punto de tomarlo como una grave ofensa. En esta ocasión tal vez no haya que tomar muy en serio la frase de Heidegger que dice: «La historia secreta del decir no conoce el azar. Todo es providencia.» Pero por otra parte, tampoco está prohibida semejante asociación.

Al contemplar estos datos, que iluminan con luz casi excesiva cuál era la «verdadera» posición de Heidegger durante el Tercer Reich, su postura respecto al nacionalsocialismo y el Estado del *Führer,* no resulta fácil someter a un análisis riguroso lo que dice el filósofo en *Hechos y reflexiones* sobre su distanciamiento, cada vez mayor, respecto al nacionalsocialismo y sobre sus esfuerzos por preservar la ciencia de la politización. Lo mismo se puede decir respecto a los motivos y modalidades de su renuncia al rectorado. No se puede dejar de comparar el informe justificativo del rector Heidegger con los documentos de los archivos, en los que se plasma de manera trasparente la psicología de Heidegger. Pues el escrito de justificación del filósofo evoca una imagen, basada en recuerdos, que tiene demasiados rasgos positivos y en numerosos puntos (detalles o asuntos importantes) no soporta una comprobación objetiva con ayuda de métodos históricos.

La ambigüedad que Heidegger podía mostrar en este terreno se comprueba observando la actitud que adoptó cuando otro miembro de la Facultad de Matemáticas y Ciencias Naturales fue denunciado por un colega y el ministerio emprendió pesquisas para ver si se le podía aplicar el parágrafo 4 de la citada ley. Se trataba del profesor encargado de curso Dr. Johann Georg Königsberger, un gran especialista en geofísica que había sido denunciado de la manera más malévola por su colega, el profesor Dr. Wilhelm Hammer, por su pasado «marxista» (en diciembre de 1933). El rector Heidegger respondió (en respuesta formal conforme a las normas y por lo tanto archivada en la universidad) el 16 de enero de 1934 (es decir, casi al mismo tiempo en que estaba ocurriendo el caso Staudinger), proponiendo

no emprender ninguna medida contra Königsberger, puesto que éste vivía retirado desde hacía muchos años, ya no tenía ninguna actividad política y sólo estaba dedicado a su trabajo científico. El acusado —continuaba Heidegger— había declarado en el cuestionario que se le había hecho rellenar que había pertenecido al SPD [Partido Socialista alemán] hasta principios de 1932. También había que considerar que «los aparatos del departamento de matemáticas y física de la universidad son casi todos propiedad privada del profesor Königsberger y en caso de jubilación anticipada seguramente dejarían de poderse usar» [5].

Esta conducta de Heidegger, tan equilibrada y mesurada, hace todavía más verosímil que su tenaz insistencia en el caso Staudinger se debiera únicamente a motivos personales.

[5] Archivo de la Universidad de Friburgo.

EL PROYECTO «CAMPAMENTOS CIENTIFICOS»

El reagrupamiento de todas las fuerzas de los cuerpos de profesores y alumnos disponibles para la revolución nacional, que culminó en las jornadas elitistas de formación de Berlín, era una especie de contrapartida positiva —el «despertar del espíritu alemán»— frente a la quema de libros planeada «contra el espíritu antialemán», una especie de «desarrollo consecuente de la primera acción», tal como escribía el director del servicio central de educación política de la corporación de estudiantes alemanes, Georg Plötner, el 29 de mayo de 1933, en una carta al fiel seguidor de Heidegger, el *Privatdozent* Rudolf Stadelmann de Friburgo, en la que discutía con el historiador acerca de la «universidad política»: Stadelmann se había mostrado dispuesto, de acuerdo con Heidegger, a apoyar a la dirección de la corporación de estudiantes alemanes en su lucha revolucionaria. El 25 de mayo de 1933, escribió lo siguiente en una carta dirigida a Berlín: «La universidad política no es tal porque la "política" sea su tarea central, sino porque está constituida por hombres políticos». En su carta de respuesta, Plötner expresaba la esperanza de que Heidegger quisiera prestarles una parte de su discurso del rectorado o de algún otro artículo que sirviera para «despertar el espíritu alemán». Además, añadía Plötner, Heidegger iba a acudir a las primeras jornadas de los *führer* de Berlín [1].

[1] Legado de R. Stadelmann, Bundesarchiv de Coblenza.

El resultado de estas primeras jornadas de formación del Servicio de Ciencia de la corporación de estudiantes alemanes, que tuvieron lugar el 10 y 11 de junio de 1933, debía ser la constitución de una auténtica «comunidad universitaria basada en las relaciones de confianza entre el cuerpo de profesores universitarios y el cuerpo de estudiantes y arraigada sobre el suelo de una nueva ciencia», así como la obtención de «una auténtica vinculación de la universidad con la vida profesional del pueblo que arranque de un trabajo común, en las distintas especialidades, del cuerpo de estudiantes y los trabajadores ya profesionalizados.» El discurso del rectorado de Heidegger, en el que imponía a los estudiantes alemanes el triple servicio del trabajo, las armas y el saber, constituía hasta cierto punto el trasfondo espiritual de las jornadas de Berlín, en las que Heidegger habló sobre la investigación y la docencia, mientras que Baeumler trató sobre «las especialidades de la nueva universidad». La interrelación entre los nuevos elementos constitutivos del cuerpo de estudiantes y del cuerpo de profesores debía surgir y fortalecerse en el campamento científico: una concepción genuina de Heidegger, que se declaró dispuesto a organizar en Todtnauberg una especie de campamento científico piloto en el que se debía formar ya a un grupo de nuevos estudiantes y profesores políticos. En el campamento científico debía nacer una relación de confianza espiritual entre los profesores universitarios y los estudiantes, gracias al trabajo científico en común, que debía ser entendida como un sentimiento de camaradería en la lucha política y, por otra parte, también debía tener lugar el encuentro y contacto entre los estudiantes y los trabajadores.

El concepto de ciencia tematizado en Berlín también era el del discurso del rectorado de Heidegger: «La ciencia es la capacidad de sostenerse, en actitud de cuestionamiento, en medio del ente en su totalidad, que siempre trata de esconderse. Esta constancia de la actuación sabe de su impotencia frente al destino.» Naturalmente, esta esencia inicial de la ciencia se había visto ocultada por la posterior interpretación del mundo teológico-cristiana y el pensamiento técnico-matemático de la edad moderna, pero el inicio *aún* perduraba y había penetrado el futuro. «Se encuentra allí como ese lejano mandato por encima de nosotros de que recuperemos su grandeza». La actitud anticristiana de Heidegger —«irrupción del cristianismo en la vida espiritual alemana»— fue destacada en Berlín de modo aún más agresivo: lo que se quería era, finalmente, inculcar una formación. No

sabemos todavía qué fue lo que dijo exactamente Heidegger en Berlín, pero debió de ser algo tan fuerte y atrevido que Heidegger reclamó el manuscrito para que sólo circulara en grupos privados, impidiendo tajantemente su publicación. Según la descripción que hacía la revista nazi *Der Deutsche Student* (número de agosto de 1933), el estudiante de la nueva universidad debía sentirse sobre suelo seguro,

gracias a la vinculación con una ciencia que procede de nuestro espíritu, una ciencia que ha vuelto a despertar a la realidad vital de la naturaleza y de la historia desde el sueño encantado de un ideologismo de todos los matices, alejado de toda realidad y estéril, en el que había caído debido a la irrupción del cristianismo en la vida espiritual alemana y que se ha vuelto a liberar ahora de la esclavitud del mercadillo positivista de los hechos.

No sabemos cuántos campamentos científicos fueron organizados y dirigidos por Heidegger en el verano y otoño de 1933, es decir, en una época de grandes cambios, en que incluso la élite de la dirección de la corporación de estudiantes alemanes fue disuelta y sustituida y en la que muchos procesos permanecían invisibles a los ojos de un rector político de provincias. Como estos campamentos científicos funcionaban un poco a la sombra, casi fuera de la legalidad (por ejemplo, el campamento militar dirigido por la agrupación SA de los estudiantes) y tenían un carácter más bien elitista, es difícil sacar conclusiones válidas para un estudio de tipo histórico.

Tal vez puedan abrirnos camino los dos documentos al respecto publicados hasta ahora: uno de ellos es la descripción de un participante en uno de los campamentos, el estudiante de teología Heinrich Buhr, y otro es la descripción hecha por el propio Heidegger en su escrito justificativo de 1983.

El futuro pastor protestante Buhr escribía así sus vivencias en el campamento científico de Todtnauberg:

Creo que fue en el otoño de 1933, en Todtnauberg, cuando, siendo yo un joven estudiante de teología evangélica, escuché por vez primera a Martin Heidegger en un discurso dirigido a los representantes de los estudiantes de las universidades de Heidelberg, Friburgo y Tubinga. Yo era el único teólogo del grupo y el único que reconocía su vinculación con la teología. Martin Heidegger sostuvo un discurso que, hasta donde yo pude comprender, iba dirigido contra el cristianismo, contra la teología cristiana, contra la

intepretación cristiana de la existencia, de la realidad. Según Heidegger, si se quería atacar al cristianismo no bastaba con enfrentarse al segundo artículo de esta doctrina (el que dice que Jesús es Cristo), sino que había que empezar por rechazar el primer artículo, el de que un dios ha creado y conserva el mundo y el ente es sólo un producto fabricado por una especie de artesano. Pues es en ese artículo donde, según él, se escondía el fundamento de un concepto negativo del mundo, que lo desprecia y lo niega; además es también causa de ese falso sentimiento de seguridad y protección basado en falsas representaciones del mundo inventadas por el hombre en contra de esa noble y grandiosa sabiduría sobre la inseguridad del Dasein. Esto es aproximadamente lo que entendí entonces y he conservado en mi recuerdo. Como era lector de Ernst Jünger (estoy pensando en *Das abenteurliche Herz*) estas ideas no me resultaron desconocidas [2].

Los recuerdos de Buhr eran correctos, basta con leer ese libro para comprobarlo.

En su célebre escrito justificativo, Heidegger decribe por primera vez detalladamente todo lo referente al «Campamento de Todtnauberg» (estos pasajes no se encuentran en las actas del procedimiento político de depuración de 1945). Heidegger sitúa dicho campamento, que resultó un fracaso, en relación con sus esfuerzos por imprimir un rumbo contrario a la corriente de la doctrina del partido nazi y evitar la «influencia de los funcionarios del partido». A fin de poder comprender este asunto, extremadamente complejo, es absolutamente necesario reproducir una larga cita del informe justificativo:

Un signo característico de lo que iba a ser el semestre de invierno del 33/34 fue el «Campamento de Todtnauberg», que debía preparar a profesores y estudiantes para el auténtico trabajo del semestre y aclarar mi concepción de la esencia de la ciencia y el trabajo científico por medio del debate y la discusión sobre el tema.

La elección de los participantes en el campamento no se llevó a cabo según los puntos de vista de la pertenencia al partido o la actividad en pro del nacionalsocialismo. Una vez que se dio a conocer en Karlsruhe el plan del campamento, vino una petición de Heidelberg para enviar también a algunos participantes; Heidelberg llegó a un acuerdo con Kiel a este respecto.

Intenté aclarar el núcleo del discurso del rectorado por medio de una conferencia sobre la universidad y la ciencia y presentar de modo más penetrante la tarea de la universidad teniendo en cuenta los peligros ya mencio-

[2] En Neske, 1977, p. 53.

nados. En seguida tuvieron lugar charlas muy fructíferas en los distintos grupos, sobre saber y ciencia, saber y fe y fe y concepción del mundo. Por la mañana del segundo día llegaron súbitamente en automóvil, sin previo aviso, el jefe de los estudiantes del distrito, Scheel, y el señor Dr. Stein, que sostuvieron animada conversación con los participantes procedentes de Heidelberg, cuya «función» se iba aclarando lentamente. El señor Dr. Stein expresó su deseo de dar una conferencia. Habló sobre la raza y el principio racial. Los participantes en el campamento escucharon la conferencia, pero no se volvió a hablar sobre ella. La auténtica misión del grupo de Heidelberg era sabotear el campamento. Pero, en realidad, su objetivo no era el propio campamento, sino la Universidad de Friburgo, cuyas facultades no debían ser dirigidas por personas del partido. Se produjeron sucesos desagradables y, en ocasiones, hasta dolorosos, que sin embargo no hubo más remedio que soportar si no se quería que fracasara por adelantado todo el próximo semestre de invierno. Tal vez hubiera sido mejor dimitir en aquel mismo instante. Pero en aquellos momentos no contaba todavía con lo que pronto iba a ser manifiesto: la creciente hostilidad tanto por parte del ministro y el grupo de Heidelberg del que dependía, como por parte de mis colegas. (Heidegger 1983, pp. 53 ss.)

La concepción y estuctura interna del primer campamento científico especializado de Todtnauberg, que duró del 4 al 10 de octubre de 1933, se ha podido reconstruir bastante bien gracias al legado de Rudolf Stadelmann, que en aquella época era *Privatdozent* de la Universidad de Friburgo [3]. Heidegger se hizo responsable de los profesores titulares y asistentes, pero no en calidad de rector. Había seleccionado «para este primer intento» a un grupo bastante reducido entre un gran número de personas interesadas. El grupo de profesores debía llevar a cabo el «trabajo de campamento» con los estudiantes, que también habían sido cuidadosamente seleccionados, siguiendo el ritual propio de la disciplina de campamento nacionalsocialista: partida de la universidad en buen orden; «se alcanzará la meta a pie» —a pesar de estar situada a una buena distancia de Friburgo—, «se llevará el uniforme de la SA o las SS o, eventualmente, el de los "Cascos de Acero" con brazaletes»; el plan cotidiano de trabajo se exten-

[3] Legado de Stadelmann, Bundesarchiv de Coblenza R 183. Junto a las circulares, también están guardadas allí las cartas de Heidegger a Stadelmann del 11 y el 23 de octubre de 1933, así como una larga carta de Stadelmann a Heidegger del 16 de octubre de 1933. Esta correspondencia proporciona numerosos datos que facilitan la comprensión de las relaciones entre jefes y seguidores.

día desde el toque de diana a las 6 de la mañana hasta el toque de retreta a las 22 horas. Naturalmente, la vuelta también debía realizarse a pie. Tal como lo describe Heidegger en un comunicado a los profesores participantes, de 22 de septiembre de 1933, los objetivos del campamento eran los siguientes:

El auténtico trabajo del campamento consiste en meditar sobre los caminos y medios para combatir por la consecución de una futura «alta escuela» [universidad] del espíritu alemán. Esto exige:

1) Tornarnos conscientes de la actual situación de la entidad universitaria (cuerpo de estudiantes, cuerpo de profesores, estados federales y gobierno central).
2) La descripción vívida de los objetivos de una revolución nacionalsocialista en el seno de la universidad.
3) La preparación de los pasos posteriores del trabajo que se avecina (estructuración interna de la Casa de la camaradería; disposición, límites y carácter provisional de las especialidades; tarea de las facultades y su relación con la preparación de profesiones superiores).

El trabajo del campamento no debe transcurrir según un programa vacío. Debe basarse en una verdadera relación entre la jefatura y el espíritu de obediencia y a partir de ahí el campamento podrá darse sus propias normas. Unas pocas conferencias ante la totalidad de los participantes en el campamento deben servir para establecer el ambiente de base y la actitud fundamental. Las decisivas charlas de los distintos grupos deberán animar y encender las charlas comunes.

El éxito del campamento depende del alcance de un valor nuevo, de la claridad y vigilancia de cara al futuro, de un mayor despego respecto a lo habido hasta ahora, de la determinación en la voluntad de fidelidad, sacrificio y servicio. Sólo estas fuerzas pueden lograr un auténtico espíritu de obediencia. Y sólo este espíritu soporta y consolida una verdadera comunidad alemana.

Las cabezas dirigentes, subordinadas al auténtico *führer* del campamento, Heidegger, eran los profesores contratados Stadelmann (para el grupo de Friburgo y, al mismo tiempo, para la línea heideggeriana), Johann Stein (para «los de Heidelberg») [4] y Otto Risse (para el grupo de Kiel). Al mismo tiempo, estas personas representaban

[4] Véase *Semper Apertus*, 1985, índice.

orientaciones muy diferentes sobre el que debía de ser el futuro camino de la nueva universidad alemana. El profesor de medicina, Otto Risse, tuvo un papel especialmente importante: habilitado como profesor el año 1930 en Friburgo, era director del departamento de radiología de Friburgo, pero al mismo tiempo se le consideraba «natural de Kiel», porque había trabajado durante algún tiempo en el departamento de fisiología de la Universidad de dicha ciudad a partir del año 1925 y pertenecía al grupo de activistas nacionalsocialistas de Kiel [5].

El objetivo incondicional de Heidegger de llevar a cabo «una revolución nacionalsocialista de la entidad universitaria» chocó manifiestamente contra una fuerte oposición, no tanto en lo tocante a sus objetivos, como en lo tocante a los métodos: entre los grupos de oposición se encontraba el «activismo de Kiel», que para Heidegger sólo era un activismo de corte radical. Sea como sea, el caso es que se cuestionaron las aspiraciones de jefatura de Heidegger. Si refrescamos nuestras memorias recordaremos que el 1 de octubre de 1933 Heidegger había sido nombrado *führer*-rector de la Universidad de Friburgo; a continuación había rechazado su segundo nombramiento en la Universidad de Berlín, pero, lógicamente, permanecía en estrecho contacto con las instancias dirigentes de Berlín debido sus misiones de dirección política. Así pues, Heidegger estaba situado en una posición muy visible y elevada.

Ya desde los primeros días estallaron violentas confrontaciones en el campamento de Todtnauberg, se constituyeron frentes y Heidegger tuvo que considerar la psibilidad de disolver el campamento antes de lo previsto. Ante los ruegos de los profesores Stein y Risse abandonó este proyecto, pero excluyó a una parte de los participantes.

En todo caso, el testimonio proporcionado por las fuentes originales (la correspondencia Heidegger-Stadelmann de octubre de 1933) contradicen claramente la presentación de los hechos expuesta por Heidegger, que acabamos de citar. Esta correspondencia nos permite saber que Heidegger casi había sacrificado a su fiel seguidor Stadelmann: éste, que se había encargado de un discurso sobre la nueva ciencia, tuvo que renunciar a pronunciarlo por orden de Heidegger e

[5] Véase Werner Walz, Elisabeth Glatt, Eduard Seidler, *Radiologie in Freiburg 1895-1980*, Friburgo de Brisgovia 1980, pp. 49 y 54 a.

incluso abandonar el campamento en secreto, a primeras horas de la madrugada, antes del toque de diana, y sin mediar ni una explicación. Manifiestamente, Heidegger pretendía apaciguar la atmósfera del campamento abandonando a su colaborador más íntimo: un acto de disciplina típico del filósofo.

Stadelmann se sometió a esta orden, pero se sintió profundamente herido en su fidelidad y obediencia al *führer* Heidegger. De esto trata la correspondencia citada, gracias a la cual también se puede reconstruir la concepción y los sucesos del campamento de Todtnauberg.

El sentimiento de obediencia tan invocado por Heidegger —que lo consideraba el elemento central en la estructura de la nueva universidad nacionalsocialista y concretamente en la relación entre la jefatura y la auténtica «obediencia de aquellos que están llenos de un nuevo valor» (discurso del rectorado)—, estaba acompañado, en el caso de Stadelmann, de una profunda calidad humana: de modo similar, aunque desde distintas premisas que el profesor de penal Erik Wolf, se había puesto a la disposición del *führer* Heidegger, del hombre que llevaba consigo un «lejano mandato». ¿Acaso sin condiciones? Seguramente no, si es que el historiador que era Stadelmann, habitado por una comprensión de la historia de corte romántico, había meditado bien la frase del discurso del rectorado de Heidegger que dice: «Toda jefatura debe reconocer la particularidad de los que obedecen. Pero la obediencia conlleva la resistencia. Esta oposición esencial entre guiar y seguir, jefatura y obediencia, no debe borrarse y aún menos desaparecer.»

Nada más regresar de Todtnauberg, Heidegger la emprendió duramente por carta con su partidario Stadelmann: «Supuse que abandonaría Vd. el campamento a la mañana siguiente y por eso me sorprendió verlo todavía conversando con Risse.» En el campamento, continuaba Heidegger, había reinado para todos «un ambiente peligroso». «Constituyó una prueba tanto para los que se quedaron como para los que se fueron.» El *führer* Heidegger había confiado en la «responsabilidad» de su hombre de confianza: «Tenemos que aprender a pensar juntos, hoy, determinadas cosas: por ejemplo, que le aconsejé a Vd. que se fuera a la mañana siguiente cuando precisamente Vd. tenía una misión especial aquel día y yo le había asegurado mi confianza.» Heidegger se decía sabedor de que era demasiado pedir. «Pero no debemos esquivar estas situaciones; por el

contrario, si no volvieran a darse a cada instante, las tendríamos que buscar e inventar.» Estas ansias por las demostraciones de valía, subordinación y controversia entre hombres adultos, entre científicos que se dejaban integrar en la disciplina de la vida de campamento, nos resulta en la actualidad difícil de entender y completamente ajena a nosotros. Heidegger hasta emplea la palabra «pensar», para que se comprenda mejor la paradoja de la vida. Desde luego, se trata de una actitud artificial y exagerada, pero no obstante una actitud central en la política científico-filosófica de Heidegger. Es verdad que él mismo condena su concepción sobre «la futura alta escuela del espíritu alemán» que debía ser «la auténtica misión del campamento». ¡Qué manera de caminar a ciegas, qué bravatas, qué falta de realismo! Lo único que se decretaba era «la explicación vívida de los objetivos de la revolución nacionalsocialista en el seno de la universidad.» ¿Y qué más? El trabajo del campamento no debía desarrollarse según un programa vacío. «Debe basarse en una verdadera relación la jefatura y el espíritu de obediencia...» Fidelidad, sacrificio, servicio, obediencia, comunidad: «comunidad alemana». ¿No eran esto palabras vacías sin realidad alguna?

Al término de su carta Heidegger apostrofa así a su hombre de confianza, Stadelmann: «¡Endurecer lentamente!» La particular aspiración a la dureza y el rigor fue uno de los rasgos fundamentales del Heidegger de aquellos años.

Pero su seguidor, que se veía de este modo obligado a rendir cuentas y cuya responsabilidad se ponía en tela de juicio, resistió, porque sabía por el propio Heidegger que «la obediencia conlleva resistencia.» En su carta de respuesta del 16 de octubre de 1933 (en aquellos momentos Heidegger se encontraba en un «campamento científico» en Bebenhausen, no lejos de Tubinga, para explicar también sus ideas a los colegas y estudiantes de Wurtemberg), Stadelmann exponía el problema fundamental de la revolución y la obediencia: no le importaba tener razón o lamentarse por los agravios recibidos. Algo más importante estaba en juego. «Seguramente nadie ha superado la "prueba" del campamento» o, lo que es lo mismo, ¡ni siquiera el propio Heidegger! «Pero todos han tomado conciencia de que la revolución no ha terminado. Y de que el objetivo de la revolución universitaria es el estudiante SA.» Heidegger quería reprimir las formas actuales de los estudiantes, según Stadelmann. Su meta era clara y visible. «Y todos los que así lo desean constituyen un grupo.

Si tienen un *führer* que les lleva hasta esa meta, constituyen un grupo de seguidores, su grupo de seguidores. Y él puede exigirles todo cuanto quiera.» No cabía duda, continuaba Stadelmann, de que ese *führer* era Heidegger. El seguidor debía someterse al *führer*, entregarse a la obligación de salvar el «campamento», incluso contra su «propio conocimiento y conciencia.» Y el *führer* Heidegger había sellado ese compromiso con un «apretón de manos», es decir, había renovado la obediencia. Stadelmann había depositado su fe en ese sentimiento de obediencia, pero Heidegger había sobrepasado los límites y ya sólo había exigido pura disciplina. Stadelmann, defraudado, concluía así su amarga carta:

Y nunca rehuiré esta disciplina. Y nunca he comprendido tan claramente como en Todtnauberg que mi lugar está en el campamento de la revolución y no en el campo opuesto ni entre los espectadores que glosan lo que ven. Mantendré la disciplina, pero albergaba mayores esperanzas, creía en la posibilidad de la obediencia. Por eso me ha trastornado y dolido tanto esta partida.

Esta amalgama de síndrome de escutismo, de círculo cerrado a lo Stefan-George y de pensamiento revolucionario nacionalsocialista, adobado de un sentimiento de camaradería viril, era el marco donde debía llevarse a cabo la revolución de la universidad alemana. En el fondo no deja de ser chocante que a la hora de la partida hacia el campamento sólo se suministrara una infusioncita rala en vez de una colación fortalecedora, si era verdad que se aspiraba a la revolución: las provisiones de viaje eran insuficientes. Los héroes bajaban a la arena del circo para dar un par de fintas. No tenían espectadores, actuaban para ellos mismos. La acción se estaba llevando a cabo en otro lugar y desembocó en atrocidades. Aquí sólo tenía lugar un ajuste de fuerzas verbal. Stadelmann no le iba a la zaga a Heidegger en lo tocante a la constante formulación de definiciones revolucionarias: meditando [6] sobre la «esencia histórica de la revolución alemana» había llegado a la conclusión de que «estamos inmersos dentro de una tercera revolución nacional alemana que establecerá por fin en Europa formas indiscutibles de vida estatal y popular.» La «re-

[6] Rudolf Stadelmann, «Vom Geschichtlichen Wesen der deutschen Revolutionen», *Zeitwende* X, 1934, pp. 109-116. Este estudio se remonta seguramente a la actividad de conferenciante de Stadelmann en el otoño de 1933.

volución» de Martín Lutero y el alzamiento alemán de 1810 eran, para él, las verdaderas revoluciones alemanas que habían modificado las correspondientes estructuras de poder en Europa. Esto era lo que sucedía también ahora, porque el pueblo alemán estaba adquiriendo conciencia de sí:

> Es extraordinario contemplar cómo ese pueblo dormido se torna consciente de su fuerza y bajo una jefatura heroica consuma el paso desde una amorfa pertenencia al pueblo a una comunidad de la nación capaz de acción.

Y Stadelmann concluía este artículo dándose la mano a sí mismo, por decirlo de algún modo: «El alemán sólo consuma su esencia en la revolución, porque sólo en la acción práctica se manifiesta lo que somos»; estas palabras reflejan con fiel exactitud el pensamiento y el estilo de Heidegger.

Sin embargo, en octubre de 1933, Heidegger pretendía restablecer la antigua relación de confianza con Stadelmann, quería explicarle por qué lo había excluido de la comunidad del campamento, hasta cierto punto de modo individual, sacrificándolo a la orientación de las gentes de Kiel y Heidelberg. «Sé que tengo que volver a conquistar su obediencia, que la necesito sin ningún menoscabo»: con esta confesión termina la carta de Heidegger del 23 de octubre de 1933.

La estrecha relación de vasallaje entre ambos hombres volvió a fundarse de nuevo y Heidegger eligió a Stadelmann para pronunciar la conferencia de inauguración de la serie de cursos universitarios sobre las «tareas de la vida espiritual en el Estado nacionalsocialista». La conferencia de Stadelmann se tituló «La autoconciencia histórica de la nación» y su temática quedó grabada para siempre en la memoria de Heidegger, hasta el punto de que en julio de 1945 todavía estaba, o tal vez sólo empezaba a estar entonces, completamente penetrado de esta problemática, como indican las primeras frases de nuestra obra. «La idea germánica de vasallaje como punto de partida de un nuevo orden popular»: esto era lo que contenía el artículo; en definitiva, elementos que podían ser esenciales habían degenerado en una ideología [7].

---

[7] Stadelmann 1942, p. 17.

LAS PERIPECIAS DEL RECTORADO

En este capítulo vamos a contemplar el rectorado de Heidegger desde una perspectiva diferente, concretamente la de las pruebas de acreditación de la nueva constitución de la universidad según el *Führerprinzip*. Porque a pesar de sus ambiciones en el plano nacional, a partir del otoño de 1933 el rector tuvo que restringir su actividad a su propia universidad, cuya autoafirmación estaba en tela de juicio.

No me queda más remedio que remontarme un poco atrás para esbozar el contexto en que nos movemos ahora: en *Hechos y reflexiones,* Heidegger describe un modelo de explicación para su dimisión. El «campamento científico» de Todtnauberg de octubre de 1933, ya lo hemos señalado más arriba, debía ser saboteado por un grupo de Heidelberg, el del jefe de distrito de los estudiantes, Dr. Gustav Scheel, futuro *führer* nacional de los estudiantes y los profesores. En realidad, decía Heidegger, esa acción del grupo de Heidelberg iba dirigida contra la propia Universidad de Friburgo debido a que él no había elegido sus decanos por consideraciones políticas. Heidegger vincula esta experiencia en el campamento científico de Todtnauberg con el desarrollo del semestre de invierno de 1933-1934, que le hizo pasar por momentos muy amargos: la conspiración de sus colegas de Friburgo con el Ministro de Cultura y el grupo de Heidelberg que influía sobre él. Heidegger opinaba respecto al jefe de distrito Scheel y el rector de Fráncfort, Ernst Krieck, que «ahora era evidente que

algunos círculos de la universidad, que se habían alzado contra todo lo que se asemejara al nacionalsocialismo, no vacilaron en conspirar con el ministerio y el grupo del que dependía para expulsarme del cargo» [1]. Se puede entender esto de distintas maneras, pero los datos son inciertos y la teoría del sabotaje manejada por Heidegger parece verosímil. Desde luego, en la primitiva carta de justificación enviada por Heidegger al comité de depuración y al rectorado de Friburgo, a principios de noviembre de 1945, no se menciona ese dato para nada y otro tanto ocurre con la teoría de la conspiración. Pero, mientras lo segundo se puede entender por motivos tácticos, ¿por qué callar la historia del campamento y de las insidiosas intenciones de Gustav Scheel, que en 1945 era un hombre acabado en su doble condición de *führer* de los estudiantes y los profesores del Reich y de jefe de distrito de Salzburgo? El informe justificativo de Heidegger pasó a partir de 1945 por multitud de fases de reelaboración, matización, modificación, condensación y falsificación hasta alcanzar la versión mundialmente conocida bajo el título *Hechos y reflexiones*. No debemos olvidar esto.

Dentro de su descripción hay un dato que siempre aparece y apenas varía y que se refiere a su nombramiento, el 1 de octubre de 1933, de los decanos Erik Wolf (de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas) y Wilhelm von Möllendorf (de la Facultad de Medicina). En 1945, Heidegger sólo dice brevemente: «El creciente rechazo de mi trabajo como rector por parte del ministerio se mostró inmediatamente en la increíble exigencia de que sustituyera a los decanos de las facultades de Derecho y Medicina (los catedráticos Wolf y von Möllendorf) por otras personalidades ya que se les consideraba políticamente inaceptables. Yo me negué a hacerlo y dimití de mi cargo». En *Hechos y reflexiones* Heidegger expone este suceso de forma más amplia y colorista: la tesis de la conspiración se ilustra con el detalle de «la sonrisa malévola que apareció en el rostro del *führer* de los estudiantes, Scheel», quien, según Heidegger, estaba presente en la entrevista celebrada en febrero de 1934 en el ministerio de Karlsruhe. Lo que sabemos con certeza y ya hemos indicado es que otro catedrático de Friburgo, Hermann Staudinger, fue convocado al ministerio de Karlsruhe para proceder a un interrogatorio que ha sido consignado hasta el último detalle en el dosier correspondiente

[1] Heidegger 1983, p. 38.

(se conserva hasta el acta taquigráfica de la sesión, adjunta en un sobre grapado al dosier), mientras que, curiosamente, no existe ningún documento que pruebe lo dicho por Heidegger, sino algunos que prueban más bien lo contrario y seguramente la verdad, como ya veremos.

Respecto a los círculos universitarios que supuestamente colaboraron con el ministro en contra de Heidegger, se trataba sobre todo de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, en la que trabajaban profesores tan conservadores como Großmann-Doerth, Walter Eucken (oficiales del frente condecorados con las más altas distinciones), el barón von Bieberstein y el barón von Schwerin. Heidegger no los mencionaba, pero se refería a ellos; en general, Heidegger raramente llama a las cosas por su nombre. Pero ninguna de las personas citadas colaboró jamás con las instancias de Karlsruhe ni conspiró para derrocar a Heidegger. Heidegger no tenía una buena opinión de la Facultad de Derecho; el 22 de agosto de 1933, en una carta de agradecimiento a Carl Schmitt por el envío de la tercera edición de su obra *Der Begriff des Politischen* (¡adaptada a los nuevos tiempos!) [2], se quejaba de que la situación en Friburgo era lamentable. Ambos investigadores comenzaron su relación de este modo. Heidegger, destacando la proximidad de Schmitt a Heráclito, solicitaba de éste su colaboración: «Hoy sólo querría decirle que he depositado las mayores esperanzas en su decisiva colaboración para lograr la remodelación total de toda la Facultad de Derecho según su orientación científica y pedagógica» [3]. En Friburgo, por el contrario, Heidegger sólo veía reinar la resistencia.

Pues bien, pronto se alzó una oposición contra el decano nombrado por Heidegger el 1 de octubre de 1933, Erik Wolf, que por aquel entonces era un hombre de 31 años, profesor de derecho penal y amigo de Heidegger, y no tanto por motivos políticos, sino por la manera en que Wolf desempeñaba sus funciones. Heidegger sabía perfectamente que Wolf, antiguo miembro del consejo universitario durante el semestre de verano, no gozaba de muchas simpatías en su facultad. Hacia finales del semestre de verano de 1933, durante la úl-

---

[2] Hamburgo, 1933.

[3] La carta ha sido publicada en *Telos*, núm. 72, 1987, p. 132. Ese número está dedicado a Carl Schmitt. Debo al señor Dr. Johannes Gross el conocimiento de este dato.

tima sesión del consejo, estalló una lucha abierta entre Eucken y Wolf, que le acarreó al economista un ataque frontal en el periódico de los estudiantes de Friburgo: según este diario, en la nueva época ya no había sitio para profesores semejantes. Y el 8 de agosto de 1933, pocos días después de la sesión, Eucken visitó al vicerrector, el prelado Sauer, para exponerle sus quejas: en su facultad casi todo el mundo estaba indignado contra Wolf debido a su fanatismo y su falta de respeto con todas las leyes, pero al mismo tiempo reinaba una adoración tan idólatra por Heidegger, que ya no quedaba sitio para los sentimientos normales. Además, Eucken informó a Sauer de que Wolf se había limitado a encogerse de hombros con compasión cuando le había preguntado por la suerte de su amigo y colega Gerhart Husserl (ya conocemos la historia). Sin embargo, cuando hacía poco tiempo, Gerhart Husserl se había encontrado con Erik Wolf, éste le había dicho : «Me parece muy lamentable que se encuentre Vd. en una situación tan desagradable. Pero, piense que se trata de la palma del martirio que Dios le envía, que Vd. debe soportar dignamente y que nadie debe ayudarle a llevar».

Mientras tanto, hemos podido enterarnos con todo detalle de cuáles eran las convicciones íntimas y la actitud de Wolf durante esta época de profundos cambios políticos, gracias a una larga carta escrita a Karl Barth y nunca enviada [4], y de este modo sabemos que, completamente sometido y entregado al «maestro» Heidegger, nunca quiso darse cuenta de lo que estaba sucediendo en realidad: violación de derechos, malas pasadas, evoluciones peligrosas. El destino de Gerhart Husserl, con quien le había unido una larga amistad, no se menciona en esta carta.

Fue este mismo Erik Wolf el que, durante la época del Tercer Reich, cayó en los peores errores y publicó dos estudios sobre política y derecho titulados: «El verdadero derecho en el Estado nacionalsocialista» [5] y «El ideal jurídico del Estado nacionalsocialista» [6], es decir, éste no era todavía de ningún modo el Erik Wolf de la facción protestante de la Iglesia que luchaba contra el nacionalsocialismo. En

[4] Hollerbarch, 1986. Los datos expuestos a continuación proceden de Ott 1984a, en donde también pueden encontrarse los testimonios y pruebas correspondientes.

[5] *Freiburger Universitätsreden 13*. Esta conferencia fue pronunciada en el marco de lecciones públicas titulado «Tareas de la vida espiritual en el Estado nacionalsocialista», semestre de invierno de 1933/1934.

[6] *Archiv für Rechts- und Sozialphilosophie* 28, 1934/1935, pp. 348-363.

efecto, más tarde salió de su error en medio de intensos sufrimientos internos. Pero leamos algunas líneas de la carta a Karl Barth:

Fuiste uno de los primeros que viniste a mí desde Basilea en mayo de 1945. Hablamos, trabajamos y convivimos. Entonces me asaltó el deseo de ofrecerte una posible explicación sobre esa historia que te han contado y te ha sorprendido tanto: mi participación en el rectorado de Heidegger, mis dos artículos sobre la determinación filosófico-jurídica del nacionalsocialismo y las consecuencias resultantes. No se trata de un intento de autojustificarme. Cuando me di cuenta de mi error, luché contra él.

Cuando en 1945, y más tarde, Martin Heidegger señala que al nombrar decano a Erik Wolf en 1933 había pretendido elegir a un adversario del nacionalsocialismo, se está adelantando al futuro Wolf. Pero en 1933 Erik Wolf se había adaptado al movimiento general y más que eso.

Las tensiones y hostilidades en el interior de la Facultad de Derecho y el aislamiento final del decano Wolf se debían sobre todo a la reforma del plan de estudios jurídicos, en el que se pretendía incluir el servicio a las SA, el campo de deportes marciales y todas las obligaciones extrauniversitarias que se exigían a los estudiantes, de manera particularmente radical a partir del semestre de verano de 1934. Wolf había entrado en conflictos de tal calibre con los demás miembros de la facultad que, el 7 de diciembre de 1933, ofreció su dimisión al rector. Citaremos algunos pasajes de esta carta, porque reproduce muy bien la atmósfera y el trasfondo intelectual del momento: Wolf explica que da ese paso con la dolorosa conciencia de «prepararle con ello al rector magnífico esas dificultades queridas y deseadas por su magnificencia en esta universidad». El rector podrá reconocer los motivos que le han movido a dar ese paso a través de la carta adjunta, dirigida a un miembro de su facultad, y de este modo entenderlos y aceptarlos, tanto más por cuanto se sumaban problemas de salud. Añade que está sometido a graves torturas morales.

Debo dejar confiadamente al juicio de su magnificencia, que sabe reconocer motivos más profundos que el resto de las personas, la decisión de si el fracaso de mis esfuerzos por lograr un éxito objetivo en mis funciones se debe a la insuficiencia de mis fuerzas, a la inconsistencia de mi persona, a la falta de habilidad de mi actitud o al hecho de que las tareas que me fueron

confiadas chocaron contra una resistencia que dada la naturaleza de las personas y los asuntos implicados no podía superarse de ningún modo. (Archivo de la Universidad de Friburgo.)

En el fondo, sólo se trataba de peleas internas de la facultad ahora aguzadas y exageradas hasta un punto difícil de soportar.

Para el rector Heidegger no se podía tomar en consideración la dimisión del decano porque «el sentido de la nueva constitución y de la presente lucha es que Vd. posea mi particular confianza y no tanto la de la facultad. Y como Vd. goza de toda mi confianza no puedo liberarle de su puesto de alta importancia». Se trataba de la demostración por el ejemplo: el *führer* y su seguidor vinculados por una relación de fidelidad a la antigua usanza germánica a la vista de la «presente lucha», la lucha contra la antigua estructura de la facultad, ya obsoleta. «*Todavía no está resuelta* la cuestión fundamental» de todas las facultades y el cuerpo docente —así hablaba el rector algo después (el 20 de diciembre)—, que consiste en saber «en qué medida la facultad anunciará a través de hechos su voluntad de colaboración positiva». Después, tomando carrerilla y volviéndo a encabritarse como si contemplara la amenaza de la derrota, Heidegger vertía su credo en estas frases: «El motivo determinante, la meta, que sólo se puede alcanzar gradualmente, ha sido desde los primeros días de mi entrada en ejercicio, la transformación fundamental de la educación científica *a partir de las fuerzas y exigencias del Estado nacionalsocialista*». Una mera reforma de estudios formal no era suficiente. Se trataba de «*remodelar internamente*» el plan de enseñanza. Quedaría agradecido de la «ayuda» que pudiera aportarle «toda la universidad, por pequeña que fuera».

No podemos saber si quedará algo de nuestro trabajo de transición. Pero lo que sí es seguro es que un trabajo o un éxito nunca pueden ser ocasión para sacar a escena las habilidades y el celo personal. Lo que sí es seguro es que sólo la inquebrantable voluntad de futuro da sentido y firmeza a los actuales esfuerzos. El hombre singular, esté donde esté, no vale nada. El destino de nuestro pueblo en su Estado vale todo. (Archivo de la Universidad de Friburgo.)

Hasta donde yo sé, éste es el único decreto emitido por el rector, una especie de normativa general de actuación para la remodelación

interna de la universidad «a partir de las fuerzas y exigencias del Estado nacionalsocialista». Este decreto, este mandato, no era lejano, sino un hijo de la impotencia, petrificado en medio de la falta de pautas, de lo aproximado, como mera expresión de consignas guerrreras y por lo tanto sin valor. Ya no quedaba nada de la autoafirmación de la universidad alemana, excepto la nueva constitución y ésta era a los ojos de Heidegger una mera transformación de forma.

En diciembre de 1933, el rector Heidegger se movía en el seno de su propia universidad casi como dentro de un círculo vicioso. Durante las vacaciones de Navidad había tomado la determinación de abandonar el rectorado a finales del semestre de invierno. Nada extraño a la vista de estas declaraciones en las que Heidegger se despedía de las esperanzas de una reforma universitaria auténtica. Y su postura hasta parece consecuente, puesto que Heidegger había aspirado a una posición dirigente dentro de la nueva organización de las universidades del Reich, tal vez *a la* posición dirigente y su intención se mostraba ahora utópica.

Sólo habían pasado unas pocas semanas desde aquel comunicado tan optimista al cuerpo de profesores de Friburgo en el que decía que intentaría —a partir de la nueva constitución de la Universidad de Baden— «preparar la construcción homogénea de la futura constitución universitaria de toda Alemania» y ello en estrecha relación con las instancias gubernamentales de Berlín.

El *Führerprinzip* debía ser la fuente de la que bebiera ese esfuerzo. Pero en noviembre el partido había impuesto sus propios criterios para la dirección de la Conferencia de rectores y la construcción de la entidad universitaria y había alzado a los puestos dirigentes a antiguos militantes, mediocres, pero fieles. Se creó la Asociación del Reich de Universidades Alemanas *[«Reichsverband der Deutschen Hochschulen»]*, cuyo jefe pasó a ser un catedrático de Psiquiatría de Wurzburgo que, por su parte, nombró al jefe de la Conferencia Alemana de Rectores: el rector de Jena. El nombre de Heidegger ya no se mencionaba en ningún sitio. Los nacionalsocialistas ya no lo querían ni tampoco podían utilizarlo. Había fracasado en su aspiración de conducir la universidad alemana al nuevo Reich y de convertir en realidad la voluntad de satisfacer «la misión espiritual histórica del pueblo alemán como pueblo que sabe de sí mismo dentro de su Estado». Había sido relegado brusca, y ahora definitivamente, al marco restringido de su universidad, en la que tenía que

avivar el espíritu de obediencia. Pero esto también fracasó. ¡Qué aspecto tan etéreo, exangüe, vacío, tienen las consignas directivas de Heidegger de diciembre de 1933!

«El fracaso del rectorado: una espina clavada en mi carne», así le decía Heidegger a Jaspers en 1935. ¿Era él el responsable? En 1983 leemos que los colegas de Friburgo le habían dejado solo en su empeño, que su discurso del rectorado había sido un sermón en el desierto: «Durante toda la época del rectorado ninguno de mis colegas me comentó jamás su opinión sobre el discurso. Nos movíamos sobre los caminos trillados de la política de facultades desde hacía años». Y Heidegger se lamenta de que todo el mundo haya callado ante su discurso, como dice en una carta al rectorado de noviembre de 1945: «El discurso del rectorado, cuya tirada no fue mayor que la de mi discurso inaugural de 1929, aún no se había agotado en 1934». Tal vez con razón. ¿Acaso no era efímero? ¿Acaso no había vivido ya más de lo previsto cuando Heidegger inició la segunda fase de su rectorado? A pesar de todo, mantenemos que para el propio Heidegger nunca hubo error, patinazo ni confusión, sino que el contenido de su discurso era verdadero. El único problema había sido, exclusivamente, la falta de comprensión de sus oyentes.

Pero ¿era Heidegger nacionalsocialista? Esta es la eterna pregunta. En la introducción a la nueva edición del discurso del rectorado nos enteramos de que el filósofo no utiliza en este texto los términos «nacionalsocialismo», «Führer», «canciller del Reich» o «Hitler». Pero es evidente que se trata de un embuste, porque Heidegger utilizó abundantemente estos conceptos en sus demás discursos, proclamas y escritos de todo tipo, como hemos tenido ocasión de comprobar suficientemente. El último discurso pronunciado por Heidegger fuera de Friburgo tuvo lugar en Tubinga el 30 de noviembre de 1933: «La Universidad dentro del Estado nacionalsocialista». El diario de Tubinga, *Tübinger Chronik*, hizo un análisis completo de todo el discurso fijándose en el estilo, el tono, la argumentación y muchos elementos literales del contenido, por lo que las citas que daré a continuación, extraídas de este artículo del periódico, pueden considerarse bastante auténticas. El discurso de Tubinga es la despedida de Heidegger a su alegre puesta en marcha en mayo de 1933. «Uno de los más fuertes campeones nacionalsocialistas del ambiente intelectual alemán» —tal como se presentaba a Heidegger—, se resignaba: según él, se hablaba mucho de los estudiantes políticos, de las

facultades políticas, pero todo eso no era nada nuevo, sino lo mismo de antes adornado con nuevos colores, como mucho un desbordamiento externo de ciertos resultados de la revolución en el seno de una interioridad que, por lo demás, se movía en dirección hacia la antigua paz. Pero la revolución había concluido y había dejado su lugar a la evolución, como decía el *Führer.* Y Heidegger se encabritaba una vez más, según la noticia del periódico:

> Pero la revolución dentro de la universidad alemana no sólo no ha terminado, sino que ni siquiera ha empezado. Y si es verdad que ya está aquí la evolución, en el sentido del *Führer;* sólo podrá implantarse por medio de la lucha y dentro de ella. La revolución dentro de la universidad alemana no tiene nada que ver con el cambio de apariencias externas. La revolución nacionalsocialista es y será la transformación más completa de la educación de los hombres, los estudiantes y los jóvenes profesores que vengan después.

Y después, Heidegger desarrollaba una vez más el cuadro de conjunto del discurso del rectorado, retomando una y otra vez el tema de la lucha. Y concluía así su discurso de Tubinga:

> Los hombres de ahora luchamos por una nueva realidad. Sólo somos un tránsito, un sacrificio. Como combatientes de esta lucha necesitamos una generación dura que no esté apegada a nada propio, que se configure en el fondo del pueblo. La lucha no atañe a personas y colegas, ni tampoco a apariencias vacías o medidas generales. Toda lucha verdadera lleva rasgos permanentes de la imagen de los que luchan y de su obra. Sólo la lucha despliega las verdaderas leyes que conducen a la realización de las cosas; la lucha que queremos es una lucha de corazón a corazón, de hombre a hombre.

Hasta aquí las frases más destacadas de la nota publicada en el diario *Tubinger Chronik* el 1 de diciembre de 1933. Pero ¿se identificó también el filósofo con el nacionalsocialismo como tal, el nacionalsocialismo más corriente, por así decir? El propio Heidegger cuenta en *Hechos y reflexiones* que el Ministro de Cultura de Baden le había reprochado, después del discurso del rectorado, que profesaba una especie de «nacionalsocialismo privado», que esquivaba las perspectivas del programa del partido nazi y no se basaba en el concepto de raza. Pero sea como sea, gracias a su función como pensador y guardián del pensamiento, y por medio de la frase tantas veces ci-

tada, Heidegger había transportado al *Führer* Adolf Hitler —desde luego la instancia decisiva en los asuntos de programación del partido—, a una posición sobrehumana: «El propio *Führer* y sólo él, *es* la realidad alemana presente y futura y su ley». El que conozca, aunque sólo sea superficialmente, la esencia del pensamiento de Heidegger, o crea conocerla, sabe que al destacar gráficamente la palabra *«es»*, esta cópula lógica, Heidegger expresa algo más que una mera forma conjugada del verbo «ser», refiriéndose más bien a la presencia del «Ser» como tal: «la realidad alemana presente y futura». Tal vez sirva de ayuda en la discusión sobre esta cuestión central conocer la apreciación hecha por Jaspers a este propósito en su informe de 22 de diciembre de 1945:

> Reconozco hasta cierto punto la exactitud de esa disculpa personal según la cual Heidegger es apolítico por naturaleza y el nacionalsocialismo que se hizo a su medida no tenía nada en común con el verdadero. Pero sin embargo me gustaría recordar dos cosas. En primer lugar, las palabras de Max Weber de 1919: los niños que agarran con sus manos la rueda de la historia universal son aplastados. En segundo lugar, también me gustaría señalar que, probablemente, Heidegger no percibió todas las fuerzas y objetivos reales de los *führer* nacionalsocialistas. Prueba de ello es su confianza en poder gozar de una voluntad propia. Pero su manera de hablar y sus actos denotan cierto parecido con otros fenómenos nacionalsocialistas que nos hacen comprender su error. El, Baeumler y Carl Schmitt son profesores, muy diferentes entre sí, que han pretendido situarse en la cima intelectual del movimiento nacionalsocialista. En vano. Empeñaron en la empresa una verdadera capacidad intelectual, para desgracia de la reputación de la filosofía alemana. De ahí ese rasgo trágico del mal, que yo también percibo, como Vd.

Pero ¿nos ayuda algo esta caracterización? No está nada claro, y aún habremos de volver sobre lo mismo cuando nos ocupemos de la época de cambio de 1945.

De momento nos movemos todavía en los años 1933-1934 cuando, según Heidegger, estaba madurando su determinación de abandonar el rectorado y, con ello, su compromiso político. Esto no le impidió escribir un informe destructivo desde la perspectiva nacionalsocialista; como ya sabemos, a finales de diciembre de 1933, en el momento del asunto Eduard Baumgarten, escribió la siguiente frase a intención de la asociación de profesores nazis de Gotinga: «Mientras

estuvo aquí, Baumgarten lo fue todo menos nacionalsocialista», y para ello Heidegger tuvo que saber muy bien cuáles eran los criterios vigentes para distinguir las lentejas sanas de las malas. ¿A quién le puede sorprender que fuera en estos momentos cuando vio la luz en Heidegger el efecto anticatólico? El 22 de diciembre de 1933, por ejemplo, mandó un escrito a Karlsruhe a propósito de la dotación de la cátedra de Historia Eclesiástica de la Facultad de Teología Católica, asunto que le había procurado ciertas dificultades. Heidegger aprovecha la ocasión para explayarse acerca de determinados desarrollos básicos de la esencia de la Iglesia católica:

Como en todas las futuras propuestas de nombramiento, lo primero que se plantea es la cuestión de saber cuál es el candidato que, dando por supuestas sus capacidades científicas y psicológicas, presenta la mayor garantía de querer imponer la voluntad pedagógica nacionalsocialista. Como, según la concepción dogmático-católica, la Iglesia está *por encima* del Estado, en toda educación católica que quiera ser sinceramente lo que pretende, la voluntad *popular-estatal* quedará necesariamente *relegada y subordinada* a la voluntad eclesiástica. Es por esto por lo que la Iglesia prohíbe a sus sacerdotes la afiliación al partido. Por eso, en el fondo, cualquier estimación de los candidatos desde la perspectiva política, es obsoleta. (Staatsarchiv de Friburgo A 5.)

Heidegger delimita en estas frases un campo muy amplio. La irreconciabilidad entre la doctrina y la educación católicas y los principios nacionalsocialistas le parece evidente. Esta argumentación se encuentra en relación con la manifiesta aversión de Heidegger contra la filosofía cristiana (que para él es siempre católica), por mucho que ésta hubiera constituído su propio origen.

Heidegger muestra sin disimulos su actitud anticatólica en otros muchos lugares: por ejemplo, cuando en la primavera de 1934 —a consecuencia de la «unificación» de las asociaciones católicas de estudiantes—, una corporación católica de Friburgo consiguió anular la suspensión dictada contra ella por el *führer* de los estudiantes del Reich, cosa que Heidegger interpretó como un triunfo del catolicismo. Su carta del 6 de febrero de 1934 al *führer* de los estudiantes del Reich, Stäbel, un estudiante armado, de lo más rabioso y mal educado, decía así:

No podemos permitir de ningún modo esta victoria manifiesta del catolicismo precisamente aquí (en Friburgo), pues le causa un gran daño a nues-

tro trabajo, *el más grande que podía sucederle ahora.* Conozco hasta el último detalle y desde hace años cuál es la situación y las fuerzas reinantes aquí... *Todavía se desconoce* la táctica católica. Y algún día habrá que lamentarlo profundamente. (Schneeberger 1962, n.° 176.)

Tal vez mientras escribía estas líneas Heidegger tenía en mente a su compatriota y gran benefactor, Dr. Conrad Gröber, quien desde el verano de 1932 residía en Friburgo en calidad de arzobispo y con quien había dejado enfriar la relación, hasta que en diciembre de 1945, cuando sus asuntos empezaron a ir mal, volvió a él, en busca de protección. Pero tal vez pensaba también en algunos miembros de la Facultad de Teología con los que había mantenido contactos durante décadas. En todo caso, en la citada carta a esa mediocre figura, *führer* de los estudiantes del Reich, ponía en la balanza sus íntimos conocimientos, presagiando las peores catástrofes si no se atajaba la táctica católica. «Todo nuestro trabajo», es decir, la gran transformación de la misión educativa de la universidad en una voluntad pedagógica popular —prescrita por el rector a los estudiantes del semestre de invierno—, sufriría un daño irreparable. Resulta difícil no caer en la sátira al leer algo semejante.

Heidegger se expresó con mucha decisión sobre la última fase de su rectorado en *Hechos y reflexiones,* presentando un cuadro que no puede verificarse ni desmentirse documentalmente. Creo que, entretanto, ya no habrá nadie que pretenda defender la fecha de febrero de 1934 como supuesta fecha de final del rectorado, puesto que se ha podido probar que Heidegger ocupó su puesto exactamente hasta el 23 de abril. Bueno, se puede objetar, ¡qué más da!, es algo sin importancia. Sin embargo este dato debe ponerse en relación con el resto de las declaraciones de Heidegger que exponen distintas modalidades del final del rectorado. En el informe de 1945, se trata este suceso de manera más sobria y realista. En todo caso, ya hemos indicado que Heidegger siempre afirmó que el ministerio de Karlsruhe le había exigido la destitución de los decanos Wolf y von Möllendorf por motivos políticos, que él no quiso aceptar esta medida y por eso había dimitido.

Resumiré brevemente todo lo que se puede reconstruir a partir de las fuentes: según parece, el ministerio nunca emprendió absolutamente nada contra von Möllendorf, sino sólo contra el decano Wolf, aunque no por motivos políticos. Las hostilidades contra Wolf, en el

seno de la Facultad de Derecho, no habían cesado y en parte se basaban simplemente en animosidades personales, de modo que el decanato de Wolf pasó a ser el «caso Wolf» y el ministro de cultura se vio obligado a comunicarle al rector Heidegger —el 12 de abril de 1934— que le habían llegado de diferentes lugares «objeciones muy considerables y, según creo, no del todo injustificadas» contra la actividad de Wolf como decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas. Un poco más adelante, el ministro decía así: «me apresuro a informarle de lo que sé y le ruego que considere si no sería conveniente proceder a un cambio de decano al principio del semestre de verano». Hay que subrayar con fuerza la importancia de esta carta tan objetiva del ministro, del 12 de abril de 1934, en comparación con la presentación extremadamente apodíctica que hace Heidegger en *Hechos y reflexiones*. Según Heidegger, las intrigas contra los decanos de las dos facultades habían sido muy fuertes durante todo el semestre de invierno. Para él, el motivo eran las rivalidades y enemistades personales: «Hasta que a finales del invierno, hacia el término del semestre de 1933-1934, fui convocado a Karlsruhe, donde el consejero ministerial Fehrle me comunicó, en presencia del *führer* de los estudiantes del distrito, Scheel, que el ministro deseaba que destituyera a esos decanos de sus puestos». Heidegger replicó que no tenía intención de satisfacer esa exigencia. Como, sin embargo, siguieron insistiendo, declaró que dimitía y solicitó una entrevista con el ministro. «En el momento en que dije esto, se dibujó una sonrisa malévola en el rostro del *führer* de los estudiantes del distrito, Scheel. De esta manera, habían logrado lo que querían.» Y después, leemos la nefanda frase sobre la conspiración de ciertos medios universitarios con las instancias nazis para empujar a Heidegger fuera de su puesto. Así pues, el drama habría tenido su culminación y final en febrero de 1934 con la dimisión de Heidegger. Y esto en un momento en que Heidegger estaba tomando posiciones muy determinantes en el caso Staudinger, como ya hemos visto.

La carta del 12 de abril de 1934, que acabamos de citar, no concuerda en absoluto con la versión de Heidegger, y no sólo, destaquémoslo una vez más, en lo tocante a la diferencia de fechas. Del mismo modo, el resto de las actas de Karlsruhe no apoyan en ningún punto la presentación que hace Heidegger de los hechos, sino más bien al contrario: la carta del ministro del 12 de abril de 1934 indica de manera indudable que esta era la primera señal emitida desde

Karlsruhe en contra del decano Wolf y, para eso, no bajo la forma de un ultimátum. Pero sobre todo, está claro que el ministerio partía del supuesto de que Heidegger permanecía en su puesto y, en tanto que *füfrer*-rector, procedería a la sustitución de decanos solicitada. En el trasfondo de esta medida se escondía toda una serie de decisiones erróneas tomadas por el decano Wolf, además de una violenta controversia entre Heidegger y Wolf y entre los miembros de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, acerca de la dotación interina de una cátedra de Economía en el semestre de verano de 1934.

El puesto ya había sido ocupado interinamente durante el semestre de invierno por el profesor extranumerario Adolf Lampe, un hombre de ideas patrióticas de la generación de los antiguos soldados del frente, pero manifiesto adversario del nacionalsocialismo, motivo por el que ya en el semestre de verano de 1933 había sido calumniado. Lampe, en aquel entonces titular de la Universidad de Friburgo, fue detenido el 20 de julio de 1944, junto con Gerhart Ritter y Constantin von Dietze, por ser miembro destacado del «*Freiburger Kreis*» (El Círculo de Friburgo), organización que mantenía contactos con los grupos de resistencia. Lo señalamos ahora porque, después de 1945, Lampe fue uno de los enemigos más enconados de Heidegger y uno de los que más contribuyeron para que Heidegger fuera cesado como profesor. Por lo tanto, es muy probable que en esta época Lampe fuera considerado poco de fiar en los círculos nacionalsocialistas. Heidegger y Wolf, unidos en una estrecha comunidad de lucha, se oponían a que la cátedra siguiera siendo ocupada interinamente, porque Lampe les parecía demasiado liberal y no lo suficientemente nacionalista. Desde el semestre de verano, Lampe venía padeciendo fuertes ataques por parte de la corporación nazi de estudiantes, que se oponía a su orientación didáctica y su línea de investigación. Esto quiere decir que la dotación de la cátedra era, a los ojos del rector Heidegger, un asunto importante desde un punto de vista político, y que el decano Wolf lo seguía fielmente. Y como a finales de marzo de 1934, Wolf se opuso a que Lampe siguiera ocupando interinamente la cátedra, éste acudió al ministro e interpuso un recurso contra su decano. Esto fue lo que motivó la carta del ministro del 12 de abril de 1934 porque, por así decir, el vaso se había colmado. Y la reacción inmediata de Heidegger, sin una relación directa con los propósitos ministeriales, fue la respuesta del 14 de abril de 1934:

¡Señor ministro! Tras un examen detenido de la actual situación de las universidades he llegado al convencimiento de que debo volver al trabajo pedagógico directo, no entorpecido por las funciones administrativas, en medio de los estudiantes y los jóvenes profesores. La nueva constitución ha sido ya impuesta y, siguiendo sus directrices, se ha consumado la remodelación de todas las estructuras y se ha puesto en marcha el nuevo trabajo. Por eso me permito rogarle que nombre un nuevo rector para la Universidad de Friburgo para el semestre de verano de 1934.

Al principio, Heidegger mantuvo en secreto esta solicitud de dimisión. Pero cuando se enteró del recurso interpuesto contra Wolf, volvió a escribir al ministro, el 23 de abril de 1934, una segunda carta demoledora, su última carta como rector, que decía así: «Considero inadmisible de principio que profesores que se encuentran inmersos en un proceso de nombramiento en curso y son ellos mismos personas interesadas en obtener la plaza vacante sean recibidos por el ministerio y por añadidura, sin saberlo, el propio rector. Después de lo ocurrido, declino cualquier responsabilidad en el asunto de la dotación de la cátedra de Economía Política». Y el mismo día, el 23 de abril de 1934, Martin Heidegger hizo saber en el transcurso de una reunión de los *führer* de la universidad (el rector, el canciller y los cinco decanos), que había presentado una solicitud de dimisión al ministro. ¡Pero nosotros sabemos cuáles eran los verdaderos motivos y el verdadero contexto de esta decisión! Simplemente, Heidegger aprovechó esta ocasión, más bien formal, para tirar la toalla.

Su salida de la escena pública universitaria fue poco dramática. Heidegger no había alcanzado la meta. Había fracasado como rector, pero esto no era lo peor. Ninguna realidad había venido a corroborar las grandes palabras del rector Heidegger, el estudiantado no se había puesto en marcha, como él imaginaba: «Y *lo que* busca son unos guías por medio de los cuales quiere elevar a verdad fundada y consciente su propio destino y de este modo llevarlo a la claridad de la palabra y de la obra que designa y crea». (Discurso del rectorado del 27 de mayo de 1933.) En lugar de esto, estallaron violentas peleas entre el rector y las SA de Friburgo, por un lado, y los funcionarios estudiantes por otra, que se mostraban muy arrogantes y no querían saber nada de la obediencia.

Toda jefatura debe reconocer la fuerza particular de los que obedecen. Toda obediencia implica resistencia. Esta oposición esencial entre guiar y se-

guir, jefatura y obediencia, no debe borrarse del todo y aún menos desaparecer. Sólo la lucha mantiene la oposición abierta... (Discurso del rectorado.)

Pero en el semestre de invierno de 1933-1934 tuvieron lugar escenas de «lucha» lamentables: pequeñas peleas, pero ningún trabajo constructivo nacido de la oposición guerrera entre los jefes y los seguidores, como postulaba Heidegger, ninguna lucha en el sentido del fragmento 53 de Heráclito. Se abría una irreconciliable contradicción entre las exigencias y la realidad. Pero, en lugar de confesarlo, Heidegger buscó chivos expiatorios a los que cargar con su fracaso. Estos fueron los otros, los que no habían entendido la «inexorabilidad de esta misión espiritual que obliga al destino del pueblo alemán a llevar la marca de su historia.» ¿Qué se podía esperar de un cuerpo de docentes para el que Heidegger había hecho imprimir las cuatro estrofas de la canción de Horst Wessel en el reverso del programa de actos —con ocasión de su toma de posesión como rector el 27 de mayo de 1933— con el fin de introducirlo en la atmósfera y el espíritu del nacionalsocialismo? En el «discurso del rector que entra en posesión de su cargo» (la fórmula empleada en el programa era *antretend:* una palabra del lenguaje militar que significa formar filas, además de entrar en posesión de un cargo), el llamamiento final viene formulado con esas grandes palabras que ya hemos tenido ocasión de leer. Este «rector entrante» en medio de la escenificación del 27 de mayo de 1933, no soporta ninguna comparación con el rector «saliente» del 23 de abril de 1934. Heidegger había fracasado hasta en sus esfuerzos de ocupar la cátedra de Economía Nacional con un representante del nuevo espíritu, con alguien situado en las antípodas del teórico y liberal Walter Eucken. Hasta eso había fracasado. La dimisión de Heidegger fue también una sorpresa dentro de la Universidad de Friburgo. El antiguo rector Heidegger no participó en la toma de posesión de su sucesor, el profesor de derecho penal Eduard Kern; hizo leer el informe de su gestión rectoral por el delegado de universidades, con la excusa de que el rector era nombrado por el ministro, aunque en realidad había sido el propio Heidegger quien había introducido esta modalidad dentro de la constitución de la Universidad de Baden.

En su informe justificativo y pretendiendo basarse en recuerdos precisos, Heidegger señalaba que su sucesor Kern había sido el primero en ser designado en la prensa como «primer rector nacionalso-

cialista de la Universidad de Friburgo, que en su calidad de antiguo soldado del frente ofrece las garantías de poseer un espíritu combativo y marcial y de querer difundirlo en la universidad». Según esto, su rectorado habría sido clasificado como no nacionalsocialista «por el partido, el ministerio, el cuerpo de profesores y los estudiantes»: una vez más, Heidegger emplea generalizaciones anónimas sin designar a nadie en concreto. Pero sus afirmaciones son completamente falsas. Los diarios interesados en el tema, incluido el diario nazi de Friburgo, *Der Alemanne*, difundieron el 30 de abril de 1934 —previa búsqueda desesperada de un nuevo rector por parte del ministerio—, íntegramente y sin cambiar una coma (puedo afirmarlo ya que he comparado la noticia del periódico con la versión ministerial), la declaración ministerial aceptando la dimisión de Heidegger. Las palabras de este escrito habían sido limadas y sopesadas una a una. El texto dice así:

> El ministro de cultura, educación y justicia, Dr. Wacker, tomando en consideración los deseos expresos del hasta ahora rector de la universidad Albert-Ludwig de Friburgo, el profesor Dr. Martin Heidegger ha aceptado su dimisión de su puesto directivo en la universidad a la par que le ha expresado su agradecimiento y especial reconocimiento por su esforzado trabajo al frente de la dirección de la universidad. El ministro Dr. Wacker ha nombrado como nuevo rector de la Universidad de Friburgo al profesor titular de derecho penal y derecho procesal, Dr. Eduard Kern.

A esto sucedía un detallado currículum del nuevo rector, desde el punto de vista científico y militar, en el que se incluía una relación de las distintas etapas y distinciones de su vida militar. La prensa «unificada» no publicaba ni una frase más ni una frase menos, ateniéndose a las instrucciones dadas por el ministerio al departamento nazi de prensa de Karlsruhe. ¿Y cómo habría podido ser de otro modo, cuando lo que se pretendía era ocultar lo más posible la dimisión del famoso filósofo, dado que era nada menos que el *führer*-rector, es decir, algo así como la nave capitana de la Armada? ¿Y acaso un periódico como *Der Alemanne* tenía algún motivo especial para poner en tela de juicio los sentimientos nacionalsocialistas de Heidegger, cuando hacía sólo unas pocas semanas que acababa de publicar su famoso ensayo radiofónico *«Por qué permanecemos en provincias»*? Al contrario: en su informe sobre la investidura del nuevo

rector, *Der Alemanne* subrayaba expresamente que el delegado de universidades de Karlsruhe había dado las gracias al antiguo rector, Heidegger, por haber «penetrado la universidad con el espíritu nacionalsocialista» y por su «actividad en la remodelación de la universidad.» Está muy claro: tal como había escrito el Ministro de Cultura a Heidegger el 2 de octubre de 1933, el filósofo pasaba por ser el garante de la «comprensión de la universidad en el sentido de la concepción del mundo nacionalsocialista», muy particularmente después de su nombramiento como *führer*-rector.

La anotación que el prelado Sauer hizo en su diario el 29 de mayo de 1934, con ocasión de la fiesta del rectorado, dice así: «Durante toda la celebración, incluso durante la comida en el [hotel] *Kopf*, Heidegger se comportó como quien asiste al entierro de un suicidado; él no pronunció ningún discurso.» Efectivamente, la dimisión y la consiguiente retirada de la vida pública marcaba algo más que el simple final de una etapa de su andadura. No se puede calibrar con exactitud hasta qué punto el pensador Heidegger contribuyó a la estabilización del Tercer Reich y lo profunda que fue su influencia sobre los jóvenes estudiantes. Pero, en mi opinión, le cupo una gran parte de culpa.

El rectorado de Heidegger había fracasado y el desastre no sólo se limitaba a la Universidad de Friburgo, sino que afectaba a su ideal de dirección espiritual de la nueva Alemania a través de la nueva universidad y la nueva ciencia filosófica, según la comprensión heideggeriana, que la veía alzarse sobre un «suelo nunca firme» puesto que estaba fundada sobre el pensamiento del ser de los presocráticos. Esta era la auténtica meta de Heidegger, quien ahora tenía que reconocer que su idealismo había desembocado en la peor de las superficialidades, que la constitución de los *führer* había empantanado a la universidad en una organización burocrática, que los perfiles habían sido limados hasta perder su agudeza. Por eso abandonó. Su rectorado había fracasado desde el interior. Pero ¿cómo iba a triunfar, vista la banalidad del movimiento? El nacionalsocialismo marchaba con el espíritu de Horst Wessel y se burlaba de Heráclito y Parménides. En los campamentos la gente se burló de Heidegger y se rió de sus fantasías. El campamento científico de Todtnauberg acabó en catástrofe. No hubo ninguna puesta en marcha hacia el lugar de realización de «la obra del Estado». No se vio ningún signo de que los científicos alemanes, unidos y animados por

un nuevo valor, quisieran crear en su Estado la futura universidad del pueblo alemán.

Y así, Heidegger se vio expulsado de nuevo hacia sí mismo, separado de la realización de la obra del Estado de los alemanes, abandonado a su búsqueda del sentido de la historia. Encontró la respuesta que buscaba en Friedrich Hölderlin, a quien dedicó a partir de entonces su pensamiento, también íntimamente próximo a la poesía. Los pensadores que escuchan la palabra del poeta, a pesar de «no haber sido nunca escuchada», de encontrarse «guardada en la lengua occidental de los alemanes», saben que raras veces acontece historia: el *Kairos*, el evento *[Ereignis]*, es raro, «sólo hay historia cuando la esencia de la verdad es inicialmente llamada» [7]. En 1933 fue el evento, pero los alemanes no supieron verlo. No acogieron al intérprete del evento y, así, la esencia de la verdad se ocultó y huyó del «espacio único del tiempo» para refugiarse en «la imprevisible inicialidad del inicio». Lo sagrado, que Friedrich Hölderlin evocara una vez con palabras —fuera del tiempo—, quiso irrumpir en 1933 en aquella tormenta de la subversión del Dasein, quiso fundar «en su venida un nuevo inicio de una nueva historia». Pero de lo sagrado *[Heil-ige]* sólo quedó el «Salve» Hitler *[Heil Hitler!]*. Lo sagrado huyó de los albores del día para esconderse en las sombras de la oscuridad. Gracias a semejante autoidentificación de Heidegger con Hölderlin, el filósofo sobrevivió a los años del antiespíritu en Alemania, aunque pagando el correspondiente tributo.

También la «misión política», vinculada con su nombramiento en la cátedra berlinesa en el otoño de 1933 y mantenida después de rechazar dicho nombramiento, corrió en dirección hacia la falta de criterios vinculantes, cayó en el vacío. De esto se encargaron los espíritus de la mediocridad, los antiguos combatientes, del tipo, por ejemplo, de un Ernst Krieck o un Erich Jaensch [8]. No cabe duda de

[7] Martin Heidegger, *Hölderlins Hymne «Wie wenn am Feiertage...»*, Halle 1941, pp. 31 ss. Para las siguientes citas, véase *ibid.* y p. 30.

[8] Acerca de Krieck véase la excelente tesis doctoral de Gerhard Müller, de Friburgo, titulada *Die Wissenschaftslehre Ernst Kriecks, Motive und Strukturen einer gescheiterten nationalsozialistischen Wissenschaftsreform*, Weinheim, 1976. Respecto a la caracterización de Erich Jaensch, tenemos las indicaciones de Löwith, que cuenta que en el semestre de verano de 1933, Romano Guardini sostuvo en Marburgo una conferencia sobre Pascal: «El psicólogo nacionalsocialista Jaensch, que había inventado por aquel entonces el "contratipo" alemán, se irritó mucho por la conferencia y dijo

que las primeras críticas que Heidegger tuvo que soportar por parte de Krieck desde la primavera de 1934, publicadas en su revista *Volk im Werden*, tuvieron que saberle muy amargas, puesto que, al fin y al cabo, había sido con su compatriota de Baden con quien durante algún tiempo, en la época del gran despertar, había desarrollado su política universitaria de espíritu nacionalsocialista, hasta el fracaso de 1933-1934. Pero ¿quién era ese Krieck y qué valor tenía la revista *Volk im Werden*? Sabemos que este hombre originario de Baden, «un rabioso maestro de escuela», fue pronto considerado como un marginal político en su etapa de profesor en Heidelberg y que, aunque se le guardaba cierto respeto en su calidad de «antiguo combatiente», al partido se le hacía muy cuesta arriba rendirle los debidos honores durante las correspondientes conmemoraciones y aniversarios oficiales. Por eso, Krieck no pertenecía exactamente a la línea del partido. En cuanto a Alfred Baeumler [9], al que Heidegger conocía debido a sus trabajos sobre Nietzsche desde finales de la década de los veinte, difícilmente podemos saber si después de su subida al poder siguió armonizando con él durante mucho tiempo, si redactó un informe muy positivo sobre el filósofo con ocasión de la cátedra de Berlín o si, por el contrario, se convirtió en enemigo declarado de Heidegger desde el momento en que entró a formar parte de la Oficina Rosenberg.

Una cosa es segura: como muy tarde desde la primavera de 1934 se había formado en el partido un grupo antiHeidegger dirigido por sus antiguos colegas de Marburgo, Erich Jaensch y Ernst Krieck que, a través de Alfred Rosenberg, bloqueaban una posible posición dirigente de Heidegger en Prusia o en el Reich, ya que no querían que pasara por ser el «filósofo del nacionalsocialismo», conociendo, particularmente Jaensch, la postura política de Heidegger y su vida privada de la época de Marburgo. La mediocridad filosófica representada por Jaensch estaba en relación directa con su ideología

---

que era una vergüenza que, en el momento presente, la universidad escuchase una conferencia sobre un francés pronunciada por un intelectual "extranjero" (Guardini era italiano por su nacimiento)» (1986, pp. 76 ss.).

[9] Alfred Baeumler, vinculado a Alfred Rosenberg en su calidad de miembro de la Liga de Lucha por la Cultura Alemana *[Kampfbund für deutsche Kultur]* antes de su subida al poder y nombrado por aquél director del Departamento de Ciencia, se hizo cargo en el semestre de verano de 1933 de una cátedra de «Pedagogía Política» de la Universidad de Berlín, como ya hemos indicado más arriba.

nacionalsocialista primitiva. El 26 de febrero de 1934 el director de la asociación alemana de médicos nacionalsocialistas del Reich, Dr. Walter Groß, más tarde director del servicio de política racial del NSDAP, escribía en estos términos al servicio de política exterior del NSDAP: que últimamente no dejaban de llamarle la atención, por diversos conductos, sobre la actividad de Heidegger en Friburgo, quien en la mayoría de los sitios pasaba por ser el «filósofo del nacionalsocialismo». Como él mismo no tenía ninguna opinión formada sobre Heidegger, había preguntado recientemente a Jaensch de Marburgo cuál era su opinión y la respuesta había sido el envío de un «memorial absolutamente negativo», que Jaensch había redactado nada más llegarle una petición similar por parte de Krieck. Heidegger era uno de los más serios candidatos a la dirección de la Academia prusiana de profesores. Habría que comentárselo a Alfred Rosenberg, para que se hiciera cargo de ese «asunto manifiestamente peligroso» [10]. Y Rosenberg intervino en su calidad de director del Reich, de manera que empezó a crecer un considerable dosier en contra de Heidegger a partir del panfleto formulado por Jaensch.

El informe pedido por Krieck y redactado por el filósofo de Marburgo, Ernst Jaensch, se sumó al dosier del ministerio prusiano para la ciencia, el arte y la formación popular [11], junto con los documentos anexos enviados por Jaensch por propia iniciativa. Este texto es el producto de un indigno acto panfletario que rebaja la personalidad y la filosofía de Heidegger con ayuda de una argumentación absolutamente primaria: la tesis que predomina es que un nombramiento de Heidegger como director de la Academia equivaldría, más o menos, a una catástrofe. Sería como ir en contra de la razón «si se pusiera en uno de los puestos más determinantes para la cultura alemana a un hombre que ha apoyado al antiguo sistema político en las

[10] Véase Poliakov/Wulf 1983, p.548. También incluido en el debate de Christoph von Wolzogen «"Es gibt". Heidegger und Natorps "Praktische Philosophie"», en Gethmann-Siefert/Pöggeler, 1988, pp. 330 ss.

[11] Zentrales Staatsarchiv, servicio de Merseburg, Rep. 76 Va Secc. 1, Tit. IV, n.º 71. Destacan los folios 42-73, 476-487, 499-505. Doy las gracias al Archivo Central, servicio de Merseburg, por su envío de fotocopias. También doy las gracias a mis colegas Hans-Martin Gerlach (Universidad Martin-Luther de Halle-Wittenberg) por su mediación y sobre todo por sus inapreciables consejos. Farias fue el primero en presentar estos hechos (1987, pp. 215 ss.), pero sólo se detuvo muy brevemente en los ataques del grupo Krieck-Jaensch.

cuestiones decisivas relativas a la concepción del mundo y que, a su vez, ha sido apoyado por ese sistema.» Según el informe, en la obra de Heidegger se podían «reconocer perfectamente todas las manifestaciones espirituales decadentes de aquella desdichada época», como en ninguna otra personalidad de la vida universitaria alemana. Heidegger era un hombre sobre cuyo pasado ya nunca podría volver a crecer la hierba y en el que no cabía la posibilidad de una «unificación» ni siquiera externa, porque su auténtico rostro estaba plasmado en letras de molde en su obra y por lo tanto podía ser exhibido en cualquier momento y mostrado a la opinión pública. Cualquier mente sana entendería lo nefasto que resultaría «nombrar para el puesto tal vez más importante de la vida intelectual del futuro próximo, a una de las cabezas más confusas y a uno de los más destacados excéntricos que tenemos en nuestras universidades, a un hombre que personas muy razonables, inteligentes y fieles al nuevo Estado no saben si, dentro de esa zona fronteriza que va de la salud mental a la insanidad, deben catalogarlo *todavía* dentro de la primera o ya dentro de la segunda.» El pensamiento de Heidegger, continua el texto, había ejercido en Marburgo «una influencia nefasta en la educación», porque había sido imitado y de este modo se había difundido entre los jóvenes universitarios como una enfermedad psíquica contagiosa. ¡Y éste era el hombre al que querían revestir ahora de mayor autoridad! «¿Situar a un decadente tan típico, a un representante tal preclaro del anterior período de decadencia en el centro de un movimiento que pretende trabajar en pro del saneamiento? No podemos creer que semejante absurdo se haga realidad.»

Además, continuaba el informe, mientras Heidegger fue miembro de la facultad de Marburgo había sido el cabecilla de una pandilla judía y hasta había habilitado poco antes de su partida al semijudío Löwith dejándoselo a los marburgueses. En Marburgo siempre había estado en la avanzadilla de la lucha en pro de «todos los grupos de tendencias *anti*-nacionalistas». Había sido «*extraordinariamente* alabado» por los representantes del antiguo sistema, «por judíos, semijudíos y defensores de una concepción del mundo neoescolástica y marcadamente católica». Había cerrado un pacto con esa «teología dialéctica», que, según Jaensch, había sido denominada de forma muy significativa —debido a su relación con la época pasada—, «teología de la crisis». «La gente de aquí que conocía a Heidegger se quedó de piedra cuando oyó que se había integrado en el movi-

miento.» Pero cabía una explicación: Heidegger siempre había querido ser revolucionario, siempre había deseado encontrarse en primera línea en los sitios en que estallaba «la revolución, alguna gran conmoción o la negación de lo existente.» Eso explicaba que el pasado año Heidegger hubiera sido capaz de «lanzar improperios» «sin la menor vergüenza», contra la universidad, los profesores y todo lo existente en presencia de los estudiantes, empujado por una ambición personal a la que se sumaban las «ansias casi ilimitadas de la señora Heidegger de hacerse valer», bien conocidas en Marburgo.

El panfleto de Jaensch continúa en el mismo estilo durante muchas páginas, tantas que manifiestamente él mismo sintió la necesidad de resumir su informe sobre Heidegger en los siguientes puntos:

1. El pensamiento de Heidegger tiene exactamente el mismo carácter que el pensamiento talmúdico-rabulístico. Por eso ejerce el mayor de los atractivos sobre los judíos y descendientes de judíos o las personas con la misma estructura anímica que ellos. Si Heidegger sigue influyendo sobre la formación y selección de las nuevas generaciones universitarias, se puede afirmar con absoluta seguridad que esta selección dentro de la universidad y la vida intelectual favorecerá claramente a los descendientes de judíos que aún quedan entre nosotros. Y aunque la parte de sangre no aria de estas personas se remonte muy atrás, acogerán siempre con entusiasmo el absurdo rabulístico, lo remodelarán y aplicarán en los más diversos terrenos y después también querrán imponerlo dentro de la vida universitaria, y nuestros jóvenes alemanes no podrán participar, porque su mente y su entendimiento están demasiado sanos para eso.

2. Los productos del pensamiento de Heidegger o, mejor dicho, del pensamiento de tipo heideggeriano —porque la peste de la imitación ya ha comenzado a propagarse—, no son meros parloteos rabulísticos del tipo habitual, como hemos tenido sobrada ocasión de conocer a través del lenguaje que usaba la época pasada, sino que constituyen un tipo de rabulística que roza la enfermedad mental, de modo que uno se pregunta a cada momento qué se puede considerar *todavía* embrollado y excéntrico en el sentido normal y qué es *ya* pura charlatanería esquizofrénica. Como este tipo de pensamiento es explotado y propagado por las plumas ligeras y los editores hábiles en su negocio, aprovechando la coyuntura (un negocio que ha comenzado desde los nombramientos de Heidegger en Berlín y Múnich), nos vamos a ver expuestos en la vida universitaria a una auténtica epidemia espiritual, a una especie de psicosis colectiva.

En resumen: 1) se seleccionará inevitablemente a los descendientes de judíos, así como sus amigos y seguidores del mismo género. 2) Las secuelas

que dejó la época pasada en los niveles más elevados de la vida intelectual, no sólo no sanarán, sino que se agravarán mucho más todavía.

Sin querer introducirme más a fondo en el proyecto de la Academia (para esto consúltese el análisis más detallado de Farias 1987, pp. 213 ss.), señalaré, no obstante, que a diferencia de, por ejemplo, la Academia prusiana de las Ciencias o de la *Academie française*, la misión principal de esta Academia debía ser la «formación de jóvenes profesores de universidad para que sean científicos y educadores según el espíritu nacionalsocialista» y la «formación política de la voluntad de las nuevas generaciones universitarias». Los años próximos la tarea más importante sería «la selección de las nuevas generaciones de jóvenes», «según sus aptitudes corporales, su carácter y espíritu combativo y su concepción del mundo, así como según su rango intelectual y científico y la capacidad pedagógica de los habilitandos, en resumen, según los principios de un grupo de *führer* nacionalsocialistas». Si la Academia se desarrollaba de esta manera, «podría convertirse en el instrumento de esta planificación y conservar un influjo decisivo sobre el conjunto de la ciencia y la investigación, incluso si la universidad alemana llega a ser un día verdaderamente nacionalsocialista.» En el período de tránsito, podría influir decisivamente sobre el estilo de la universidad alemana y albergaba la posibilidad «de convertirse, por medio de una progresiva extensión en dirección a una especie de universidad política, en una parte integrante primero de algunas y finalmente de todas las universidades, elemento que después sería capaz de transformar la Universidad desde su interior».

En su detallado informe del 28 de agosto de 1934, Heidegger se identificaba plenamente con esta concepción, moviéndose en la línea de sus antiguos argumentos:

1. La institución de la escuela de profesores se determina por su *objetivo*. Este consiste en *educar* a todos aquellos profesores de universidad que tengan el deseo y la capacidad de convertir en realidad la futura universidad alemana. 2. La *educación* para la futura docencia debe tener como meta: a) Despertar y fortalecer la actitud *educativa* (el profesor no es un mero investigador que comunica los resultados de sus pesquisas o las de otros). b) Volver a pensar la *ciencia* actual a partir de las orientaciones del cuestionamiento y las fuerzas del nacionalsocialismo. c) Lograr un conocimiento dispuesto a defender la futura universidad en tanto que *comunidad de vida educativa* basada en una concepción cerrada del mundo.

Heidegger considera más importante que toda planificación y estructuración «el tipo y orientación de la voluntad y la capacidad de los directores y profesores.» Estos deberían actuar sobre todo por «lo que son y quienes son y no por lo que dicen y las cosas sobre las que "hablan"».

Desarrolla para la estructura interna de la institución, una mezcla de la antigua academia griega, la escuela romana de retórica, la universidad medieval y algunos elementos de la vida conventual. Advierte de los peligros de una mera formación, de un simple sistema de cursos «que hay que hacer y superar con el fin de obtener la habilitación». Sobre todo opina que:

> Las «propuestas» subestiman las exigencias y dificultades de la «planificación científica». Si queremos evitar y superar a partir de ahora, en la ciencia actual, ese «americanismo» que es ya tan poderoso, habrá que darle a la remodelación de las ciencias la posibilidad de crecer a partir de sus necesidades internas. Esto nunca ha sucedido ni sucederá si no es gracias al «influjo decisivo de determinadas personalidades». Esto no significa un poder unilateral de algunas escuelas y direcciones aisladas, sino únicamente la exigencia de una «lucha», que también en lo espiritual, y precisamente en ello, es «la madre de todas las cosas».

Por mucho que se siguiera cultivando la reputación de Heidegger en el ministerio de Berlín, los nacionalsocialistas comprometidos en el terreno político-científico habían emprendido una persecución contra él. El plan del ministerio prusiano de cultura de conceder a Heidegger la dirección de la futura Academia de profesores alemanes se vino abajo junto con la propia fundación de la Academia. Mientras tanto, el filósofo de Friburgo estaba en el punto de mira de los nacionalsocialistas más belicosos y era observado desde distintos lugares. Una y otra vez, Krieck, Jaensch y otros acólitos actuaban desde las sombras contra él. Una carta del *führer* de la corporación de profesores de la Universidad de Fráncfort a su homólogo de Berlín (datada el 30 de junio de 1934), arroja una luz significativa sobre estas intrigas; su posdata dice así:

> Todavía no hemos conseguido liberar totalmente a la Facultad de Filosofía de Fráncfort del Meno del influjo del grupo de Tillich. Creemos que de este grupo parten hilos que conducen hasta el grupo en torno a Heideg-

ger. «Han» logrado que este semestre se imponga a un heideggeriano típico, Krüger (de Marburgo), como interino de la actual cátedra vacante de filosofía. No perdemos de vista el asunto y solicitamos su apoyo, llegado el caso [12].

Y en efecto, Heidegger no sólo intervino en el caso de esa interinidad de la cátedra de Paul Tillich (la autoridad del momento en materia de «socialismo religioso», que el 6 de febrero de 1933 había sido destituido), sino que también procuró a las fuerzas moderadas de la Facultad de Filosofía de Fráncfort datos decisivos en contra de Hans Lipp, de Gotinga, no obstante lo cual, Lipp fue nombrado [13].

[12] Publicado por vez primera en Christoph von Wolzogen, *op. cit.* [nota 169], p. 331.

[13] Véase el impresionante capítulo «Hans Lipp» en Gadamer 1977, pp. 161-165.

LA ACTUACION DE HEIDEGGER DESPUES DEL RECTORADO

REGRESO DE SIRACUSA

En el informe justificativo, *Hechos y reflexiones*, Heidegger bosqueja con un par de rápidas pinceladas la época posterior a su rectorado: claridad definitiva sobre las consecuencias de su dimisión después del levantamiento contra Röhm del 30 de junio de 1934. Heidegger cuenta que, después, fue considerado sospechoso y hasta maltratado. Según él, detrás de todo esto se escondían los nombres de Krieck y Baeumler. Persecución y molestias, finalmente vigilancia por el servicio de seguridad, controles debido a su relación con estudiantes «católicos», sobre todo con miembros de órdenes religiosas, dificultades para publicar sus textos, prohibición de viajar al extranjero y de participar en congresos internacionales, injusticias con sus alumnos habilitados a la hora de la dotación de cátedras, etc. «A pesar del vacío que me hacían en mi propio país, en el extranjero se intentó utilizar mi nombre para hacer propaganda cultural y empujarme a dar conferencias. Rechacé todos estos viajes para dar conferencias en España, Portugal, Italia, Hungría y Rumania: tampoco participé nunca en las conferencias para el ejército que la facultad organizaba en Francia.» (1983, pp. 41 ss.)

En julio de 1934, el rector de Friburgo, Kern, solicitó a Karlsruhe el permiso para que Heidegger realizara un viaje a Italia ya que su colega había sido invitado a dar unas conferencias en el Istituto Italiano di Studi Germanici creado por el gobierno italiano. Heideg-

ger fue felicitado por el gobierno de Karlsruhe que le comunicó que había tramitado su solicitud a Berlín. En aquel momento existían normas muy estrictas en lo relativo a las divisas y por motivos políticos se controlaban todos los viajes al extranjero desde el gobierno central. Pero el viaje a Italia tuvo que ser aplazado debido a una enfermedad de Heidegger. En la primavera de 1936 el instituto romano repitió su invitación y, por primera vez en su vida, Heidegger pudo visitar junto con su familia Italia y Roma, esta vez sin ningún tipo de impedimento. El ministerio de Berlín incluso autorizó las conferencias solicitadas por el filósofo en Milán y Pisa, aunque, seguramente por motivos de tiempo, Heidegger no llegó a darlas.

Como ya hemos tenido ocasión de señalarlo, el filósofo se encontró en Roma con su discípulo Karl Löwith. Esto quiere decir que Heidegger podía moverse libremente, a pesar de la campaña en su contra que se había levantado dentro del partido y ya hemos bosquejado. Y de la misma manera le autorizaron otros viajes: a Suiza (Zúrich) en 1935-1936 y a Viena en 1936. Después, durante la guerra, llegaron invitaciones imperiosas de Italia, España y Portugal (1942), a las que Heidegger se mostró dispuesto a responder en un principio, pero añadiendo que a consecuencia «de otro tipo de obligaciones con el ejército sólo podría sostener dichas conferencias hacia finales del semestre de invierno, es decir, en la primavera o a principios del verano de 1943». Dichas obligaciones con el ejército eran, probablemente, las conferencias organizadas por la facultad de Friburgo. En el otoño de 1943 Heidegger preparó las conferencias para España (Madrid, Valencia, Granada) y Portugal, escogiendo y proponiendo como tema para ambos países: «La doctrina de la verdad de Platón (el mito de la caverna)», «Sobre la metafísica de Aristóteles» y «Hölderlin y la esencia de la poesía». Estos viajes nunca se realizaron por causa de la evolución de la guerra, que en 1944 se hallaba en el estadio final.

Tal vez haya que considerar con mayor atención la invitación de la corporación de estudiantes de Zúrich, hecha en el otoño de 1935 y autorizada de inmediato por el ministerio de Berlín, porque la conferencia escogida por Heidegger, «Sobre el origen de la obra de arte», despertó una esclarecedora controversia en el diario *Neue Zürcher Zeitung*. El 17 de enero de 1936, Heidegger habló ante un auditorio numeroso, atento y salpicado de personalidades importantes: esto es lo que cuenta en un artículo periodístico Hans Barth, el re-

dactor del citado diario, que dio a su texto un significado político que habla muy claramente de sus reservas respecto al compromiso político de Heidegger. En el fondo, en esta antigua controversia de la época, ya se encuentran todos los elementos característicos de la actual discusión sobre el tema. Hans Barth comenzaba con estas palabras:

Ha bajado mucha agua por el Rin desde que Heidegger dio a conocer al público los últimos resultados de sus esfuerzos filosóficos. El discurso del rectorado de 1933 sobre «La autoafirmación de la universidad alemana» no puede ser considerado, por mucho que se quiera, como la expresión más esencial de su espíritu. Es demasiado flojo para eso. Por este motivo, muchos habrán esperado con interna ansiedad la conferencia pronunciada el 17 de enero ante la corporación de estudiantes de Zúrich. Creo que podemos considerar un honor que Heidegger tome la palabra en un Estado democrático, puesto que, por lo menos durante algún tiempo, pasaba por ser uno de los portavoces filosóficos de la nueva Alemania. Pero muchos también recuerdan que Heidegger dedicó *«Ser y Tiempo»* con «respeto y amistad» al judío Husserl y que vinculó para siempre su interpretación de Kant con el recuerdo del semijudío Max Scheler. Lo primero en 1927, lo segundo en 1929. Por lo general, los hombres no son héroes y tampoco los filósofos, aunque haya excepciones. Por eso opinamos que no se le puede exigir a nadie que nade contra corriente; sólo un cierto sentimiento de deber respecto al propio pasado puede elevar la consideración de la filosofía, que no sólo es saber, sino que en algún tiempo también fue sabiduría.

Este artículo periodístico provocó un violento debate; el teórico de la literatura de 28 años, Emil Staiger, reprochó a Barth haber antepuesto a su artículo «una carta política» «para asegurarse el favor del público» y de haberle sacado defectos al lenguaje de Heidegger para luego resumir toda la conferencia, a base de remiendos, en unas pocas frases.

Pero Heidegger no puede compararse con Oswald Spengler ni Tillich, por citar a dos filósofos que proceden de terrenos opuestos. Martin Heidegger se encuentra al lado de Hegel, Kant, Aristóteles y Heráclito. Una vez que se ha comprendido esto, no por eso deja de ser lamentable que Heidegger se dejara arrastrar por su época, de igual modo que siempre parecerá trágico que las esferas se confundan; pero, con todo, la admiración del que ha comprendido esto no se dejará confundir ni un ápice, igual que el respeto

por la *«Fenomenología del espíritu»* [de Hegel] no se dejará turbar por su imagen de reaccionario prusiano.

Es especialmente interesante la apreciación que hace Hans Barth del *Discurso del rectorado* cuando lo califica de «demasiado flojo» porque, como ya hemos señalado más arriba, no está del todo descaminado. Ya es hora de que vaya decreciendo la atracción por ese discurso, a poco que se entienda su contenido. Lo importante es que hubo alguien que habló así y las intenciones que le movían (*NZZ* del 20 y 23 de enero de 1936).

En principio, Heidegger no tuvo que temer ningún peligro ni perjuicio de ningún tipo por el hecho de haber caído ahora en desfavor y ser observado con desconfianza. Tampoco tuvo dificultades para seguir publicando: *Ser y Tiempo* pudo seguir editándose varias veces en la editorial Niemeyer de Halle, la quinta vez en 1941, suprimiendo la dedicatoria a Husserl (véase supra, pp. 192). Parece que Heidegger empezó a ser vigilado por el Servicio de Seguridad a partir de la primavera de 1936, después de su regreso de Italia. No sabemos si esto tuvo alguna relación con su estancia en el extranjero. Pero describamos brevemente ese viaje a Roma, antes de ocuparnos del asunto de la vigilancia.

Heidegger, el filósofo que mantenía un trato tan familiar con la herencia de la antigüedad, se encontraba en Roma por primera vez en su vida, experimentaba esta vivencia cultural a los cuarenta y cinco años de edad. Los diez primeros días de su estancia en Roma estuvieron muy ocupados: dos conferencias, «Hölderlin y la esencia de la poesía», el 2 de abril, y «Europa y la filosofía alemana», el 8 de abril, en el Instituto Kaiser-Wilhelm, a la última de las cuales el judío Karl Löwith no fue invitado, como hemos tenido ocasión de señalar, porque en aquellas salas, que habían sido costeadas por una fundación judía, flotaba desde hacía algún tiempo el espíritu del pensamiento racial. Entre conferencia y conferencia, Heidegger devoró la cultura y los paisajes italianos: Frascati, Tusculum, Piazza Navona o el Moisés de Miguel Angel en la penumbra de San Pietro in vincoli. El 16 de mayo, Heidegger escribía a Jaspers (en su segunda carta a Jaspers después de 1933 y última carta del período del Tercer Reich), que durante los diez días de su estancia en Roma se había sentido lleno de confusión y casi «irritado y de mal humor», y daba como explicación la sobreabundancia de impresiones asimiladas, que sólo

ahora empezaban a aparecer en su memoria dentro de un cierto orden y de modo más claro que mientras las estaba recibiendo. En esta carta no dice ni palabra de Karl Löwith y, sin embargo, su encuentro con su discípulo de la época de Marburgo, el íntimo al que confiaba la vigilancia de sus hijos, el compañero de camino al que estaba ligado desde los años veinte por mediación de Wilhelm Szilasi, tuvo que representar algo muy importante. ¿Tal vez de ahí su enojo y hasta mal humor? Ya hemos descrito la versión contada por Karl Löwith en un breve capítulo de su obra *«Mi vida en Alemania antes y después de 1933. Un informe»*. Los días de Roma estuvieron repletos de la intensidad y agudeza de las preguntas formuladas por Löwith; la ocasión para el debate fue la controversia que había tenido lugar apenas unas pocas semanas antes en el diario *Neue Zürcher Zeitung*. Löwith declaró su desacuerdo tanto con Hans Barth como con Emil Staiger, porque opinaba que la toma de partido de Heidegger en favor del nacionalsocialismo yacía en la propia esencia de su filosofía.

La atmósfera hölderliniana en la Roma de 1936 era para Löwith irreconciliable con el credo político de Heidegger. Y sin embargo Heidegger no habló por azar de la estrofa número 7 de «Pan y Vino»: «¿Qué hacer, mientras tanto, qué decir?», cuando un sabio que guarda lo velado y desconocido «aguanta», y «aguantar» era para Heidegger «guardar, proteger», como explica más tarde en su *Carta sobre el humanismo*. «Aguantar» en medio de la penuria, en medio del «Ya no de los dioses huidos y del Todavía no de lo venidero.» En su carta a Jaspers de 16 de mayo de 1936 todo suena más prosaico:

> En realidad, debemos entender como algo admirable que la «filosofía» no tenga prestigio, pues ahora toca luchar por ella sin llamar la atención; por ejemplo, por medio de ese curso sobre un tratado de Schelling [1], por extraño que parezca. Pero a veces vemos claramente qué ha ocurrido y qué es lo que falla: un conocimiento serio de que nos falta un curso semejante.

¡Qué resignación por parte de un filósofo que a partir de la crítica cultural de la época de Weimar, la época de la impotencia, se adentró lleno de ánimo en la transformación total de la existencia de los alemanes con intención de ganar para la filosofía —que se encon-

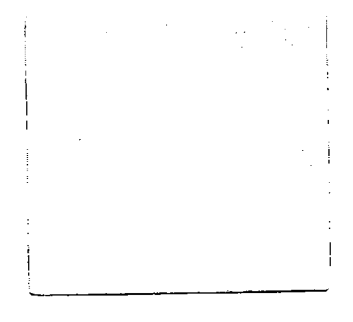
[1] En el semestre de verano de 1935, Heidegger dio un curso titulado «Schelling. Sobre la esencia de la libertad humana».

traba sin suelo— un «suelo vacilante», lanzándose a una aventura política! Ahora ya sólo se podía luchar por una «filosofía sin prestigio» sin llamar la atención. El Heidegger preocupado y enojado del verano de 1936 también tenía motivos personales para sentirse irritado: en Roma, su discípulo Löwith le había echado en cara que fuera capaz de sentarse en la «Academia para el Derecho alemán» a la misma mesa «que un individuo como Julius Streicher». Heidegger tuvo que admitir que las consignas que profería ese jefe de distrito de Franconia sólo podían considerarse como pornografía política, pero por lo demás eludió el problema y una vez más distinguió al Führer Adolf Hitler frente a semejantes personajes rastreros.

El 14 de mayo de 1936, el director del Departamento de Arte y del Archivo de Política cultural de la Oficina Rosenberg, el señor Dr. Gerigk, preguntó a la asociación de profesores nacionalsocialistas de Múnich cómo se valoraba «la personalidad del profesor Dr. Martin Heidegger, de Friburgo». (El acta correspondiente se encuentra en el *Bundesarchiv* de Coblenza, NS 15/209.) No sabemos cuál fue el motivo que dio pie a esta pregunta. Llama la atención que se pidiera esta información a la asociación de profesores nacionalsocialistas puesto que dentro de la propia Oficina Rosenberg se encontraba Alfred Baeumler —en el Departamento de Ciencia—, experto en Heidegger. Gerigk continuaba diciendo que «su filosofía está muy vinculada a la escolástica, de modo que parece extraño que, en determinados lugares, Heidegger pueda ejercer una influencia nada desdeñable sobre los nacionalsocialistas.» Dejemos de momento de lado esta curiosa descripción según la cual la filosofía de Heidegger está «vinculada al escolasticismo». Las informaciones de Múnich debieron ser tan alarmantes que el Departamento de Arte hizo llegar el dosier al Departamento Central de Seguridad del Reich (el 29 de mayo de 1936), con el ruego de «ponerse en contacto oral con el camarada Dr. Gerigk». Los documentos de archivo de la Oficina Rosenberg y otras instancias del partido están llenos de lagunas. La mayoría de las actas —sobre todo las de la asociación de profesores nacionalsocialistas— fueron destruidas. Pero, con todo, se puede reproducir una situación que facilita la interpretación: la respuesta de Múnich fue tan fuerte y negativa que pareció aconsejable poner a Heidegger bajo vigilancia a través del correspondiente Departamento del Servicio de Seguridad. Ya indicamos antes que, desde la primavera de 1934, se iba acumulando material sobre (y contra) Heidegger proce-

dente del grupo en torno a Krieck y Jaensch. Seguramente ese material siguió engrosando hasta formar un dosier considerable.

No sabemos nada del modo y la intensidad con que se llevó a cabo esta vigilancia. En *Hechos y reflexiones* Heidegger cuenta que en el semestre de verano de 1937 un tal Dr. Hancke de Berlín participó en su seminario mostrándose «muy capaz e interesado». Hancke no tardó mucho tiempo en destaparse: «no pudo seguir ocultándome que trabajaba para Scheel, que por aquel entonces dirigía el Servicio de Seguridad de la franja suroeste.» De esta manera, Heidegger ve una conexión ininterrumpida entre su «obligado» final del rectorado (el papel de Scheel) y las actividades de vigilancia del año 1937. Sin embargo, parece más probable que se pusiera bajo vigilancia a Heidegger desde el año 1936 por otros motivos. Según las declaraciones de Hancke, en el Servicio de Seguridad se creía que Heidegger colaboraba con los jesuitas. Si esto es así, se comprende la caracterización según la cual la filosofía de Heidegger estaba «vinculada a la escolástica». Pero ¡qué interpretación tan diametralmente errónea! [2]



[2] Un cuestionario conservado en el archivo del Quai d'Orsay (en París) demuestra lo diferentes que podían ser las valoraciones sobre Heidegger en las instancias del partido. Dicho cuestionario, cumplimentado por la dirección de la región de Friburgo y enviado a la dirección de distrito de Karlsruhe (que servía para que el servicio de censura de libros de texto tuviera información sobre los autores), resalta sobre todo la hostilidad de Heidegger contra el catolicismo. El documento, de la primavera de 1938, también es un indicio de que en aquel momento, al menos en la sede local del partido, Heidegger era todavía persona grata. (El contenido de este documento, que no he podido ver, fue explicitado por vez primera en el artículo de Jacques Le Rider, «Le dossier d'un nazi "ordinaire"», *Le Monde*, 14.10.1988.)

¿QUE ES EL HOMBRE?

Heinrich Ochsner, el amigo de la época de estudios y testigo en la boda religiosa del matrimonio Heidegger, que desde la primavera de 1933 observaba el camino político seguido por el gran filósofo desde una distancia prudencial, con actitud crítica y sin el menor asomo de comprensión («El desastre del rectorado de Heidegger»), anotaba en una carta del 25 de noviembre de 1933 la fuerte impresión que le había producido la pequeña obrita de Theodor Haecker, recién aparecida, titulada *¿Qué es el hombre?* [1]: «Se trata de uno de los libros mejores y más profundos que han sido publicados en Alemania en los últimos años. Una de sus frases explica genialmente la actual situación: que hoy no hay dos hombres que se entiendan sobre una misma cosa aunque utilicen las mismas palabras» [2].

En efecto, se trataba de un libro muy valiente, escrito contra el espíritu del tiempo, con acentos convulsos y arrojados, acusando y a la vez lanzando una esperanza desde la base, inevitable, del Génesis 1,26. Theodor Haecker, el analista más agudo e incorruptible de su época, escribía en un estado de ánimo fundamentalmente pesimista: «¿Hacia dónde vamos en el tiempo? ¿Cómo será la nueva faz del mundo, qué aspecto tendrá lo nuevo, después de que se hayan des-

[1] Haecker, 1933.
[2] Ochwadt/Tecklenborg, 1981, p. 109.

truido sobre el planeta muchas de las cosas que hoy aún no están destruidas? No lo sabemos. Nadie lo sabe excepto Dios» [3]. Este Dios, por supuesto, era el Dios de la antigua y de la nueva Alianza, el Dios del Génesis y no un Dios que aún pueda salvarnos, desde luego ninguno de los dioses griegos. Este Dios de la revelación cristiana tampoco tenía nada que ver con el Führer celebrado en aquel mismo tiempo por el filósofo Martin Heidegger, un Führer que daba a su pueblo «la posibilidad inmediata de tomar la suprema decisión libre: si todo el pueblo quiere su existencia o no la quiere» [4]. Este pueblo, que se había levantado con un «espíritu de obediencia restaurado», «recupera la verdad de su voluntad de existencia, porque la verdad es la evidencia de aquello que hace seguro, clarividente y fuerte a un pueblo en sus actos y su saber», como manifestaba el rector Heidegger el 11 de noviembre de 1933 en un llamamiento al pueblo alemán [5]. Así pues, también se enfrentaba a un derrotismo cristiano del tipo del expresado por Theodor Haecker, quien ahora, en el momento de la gran convulsión, cuando finalmente la historia acontecía como verdad, sólo sabía escribir en tono de lamento: «En semejante época, ¡oh, amigos míos!, a veces meditamos sobre qué deberíamos salvar del horror de la destrucción. Bien está: al igual que Eneas se lanzó a salvar en primer lugar a sus penates, nosotros salvaremos primero la cruz, por cuya señal aún podremos persignarnos antes de que nos derribe. Y después, lo que amemos más ardientemente. Pero no nos olvidaremos de nuestro Virgilio, que cabe en un bolsillo» (1933, p.17): un humanismo de espíritu cristiano.

El libro de Haecker, que llevaba como lema el versículo del Génesis, 1,26: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza...», era una declaración de guerra contra la filosofía y la concepción del mundo del momento, pero también un consuelo para miles de hombres empeñados en una búsqueda [6]. Heidegger leyó escrupulosamente a Haecker y comprendió las preguntas esenciales del libro. Pronto dio la conveniente respuesta en la lección «Introducción a la

[3] Haecker 1933, p. 17.
[4] Véase Schneeberger 1962, doc. 129.
[5] *Ibid.* doc. 116 y 129.
[6] La resonancia del libro de Haecker fue absolutamente extraordinaria, a diferencia del *Discurso del rectorado* de Heidegger.

metafísica», del semestre de verano de 1935 [7]. Esta lección, publicada por vez primera en 1953, es a lo largo de numerosas páginas una controversia con la filosofía cristiana o, para ser más exactos, con Haecker, por mucho que la investigación no haya parecido darse cuenta hasta ahora. Desde luego, Heidegger no menciona ningún nombre, habla en un lenguaje cifrado sólo comprensible para los iniciados. La cuestión central de qué sea el hombre, «no la encuentra la filosofía escrita en el cielo», sino que el hombre filosófico debe orientarse por Heráclito y Parménides, en cuyos fragmentos se revela la verdad del ser: «La esencia y el modo del ser del hombre sólo podrá determinarse entonces a partir de la esencia del ser». La revelación según Heráclito y Parménides y la revelación del Dios que se revela a través del concepto de «logos» del Nuevo Testamento, aparecen en duro contraste: «El anuncio de la cruz es el propio Cristo; él es el logos de la redención, de la vida eterna... Un mundo separa todo esto de Heráclito.» ¡Qué gran verdad! ¿Qué puede ser esto para un mundo separador? Un mundo separa también al filósofo Heidegger del pensador de la existencia cristiana, Haecker, que se ha abandonado en manos de la revelación del Dios cristiano y al que, por eso, le alcanza el anatema del catedrático de Friburgo:

> Cierto que ahora tenemos libros titulados «¿Qué es el hombre?», pero esta pregunta sólo aparece escrita en las tapas del libro. No se pregunta en absoluto, pero no porque con tanto escribir libros se olvide preguntar, sino porque ya se posee una respuesta a esa pregunta y es una de tal género que lo primero que establece es la prohibición de preguntar. Que alguien crea en las sentencias pronunciadas por el dogma de la Iglesia católica es un asunto particular de cada individuo y no es lo que aquí se cuestiona. Pero que alguien ponga sobre las tapas de sus libros la pregunta: ¿Qué es el hombre?, a pesar de que *no* está preguntando, porque *no* quiere preguntar *ni* puede hacerlo, es un modo de proceder que le priva desde el principio del derecho a ser tomado en serio. Y que, encima, un diario como, por ejemplo, el *Frankfurter Zeitung*, ensalce semejante libro, en el que solamente se pregunta en las tapas, tratándolo de «libro extraordinario, admirable y valiente», le demuestra hasta a los más ciegos a dónde hemos llegado.

[7] Aún no se ha debatido lo suficiente esta lección. Las siguientes citas han sido extraídas de la edición de 1953, aparecida en Tubinga (cuarta edición, 1976).

El *único* libro publicado en aquella época con el título «¿Qué es el hombre?» era el de Haecker y el estilo impersonal «se pregunta, se posee» —utilizado despreciativamente por Heidegger— aludía a Theodor Haecker, cuyo breve libro obtuvo un considerable éxito y en 1935 ya alcanzó su tercera edición y obtuvo un comentario muy elogioso en el diario *Frankfurter Zeitung*. Este comentario enojó tanto a Heidegger que fue atacando uno por uno todos los atributos destacados en la recensión para acabar rematando con una increíble invectiva: después de todo, aquel libro era simplemente el «otro punto de vista». Desde luego, no se trataba del suyo y por eso sólo podía atacarlo con la más amarga hiel del despecho desde el contexto coyuntural del cuestionamiento verdaderamente originario del pensamiento heideggeriano. Por eso, el filósofo proseguía así:

> ¿Pero por qué me detengo en estos extravíos en el marco de la interpretación de la sentencia de Parménides? Ciertamente, este tipo de escritura es en sí mismo insignificante. Pero lo que no es insignificante es este estado de parálisis de toda pasión por preguntar, que ya viene durando mucho tiempo. Este estado es el causante de que todas las actitudes y criterios se sumerjan en la confusión y la mayoría ya no sepa en dónde y sobre qué cosas debe tomar las decisiones importantes, cuando en realidad a la grandeza de la voluntad histórica tendría que sumarse el rigor y la originariedad del saber histórico.

Los extravíos que Heidegger reprocha al clarividente Theodor Haecke porque en lugar de basar su interpretación del ser del hombre sobre un fragmento de Parménides lo basa en la tradición del Génesis sólo pueden considerarse como el anatema de un profeta. La «pasión del preguntar», tal vez sólo de un preguntar «retórico», también puede entenderse como un tópico recurso estilístico. Tal vez esa pasión revele ser una actitud sin vida si se mira lo que se esconde detrás de las palabras. Y ¿acaso tiene derecho a difamar y a tratar esas frases de confusión de todos los criterios y actitudes la persona que precisamente anunció la desmesura al proclamar al *Führer* como medida de todas las cosas, de toda la realidad, incluso la futura? Cuando Heidegger dio esta lección hacía exactamente un año de la acción contra Röhm, es decir era el aniversario de los miles de asesinatos perpetrados en aquella triste noche de julio; los campos de concentración iban perfilándose con mayor nitidez. Quien reconocía

abiertamente su convicción cristiana sabía qué estaba defendiendo y desde qué terreno. Las preparaciones propagandísticas con vistas a la aprobación de la nueva ley civil del Reich, durante la siguiente reunión del partido del Reich en Nuremberg, estaban en pleno furor. Pero, una vez más, Martin Heidegger volvió a monopolizar en aquel semestre de verano de 1935 el saber de la «interna verdad y grandeza» del nacionalsocialismo y a dogmatizar su «voluntad de saber».

Los ataques de Heidegger contra el libro de Haecker deben inscribirse también dentro de un marco muy concreto, pues nacieron en el trasfondo de unas graves agresiones contra Haecker, por parte de estudiantes nacionalsocialistas de la Universidad de Friburgo, en mayo de 1935 [8]: Haecker tuvo el valor de aceptar una invitación de los estudiantes católicos para hablar sobre el tema «El cristiano y la Historia» en el aula I (el aula de Heidegger), el día 13 de mayo [9]. La conferencia fue perturbada desde el principio. Después, algunos estudiantes «insurrectos» desfilaron delante del seminario teológico (el Collegium Borromaeum) para manifestarse contra aquella monstruosa provocación, gritando lemas tales como «¡Abajo Roma!», «¡Los negros al paredón!» [negros, católicos], «¡Moled a palos a los negros!», «¡Abajo los perros negros!», «¡Colgad a los judíos!» . Y el diario *Freiburger Studentenzeitung* se expresaba el 15 de mayo en los siguientes términos acerca de la conferencia de Haecker: que bien era verdad que no se había referido directamente de manera negativa al nacionalsocialismo, porque «en efecto, eso no se hace, son demasiado listos para eso. Prefieren ignorarlo por completo. Se comprende que los estudiantes nacionalsocialistas reaccionen contra estos métodos del catolicismo político. Su nacionalsocialismo les obliga a hacerlo». Y en el mismo número se declara: «luchamos unidos contra el catolicismo político, contra el jesuitismo, contra el judaísmo y contra la francmasonería». Desde luego, no pretendo establecer una relación directa entre semejantes acontecimientos y la lección de Heidegger, pero éste era el ambiente que reinaba en la pequeña ciudad universitaria de Friburgo, donde todo el mundo se conocía. Por cierto que Haec-

---

[8] Estos sucesos, basados en datos de archivo, aparecen en la obra de Remigius Baeumer, «Die Theologische Fakultät Freiburg und das Dritte Reich», *Freiburger Diözesanarchiv*, n.º 103, 1983, pp. 265-289, aquí pp. 285 ss.

[9] Haecker publicó su libro *El cristiano y la historia* (en Leipzig) en 1935; se trata de una decidida confesión de cristianismo y de que Dios es el único dueño de la Historia.

ker fue castigado en 1935 con una prohibición de pronunciar discursos públicos.

La lección de Heidegger, «Introducción a la metafísica», que presenta una especie de curso fundamental sobre la doctrina del ser, constituyendo a la vez un texto pedagógico tanto para principiantes como para estudiantes algo más avanzados, también fue seguida en el semestre de verano de 1935 por dos jesuitas enviados por el superior de la orden en Innsbruck para que estudiaran filosofía y se doctoraran en Friburgo. Estos jesuitas eran Karl Rahner y Johannes Lotz que, como es lógico, no habían sido enviados para seguir los cursos de Heidegger, sino los de su colega de la cátedra de Filosofía (cristiana), Martin Honecker [10]. Algunas leyendas posteriores según las cuales ambos jesuitas quisieron doctorarse con Heidegger no tienen la menor base objetiva, porque en aquella época él nunca hubiera aceptado como doctorandos a unos jesuitas. Sin embargo, después de 1945, el filósofo reclamó a estos jesuitas como «discípulos» suyos, para darle más peso a su distancia respecto al nacionalsocialismo con un argumento de tipo clerical. En *Hechos y reflexiones*, Heidegger escribe así: «Durante toda una serie de semestres los padres jesuitas Lotz, Rahner y Huidobro participaron en mi seminario superior; estuvieron a menudo en nuestra casa. Basta con leer sus textos para reconocer de inmediato la influencia de mi pensamiento, que tampoco niegan en ningún momento» (1983, pp. 41 ss.).

Por mi parte sólo puedo analizar la «Introducción a la metafísica» de Heidegger desde un punto de vista primordialmente histórico. Una lección como ésta, dirigida principalmente contra la «falseadora» filosofía cristiana, también iba dirigida, como es lógico, contra su más próximo colega, Honecker, que ocupaba la cátedra marcada ideológicamente. Es evidente que, debido a su propia historia, Heidegger nunca dejó de tener roces con la filosofía cristiana y atacó con saña las cátedras de filosofía cristiana garantizadas por los concordatos y el derecho internacional. La Universidad de Friburgo nos da un buen ejemplo de esto.

Honecker soportaba como podía —desde el nombramiento de Heidegger en Friburgo en 1928— la vecindad de este pensador y profesor tan influyente. Esta tensión, difícil de sobrellevar, fue agravándose después de 1933 debido al compromiso político de Heideg-

[10] Véase Ott, 1988a.

ger, quien desde aquel momento no dejó sombra de duda de que había sonado la última hora de las cátedras de filosofía con orientación ideológica. El detonante fue el asunto de la política destinada a las nuevas generaciones. De esta manera y sobre todo a la hora de introducirse en la carrera universitaria, también los discípulos de Honecker cayeron en este ambiente politizado, como ocurrió por ejemplo con los candidatos, de la misma edad, Maz Müller y Gustav Siewerth. Antes de hablar de su «destino», en la medida en que estuvo determinado por Heidegger, volvamos brevemente a los jesuitas Rahner y Lotz, porque su historia ha dado lugar con posterioridad a muchos errores y confusiones que siguen todavía en vigor en la actualidad, en gran parte por el hecho de que Rahner no fue admitido como doctorando en Friburgo.

Honecker propuso a ambos jesuitas temas de la filosofía tomista: a Rahner un problema de teoría del conocimiento extraído de la *Summa Theologica*[11] de Tomás de Aquino y a Lotz la explicación metafísica de la proposición escolástica «*Ens et bonum convertuntur*»[12]. El proyecto presentado por Rahner fue rechazado por Honecker, no porque estuviera «demasiado inspirado en Heidegger», como se suele leer, sino porque no había alcanzado el nivel exigido por Honecker. Por el contrario, la tesis de Lotz fue aceptada sin contemplaciones y fue muy halagada por Honecker, que testificó «la seriedad del esfuerzo de pensamiento aquí desarrollado». Lotz había llevado a cabo una excelente investigación que se movía «en el ámbito escolástico o, mejor dicho, dentro del sistema de pensamiento tomista, con extraordinaria facilidad y de manera consciente sin caer en algunos de los muchos tratados mediocres del tomismo del denominado neotomismo». Podemos saber cómo juzgaba Heidegger este trabajo —el filósofo tenía la obligación de actuar como segundo examinador de los doctorandos de su colega—, a partir de las siguientes frases, que son una reproducción íntegra de su informe:

Dentro del marco previamente establecido, que determina por adelantado el resultado, el trabajo debe considerarse como el logro extraordinario de una escolástica que se adapta a cada época. Las auténticas raíces «sistemáticas» de la cuestión de la «permutabilidad» del *ens* con el *bonum* sólo po-

[11] *S.th.* I q. 84a. 7.
[12] Actas de tesis doctorales, archivo de la Universidad de Friburgo.

drían entenderse plenamente si el análisis se remontara más allá de la doctrina escolástica y contemplase la cuestión desde su origen griego, concretamente aristotélico-platónico.

Se trata de la típica respuesta preparada de Heidegger cada vez que intenta desacreditar argumentativamente todo esfuerzo filosófico basado en planteamientos cristianos. Reconoce el excelente trabajo realizado por el autor, pero desgraciadamente éste está limitado por principio, no está libre de prejuicios, se encuentra preso dentro de una construcción del pensamiento en la que no se puede plantear la verdadera pregunta. El candidato se ve obligado a trabajar dentro de unos moldes preestablecidos, dentro de los cuales ya se ha dado la respuesta a una falsa pregunta. Naturalmente, este informe tiene su raíz en la lección del semestre de verano de 1935, momento en el que Heidegger se encontraba personalmente inmerso en una controversia con la «fe de los orígenes». En esta lección, el filósofo se volvía a liberar una vez más del «vínculo extrafilosófico», es decir, del vínculo con la doctrina cristiana. El hombre que acepta la revelación divina como verdad no puede plantearse la pregunta de Heidegger, porque siempre dispone ya de una respuesta previa y la acepta como tal: Dios es el creador de todo lo ente y él mismo nunca ha sido creado en toda la eternidad. El cristiano convencido, acusado de este pre-juicio de principio, no puede emprender este camino del pensamiento, pues equivaldría a abandonar su fe. «Sólo puede simular que lo hace.» Para Heidegger, los cristianos convencidos son de todos modos sospechosos, porque han caído en la indiferencia: ni creer ni preguntar, por pura comodidad. Su fe es «el acuerdo establecido con ellos mismos de agarrarse en el futuro a la doctrina como a algo transmitido de alguna manera». Para Heidegger no cabe duda de que «una filosofía "cristiana" es un tiro al aire y un error».

Por eso, había llegado la hora de poner límites a las nuevas generaciones de estudiantes de esta disciplina y de bloquear el camino antifilosófico. Había que dejar que la materia se «muriera de hambre». Heidegger se mostró un implacable enemigo de los filósofos cristianos en el seno de su propia universidad, ejerciendo una venganza tardía por la injusticia sufrida en el pasado. Esta venganza era aún más fácil de satisfacer en la época del totalitarismo nacionalsocialista, que se mostraba encantado de impulsar cualquier género de medida antieclesiástica que viniera de la universidad. Las instancias

responsables del NSDAP resultaban ser cómodas colaboradoras cuando se trataba de negar un puesto, y por tanto una seguridad material, a un profesor habilitado.

La dureza de esta política científica nacionalsocialista recayó con toda su fuerza en la Universidad de Friburgo sobre dos candidatos a la habilitación que, sin embargo, estaban excelentemente capacitados y eran muy prometedores: Gustav Siewerth (1903-1963)[13] y Max Müller (*1906). Ambos tuvieron la ambición de habilitarse en filosofía con un trabajo de orientación cristiana, es decir, pretendieron algo que no iba acorde con los tiempos que corrían. Al mismo tiempo, ambos científicos eran difícilmente superables en el grado de admiración y entusiasmo que sentían por Heidegger; su obra filosófica posterior es, de modo consciente, casi por completo deudora de este filósofo; haciendo caso omiso de las desagradables experiencias por las que tuvieron que pasar por culpa de Heidegger, siguieron considerándolo su auténtico maestro y lo admiraron y veneraron siempre. Max Müller ha sabido pintar genialmente la complejidad de esta relación y su paradoja[14]. ¿Por qué tuvo que luchar Honecker denodadamente en 1937 para sacar adelante ambas habilitaciones, en contra de las más violentas resistencias político-ideológicas? En el caso de la habilitación de Siewerth la lucha comenzó ya con los informes, a pesar de que este candidato era el más ardiente admirador de Heidegger y ya en mayo de 1930, después de que el filósofo rechazara el primer nombramiento en Berlín, había proferido palabras del más vivo júbilo en el transcurso de la procesión con antorchas organizada por los estudiantes en honor del filósofo. Pasando por encima de estas consideraciones, el informe de Heidegger en relación con la solicitud de habilitación de Siewert fue absolutamente frío y objetivo: no se le podría reprochar a ese trabajo que no hiciera una «ciencia exenta de presupuestos; lo que ocurre es que tales presupuestos son de un tipo muy particular; su representación científica está garantizada por el concordato.» Siewerth había querido ofrecer una explicación especulativa de los fundamentos del sistema tomista dentro del marco inamovible de la doctrina de fe católica, utilizando para ello conceptos y planteamientos de pensadores modernos. Des-

[13] Véase Franz Pöggeler, «Gedenkworte für Gustav Siewerth», *Jahres-und Tagungsbericht der Görres-Gesellschaft* 1964, pp. 55 ss.

[14] Véase Martin/Schramm, 1986.

pués de esta somera decripción del trabajo, Heidegger iba más a fondo y emitía la siguiente sentencia:

Como, sin embargo, una ciencia, y sobre todo la filosofía, sólo se puede determinar correctamente analizando el tipo de representación acerca del ser, la esencia de la verdad y el lugar que ocupa el hombre que tiene dicha ciencia y como estos presupuestos científicos no sólo dan forma previa al contenido, sino también al tratamiento dado a la ciencia y sobre todo a la filosofía, nos enfrentamos en la valoración del presente caso con una situación inequívoca.

Heidegger, el profeta de la verdad del ser, emite a continuación su veredicto, a pesar de que no se considera la persona responsable y sólo lo hace condicionadamente: «Considero que si lo que la facultad desea es obtener una visión clara de las cosas, sólo mi colega, el señor Honecker, está capacitado para para determinar si el presente trabajo de habilitación resulta científicamente digno dentro del marco de unos presupuestos de fe particulares». Sin embargo, su falta de responsabilidad en el caso, recién expuesta, no impide a Heidegger emitir el siguiente veredicto:

Mi juicio sólo puede ser el siguiente: si las presentes interpretaciones y presentaciones se consideran aceptables y hasta valiosas a la hora de defender y modelar la fe católica, entonces el trabajo representa un logro muy considerable. Pero, en el fondo, esto no es un juicio, porque lo esencial del caso, esto es, las condiciones básicas bajo las que también debe encontrarse el enjuiciamiento científico del trabajo, no puedo decidirlas yo [15].

Aquí tenemos a Heidegger en pleno: desgarrado, contradictorio, ambiguo, lleno de resentimientos, ambivalente en sus juicios, rehuyendo responsabilidades.

Siete años antes, el 29 de mayo de 1930, el candidato a la habilitación en filosofía, Siewerth, había exclamado lo siguiente durante la procesión con antorchas en honor de Heidegger:

Pero le rogamos que crea que la chispa divina del «entusiasmo», la chispa creadora de espíritus, también participa en secreto en esta ronda de luces que tiene Vd. ante sus ojos, y que lo que aquí se expresa externa-

[15] Archivo de la Universidad de Friburgo.

mente, a través de este movimiento conjunto, es lo que fue creciendo en el silencio de su actuación: una emoción respetuosa ante las riquezas y fundamentos del «logos», que reina divinamente tanto en el genio precoz del lenguaje, como en la eterna creación de los griegos, en la espiritualidad medieval que se conmueve en Dios, y en la apasionada lucha espiritual del idealismo alemán.

El agradecimiento de Heidegger por la confianza mostrada hacia él por la juventud universitaria culminaba en las frases:

Su declaración no atañe a una perspectiva filosófica o a un sistema; atañe a la exigencia de mantenerse en medio del Dasein. Debemos darnos cuenta de que en los tiempos actuales nos falta el sostén de un conocimiento o un poder objetivo y universalmente vinculante; el único sostén que podemos ganar hoy es la compostura *[Haltung]*.

La exigencia es «mantenerse en medio del Dasein», pero eso significa «lucha». «Pero la lucha es asunto de la juventud. [16]»

Estas eran las augustas palabras pronunciadas el año 1930 cuando se trataba de guardar un poco de «compostura» ante la impotencia de la época. En 1937 la cuestión de la potencia se había decidido hacía tiempo. El candidato Siewerth no había escuchado el llamamiento del Führer del año 1933 y no se había alistado dentro del grupo de partidarios para cumplir con su servicio de obediencia. Se aferraba tercamente a su punto de vista. Tal vez Siewerth, que sólo cumplía con lo mínimo en política, es decir, con el servicio del trabajo prescrito, pero que no pertenecía a ninguna organización del partido, confiaba en lo que había declarado Heidegger en 1930: no importa el sistema político. Siewerth no era oportunista y se conformó con las consecuencias sufridas por causa del informe «político» proporcionado por Heidegger a la dirección de la asociación de profesores, que significaba la negativa de un puesto docente por motivos ideológico-políticos. Max Müller no obtuvo ninguna explicación, según se deduce de una conversación mantenida personalmente con él. Una vez más, el informe especializado de Heidegger rezuma ambivalencia. Por mucho que el autor declare en el prólogo que «no es tomista»:

[16] Informe exacto con una reproducción literal del discurso en el diario *Freiburger Zeitung* n.º 147 de 30 de mayo de 1930.

El autor es un auténtico «tomista», desde el momento en que se aferra previamente a los planteamientos teológicos más decisivos que se encuentran detrás de la «filosofía» y no sólo no los cuestiona, sino que los expone envueltos dentro de los ropajes del actual modo de pensar. Por lo tanto, aunque el trabajo habla mucho de «problemática», esto sólo es válido para el ámbito de una dogmática que no es nada «problemática» en sí misma y en la que no se plantean las preguntas más importantes de la filosofía, por la mera razón de que no pueden plantearse [17].

Pero, por otro lado, si bien Heidegger considera al candidato Müller como *«extraordinariamente* indicado para ocupar una cátedra católica», al mismo tiempo, también recomienda la denegación de la plaza docente solicitada por la facultad para Müller por motivos político-ideológicos, como puede leerse en un informe de 1938-1939 dirigido a la dirección de la asociación de profesores de Friburgo, en el que se subraya la actitud negativa de Müller frente al Estado nacionalsocialista. Además, en su informe Heidegger defiende una vez más su perspectiva fundamental: un cristiano, por sincero que sea, no puede ser filósofo. Un verdadero filósofo no puede ser cristiano. La universidad debe decidirse en favor de lo nuevo y su radicalidad, frente al cristianismo. Mientras el cristianismo siga aspirando a tener una validez contemporánea, habrá de ser combatido. Por ello, opina que no debería volver a ser profesor ningún partidario de una confesión cristiana [18].

La posibilidad de eliminar una de las odiadas cátedras ideológicas se presentó muy pronto. El colega de Friburgo, Honecker, murió prematuramente en octubre de 1941. Heidegger y el resto de las fuerzas de la facultad opuestas a la filosofía «vinculada» —es decir, no libre de presupuestos—, basándose en la «falta de presupuestos» de la ideología nacionalsocialista se encargaron de que la cátedra garantizada por el derecho internacional perdiera su denominación y fuera ocupada el 1 de septiembre de 1942 por un psicólogo [19]. El

[17] Legado de Clemens Bauer, en posesión del autor.

[18] *Ibid.*: solicitud de Müller de 1 de junio de 1945 para la obtención de un puesto docente. En un anexo a esta solicitud, Müller presenta minuciosamente los sucesos, de modo más claro que en la «conversación» citada, [nota 14] en la que trataba de favorecer a Heidegger.

[19] Véase Ott, 1988a.

nuevo catedrático, Robert Heiß, se convirtió en partidario de Heidegger y, particularmente después de 1945, luchó en favor del filósofo.

En la antigua cátedra de Honecker, que había perdido su función originaria, permaneció como encargado de seminario el doctor Heinz Bollinger, discípulo de Honecker, que Heiß destinó a funciones de menor importancia. En marzo de 1943, Bollinger fue detenido en Friburgo por supuesta pertenencia al círculo de la «rosa blanca» y el 19 de abril de 1943 fue condenado a una grave pena de arresto mayor por complicidad y omisión de denuncia. Su amigo Willi Graf fue ejecutado, como ya lo habían sido anteriormente el profesor Huber de la Universidad de Múnich y los hermanos Sofía y Hans Scholl [20]. Huber, Graf y Bollinger procedían del movimiento de la juventud católica, los dos últimos del grupo *Neudeutschland*.

Todavía no se ha descubierto nunca cómo pudo descubrir la Gestapo la pista de Heinz Bollinger. Ciertos indicios hablan en favor de una denuncia procedente del Seminario II de Filosofía, es decir, del departamento recién dotado con la nueva cátedra de Heiß. En los interrogatorios, que duraron varias semanas, la Gestapo se informó detalladamente sobre el círculo friburgués en torno a Bollinger para comprobar hasta dónde llegaba la extensión de las acciones de «conspiración».

Sólo se detuvo e interrogó a un círculo muy restringido de conocidos de Bollinger. Robert Heiß, con quien Bollinger había mantenido ocasionalmente conversaciones «políticas», no sufrió ninguna molestia, a pesar de que Bollinger confesó las citadas charlas con Heiß. Heidegger estaba fuera de peligro, porque nunca había tenido ni conversaciones ni el menor contacto con Bollinger. La única relación que habían mantenido había surgido por la circunstancia de que Heidegger había sido el segundo responsable de la tesis de Bollinger (sobre Max Scheler) dirigida por Honecker. El informe de Heidegger se mueve dentro del marco habitual de sus conocidas reservas contra un planteamiento cristiano, es decir, no filosófico. El departamento de filosofía de Heidegger y el propio Heidegger no sufrieron ninguna molestia en relación con el asunto de la «rosa

[20] He mantenido una larga conversación, muy instructiva, con el profesor Heinz Bollinger, con motivo de la carta citada en nota 21. Las informaciones obtenidas se han integrado en la presente exposición.

blanca». Por eso, las frases «justificativas» de Heidegger en *Hechos y reflexiones*, según las cuales la Gestapo había hecho averiguaciones —a raíz del caso Bollinger— en relación con «la acción Scholl de los estudiantes de Múnich, porque se buscaba un foco de esta acción en Friburgo y en mis clases» (1983, p. 42), carecen de todo fundamento. El círculo en torno a Heidegger no se vio afectado en absoluto, puesto que estaba escrupulosamente separado de la antigua cátedra de Honecker, no sólo desde el punto de vista del pensamiento.

Por el contrario, el profesor Heiß estaba indignado de que Bollinger, el encargado de seminario de los tiempos de Honecker, hubiera cometido esa vergonzosa traición perjudicando gravemente la reputación de su cátedra. La viuda de Honecker, la señora Irmgard, escribió a Heiß el 29 de abril de 1943 una carta al respecto que le mereció la suficiente importancia como para hacer una copia para su archivo [21]: «El asunto Bollinger no se me va de la cabeza. He vuelto a meditar sobre él y de nuevo he tenido que constatar que producía una impresión serena, sólida y digna de confianza. Y estoy completamente segura de que fue debido a esos méritos por lo que mi marido le confió el puesto de encargado del seminario.» Otras personas de Friburgo también opinaban que Bollinger era un hombre modesto. Y la señora Honecker añadía: «También yo tengo ese recuerdo de él y lo único que se me ocurre es que se ha visto mezclado en este asunto por torpeza. Sentiría mucho que por causa del nombre "Bollinger" Vd. tuviera inconvenientes en el departamento y espero que, si se da el caso, Vd. me proporcionará más detalles sobre el asunto.» La viuda del antecesor en el puesto se veía obligada a justificarse porque un enemigo potencial del pueblo, perteneciente al medio católico, había sido nombrado por su marido encargado del seminario. Así era la vida cotidiana durante aquellos sombríos años del régimen del terror, cuando el hombre y la vida humana no valían nada. Recordémoslo: en diciembre de 1933, Heidegger había escrito a su fiel seguidor Erik Wolf que «el individuo singular, dondequiera que se halle, no vale nada. El destino de nuestro pueblo en su Estado, vale todo.»

[21] Legado de Martin e Irmgard Honecker. Agradezco al señor Dr. Raimund Honecker y a la señora Jansen (con apellido de soltera Honecker), por haberme permitido utilizar este documento. La carta de la señora Honecker es un documento muy importante para aclarar las conexiones internas del caso.

LA BURLA A LA FILOSOFIA O ¿QUE ES HUMANISMO?

En la Oficina Rosenberg, en el departamento central de Ciencia y en su subdepartamento de observación y valoración científica (pues hasta este extremo se había complicado el aparato del partido), también se reunían materiales sobre Heidegger que se han conservado parcialmente e ilustran los métodos de reunión de información utilizados por los nazis. Los documentos van desde observaciones sobre la influencia de Heidegger en el ámbito de la enseñanza universitaria o su pertenencia a determinados colectivos editoriales a medidas concretas de censura, que Heidegger mencionaría detalladamente en su informe justificativo. Se trataba, en concreto, de su artículo *«La doctrina de la verdad de Platón»*, aparecido en el segundo volumen del anuario a cargo de Ernesto Grasssi, *Jahrbuch für geistige Überlieferung* (1942), que en virtud de una orden del ministerio de propaganda del Reich, no debía mencionarse en las reseñas bibliográficas [1].

Detrás de esta medida de censura se escondía un nuevo aspecto relacionado con la nueva normativa lingüística impuesta para el ám-

[1] Heidegger cita la orden correspondiente Z.D. 165/34 edición Nº 7514: «El artículo de Martin Heidegger "La doctrina de la verdad de Platón", integrado en el "Jahrbuch für geistige Überlieferung", que será publicado en breve por la editorial Helmut Küpper de Berlín, no debe ser celebrado ni tan siquiera mencionado. La contribución de Heidegger a este segundo volumen del anuario, del que por lo demás se puede hablar libremente, no debe mencionarse.»

bito de las humanidades. Ernesto Grassi, en aquel momento profesor honorario de la Universidad de Berlín y desde 1928 entusiasta oyente y prácticamente discípulo de Heidegger, era en aquella época bastante amigo del judío húngaro Wilhelm Szilasi, al que ya hemos mencionado y con el que nos volveremos a encontrar más adelante, y su misión principal en la capital de Reich era la transmisión de la cultura italiana y la organización de encuentros interdisciplinares de orientación humanística entre intelectuales alemanes e italianos. Naturalmente, esta empresa promovida por el gobierno del *Duce* tenía también un trasfondo político. Grassi gozaba del pleno apoyo y hasta del encubrimiento por parte de su gobierno. Tras la segunda guerra mundial, Grassi hizo carrera pasando por la Universidad de Zúrich, en donde levantó fuertes suspicacias debido a su pasado político, hasta la Universidad de Múnich en donde se convirtió en catedrático director del departamento de filosofía e historia del espíritu del humanismo.

El programa político-cultural de Grassi fue observado, prácticamente espiado, con bastante desconfianza por el departamento central de Ciencia de la Oficina Rosenberg. Al inicio de la guerra, Grassi había concebido en estrecha colaboración con el profesor de la Universidad de Königsberg, Walter F. Otto, y con el helenista de Berlín, Karl Reinhardt, el anuario titulado *Jahrburch für geistige Überlieferung*, cuyo primer volumen apareció en 1940 y trataba sobre los problemas del «esclarecimiento del pensamiento y la imagen del mundo de la antigüedad», el «esclarecimiento de la esencia del humanismo y el renacimiento y la transmisión del mundo antiguo por parte de ambos» y, finalmente, el «examen de las relaciones con la Antigüedad en los siglos XIX y XX». En los cuadernos mensuales nacionalsocialistas, próximos a la Oficina Rosenberg, titulados *Nationalsozialistischen Monatshefte*, donde también publicaba Grassi, apareció en noviembre de 1941 una reseña muy detallada de este primer volumen, redactada por el teólogo evangélico y teórico de las religiones, Wilhelm Brachmann, uno de los miembros rectores de la universidad planeada por Rosenberg. El motivo principal de este artículo (*«Antigüedad y actualidad. Una contribución al problema del humanismo contemporáneo en Alemania e Italia»*) era formular una normativa lingüística y conceptual que sirviera de autoridad en el «humanismo» [2]. Brachmann resumía los esfuerzos de

[2] *Nazionalsozialistische Monatshefte*, cuaderno 140, noviembre de 1941, pp. 926-932.

Grassi, Otto, Reinhardt y otros bajo el título «humanismo contemporáneo» de cuño alemán e italiano, pero totalmente integrado dentro de la comprensión tradicional. Frente a este tipo de humanismo, había que abrirle la vía al «humanismo político». Basándose en Hans F. K. Günther, «el de las razas», había que destacar «el parentesco de los griegos y romanos con el pueblo alemán»: «La antigüedad clásica como gran modelo, universalmente convincente, de aquello de lo que es capaz el indogermanismo: ésta debe ser la idea determinante del humanismo político». (p. 926). Estaba en juego «la presencia real del indogermanismo, que tiene fe en su destino.» Y Brachmann llegaba finalmente a la siguiente conclusión:

De ahí se deduce que el discurso sobre el «humanismo» deberá ceder su puesto al discurso sobre la «historia espiritual del indogermanismo». En efecto, ésta expresa mejor y de manera más clara que ningún otro discurso el problema específico del humanismo político alemán. Es el guardián de la herencia espiritual, condicionada por la sangre, del indogermanismo en general y por lo tanto —y seguramente en primer lugar— de la herencia de la antigüedad clásica. No cabe duda de que el «humanismo contemporáneo» ha de ser bien recibido en su calidad de explorador de los caminos que llevan a las profundidades de esta herencia. (p. 932).

Esta definición fue elevada a rango de norma lingüística por la Oficina Rosenberg. Y, en consecuencia, todos los manuscritos, incluido el artículo de Heidegger sobre la *«Doctrina de la verdad de Platón»* (una interpretación del mito de la caverna de Platón, *Politeia* VII, pronunciada por vez primera en otoño de 1931 ante los benedictinos del convento de Beuron [3]), eran sometidos a un examen riguroso y profundo. Los censores encontraron en este texto tan difícil, que presupone un conocimiento serio de la lengua y el pensamiento griegos, un pasaje que les llenó de indignación. Heidegger había osado revolverse y no acatar la línea impuesta por Brachmann y había escrito —relativizando lo más posible, pero sin embargo sin salirse de la línea de su pensamiento— las siguientes frases:

El inicio de la metafísica en el pensamiento de Platón es, al mismo tiempo, el inicio del «humanismo». Esta palabra debe ser pensada aquí esen-

[3] «El catedrático Dr. Martin Heidegger nos dio una erudita conferencia» (Informe anual de la archiabadía de San Martín de Beuron).

cialmente y por lo tanto en su sentido más amplio. Según esto, «humanismo» significa el proceso unido al inicio, desarrollo y final de la metafísica, por el que el hombre, según diferentes perspectivas en cada ocasión, pero siempre con pleno conocimiento, se sitúa en medio de lo ente sin ser por ello todavía el ente supremo. «El hombre» significa aquí tan pronto un grupo humano como la humanidad, tan pronto el individuo singular como la comunidad, tan pronto el pueblo como un grupo de pueblos. De lo que se trata siempre, en el ámbito de una estructura fundamental metafísica y establecida de lo ente, es de llevar al «hombre» determinado por esa estructura, al animal racional, a la liberación de sus posibilidades y a la certeza de su destino y la garantía de su «vida». Esto ocurre como acuñación de la actitud «moral», como liberación del alma inmortal, como despliegue de las fuerzas creadoras, como desarrollo de la razón, como cultivo de la personalidad, como despertar al sentido de la comunidad, como disciplina del cuerpo o como adecuado apareamiento entre todos o algunos de estos «humanismos». Cada vez se describe una determinada órbita metafísica, más o menos amplia, alrededor del hombre. Con la consumación de la metafísica, también el «humanismo» (o, diciéndolo en griego: la antropología), se lanza hacia las «posiciones» más extremas, lo que significa, las más incondicionadas [4].

El señor Dr. Erxleben, del departamento central de Ciencia de Rosenberg y Baeumler, que como miembro de la corporación alemana de estudiantes conocía bien a Heidegger desde los intentos de «puesta en marcha» del verano de 1933, intentó enérgicamente hacer fracasar el artículo de Heidegger y a ser posible suprimir la totalidad del mismo y no sólo el pasaje incriminado sobre el humanismo. En una carta al señor Dr. Lutz, del Ministerio de Educación popular y propaganda del Reich (el ministerio de Goebbels), del 17 de junio de 1942, decía haber intentado en los días pasados contactar telefónicamente con él sin éxito y que por lo tanto trasnmitía por escrito la postura del departamento en relación con el ensayo de Heidegger:

Consideraría oportuno que el profesor Grassi renunciara a insertar el ensayo de Heidegger. La postura adoptada por Heidegger en relación con el problema central del humanismo contribuye a apoyar las exigencias que, por parte italiana, se plantean hoy a la ciencia especializada alemana. Cuando dice que, desde un punto de vista esencial, es indeferente que se comprenda el humanismo de manera teológico-cristiana o de manera política, se está oponiendo a la postura defendida hace poco por el camarada

[4] *Jahrbuch für geistige Überlieferung*, vol. 2, aquí pp. 122 ss.

Dr. Brachmann en los cuadernos mensuales nacionalsocialistas, en los que subrayaba con especial intensidad que ya no existe un humanismo contemporáneo en Alemania y ofrecía frente al humanismo contemporáneo un humanismo político. Nosotros defendemos decididamente esa postura. La tendencia de Heidegger a apoyar los esfuerzos de Grassi y la reanimación de un humanismo contemporáneo —también en el mundo intelectual alemán—, no podrán dejar de crear confusión en la actual situación del debate. Opinamos que mediante la mera supresión de la frase que Vd. ha extraído, esta tendencia de Heidegger no puede ser eliminada del ensayo. Precisamente debido al respeto de que gozan los trabajos de Heidegger desde el punto de vista de su importancia específica, no podemos decidirnos a dar nuestro consentimiento para que este artículo se publique en el anuario de Grassi [5].

Así pues, lo que más molestaba era el concepto relativizador de humanismo sostenido por Heidegger, que era irreconciliable con el «humanismo político» impulsado por la Oficina Rosenberg. Esta determinante comparación entre Brachmann y Heidegger muestra de manera más clara que ninguna otra cosa la irreconciliabilidad de la ideología nazi primitiva con el pensamiento de Heidegger. Queda abierta la cuestión de si Heidegger escribió su artículo a sabiendas de las normativas de Brachmann o si Grassi le había informado alguna vez de cómo era el trasfondo de la formación de opinión nacionalsocialista. Porque, en todo caso, la Oficina Rosenberg no consiguió que se aprobaran sus medidas revisionistas. El propio *Duce* en persona intervino a través de su embajador en Berlín, Alfieri, y consiguió que Goebbels ordenara «publicar la versión no censurada del anuario», como consigna enojado Erxleben el 3 de julio de 1942: «*Con* el ensayo de Heidegger». Después de todo, empujado por la postura del grupo Rosenberg y queriendo establecer una especie de compromiso, el ministerio de Goebbels «promulgó una normativa lingüística para la prensa según la cual debe evitarse toda referencia al artículo de Heidegger en todas las reseñas»: este era el decreto aludido por Heidegger, que se debe entender dentro de este contexto mucho más amplio. Por cierto que Erxleben también consignó que Lutz, del ministerio de Goebbels, le había informado de un

[5] Todos estos documentos se conservan en el Bundesarchiv de Coblenza: NS 15/209.

plan para «editar las obras completas de Heidegger en italiano. Los dos ministerios quieren trabajar juntos en este asunto».

En comparación con esta controversia sobre la filosofía de Heidegger, por así decir, al más alto nivel del partido, el partido local de Friburgo elaboró unas medidas contra el filósofo más bien modestas y hasta provincianas, por mucho que éste hablara de ellas en 1945 como de una señal y testimonio especialmente grave de la hostilidad reinante contra él, lo que nos obligó a verificarlas. Todo gira en torno a un suceso que ya hemos tenido ocasión de mencionar a propósito del caso Staudinger [6]. Se trataba de la conferencia de Heidegger, pronunciada el 9 de junio de 1938 en Friburgo, titulada *«El fundamento de la moderna imagen del mundo de la metafísica»*, inscrita dentro de una serie de conferencias que tenía por tema «El fundamento de la imagen del mundo de la Edad Moderna», organizada por una sociedad cultural de Friburgo (la *Kunstwissenschaftliche, Naturforschende und Medizinische Gesellschaft*). Los organizadores querían «aportar una valiosa contribución» a las grandes tareas de nuestra época, que el *Reichsleiter* Alfred Rosenberg había definido como «superación de la Edad Media», tal como fue consignado por escrito. Efectivamente, estaban convencidos de «haber prestado en Friburgo un servicio particularmente importante al nacionalsocialismo». Y no era de extrañar, puesto que el autor de *El mito del siglo XX*, el *Reichsleiter* e ideólogo jefe, Alfred Rosenberg, había organizado el otoño anterior, en octubre de 1937, una enorme manifestación en la plaza de la catedral de Friburgo cuya principal pretensión era inspirarle temor al Friburgo «negro». Esta manifestación se había desarrollado delante del palacio arzobispal, el lugar de residencia del arzobispo Gröber, compatriota y antiguo protector de Heidegger y persona *non grata* para el régimen. Los informes de prensa desbordaron de entusiasmo, como correspondía a la situación, sobre todo el diario nazi *Der Alemanne*, y la dirección regional de Friburgo del NSDAP pudo gozar todavía —en el inicio del año 1938— de su hora de triunfo y saborearla con delectación [7]. Este era el auténtico trasfondo del ciclo de conferencias del semestre de verano de 1938. La conferencia de Heidegger constituía

[6] Véase supra pp. 234 ss.

[7] Véase mi artículo «Alfred Rosenbergs Großkundgebung auf dem Freiburger Münsterplatz am 16. Oktober 1937», en *Freiburger Diözesan-Archiv* 107, 1987, pp. 303-319.

la cima y al mismo tiempo la conclusión de la serie. Sus declaraciones fueron descritas por los organizadores como «un acontecimiento intelectual de extraordinario alcance».

Por eso, se recibió con mayor enojo todavía la dudosa reseña del *Alemanne* sobre la conferencia, un esbozo de malísima calidad y nivel ínfimo o, peor aún, un golpe increíblemente primario y bajo contra la filosofía de Heidegger y la filosofía en general, redactado por un vulgar chupatintas desbordado que sacaba sus frases del arroyo y que, evidentemente, estaba respaldado por el redactor jefe del *Alemanne*, un tal Dr. Goebel, que ya había utilizado su diario en otra ocasión para atacar a Heidegger [8]. Las frases iniciales del artículo servirán para dar una impresión del conjunto:

> En Alemania nadie se examina de filosofía a no ser que quiera darse el particular gustazo de doctorarse en filosofía. Cada cual es libre de hacerlo, ya sea privadamente en su casa, recurriendo a los libros, ya sea en una universidad con alguno de los treinta y seis profesores titulares que todavía están en ejercicio. Esto es muy importante y hay que tenerlo en cuenta, porque en este terreno las cosas han cambiado mucho con respecto al pasado. La verdadera filosofía ha caído en la sombra y ahora ya nadie se rompe la cabeza inútilmente con metafísicas y construcción de sistemas ni se mezcla en las luchas más o menos estériles en torno a palabras hermosamente elaboradas. No nos interesan lo más mínimo las luchas y controversias de los filósofos entre sí y desde luego, nadie va a pensar mal porque un filósofo escriba sobre otro: «Es por mero ornato y embellecimiento por lo que una de las antropologías de más éxito, *Ser y Tiempo* de Heidegger, se autodenomina ontología fundamental y concibe al hombre más en su papel pasivo que en su papel activo. La aparente originalidad de los análisis existenciales de Heidegger se desmorona fácilmente con ayuda de una frase ya clásica de Kant: "Anunciar nuevas palabras, donde a la lengua no le faltan expresiones para los conceptos dados, es un empeño infantil, es como querer destacar en medio de la multitud, si no por medio de pensamientos nuevos y verdaderos, al menos gracias a un siete en el vestido". Muy pocos podrán juzgar si esto es verdad, porque las obras de Heidegger no están escritas para ser accesibles a todos y eso es lo que ha acrecentado considerablemente su fama».

El autor de este informe, el camarada Graf, originario de Wurtemberg, seguía burlándose de la conferencia en este tono, aunque no le quedaba más remedio que admitir que había habido un pú-

[8] *DerAlemanne*, edición de tarde de 10 de junio de 1938.

blico más numeroso de lo habitual: «El interés general por los problemas filosóficos sigue siendo aún muy fuerte en Friburgo y, en cierto sentido, no se ha pasado de moda.» Para remate del chiste introducía los comentarios suscitados por la conferencia entre los oyentes más jóvenes: «No se puede dejar de mencionar *lo que* aportó la conferencia a los oyentes. Fue muy emocionante y lleno de interés: algunas personas se quedaron hablando de la actividad de la ciencia y de la necesidad de apoyar el plan cuatrienal, en el que cada uno deberá emplear toda su fuerza para la comunidad de la nación y no quedará ni el menor tiempo libre para dedicarse a construir vocablos o hacer consideraciones a corto plazo. Pero a pesar del bochorno de tormenta que reinaba aquel día, el jueves constituyó para todos un agradable momento de relax.» Y el diario se había compuesto de tal manera que se añadía el anuncio de una conferencia de Hermann Staudinger sobre el «Plan cuatrienal y la Química», justo después de este artículo sobre la conferencia. Ya hemos hablado de esto. ¡Qué diferente era la actual coyuntura! Pero, naturalmente, sólo Heidegger podía comprender el significado de este curioso contraste gráficamente expresado en la maqueta del diario.

Seguramente, Heidegger se sintió particularmente enojado viendo cómo triunfaba el mero utilitarismo y cómo volvía a emerger el titular de química orgánica, Hermann Staudinger —que él había denunciado durante su rectorado debido a las pocas garantías que presentaba en el terreno político— en la fase del rearme y de movilización de todos los recursos económicos. Pero ¡qué contraste frente a las elevadas aspiraciones con las que el rector Heidegger, en tanto que filósofo, había bajado a la arena científico-política en su tiempo!

En sus diferentes declaraciones y también en *Hechos y reflexiones*, Heidegger acusa a la universidad y sobre todo a la dirección de la universidad de haberle dejado prácticamente solo y no haberse solidarizado con él. Pero no es cierto. Naturalmente, los primeros responsables de todo el asunto eran los miembros de la asociación de profesores nacionalsocialistas, de la que Heidegger era miembro desde su fundación. El departamento de prensa de la universidad (idéntico al de la asociación de profesores nacionalsocialistas de Friburgo), unido a la dirección de la citada asociación de Friburgo, puso en marcha una «protesta oficial» rigurosa contra el tono del famoso informe y amenazó con notificárselo a la dirección de profesores del Reich, ante lo cual se llegó al acuerdo de que «los ataques de este

tipo contra profesores de la universidad o miembros de la asociación de profesores estarán prohibidos a partir de ahora y, a partir de ahora, la redacción del diario *Alemanne* deberá ponerse en contacto con el departamento de prensa de la asociación de profesores cada vez que quiera publicar alguna opinión personal sobre la docencia de un profesor universitario.» Después de esto, ya no se notificó el hecho a la dirección de profesores del Reich y lo único que se hizo fue «subrayar una vez más lo inaudito de semejante ataque.» Y en la carta de la sociedad científica organizadora de la serie de conferencias, se decía lo siguiente: «No necesitamos decirles quién es el que más se debe haber alegrado en Friburgo de que un camarada del partido y un pionero del nacionalsocialismo de nuestra universidad haya sido atacado públicamente en el órgano principal del partido» [9]. Estas líneas no dejan lugar a dudas: se consideraba a Heidegger camarada de partido e incluso «pionero del nacionalsocialismo en nuestra universidad», un camarada ahora humillado, ridiculizado y de cuya filosofía se hacía burla en la plaza pública, para la satisfacción de esas personas no nombradas, pero designadas con el adjetivo «negro»: por ejempo, el arzobispo Gröber y los suyos.

Así pues, Heidegger era considerado nacionalsocialista, al menos de cara afuera, sea lo que sea lo que deba entenderse por esto. Y ciertamente, él también permaneció fiel a este partido, ostentando públicamente su símbolo, como pudo constatar su discípulo Karl Löwith en Roma, sintiéndose profundamente herido. No hubo ningún gesto de protesta por su parte, ni siquiera después de la triste «Noche de los cristales rotos del Reich» del año 1938. Sin embargo, según cuenta en *Hechos y reflexiones*, había empezado a cambiar interiormente después de la acción contra Röhm, acusando incluso de complicidad a los que «después de esta época aceptaron algún cargo directivo en la universidad», porque éstos «sabían perfectamente con quién estaban colaborando.» Pero ¿es que llevar el emblema del partido no era expresión de su identificación con el régimen totalitario, cuyo auténtico rostro se iba viendo cada vez más claro? ¿No era un signo de total aceptación de la concepción del mundo del Führer? ¿Hacía falta para eso ejercer una función universitaria? Sobre todo que, en su caso, su afiliación al partido había sido totalmente teatral.

El historiador de Friburgo Gerhard Ritter, futuro miembro del comité de depuración, detenido el 20 de julio de 1944 debido a sus rela-

[9] Todos estos documentos proceden del legado de Clemens Bauer.

ciones con Carl Goerdeler y otros círculos de la resistencia, subrayaba con mucho énfasis en 1946 en una carta a Jaspers que sabía con toda precisión y exactitud que Heidegger había sido «desde el 30 de junio de 1934, en secreto, un acérrimo enemigo del nacionalsocialismo» y que además había perdido por completo «la fe en Hitler, que le había conducido a su grave error de 1933» [10]. El propio Heidegger siempre intenta destacar determinados hechos en las nuevas versiones y constantes reelaboraciones de sus declaraciones: asegura, por ejemplo, que desde que dimitió del rectorado utilizó su cátedra como foro para llevar a cabo un debate intelectual e incluso una crítica «contra los principios antiintelectuales de la "concepción del mundo nacionalsocialista"». Miles de oyentes de sus lecciones —así dice Heidegger en su esbozo, ya mencionado varias veces, de Carta del lector escrita para el diario *Süddeutsche Zeitung* en julio de 1950—, habían sido educados de esta manera en la responsabilidad occidental y se habían abierto a una actitud de resistencia. Para Heidegger, esta oposición había sido percibida de inmediato por el partido, que había respondido a ella con todo tipo de malas pasadas.

Creo que aún no ha llegado el momento de emitir un juicio determinante sobre esta cuestión. Sólo se podrá extraer un balance definitivo cuando se publique todo lo escrito por Heidegger en aquellos años. De momento, tenemos que conformarnos con lo que ha sido publicado ya, por mucho que a aquellos que quieren ser escrupulosamente científicos el asunto editorial no deje de reservarles curiosas sorpresas. Y en este contexto no es posible dejar de mencionar la lección del semestre de verano de 1935, *«Introducción a la metafísica»*, de la que ya nos hemos ocupado a fondo. Un pasaje de este texto, publicado por vez primera en 1953, provocó gran conmoción: concretamente la frase que habla de la «interna verdad y grandeza del movimiento». Inmediatamente después de la publicación en 1953, el entonces estudiante Jürgen Habermas encendió la controversia con una larga y minuciosa recensión del texto [11]. Entretanto, la lección ha sido reeditada en la edición de las obras completas, acompañada de un epílogo de la editora que confunde más que aclara el debate en torno al pasaje incriminado. Es Otto Pöggeler, el escrupuloso investigador del «camino del pensar» de Heidegger, quien ha

[10] Carta n.º 132, en Schwabe, sobre todo 1984.
[11] *Frankfurter Allgemeine Zeitung* de 25 de julio de 1953.

aportado las precisiones definitivas en torno a ese problema [12]. Ahora está bien claro que en el semestre de verano de 1935 (hacia el final del curso), cuando estaba tratando el breve capítulo sobre «Ser y Deber», es decir, aproximadamente el problema de una ética filosófica, Heidegger pronunció las siguientes frases:

> Con el ser de los valores se alcanza el punto máximo de confusión y falta de fundamento. Sin embargo, como la noción de «valor» va perdiendo progresivamente toda nitidez, a pesar de que sigue teniendo un papel en la teoría económica, los valores reciben el nombre de «totalidades», pero con este título lo único que se ha hecho es cambiar de palabra. Es cierto que en estas totalidades se ve más claro lo que son en el fondo, esto es, mitades. Pero las mitades son más peligrosas en el ámbito de lo esencial que esa nada tan temida. En el año 1928 se publicó una bibliografía completa del concepto de valor, parte primera. En este texto se relacionan 661 escritos sobre el concepto de valor. Probablemente, entretanto ya se habrá alcanzado el millar [13]. *Y si encima se aplica a la teoría del valor esa ciencia de la aporética todo resulta aún más cómico, hasta rozar el absurdo.* Todo esto recibe el nombre de filosofía. Y particularmente lo que se ofrece hoy como filosofía del nacionalsocialismo, pero que no tiene nada que ver con la interna verdad y grandeza del *nacionalsocialismo,* pesca en el río revuelto de los «valores» y las «totalidades».

Esto demuestra que Heidegger no dijo en aquella ocasión lo que él mismo publicó más tarde intentando reparar el error: «Pero no tiene nada que ver con la interna verdad y grandeza del movimiento (es decir, con el encuentro entre la técnica determinada planetariamente y el hombre moderno)». Tal vez esto parezca irrelevante, pero para el historiador las versiones originarias son determinantes. A la vista de estos testimonios, uno se pregunta dónde se produjo el famoso giro interno en las convicciones de Heidegger. En este fragmento, «Ser y Deber», que analiza la filosofía de los valores, Heidegger ajusta cuentas con sus colegas filósofos que reclaman y ofrecen una filosofía del nacionalsocialismo pero en realidad son unos ignorantes que no tienen más remedio que pescar en las aguas turbias de una filosofía de valores que no tiene nada que ver con «la interna verdad y grandeza del nacionalsocialismo», verdad interna y grandeza

[12] Pöggeler 1983, epílogo, pp. 340 ss.

[13] Seguramente Heidegger alude a los trabajos de Fritz Joachim von Rintelen, de terrenos como la *philosophia perennis.*

que sólo se manifiestan al pensador del ser, al que sabe, que ha descubierto y sigue descubriendo siempre la interna verdad aunque, ciertamente, en un pueblo que cada vez se siente más confundido, en medio de hombres «que no saben en su mayoría sobre qué y entre qué cosas hay que tomar las decisiones». Esto no es culpa del pensador del ser: «La interna verdad y grandeza del nacionalsocialismo» era algo dado sin más, un *fanum* intocable, incuestionable y que, por lo tanto, podía prescindir de interpretación —en 1935—, porque los oyentes podían y tenían que vincular estas palabras del filósofo con aquellos lemas con los que no cesaban de bombardearles y que estaban presentes en las canciones e himnos, las fiestas del solsticio y otros muchos sitios. No fue en 1935, sino en 1953 cuando la frase fue modificada: en lugar de nacionalsocialismo se puso la palabra «movimiento», mucho menos comprometida, y se añadió una interpretación: «es decir, con el encuentro entre la técnica determinada planetariamente y el hombre moderno». Pero esta hermenéutica ya no tiene por qué interesar al historiador, puesto que ha sido hecha con posterioridad. El historiador tendrá que limitarse a registrar que el estereotipo ha pemanecido: en la lección «Ister», del semestre de verano de 1942, se polemiza una vez más contra los científicos (de nuevo, tratados anónimamente y en conjunto), que sólo ven el helenismo políticamente y quieren hacer aparecer a los griegos como «los puros nacionalsocialistas». Pero con esto «le hacen un flaco favor al nacionalsocialismo y a su singularidad histórica, un favor que no necesita para nada». ¿Existe ya alguna investigación sobre los estereotipos en Martin Heidegger? En 1942 también sigue intacto el bloque errático «nacionalsocialismo», interpretado en su «singularidad histórica». Entre 1935 y 1942 no se percibe ni asomo de cambio, o al menos eso es lo que parece. Y sin embargo, el nacionalsocialismo había traído al mundo guerra y miseria y se habían perpetrado millones de crímenes de esa humanidad en su nombre. Mientras tanto, Theodor Haecker escribía febrilmente sus diarios de día y de noche, desesperadamente puro, sufriendo profundamente por ese don de videncia que le había golpeado como a Casandra.

CUANDO LA GUERRA DESEMBOCO EN LA NADA

Siempre en camino, siempre errando,
sin experiencia ni salida
llega a la nada.
Sólo para la muerte,
no ha encontrado evasión,
por mucho que lograra esquivar hábilmente
las más temibles enfermedades.

(Sófocles, *Antígona* v. 357-361) [1]

Para el semestre de invierno de 1944-1945 Heidegger anunció un curso sobre *«Pensamiento y Poesía»* y un seminario sobre *«Leibniz. Las veinticuatro tesis»*. A propósito de este curso del invierno de 1944-1945, él mismo anotó lo siguiente: «El 8 de noviembre, después de la tercera hora, fui interrumpido y por orden de la dirección del partido tuve que integrarme a la milicia *[Volkssturm]*». Y un poco más adelante: «Desde las medidas tomadas por el partido nacionalsocialista en noviembre de 1944 y hasta 1951, ya no tuve ninguna actividad docente, porque las fuerzas de ocupación decretaron en 1945 una prohibición docente» [2]. ¡Una curiosa línea de unión entre el NSDAP y las fuerzas francesas de ocupación! En estas frases flota un tono que Heidegger siempre volverá a emplear y resonará con toda su fuerza en otros lugares: «Y finalmente, la obligación de incorporarme a la milicia, algo inusual dada mi edad y mi posición, puesto que muchos colegas más jóvenes no fueron llamados» (esbozo de Carta del lector al diario *Süddeutsche Zeitung* en 1950). Ciertamente, en 1945 Heidegger todavía no señala en sus diferentes declaraciones su enrolamiento en la milicia popular, no habla de ello como de la última amarga jugarreta del partido, como el intento de mandarle a

[1] Fue traducido al alemán por Heidegger y publicado en el texto *Introducción a la metafísica,* Tubinga 1953, pp. 112 ss.

[2] El jesuita americano William F. Richardson añadió a su importante obra sobre Heidegger una lista, autorizada por el filósofo, de todos los cursos dados o, al menos anunciados, por Heidegger (1963, pp. 670 ss.).

buscar la muerte en el momento de la derrota del pueblo alemán, semejante a David cuando envió a Urías al combate. En el otoño de 1945, los acontecimientos aún estaban demasiado frescos. Pero sin embargo el tópico de la milicia popular atraviesa todas las obras sobre Heidegger escritas en lengua inglesa y francesa y alcanza su culmen en la obra de Petzet:

> Pero más acongojante que todas las intrigas y maquinaciones apenas creíbles forjadas por aquel entonces contra el filósofo, que empezaba a resultar incómodo, resultaba lo que éste contaba sobre la época del final de la guerra. En su calidad de «cesante» de su cargo universitario, fue uno de los primeros que pusieron en la lista de la milicia popular, seguramente con la esperanza de librarse de él: una perfidia que no tuvo los resultados apetecidos. Finalmente, abandonó Friburgo, amenazado por las bombas y por la entrada de los aliados, y se marchó en bicicleta a su pueblo natal, Meßkirch [3].

Se toca aquí un período que abarca desde el 8 de noviembre de 1944 hasta mediados de diciembre de 1944, es decir, sólo unas pocas semanas, pero cargadas de sucesos de graves consecuencias para la región del alto Rin y la ciudad universitaria de Friburgo. La guerra se precipitaba hacia la catástrofe. El frente occidental se había aproximado progresivamente a los Vosgos, que en noviembre fueron atravesados por las tropas francesas mientras Hitler, abandonando el flanco sur, lanzaba todas sus fuerzas a la ofensiva de las Ardenas. Friburgo sufrió un terrible bombardeo angloamericano el 27 de noviembre de 1944 y cesó toda actividad en la ciudad. Se detuvo el trabajo en la universidad, al menos *de facto*. El lema de aquellos días era salvarse y refugiarse.

Pero, algo antes, el 8 de noviembre de 1944, Heidegger había sido llamado por la milicia popular, en la primera ola de reclutamientos desde que Hitler, a través de un decreto del 18 de octubre de 1944, ordenara este último alistamiento de todos los hombres capaces de llevar armas entre los 16 y los 60 años. Heidegger tenía 55 años y se contaba entre los miembros del contingente que debía constituir la milicia popular. No había ninguna posibilidad de obtener un puesto especial y se consideraba apto a todo el que era capaz de trabajar: «En los casos de duda decidirá un médico designado por

[3] Petzet, 1983, p. 52.

el jefe de distrito.» El reclutamiento de las generaciones llamadas a filas se llevó a cabo sin ninguna dificultad burocrática y sin necesidad de recurrir a ningún medio de alistamiento propio, «sirviéndose simplemente de los documentos y dispositivos ya existentes sólo que manejados por los grupos locales del NSDAP.» El grupo local que correspondía a Heidegger era el de Friburgo-Zähringen. Pues bien, la fama alimentada por el propio Heidegger quiere que esta llamada a filas fuera un medio para librarse de una vez por todas del filósofo. Habría que saber cuáles fueron los mecanismos de reclutamiento utilizados en aquellos días agitados, pero eso es algo que no podemos hacer aquí. Por lo tanto, esa interpretación deberá quedar en suspenso. El único indicio a favor de lo declarado por Heidegger es que, siendo más mayor, fue alistado en primer lugar, mientras que otros colegas más jóvenes no fueron llamados. Pero seguro que las diferentes maneras de alistamiento de los diferentes grupos locales del NSDAP de Friburgo tuvieron también una parte importante en esta diferencia de trato. Y desde luego, Heidegger no fue el único profesor de la universidad que tuvo que correr esta suerte. Pero la verdad es que sus dos hijos ya estaban en el frente y por lo tanto la familia Heidegger, cuya voluntad de compromiso estaba fuera de duda, ya había aportado a la causa una parte más que suficiente de sacrificio. Pero el lema dominante era: ¡Un pueblo se levanta, una tormenta estalla!

El 23 de noviembre de 1944 Heidegger avanzaba con su unidad de la milicia popular en dirección a Breisach, con el fin de defender Neu-Breisach, situada en la margen izquierda del Rin, la última avanzadilla, y en cierto modo la más extrema, del ejército alemán; se trataba de demostrar «compromiso hasta el final». La tropa no llegó muy lejos, apenas si cruzó las gigantescas trincheras antitanque de la denominada Mengener Bucht, trincheras excavadas por las columnas de jóvenes zapadores a finales del otoño de 1944, cuando las uvas de la cercana Tuniberg alcanzaban su último punto de madurez. Mientras tanto, Neu-Breisach había caído y precisamente el 23 de noviembre las compañías francesas de tanques habían tomado Estrasburgo. Así las cosas, se renunció a la demostración de compromiso en la batalla.

Pero la noticia de la partida del batallón de la milicia popular hacia el frente cercano —el 23 de noviembre de 1944— despertó una actividad febril entre los miembros que quedaban de la Facultad de

Filosofía: el decano, el historiador Kurt Bauch, muy amigo de Heidegger desde 1933, empeñó todos sus esfuerzos para sacar al filósofo de la falange, para que «por lo menos él sea liberado». Y así fue como Eugen Fischer, miembro de la comisión directiva asociada al *führer* de la asociación de profesores del Reich, Dr. Scheel, intervino en favor de Heidegger, como ya se ha indicado anteriormente. Eugen Fischer concluía su carta a Scheel, que seguía ejerciendo sus funciones de jefe de distrito en la bella Salzburgo, con un significativo juramento de lealtad: «Si a pesar de la dificultad del momento, cuando el enemigo se encuentra a menos de cincuencta kilómetros de nuestra ciudad en la Alsacia alemana, exponemos no obstante este ruego, es porque queremos demostrar nuestra confianza en el futuro de la ciencia alemana. Y prometemos luchar hasta el final por el *Führer* y el Reich con la absoluta seguridad de que aún lograremos alcanzar la victoria.» Aquel día, el «enemigo» se encontraba ya a treinta kilómetros de Friburgo, ya sólo les separaban las aguas del Rin.

El jefe de distrito de Salzburgo y *führer* de los profesores del Reich, no contestó —desde la ciudad de Mozart, aún segura, pilastra sobre la que se alza la fortaleza alpina— hasta el 12 de diciembre de 1944, disculpándose de la tardanza en su respuesta debido a las turbulencias de los días pasados. El telegrama de Fischer había llegado a Salzburgo justo en el momento en que se daba a conocer la noticia de la ocupación de Estrasburgo. «Por eso no pude hacer nada para aclarar la situación de Heidegger. Espero que mientras tanto se haya resuelto ese asunto. Si no fuera este el caso, le ruego me lo comunique.» Pero ya no hubo necesidad de recurrir al mortal enemigo de Heidegger, tal como él mismo lo designa. El filósofo fue sacado de la milicia gracias a un oportuno certificado médico (la única posibilidad de liberarse) y ya no fue llamado más adelante, ni siquiera durante la última batalla del contingente local de la milicia popular en defensa de Zähringen, su lugar de residencia. Así pues, el «asunto Heidegger» había podido resolverse mientras tanto y el propio Heidegger se encontraba ya en plena acción de ocultamiento de sus manuscritos en Bietingen, cerca de Meßkirch, algunos días después del duro ataque contra Friburgo. Desde su tierra natal solicitó un permiso temporal al rector de su universidad, ruego que le fue concedido fácilmente, ya que nadie tenía interés en impedir que el filósofo descansara en su pueblo hasta que pudiera «retomar su

actividad docente en su nuevo destino», sobre todo dado que en Friburgo reinaba el caos y nadie tenía tiempo de pensar en esas cosas.

Sin embargo, oficialmente la docencia no había cesado y la universidad no estaba cerrada. Seguía habiendo exámenes (exámenes de Estado y pruebas de doctorado), aunque, en parte, se llevaban a cabo en edificios escolares aún intactos. También seguía funcionando la administración de los departamentos, en la medida en que los edificios no habían sido destruidos. Pero la situación era muy grave. Aún no se habían extraído todos los cadáveres de entre las ruinas de Friburgo, ciudad que no se había defendido pero había sido duramente castigada. Aún se leía en los rostros de la gente el horror causado por el terrible ataque aéreo del 27 de noviembre de 1944, aún había que reunir todas las fuerzas disponibles para ir preparando las condiciones para sobrevivir al invierno y, mientras tanto, la cercanía cada vez mayor del frente oeste, cuyos cañonazos se escuchaban desde hacía semanas, obligaba a tomar medidas cada vez más radicales. A la vista de la inevitable cafástrofe hacia la que corría aquella terrible guerra y que ya sólo algunos obstinados creían poder evitar, se imponía el traslado de la mayor cantidad posible de instituciones, entre ellas la más importante de Friburgo, la universidad, a zonas del interior que aún parecían seguras.

La reunión del consejo universitario, que tuvo lugar el 31 de enero de 1945 en el edificio de la universidad, descalabrado y malamente reparado para salir del paso, no fue una reunión como cualquier otra: fue una sesión plenaria y tormentosa de una instancia —el consejo— que en realidad ya no existía desde la constitución de los *führer* promovida por Heidegger, pero a la que, sin embargo, se recurría ahora en el momento de necesidad. El rector de la universidad y el alcalde de la ciudad —en calidad de «jefe de medidas de emergencia» —idearon el plan para trasladar la universidad, aunque el rector se encargó de matizar con mucho énfasis que la universidad permanecería *de iure* en Friburgo, por mucho que algunas facultades fueran temporalmente trasladadas. Se trataba de una medida puramente temporal porque, evidentemente, Friburgo no podía prescindir eternamente de su universidad. Sin embargo, desde el ataque aéreo, que había castigado duramente a la universidad, y desde que la docencia había sido prácticamente detenida y sólo se seguían celebrando los exámenes más importantes y realizando tareas admi-

nistrativas, parecía que lo más razonable era organizar el semestre de verano de 1945 fuera de Friburgo.

No era la primera vez en la historia de la Universidad de Friburgo que profesores y estudiantes abandonaban la ciudad por temor a la guerra o por causa de peste o epidemias. En estos casos los universitarios siempre habían regresado a la metrópoli de Brisgovia. Sin embargo, esta vez la situación parecía más desesperada que nunca. La catástrofe nacional, en cuyo remolino iban a desaparecer muchas cosas, presentaba cada vez un perfil más claro. La Facultad de Filosofía fue la que más rápido reaccionó; según se desprende de una carta de Heidegger al rector, del 16 de diciembre de 1944, ésta ya había forjado planes de retirada al Hegau por aquellas fechas. Ahora, a principios de febrero de 1945, había escogido el valle superior del Danubio y Beuron o sus alrededores. También a la Facultad de Teología le hubiera gustado escoger el famoso convento benedictino como refugio y, además, dada la extraordinaria biblioteca del lugar, la elección no habría estado exenta de lógica. Pero Beuron era desde hacía tiempo hospital militar y rebosaba de gente que había buscado refugio allí ante la amenaza del frente cercano. La isla de Reichenau hubiera podido proporcionar refugio a toda la universidad, pero no se planeó el traslado a tiempo, anotó en su diario el teólogo Sauer, el rector anterior a Heidegger. Las otras facultades también forjaban planes, pero no emprendieron nada concreto dejándose llevar por la inercia. Los únicos que reservaron el Wildenstein con su castillo-fortaleza fueron los humanistas de la Facultad de Filosofía, estableciendo un contrato informal con los propietarios del castillo, miembros de la casa de los Fürstenberg de Donaueschingen. Así pues, se empezó a empaquetar libros y ya en marzo una pequeña avanzadilla atravesó la Selva Negra seguida a cierta distancia por otro numeroso grupo de profesores y estudiantes, a excepción de algunos «puestos externos» que se quedaron en Friburgo. Fue un viaje aventurado, en el que se usaron todos los medios de transporte imaginables, sobre todo la bicicleta, primero a través de una Selva Negra repleta de personas que se habían refugiado allí o de partes de la tropa en retirada, después remontando el valle del Höllen, atravesando el Baar y siguiendo el curso del Danubio hasta divisar Beuron, en un amplio valle, y un meandro más allá, el altivo castillo de Wildenstein que les saludaba desde las alturas. De esta

manera, se refugiaron finalmente en Wildenstein unos diez profesores y treinta estudiantes, sobre todo chicas.

Por encima del valle del joven Danubio, que ha mordido las rocas calcáreas del Alb [el Jura] suabo durante millones de años hasta trazarse un lecho, se alza sobre una roca solitaria y encrespada que forma un doble cono el castillo de Wildenstein, una antigua fortaleza de montaña hecha de grandes bloques de sillería que se confunden con la roca, un buen ejemplar, bien conservado, de los tiempos pasados, inexpugnable, ya que la naturaleza y la arquitectura fortificada se han reunido aquí armónicamente. Este castillo perteneció a diferentes nobles; durante mucho tiempo dependió de los señores de Meßkirch y en el siglo XVII pasó a manos de la casa de Fürstenberg, que destinó la fortificación a diferentes cosas: refugio, arsenal, lugar seguro para guardar cosas valiosas, y también prisión de Estado y lugar de destierro. El bello altar de la capilla del castillo, pintado por el maestro de Meßkirch, fue llevado por la familia Fürstenberg a su residencia de Donaueschingen para engrosar su colección de pinturas.

La mirada se extiende hasta mucho más allá del valle: en dirección norte, hacia la región del Alb suabo, hasta el gran Heuberg; a los pies de la roca opuesta, semiescondido del otro lado del Danubio, se divisa St. Maurus, construido por los benedictinos del cercano Beuron, centro del arte de Beuron. Grupos de aves abandonan su colonia y alzando el vuelo se elevan sobre los meandros del Danubio en búsqueda de botín. Parejas de cisnes atraviesan el aire y aterrizan elegantemente sobre las aguas del Danubio. Hölderlin tenía este paisaje ante los ojos cuando compuso «Ister»:

La roca necesita sus cortes
y la tierra sus surcos,
de lo contrario sería inhabitable.
Pero lo que hace este río
nadie lo sabe.

Y río arriba, por encima de Beuron, antes de que las aguas excaven un estrecho valle, el río casi parece discurrir a contrapelo:

Pero casi parece
remontar la corriente
y creo que viene del este [4].

[4] Citado según la lección de Heidegger de la edición de las Obras Completas, vol. 53, p. 4.

Un lugar verdaderamente idílico, sobre todo cuando el año comienza a despertar. Cuando la Facultad de Filosofía de Friburgo se refugió allí, el fragor de la guerra aún no había llegado tan lejos, aunque los signos no eran buenos y las malas noticias eran legión. Así pues, los leales de la Facultad de Filosofía de Friburgo se instalaron en esta contemplación y en las amplitudes del castillo, revolucionaron la cocina y la bodega y se prepararon para pasar allí el semestre de verano de 1945, seguramente sin contar ya con la victoria, exceptuando a unos pocos. La mayoría de los profesores se aposentaron en el pueblo más cercano, Leibertingen, donde se bifurcan las carreteras que van a Meßkirch y a Kreenheinstetten, el pueblo de Abraham a Sancta Clara.

Entre estos profesores llegados al valle superior del Danubio también había que contar ahora a Heidegger que, a pesar de haber obtenido un permiso, se sentía miembro de ese grupo y, en cierto modo, hasta la persona más indicada para guiarlos, ya que conocía esta región, su tierra natal, desde su infancia. Seguramente el plan de escoger Wildenstein como supremo lugar de refugio fue suyo. Con el filósofo también había llegado una de sus oyentes, la princesa de Sajonia-Meiningen, que volvía de este modo a su patria de elección, a su hogar en la casa forestal de Hausen, sita en un valle cercano al castillo de Wildenstein y frente al hermoso castillo de Werenwag. Allí, en casa del príncipe de Sajonia-Meiningen, marido de la princesa, Heidegger pudo gozar de la hospitalidad brindada por los príncipes a la vez que viajaba cada poco a Meßkirch para poner sus manuscritos en sitio seguro. Apenas instalados y familiarizados con el escarpado idilio de la blanca roca calcárea, las personas de la Universidad de Friburgo allí refugiadas vivieron el 21 de abril de 1945 la llegada de las unidades acorazadas francesas, que se habían desviado por Freudenstadt y Horb, cruzaron el valle superior del Danubio, tomaron Beuron sin lucha, pasaron Wildenstein de largo y apenas prestaron atención al lugar de residencia de Heidegger. Ya no había ninguna resistencia, como tampoco la hubo en Friburgo, que felizmente el 22 de abril fue declarada ciudad abierta y fue ocupada por una división de la infantería colonial francesa.

El idilio parecía proseguir a pesar de que los restos dispersos de la Facultad de Filosofía de Friburgo tuvieron que aclimatarse a nuevas situaciones, por ejemplo, a las órdenes del gobierno militar francés, una de la cuales fue la de cerrar todos los centros de enseñanza

hasta que se hubiera efectuado la depuración política *(l'épuration)* del cuerpo docente y de los contenidos de la enseñanza. Aunque este decreto también llegó hasta Wildenstein y los pueblecitos circundantes, en las salas del castillo la actividad docente seguía ardiendo bajo las cenizas de la guerra perdida. El historiador Clemens Bauer, sucesor indirecto del católico Heinrich Finke, antiguo protector del joven Heidegger, daba un curso de dos horas sobre las «épocas de la historia medieval» y el filósofo Gisbert otro sobre la «crítica de la razón pura de Kant». También se hacían prácticas, por ejemplo, de antiguo alto alemán. Y todo esto acompañado de una relación inusual con los trabajos agrícolas, por ejemplo la siega, pues era necesaria la colaboración de los refugiados en las tareas del campo de mayo y junio para asegurar el mantenimiento del grupo, mientras las escasas noticias que se filtraban desde la Universidad de Friburgo informaban de las difíciles condiciones de vida en la ciudad destruida y repleta de grupos de ocupación y civiles franceses. Aunque allí lejos se podía vivir agradablemente, los desplazados se sentían más bien prisioneros, porque los franceses eran muy restrictivos en lo tocante a los pases. Y sobre todo, este pequeño grupo universitario se sentía como la continuación legítima de la Universidad de Friburgo, de cuyo destino sólo tenían información muy aproximada.

Cuando la luna de la siega empezó a declinar, también se dibujó en el horizonte el final de la idílica estancia. Pero antes de que se disolviera la facultad en su refugio de Wildenstein, se organizó una fiesta en el castillo con un banquete, como no volvería a haber en mucho tiempo, con charlas, y hasta con baile en la sala de honor: esto ocurría un domingo 24 de junio. Sin embargo, la auténtica ceremonia de despedida tuvo lugar tres días más tarde, el miércoles 27 de junio, allá abajo en el valle, en Hausen, donde el príncipe Bernhard de Sajonia-Meiningen y su esposa Margot habían invitado a todo el mundo, en su casa forestal, a un concierto de piano y a una conferencia del huésped de honor, el célebre Martin Heidegger. Todo ello en medio de una atmósfera solemne. Los oyentes, tostados por el sol de la siega, escucharon la última lección pronunciada por Heidegger en calidad de profesor titular de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Friburgo. Trataba sobre una cita de Hölderlin, que la actual investigación en torno a este poeta considera de atribución dudosa: «Disposición. Entre nosotros, todo se concentra sobre lo espiritual, nos hemos vuelto pobres a fin de volvernos ricos.» Era

un tema que se prestaba a multitud de conexiones, al margen de que fuera o no de Hölderlin, un tema actual y rico en posibles asociaciones [5]. Era al mismo tiempo una despedida del valle superior del Danubio, del «Ister» de Hölderlin, sobre el que Heidegger había dado un curso de una hora durante el semestre de verano de 1942, integrando también la traducción de Hölderlin de la *Antígona* de Sófocles: la imagen del hombre en Sófocles. ¿Se acordaba todavía de las frases que había pronunciado ante sus oyentes en el verano de 1942, cuando Stalingrado aún estaba muy lejos?:

> Hoy resulta imposible leer un tratado o un libro sobre el helenismo —suponiendo que se lea— sin toparnos en todas partes con la afirmación de que entre los griegos «todo» estaba políticamente determinado. En la mayoría de los «trabajos de investigación» los griegos aparecen como los puros nacionalsocialistas. Este celo excesivo de los intelectuales parece no tener en cuenta que con semejantes «resultados» le hacen un flaco favor al nacionalsocialismo y a su singularidad histórica, un favor que no necesita para nada [6].

Esta conferencia de Heidegger (pronunciada en junio) fue su última aparición en público durante mucho tiempo. Porque desde hacía varias semanas, allá abajo, en Friburgo, los vientos habían cambiado de dirección, los relojes giraban en sentido inverso y una nueva época había nacido, tanto en la ciudad como en la universidad. Sólo que en la atmósfera solemne y festiva de la casa de los príncipes parecía difícil imaginar algo semejante. Al igual que sus colegas, Heidegger pudo regresar a Friburgo a finales de junio, mucho antes de lo que se suele leer en otros libros, por ejemplo en el de Petzet, que sitúa este retorno en el nevoso diciembre de 1945.

[5] F. Hölderlin, *Sämtliche Werke*, ed. por F. Beissner (Große Stuttgarter Ausgabe, vol. 4,1. Stuttgart 1961, p. 309).

[6] *Hölderlins Hymne der «Ister», op. cit.* pp. 98 y 106.

HEIDEGGER CONFRONTADO AL EXAMEN DE UNA NUEVA EPOCA

LA CONTROVERSIA CON EL PASADO POLITICO

Tan sólo tres días después de la entrada de las tropas francesas en Friburgo, el 25 de abril de 1945, los profesores que habían permanecido en la ciudad —sólo los titulares—, se reunieron en asamblea constituyente para elegir rector y vicerrector, después de doce años de intermedio, para escoger también a los decanos y miembros del consejo, exceptuando a los de la Facultad de Filosofía, que no estaban presentes todavía. Con ello se quería demostrar que la universidad, como corporación independiente de propio derecho, también podía y debía actuar bajo las condiciones de la ocupación militar por fuerzas enemigas. Pero, sobre todo, los profesores querían anunciar su propósito de reanudar la tradición de la Universidad de Friburgo anterior al semestre de verano de 1933, rechazando los cambios constitucionales experimentados entretanto. La Universidad de Friburgo había visto llegar su final el 22 de abril de 1945. Nuevo comienzo y al mismo tiempo reconstrucción jurídica interna: éstos eran los lemas del 25 de abril de 1945. Y, en consecuencia, las actas de esta sesión plenaria dicen así: «La asamblea plenaria también opina que el rector y el vicerrector deben buscar contactos con el nuevo alcalde de la ciudad de Friburgo de Brisgovia, con el jefe de la policía, el arzobispo y sobre todo con el comandante de la ciudad. La Universidad de Friburgo de Brisgovia mostrará de esta manera su calidad de corporación independiente».

Pero pronto se tuvo que admitir que las aspiraciones de la universidad y la respuesta obtenida no eran del mismo tenor: naturalmente, los franceses no aceptaron semejante concepto de libertad y le impusieron a la «corporación independiente» el derecho de ocupación con el trasfondo del sistema universitario francés del momento. Pero, con todo, la Universidad de Friburgo intentó en la medida de lo posible aprovechar los márgenes de decisión que le quedaban, como también fue el caso de la otra universidad sita en territorio ocupado por los franceses: Tubinga. Y, como siempre, era importante la constelación humana: las personas que representaban a la universidad y las personas que tomaban las decisiones en la parte francesa, tanto en Friburgo como en el gobierno militar de Baden-Baden. Prontó se sumó un tercer componente: la administración de Baden de cultura, que se fue desarrollando de manera muy lenta y difusa bajo la vigilancia jurídica y profesional de las autoridades de ocupación, y que en un primer lugar tuvo su sede en Karlsruhe para ambas fuerzas de ocupación, la americana y la francesa, y después en el propio Friburgo desde el verano de 1945 cuando se fue perfilando poco a poco que la parte sur del Estado de Baden, dentro de la zona francesa de ocupación, debía constituir una organización territorial propia con Friburgo como sede del gobierno y más tarde también del *Landtag*. La personalidad del señor Dr. Leo Wohleb, hasta ese momento director de estudios de Baden-Baden, pasó a la escena política en el otoño de 1945 y tuvo un papel decisivo en la historia de la Universidad de Friburgo en aquellos difíciles años de posguerra en los que también se decidió el destino de Heidegger. Finalmente, para comprender lo que sigue, hay que saber que tras la caída de la Alemania de Hitler y en el proceso de desarrollo de la vida democrática, también se hicieron sentir algunas fuerzas que no sólo se alimentaban de motivaciones puras y que actuaban en las zonas de sombra. Vamos a intentar reconstruir los acontecimientos de tal manera que las fases más importantes, los puntos más decisivos y las decisiones tomadas aparezcan con toda precisión.

En un primer momento, los aliados decretaron el cese de la docencia en la universidad. Por eso, tras la constitución de las instancias académicas, los profesores se consagraron con tanta más intensidad al asunto de la reconstrucción interna y externa. Muy pronto, tanto las sesiones plenarias como las del consejo estuvieron dominadas por el problema de la depuración política, *l'épuration,* término

acuñado por las fuerzas de ocupación francesas. El 5 de mayo de 1945 ya se discutió en el consejo, a petición del economista Walter Eucken, el problema de la «gente del partido». La atmósfera era muy tensa, porque el nuevo rector explicó que el comandante francés de la ciudad le había hecho duros reproches por la actitud de las universidades durante el Tercer Reich. El había replicado que Friburgo había sido una de las universidades menos impregnadas de espíritu nazi y que, por el contrario, era casi el bastión del clericalismo. Walter Eucken, cuya estrella científica estaba subiendo en aquel momento debido a su obra principal, *Las bases de la economía nacional*, se opuso decididamente a esa postura diciendo que las universidades alemanas habían tenido en conjunto una gran parte de culpabilidad en lo sucedido durante aquellos desgraciados doce años por no haber resistido enérgicamente desde el principio.

Los frentes empezaban a delimitarse. Y el 8 de mayo, cuando Alemania capituló sin condiciones, el consejo se encontraba inmerso en un profundo debate sobre el asunto aludido, a raíz del cual decidió emprender una operación interna que consistía en un cuestionario y un catálogo de criterios para juzgar el pasado político de los miembros de la universidad. La línea estaba clara. La universidad se esforzaba en dirigir el proceso en la medida de lo posible esquivando los factores exógenos. Se establecieron tres grupos a los que había que juzgar: denunciantes (sobre todo personas de confianza del Servicio de Seguridad), funcionarios (el jefe de la asociación de profesores y similares), rectores y decanos. Se comenzó por investigar la gestión de los rectores. El más destacado de todos los afectados era Heidegger, que aún no se encontraba en Friburgo; en general, la ausencia de la Facultad de Filosofía durante las primeras semanas de reconstrucción interna de la universidad debió influir muy negativamente. Robert Heiß, el psicólogo, y Hugo Friedrich, el romanista, fueron detenidos por pertenencia a una unidad de información de la aviación; el historiador Gerhard Ritter aún no había regresado de su prisión de Berlín, pero era ahora la gran figura de la resistencia relacionada con los hechos del 20 de julio de 1944. ¡Y mientras tanto, la mayor parte de la facultad seguía firmemente amarrada al peñasco de Wildenstein! El propio Heidegger se encontraba en pleno diálogo con Friedrich Hölderlin.

Hay que subrayar, nuevamente, que la universidad se esforzó desde el principio en controlar por medio de procedimientos inter-

nos los ceses y las sanciones impuestas por el gobierno militar, normalmente basándose en denuncias recibidas. Porque en las primeras semanas que sucedieron al desastre, las arbitrariedades eran moneda corriente en todas partes y por lo tanto también en Friburgo, debido a las zonas de sombra del nuevo inicio democrático y a una atmósfera turbia en la que florecían las conspiraciones, por ejemplo, las «listas negras» para el reclutamiento de trabajadores o la confiscación de viviendas, cuando se declaraba que habían sido «casas del partido». El rector y el consejo hicieron todo lo posible para aclarar semejantes acciones, sobre todo cuando empezó a crecer el número de afectados por esas medidas. Esto significaba que la universidad estaba representada en las comisiones formadas por la administración municipal en funciones por orden del gobierno militar.

También Heidegger, y precisamente él, cayó pronto junto con su familia dentro de la zona oscura, incluso cuando él se encontraba todavía en el valle superior del Danubio, ignorante de todo. Cuando a partir de ahora toquemos el asunto de la confiscación de la casa de Heidegger en el número 47 de la calle am Rötebuck —una casa humilde construida cuando el filósofo aceptó el nombramiento en Friburgo en 1928— no será por deseo de penetrar en un ámbito íntimo, sino porque es un asunto ya tratado en otros lugares [1] aunque basándose en fuentes insuficientes y adquiridas por extraños canales. También nos ocuparemos de este asunto, porque el destino de la biblioteca privada del filósofo o, lo que es lo mismo, de su instrumento de trabajo fundamental, pemaneció en suspenso durante algunos años. Se pueden reconstruir fácilmente los penosos procedimientos [2] utilizados en este caso y también se puede ver la vehemencia con que la universidad intervino en favor de todos sus miembros, empezando por Heidegger, para tratar de hacer valer procedimientos legales. Pero la universidad no fue la única que intervino en favor de Heidegger, sino también su compatriota, el arzobispo de Friburgo Dr. Gröber, con el que volvemos a encontrarnos siempre.

La casa de Heidegger ya fue incluida en una lista negra a mediados de mayo de 1945 por orden de una administración municipal en funciones que ejercía en nombre del gobierno militar francés; tam-

[1] Moehling, 1972.

[2] Se encuentran documentados en el Stadtarchiv de Friburgo (C 5/402 c) y expuestos detalladamente en Ott, 1985.

bién se incluyó en la lista a otras muchas casas de profesores y de gente humilde, cuyos dueños tenían en común su fama de nazis. Se iniciaron de inmediato las pesquisas sobre el tamaño de las casas, el estado de la construcción, su equipamiento, el número de personas que las habitaban, etc., y se ordenó un confiscamiento provisional, medida contra la que la señora Elfride Heidegger protestó el 10 de junio rogando que se esperara a que Heidegger regresara a Friburgo de su «puesto de trabajo desplazado a Wildenstein del Danubio». Como el encargado del servicio de la vivienda también insinuó que podía tratarse de una medida política, la señora Heidegger añadió precavidamente:

Mi marido se afilió al partido después de 1933, pero nunca tuvo ninguna actividad ni en el partido ni en ninguna de sus organizaciones. En 1933 se hizo cargo de la función pública de rector de la Universidad de Friburgo (por elección del pleno), función de la que dimitió en 1934 en protesta contra el gobierno. Desde entonces se ha dedicado de nuevo exclusivamente a sus trabajos filosóficos. La recensiones de sus obras fueron prohibidas hace años por las instancias correspondientes del partido y además, desde hace tres años, también se le prohibió publicar nuevos textos. Naturalmente, sólo mi marido puede proporcionarles más detalles sobre su posición política.

Por primera vez aparecen los elementos básicos de la posterior línea de defensa seguida por Heidegger, y ya apunta el estilo de lenguaje cifrado que utilizará después. El alcalde comisario rechazó la protesta basándose en una nota que decía así: «Heidegger pasa en la ciudad por nazi (su rectorado); su nombre es mundialmente famoso (?), debería poder seguir trabajando. Podrá alojarse en casa de algún colega; rechazar.» Además de la atmósfera que se trasluce en estas frases, resulta muy significativa la formulación que designa a Heidegger como «nazi», pues así fue como los franceses lo catalogaron: «nazi-*typique*». A partir de este momento la casa de Heidegger fue considerada como una denominada «casa del partido» que quedaba a disposición de las fuerzas francesas de ocupación: se trataba de una importante decisión y condena previas, antes de que se hubieran emprendido los procedimientos oficiales. La administración municipal de Friburgo se encontraba, mientras tanto, en un verdadero dilema, porque debido a la destrucción reinante en la ciudad, prácticamente

no podía satisfacer las excesivas demandas de vivienda de los franceses. Esto es lo que refleja la respuesta del 9 de julio del alcalde comisario a la señora Heidegger:

> El gobierno militar exige que la ciudad disponga un gran número de viviendas para cubrir las necesidades del gobierno y alojar a los correspondientes grupos privilegiados. Según las ordenanzas del gobierno militar, habrá que confiscar en primer lugar las viviendas de los miembros del partido. Como el profesor Dr. Heidegger era miembro del partido, se cumplen los presupuestos para la confiscación.

Los argumentos aducidos no podían evitar la confiscación, continuaba el alcalde. No veía ninguna posibilidad de retirar la casa de Heidegger de la lista. A continuación, indicaba que el alcance de la confiscación dependía de las necesidades del momento y podía llegar a cubrir toda la casa. En ese caso, el servicio de la vivienda buscaría otro alojamiento provisional. También tenían que contar con que debían dejar en la casa el equipamiento más imprescindible, pero que, naturalmente, eso no implicaba la pérdida del mismo. Después, el alcalde comunicó al servicio de la vivienda que «la demanda de Heidegger debe considerarse definitivamente rechazada».

El filósofo, recién retornado a casa después del idilio en el valle superior del Danubio, se veía expuesto a graves dificultades materiales, teniendo que soportar el mal comportamiento de los funcionarios subalternos que le daban a entender, entre otras cosas, que debería abandonar su biblioteca puesto que, de todas maneras, en los próximos tiempos no iba a poder ejercer su oficio. Ante la posibilidad de ese peligro, el propio Heidegger escribió al alcalde, el 16 de julio [3], una carta donde trazaba por primera vez las líneas básicas de defensa que nunca iba a abandonar a lo largo de las sucesivas reelaboraciones y versiones que fue redactando culminando con su informe justificativo de 1983. Destacando el lado mezquino de una confiscación que incluyera la biblioteca, Heidegger decía así:

> No puedo entender con qué derecho se me castiga con semejantes procedimientos, verdaderamente inauditos. Elevo la protesta más indignada contra esta discriminación de mi persona y mi trabajo. ¿Por qué se me cas-

[3] La carta se publicó fragmentariamente en versión inglesa en la obra de Moehling (1972).

tiga precisamente a mí con una medida de confiscación que no sólo engloba la casa, sino que me priva de mi lugar de trabajo, además de difamarme ante toda la ciudad, por no decir ante la opinión pública mundial? Nunca tuve ningún cargo dentro del partido ni tampoco ejercí ninguna actividad en él ni en ninguna de sus organizaciones. Pero si se quiere ver en mi rectorado algún cargo político tendré que exigir que se me dé la posibilidad de justificarme contra no se qué acusaciones y reproches dirigidos contra mí por no sé quién, y para ello habré de ser informado de los cargos que se me imputan a mí y a mis funciones públicas.

Heidegger continuaba su carta explicando que en la primavera de 1934 había sido el único de todos los rectores que tenía entonces la universidad que había dimitido de su cargo, lo que demostraba claramente su posición frente al partido. Por su parte, el partido también tuvo que tener motivos para importunarlo cada vez en mayor medida y hasta calumniarlo en sus revistas, incluso durante su época de rectorado y muy particularmente después de dimitir de su cargo: Heidegger remitía a los números de aquellos años de las revistas *Volk im Werden* y *Der Alemanne*. El partido tuvo seguramente sus motivos para causarle graves perjucios económicos prohibiendo la publicación de sus obras o incluso la simple mención de su nombre. Un poco más adelante, dentro de la misma carta, Heidegger se quejaba indignado del trato que le dispensaba la ciudad de Friburgo, en la que sin embargo residía desde 1906, en cuyo instituto había realizado su bachillerato, en donde había hecho toda su carrera universitaria trabajando después, casi sin interrupción, para su universidad «si se exceptúa un breve período en la Universidad de Marburgo».

En 1930 rechacé un nombramiento de la Universidad de Berlín para poder seguir dirigiendo en la universidad de mi región una de las cátedras de filosofía más famosas en el ámbito internacional y colaborar en general a la reputación de toda la universidad. Por el mismo motivo, volví a rechazar un segundo nombramiento en Berlín en 1932 y otro nombramiento en Múnich.

Sus obras publicadas desde el año 1927 habían sido reeditadas numerosas veces en todas las lenguas del mundo, incluido el rumano, el turco y el japonés.

Y ahora, basándose en ciertas acusaciones cuyo contenido y procedencia desconozco, la ciudad de Friburgo me trata como hasta ahora sólo ha tra-

tado a los altos funcionarios del partido. Tengo que rechazar enérgicamente que se me equipare de algún modo con esas gentes, con las que no he tenido la menor relación ni durante mi rectorado ni, mucho menos, después de dimitir de mis funciones.

Su protesta, continuaba Heidegger, se dirigía contra la difamación de su persona y su trabajo. Ni que decir tenía que estaba dispuesto a compartir la carencia general y limitarse a lo mínimo imprescindible y también comprendía perfectamente que se le diera un trato más favorable a las personas liberadas de los campos de concentración. Semejante limitación no le resultaba nada difícil de soportar porque procedía de «una familia pobre y humilde» y había tenido que sacrificarse mucho durante su etapa de estudiante y sus años de *Privatdozent*, y su propia casa había conservado «un estilo de vida sencillo.» «Por eso no preciso ninguna lección sobre lo que significa pensar y actuar socialmente.»

El riesgo de la confiscación de la biblioteca pudo evitarse en un principio y se permitió que la familia siguiera habitando la casa, aunque dentro de un espacio sumamente reducido, sobre todo cuando se instaló temporalmente en esa casa, que de por sí era pequeña, a una segunda familia. La Universidad de Friburgo elevó una enérgica protesta contra semejantes procedimientos —en gran parte pensando en lo que le había sucedido a Heidegger—, alegando que carecían de toda base legal y que si se dejaban guiar por el odio, las ansias de persecución y la arbitrariedad caerían en la elaboración de verdaderas listas de proscritos. El rector de Friburgo, Janssen, expuso en una carta al alcalde —el 13 de agosto—, cuáles eran sus reservas de principio y a partir de ese momento se sucedió un masivo intercambio de certificados y otro tipo de informes entre la universidad y el municipio. El tono general de todos estos escritos era que la mezcla entre la política de viviendas y las sanciones políticas estaba envenenando la vida pública e impedía la reconstrucción del derecho democrático. El ajuste de cuentas político, que sin duda era una tarea necesaria, se pervertiría si quedaba abandonado al capricho de una autoridad cualquiera o de sus consejeros políticos. La cuestión de saber qué miembros de la Universidad de Friburgo tenían un pasado político reprobable no debía quedar en manos de la justicia de la ciudad de Friburgo o uno de sus servicios administrativos. «Si se quiere actuar en justicia, para determinar la culpabilidad política sólo se puede

acudir a una instancia jurídica —según la opinión de la Universidad de Friburgo—, y ello incluso si las consecuencias jurídicas ligadas a la determinación de la culpabilidad son de naturaleza administrativa.» Esta significativa declaración de principios de la universidad, que se basaba en un detallado informe de Franz Böhm —una persona de reputación intachable y con un pasado político limpio, cuya participación en la reconstrucción de Alemania fue decisiva en los años siguientes—, se encuentra en relación con una búsqueda intensa de la auténtica justicia y el derecho. En efecto, los datos consignados en las actas de este verano y principios del otoño de 1945, merecerían una investigación en toda regla sobre filosofía del derecho.

Así pues, la exigencia de la universidad, en agosto de 1945, era que sólo una instancia jurídica fuera competente para la determinación de la culpabilidad política. Pero el responsable de esta tarea era el gobierno militar francés y él era el que determinaba la culpabilidad política y marcaba la sanción. La depuración política, *l'épuration*, estaba a la orden del día. Naturalmente, la Universidad de Friburgo que, como ya hemos visto pocos días después de la ocupación de la ciudad por las tropas francesas había nombrado una constitución de propio derecho y había elegido sus órganos de autoadministración, se sostenía sobre una base constitucional muy tambaleante. Era el gobierno militar quien tenía que decidir si quería aprobar dicha constitución de la universidad o no. No mostró precisamente deseos de hacerlo.

El oficial nombrado por el gobierno militar como enlace con la universidad, *le curateur*, pidió a finales de julio de 1945 a los profesores liberados de su prisión berlinesa, Constantin von Dietze, Gerhard Ritter y Adolf Lampe, que representaran en el futuro a la universidad ante el gobierno militar, propuesta que también fue aceptada por el consejo, que dio un voto de confianza a sus colegas. La verdadera tarea de este «comité» era representar a la universidad frente al gobierno militar francés que le había otorgado su confianza. Pero esto estaba íntimamente ligado a la depuración política del cuerpo docente. Se amplió el número de miembros del comité: se le sumaron un profesor de la Facultad de Teología y el botánico Friedrich Oehlker. Desde hacía algunos años, Oehlker era amigo de Karl Jaspers; la relación entre ambos había surgido porque las dos esposas eran judías y durante el Tercer Reich habían vivido en perpetuo temor. Se decidió que la tarea principal de este comité, de difícil definición ju-

rídica, era la elaboración de informes para la depuración política, un trabajo difícil y desagradable, ya que había un gran número de casos que tratar. De todos ellos, el más desatacado e importante era el de Martin Heidegger quien, todavía bajo la amenaza de tener que abandonar su casa, tuvo que responder ante el comité el 23 de julio. La mayoría de sus miembros, digámoslo en seguida, sentían más bien simpatía por el filósofo. Se procedió como si se tratara de un proceso judicial; ciertamente, no constaba ningún acta de acusación propiamente dicha, ya que los hechos se consideraban *eo ipso,* como ya dados. Se interrogó al acusado, se escuchó la deposición de los testigos y se sopesó el pro y el contra a partir de los recuerdos personales. No se obtuvo demasiada información a través de las actas rectorales. Pero, en todo caso, lo cierto es que Heidegger se vio al borde de la miseria material. Este dato llegó hasta Tubinga desde donde Rudolf Stadelmann escribió a Heidegger la carta salvadora en que ofrecía al filósofo la posibilidad de abandonar el frente de Friburgo, como ya hemos señalado en nuestro «primer hito».

Así pues, fue un 23 de julio de 1945 cuando se puso en marcha el procedimiento contra Heidegger, que en su transcurso pasó por todo tipo de incidentes. Pero si se sigue la exposición de los hechos de Heinrich Wiegand Petzet, que trata este episodio brevemente basándose en la descripción del propio Heidegger, las cosas parecen muy diferentes. Petzet empieza contando la versión ya mencionada del alistamiento de Heidegger en la milicia popular y de cómo Heidegger abandonó en bicicleta un Friburgo destruido por las bombas y amenazado por el avance de las tropas aliadas para ir a refugiarse a Meßkirch. Y a continuación dice que, sin embargo, lo peor esperaba a Heidegger a su vuelta:

> Cuando en aquel momento, en diciembre de 1945, se me sometió sin preparación alguna a un interrogatorio inquisitorial de veintitrés preguntas ante la facultad y yo me vine abajo, el decano de la Facultad de Medicina, Beringer (que se había dado cuenta de todo el engaño y de las verdaderas intenciones de los acusadores), se acercó a mí y decidió alejarme sencillamente de allí, llevándome a Badenweiler, a casa de Gebsattel. ¿Y qué hizo éste? Se limitó a trepar conmigo por los nevados bosques invernales, sin rumbo fijo. Nada más. Pero me ayudó humanamente. Y tres semanas más tarde regresé con buena salud [4].

[4] Petzet, 1983, p. 52.

Por supuesto, esta narración es absolutamente falsa. En el momento en que Heidegger fue interrogado por el comité de depuración era pleno verano y hacía mucho calor; en cuanto al comité, no tenía nada que ver con la Facultad de Filosofía. El procedimiento, subrayémoslo de nuevo, duró muchos meses y no se puede reconstruir exactamente cada fase aislada. Heidegger no se sometió al tratamiento del barón Viktor von Gebsattel, que en aquel entonces era médico jefe de un sanatorio en Badenweiler, hasta la primavera de 1946.

No cabe duda de que necesitaba ayuda y de que buscaba este apoyo entre las personas con las que hacía mucho tiempo que no mantenía contacto. Por ejemplo, Romano Guardini, a quien Heidegger escribió el 6 de agosto de 1945, aunque la respuesta no llegó hasta el 14 de enero de 1946. En su carta, Heidegger animaba a Guardini a ocupar la cátedra de Filosofía II, la llamada «cátedra del Concordato» de la Facultad de Filosofía, es decir, esa misma cátedra cuya denominación se había esforzado en cambiar Heidegger tras la muerte de Honecker en 1941. Una de las primeras medidas de reparación tomadas tras el desastre, en el semestre de verano de 1945, fue la restitución de la cátedra del Concordato con su denominación y perfil originarios. Así de rápido había cambiado la coyuntura política y las condiciones y así de rápido se había adaptado Heidegger a la nueva situación, dándole la bienvenida a Guardini, uno de los favoritos de los círculos católicos de la universidad y el municipio de Friburgo. «Pensará Vd. que soy muy desagradecido por no haber contestado todavía a una carta en la que mostraba un interés tan amistoso por el asunto de mi nombramiento», escribía Guardini contando la historia del nombramiento en Tubinga, en donde comenzó a dar clases el semestre de invierno de 1945-1946 en condiciones particularmente buenas. Y Guardini añadía: «¡Cómo me gustaría charlar con Vd. sobre esto y aquello! ¡Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que nos vimos! Todavía recuerdo con toda exactitud mi visita a Zähringen y su precioso despacho.» [5] Pero aquella visita se remontaba al año 1930.

El comité, como ya lo hemos dicho, se mostraba bien dispuesto hacia Heidegger. Es verdad que Adolf Lampe, miembro de la comisión, era bastante crítico y tal vez hasta un «mortal enemigo» de Hei-

[5] Legado de Romano Guardini, *Bayer. Staatsbibliothek* de Múnich.

degger, y es bastante comprensible, puesto que el asunto Lampe de 1934 había sido una de las causas que motivaron el enfrentamiento entre Heidegger y el ministerio de Karlsruhe, como ya hemos indicado. Una persona muy ligada a Lampe era Walter Eucken, que en 1933 había sido uno de los adversarios más serios de Heidegger dentro de la universidad y que desde el principio había mostrado una clarísima oposición al nacionalsocialismo, había tenido estrechos contactos con Husserl, y ahora quería que Heidegger rindiera cuentas. Fue el equipo Lampe-Eucken el que, de hecho, prolongó considerablemente el «caso» y no cejó hasta solucionarlo en enero de 1946 (en la medida en que la universidad estaba concernida).

El propio Heidegger había podido darse cuenta en su primer interrogatorio ante el comité, el 23 de julio, que su línea de defensa debía orientarse particularmente hacia Lampe y por eso solicitó inmediatamente una entrevista personal con él, que tuvo lugar el 25 de julio de 1945. El propio Lampe confeccionó un documento muy extenso sobre esta entrevista de más de dos horas de duración, que entregó al comité de depuración y al propio Heidegger [6]. Lampe dejó bien claro a su interlocutor que no estaba en absoluto influido por su experiencia personal de la primavera de 1934, sino que era el propio asunto, la gestión rectoral, lo que le había inclinado a tomar una determinación negativa para Heidegger y por eso deseaba volver a analizar esa determinación en un intercambio abierto de pensamientos. Lampe volvió a resumir los puntos de la acusación: Heidegger había dañado gravemente la buena imagen y la dignidad de la universidad, particularmente por medio de sus llamamientos a la corporación estudiantil de Friburgo y de sus circulares a los miembros del cuerpo docente, lo que había perjudicado a los «intereses más esenciales de la universidad». Era imposible hacer caso omiso de esos sucesos, pues sería una grave injusticia para con otras personas afectadas de la universidad. Lampe hizo mucho hincapié en que el rango internacional de Heidegger como intelectual no sólo no era un atenuante, sino por el contrario un agravante:

Para empezar, porque sus palabras han repercutido muy por encima de los muros de esta universidad e incluso de las fronteras del Reich y de esta

[6] Legado de Adolf Lampe, *Archiv für Christlich-Demokratische Politik,* Fundación Konrad-Adenauer «san Agustín».

manera se convirtieron en uno de los apoyos esenciales de las tendencias extremadamente peligrosas que mostraba entonces el nacionalsocialismo; y además, porque a un sabio de tamaña reputación habría que exigirle, como algo natural, que tuviera una actitud extremadamente consciente y responsable también en los asuntos de política universitaria.

En el transcurso del primer interrogatorio ya se le había preguntado a Heidegger si había leído *Mein Kampf* de Hitler, a lo que éste había respondido que sólo había podido leerlo parcialmente debido su «repugnancia» por su contenido. Lampe consideró que esta respuesta era un grave cargo contra Heidegger, porque en su llamamiento del 3 de noviembre de 1933 a los estudiantes de Friburgo, el filósofo había caído en una irreconciliable contradicción interna magnificando a Hitler. La respuesta apologética de Heidegger fue la siguiente:

— Había creído que apoyar al nacionalsocialismo era la única y suprema posibilidad de evitar el avance del comunismo.
— Sólo había aceptado su cargo de rector con gran repugnancia y únicamente en interés de la universidad.
— Si permaneció en su cargo, a pesar de las malas experiencias constantes, fue sólo para evitar cosas peores.
— Tenían que admitir que había tenido que llevar a cabo su gestión en un momento de particular turbulencia.
— Efectivamente, había evitado muchos riesgos que amenazaban con agravar fatalmente la situación y sin embargo nadie le reconocía ahora este mérito.
— No había sido respaldado por sus colegas en los que eran sus auténticos objetivos.
— Posteriormente, había ejercido una clara crítica, sobre todo en sus seminarios sobre Nietzsche.

Más adelante, Lampe exponía que no había sido posible llegar a un acuerdo objetivo; le había declarado a Heidegger que durante el período de su rectorado había impuesto el *Führerprinzip* de manera tan radical que cualquier intento de colaboración constructiva con el consejo de la universidad había estado condenado al fracaso. Heidegger tenía que cargar con la responsabilidad personal por todo lo ocurrido y por lo tanto no podía esconderse detrás de esas maquinaciones o de la superioridad de otras instancias más o menos

responsables. Su crítica de última hora y muy relativa no podía considerarse como una compensación, precisamente debido a la incuestionabilidad de su posición personal como intelectual de renombre mundial.

Heidegger le había hecho considerar que un voto negativo del comité lo convertiría en un fuera de la ley. Con esto tocaba un punto esencial: las fuerzas francesas de ocupación habían sido muy drásticas en algunos casos aislados y hasta había arrestado a algunos profesores en condiciones semejantes a las de los campos de concentración. Por ejemplo, en aquellos días de julio, el titular de anatomía de Friburgo había sido llevado a un campo de concentración por pertenencia al Servicio de Seguridad. Lampe debatió el asunto y declaró tajantemente que si se diera el caso se retiraría del comité y que desde luego no estaba dispuesto a hacer nada que pudiera «condenar a Heidegger a un destino aunque sólo sea remotamente parecido». En todo caso, a Heidegger le había quedado claro que no iba a poder salir indemne del asunto y que, por lo tanto, no podría recuperar plenamente su actividad docente. Lampe propuso que Heidegger abreviara el procedimiento «retirándose voluntariamente a un puesto de profesor honorario», a lo que Heidegger había replicado brevemente que lo que más le importaba ya no era la docencia, sino no poder publicar los resultados de su trabajo, que no habían visto la luz por culpa de la presión nacionalsocialista. Pero no quería tomar la iniciativa y era el comité el que tenía que tomar esa responsabilidad. En caso de un veredicto que no fuera enteramente positivo, no rechazaría un puesto de profesor honorario «si consigue *previamente* la garantía del gobierno militar de que, de esta manera, el "caso H" quedará definitivamente cerrado para las fuerzas de ocupación, de tal modo que ya no tenga que temer posteriores impedimentos a su trabajo de investigación y sobre todo a la posibilidad de publicar», señala escrupulosamente Lampe en su dosier.

Con este inventario quedaban delimitadas las fronteras, tanto en lo relativo a los argumentos como a los procedimientos. Heidegger podía contar con la seguridad de que saldría bien librado del proceso de depuración. Tenía confianza en ello. En las cartas a Stadelmann de aquellas semanas de verano de 1945 (ya las hemos analizado en la introducción a este libro), se trasluce que contaba más con la actitud positiva de los franceses que con la de los alemanes, que ahora estaban empeñados en descubrir algún «cargo» en su recto-

rado. Por eso parecía aconsejable optar por el lado francés dedicándose, por ejemplo, a la filosofía francesa. Tenía la intención de organizar una pequeña investigación en equipo sobre Pascal: *Esprit de géometrie et de finesse*, escribía el antiguo amigo de Heidegger, Heinrich Ochsner, el 5 de agosto de 1945. El mismo estaba invitado a colaborar en ese equipo si el gobierno le daba su autorización. «Naturalmente nadie sabe cuándo volverán a abrirse las puertas de la universidad». Ochsner esperaba que Heidegger pudiera «ir saliendo progresivamente de todos los peligros [7]».

Organizar un equipo de trabajo sobre Blaise Pascal —partiendo de sus *Pensamientos*— era una táctica inteligente. Ciertamente, Heidegger hubiera podido —pero este equipo de trabajo no pudo llegar a formarse bajo los presupuestos deseados— declararse partidario de un filósofo al que testimonia gran admiración en *Ser y Tiempo*. Y, por supuesto, Heidegger conocía el *Mémorial* de Pascal, esa *Confessio* subjetiva que se abre con la siguiente frase: *«Feu. Dieu d'Abraham, Dieu d'Isaac, Dieu de Jacob —non des philosophes et des savants.»* («Fuego. Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob —no de los filósofos ni de los sabios»). ¿Era esto un signo de transformación religiosa?

Recapitulando: en un principio parecía que el asunto Heidegger iba por buen camino. Se trataba de compensar su compromiso político de la época del rectorado en 1933-1934 con una especie de emigración interna que Heidegger podía llegar a hacer creíble, contando particularmente con el apoyo de Gerhard Ritter que sabía «con toda precisión y exactitud» que desde la acción contra Röhm, Heidegger había sido un encarnizado adversario del nacionalsocialismo y había perdido su fe en Hitler. Pero ¿y el rectorado? Con su mejor voluntad, el comité de depuración no podía minimizar esta fase de la carrera académica de Heidegger hasta el punto de disculpar totalmente al filósofo. En septiembre de 1945, el informe del comité estaba listo para ser entregado al consejo de la Universidad de Friburgo. Este informe ha sido publicado en la tesis de Moehling bajo la forma de una versión inglesa amañada, hasta el punto de que el lector se sorprende de que semejante informe pudiera acarrearle a Heidegger ni la más mínima sanción. El propio Heidegger se encargó de que en el ámbito anglófono sólo se llegaran a conocer los

[7] Ochwadt/Tecklenborg, 1981, pp. 125 ss.

pasajes positivos del informe. Por eso, nos parece que constituye una obligación histórica reproducir el informe tal como era en su íntegra versión original:

Informe del comité de depuración política; septiembre de 1945.
Miembros: profesores Von Dietze (presidente), Ritter, Oehlkers, Allgeier, Lampe.

El filósofo y catedrático *Martin Heidegger* vivía antes de los profundos cambios de 1933 en un mundo espiritual completamente apolítico, aunque mantenía amistosos contactos (también a través de sus hijos) con el movimiento de juventud de la época y con ciertos portavoces literarios de la juventud alemana, como Ernst Jünger, que anunciaban el final de la era capitalista-burguesa y el advenimiento de un nuevo socialismo alemán. El filósofo esperaba de la revolución nacionalsocialista una renovación espiritual de la vida alemana sobre una base popular y, al mismo tiempo, como otros muchos intelectuales alemanes, una conciliación de los antagonismos sociales y la redención de la cultura occidental frente al peligro del comunismo. No tenía una representación muy clara de los sucesos políticos del ámbito parlamentario que precedieron a la subida al poder del nacionalsocialismo, pero creía en la misión histórica de Hitler consistente en llevar a cabo ese giro histórico que él mismo intuía.

No se afilió al partido hasta el 1 de mayo de 1933, y lo hizo con la condición de no tener que asumir nunca una función dentro del partido o alguna de sus organizaciones, ya que se consideraba poco indicado para resolver tareas de tipo práctico-político. Su entrada en el partido estuvo estrechamente vinculada con su nombramiento como rector, función que aceptó empujado por sus amigos y admiradores. Muchos esperaban que la reputación científica del filósofo (sus obras han sido traducidas a muchas lenguas, incluso no europeas) le permitiría conservar una cierta independencia respecto al partido en su gestión universitaria y preservar a nuestra universidad de algunas inaceptables exigencias de determinados elementos radicales. Fue precisamente por esto por lo que se congregó un gran número de titulares de todas las facultades para elegirlo rector. Y, efectivamente, impidió que la cruel caza de judíos de abril de 1933 se introdujera dentro de los muros de la universidad y desarrolló en un discurso rectoral sobre la «Autoafirmación de la universidad alemana», discurso que fue muy comentado en Alemania y en el extranjero, un programa propio de reforma universitaria. En él, evitó basarse sobre la política racial y otros lemas del partido y en lugar de ello desarrolló sus propias ideas sobre la auténtica ciencia que, en el fondo, estaban muy alejadas de una sumisión servil a la táctica del día; pero al situar en el mismo nivel el «servicio del trabajo» y el «servicio de las

armas», al lado del «servicio del saber», él mismo proporcionó a la propaganda nazi la manera de utilizar políticamente su discurso en provecho del partido. Mientras él tenía ante los ojos una interiorización, profundización y reorientación de la ciencia alemana en el sentido de su propia metafísica filosófica (ideas que desarrolló también detalladamente ante los profesores), el partido aprovechó simplemente como recurso propagandístico muy oportuno el hecho de que un sabio de su categoría intelectual se hubiera afiliado y celebrara su victoria en discursos públicos. El propio Heidegger contribuyó a ello al levantar a los estudiantes contra los profesores calificados de «reaccionarios» en su empeño por atraer para su causa a la juventud universitaria. De esta manera, confiaba en poder llevar adelante sus propios planes de reforma y conquistar también dentro del partido una posición importante que le permitiría salvaguardar su propia línea e incluso influir en la evolución interna del partido en un sentido favorable. Naturalmente, sus esperanzas se vieron pronto defraudadas; los estudiantes se volvieron arrogantes y provocativos, la mayoría de los profesores, profundamente heridos por sus decretos, a menudo desafortunados y arrogantes, pasaron a la oposición; por su parte, el partido se distanciaba tanto más de él cuanto más claramente se iba perfilando la contradicción interna existente entre sus propios objetivos y los objetivos científicos de Heidegger. El hecho de que colaborase activamente en la modificación de la constitución de la universidad para introducir dentro de la vida universitaria el *Führerprinzip* y algunas formas externas del hitlerianismo (por ejemplo, el denominado «saludo alemán»), de que despreciara o arrinconara a personalidades antinazis e incluso participara directamente en la propaganda electoral nacionalsocialista por medio de proclamas en los periódicos, no cambió nada en ese progresivo alejamiento mutuo. Y por eso, su rectorado concluyó ya a finales del semestre de invierno de 1933-1934 después de un violento choque con el ministro de cultura Wacker, por motivos parcialmente políticos y parcialmente técnicos y administrativos. Desde aquel momento, Heidegger se replegó totalmente en sus estudios filosóficos, cada vez más ajeno al partido, hasta llegar a una actitud interna de tajante oposición que, sin embargo nunca exteriorizó de manera clara. Sus lecciones, trabajos y conferencias fueron vigilados con desconfianza por el Servicio de Seguridad, su tarea literaria fue difamada en la prensa del partido por instigación del pseudofilósofo Krieck (de Heidelberg), miembro del partido, por el que Heidegger sentía un profundo desprecio, y parte de sus libros hasta cayó bajo una prohibición de publicación y tampoco se permitieron ya, dentro de lo posible, las recensiones de sus obras, ni tan siquiera la mención de su nombre en la literatura oficial del partido.

A pesar de esta tardía distanciación no se puede dudar de que —el año fatídico de 1933—, Heidegger puso conscientemente la gran reputación de que goza su nombre y el arte singular de su lenguaje al servicio de la revolu-

ción nacionalsocialista y que, de este modo, contribuyó de manera esencial a legitimar esta revolución ante los ojos del mundo alemán cultivado, a acrecentar las esperanzas puestas en ella y a obstaculizar considerablemente la autoafirmación de la ciencia alemana dentro del caos político. Desde 1934 ya no se le puede calificar de «nazi» ni tampoco existe ningún peligro de que vuelva a impulsar nunca las ideas nazis. Consideraríamos una lamentable pérdida que nuestra universidad, en consideración del pasado político, tuviera que prescindir completamente de este famoso humanista; por otra parte, nos parece inimaginable que después de semejantes errores políticos de tan funestas consecuencias siga manteniendo la misma posición externa que tenía hasta ahora en la universidad. En nuestra opinión, la mejor solución sería que entrase en la categoría de emérito, lo que le permitiría seguir ejerciendo una actividad docente limitada pero le impediría el acceso a la administración, los exámenes y las habilitaciones. Sin embargo, uno de los miembros de este comité opina que, dados los hechos expuestos, habría que tomar medidas más duras.

Propuesta: Grupo B [8].

El que quería tomar medidas más duras era Adolf Lampe. El punto de inflexión en el caso Heidegger se puede delimitar con toda precisión. Al mismo tiempo que se emitía este informe proponiendo que se pasara a Heidegger a la calidad de profesor jubilado, pero conservando la *venia legendi*, es decir, el permiso docente, se supo que el gobierno militar francés se había limitado a declarar al filósofo como *«disponible»*, es decir, habían adoptado la medida de sanción más pequeña posible, que permitía una rehabilitación total. En Friburgo empezaron a correr rumores según los cuales Heidegger había sido invitado a Baden-Baden por oficiales franceses para dar conferencias. Estas informaciones empujaron a Lampe, Walter Eucken y el vicerrector Franz Böhm, a principios de octubre, a dirigir detallados escritos al rectorado que tenían como objetivo hacer fracasar el informe del comité e impedir la reintegración de Heidegger. Los argumentos se pueden resumir brevemente como sigue: la responsabilidad de Heidegger en la primera época del Tercer Reich había sido tan grande que no se le podrían exigir responsabilidades a ningún otro miembro de la universidad si se dejaba salir a Heidegger tan bien librado. Ahora bien, dos rectores (los de Metz y Süß) ya habían

[8] Legado de Clemens Bauer.

sido afectados por las sanciones, varios profesores de la Facultad de Medicina habían sido cesados de sus funciones e incluso internados en campos franceses bajo las condiciones de reclusión más duras. En su opinión, era una vergüenza y un sarcasmo que se tratara con tantos miramientos al corruptor intelectual Heidegger, que había introducido por el mal camino a tantos jóvenes intelectuales (Böhm cita, entre otros, a Stadelmann, Heimpel y Schadewaldt) y, si esto era así, ya no se podría acusar de ello a ninguno de los incriminados. Böhm, el futuro ministro de cultura del Gran-Hesse amenazó con dimitir de su cargo de vicerrector si Heidegger volvía a ser reintegrado en sus funciones o incluso nombrado profesor emérito, porque «el emeritazgo también es una manera de reinserción.» Böhm iba al corazón del asunto en su detallada argumentación sobre el caso:

Considerando que, en muchos casos, el gobierno militar ha adoptado medidas más duras que las propuestas por la universidad y la comisión de confianza, compruebo lleno de amargura que uno de los intelectuales con más responsabilidad en la traición política de las universidades alemanas, un hombre que en el momento más decisivo —y desde su posición destacada como rector de una gran universidad alemana fronteriza además de como filósofo de fama internacional— ha dirigido por un camino erróneo el timón político y ha predicado a voces y con intolerable fanatismo doctrinas funestas que, hasta la fecha, nunca ha desmentido, en definitiva, que una persona semejante, sólo se ve afectada con la medida de la *disponibilité* y manifiestamente tampoco siente necesidad de responder de sus actos. Esto es lo que compruebo con amargura. (Escrito al rectorado del 9 de octubre de 1945) [9].

Heidegger, informado por el rector del mal cariz que estaba tomando su asunto y del posible recrudecimiento de las medidas, ante la inminencia de una nueva determinación del consejo universitario, entregó en el acto (el 10 de octubre) una petición de jubilación anticipada redactada en los siguientes términos:

El gobierno militar francés ha decidido, dentro de las medidas de *l'épuration,* que permanezca en mis funciones en situación de «disponibilidad». Estas funciones consisten en la gerencia de una de las primeras cátedras europeas de filosofía. Como después de los sucesos de los últimos meses he llegado a la convicción de que la facultad no siente ningún interés por mi

[9] Legado de Clemens Bauer.

colaboración, ruego por la presente que se solicite mi jubilación anticipada ante el ministerio.

El supuesto desinterés de la facultad no era más que un pretexto; lo que ocurría es que la postura del consejo universitario había cambiado en detrimento de Heidegger hasta tal punto que parecía aconsejable por motivos tácticos adoptar una postura intermedia y mostrarse abierto a una solución de compromiso en lugar de exigir la plena reintegración en las funciones docentes (que para Heidegger era sin embargo la única solución aceptable, sobre todo en los años posteriores).

Pero ¿qué había de verdad en los rumores de las conferencias de Baden-Baden? Los rumores eran exagerados, pero encerraban una parte de verdad. Tal como lo consigna el rector en las actas relativas a una entrevista mantenida con Heidegger el 5 de noviembre de 1945, el filósofo de Friburgo había sido invitado a un encuentro personal en Baden-Baden con Jean Paul Sartre «que representa la filosofía existencialista en Francia. Además le han dicho que si las discusiones filosóficas dieran lugar a una exposición más amplia de la filosofía existencialista ante un público más numeroso, dejarían esto en manos del profesor Heidegger.» Según este documento, Heidegger no había tomado todavía ninguna determinación. Pero lo más importante era lo que también se supo en aquellos momentos: la visita de un joven lugarteniente del gobierno militar francés de Baden-Baden, corresponsal de la *Revue Fontaine*, al filósofo Heidegger. Se trataba de Edgar Morin, por aquel entonces un joven de 24 años interesado en la filosofía y la sociología e inmerso precisamente en la redacción de *L'an zero de l'Allemagne* (publicado en 1946). Morin fue a visitar a Heidegger, a finales de septiembre, para entregarle una carta de Max Pol Fouchet, director de la *Revue Fontaine*, en la que se le proponía a Heidegger que entregase algún estudio o fragmento de sus trabajos para su traducción al francés y posterior publicación. Además, Fouchet se mostraba interesado en editar en la serie de libros de la revista alguna de las obras o incluso lecciones o resúmenes de Heidegger. La traducción al francés la asumiría él mismo y Heidegger corregiría las pruebas de imprenta junto con los demás colaboradores. La correspondencia podría llevarse a cabo a través del lugarteniente Morin o el general Arnaud, jefe de prensa y del servicio de información del gobierno militar de Baden-Baden, es decir no po-

día acudir a mejor sitio. Con todo, si Heidegger no pudiera ofrecer trabajos para la revista ni para la serie de libros, estarían vivamente interesados en que les mandara un artículo sobre su actitud respecto a la situación actual o respecto a la filosofía en Francia, es decir, querrían obtener de él una colaboración en exclusiva. La alta tirada y la amplia difusión de la revista garantizaban un eco suficiente.

El rector comunicó el contenido de esta carta y la invitación del Gouvernement Supérieur de Baden-Baden a la asamblea mantenida por el consejo el 21 de noviembre de 1945, una sesión decisiva para el caso Heidegger ya que, entretanto, el informe moderado y apaciguador del comité de depuración había sido reelaborado y acababa de ser presentado a la sesión del consejo del 19 de enero de 1946 en su segunda versión, mucho más dura e incisiva.

Una vez más, fueron Eucken, Lampe y Böhm los que expresaron de manera más vehemente su indignación ante la propuesta de la *Revue Fontaine* de que Heidegger se pronunciara sobre la situación presente: «En la última sesión del consejo no tuve ocasión de escuchar», decía Adolf Lampe en un escrito muy completo:

que el señor Heidegger haya sentido o expresado la decidida imposibilidad de inmiscuirse de esa manera en los acontecimientos actuales. Por lo tanto hay que concluir, antes como ahora, que el señor Heidegger (en contra de lo supuesto por el presente informe de nuestro comité de depuración) no ha experimentado en absoluto esa profunda transformación de su pensamiento político que todo el mundo había dado por hecha. Sin ese presupuesto no podríamos ni deberíamos disculpar al señor Heidegger tan generosamente de las consecuencias de su conducta como primer rector de nuestra universidad durante el Tercer Reich, tal como ocurrió a la hora del voto final del comité. (Legado de Lampe.)

Así pues, se exigió la revisión total del informe y, efectivamente, así se hizo. Lampe llevó su argumentación hasta sus últimas consecuencias: si Heidegger opinaba seriamente que «precisamente él y nadie más que él es la persona llamada para ofrecer alguna explicación y orientación sobre las miserias que han traído al mundo Hitler y sus partidarios, ciegos o criminales», sólo quedaban dos posibilidades: o Heidegger era consciente de la enormidad de su culpa «cuando haciendo uso de la fuerza bruta empujó a nuestra universidad a introducirse por el camino del nacionalsocialismo y, gracias a su nombre

internacionalmente famoso como filósofo, cegó y confundió a miles de personas» o seguía padeciendo también en el momento presente de una «ceguera acerca de la realidad, verdaderamente aterradora».

Pero ya antes, cuando empezó a perfilarse un cambio de atmósfera desfavorable a Heidegger (a finales de octubre y principios de noviembre), las instancias francesas competentes, es decir, los delegados universitarios con función de *curateur,* intentaron sacar a Heidegger de la línea de tiro de Friburgo y llevarlo a Tubinga, donde el ambiente era más pacífico, donde el capitán Cheval, un germanista muy intrigante, había tomado contacto en calidad de *curateur* con el departamento de cultura de Wurtemberg. Así pues, el terreno ya estaba abonado, porque el decano comisario Stadelmann había tejido una espesa red, desde hacía mucho tiempo, para impedir que Heidegger cayera en el vacío. También se podía esperar un cierto apoyo por parte del departamento de cultura, ya que el director de cultura del Estado, Carlo Schmid, hacía todo lo posible para que la Universidad de Tubinga adquiriera algún brillo, por ejemplo, llamando a Romano Guardini para una cátedra de nueva creación de la Facultad de Filosofía. El funcionario del ministerio con el que Cheval discutió el asunto señaló que el gobierno militar francés se alegraría de un nombramiento de Heidegger en Tubinga. Esto no era una orden, sino una mera invitación. La facultad era libre de tomar la decisión que le placiera. Lo único que quería expresar el gobierno militar es que no pondría objeción a un nombramiento de Heidegger. Naturalmente, esta propuesta levantó considerables tensiones en la facultad de Tubinga en noviembre de 1945; la candidatura de Heidegger fue objeto de un intenso y controvertido debate, pero finalmente no fue situada en cabeza de lista. En último extremo, la facultad de Tubinga no quiso servir de coartada.

De esta manera, la Universidad de Friburgo siguió siendo el frente de la controversia: volvió a reiniciarse el procedimiento contra Heidegger en el seno de la universidad. Una vez más, pero bajo diferentes condiciones, en una atmósfera mucho más tensa, el filósofo tuvo que rendir cuentas. Y es precisamente este interrogatorio de diciembre de 1945 el que constituye el transfondo de la narración de Heidegger integrada en la obra de Petzet, *Auf einen Stern zugehen,* con la diferencia esencial de que había precedido ya un proceso de larga duración, con todas las complicaciones expuestas, y de que ahora los únicos que tenían que ver con el caso Heidegger eran el comité de

depuración y el consejo de la universidad. Ahora, las cosas presentaban un mal cariz para Heidegger. Este, que a la vista del presumible recrudecimiento de las medidas estaba dispuesto a jubilarse, luchaba ahora por conservar la *venia legendi*.

La Facultad de Filosofía se ocupó por vez primera del caso Heidegger el 1 de diciembre de 1945. Según el detallado informe de Gerhard Ritter, la facultad decidió por unanimidad dar los siguientes pasos: en primer lugar, cursar una petición al gobierno militar francés solicitando la reintegración de Heidegger; en segundo lugar, presentar una solicitud ante el ministerio en relación con los deseos expresados por Heidegger de pasar a la categoría de profesor emérito y en tercer lugar «escribir al propio señor Heidegger comunicándole que hemos presentado ambas solicitudes, pero que lamentamos profundamente que abandone la universidad y desearíamos poder contar con su colaboración para los casos de importancia que puedan presentarse en el futuro» [10], todo ello, partiendo siempre del presupuesto de que Heidegger estaría autorizado a seguir impartiendo su docencia. En el centro de mira de las tensas discusiones de esta semana estuvieron casi siempre la conducta de Heidegger con Husserl y el telegrama enviado por el rector Heidegger al canciller del Reich, Adolf Hitler, el 20 de mayo de 1933.

Se comprende perfectamente que el desafortunado comportamiento de Heidegger con su predecesor en la cátedra y maestro, particularmente durante la larga enfermedad de Husserl en 1937-1938, su ausencia en el entierro y su silencio tras la muerte de éste, pesarán ahora gravemente contra él. Era uno de los puntos más delicados. El telegrama a Hitler, en el que le rogaba que no recibiera por el momento a los jefes de la asociación de universidades «hasta el momento en que la directiva de la asociación de universidades haya consumado la "unificación", particularmente necesaria en este caso», fue considerado un agravante precisamente por haber usado el término «unificación». Ya hemos señalado que el término y concepto de «unificación» tenían un sentido muy preciso en mayo de 1933.

A lo largo de una serie de cartas —al rector y al comité de depuración—, Heidegger intentó desarticular los nuevos reproches que se le hacían. En un último gesto de fuerza, escribió una carta —el 15 de

[10] Actas de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Friburgo (registro permanente).

diciembre— al presidente del comité de depuración política, Constantin von Dietze, resumiendo los argumentos ya empleados y haciendo una declaración de principios:

En 1933-1934 ya sentía la misma oposición contra la concepción del mundo nacionalsocialista, pero creía que era posible introducir al movimiento por otros caminos y consideraba que esta pretensión era compatible con las tendencias generales de tipo social y político del movimiento. Creía que Hitler, después de haber asumido en 1933 la responsabilidad de todo el pueblo, se alzaría por encima del partido y de su doctrina y que todo se reencontraría sobre el suelo de una renovación y agrupación orientada hacia una responsabilidad occidental. Esta creencia era un error, como pude darme cuenta después de los sucesos del 30 de junio. Pero, en 1933-1934 me había situado en una postura intermedia por la que aprobaba lo social y lo nacional (pero no lo nacionalsocialista) a la vez que negaba la base espiritual y metafísica del biologismo de la doctrina del partido porque, a mi entender, lo social y nacional no estaban vinculados esencialmente con la concepción del mundo biológica y racial.

A continuación, el filósofo volvía a dar las gracias por la actitud comprensiva del comité de depuración, que había sabido juzgar correctamente sus intenciones de 1933-1934. Ciertamente, había cometido muchos errores «en el plano técnico y personal de la gestión de la universidad». «Pero nunca sacrifiqué al partido el espíritu y la esencia de la ciencia y la universidad, sino que busqué la renovación de la *universitas*.» Ahora, dejaría que la universidad decidiera si todavía le interesaba en alguna medida su colaboración. Sólo solicitaba de la universidad que protegiera su trabajo filosófico de treinta años:

del que creo sinceramente que todavía tendrá algo que decirle a Occidente y al mundo. Compartiendo el destino general y espiritual, y preocupado por la suerte de mis dos hijos desaparecidos en Rusia, mis fuerzas se encuentran de todas maneras tan disminuidas que tal vez ya sólo alcancen para concluir una parte de las cosas en las que más empeño tengo de cara al futuro de la filosofía. (Legado de Lampe.)

Paralelamente, Heidegger se acordó de dos amigos que tal vez pudieran actuar en su favor y cuya intervención podía ser especialmente importante por el hecho de tratarse de personalidades muy reconocidas: se trataba de Karl Jaspers y del arzobispo Conrad Gröber.

Ante el giro negativo que empezaron a tomar los acontecimientos en diciembre, Heidegger solicitó que se recabara un informe sobre su persona a Karl Jaspers. El comité aceptó la petición y, como ya se ha indicado, uno de sus miembros, Oehlkers, escribió a Jaspers, en Heidelberg. El botánico Oehlkers era amigo de Jaspers desde hacía algunos años. Ambos profesores habían intercambiado experiencias y problemas tras la caída del Tercer Reich. Por ejemplo, el 26 de mayo de 1945, Oehlkers narraba en una carta la situación especialmente precaria de la Universidad de Friburgo —prácticamente destruida, sobre todo en el sector de los departamentos—, bajo las condiciones de las fuerzas francesas de ocupación, cuyos objetivos en política universitaria no eran todavía muy claros, de la misma manera que —durante aquellas semanas— ningún observador alemán podía saber claramente si la nueva división territorial del Estado de Baden (el sur de Baden, francés y el norte de Baden, americano) iba a ser definitiva y si la capital del Estado, Karlsruhe, iba a ser responsable de ambas universidades, Friburgo y Heidelberg. O también, el 12 de julio de 1945, informaba a Jaspers con todo detalle sobre la creación, competencias y primeras experiencias del comité de depuración, para el que había sido elegido como representante de la disciplina de ciencias de la naturaleza:

> Los colegas me rogaron con gran insistencia que colaborara y de esta manera salí de mi reserva y desde hace casi catorce días hemos tenido mañana y tarde, prácticamente a diario, sesiones, asambleas, entrevistas, etc. El trabajo se acumula de manera aterradora. Estamos desbordados por la gente: nos abruman indiscriminadamente con ruegos, amenazas, advertencias y palabras de ánimo. Ahora ya lo sé por propia experiencia: la acusación de colaboracionismo se pronuncia con mucha alegría. Pero lo que pretendemos es conseguir en nuestra universidad un cuerpo docente que sea capaz de trabajar según *nuestra* propia concepción y no la de los franceses. (Legado de Jaspers.)

Cuando Oehlkers envió esta carta a Heidelberg, el comité aún no tenía el caso Heidegger sobre su mesa. Pero el 15 de diciembre de 1945, Oehlkers expuso a su amigo y colega el asunto Heidegger, haciéndole ver que era un caso extremadamente complicado porque ya era la segunda vez que lo remitían al comité y habían aparecido nuevos hechos. El propio Heidegger, en tanto que primer rector nacio-

nalsocialista, estaba acusado «de cargos muy graves». Pero Oehlkers no le escondía que en las acusaciones contra Heidegger también se habían deslizado graves reproches contra la señora Elfride Heidegger, como ya se ha señalado más arriba. ¿Qué es lo que se esperaba de Jaspers? Un juicio «que pasara por encima de los hechos del rectorado», es decir, una opinión mucho más amplia y global sobre la personalidad de Heidegger y muy particularmente sobre la cuestión de su antisemitismo. «El mismo nos ruega que le preguntemos a Vd. precisamente sobre este punto.» Oehlkers no se cansaba de repetir en su carta que Heidegger no era «un "nazi" en el sentido corriente de la palabra». Según él, había algo trágico en aquella fatal época del rectorado.

Por el contrario, era completamente apolítico y el nacionalsocialismo que él se había cortado a su medida no tenía nada en común con la realidad. Era a partir de ese espacio cerrado desde donde actuaba como rector y desde donde le provocó a la universidad tremendos perjuicios hasta que, de pronto, se dio cuenta de las ruinas que yacían a su alrededor. Sólo ahora empieza a comprender cómo se produjeron. Es muy fácil condenar esta actitud, pero es muy difícil comprenderla verdaderamente.

El deseo de Oehlkers, el ruego de Heidegger a su antiguo amigo filósofo y el carácter semioficial de la carta recibida, pusieron a Jaspers en una difícil vicisitud, casi irresoluble, un auténtico dilema. El informe de Jaspers del 22 de diciembre de 1945 —el filósofo se sentó a su escritorio inmediatamente después de recibir la carta de Oehlkers—, estuvo detenido durante todo el fin de semana, hasta que la noche de Navidad Jaspers le añadió a su carta de cuatro páginas, escrita a máquina, la siguiente posdata a mano: «24/12 Como ha coincidido un domingo en el medio, la carta se ha quedado aquí. Esto me ha dado tiempo a reflexionar si acaso no debería renunciar a mi respuesta en consideración a mis anteriores relaciones con Heidegger. Pero responda o no, en este asunto todo va contra mi naturaleza. Finalmente ha sido la exigencia de una instancia oficial y sobre todo del propio Heidegger la que ha vencido. Así las cosas, enviaré esta carta.» Seguramente Jaspers era consciente de que su juicio iba a ser determinante y de que, además, iba a romper los puentes entre él y Heidegger, si es que aún existía alguno y no era sólo un sueño [11].

[11] El original del informe de Jaspers ha llegado a mis manos siguiendo caminos complicados. Procede del legado de Robert Heiß, que en 1946 fue decano de la Fa-

Heidelberg, 22. XII. 1945

Estimado señor Oehlkers:

Recibí hoy su carta del 15 de diciembre. Me alegro de que el asunto Gentner [12] marche bien. Tal vez haya ido a visitarlo entretanto o por lo menos eso pensaba hacer con ocasión de un viaje a París del que regresará en estos días.

Paso a contestar de inmediato el asunto principal de su carta. Dada mi antigua amistad con Heidegger resulta inevitable que entre en el terreno de lo personal, aunque sólo sea para no esconder mis eventuales reservas a la hora de emitir un juicio. Tiene razón cuando dice que el caso es complicado. Y como toda cosa complicada, habrá que procurar reducirla a algún elemento sencillo y determinante para no quedar enredado en el zarzal de la complicación. Permítame que analice por separado algunos puntos esenciales:

1) Había esperado poder guardar silencio, excepto con los amigos más íntimos y ésa era la intención que tenía desde 1933 cuando después de mi terrible desilusión decidí callar por fidelidad a algunos buenos recuerdos. Me resultó bastante fácil, porque en nuestra última conversación de 1933 Heidegger también guardó silencio sobre mis preguntas más embarazosas o se limitó a contestar de forma vaga e imprecisa, sobre todo por lo que respecta a la cuestión judía, y porque interrumpió las visitas que venía haciéndome regularmente desde hacía diez años, de modo que no volvimos a vernos. Es verdad que siguió enviándome sus publicaciones hasta hace poco, aunque en 1937-1938 no acusó recibo de mis propios envíos. Ahora esperaba poder callar definitivamente. Pero, ahora, no sólo me interroga Vd. oficialmente en nombre del señor von Dietze, sino también por deseo expreso de Heidegger de que se tenga en cuenta mi opinión. Esto me obliga a romper mi silencio.

2) Además de los hechos públicamente conocidos, tengo conocimiento de otros hechos de los que, al menos dos, considero que son lo suficientemente importantes como para comunicarlos.

Por petición del régimen nacionalsocialista, Heidegger entregó un informe sobre Baumgarten a la asociación de profesores de Gotinga, cuyo borrador tuve ocasión de leer hace algunos años. Dentro de él se encuentran

cultad de Filosofía y guardaba en una carpeta en su casa este informe junto con la correspondencia de Jaspers.

[12] Se trata del físico Wolfgang Gentner, que fue nombrado en Friburgo para ocupar el sitio del físico Steinke, destituido por motivos políticos, ya que era el jefe local de la Asociación de Profesores Nacionalsocialistas.

frases como ésta: «Mientras estuvo aquí, Baumgarten lo fue todo menos nacionalsocialista. Tanto por afinidad como por su actitud intelectual procedía de un círculo de intelectuales demócratas y liberales de Heidelberg en torno a Max Weber. Después de fracasar conmigo, entró en estrecho contacto con el judío Fraenkel, antes profesor en Gotinga y ahora expulsado de aquí. Encontró empleo en Gotinga gracias a él... Naturalmente, aún no se puede emitir un juicio definitivo sobre él. Todavía puede evolucionar. Pero, en todo caso, habría que esperar todavía un plazo prudencial antes de admitirlo en alguna organización del partido nacionalsocialista. Actualmente estamos acostumbrados al horror y por eso tal vez no se pueda comprender el espanto que me invadió cuando leí estas frases hace años.

El asistente del seminario de filosofía de Heidegger, Brock, era judío. Heidegger no conocía este dato cuando le dio el puesto. A consecuencia de las medidas nacionalsocialistas, Brock tuvo que abandonar su trabajo. Según las declaraciones que pude oírle personalmente a Brock en aquella época, Heidegger tuvo una conducta intachable con él. Además, facilitó su partida a Inglaterra por medio de amistosos certificados.

En la década de los veinte, Heidegger no era antisemita. El adjetivo «judío», aplicado a Fraenkel, indica que en 1933 se había vuelto antisemita, al menos en determinados contextos. No es que se limitara a mostrarse siempre reservado en este asunto. Pero esto no excluye que, tal como supongo, en otros casos el antisemitismo atentara contra su conciencia y su gusto.

3) Heidegger es una potencia muy importante, no tanto por su concepción filosófica del mundo, cuanto por su manera de utilizar las herramientas especulativas. Posee un órgano filosófico, cuyas percepciones son interesantes, por mucho que, a mi parecer, sea inusualmente acrítico y se encuentre alejado de la auténtica ciencia. A veces da la impresión como si vinculara la seriedad del nihilismo con la mistagogía de un mago. Ocasionalmente acierta de manera secreta y maravillosa con el nervio de la filosofía en la corriente de su lenguaje particular. Tal vez en este punto, hasta donde alcanza mi visión, él sea el único filósofo alemán contemporáneo.

Por eso hay que desear y exigir muy imperiosamente que esté en condiciones de poder seguir trabajando y escribiendo lo que pueda.

4) Cuando se trata a individuos singulares, hoy, no se puede dejar de tener presente la situación general.

Así, resulta inevitable pedirle responsabilidades a quien ha contribuido a ensillar al nacionalsocialismo. Heidegger es uno de los pocos profesores universitarios que lo ha hecho.

La dureza con que se excluye a numerosas personas de sus puestos, a pesar de no haber sido internamente nacionalsocialistas, llega hoy muy lejos. ¿Qué dirán los colegas que tienen que marcharse y caer en la miseria sin haber cometido nunca actos nacionalsocialistas si Heidegger no es sancionado en absoluto? Su inhabitual contribución intelectual puede constituir un mo-

tivo legítimo para poner los medios para que siga desarrollando su trabajo, pero no es un motivo para que permanezca en sus funciones ni en su actividad docente.

En la presente situación, hay que llevar con la mayor responsabilidad la educación de los jóvenes. Se debe aspirar a una total libertad de la enseñanza, pero no a establecerla de inmediato. El modo de pensar de Heidegger, que a mi juicio es esencialmente dictatorial, opuesto a la libertad y la comunicación, acarrearía hoy desastrosas consecuencias en la actividad docente, porque me parece que el modo de pensar es más importante que el contenido de los juicios políticos, cuya agresividad puede cambiar fácilmente de rumbo. Mientras no dé muestras de un auténtico renacer, también visible en su obra, pienso que no se debe situar a semejante profesor ante una juventud que actualmente apenas tiene capacidad de reacción interna. Primeramente la juventud tendrá que adquirir un pensamiento autónomo.

5) Reconozco hasta cierto punto la exactitud de esa disculpa personal según la cual Heidegger es apolítico por naturaleza y el nacionalsocialismo que se hizo a su medida no tenía nada en común con el verdadero. Pero, sin embargo, me gustaría recordar dos cosas. En primer lugar, las palabras de Max Weber de 1919: los niños que agarran con sus manos la rueda de la historia universal son aplastados. En segundo lugar, también me gustaría señalar que, probablemente, Heidegger no percibió todas las fuerzas y objetivos reales de los *führer* nacionalsocialistas. Prueba de ello es su confianza en poder gozar de una voluntad propia. Pero su manera de hablar y sus actos denotan cierto parecido con otros fenómenos nacionalsocialistas que nos hacen comprender su error. El, Baeumler y Carl Schmitt son profesores, muy diferentes entre sí, que han pretendido situarse en la cima intelectual del movimiento nacionalsocialista. En vano. Empeñaron en la empresa una verdadera capacidad intelectual, para desgracia de la reputación de la filosofía alemana. De ahí ese rasgo trágico del mal, que yo también percibo, como Vd.

Se puede juzgar el cambio de convicciones que supuso la mudanza al campo antinacionalsocialista a partir de los motivos que pueden deducirse parcialmente de las fechas: 1934, 1938, 1941 significan fases básicamente diferentes. En mi opinión, el cambio de opinión no reviste mucha importancia a la hora de juzgar, porque no sucedió hasta 1941 y tiene poco valor si no ocurrió de manera radical después del 30 de junio de 1934.

6) En ocasiones excepcionales, y siempre que se opine que el caso es verdaderamente importante, se puede aplicar una normativa inusual. Por eso, mi propuesta es la siguiente:

a) Disponer una pensión nominal para Heidegger —con el fin de que pueda seguir desarrollando trabajos filosóficos y editando sus obras—, alegando la reputación de que gozan sus trabajos y con la esperanza de que aún produzca cosas importantes.

b) Suspensión de la actividad docente durante algunos años. Después, nueva revisión basada en las publicaciones surgidas entretanto y en las nuevas condiciones académicas. En este momento habrá que plantearse si se puede intentar restablecer la antigua libertad de enseñanza, que daría opción a que prosperaran ideas adversas y peligrosas para la universidad, ya que él las defendería con su rango intelectual. Sólo se alcanzará un estado semejante dependiendo de la marcha de los acontecimientos políticos y de la evolución de nuestro espíritu público.

En caso de que se rechace una normativa extraordinaria para Heidegger, considero que sería injusto favorecerlo dentro del marco de las medidas generales.

Con esto habría expresado mi opinión con una brevedad que seguramente estará preñada de posibles malentendidos. En caso de que quiera comunicarle el contenido de esta carta a Heidegger, le autorizo para que le entregue una copia de los puntos 1, 2 y 6, y el párrafo del punto 3 que dice: «Por eso... lo que pueda.»

Le ruego disculpe la forma apodíctica y la brevedad. Hubiera preferido discutir el asunto personalmente con Vd. y aclarárselo más a fondo dependiendo de las preguntas que Vd. me hiciera. Pero no puede ser.

Me habla Vd. de la penuria provocada por el invierno. Seguramente allí es mucho mayor que aquí, a pesar de que también padecemos lo nuestro. Pero hasta ahora es soportable. Lo único que espero es que no venga alguna cruda helada.

Saludos cariñosos para Vd. y su querida esposa de mi mujer y de su

Karl Jaspers.

Como ya hemos tratado el problema del antisemitismo de Heidegger en otro contexto, recordaremos sólo algunos datos de manera resumida: Jaspers expone el caso Baumgarten, el informe elaborado por Heidegger para la directiva de la asociación de profesores nacionalsocialistas de Gotinga que contiene la fórmula «el judío Fraenkel», pero también aduce que Heidegger intervino en favor de su asistente destituido, el *Privatdozent* Dr. Brock, y le facilitó su partida a Inglaterra por medio de amistosos certificados. Dice que en la década de los veinte Heidegger no era antisemita, pero en su última conversación en casa de Jaspers —con ocasión de la conferencia de Heidegger del 30 de junio de 1933—, había guardado silencio ante las preguntas más comprometidas o había contestado de manera «vaga», sobre todo en lo relativo a la cuestión judía. Lo importante es que Jaspers vincula el compromiso político de Heidegger con el de

Carl Schmitt y el de Alfred Baeumler, creando un trío basado en que los tres se esforzaron en llegar «a la cima intelectual del movimiento nacionalsocialista.» Este informe, que contiene tantos elementos, aunque de manera poco sistemática, era básicamente negativo, tanto en lo tocante a la condena de la actividad filosófica de Heidegger —aunque su voz siguiera oyéndose más adelante—, como en lo tocante a las medidas de castigo. El dictamen de Jaspers para una suspensión temporal correspondía a lo que en francés se llamaba *suspendu*, es decir, era algo que no correspondía a una categoría de profesor emérito con derecho a dar clases, ni tampoco se trataba de una jubilación corriente, sino que era una especie de cese bajo la forma particular de una «pensión nominal», es decir, una «pensión de gracia» que equivalía al sustento gratuito y ello únicamente como medida excepcional.

En efecto, el informe de Jaspers fue decisivo para la determinación adoptada por el consejo de la Universidad de Friburgo y también contribuyó a formar la opinión del gobierno militar francés. Así las cosas, Jaspers también se vio inmiscuido en el debate: el 14 de abril de 1946, el decano Heiß le hizo saber que la situación de Heidegger era muy difícil y que él, Heiß, opinaba de manera diferente a Jaspers. En la carta de respuesta de Jaspers, del 28 de mayo de 1946, el filósofo subraya que no es una cuestión de opiniones, sino de motivos y contextos imperativos. Si Heiß conociera su informe hablaría de otra manera. El 5 de julio de 1946 Heiß contesta que conoce muy bien el informe y que ha seguido la evolución de Heidegger desde hace muchos años, ha asistido personalmente a dos cursos del mismo y conoce otros a través de copias. Lo menos que se puede decir es que Heidegger ha cambiado de opinión de manera rápida y completa. No es que pretenda disculpar en algún modo lo hecho por Heidegger en 1933, pero ha seguido su evolución con gran seriedad y cree poder decir que la conoce a la perfección. También él está espantado y muy afectado por lo que hizo Heidegger en 1933, pero sabe lo que hizo después. «Vd. comprenderá que, sabiendo esto, la mayoría de las opiniones sobre Heidegger no me dicen nada. La suya, sin embargo, me parece extraordinariamente importante.» Personalmente no duda de que «el señor Heidegger está avocado a una especie de exilio; y se puede decir que recoge lo que ha sembrado. No tengo nada que objetar contra esto.» (Dosier Robert Heiß; en posesión del autor.)

Y cuando a finales del otoño de 1946 Hans-Georg Gadamer, discípulo de Heidegger, realizó un viaje de Leipzig a Friburgo buscando una cátedra en las zonas occidentales de ocupación e interesándose por la sucesión de Martin Heidegger —cuyo asunto seguía pasando por un mal momento—, comentó una vez de vuelta en Leipzig, en una carta a Jaspers del 6 de octubre de 1946, que la situación de Heidegger empeoraba cada día. La única cuestión era ya si le darían la jubilación o simplemente lo «cesarían». Probablemente lo segundo, con las consecuencias económicas que ello tendría. Por eso, continuaba Gadamer, se temía que la opinión de Jaspers hubiera sido «tácticamente muy desfavorable, puesto que sólo habla Vd. de una "pensión"». (Legado de Jaspers.) Seguramente en su visita a Friburgo, donde también habló con el decano Heiß a propósito de la posible sucesión de la cátedra de Heidegger, Gadamer tuvo ocasión de leer el informe de Jaspers. Jaspers no dejó de explotar el informe y las consiguientes reacciones y autorizó al comité para que lo diera a conocer a Heidegger en su totalidad. El caso Heidegger no dejó de atormentar a Jaspers hasta que, como dijimos al principio de la obra, poco después de mudarse a Basilea intentó tender un puente hacia Friburgo en un gesto de reconciliación con Heidegger.

Pero las esperanzas de Jaspers se vieron defraudadas y no cabe duda de que, antes de que terminara el año, Heidegger se enteró del contenido del informe, sobre todo de las propuestas concretas de Jaspers. Dado que el comité de depuración había hecho depender en gran medida su veredicto de la opinión de Jaspers, a Heidegger sólo le quedó como último recurso su paisano de Meßkirch, su paternal amigo y benévolo protector, el arzobispo Conrad Gröber, que durante aquellas semanas supo ser un refugio para muchos, ya que el obispo de Friburgo pasaba por haber sido uno de los pilares de la resistencia eclesiástica durante la época del Estado de no derecho nacionalsocialista y ahora era una autoridad intocable ante el gobierno militar francés. Su palabra no caía en saco roto, sino que tenía mucho peso. De este modo, Heidegger asumió el papel de hijo pródigo, regresó a casa del arzobispo después de muchos años de distanciamiento y volvió a sentir, en el mismo lugar que antes, el mismo calor y sentimiento entrañable procurado por el común arraigo en la tierra de Meßkirch, sobre todo gracias a la hermana del arzobispo, María, que supo atenuar en el primer encuentro que se producía después de muchos años —¡y qué años!— la amargura de esa especie de pere-

grinación a Canossa escuchando ella misma las peticiones de Heidegger en el dialecto de la tierra, familiar a Heidegger. En seguida hubo una segunda visita y antes de que acabara el año 1945 Gröber redactó una carta favorable a Heidegger a intención del gobierno militar francés e hizo tomar cartas en el asunto al Abbé Virrion, que trabajaba en Baden-Baden para el gobierno militar francés en la sección de enseñanza. Gröber estaba interesado en que su informe llegara cuanto antes a la instancia central de Baden-Baden, ya que cualquier espera suponía un riesgo muy grande y si el consejo de la Universidad de Friburgo emitía entretanto un veredicto negativo ya sólo el gobierno militar podría «mejorarlo». El informe del arzobispo no ha llegado hasta nosotros, pero se puede deducir su tono positivo de una carta del citado «Abbé» enviada a Friburgo el 2 de enero de 1946: el informe del arzobispo aún no había llegado a Baden-Baden y seguramente esto se debía a que aún no lo habían transmitido desde Friburgo, pero se ocuparía de él nada más recibirlo. Hablaría del caso Heidegger con el coronel competente en cuanto éste regresara de permiso. «Pero será difícil volver a admitir a Heidegger en la universidad si el rector vota en contra. En todo caso, yo haré todo lo que pueda, puesto que Vd. me recomienda a esta persona [13].»

Como vemos, se habla abiertamente de la dificultad que supondría un veredicto negativo del consejo de la Universidad de Friburgo, porque la política universitaria francesa dejaba bastante campo libre a las exigencias de autoadministración de las universidades alemanas. El comité de depuración era ante el gobierno militar francés una instancia competente, una especie de puente. Y si el consejo votaba por petición del comité de depuración era difícil oponerse a sus veredictos. Pero, sea como sea, Gröber puso en la balanza el peso de su autoridad. No podemos dejar de subrayarlo en contra de la multitud de opiniones de otro tenor, que tanto arraigo han tenido, según las cuales las autoridades eclesiásticas católicas de Friburgo intentaron por todos sus medios que Heidegger fuera apartado de la universidad. Esta es, por ejemplo, la versión de Robert Minder, una de las personas que más han contribuido a difundir esa leyenda sin aportar ni una sola prueba en apoyo de su te-

[13] Archivo del arzobispado de Friburgo, legado de Gröber 67.

sis. Dice así: «En todo caso está probado que el príncipe de la Iglesia (el arzobispo Gröber) intentó por todos los medios, después de la ocupación, apartar al herético de la universidad.» [14] En realidad, sucedió todo lo contrario. Es verdad que algún tiempo después, en 1949, cuando se trató de la revisión del veredicto y la posible rehabilitación, Heidegger acusó a la Iglesia católica de querer impedir su total rehabilitación, es decir, la reintegración plena en sus funciones. Pero dijo esto basándose en puras sospechas, sin una sola prueba, sólo porque ya no era posible la reconciliación entre una teoría vinculada al dogmatismo y el pensamiento del propio Heidegger, libre de cualquier atadura «extrafilosófica». Heidegger siguió siendo siempre el «herético».

A la vista de la evolución interna de su asunto en la universidad, a principios de 1946 Heidegger se vio obligado a añadir a su petición de jubilación anticipada una declaración por la que se comprometía a abstenerse de toda actividad docente hasta que la universidad solicitara su reintegración [15]. El veredicto emitido en la sesión del consejo del 19 de enero de 1946 —el único orden del día fue el caso Heidegger— era duro: Heidegger debía pasar a la calidad de profesor jubilado, pero sin permiso de docencia, se rechazaba la propuesta del comité de revisar la sentencia dentro de un plazo prudencial y además: «El consejo ruega al rector que comunique al profesor Heidegger que se espera de él que se abstenga de participar en los actos públicos de la universidad» [16]. La protesta unánime de la Facultad de Filosofía ante esta dura decisión del consejo fue una prueba de la inquebrantable benevolencia de la facultad a la que pertenecía Heidegger.

El consejo incluyó sin discusión en su dosier la carta de protesta de la facultad. El prelado Joseph Sauer, que había seguido el camino de Heidegger a lo largo de varias décadas, se burlaba en su anotación del diario del día 27 de febrero de 1946 de la «chapuza entre cómica y confusa» que había redactado la Facultad de Filosofía y que había provocado una carcajada general; para Sauer, esa facultad no perdía nunca la ocasión de ponerse

[14] Robert Minder, *Hölderlin unter den Deutschen und andere Aufsätze zur deutschen Literatur*, Fráncfort del Meno, 1968, p. 140.

[15] Actas de la Facultad de Filosofía del 6 de enero de 1946.

[16] Actas del Consejo de la Universidad de Friburgo.

en ridículo. Gerhard Ritter, miembro del comité de depuración, expresa el dilema en una carta de finales de enero de 1946 dirigida a Hermann Heimpel, antiguo partidario de Heidegger durante la época del rectorado:

> Por lo que se refiere al señor Heidegger, él mismo podrá informarle hasta qué punto y con cuánto éxito me he esforzado por imponer la opción de la jubilación frente a la del cese, a pesar de las violentas resistencias internas del consejo y el comité de depuración. Con este motivo, la facultad me ha expresado su agradecimiento y confianza unánimes de la forma más solemne. La responsabilidad de Heidegger en el progresivo deslizamiento de las universidades alemanas dentro de las aguas del partido fue, sin embargo, muy grande y él mismo es plenamente consciente de ello en la actualidad. A mí mismo me causó en 1933 un dolor extremadamente vivo (recuerdo que por aquellas fechas me pasé semanas sin dormir lleno de inquietud por la catástrofe intelectual que se avecinaba) [17].

También Jaspers, cuyo informe tuvo una influencia tan decisiva, envió una carta a Gerhard Ritter el 4 de febrero de 1946, diciéndole así: «la idea que no me abandona es la de que esta situación puede ser, desde el punto de vista intelectual, la más fértil para Heidegger. Una aparición en público le acarrearía dificultades y, según creo, más bien podría paralizarle. Además, de esta manera queda a salvo de los diferentes patinazos que hoy día corremos siempre el peligro de dar [18].

Muchas personas esperaban que en esta fase de su vida, que le había precipitado dentro de la más profunda penuria —también material—, en la que se veía cortado de las raíces de su actividad universitaria y se sentía difamado, Heidegger volvería sobre sus pasos. Pero ¿hacia dónde? ¿Acaso también Jaspers pensaba que Heidegger debía dar marcha atrás? Heidegger, que se había derrumbado física y moralmente ante los ataques a los que se veía expuesto, se encontraba en la primavera de 1946 en el sanatorio Schloß Haus Baden, en Badenweiler, y se hallaba sometido a tratamiento psicosomático bajo la dirección de Viktor, barón de Gebsattel, en donde por cierto se pusieron las bases, o al menos se fortalecieron, para una futura colaboración intelectual orientada hacia la psiquiatría, concretamente la

[17] Carta n.° 132, en: Schwabe/Reichardt 1984, pp. 408 ss.
[18] Carta n.° 133, *ibid.*, p. 409.

orientación analítica de tipo antropológico-existencial de Ludwig Binswanger y Medard Boss, a la que también pertenecía Gebsattel, ulteriormente catedrático de Psiquiatría en Wurzburgo. Por lo menos el arzobispo Gröber contaba con una vuelta atrás de Heidegger. En una carta al consejero para asuntos políticos alemanes del papa Pío XII, el padre Leiber —escrita el 8 de marzo de 1946—, carta en la que se establecía un informe sobre la situación política a intención del propio papa, Gröber decía así:

El filósofo Martin Heidegger, mi antiguo alumno y compatriota, ha sido jubilado anticipadamente y ya no tiene derecho a dar clases. En estos momentos se encuentra en Haus Baden, en Badenweiler, y va volviendo en sí, según me contó ayer el profesor Gebsattel. Consideré un gran consuelo que al iniciarse su desdicha viniera a mí y se condujera de manera verdaderamente edificante. Le dije la verdad y él la recibió con lágrimas. No corto las relaciones con él, porque albergo la esperanza de que se produzca un giro espiritual [19].

Pero el caso Heidegger seguía sin estar definitivamente cerrado: al principio del año 1946 el gobierno militar francés ordenó la creación de una «comisión de depuración del Estado de Baden», que se constituyó según la representación proporcional de cada uno de los partidos políticos que se habían autorizado entretanto y a la que se tenían que comunicar todos los procedimientos, incluidos los casos ya tratados por el comité de depuración de la universidad. También en este caso reinaba la habitual inseguridad sobre las competencias y no se sabía hasta qué punto la universidad debía estar representada en la comisión para proteger sus intereses. El consejo de la Universidad de Friburgo se ocupó en varias ocasiones del asunto durante la primavera de 1946 y finalmente delegó a Constantin von Dietze como representante suyo. De los informes de Dietze se deduce que la comisión de depuración del Estado de Baden no estaba dispuesta a respetar las decisiones específicamente universitarias; por el contrario, exigía igualdad de trato y clasificación dentro de las diferentes categorías de sanciones, con las correspondientes consecuencias de tipo legal-administrativo. Y así, a pesar de la actitud contraria de la Universidad de Friburgo, triunfó la opinión de incluir dentro del

[19] Archivo del arzobispado de Friburgo, legado de Gröber 54.

grupo de «acusados» a todos los rectores de la época del Tercer Reich.

En agosto de 1946 Heidegger empezó a ver claro que no se le otorgaría una simple jubilación, tal como había propuesto la universidad en enero, sino que sería cesado, o lo que es lo mismo, se le retiraría la *venia legendi* y se le arrebatarían todas sus funciones como profesor de manera definitiva. Como la comisión del Estado de Baden trabajaba bajo vigilancia y según las indicaciones del gobierno militar francés, no había nada que obstaculizara la ratificación de la propuesta. Y así, el 5 de octubre de 1946 se dictó provisionalmente un veredicto que fue redactado en su versión definitiva el 28 de diciembre de 1946: *«Il est interdit a M. Heidegger d'enseigner et de participer à toute activité de l'Université»*. A raíz de esta determinación, el Ministerio de Cultura de Baden informó el 11 de marzo de 1947 a Martin Heidegger de que: «En el marco de la depuración política de la administración, el 28 de diciembre de 1946 ha sido tomada la siguiente decisión: prohibición docente y ninguna función dentro de la universidad. La prohibición docente entra en vigor de inmediato. El abono de su sueldo cesará a finales de 1947.» [20] Finalmente sólo se acabó levantando esta dura medida económica en mayo de 1947, momento en que el gobierno militar autorizó una pensión de jubilación completa, pero al mismo tiempo expresó tajantemente la posibilidad de nombrar a Heidegger emérito. Por lo tanto, esta decisión del 28 de diciembre de 1946 siguió teniendo pleno valor jurídico en una época en que la *Carta sobre el humanismo,* dirigida a Jean Beaufret ya estaba en camino.

Porque, en efecto, semejante al ave fénix, Heidegger resurgió de entre las cenizas de la hoguera preparada por el gobierno militar francés para integrarse en la vida intelectual de Francia como la fuerza filosófica determinante. El pensamiento de Heidegger inició una marcha triunfal a través de los países románicos.

La determinación del gobierno militar del otoño de 1946, que excluía una reintegración de Heidegger en la universidad, no coincidía con los intereses de ésta última. Los rumores que cuentan otra versión de los hechos no tienen fundamento alguno. Cómo se comportó la fuerza francesa de ocupación en éste y otros casos es algo

[20] Estos documentos se encuentran dentro del dosier Heidegger del Hauptstaatsarchiv de Stuttgart, Ministerio de Cultura de Baden-Wurtemberg E A III/1.

que el historiador no puede esclarecer mientras las actas correspondientes sigan siendo inaccesibles o de difícil acceso. Pero, en todo caso, hay una cosa segura: el gobierno militar francés de Baden-Baden inició en el caso Heidegger una línea más dura que fue tornándose más rigurosa a medida que pasaba el tiempo, lo cual también estaba en relación con la confusión política que reinaba en Francia y que también repercutió sobre la política de ocupación. Una vez más, la biblioteca de Heidegger se halló en peligro de ser confiscada, hasta el punto de que, en 1947, se necesitó la concurrencia de varias fuerzas conciliadas para evitar este peligro. El historiador de Friburgo Clemens Bauer y el arzobispo Gröber emplearon en ello todos sus esfuerzos valiéndose de sus contactos indirectos con el más alto responsable de la política cultural francesa en Baden-Baden, el general Raymond Schmittlein.

Según un rumor, la biblioteca de Heidegger iba servir para dotar la Universidad de Maguncia, recién creada por las fuerzas de ocupación francesas. Fue Franz Josef Schöningh, responsable jurídico y redactor jefe del diario *Süddeutsche Zeitung*, editor de *Hochland*, amigo íntimo de Clemens Bauer y buen conocido del arzobispo Gröber, quien ante los ruegos de ambos intervino ante Schmittlein para que no se confiscara la biblioteca de Heidegger. En el verano de 1947, Schöningh había participado en Lahr (Baden) en unas jornadas de escritores franceses y alemanes y había conocido allí al general. Durante su estancia en Friburgo tuvo un encuentro con el arzobispo Gröber y Clemens Bauer. El día 6 de septiembre de 1947 escribió a Schmittlein en estos términos:

Durante mi estancia en Friburgo me comunicaron por varias vías que la biblioteca del conocido filósofo Martin Heidegger corre el peligro de ser confiscada. Las personas que me llamaron la atención sobre este hecho no pertenecen en absoluto al círculo de amigos de Heidegger (al que personalmente no conozco), sino que rechazan su anterior filosofía, así como las consecuencias políticas que el propio Heidegger extrajo de ella al inicio del período nacionalsocialista. Yo mismo señalé en la conferencia pronunciada en las citadas jornadas, la funesta importancia del nihilismo de Heidegger. Pero también señalé la importancia que ha tomado en Francia este filósofo, en parte gracias a Sartre. Esto demuestra que, nos guste o no nos guste, Heidegger ocupa un lugar dentro de la historia espiritual de Europa. Por eso mismo, la confiscación de su biblioteca (en la que según parece está interesada la Universidad de Ma-

guncia) llamaría mucho la atención y, según me temo, parecería una medida de una dureza tal que, cuando termine el gobierno militar francés, sería considerada como una culpa. Por ello considero que es mi obligación llamar su atención sobre este caso y rogarle que considere si se puede impedir de alguna manera que se dé un paso que puede dar lugar a tantos malentendidos [21].

En el transcurso de la conferencia pronunciada en el congreso de Lahr, Schöningh había expuesto que Sartre hablaba de «Heidegger en Francia como de un descubrimiento» y que «en el aterrador nihilismo de Heidegger o Sartre sólo puede contemplarse el reflejo de una catástrofe sociopolítica». «En Heidegger y Sartre el espíritu europeo ha llegado al lugar que le había atraído infatigablemente desde hace siglos: a la nada. Todos Vds. conocen el pasado político de Heidegger. Si lo menciono es porque a través de él se puede mostrar plásticamente la relación entre el nihilismo y el nacionalsocialismo.» Naturalmente —continuaba Schöningh—, sabía muy bien que esta relación escondía elementos diversos que sólo podían explicarse a partir de unas premisas específicamente alemanas, entre las que había que contar a Hegel, Nietzsche, Wagner y Bismarck, pero tampoco se debía olvidar por eso un fenómeno «que nos sonríe burlonamente en todos los países de Europa: la total falta de fe del nihilismo. Es el resultado de nuestra común evolución histórica y, por eso mismo, todos debemos habérnoslas comúnmente con él [22].»

Heidegger se sintió mal entendido, perseguido, difamado, y todo ello —en su opinión— injustamente. Las humillaciones que había tenido que sufrir desde el verano de 1945: confiscación de parte de su casa, constante peligro de su biblioteca, obligación de participar en las tareas de desescombramiento de las calles de Friburgo (como castigo), los distintos procedimientos de depuración política en distintos niveles, todas estas humillaciones, en fin, culminaron con la decisión definitiva del gobierno militar francés: destitución de su cargo y privación de la *venia legendi*. Para Heidegger, esta medida había sido decretada por los extranjeros, ya que en aquellos momentos los alemanes no poseían ningún poder político y sólo actuaban en calidad de órganos de ejecución y ayuda de las fuerzas de ocupación. Heidegger

[21] Legado de Clemens Bauer.

[22] El manuscrito de la conferencia se encuentra en el legado de Clemens Bauer.

no podía ni quería aceptar el verse incluido dentro del ejército de miles de pequeños funcionarios expulsados de sus puestos por culpa de su pasado político y completamente desorientados, no quería que lo trataran como al maestro de escuela de su vecindario, que había sido destituido por pertenencia al NSDAP y por haber tenido un pequeño puesto de funcionario dentro del partido. Es inútil buscar en Heidegger un sentimiento de solidaridad de este tipo, puesto que él se incluía dentro de la resistencia. Seguramente, en 1946 Heidegger todavía seguía convencido de que los alemanes aún no habían declinado y aún habrían de atravesar la noche antes de poderse levantar; muy posiblemente, él, que todo lo pensaba a largo plazo, seguía alimentando esa convicción desde la confianza proporcionada por la distancia esclarecedora que siempre tenía ante los ojos en su cabaña de Todtnauberg: la vista lejana sobre los picos alpinos de Suiza. Heidegger cada vez se veía más obligado a retirarse en aquel lugar de montaña, en aquel refugio. Y a él le dedicó en 1947 el pequeño libro escrito en la cabaña *La experiencia del pensar* (Pfullingen 1954), en donde escribió la frase: «Quien piensa cosas grandes, también se equivoca en cosas grandes.» Allí, en su cabaña, emprendió en 1946-1947 el intento de traducir la obra de Lao-tse al alemán, esfuerzo que tenía un carácter terapéutico puesto que había sido condenado a la inactividad universitaria.

Pero Heidegger tampoco aceptaba la sentencia de Baden-Baden desde el punto de vista práctico y jurídico y se reservaba la posibilidad de una futura revisión y rehabilitación. Y eso sólo podía significar para Heidegger la plena reintegración en su puesto docente dentro de la universidad, una vez que se hubiera restablecido el campo de acción de la misma en el marco de la autonomía universitaria. Lo que deseaba Heidegger —que sólo tenía 57 años y por lo tanto aún tenía que esperar 11 años para alcanzar la edad normal de jubilación— era que se bloquease su cátedra, que quedara reservada para una posible vuelta. Pero los deseos alimentados por Heidegger eran utópicos. Para conocer la verdadera realidad de la cotidianidad universitaria en aquellos años críticos hay que volver a la decisión del otoño de 1946. Y para que quede más clara la coyuntura jurídica y mental del momento, esbozaremos brevemente el problema de la sucesión de la cátedra de Heidegger.

EN TORNO A LA SUCESION DE HEIDEGGER

El propio Heidegger habría podido considerar perfectamente la posibilidad de un trabajo filosófico en colaboración con Guardini (carta de Heidegger a Guardini del 6 de agosto de 1945), al que conocía desde hacía décadas: naturalmente, esto sólo podía ocurrir si Guardini ocupaba la cátedra de Filosofía Cristiana de Friburgo y él la cátedra que ocuparan en su tiempo Heinrich Rickert y Edmund Husserl dándole gloria imperecedera, una de las «primeras cátedras de Filosofía de Europa», como la caracterizaba Heidegger en una carta al rectorado de octubre de 1945. El intento de captación de Guardini para la cátedra de Filosofía Cristiana de Friburgo fue dirigido por el vicerrector Franz Büchner, encargado de la reconstrucción de la universidad, famoso patólogo y persona muy abierta al trabajo interdisciplinar. En una carta a Guardini del 2 de mayo de 1946 [1], el vicerrector desarrollaba el que debía ser su programa de reconstrucción. Trayéndolo a Friburgo, lo que pretendía era posibilitar una oferta docente de tipo interdisciplinar con base cristiana, haciendo que la medicina, las ciencias de la naturaleza y la teología recibieran el fructífero empuje de la filosofía de Guardini. En este contexto, Büchner decía así:

[1] Más precisiones respecto a esto y lo que sigue se encuentran en, Ott 1988d.

Además, tampoco hay que olvidar que Martin Heidegger vive en Friburgo y es de esperar que vuelva a impartir cursos dentro de poco tiempo pues, aunque ha perdido el sentimiento de seguridad de los cristianos, en su filosofía se trasparenta cada vez con más fuerza la nostalgia por ese sentimiento y hace tanto tiempo que lucha con el ángel que, finalmente, éste acabará por bendecirlo. Sé la gran estima que siente por Vd. y por su obra y no podría imaginar nada más hermoso que verlos trabajar juntos en la misma universidad e inmersos en un gran diálogo.

Büchner tenía muy buenas intenciones, no cabe duda, pero eran totalmente utópicas: ni Guardini se habría alejado por nada del mundo de Tubinga (a donde había sido llamado gracias a la inteligente política de nombramientos del director de cultura, Carlo Schmid), ya que aspiraba a una cátedra en Múnich —aunque naturalmente no dejó traslucir nada de esto en su carta de respuesta—, ni nunca habría podido tener lugar un diálogo universitario público entre Guardini y Heidegger, puesto que la estrella de Heidegger, en tanto que filósofo universitario, se iba a apagar durante aquellos meses. La cátedra de Filosofía Cristiana fue ocupada por el profesor Dr. Max Müller.

Después de la decisión dictaminada en el otoño de 1946, el espinoso asunto de la sucesión de Heidegger entró en su fase aguda. Se barajaron los nombres de varios sucesores, también en el seno de la Facultad de Filosofía de Friburgo que, el 19 de septiembre de 1946, había decidido remodelar la comisión nombrada para dotar la cátedra de Heidegger y escribir cartas de oferta, no demasiado comprometedoras, a Nicolai Hartmann, Hans Georg Gadamer (que entonces estaba todavía en Leipzig), Gerhard Krüger y sobre todo Guardini. El vicerrector Büchner se había adelantado a esta decisión en una carta a Guardini del 3 de agosto de 1946, en la que le preguntaba si estaría dispuesto a asumir la sucesión de la cátedra de Heidegger. Aunque todavía no se había dicho la última palabra en el procedimiento de depuración política contra Heidegger, ya se adivinaba su final negativo. Por eso, Büchner consideró que era urgente ocuparse de la sucesión de Heidegger, puesto que era altamente improbable que Heidegger volviera a ocupar nunca su plaza, o al menos durante un tiempo considerable: «No necesito decirle lo que significaría, también simbólicamente, que Vd. ocupara esa cátedra. ¿Querría Vd., a pesar de su primera negativa, darnos todavía alguna esperanza de

que podremos ganarlo para esa cátedra?» Büchner continuaba diciendo que, personalmente, tenía depositadas grandes esperanzas en la respuesta de Guardini, ya que estaba intentando darle un nuevo perfil intelectual, de orientación cristiana, a la Universidad de Friburgo. Los estudiantes, continuaba, querían ser guiados por cristianos señalados. Todo dependía de Guardini. De esta correspondencia entre Büchner y Guardini del otoño de 1946 se deduce que Guardini se consideraba absolutamente inepto para caminar tras las huellas de Heidegger. Para suceder a Heidegger, así decía, había que tener capacidades que le superaran, sobre todo dado que su línea de trabajo era completamente diferente, por no hablar del rango. Según él, no se sentía en absoluto apto para asumir una docencia filosófica especializada: «No domino ninguna materia, sólo soy un hombre que observa las cosas que tiene a su alrededor y se forja una idea al respecto; si Vd. quiere, soy un intérprete». (Carta de Guardini del 4 de septiembre de 1946.) En un primer momento el vicerrector Büchner no cejó en su empeño y empleó todos los registros de su elocuencia y arte argumentativo tratando de convencer a Guardini, tendiéndole puentes de oro, apelando a la gran transformación que había emprendido: «Admita que sería un símbolo magnífico que fuera precisamente Vd. quien ocupara la cátedra de Heidegger; con ello se expresaría de manera inequívoca que la universidad alemana, después de haber pasado por la penuria de la filosofía existencialista, espera la palabra liberadora de un hombre que siempre ha pasado por encima del ámbito intelectual para adentrarse en el religioso y para el que, en resumidas cuentas, la filosofía y la teología fundamental son una misma cosa.» Entre otros recursos, el vicerrector le daba la vuelta a los argumentos de Guardini y lo que éste había aducido en contra de su sucesión a la cátedra de Heidegger, él lo usaba en sentido positivo para convencerlo, sobre todo el argumento de que él era sólo un intérprete: ¿Acaso toda filosofía genuina no era interpretación, arte de la traducción, una capacidad para sacar a la luz lo que se esconde en determinados fenómenos muy importantes? «¿Acaso lo mejor de Heidegger no ha sido interpretar la penuria de su corazón alejado de Dios? ¿Acaso para desarrollar sus pensamientos sobre la verdad no se ha refugiado en Platón, y para hablar de lo sagrado en Hölderlin?» La interpretación de los signos aún no descifrados era una tarea más imperiosa que nunca. (Carta de Büchner a Guardini del 21 de septiembre de 1946.)

Independientemente de la interpretación que haya que darle a lo expuesto, lo cierto es que a pesar de los denodados esfuerzos del vicerrector, Guardini permaneció inamovible: él no era la persona apta para ocupar esa cátedra (6 de octubre de 1946). Eso sí: el «llamamiento» de Friburgo le sirvió a Guardini para obtener hábilmente de la dirección regional de cultura, educación y arte de Tubinga (precursora del posterior ministerio de cultura), un nombramiento formal y en regla para la cátedra que ocupaba, con todo tipo de privilegios y una denominación exacta del perfil de su plaza: «Filosofía de las religiones e ideología cristiana» (17 de diciembre de 1946). Con sus «negociaciones para quedarse en Tubinga», Guardini sacó hasta una máquina de escribir, que en aquella época era un objeto valiosísimo y con un precio inasequible. Armado de estos privilegios, Guardini podía esperar tranquilamente que llegara su gran objetivo, Múnich, que precisamente se puso al alcance de su mano durante aquellos días, porque el nuevo ministro de cultura de Baviera, Alois Hundhammer, inauguró su cargo ocupándose del nombramiento de Guardini en Múnich (30 de diciembre de 1946).

Gadamer estaba convencido de que, a la hora de la verdad, Guardini rechazaría la propuesta de Friburgo y de que Nicolai Hartmann haría otro tanto, y por ello se desplazó desde Leipzig a Friburgo en el otoño de 1946 y concibió grandes esperanzas de obtener la cátedra (carta de Gadamer a Jaspers del 9 de octubre de 1946). El único punto de incertidumbre venía dado por el hecho de que tal vez los franceses, por influjo de la Iglesia y consideraciones políticas, no estuvieran muy dispuestos a aceptar a un protestante que además no era de Baden. Gadamer imaginaba que antes de que acabara el año la lista de propuestas sería enviada al ministerio, pero se equivocó, porque la negativa de Guardini había enfriado mucho los ánimos en Friburgo, ya que en realidad no había un interés absoluto en dotar la cátedra de Heidegger de manera definitiva impidiéndole a éste la posibilidad de un retorno, es decir, de una reintegración en sus funciones docentes después de una fase temporal de «permiso». Dentro de la Facultad de Filosofía había un grupo muy considerable de profesores que sentía gran simpatía por Heidegger y se aferraba a esa línea de conducta y, en consecuencia, seguía una política de interinidad para la cátedra cuya duración habría de ser indefinida hasta que reinase en la universidad una situación más de-

finida y ordenada, se hubieran disipado las nieblas y la oscuridad y una luz radiante alumbrara el paisaje de la política universitaria.

El 4 de junio de 1947 el representante de la Facultad de Filosofía en el consejo de la Universidad de Friburgo declaró que la facultad tenía la intención de llamar al intelectual Szilasi, entonces residente en Suiza, para dar unas conferencias y eventualmente organizar un coloquio con los estudiantes; al mismo tiempo, informó a los miembros del consejo de la personalidad e importancia de Wilhelm Szilasi, antiguo discípulo y amigo de Heidegger, en conexión con Edmund Husserl. El consejo dio luz verde para abrir las negociaciones pertinentes con el ministerio y el gobierno militar y, pocas semanas más tarde, aprobó una solicitud por la que se proponía a Szilasi para dar una serie de cursos y ser nombrado profesor honorario de la Universidad de Friburgo.

Así comenzó la era de Wilhelm Szilasi en tanto que interino de la cátedra de Heidegger, una época llena de errores y confusiones, porque muchas personas ajenas a la universidad, sobre todo del extranjero, no establecían claras diferencias entre una interinidad y una titularidad y de este modo en muchos lugares prevalecía la opinión —o se cultivaba expresamente— de que Szilasi era el sucesor de Heidegger. Szilasi, casi de la misma edad que Heidegger, había vivido en Brissago (Locarno) desde 1933, desde que tuvo que abandonar Friburgo debido a las persecuciones raciales. Allí trabajó en calidad de consejero de empresa. Su casa estaba tan cerca de la frontera con Italia que, según cuentan, la frontera italosuiza cruzaba precisamente por en medio de su jardín. Szilasi llevaba una vida manifiestamente desahogada e independiente y después del desastre absoluto en que había caído Alemania, gozaba en Suiza, país neutral y seguro, de todas las posibilidades que ofrecía aquel nido de estabilidad y bienestar. Uno de sus puntos de apoyo era un gran programa editorial titulado «Colección, tradición y misión» inaugurado en 1945 en Berna, con Francke, del que eran directores Ernesto Grassi, a quien ya conocemos, y el propio Wilhelm Szilasi. Dividido en varias secciones, este programa no era sino la continuación de lo que había emprendido Grassi en su calidad de profesor honorario de la Universidad de Berlín (desde 1940-1941) y mediador en asuntos de política cultural entre la Italia fascista y la capital del Reich: tradición espiritual, investigación humanista, debate con la filosofía alemana en Italia. Durante los años de la guerra, Grassi había dispuesto de medios

muy elevados y, protegido por el Estado del *Duce*, hasta había podido esquivar el racionamiento de papel, haciendo imprimir los trabajos en Italia, donde había suficientes contingentes de papel a su disposición.

Ya sabemos que Szilasi y Grassi se conocieron mucho antes de llegar a Suiza, país donde se estableció el italiano al final de la guerra obteniendo incluso un contrato docente en la Universidad de Zúrich que, sin embargo, no duró mucho, ya que se le reprochaba su pasado fascista [2]. En efecto, el húngaro Wilhelm Szilasi y el italiano Ernesto Grassi habían coincidido en Friburgo de 1928 a 1933, ciudad a la que habían ido atraidos por Martin Heidegger, sucesor de Husserl. En el caso de Szilasi se trataba ya de su segunda estancia prolongada en Friburgo. Como de costumbre, su casa se convirtió en un centro de acogida desbordante de hospitalidad, mientras él trabajaba como intelectual independiente. Su traslado a Suiza fue parejo a su distanciamiento respecto a Martin Heidegger. Pero esta distancia volvió a diluirse después de 1945 y, de esta manera, Friburgo pasó a ser uno de los puntos decisivos de una gran tradición. Es posible que, después de 1945, Szilasi intentara entrar en contacto con Georg Lukács con intención de obtener en Budapest una situación digna, pero este intento fracasó debido a los irrreconciliables antagonismos.

El contrato docente que obtuvo Szilasi en Friburgo en 1947 no fue producto del azar, ya que tenía numerosos amigos que le apoyaban y además Szilasi se había dado a conocer a través de su obra *Macht und Ohnmacht*, publicada en la «Colección» de Grassi en 1946, y muy particularmente a través de la introducción de la misma, dedicada «a Ernesto Grassi». En ella evocaba la común tradición de ambos:

> La tradición a la que debemos nuestra existencia actual está ligada a los nombres de Husserl y Heidegger y los maravillosos años de Friburgo, que se han convertido en leyenda y nunca más volverán. Las obras de ambos se han convertido en una riqueza inolvidable para la humanidad. Las impresiones personales mueren con los que las experimentan. Nuestra tarea es perpetuarlas, pues con esa serie de publicaciones nos hemos impuesto la obligación de esforzarnos por la comunidad, que debe mantener viva su tradición espiritual y transmitirla como una misión.

[2] Más detalles al respecto en Ott, 1988d.

Así se expresaba Szilasi en su introducción y continuaba evocando de manera muy detallada e impresionante a Husserl y Heidegger, señalando las diferencias entre ambos. Pero, para él, eso ya formaba parte del pasado: «porque esa época pertenece al pasado tan definitivamente que, desde hace casi quince años, no sé nada de los trabajos y textos de Heidegger».

La ambivalencia o plurivalencia de la presencia de Szilasi en Friburgo a partir de 1947 es evidente: aunque teóricamente había entrado en la facultad como simple profesor honorario con un contrato docente como interino de la cátedra «vacante» de filosofía, en realidad Szilasi fue nombrado semestre tras semestre para cubrir esa interinidad (recibiendo en los programas de curso el nombre de «suplente», «interino» o «sustituto») de tal modo que su situación se podía considerar fácilmente como un nombramiento *de facto* y así ocurrió. Pero en la universidad reinaba la opinión de que Szilasi había llegado a Friburgo en calidad de amigo de Heidegger, para alimentar y mantener viva entre los alumnos y el público interesado la filosofía de éste preparándole un posible nuevo terreno, para ser, en definitiva, su sustituto en la acepción más inmediata de la palabra, sirviéndole desde el fundamento de una amistad de cerca de treinta años, ofreciendo una garantía contra las malas interpretaciones, los errores, la mentira, la hipocresía, la ambigüedad y todo lo que puede encontrarse en el mercado de la opinión pública. Pero sin embargo, el cuadro de los años siguientes estuvo más bien caracterizado por las divisiones.

¿COMO REHABILITAR A HEIDEGGER?

El 26 de septiembre de 1949 Heidegger cumplió 60 años. Con motivo de esta fecha señalada, en la que es tradición ofrecer a los intelectuales universitarios un libro homenaje, iba a abrirse una grieta en el muro de silencio formado en torno a Heidegger. Hans-Georg Gadamer, discípulo de Heidegger, se esforzó sinceramente por organizar este homenaje, en el que quería que participaran todos los filósofos célebres que tuvieran alguna relación con el pensamiento de Heidegger. Un título de trabajo tal como «Homenaje al filósofo Martin Heidegger» hubiera bastado como mínimo denominador común, sin necesidad de añadir otras palabras de dedicatoria [1]. Gadamer tuvo que tratar el proyecto con las mayores precauciones del mundo y aún así recibió como respuesta aceptaciones con claúsulas, disponibilidad con condiciones o, finalmente, negativas. En efecto, al principio los filósofos parecieron querer quedarse al margen, pero finalmente el proyecto tuvo éxito aunque llegó con algo de retraso. En 1950 apareció el libro homenaje *Anteile. Martin Heidegger zum 60. Geburtstag* (Fráncfort del Meno). Un proyecto paralelo organizado por Wilhelm Szilasi, el interino de la cátedra de Heidegger, apareció a su debido tiempo: *Martin Heidegger. Einfluß auf die Wissenschaften* (Berna,

[1] Estos hechos se encuentran reflejados en la correspondencia entre Guardini y Gadamer de 1949 (legado de Guardini, *Bayerische Staatsbibliothek* de Múnich).

1949). También los amigos de Heidegger del ámbito de la lingüística le dedicaron un libro homenaje [2]. La aspereza del terreno empezaba a ceder y ablandarse, el mundo científico volvía a interesarse públicamente por Heidegger; las sombras se difuminaban, por mucho que el «caso» Heidegger siguiera sin resolver. Otro hecho importante es que los medios de comunicación tomaron como excusa la fecha del 26 de septiembre de 1949 para adoptar posturas mayoritariamente positivas, expresando su asombro por el silencio al que seguía condenado Heidegger.

Al inicio de 1949, cuando estaba a punto de decretarse la ley fundamental, cuando la fundación de la República Federal de Alemania estaba a las puertas y los alemanes occidentales iban a recuperar por fin una buena parte de su soberanía, esto es, cuando las ataduras del derecho de ocupación iban a aflojarse, empezaban a resultar un estorbo los procedimientos de desnazificación —¡poniendo por fin un punto final!— y la hierba empezaba a crecer sobre el pasado reciente, también pareció que había llegado el momento de sacar a Heidegger de su destierro y de aclarar legalmente su situación dentro de la Universidad de Friburgo. Los auspicios eran favorables, puesto que se había elegido rector para el ejercicio de 1949-1950 al historiador Gerd Tellenbach. Con él, la Facultad de Filosofía, la facultad de Heidegger, volvía a estar representada en primera línea. Se nombró decano de la facultad a Clemens Bauer. Ambos colegas se habían mostrado muy comprensivos con las dificultades de Heidegger en los años anteriores: ya hemos citado antes el empeño de Bauer por salvar la biblioteca de Heidegger; Tellenbach también le echó una mano a Heidegger cuando se trató de protegerlo frente a nuevas limitaciones en su vivienda y más confiscaciones de muebles o de liberarlo de las tareas impuestas por el Servicio de Trabajo. En efecto, en el verano de 1947 Heidegger se había visto seriamente amenazado por esos peligros [3].

Ahora, a principios del año 1949, se imponía el optimismo: el 9 de enero de 1949 Heidegger hizo llegar al rector electo, Tellenbach,

[2] *Lexis. Studien zur Sprachphilosophie, Sprachgeschichte und Begriffsforschung*, vol. II, 1.2. Lahr/Baden 1949-1951.

[3] Dosier y actas de Gerd Tellenbach, al que agradezco me haya permitido utilizarlos. He usado concretamente la correspondencia entre Tellenbach y Heidegger de junio de 1947. Para lo que sigue también he explotado estos documentos, que se completan con el legado de Clemens Bauer, ya citado en varias ocasiones.

un breve informe titulado «Mi situación en relación con la universidad», donde esbozaba brevemente los sucesos posteriores a 1945 y concluía diciendo: «Si la facultad se propone acabar con esta situación, pienso que después de lo sucedido la única vía posible es que la universidad consiga del gobierno militar que se me levante la prohibición docente a fin de que, a continuación, me vea liberado legalmente de mis obligaciones académicas, tal como lo he solicitado». No debemos olvidar este plan de acción propuesto por el propio Heidegger, porque pronto surgieron considerables conflictos dentro de la universidad y una campaña manipulada hizo creer que la Universidad de Friburgo había cometido una injusticia con el filósofo no rehabilitándolo de manera conveniente. Así pues, el 9 de enero de 1949, Heidegger veía clara cuál era su situación jurídica, cuál era su «situación respecto a la universidad»: se debía suprimir la prohibición docente que pesaba sobre él para que, a continuación, él pudiera aspirar a una jubilación ordinaria. No debemos apartar de nuestra mente este aspecto jurídico. Al principio, la situación tampoco pareció modificarse por el hecho de que Heidegger tuviera que someterse, como todos los miembros del partido nazi, a la denominada «cámara de desnazificación». En marzo de 1949 Heidegger fue clasificado por el comisario del Estado de Baden encargado de la depuración política, como miembro del partido no sancionable [4].

La facultad estaba dispuesta a presentar la solicitud de jubilación de Heidegger y nadie discutía que ya no podía tratarse de una revisión de los contenidos de la decisión emitida por el consejo de la Universidad de Friburgo en enero de 1946, sino simplemente de una revisión puramente formal o, lo que es lo mismo, de la mera concesión de la jubilación y por lo tanto, de manera indirecta, de la supresión de la anterior prohibición docente. Habría sido un craso error intentar volver a nombrar a Heidegger en su anterior cátedra. Después de algunos sondeos previos realizados por el rector Tellenbach entre los oficiales franceses que servían de enlace y el gobierno del Estado de Baden, la Facultad de Filosofía presentó en mayo de 1949 la solicitud para conceder a Heidegger una jubilación normal con plenos derechos [5]. Entre otras cosas, se destacó el hecho de que, de-

[4] Anexo n.º 101 de 16 de julio de 1949 (p. 280) del *Badisches Gesetz-und Verordnungsblatt*, n.º 27 de 16 de julio de 1949.

[5] Actas de la Facultad de Filosofía de 2 de mayo de 1949.

bido al renombre internacional del filósofo Martin Heidegger, no se había normalizado su situación en la Universidad de Friburgo siguiendo los conductos habituales, sino que se le había otorgado a su caso un trato de favor, quedando reservada la decisión última al gobernador militar. Así las cosas, a la universidad le parecía correcto llevar a cabo la rehabilitación por la vía universitaria interna, ya que, como señalaba la solicitud, la situación había cambiado mucho: «El interés que el mundo entero sigue mostrando por la filosofía de Heidegger y su evolución hace aconsejable que se le devuelva la palabra al propio Heidegger. La reserva absoluta en la que ha vivido el señor Heidegger ha impedido que se expresara en contra de las manifestaciones funestas de una época —tal como había hecho antes con mucha frecuencia durante sus cursos, según se ha atestiguado con frecuencia—, y también ha impedido que diera a conocer la evolución última de su pensamiento.» A la larga, resultaba una situación insostenible que en un Estado basado sobre la libertad de expresión un hombre de la categoría de Heidegger no pudiera hablar, lo que significaba que se le prohibía ejercer su actividad docente. La facultad consideraría un beneficio para toda la universidad que Heidegger, cuya importancia había sido percibida claramente por el público con ocasión de la próxima celebración de su 60 cumpleaños, pudiera volver a ocupar su puesto en la universidad y desde el humilde puesto de profesor emérito pudiera exponer de manera digna lo que no se le había permitido decir desde 1934, aunque se le excluyera de toda decisión sobre el destino de la universidad.

Con este debate, el consejo, la plataforma de la Universidad de Friburgo, volvía a abrir las antiguas heridas. Como mostraron [6] las sesiones del consejo de mayo de 1949, había todavía serias resistencias. Finalmente, después de dos largas sesiones del consejo (el 4 y 18 de mayo de 1949), se dio curso a la solicitud de la facultad, aunque con una mayoría muy reducida (7: 5). Tal como muestra el número de votos en contra del filósofo, el clima distaba de haber vuelto a la normalidad. Los oponentes de Heidegger adujeron particularmente la dudosa calidad de la filosofía de éste: según ellos, la facultad sobrevaloraba con mucho el rango intelectual de Heidegger, que no era más que un filósofo de moda o incluso un charlatán, cuyas teorías eran peligrosas y había sido condenado con razón a una prohibición do-

[6] Para más detalles véase Ott, 1985.

cente. La Facultad de Filosofía replicó a estas críticas precisando, una vez más, que no se le había concedido la suficiente importancia en su calidad de única facultad competente en la materia y que lo único que había determinado las decisiones de la misma había sido la importancia de Heidegger como filósofo:

¿Es acaso Heidegger una voz tan importante dentro del diálogo filosófico, al lado de Hegel, Kierkegaard, Nietzsche, Dilthey, Husserl y otras personas sobresalientes, que estimula a pesar de todo nuestra idea de la universidad y de la ciencia y debe volver a recobrar la palabra, independientemente de que haya que reaccionar contra él o, por el contrario, seguirlo? La facultad se ha hecho esta pregunta a sí misma y la ha contestado afirmativamente y aunque comprende y respeta todas las reservas, no querría separarse para siempre de Martin Heidegger.

Finalmente la facultad comunicó que presentaría informes de otros sabios reconocidos, como Romano Guardini (Múnich), Karl Jaspers (Basilea), Nicolai Hartmann (Gotinga), Charles Bayer (París), Emil Staiger (Zúrich) y Werner Heisenberg (Gotinga), es decir de expertos internacionales, en apoyo de su solicitud. El consejo se mostró de acuerdo con la propuesta.

Uno de los principales personajes que intervino en favor de esta operación de «rehabilitación» fue Max Müller, el titular de la cátedra de Filosofía Cristiana, que se consideraba discípulo de Heidegger por mucho que el «viejo de la montaña» (en términos del propio Müller) no le hubiera mostrado especial simpatía en su momento. Max Müller también se ocupó de la parte de «correspondencia con Guardini», con el fin de conseguir de él un informe favorable para Heidegger, lo cual no era precisamente tarea fácil, porque Guardini, que mientras tanto ya estaba en Múnich, hubiera preferido no comprometerse a pesar de que, o precisamente porque, conocía a fondo el asunto Heidegger. El propio Heidegger, según cuenta Müller en carta a Guardini del 11 de junio de 1949, ansiaba vivamente poder regresar a la Universidad de la que «tanto tiempo ha constituido el orgullo y la fama» en calidad de profesor emérito.

Consideramos que, independientemente de que compartamos sus tesis y las consideremos correctas o, por el contrario, las combatamos, su voz dentro del diálogo filosófico es tan importante e imprescindible (también frente a la multitud de errores a los que éste está expuesto), que seguir mante-

niendo la prohibión docente nos parece una actitud irresponsable. No perseguimos ni juicios políticos ni revisiones: lo único que nos preocupa es saber si el extraordinario rango intelectual de Heidegger no nos obliga a permitirle, aunque sólo sea dentro del marco limitado de un puesto de profesor emérito, que recupere su ansiada actividad en el ámbito universitario.

Müller opinaba que cuanto más individualizado y personalizado fuera el informe, tanto más gustaría a la facultad. También decía que Heidegger no estaba al tanto de esta acción [7]. En su respuesta del 1 de julio de 1949, Guardini decía que no se sentía legitimado a «enjuiciar el tipo y modalidad de la supresión de la prohibición docente a Martin Heidegger» que había que adoptar. Personalmente, mantenía una importante relación con Heidegger desde hacía más de treinta años. En lo tocante a lo intelectual, opinaba que Heidegger «es en estos momentos la potencia filosófica más fuerte de Alemania» y esperaba poder documentar esta opinión públicamente. Pensaba que era muy de desear que Heidegger pudiera volver a desarrollar sus convicciones libremente, tanto escrita como oralmente. «Por eso, y a pesar de todas las reservas políticas y filosóficas, me ofrezco con alegría a hacer todo lo que esté en mi poder para serle útil.» Pero en su calidad de persona ajena a la universidad, continuaba Guardini, no podía opinar sobre el puesto que debía ocupar Heidegger en la facultad. Ante la insistencia de Müller, Guardini acabó declarándose dispuesto a que su carta fuera leída por el consejo. El resto de los informes pedidos también fueron positivos, muy particularmente el de Karl Jaspers que, de esta manera, intentaba paliar el efecto causado por su destructivo informe de diciembre de 1945.

Así pues, por parte de la Universidad de Friburgo estaban puestas todas las premisas para que, en el verano de 1949, se diera el desarrollo de los acontecimientos deseado por Heidegger: jubilación normalizada tras supresión de la prohibición docente. Pero, al principio, la solicitud de jubilación se topó con dificultades jurídicas. Después de una larga guerra de contenido puramente formal, se determinó que, según las normas vigentes de los funcionarios, no era posible conceder una jubilación antes de los 62 años y Heidegger no tendría esa edad hasta septiembre de 1951. Así las cosas, hubo que recurrir a procedimientos auxiliares. Gracias a las intensas negocia-

[7] Legado de Romano Guardini (*Bayerische Staatsbibliothek* de Múnich).

ciones del rector Tellenbach con los ministerios competentes se obtuvo por fin que si la solicitud era presentada por el propio Heidegger se le concedería la jubilación y la supresión de la prohibición docente, aunque con unos ingresos propios de una pensión ordinaria y que, posteriormente, cuando cumpliera los 62 años, se le otorgaría la pensión concedida a los catedráticos de universidad. Hasta ese momento podría compensar la diferencia de ingresos percibidos impartiendo algunas clases. El ministerio de Estado, dirigido por el presidente del Estado de Baden, Leo Wohleb, garantizaba la efectividad legal de esa medida a partir del 26 de septiembre de 1951, fecha del 62 cumpleaños de Heidegger.

En el transcurso del debate recién expuesto sobre los complicados problemas de tipo burocrático de los funcionarios, el presidente del Estado de Baden, Wohleb, un hombre de gran cultura y sinceramente entregado a la Universidad de Friburgo, había insinuado la posibilidad de solicitar la reintegración de Heidegger, naturalmente desconociendo por completo las relaciones de fuerza existentes en el seno del consejo de la Universidad de Friburgo. Detrás de esta benevolencia del presidente del Estado estaba, una vez más, Max Müller que, desde el punto de vista de la política científica, era una especie de eminencia gris de Wohleb. Cuando a finales de marzo de 1950 las negociaciones empezaron a acercarse a su término, llegó una solicitud minoritaria de la Facultad de Filosofía para reintegrar a Heidegger, es decir, para volver a nombrarlo titular de su propia cátedra (1 de abril de 1950), solicitud que causó un gran revuelo y volvió a enturbiar la atmósfera y a envenenarla. Heidegger se alegró de que se pronunciaran a su favor y señaló que si ahora la demanda de reintegración procedía de la facultad, tendría que considerar esa posibilidad, hasta ahora nunca expresada, como «la más adecuada a la situación, sobre todo después de haber tenido que sufrir durante cinco años sanciones que sobrepasaban con mucho lo que el comité de depuración de la universidad había considerado justo en 1945» (carta de Heidegger al rector Tellenbach del 6 de abril de 1950). Naturalmente, en este caso tanto el rector como el decano ofrecieron resistencia a los deseos de Heidegger, ya que eran realistas y sabían que conceder semejante petición era provocar un escándalo de imprevisibles proporciones en la Universidad de Friburgo. Esta solicitud minoritaria, que manifiestamente había sido presentada con el conocimiento y el acuerdo previos de Heidegger, obligó al rector a hablar

en términos claros con el filósofo preguntándole si estaba dispuesto a aceptar la vía propuesta por el rector o se decidía por la solicitud de esa minoría de la Facultad de Filosofía. Después de unas intensas negociaciones con Heidegger, éste cedió y se declaró dispuesto a aceptar la opción propuesta por el rector y el decano (consistente en una pensión ordinaria provisional con plenas garantías de jubilación con categoría de profesor y pensión en consecuencia a partir de los 62), sobre todo dado que se suprimía de inmediato la prohibición docente. Así se procedió finalmente. A partir del semestre de invierno de 1950-1951, Martin Heidegger pudo volver a tener una actividad docente de manera oficial, había salido del destierro y había sido rehabilitado: el propio Heidegger consideró que esta modalidad de rehabilitación había sido de tercera clase y le guardó rencor toda su vida al responsable.

Pero, mientras tanto, la opinión pública lo había rehabilitado ya de otra manera: en determinados círculos de élite (desde 1949, en el Club de Bremen), los oyentes se agolpaban en torno a Heidegger. Por ejemplo *«Wer ist Zarathustra?»*, *«Der Satz vom Grund»* y otras conferencias fueron pronunciadas allí y el 25-26 de marzo de 1950, justo en el momento en que la Universidad de Friburgo estaba decidiendo su suerte, las mismas conferencias fueron repetidas en el balneario «Bühler Höhe», un lugar mundano y algo esnob en donde el público que rodeaba al filósofo era de lo más heterogéneo [8]. Pero lo que verdaderamente le dio fama a Heidegger fue la conferencia *«Über das Ding»*, organizada por la Academia de Bellas Artes de Baviera, en Múnich, en el verano de 1950. Este acto público no dejó de provocar un cierto revuelo político, pero los únicos que salieron perjudicados fueron los envidiosos. Cuando en el semestre de verano de 1952, Heidegger volvió a dar cursos oficialmente en Friburgo (en el semestre precedente sólo se había hecho cargo de algunos trabajos), la capacidad del aula escogida no bastó para albergar a todos los estudiantes: un callado triunfo. Los motivos para acudir en masa eran la sed de saber, la curiosidad y el anhelo de volver a escuchar la palabra pensante de Heidegger: había que haber escuchado a Heidegger preguntando *«¿Qué significa pensar?»* [9]. Y, una y otra vez, las invitaciones de la Academia de Bellas Artes de Baviera, de 1953 a 1957, cu-

[8] Véase Petzet, 1983, pp. 59 ss. y 71 ss.
[9] Ahora en la edición de *Obras Completas*, vol. 8.

yas series de conferencias se preparaban en equipos muy reducidos, a los que pertenecían, además de Heidegger, Werner Heisenberg, Carl Friedrich von Weizsäcker, Friedrich Georg Jünger, Ernst Jünger, Carl J. Burckhardt y otros. De entre estas series, destacó la titulada «*Las artes en la era de la técnica*» (1953). «Cuando Heidegger» —esto es lo que leemos en la obra de Petzet (1983, p. 81)— «cerró su conferencia con la frase que se ha tornado célebre, "Porque preguntar es la piedad del pensar", una tormenta surgida de miles de gargantas estalló en una ovación que parecía que no iba a terminar nunca. Tuve la sensación de que el anillo de desconfianza y odio que había rodeado a mi maestro y amigo por fin había estallado. Tal vez fuera éste su mayor éxito público.» Tampoco faltaron todo tipo de actos de homenaje: el día de su 70 cumpleaños, en 1959, Heidegger fue nombrado ciudadano de honor de su ciudad natal, Meßkirch; en 1960 obtuvo el premio Hebel del Estado de Baden-Wurtemberg, premio que había sido concedido también a Albert Schweitzer y Carl Jacob Buckhardt.

Su obra tardía maduraba. Si hasta entonces había viajado muy poco, ahora fue a visitar algunos lugares de Europa que sólo conocía a través de la literatura. Todtnauberg se convirtió en lugar de peregrinación y la paz de la Selva Negra se vio rota a menudo: acudían personas invitadas y personas que no lo habían sido. ¡Qué importaba la eterna discusión sobre el pasado político del filósofo! A imagen de Francia, donde Jean Beaufret y otros se habían encargado de que la fama de Heidegger no tuviera mancha alguna, también los alemanes empezaron a acallar sus críticas. Cada vez que alguien atacaba, todos los amigos se lanzaban a la brecha. Erhart Kästner, gran previsor y estratega, convenció a Heidegger en 1966, precisamente cuando se estaba debatiendo el dichoso tema en el *Spiegel*, para que le concediera una entrevista a dicha revista. La entrevista, muy bien preparada, se llevó a cabo al término del verano de 1966, pero su publicación se reservó para después de la muerte del filósofo [10].

Algo más tarde, la inolvidable experiencia de poder encontrar a Paul Celan, el judío, que a finales del semestre de verano de 1967 (el 24 de julio) debía leer sus poemas ante un auditorio gigante: «Hace mucho tiempo que deseo conocer a Paul Celan. Es el que más des-

[10] Véase *Martin Heidegger. Erhart Kästner. Briefwechsel 1953-1974*, ed. por Heinrich W. Petzet, Fráncfort del Meno, 1986.

taca, pero el que más se retrae. Lo sé todo de él, también la grave crisis de la que ha sabido salir por sus propias fuerzas en la medida en que un hombre es capaz de hacerlo» [11]. Era un encuentro difícil, debido a esa carga paralizadora del pasado que, en principio, no permitía ningún acercamiento entre ambos. Pero, frente a todas las previsiones, Celan aceptó la invitación de Heidegger para acudir a su cabaña de Todtnauberg. El 25 de julio de 1967 tuvo lugar el diálogo redentor, pero nada salió a la luz. La decepción de Celan tiembla entre las líneas escritas en el libro de huéspedes de la cabaña: «En el libro de la cabaña, con la mirada puesta en la estrella del pozo, albergando en el corazón la esperanza de una palabra aún por venir. Con fecha del 25 de julio de 1967: Paul Celan» [12].

Sea como sea, el 1 de agosto de 1967 Paul Celan escribió en Fráncfort el poema Todtnauberg, que no se publicó hasta 1968 en una edición bibliófila:

ARNICA, BALSAMO CONSOLADOR, un
trago del pozo coronado
por una estrella,

en la
cabaña,

en el libro
—¿quién escribió su nombre
antes del mío?—,
en el libro,
líneas escritas que hablan
de una esperanza, hoy,
en una palabra Pensante
por venir (sin
tardanza)
una palabra
esperada en el corazón

[11] Extracto de una carta de Heidegger a Gerhart Baumann en: Gerhart Baumann, *Erinnerungen an Paul Celan*, Fráncfort del Meno, 1986, pp. 59 ss.

[12] Véase Otto Pöggeler, *Spur des Worts. Zur Lyrik Paul Celans*, Friburgo, Múnich, 1986, p. 259.

Abruptos suelos del bosque,

orquídeas y más orquídeas,
aisladas,

Duro, lo que más tarde, al caminar
parece claro,

quien nos conduce,
este hombre
que nos escucha,

por los
senderos de leños, semirrecorridos,
de la ciénaga.

Húmedo,
mucho [13].

[13] Citado según Clemens Podewil, «Die Nachbarlichen Stämme», en: Neske, 1977, p. 211.

EPILOGO

Heidegger vivió muchos años, pero tuvo que pagar por ello el correspondiente tributo físico: la enfermedad y debilidad comunes a las edades muy avanzadas. La muerte de sus amigos, parientes y personas próximas a él le recordaba permanentemente la actualidad de su propia despedida. Hablar sobre la muerte, incluso hablar filosóficamente, es muy diferente que asistir a la muerte de otros, había dicho Heidegger en una conversación mantenida con el filósofo de Tubinga Walter Schulz [1] en la posada «Hirsch», sita en el terreno del antiguo convento cisterciense de Bebenhausen. Su análisis de la muerte en *Ser y Tiempo* era para los médicos, había declarado en la misma ocasión. Y, efectivamente, tal vez donde mejor vio Heidegger los límites de la «filosofía práctica» fue en el fenómeno «muerte», en gran medida porque allí se plantea la cuestión «fe y filosofía» como algo más que una mera «cuestión de escritorio», como escribió el propio Heidegger a Jaspers el 1 de marzo de 1927 ante la inminente muerte de su madre. Tal vez toda su vida no fuera sino una única preparación para su propia muerte. ¿Cómo entender si no la estrofa del primer coro de la Antígona» de Sófocles, a la manera de Heidegger?

[1] «...como si Heráclito estuviera al lado», en Neske, 1977, pp. 223-228.

Siempre en camino, siempre errando,
sin experiencia ni salida
llega a la nada.
Sólo para la muerte
no ha encontrado evasión
por mucho que lograra esquivar hábilmente
las más temibles enfermedades [2].

El 26 de mayo de 1976 Heidegger murió en Friburgo. Su entierro tuvo lugar el 28 de mayo. Heidegger quiso ser enterrado en su tierra natal, en el lugar donde se sentía verdaderamente familiar, donde hundía sus raíces la memoria de los antepasados, donde el cielo alza su bóveda por encima de una región libre, abierta y luminosa, cuya aparente aspereza esconde sin embargo serenidad. Quería regresar allí, al lugar desde el que había emprendido su andadura: el suelo de la patria, las fuentes. Quiso regresar a casa abandonado un mundo de actividad febril, locura y desolación, volver a la herencia de la patria, reunida a lo largo de varias centurias de fuerzas humanas y celestes: la iglesia de San Martín de Meßkirch era el símbolo de esa eterna permanencia. Quiso devolverle a esta tierra bendecida y cristiana una herencia acrecentada, el cumplimiento de su promesa, quiso «cargar con su parte de la angustia de esta época alejada de Dios y mostrarle el camino a la época y al mundo como un camino que lleva hacia allí», «aguardando sin desmayo la epifanía del Dios divino», como dijo en memoria del difunto el sacerdote y teólogo católico Bernhard Welte, compatriota y compañero del pensar de Heidegger, en la capilla del cementerio de Meßkirch [3]. Estas frases del sacerdote extraídas del profeta Jeremías: «El Señor me contestó "No digas que eres un muchacho: que a donde yo te envíe, irás; lo que yo te mande, lo dirás"» (Jeremías 1,7), son un difícil intento de responder a la pregunta de si Martin Heidegger regresó a la tierra natal como cristiano católico. La sencilla tumba del filósofo no tiene más adorno que una estrella, pero el símbolo de la cruz que se yergue sobre las vecinas tumbas de sus padres y de su hermano parece inclinarse también sobre la tumba del filósofo. Bernhard Welte se pre-

[2] Citado según el texto *Introducción a la metafísica,* Tubinga 1953, p. 113.

[3] Primera publicación en: *Christ in der Gegenwart,* año 1976. Reimpresión en Neske 1977, pp. 253-256.

guntaba si era conveniente enterrar a Martin Heidegger cristianamente:

¿Es conforme al mensaje del cristianismo, es adecuado al pensamiento de Heidegger? En todo caso, fue su deseo. Además, nunca rompió sus vínculos con la comunidad de creyentes. Es verdad que siguió su propio camino y también es cierto que tuvo que seguirlo, que no hacía sino cumplir su propia promesa y no es fácil llamar cristiano a este camino en el sentido habitual de la palabra. Pero fue el camino de la búsqueda tal vez más grandiosa de este siglo. Esperando y escuchando el mensaje, buscó al Dios divino y su esplendor. También lo buscó en el mensaje de Jesús. Por eso, creo que tenemos el derecho de pronunciar sobre la tumba de este gran buscador las palabras de consuelo del Evangelio y las plegarias del salmo, sobre todo el «*De profundis*» y la oración más grandiosa de todas cuantas existen, la oración que Jesús nos enseñó.

El lenguaje de las fórmulas litúrgicas era cristiano: el sobrino sacerdote, Heinrich Heidegger, las manejaba con cuidado, conforme a los deseos de su tío, familiarizado con su proximidad y lejanía respecto a la Iglesia católica. Las tres plegarias pronunciadas en la capilla del cementerio seguían los textos y ritos de la liturgia fúnebre católica. ¿Era la vuelta a casa del hijo pródigo, el retorno al seno de la Iglesia? El escritor Albert Krautheimer, que fue durante más de una década cura de Bietingen, cerca de Meßkirch, solía decir: los miembros de la Iglesia celebrarían que Martin atravesara el umbral principal de la iglesia de San Martín de Meßkirch con hábito de penitente; pero hace mucho tiempo que ya entró en ella por la puerta de la sacristía, como antes, cuando era el hijo del sacristán. Y Krautheimer sabía lo que decía puesto que era él quien había escondido los manucritos de Heidegger en la imponente y empinada torre de la Iglesia de Bietingen durante la época de confusión e incertidumbre de la guerra y la posguerra.

EPILOGO A LA SEGUNDA EDICION *

Alexander Schwan añadió a su vasto apéndice a la reedición de 1989 de su tesis doctoral (de 1965) titulada *«Filosofía política en el pensamiento de Heidegger»* el penetrante subtítulo *«Rogando por un Heidegger desde dentro»*, con el que pedía que se llevase a cabo «una interpretación de Heidegger y su pensamiento a partir de sus propios presupuestos y contenidos, muy particularmente en lo tocante a la relación de "filosofía" y "política"» [1]. En mi opinión, ha sido Alexander Schwan —el cual, hasta las últimas semanas de su vida (murió nada más cumplir los 60, el 30 de noviembre de 1989) intentó responder a esa exigencia que él mismo había impuesto—, quien ha llevado a cabo el análisis más profundo del pensamiento de Heidegger en su dimensión política, quien además ha sido justo con él, ha expuesto sus posibilidades y límites y, sobre todo, ha revelado la incapacidad de Heidegger para colaborar en la construcción de una democracia política y liberadora con responsabilidad moral.

Este balance sigue siendo insatisfactorio pero, sin embargo, hay que aceptarlo pues, de lo contrario, no se entendería la llamada sen-

* La segunda edición alemana de la obra de Ott presenta como novedad, además de numerosas correcciones, este epílogo y la nueva bibliografía del autor desde 1989. *(N. del T.)*

[1] Westdeuscher Verlag, Opladen.

tida por el pensador Heidegger en dirección a un pensamiento más allá de la tradición occidental, a un nuevo inicio que debe localizarse esencialmente en la antigua Grecia y ha irrumpido en nuestro futuro. «Se encuentra allí como ese lejano mandato por encima de nosotros de volver a recuperar su grandeza.» Esta frase extraída del *Discurso del rectorado* nunca se tornó obsoleta para Heidegger, puesto que él mismo se sometía decididamente al lejano mandato a fin de «recuperar la grandeza del inicio». Hacía mucho tiempo que había optado por su auténtica vocación: «pero si nos sometemos al lejano mandato del inicio, la ciencia tendrá que convertirse en el acontecimiento fundamental de nuestra existencia espiritual como pueblo». Aquí, aún no se percibe ni rastro de ese debate intercultural que últimamente vuelve a adjudicársele con nueva intensidad al tardío Heidegger: su abandono del eurocentrismo, su destrucción de los fundamentos filosóficos.

Pero esto significa que la revolución nacional, la subversión del pueblo alemán a través del movimiento de Adolf Hitler, fueron el acontecimiento histórico del ser, el acontecimiento en el sentido del desencubrimiento del ser, que se abre y al mismo tiempo se clausura en la fundamentación puntual. Como consecuencia de esto, Adolf Hitler aparece como el ejecutor destinal y determinado por el ser de una misión histórica.

Está claro que el Führer no asumió este destino, motivo por el que en sus *«Beiträgen zur Philosophie. Vom Ereignis»*, Heidegger arregla airadamente cuentas con el «movimiento», pero sólo lo hace en el ámbito más íntimo, por así decir, en el *forum internum*, ya que desde 1936 hasta 1938 va anotando sin decir palabra todos esos bosquejos, apuntes, anotaciones, borradores, resultados de lecturas e intentos de definición. Dejaremos abierta la cuestión de si estos textos, publicados en 1989 (volumen 65 de las *Obras Completas*) pueden efectivamente considerarse «con toda justicia la segunda obra capital» de Heidegger después de *Ser y Tiempo* (como reza el texto de las solapas). No sólo no se abandonó la «interna verdad y grandeza del nacionalsocialismo» (*Introducción a la metafísica*, 1935), sino que Martin Heidegger siguió siendo un leal camarada de partido.

Por eso, el jefe del servicio de personal de la región de Friburgo no tuvo que anotar en los formularios de supervisión del NSDAP de mayo de 1938 ninguna objeción: se trataba de un camarada de partido sin tacha que, a lo sumo, podría mostrarse algo más generoso en

sus donativos, que aunque ya no estaba comprometido públicamente era fiel al Estado y al partido y, sobre todo, era un acérrimo adversario del catolicismo [2], cosa que se subraya especialmente. Este dictamen se correspondía efectivamente con la conducta de Heidegger en lo tocante a su política universitaria y de promoción: sus informes «políticos» sobre los filósofos habilitados (cristianos) Max Müller y Gustav Siewerth caen precisamente dentro de este período. En efecto, a estos filósofos se les cerró la carrera universitaria bajo las condiciones del nacionalsocialismo. Llegado el caso, el partido siempre podía confiar en Martin Heidegger.

Por el contrario, en los círculos íntimos Heidegger no escondía sus decepciones, sobre todo el fracaso del rectorado y el fracaso de su idea de ciencia. Veamos cómo se expresaba Heidegger en el otoño de 1937 en un círculo de trabajo de Friburgo (cuyos miembros eran algunos catedráticos y profesores de la Facultad de Medicina y de la Facultad de Matemáticas y Ciencias Naturales), esto es, en un círculo absolutamente privado que analizaba la «amenaza de la ciencia» en términos críticos muy acerados aunque poco precisos: «Durante mi rectorado cometí muchos y muy graves errores, pero los dos más graves fueron: 1) No haber contado con la bajeza de los que se llaman colegas y con la falta de carácter y consiguiente traición de la corporación de estudiantes; 2) No haber sabido que a un ministerio no se le puede venir con exigencias creativas y metas de amplios vuelos, razón por la que dicho ministerio prefirió «trabajar» cómodamente con un poder mezquino, con la corporación de estudiantes y con los colegas, tanto aquí como fuera de aquí.» ¿Qué podía ofrecer en 1937 como respuesta? ¿La resignación?. No. ¿Asentir ciegamente a todo? No. ¿Adaptarse? No. Unica y exclusivamente seguir construyendo para el futuro y agotar la posibilidad de llegarle a personas aisladas. Y no para preparar la universidad (porque ahora ya no tiene sentido), sino para preservar una tradición, para mostrar ejemplos, para plantar aquí y allá nuevas fórmulas en lo único esencial: en algún lugar, en algún momento, para alguna persona. Esto no es ni «resignación» ni una «vía de escape», sino la necesidad implícita en la tarea filosófica esencial del segundo inicio. Crear saber, pero sólo cuando experimentamos la precariedad de la verdad y esto exige, en primer lugar,

[2] Jacques Le Rider, «Le dossier Heidegger des archives du Ministère des Affaires Etrangeres», en: *Allemagnes d'aujourd'hui*, n.° 107, 1989, pp. 97-109.

conocer el olvido del ser y la destrucción de la verdad» (extraído del texto inédito de la conferencia); con esto, Heidegger regresaba al punto de partida básico de su pensamiento. En qué medida el rector Heidegger fue traicionado por sus estudiantes (y funcionarios) es algo que por ahora dejaremos en suspenso. En estos momentos trabajo en la matización de las relaciones de Heidegger con las sucesivas directivas de la corporación de estudiantes de Friburgo desde octubre de 1933 hasta febrero de 1934. En dicha relación entran varios factores en juego que se amontonan, tapan y entrecruzan: el asunto fundamental era, sobre todo, la asociación católica de estudiantes Ripuaria y su suspensión (en el libro se señala brevemente este hecho). Los motivos que operaban en el trasfondo se revelan particularmente importantes, porque los miembros de esta corporación se mantuvieron demostrativamente alejados de la votación del 12 de noviembre de 1933. Heidegger había apoyado este referéndum con todo el peso de su autoridad.

Séanos permitido subrayar aquí una vez más que las alocuciones y conferencias de Heidegger del año 1933 y siguientes no han sido publicadas hasta ahora por lo que, hoy igual que ayer, nos vemos obligados a recurrir a selecciones fragmentarias de textos [3].

Si resumo la considerable resonancia que ha alcanzado mi libro desde el aspecto de la implicación de Heidegger con el nacionalsocialismo, observo que lo que más se ha destacado ha sido el caso Staudinger —la «operación Sternheim» policiaco-estatal— y encuentro que con razón (creo que debo subrayarlo de nuevo), por mucho que la actividad denunciatoria de Heidegger siga siendo inexplicable hasta la fecha. Resultan casi conmovedores los esfuerzos que realiza Egon Viettas [4] para exculpar a Heidegger convirtiendo al químico de renombre internacional Hermann Staudinger en el representante de una ciencia tecnificadora —¡verdaderamente un modo heroico de presentar las cosas!— al que Heidegger quiso combatir precisamente por ese motivo. ¿Hay que pensar que también por eso lo quiso «eliminar» o «tornar inofensivo»? Quien conserve aunque sólo sea un

[3] Han sido publicados algunos fragmentos de la conferencia «La amenaza de la ciencia» en la versión de Hartmut Tietjen en: *Zur philosophischen Aktualität Heideggers* (Simposio de la Fundación Alexander von Humboldt de 24-28 de abril de 1989 en Bonn-Bad Godesberg), vol. 1: Philosophie und Politik, ed. de Dietrich Papenfuss y Otto Pöggeler, Fráncfort del Meno, 1991, pp. 5-27.

[4] *Heideggers Kritik am Nationalsozialismus und an der Technik*, Tubinga, 1989.

ápice de sano sentido común no podrá por menos de sacudir asombrado la cabeza. En cuanto a mí, sigo manteniendo que esa denuncia sólo puede explicarse en última instancia recurriendo a la psicología, incluso a la psicología más profunda, una faceta a la que habrá que volver a su debido tiempo. En efecto, tanto por lo que respecta a este asunto como a otros muchos, no puede hacerse público todavía todo lo que se sabe. ¡Cada cosa a su debido tiempo!

Partes importantes de mi libro se basan en la correspondencia entre Jaspers y Heidegger, una correspondencia que después de largos años de trabajo previo ha sido finalmente publicada [5] y puede aprovecharse desde muchos aspectos. He agotado sus elementos más esenciales y, por lo tanto, no tengo básicamente nada que añadir al respecto, sobre todo desde el momento en que los editores han sabido comentarla con escrupuloso cuidado. Las cartas constituyen una fuente de testimonios inmediatos; incluso en los casos en que se trata de construcciones plenamente conscientes no deja de salir a relucir siempre el sustrato personal, abriendo perspectivas que permiten comprender el estado de ánimo del autor de las misivas. Esto se hace aún más patente en las cartas que han sido escritas en un estado de conmoción anímica. En este sentido es muy importante la correspondencia —publicada en 1989— entre Martin Heidegger y Elisabeth Blochmann [6], porque constituye un diálogo que rezuma una proximidad que empezó a crecer desde el año 1929 hasta convertirse en una relación más profunda que rebasaba lo puramente formal. Heidegger le confía a su corresponsal femenina su evolución interna, aludiendo siempre a encuentros comunes.

Así por ejemplo, el perfil del Heidegger de Beuron, que he tratado de analizar varias veces en mi libro, se torna mucho más preciso y más denso —hasta el punto de permitir hablar de un síndrome de Beuron—, cuando en el otoño de 1929 Heidegger le da a conocer Beuron a Elisabeth Blochmann y ese lugar se convierte en epílogo veraniego de aquellos «comunes días de verano». Heidegger vierte su vivencia en Beuron en la carta del 12 de septiembre de 1929 empleando frases con resonancias casi clásicas, pero que si resultan de

[5] *Briefwechsel 1920-1963,* editado por Walter Biemel y Hans Saner, Fráncfort del Meno, Múnich, Zúrich, 1990.

[6] *Briefwechsel 1918-1962,* editado por Joachim W. Storck (Marbacher Schriften 33), Marbach del Neckar, 1989.

tan difícil comprensión es sólo porque todo reposa sobre ese estado de ánimo en el que se metamorfosea todo el pasado:

> El pasado de la existencia humana, lejos de no ser nada, es aquello a lo que siempre retornamos cuando hemos crecido en la profundidad. Pero ese retorno no es una aceptación de lo ya pasado, sino una metamorfosis. Por eso, el actual catolicismo y similares, sin excluir al protestantismo, no puede dejar de provocarnos horror y, sin embargo, Beuron —me permito llamarlo así de escuetamente—, se desarrollará como germen de algo esencial. Es lo que ya demuestra su actitud en relación con las completas *, que tuvieron necesariamente que aportarle algo más que la misa mayor. Que el hombre peregrina diariamente a través de la noche es hoy día, en último extremo, una banalidad, porque por lo general el hombre convierte a la noche en día, tal como entiende el día, como continuación de una actividad y una fiebre. En las completas todavía está encerrado el primitivo poder mítico y metafísico de la noche, un poder que siempre tenemos que romper para existir verdaderamente. En efecto, el bien sólo es la parte buena del mal. Los hombres de hoy son extremadamente hábiles para la organización de todo y de todos pero ya no dan la talla para el recogimiento nocturno. *Parecemos ser* algo y producir algo en el «movimiento», pero cuando llega el reposo y el ocio ya no sabemos qué hacer con nosotros mismos. Por eso, las completas se han convertido para usted en el símbolo de cómo la existencia está contenida en la noche y de la interna necesidad de una diaria disponibilidad para ella.

Se trata de un gran texto, casi desmesurado. En él habla el filósofo que pocas semanas antes había sostenido su lección inaugural de Friburgo «¿Qué es la metafísica?» con un éxito arrollador. Se ha erigido en juez sobre dios y el mundo. ¿Es tal vez exagerado?

Pocos días más tarde Martin Heidegger escribe aquella áspera carta a Viktor Schwoerer (2 de octubre de 1929) que publica y comenta Ulrich Sieg en el diario *Die Zeit* [7]. Heidegger había solicitado una beca para su discípulo Eduard Baumgarten a la sociedad de la ciencia alemana, *Notgemeinschaft der deutschen Wissenschaft,* cuyo vicepresidente era el friburgués Viktor Schwoerer y había sumado al formulario oficial de solicitud un escrito personal en que hacía hinca-

* Se refiere a la última de las horas canónicas, las «completas», que se rezaban por lo general al concluir la cena, antes del retiro nocturno. *(N. del T.)*

[7] «Die Verjudung des deutschen Geistes». Ein unbekannter Brief Heideggers, *Die Zeit* n.º 52, 22 de diciembre de 1989.

pié en la urgencia y la importancia de su petición con frases implacables:

...lo que aquí se juega es nada menos que la reflexión inexcusable de que nos hallamos ante la opción, ya sea de devolverle a la vida de nuestro espíritu *alemán* auténticas fuerzas y educadores autóctonos, ya sea de entregarla definitivamente en manos de la creciente judeización reinante, en sentido extenso o estricto. Sólo reencontraremos el camino cuando seamos capaces de ayudar a que se desarrollen nuevas fuerzas sin polémicas ni enfrentamientos estériles.

Es verdad que aquí Martin Heidegger no hacía más que repetir una opinión acreditada. En efecto, ese punto de vista estaba muy extendido en aquellos años y era prácticamente la marca distintiva de la reinante crítica cultural alemana. Desde esta perspectiva, tal opinión no debe sorprender demasiado. Lo que sin embargo sí resulta destacable es la decidida incondicionalidad del juicio que se emite sobre la marcha de la vida del espíritu alemán, ya sea en lo referente a su falta de raíces o a su condición autóctona (se puede reconstruir fácilmente la conexión de este pensamiento con el discurso de Leipzig del 11 de noviembre de 1933: allí una «ciencia nacional» ha venido a ocupar el lugar de la «conversión en ídolo de un pensamiento sin raíces ni fuerza»). Pues bien, esto se transforma en una curiosa paradoja: en 1929 Eduard Baumgarten pasa por ser la gran esperanza de la vida del espíritu *alemán* frente a la creciente judeización. En el informe de diciembre de 1933, redactado por Heidegger y remitido a la asociación de profesores nacionalsocialistas en contra de Baumgarten, que había renegado de sus ideas, se le pone al antiguo aliado la marca de fuego de amigo y protegido de los judíos. Así las cosas, da la impresión de que debería haber una continuidad mental desde los años veinte, pasando por la época exaltada del comienzo de los treinta, hasta el año destinal de 1933.

He resaltado en mi libro la creciente aproximación de Heidegger al nacionalsocialismo organizado, datada como muy tarde en 1932. La interpretación de la carta a Jaspers del 8 de diciembre de 1932 debe entenderse en este contexto. Pero en sus cartas a Elisabeth Blochmann Heidegger deja traslucir mucho más sus ideas y estado de ánimo. Es el caso de la carta que escribe desde Friburgo el 19 de enero de 1933 en la que reflexiona sobre su evolución interna du-

rante las últimas semanas disculpándose por haber tardado tanto en contestar a la felicitación de Navidad:

> El motivo de mi retraso es únicamente que durante las últimas semanas ha estallado sobre mí una gran tempestad contra la que me atreví a navegar a vela desplegada. Gran parte de los antiguos aparejos se han *roto* o *desgarrado* en su transcurso. Pero no hay posibilidad de remiendo.. Arriba [se refiere a la cabaña. H.O.] todo germina y crece, aquí abajo caen los frutos. Pero todavía necesito muchas semillas y gérmenes y dejo esa tarea en manos del sol de marzo y sus tempestades. Es inquietante este esperar por, este no forzar nada.

Sobresale aquí la metáfora de la tempestad, que nos conduce de inmediato al final del *Discurso del rectorado* del 27 de mayo de 1933 («Todo lo grande está en medio de la tempestad») y también las evidentes resonancias pararreligiosas de Pentecostés. Después de esto, sólo podemos indicar de pasada que el resto de las numerosas cartas de Heidegger a Blochmann del año 1933 son muy importantes. A través de ellas nos enteramos de detalles concretos y se nos transmiten las grandes líneas de la política científica de Heidegger. En el fondo, lo único que ocurre es que lo que ya sabíamos se refuerza y perfila con mayor claridad aún. Es el caso, por ejemplo, de aquel campamento científico de octubre de 1933 cuyo valor fue defendido con tanta fuerza por Heidegger en su escrito justificativo.

La relación humana e intelectual entre Edmund Husserl y Martin Heidegger forma parte de los elementos esenciales del ensayo biográfico. Sin dejar de tener presentes los sucesos de 1929 recién esbozados, quiero volver a ese abril de 1933 y traer de nuevo a la memoria el reparto de trabajo entre Martin Heidegger y su esposa Elfride Heidegger a la hora de dar muestras de interés humano y familiar por el destino del clan de orientación nacional Husserl bajo las condiciones del decreto del Reich de restablecimiento del funcionariado. Le dejo la palabra a esa carta tan buscada por todos dirigida por la señora Heidegger a la señora Husserl el 29 de abril. Por mediación de Jean-Michel Palmier, autor del epílogo de la edición francesa de mi libro sobre Heidegger, he podido obtener la copia de la carta (escrita por la mano de la señora Heidegger) que se encontraba en los archivos de Frédéric de Torwanicki, quien visitó en otoño de

1945 a la familia Heidegger en su calidad de oficial francés e informó de ello en la revista de Sartre *Les Temps Modernes*.

29 de abril de 1933

Estimada señora Husserl:

Siento la imperiosa necesidad de escribirles un par de palabras a Vd. y a su esposo —también en nombre de mi marido— en estas difíciles semanas. Ambos deseamos decirles que hoy, como siempre, no dejamos de pensar con inalterable agradecimiento en todo lo que les debemos. Por mucho que mi marido se haya visto impelido a seguir diferentes caminos en su filosofía, nunca podrá olvidar todo lo que le debe a su esposo en tanto que discípulo suyo y por lo que respecta a su tarea más personal. Y yo no olvidaré jamás la bondad y amistad que supieron mostrarnos en los duros años que siguieron al final de la guerra.

He sufrido mucho viendo que ya no me estaba permitido mostrarles mi agradecimiento en los últimos años, aunque nunca acabé de comprender qué red de malentendidos hizo que Vds. ya sólo vieran en nosotros (!) a aquellos que les habían defraudado a ambos. A lo dicho hay que sumar además el profundo agradecimiento por la disposición de sacrificio de sus hijos y es únicamente en el sentido de este nuevo (y duro, aunque desde el punto de vista alemán razonable)[8] decreto en el que declaramos nuestro respeto sincero e incondicional por aquellos que también se han puesto a través de la acción al lado de nuestra nación alemana en la hora de mayor peligro. Por eso mismo aún sentimos mayor temor cuando vimos recientemente en la prensa el nombre de su hijo de Kiel. Albergamos la esperanza de que sólo se trate de un abuso de autoridad perpetrado por algunas instancias subordinadas y explicable por la general agitación reinante en estas semanas, del mismo modo que en 1918, durante las semanas de la revolución, también ocurrieron sucesos injustos y dolorosos.

Le ruego, mi querida y estimada señora Husserl, que lea estas líneas como lo que son: la expresión de una gratitud sincera e inmutable.

Suya afectísima
Elfride Heidegger.

Esta carta es el modelo de una gratitud culpable y forzada que, en la época de cambios de abril y puesto que con su rectorado Hei-

[8] El texto entre paréntesis está tachado con bastante fuerza, tal vez por la propia señora Heidegger, que debió pensar que este pasaje concreto ya no era oportuno para el otoño de 1945.

degger también se había hecho corresponsable de las nuevas medidas antijudías, trata de descargarse de esposa a esposa y de madre a madre. Se habla de ese decreto del Reich que en primera línea está dirigido contra los no-arios (un decreto «desde el punto de vista alemán razonable»), un decreto duro, pero que permite la excepción: no afecta a los combatientes judíos del frente. Y por eso, gran horror en la familia Heidegger al ver que el oficial del frente Gerhart Husserl, gravemente herido en múltiples ocasiones, también ha sido arrastrado por el remolino de medidas de despido. ¿Acaso los judíos Husserl no se habían puesto a través de la acción de lado «de la nación alemana en la hora de mayor peligro»? Desde luego: pero en último extremo esa comunidad de alemanes les permanece cerrada. Como mucho, se les reconoce un papel de invitados. Después de todo, la base que prevalece es la de que ahora la vida intelectual alemana ya no está abandonada en manos de la creciente judeización. Por fin se le ofrecen a ese espíritu alemán auténticas fuerzas y educadores autóctonos. La revolución nacionalsocialista (en la que naturalmente se pule y cepilla de manera que es inevitable que se derrame viruta, que haya abusos de poder por parte de instancias subordinadas), «trae la completa transformación de nuestra existencia alemana». Los alemanes se han librado de la «conversión en ídolo de un pensamiento sin raíces ni fuerza». La «ciencia nacional», es decir, la ciencia alemana, la filosofía alemana, ha conseguido salir definitivamente de la esfera de la judeización —de la clase, por ejemplo, de un Edmund Husserl—, y Martin Heidegger se siente seguro de que retorna «la clara dureza y la seguridad conforme a la obra del preguntar sencillo y obstinado por la esencia del ser». Así pues, leo esta carta del 29 de abril, inspirada en el pensar de Martin Heidegger, en paralelo tanto con las frases de Heidegger de noviembre de 1933 proferidas en su manifiesto de Leipzig, como con la carta de Heidegger de octubre de 1929 a Viktor Schwoerer, porque sólo en este contexto se hace visible la mentalidad de Heidegger.

La historia de la influencia de mi libro —permítaseme esta falta de modestia— se basa en primer lugar sobre mi análisis del proceso de formación del joven Heidegger, sobre la presentación de los orígenes de Heidegger. El principio de construcción de mi libro —el pasaje decisivo de la carta de Heidegger a Jaspers del 1 de julio de 1935— ha sido entendido también desde su función de intento de explicación de un Heidegger desde dentro. Como puede verse en el

apéndice bibliográfico a la segunda edición, la cuestión de los orígenes católicos de Heidegger no ha dejado de preocuparme. Todavía quedan muchos puntos por aclarar. El libro de Theodore Kisiel *The Genesis of Heideggers «Being and Time»* [9] aportará muchas claves para explicar las primeras etapas del camino, sobre todo para explicar ese peculiar interregno que va de 1917 a 1919 y constituye el culmen de la peregrinación religioso-filosófica. El abandono del «sistema del catolicismo» en favor de un cristianismo universal basado en el mundo protestante. Entretanto ya sabemos que el matrimonio de los Heidegger, consagrado católicamente en marzo de 1917, fue anulado pocas semanas después en virtud de una unión protestante realizada en Wiesbaden (por el pastor Lieber) y conforme al derecho eclesiástico católico vigente en aquel momento. Se trataba de un gran giro confesional.

Pero también sabemos —y el libro de Kisiel lo mostrará en detalle— qué era lo que el buscador de fenomenología religiosa Martin Heidegger había subsumido bajo el término «sistema del catolicismo»: la estructura opuesta al *a priori* religioso. La inmediatez de la vivencia religiosa y la irracionalidad de la mística de Bernardo de Claraval y los místicos españoles del XVI tienen una presencia predominante en el pensamiento de Heidegger de los años 1917-1918. En el camino de este pensamiento adquiere la opinión de que «una pseudofilosofía dogmática y casuística», un «determinado sistema religioso» como el representado por el catolicismo, no son en absoluto lo más próximo a la religión y lo religioso, sino que incluso los deforman, puesto que, por ejemplo, no contemplan el problema del *a priori* religioso. Porque en el sistema y a través de él se limita la capacidad de vivencia hasta acabar matándola, porque falta la conciencia originaria. Por eso, el sistema del catolicismo, como apunta Heidegger en 1918 (debo las siguientes citas a las anotaciones de Heidegger estudiadas y no publicadas por Kisiel, que en el fondo son comentarios a una intensa lectura religioso-filosófica), tiene que «pasar por un campo dogmático de sentencias y demostraciones entremezcladas, inorgánicas y teóricamente faltas de toda explicación y acaba por dominar al sujeto con fuerza policiaca en calidad de dogma eclesiástico, oscureciéndolo y oprimiéndolo».

Para Heidegger no cabe duda de que, en este contexto, la esco-

---

[9] Aparecerá en 1992 en: The University of California Press, Berkeley.

lástica no ha sido precisamente la última responsable de haber puesto seriamente en peligro la inmediatez de la vida religiosa, olvidando la religión a fuerza de teología y dogmas, llevando a su punto más alto una evolución que ya había empezado en la primera Iglesia: «el influjo teorizante y dogmatizante de las instituciones y dogmas eclesiásticos». En este contexto, Heidegger ve la mística medieval como elemental movimiento contrario y, sobre todo, comprende a Martin Lutero como consumador del intento fundamental místico que, en él, adoptó la forma de la irrupción de una «forma *original* de religiosidad». En estos apuntes se puede observar con toda claridad la lucha de Heidegger con los conceptos y contenidos de fe y gracia: la fe católica como un «tomar-por-verdadero» frente a la *fiducia promissionis* de la Reforma. O dicho de otro modo: el axioma católico-teológico por encima de la relación entre gracia y hombre: *gratia praesupponit naturam.*

Así las cosas, aún resulta más importante el hecho de que Heidegger no se librara nunca de esa fe católica, de la fe de sus orígenes. Este sello religioso y confesional está clavado en su carne como una astilla imborrable e incurable. Tengo que insistir en este componente esencial de la biografía de Heidegger por mucho que haya sido el causante de que se me haya atacado una y otra vez e incluso se me haya malinterpretado de manera grotesca, como por ejemplo así: Heidegger abandonó traicioneramente sus orígenes católicos; si no se hubiera apartado de su camino originario se habría ahorrado su extravío e implicación políticos. Quien lea mi libro difícilmente puede sucumbir a semejante interpretación. Tampoco dejo que me desconcierten los vehementes ataques dirigidos por Heidegger contra el catolicismo y aún más contra el «jesuitismo», como en el caso de las cartas a Elisabeth Blochamnn. Y cuando, en sus *Beiträgen zur Philosophie,* Martin Heidegger piensa y escribe contra el dios cristiano y finalmente lo declara muerto desde el sillón de juez del filósofo («con la muerte de este dios caen todos los teismos) esto no es más que el intento nunca satisfecho de un hombre a quien su fe en Dios le hace sufrir. Tampoco me extraña el hecho de que Martin Heidegger guardase silencio sobre sus tempranos trabajos, publicados en el diario *Akademiker* de corte integrista católico hasta el año 1912. En el comentario introductorio a la publicación germanoinglesa de las contribuciones al *Akademiker* he ahondado más en este tema [10].

[10] *Heidegger and the Political,* editado por Marcus Brainard, David Jacobs y Rick

Con estas observaciones, que se limitan a poner en claro una pequeña selección de importantes conocimientos biográficos, dejo paso franco a la segunda edición corregida de mi obra.

H. O.

Merzhausen, diciembre de 1991.

Lee (*Graduate Faculty Philosophy Journal. New School for Social Research*, vol. 14, n.º 2-vol. 15, n.º 1, 1991).

BIBLIOGRAFIA

ARENDT, Hannah/JASPERS, Karl (1985), *Briefwechsel 1926-1969*, ed. por Lotte Köhler/Hans Sauer, Múnich.

BIEMEL, Walter (1973), *Martin Heidegger in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten*, Reinbek.

CASPER, Bernhard (1980), «Martin Heidegger und die Theologische Fakultät Freiburg 1909-1923», *Freiburger Diözesan-Archiv*, Nr. 100, pp. 534-541.

DAHMS, Hans-Joachim (1987), «Aufstieg und Ende der Lebensphilosophie: Das Philosophische Seminar der Universität Göttingen zwischen 1917 und 1950», en: *Die Universität Göttingen unter dem Nationalsozialismus. Das verdrängte Kapitel ihrer 250jährigen Geschichte*, ed. por Heinrich Becker/Hans-Joachim Dahms/Cornelia Wegeler, Múnich.

FARÍAS, Victor (1987), *Heidegger et le nazisme. Moral et politique* (traducido al español y alemán), Lagrasse.

FRANZEN, W. (1976), *Martin Heidegger*, Stuttgart.

— (1988), «Die Sehnsucht nach Härte und Schwere», en: Gethmann-Siefert/Pöggeler 1988, pp. 78 ss.

GADAMER, Hans-Georg (1977), *Philosophische Lehrjahre. Eine Rückschau*, Fráncfort del Meno.

GETHMANN-SIEFERT, Annemarie/Otto PÖGGELER (ed.) (1988), *Heidegger und die praktische Philosophie*, Fráncfort del Meno.

GETHMANN-SIEFERT, Annemarie/Kurt Rainer MEIST (ed.) (1988), *Philosophie und Poesie. Spekulation und Erfahrung* (Otto Pöggeler zum 60. Geburtstag gewidmet), Stuttgart.

GRASSI, Ernesto (1970), *Macht des Bildes: Ohnmacht der rationalen Sprache*, Múnich.

HAECKER, Theodor (1933), *Was ist der Mensch*, Leipzig.

HAEFFNER, Gerd (1981), «Martin Heidegger (1889-1979)», en: Otfried Höffe (ed.), *Klassikerder Philosophie*, Vol II, Múnich, pp. 361-384.

HEIDEGGER, Martin (1983), *Die Selbsbehauptung der deutschen Universität. Das Rektorat 1933/34—Tatsachen und Gedanken*, ed. por Hermann Heidegger, Fráncfort del Meno.

HOLLERBACH, Alexander (1986), «Im Schatten des Jahres 1933. Erik Wolf und Martin Heidegger», *Freiburger Universitätsblätter*, Cuaderno 92, pp. 33 ss.

JASPERS, Karl (1977), *Philosophische Autobiographie*, edición aumentada, Múnich.

— (1978), *Notizen zu Martin Heidegger*, ed. por Hans Saner, Múnich (nueva edición 1988).

KISIEL, Theodore (1988a), «The Missing Link in the Early Heidegger», en: Kockelmans, Joseph (ed.), *Hermeneutic Phenomenology: Lectures and Essays*, Washington D.C., pp. 1-40.

— (1988b), «War der frühe Heidegger tatsächlich ein "christlicher Theologe"?», en Gethmann-Siefert/Meist 1988.

LÖWITH, Karl (1986), *Mein Leben in Deutschland vor und nach 1933*, Stuttgart.

MARTEN, Rainer (1988), «Heideggers Geist», *Allmende*, Nr. 20, pp. 82-95 ss.

MARTIN, Bernd/SCHRAMM, Gottfried (1986), «Ein Gespräch mit Max Müller», *Freiburger Universitätsblätter*, Nr. 92, pp. 13-31.

MOEHLING, Karl August (1972), *Martin Heidegger and the Nazy Party: An Examination*, Tesis doctoral, Northern Illinois University.

MÖRCHEN, Hermann (1984), «Zur Offenhaltung der Kommunikation zwischen dem Theologen Rudolf Bultmann und dem Denken Martin Heideggers», en Bernd Jaspert (ed.), *Rudolf Bultmanns Werk und Wirkung*, Darmstadt 1988, pp. 234-252 ss.

MUSSGNUG, Dorothee (1985), «Die Universität zu Beginn der nationalsozialistischen Herrschaft», en *Semper Apertus* 1985, Vol. III, pp. 464-503.

NESKE, Günter (ed.) (1977), *Erinnerung and Martin Heidegger*, Pfullingen.

OCHWADT, Curd/TECKLENBORG, Erwin (1981), *Das Maß des Verborgenen. Heinrich Ochsner zum Gedächtnis*, Hannover.

OTT, Hugo (1983), «Martin Heidegger als Rektor der Universität Freiburg i. Br. 1933/34. I Die Übernahme des Rektorats der Universität Freiburg i. Br. durch Martin Heidegger im April 1933», *Zeitschrift des Breisgau-Geschichtsvereins* («Schau-ins-Land»), Nr. 102, pp. 121-136.

— (1984a), «Martin Heidegger als Rektor der Universität Freiburg i. Br. 1933/34, II. Die Zeit des Rektorats von Martin Heidegger (23. April 1933 bis 23. April 1934)», *Zeitschrift des Breisgau-Geschichtsvereins* («Schau-ins-Land»), Nr. 103, pp. 107-130.
— (1984b), «Martin Heidegger als Rektor der Universität Freiburg i. Br. 1933/34», *Zeitschrift für die Geschichte des Oberrheins*, Nr. 132, pp. 343-358.
— (1984c), «Der junge Martin Heidegger. Gymnasial-Konviktszeit und Studium», *Freiburger Diözesan-Archiv*, Nr. 104, pp. 315-325.
— (1984d), «Der Philosoph im politischen Zwielicht. Martin Heidegger und der Nationalsozialismus», *Neue Zürcher Zeitung*, 3/4 Noviembre 1984.
— (1985), «Martin Heidegger und die Universität Freiburg nach 1945. Ein Beispiel für die Auseinandersetzung mit der politischen Vergangenheit», *Historisches Jahrbuch*, Nr. 105, pp. 95-128.
— (1986), «Der Habilitand Martin Heidegger und das von Schaezler'sche Stipendium. Ein Beitrag zur Wissenschaftsförderung der katholischen Kirche», *Freiburger Diözesan-Archiv*, Nr. 106, pp. 141-160.
— (1987a), «Edith Stein (1891-1942) und Freiburg. Ein Beitrag anläßlich der Seligsprechung am 1. Mai 1987», *Freiburger Diözesan-Archiv*, Nr. 107, pp. 253-274.
— (1988a), «Die Weltanschauungsprofessuren (Philosophie und Geschichte) an der Universität Freiburg—besonders im Dritten Reich», *Historisches Jahrbuch*, Nr. 108, pp. 157-173.
— (1988b), «Martin Heidegger und der Nationalsozialismus», en Gethmann-Siefert/Pöggeler 1988, pp. 64 ss.
— (1988c), «Edmund Husserl und die Universität Freiburg», *Edmund Husserl und die phänomenologische Bewegung. Zeugnisse in Text und Bild*, im Auftrag des Husserl-Archivs in Freiburg i. Br. ed. de Hans Reiner Sepp, Friburgo/Múnich 1988, pp. 95-102.
— (1988d), «Um die Nachfolge Martin Heideggers nach 1945», en Gethmann-Siefert/Meist 1988.
PETZET, H. W. (1983), *Auf einen Stern zugehen. Begegnungen und Gespräche mit Martin Heidegger 1929 bis 1976*, Fráncfort del Meno.
PÖGGELER, Otto (1983), *Der Denkweg Martin Heideggers*, Pfullingen (primera edición, 1963).
— (1985), «Den Führer führen; Heidegger und kein Ende», Sammelrezension en *Philosophische Rundschau*, Jg. 32, pp. 26 ss.
— (1988), «Heideggers politisches Selbstverständnis», en Gethmann-Siefert/Pöggeler 1988, pp. 17-63.
POLIAKOV, L./J. WULF (1983), *Das Dritte Reich und seine Denker*, Fráncfort/Viena/Berlín (1.ª ed. 1959).

RICHARDSON, William F. (1963), *Heidegger. Through Phenomenology to Thought*, La Haya.
SCHNEEBERGER, Guido (1962), *Nachlese zu Heidegger*, Berna.
SCHUHMANN, Karl (1977), *Husserl-Chronik*, La Haya.
— (1978), «Zu Heideggers Spiegel-Gespräch über Husserl», *Zeitschrift für Philosophische Forschung* 32.
SCHWABE, K./R. REICHARDT (ed.) (1984), *Gerhard Ritter. Ein politischer Historiker in seinen Briefen*, Schriften des Bundesarchivs, Vol. 33, Boppard.
SCHWAN, Alexander (1965), *Politische Philosophie im Denken Heideggers*, Opladen.
Semper Apertus. Sechshundert Jahre Ruprechts-Karl-Universität Heidelberg 1386-1986, Vol. III: 1918-1986, Heidelberg, 1985.
SHEEHAN, Thomas (1981), *Heidegger. The Man and the Thinker*, Precedent.
— (1988), «Heidegger and the Nazis», *The New York Review of Books*, 15. Junio 1988, pp. 38-47.
STADELMANN, Rudolf (1942), *Vom Erbe der Neuzeit*, Vol. I, Leipzig.
STERNBERGER, Dolf (1984), «Die großen Worte des Rektors Heidegger. Eine philosophische Untersuchung», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 2. Marzo 1984.
WILLMS, Bernard (1977), «Politik als Geniestreich? Bemerkung zu Heideggers Politikverständnis», en *Martin Heidegger. Fragen an sein Werk*, Stuttgart, pp. 16-20.

Publicaciones del autor (desde 1989)

Martin Heidegger: Sentieri Biografici (ed. italiana, trad. Flavio Cassinari, prólogo de Carlo Sini), SugarCo Edizioni, Milán, 1990.
Martin Heidegger: Eléments pour une biographie (ed. francesa, trad. Jean-Michel Belail, prólogo de Jean-Michel Palmier), Editions Payot, París, 1990.
Fallet Heidegger (ed. sueca, trad. Yngve Andersson), Daidalos, Göteborg, 1991.
«Der junge Martin Heidegger als Lyriker. Zu zwei (veröffentlichen) unbekannten Gedichten (1911 und 1915)», en *Geteilte Sprache. Festchrift für Rainer Marten*, Amsterdam, 1988, pp. 85-90.
«A Distant Command. The Political Dimension of Heidegger's Philosophy», en *German Comments*, 17 de enero de 1990, pp. 82-87.
Zu den katholischen Würzeln im Denken Martin Heideggers. Der theologische Philosoph. (Conferencia de Heidegger en el Simposio del

Instituto Goethe de Roma el 29-31.5.1989. Las contribuciones aparecerán próximamente en forma de libro.)
«Martin Heidegger-Mentalität der Zerrissenheit», *FDA* 110, 1990, pp. 427-448.
«Biographische Gründe für Heideggers "Mentalität der Zerrissenheit"», en *Faszination und Erschrecken*, ed. Peter Kemper, Campus 1990.

Martin Heidegger und die Politik. Conferencia Simposio Heidegger: «Heidegger in der philosophischen Kultur Europas», Turín, 6-8.11.1990. Las contribuciones aparecerán próximamente en: *Rivista di filosofia*.
Phänomenologie und Ontologie. Edith Stein zwischen Edmund Husserl und Martin Heidegger. Simposio Husserl-Schütz, 15-17.11.1990. Viena. Las colaboraciones aparecerán próximamente.
«Martin Heidegger. Ein schwieriges Verhältnis zur Politik», en *Heidegger-Technik, Ethik, Politik*, Würzburg 1991, pp. 215-228.
«Preface: Heidegger and the Denazification Proceedings», en *Heidegger and the Political* (*Graduate Faculty Philosophy Journal* 14, 1991), pp. 523-527.
«Preface: Martin Heidegger's Contributions to "Der Akademiker"», en *Heidegger and the Political* (*Graduate Faculty Philosophy Journal* 14, 1991), pp. 481-485.
«"Herkunft aber bleibt stets Zukunft". Zum katholischen Kontinuum im Leben Martin Heideggers», en *Annales Universitatis Saraviensis*, Heidelberg (en imprenta).
«Zu den katholischen Wurzeln im Denken Martin Heideggers» (Conferencia coloquio Heidegger, 13-15.10.1989, Yale University, New Haven, Conn.), en *Kunst-Politik—Technik* (2745), ed. Jammes/Harries, Schöningh, Paderborn 1992, pp. 225-239 (aparecerá próximamente).

INDICE ONOMASTICO

SE ha dicho que la vida de Heidegger no revestía ningún interés y que sólo su obra era importante. Sin embargo es difícil desconectar el desarrollo del pensamiento heideggeriano de los profundos avatares de su biografía. La escandalosa ctapa en el rectorado ha recibido atención en años recientes, en buena parte gracias a las investigaciones de HUGO OTT. El discurso de Hcideggcr como rector sobre «La autoafirmación de la universidad alemana» es una indicación de las conexiones entre la personalidad del filósofo y su filosofía. Esa impresión se ahondó en el ánimo del autor al comprobar que aproximarse a Heidegger con espíritu crítico, alterando la imagen preestablecida, significaba automáticamente verse situado en el campo enemigo. Acciones como el intento de Heidegger de expulsar a H. Staundiger, un científico de su universidad, por considerarlo políticamente sospechoso, pusieron a Hugo Ott en la pista para el desvelamiento de la personalidad y psicología del filósofo alemán. MARTIN HEIDEGGER: EN CAMINO HACIA SU BIOGRAFIA es un intento de recorrer los caminos mal trazados que bordean el filo de la montaña en busca de los criterios que permitan descifrar su personalidad desde el interior. El libro comienza con la fase católica de Heidegger hasta tornarse plenamente protestante, recorre la relación de amor y odio que mantuvo con Husserl, pasa por el fracaso del rectorado, analiza su actuación posterior y termina confrontándolo con el examen de una nueva época. Otras obras cn Alianza Editorial: «El camino del pensar de Martin Heidegger» (AU 476), de Otto Pöggeler.

Alianza Editorial



Cubierta: Ang